

OBRAS POLÍTICAS

DE

LAMENNAIS.

BIBLIOTECA DEL HOMBRE LIBRE.

OBRAS POLITICAS

DE

LAMENNAIS.



MADRID:

IMPRESA DEL EDITOR.

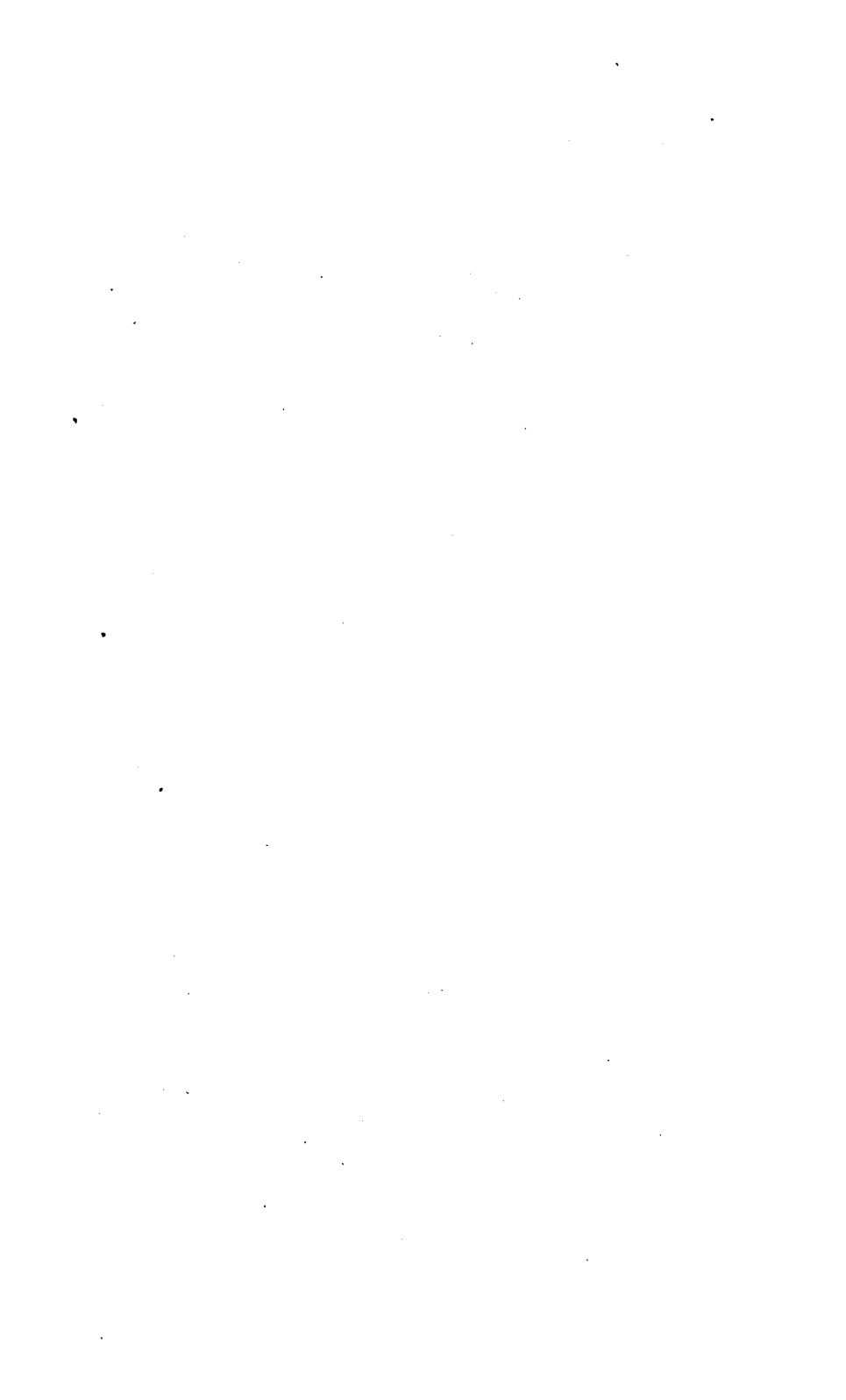
1854.

INDICE DE LAS OBRAS.

	<u>Páginas.</u>
Biografía del autor.	VII
Palabras de un creyente.	4
Del Absolutismo y de la Libertad.	47
Ecos de un calabozo.	63
Libro del Pueblo.	85
La Esclavitud moderna.	123
Amschaspands y Darvands.	139
Pasado y porvenir del Pueblo.	245
A Polonia.	267

ERRATAS PRINCIPALES.

<i>Páginas.</i>	<i>Líneas.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
65	24	contra él	contra ella
98	46	tejas	quejas
»	23	perfectamente	perpetuamente
»	48	imaginable.	inajenable
102	24	senda de	senda en
125	última	Roquier	Rognier
128	54	Como resulta	como no resulta
137	26	iluminara	disipara
141	4	caritativo.	equitativo
192	22	Ascheschinsg	contestacion de Ascheschinsg





FRANCISCO LAMENNAIS

cu la prison de Santa Pelagia

M. DE LAMENNAIS.



«No tengo que echarme en cara ninguna de mis palabras en cuanto a sinceridad; pero me he equivocado muchas veces, y gravemente.»

LA-MENNAIS.

«Es preciso no exigir de los hombres ni de los entendimientos sino lo que que puedan dar en cada época.»

TUIERS.—*Historia de la Revolucion francesa*

HE aquí como empezaba no ha mucho la biografía de este mismo autor uno de los mejores escritores de la Francia, no muy afecto a él.

«Si la suerte te llevase alguna vez, amado lector, a Paris, y a la hermosa calle de Rivoli, formada con suntuosas casas tiradas a cordel, y te fuera dado hallarte enfrente de un hombre pequeño, sumido en una estensa hata de cuadros azules; si vieras a este personaje de cuerpo endeble y rostro pálido y flaco, marcado con el sello del sufrimiento y de la resignacion; si le vieras turbarse casi a tu presencia, levantar de vez en cuando hacia tí sus miradas tímidas, hablando con una voz tan débil que apenas llega a tu oido, recojiéndose unas veces en sí mismo, como sumido en una profunda meditacion, mirando hacia dentro, calzándose y descalzándose su chimela, o tomando polvos sin cesar y a puñados de una gran caja; te costaría algun trabajo reconocer bajo aquella exigua envoltura, a uno de los mayores ajitadores de nuestra época, un sacerdote que conmueve las masas sin otra palanca que su pluma, sin otro apoyo que su alma ardiente, y cuyas páginas esparcidas por el mundo, escitan tantas tempestades como en otro tiempo las bu-las fulminantes de Gregorio VII, las tesis facciosas de Lutero, o en nuestros dias las arengas de O' Connell.

Jamás nos ha parecido mas difícil el ser biógrafos que al pronunciar este

nombre, en cuyo alrededor luchan admiraciones apasionadas, y enemistades candentes. ¿Con qué lazo unir a Mr. de LA-MENNAIS, el católico ultramontano con Mr. de LA-MENNAIS el heresiarca, el neo-cristiano? ¿Cómo sondear al Mr. de LA-MENNAIS de los primeros tiempos, y a Mr. LA-MENNAIS el republicano? ¿Sería preciso explicar tan radical transformación por consideraciones mezquinas de orgullo lastimado, de ambición burlada, de cólera o de venganza? Para los que conocen la austera simplicidad de este hombre, su despego de las cosas terrestres y la pureza de su vida; para los que saben que el autor del *Ensayo sobre la indiferencia en religión* rehusó en otro tiempo cambiar su sotana de cura por la púrpura de cardenal, una solución de esta clase parecería una mentira y una injuria al mismo tiempo.

Sería, pues, preciso buscar en regiones más elevadas la causa de esta revolución intelectual, odiosa apostasía para los unos, sublime conversión para los otros, y que para nosotros no es más que una demostración grave y profunda de la acción incesante de los grandes hechos exteriores sobre las ideas preconcebidas.

Bajo el punto de vista psicológico, la personalidad de Mr. LA-MENNAIS presenta tres distintas fases: hay en ella el lado filosófico, el religioso y el político. Ese triple pensamiento principió manifestándose al mundo bajo tres símbolos: en filosofía, el dogma de la razón general, la autoridad del género humano; en religión, la teocracia católica, la infalibilidad de la Iglesia; en política, la realeza de derecho divino, la legitimidad. Entre estos tres símbolos, estrechados primero por un poderoso pensamiento en una reunión forzada, hay lucha, lucha tempestuosa y complicada de influencias externas; la lucha se prolonga diez y siete años, desde el *Ensayo sobre la indiferencia* hasta las *Palabras de un creyente*. El dogma filosófico vence por fin, absorbe en él sucesivamente los otros dos, y los transforma del todo; la realeza de derecho divino desaparece ante la soberanía del pueblo; la inamovilidad católica cede el puesto al dato de la progresión cristiana, y se ciernen sobre ambos, como una bandera, el gran principio de perfectibilidad indefinida del género humano; ese gigante que, según las hermosas palabras de Mr. de Chateaubriand, «crece siempre, siempre, y cuya frente, remontándose hasta los cielos, no se detendrá sino a las alturas del trono del Eterno.»

Habría materia para grave enseñanza con el análisis de esos combates interiores, con el bosquejo de ese choque de ideas, cuyo campo de batalla es una vasta inteligencia, adolorida del gran malestar que ajita al mundo social; pero un trabajo de esta clase, además de espantar nuestra debilidad, nos alejaría completamente del plan que nos hemos propuesto, y por otra parte no es tiempo oportuno de emprenderlo.»

ROBERTO FELIZIDAD LA-MENNAIS nació en San Maló, en junio de 1782, de una familia de armadores, ennoblecida por Luis XIV, y en la misma calle que trece años antes había visto nacer al autor del *Jenio del Cristianismo*. Perdió su madre muy joven; y su padre, ocupado en cuidar de su comercio, y arruinado por el empréstito forzoso y las presas de los españoles, (1) le dejó casi abandonado a sí mismo desde su tierna edad. Formado en la soledad, privado de las caricias y cuidados maternos, que refrescan el alma y dulci-

(1) En la guerra.

fican el corazón, el joven LA-MENNAIS manifestó desde un principio cierta gravedad temprana, una sed ardiente e instintiva de saber, una grande enerjia de carácter y un jenio indomable. Después de algunos ensayos inútiles, no pudieron hacerle aceptar otro maestro que una vieja ama de gobierno criada de su madre, que a fuerza de paciencia pudo enseñarle a leer. A los nueve años le dió su hermano mayor Mr. Juan las primeras nociones de latin; pero pronto, cansado del preceptor, o de los antiguos sistemas, se empeñó en hacer por sí su educacion y a los doce años leía ya a Plutarco y a Tito Livio. Entonces pasó al cuidado de un tío que vivía en el campo; y el buen hombre no sabiendo como hacerlo, le encerraba de castigo dias enteros en su biblioteca: pero pronto se aficionó tanto a su prision el revoltoso escolar que no queria salir de ella. La biblioteca tenía dos divisiones: en la una estaban reunidos todos los libros peligrosos, heterodoxos, filosóficos, etc, y la llamaban el *infierno*. Prohibiése la entrada en ella al joven ROBERRO; mas por lo mismo se arrojaba de cabeza en aquel infierno, leyendo todo cuanto le venía a la mano, devorando con avidez a J. J. Rousseau a la edad en que se juega al trompo, y olvidando su almuerzo para seguir en sus escursiones místicas a Mallebranche. En un entendimiento de temple vulgar, semejante lectura indijesta y sin eleccion hubiera producido funestos resultados: en Mr. de LA-MENNAIS, al contrario, este flujo de sistemas contradictorios sirvió solo para fortalecer la precoz madurez de su juicio, y para desarrollar poderosamente una predisposicion instintiva hacia los fervores relijiosos, a las piadosas efusiones. Ciertas inteligencias, concentradas y expansivas a la vez, tienen el privilejio de recorrer desde quince años la escala de deducciones que conduce desde las cosas visibles a las invisibles, de las bellezas de la naturaleza a la grandeza de Dios.

Mas adelante cuando llegó la edad crítica de las pasiones, todo hace creer que aquella organizacion impresionable sufrió fuertes padecimientos. Después de aquel pasajero entorpecimiento, la fe relijiosa de Mr. de LA-MENNAIS se despertó mas viva y exigente; se apartó del mundo, se sumió con nuevo ardor en el estudio, para sacar de él alimentos de creencia; y a los veinte y dos años, cuando hizo su primera comunión, tenía ya una vocacion decidida por el sacerdocio. En vano su padre se esforzó, a pesar de sus desgracias, por inspirarle aficion a las operaciones comerciales, pues el joven se conformó mientras llegaba el tiempo en que pudiera seguir sus instintos relijiosos, y entró en clase de profesor de matemáticas en el colejio de San Maló.

Por aquella época, en 1807, publicó una traduccion llena de dulzura y de gracia, el *Guia espiritual*, pequeño libro ascético de Luis Blois.

Al año siguiente aparecieron las *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia*; primer grito de guerra dado por Mr. de LA-MENNAIS contra la indiferencia relijiosa, que se distingue por el vigor del pesamiento y la acritud del lenguaje. Trátase allí al materialismo filosófico del último siglo con notable desden; y aunque el color político del libro no dañaba a los principios del imperio, la policia se alarmó por algunas ideas atrevidas sobre la renovacion del clero en Francia, y se apoderó de la obra.

Poco después, en 1811, se tonsuró Mr. de LA-MENNAIS entrando en el seminario de San Maló. La obra titulada *Tradicion de la Iglesia sobre la institucion de los obispos*, que apareció en seguida, fue principiada allí en union

con su hermano superior del Seminario, y acabada bajó las sombras de La-Cheais, pequeña posesion aislada, a la entrada de un bosque entre Dinan y Rennes, donde mas adelante fue con frecuencia Mr. de LA-MENNAIS a forjar mejores armas para combatir lo que entonces defendía. La obra de que se trata es principalmente recomendable por su grande erudicion teológica.

Después de la publicacion de esta obra Mr. de LA-MENNAIS pasó a Paris a principios de 1814 cuando el astro imperial se eclipsaba. Encerrado en un mal cuarto de la calle de Santiago, el desconocido y oscuro diácono parecia adivinar de antemano que iba a agrandarse su papel. *El Memorial en derecho* que publicó contra *el hombre sediento de crímenes*, verdadero en el fondo, en lo relativo a la organizacion de la universidad imperial, a la que mas especialmente atacaba, pero injusto en cuanto al emperador, merece ser colocado entre los rencorosos opúsculos que aparecieron en aquella época de trastorno y de pasiones, en que se cuidaba mas de herir fuertemente que con justicia. Cuando los *Cien Dios*, la llegada repentina de aquel a quien acababa de herir, le inspiró sérios temores, y juzgó conveniente pasar a Inglaterra.

A su llegada a Lóndres, el pobre breton se hallaba desprovisto de todo recurso. Provisto de una carta de recomendacion para lady Jerningham, hermana de lord Straffort, el futuro tribuno sacerdotal fué a solicitar humildemente un empleo de preceptor; y la noble dama, después de haberle mirado de piés a cabeza, le despidió por el grave motivo de que tenía un *aire demasiado tonto*. Mr. de LA-MENNAIS se complacia después en contar esa anécdota de su vida. Despedido de aquel modo, tuvo la felicidad de encontrar un asilo junto al abate Caron de Rennes, que erijia entonces un colegio de jóvenes emigrados, cerca de Lóndres, en el cual permaneció siete meses.

A su vuelta a Paris, entró primero en el convento de monjas Fulenses, que abandonó después por el seminario de San Sulpicio. No permaneció allí mucho tiempo, pues, incapaz de doblegarse a la rijidez de la regla, se ausentó brúscamente de él y volvió a los Fulenses. Por último, en 1816, a la edad de treinta y cuatro años, fué a ordenarse de sacerdote a Rennes, y regresó a los Fulenses, donde concluyó el primer tomo del *Ensayo sobre la indiferencia*, que apareció en 1817.

Hemos llegado al primer punto luminoso de la brillante carrera de Mr. de LA-MENNAIS. Atravesó de repente con paso de gigante el abismo de iniciaciones dolorosas que separa la oscuridad de la gloria. Aquel jenio poderoso, como desparramado hasta entonces, acababa de concentrar todos sus rayos; y en un solo dia, el humilde sacerdote se encontraba, como ha dicho uno de sus discípulos (1) revestido del poder de Bossuet. Su libro fué como un trueno: el antiguo Vaticano tembló de alegría sobre su base y la Europa se conmovió. Sin embargo aquel primer tomo, esclusivamente polémico, después de haber taladrado los argumentos de la incredulidad, dejaba aun sin solucion el gran problema de la fe. ¿Dónde estaba su oríjen? ¿Cómo lograr discernirlo?

Unido ya a las notabilidades monárquicas de la época, y arrastrado tambien a la arena política, Mr. de LA-MENNAIS, que defendía enton-

(1) *Lacordaire*—Consideraciones sobre el sistema filosófico de Mr. de Lamennais.

ces en el *Conservador* la alianza del trono y el altar, hizo esperar durante dos años la continuacion de su obra: al fin apareció el segundo volumen, y dividió violentamente los espíritus. Mr. de LA-MENNAIS, innovador atrevido, intentaba reconciliar dos potencias hasta entonces enemigas: la filosofía y la religión. Rechazando el sistema de Descartes, edificado sobre la evidencia y la razón individual, subía a la corriente de los siglos, seguía paso a paso la trasmisión de la verdad al través de ellos, y fundaba la certitud en la autoridad del género humano. Después analizaba la tradición humana, la aproximaba al dogma católico, establecía su perfecta concordancia, y llegaba a concluir que la verdad católica se deduce, no solo de la revelación, sino también de la autoridad tradicional del género humano.

Este sistema, al que llamaba Mr. de LA-MENNAIS la filosofía de sentido común, encontró fuertes antipatías, especialmente en el alto clero. Mezclar de este modo la filosofía con el catolicismo, cuando el catolicismo no gusta de la filosofía, y cuando la filosofía pretende absorber el catolicismo, era una empresa atrevida y llena de peligros: de temer era que la inflexibilidad del dogma revelado se sublevase contra el sospechoso auxiliar que se le pretendía unir, y que Mr. de LA-MENNAIS se viese precisado a optar entre dos sistemas rivales. La Sorbona, depositaria de las viejas traducciones, pensó combatir esta nueva invasión del racionalismo, al paso que Mr. de Bonald escribía al autor del *Ensayo: Dejad vozear a todas esas ranas*; y la parte vivaracha de la Iglesia acogía con trasportes de júbilo esta; teoría billante, que le parecía destinada a rejuvenecer un dogma envejecido.

Mr. de LA-MENNAIS publicó sucesivamente una defensa de su sistema y otros dos volúmenes destinados a corroborarlo. En estos dos últimos libros dió muestras de una espantosa erudición: descubridor infatigable, acumuló los textos, pasó revista a todos los siglos, a todos los pueblos, a todos los lugares; y reuniendo las esparramadas tradiciones de cada fracción de la humanidad, formó con ellas la haz colosal de la tradición humana.

Concluida en 1824 aquella grande obra, el sacerdote católico pasó a Roma a deponerla a los pies del Santo Padre. Recibido con bastante frialdad por los miembros del sacro colegio, encontró Mr. de LA-MENNAIS en el papa Leon XII un admirador y un apoyo: el pontífice, que tenía en su oratorio el retrato de aquel a quien llamaba el *último padre de la Iglesia*, le ofreció el capelo de cardenal; pero Mr. de LA-MENNAIS, presintiendo tal vez las futuras tempestades, rehusó aquella elevada dignidad, y solo empleó su favor para hacer nombrar a la nunciatura al cardenal Lambruschini, convertido después en uno de sus mas encarnizados enemigos.

De vuelta a Francia publicó una traducción sencilla de la *Imitación de Jesucristo*, y en breve se manifestó la primera faz de esta evolución interior de que ya hemos hablado. El ministerio Villele, a cuyo encubramiento había contribuido con todas sus fuerzas, perdía su valor a sus ojos; repugnaban a su alma, que no podía estar poseída moderadamente de un sistema, las pequeñeces y sutilezas del gobierno; las mezquinas exigencias de las pandillas políticas iban a chocar contra aquella naturaleza indisciplinable. Mr. de LA-MENNAIS creyó escuchar la voz de Dios, principió por despojarse de la fe monárquica, y se arrojó violentamente en el ultramontanismo. Su obra de *la Religión considerada en sus relaciones*

con el orden civil y político fue una declaracion de guerra a las libertades de la iglesia galicana. Atacaba en ella fuertemente la declaracion de 1682 que la consagra, y se esforzaba por de pronto, esperando mejor ocasion, en establecer la supremacia absoluta del papa en el orden espiritual. Acusado por este último libro ante el tribunal de policia correccional, fue defendido Mr. de LA-MENNAIS por Mr. Berryer y condenado a 26 francos de multa; con cuyo motivo pronunció sus famosas palabras: *Ya sabreis lo que és un cura.*

En 1829 publicó los *Progresos de la revolucion y de la guerra contra la Iglesia*; y cuando estalló la revolucion de julio, la saludó como la aurora de una república universal, en que soñaba ya, pero con la supremacia del papa y por las vias católicas.

No contento con esto, se rodeó de una falanje de discípulos jóvenes ardientes y decididos: el abate Gerbit le llevó su pluma mojada en uncion evánjélica; el abate Lacordaire su elocuencia de grandes imágenes y de colores vivos; Mr. de Montalambert su talento de un gusto delicado y la influencia de su posicion: todos emprendieron intrepidamente la obra de reconstruccion social, y en los primeros de setiembre de 1830 se fundó el periódico el *Porvenir*, para que sirviera de órgano a los intereses católicos unidos a los liberales. «Vuestro poder se pierde, y con él la fe, decía el *Porvenir* al pontificado. ¿Quereis salvar uno y otra? Unidlos ambos a la humanidad, tal cual la han hecho diez siglos de cristianismo. Nada hay estacionario en este mundo; reinasteis sobre los reyes, y despues los reyes os han sujetado. Separaos de los reyes, tended la mano a los pueblos, que ellos os sostendrán con su robusto brazo, y, lo que vale mas aun, con su amor. Abandonad los restos terrenales de vuestra antigua grandeza arruinada, rechazándo los con el pie como indignos de vos.» (1)

Este modo atrevido y nuevo de devolver al catolicismo una popularidad perdida, tuvo completo éxito entre el bajo clero y las clases inferiores. El pueblo veía por primera vez a jóvenes levitas hablarle de libertad y de progreso social; veíales tomar la iniciativa en las cuestiones mas espinosas, abordarlas sin recelo, proseguirlas hasta sus últimas consecuencias; veía dos sacerdotes y un par de Francia constituirse maestros de escuela de su propia autoridad, y revindicar la libertad de la enseñanza en la barra del tribunal mas elevado del reino. El pueblo veía todo esto, y plaudía.

Bastaba esto para que los altos dignatarios de la Iglesia francesa fulminasen mandamientos contra aquella democracia de sotana, y solicitasen vivamente de la santa sede una bula de censura. En Roma no sabian como habian de cerrar la boca a amigos fogosos, que querian absolutamente dotar al papa de un poder espantoso. Ocho siglos antes, el ambicioso Hildebrando se hubiera arrojado al cuello de los redactores del *Porvenir*; pero Gregorio XVI hacía poco caso del ajitado papel del dictador republicano, y sin embargo, á pesar de su poca simpatía por aquellas atrevidas doctrinas, retrocedía ante una condenacion. Para salir de todas sus incertidumbres, anunció LA-MENNAIS que suspendía su periódico, y que él mismo iba a buscar a Roma una sancion o una censura; pero este viaje no tuvo al principio resultado

(1) Asuntos de Roma.

alguno. Después de muchas tentivas inútiles para conseguir una decisión formal, Mr. de LA-MENNAIS se había decidido a regresar a Francia, anunciando su resolución de volver a principiar sus trabajos, cuando, al pasar por Munich, recibió la famosa carta encíclica de 15 de agosto de 1852, en la cual el papa condenaba de la manera mas clara y positiva, aunque sin designarlas, las doctrinas del *Porvenir*. De regreso en Paris, Mr. de LA-MENNAIS declaró que el periódico no saldría mas, y que quedaba disuelta la Agencia jeneral para la defensa de la libertad religiosa.

Hecho esto, el vigoroso atleta dejó un momento la arena, pero fue para volver pronto a ella. El papa, poco satisfecho con la precedente declaracion, exijía ademas una adhesion absoluta a la encíclica; y como la encíclica llamaba a la libertad de conciencia *una máxima absurda, un delirio*; a la libertad de la imprenta, *una libertad funesta*, a la cual no se podría tener bastante horror; y a la resistencia al principe, *un crimen*; Mr. de LA-MENNAIS, poco convencido de la exactitud de aquellas calificaciones pontificias, repugnó sancionarlas con su firma. Por último, después de muchas contestaciones y correspondencias, cuyos detalles serían demasiado largos; después de una primera adhesion juzgada incompleta, y de una segunda considerada perversa, por sus reservas, Mr. de LA-MENNAIS se prestó a una adhesion *pura y simplemente*, «convencido, decía al arzobispo de Paris, de que, firmando aquella declaracion, firmaba implícitamente que el Papa era Dios y dispuesto á firmarlo esplicitamente solo por vivir en paz.»

Mr. de LA-MENNAIS, vencido en la apariencia, robustecía misteriosamente sus fuerzas en la soledad de la Chenaie, y se preparaba a dar el terrible grito de guerra, que resonó de un extremo al otro de Europa: *Las Palabras de un Creyente*, que se publicaron en mayo de 1854. Al aparecer aquel manifiesto, arrojado bruscamente en nombre de Dios a la cara de los poderes de la tierra, hubo en el mundo una explosion igual de entusiasmo y de anatemas. Al mismo tiempo que Gregorio XVI, en una nueva encíclica de 7 de julio, reprobaba aquel libro, *pequeño por su volumen, pero grande por su perversidad*, el partido revolucionario tendia la mano al desertor de la Iglesia, y el mismo Lherminier le proclamaba *animoso, nuevo, grande, sublime, el único sacerdote de Europa* (1).

Si hay hombres que dirijen y dominan su pensamiento, hay otros tambien a quien es él domina e impele. Mr. de LA-MENNAIS es de estos últimos: una vez despojado de su traje de sacerdote, se presentó tal como era en su pensamiento íntimo. Hombre de meditacion y de soledad, cuando salió a luz, por decirlo así, se entregó a una vida de agitacion y de combate; exhaló gritos de indignacion y de guerra; nuevo Pedro el *ermitaño*, fué por el mundo predicando en todas partes la gran cruzada de los pueblos contra los reyes.

Dos años despues publicó los *Asuntos de Roma*, en cuyo libro hay mucha acritud, pero hay tambien mucha tristeza, mucha dulzura, mucho sufrimiento.

El *Libro del Pueblo*, que le siguió, es una especie de catecismo popular, en el que Mr. de LA-MENNAIS se esfuerza para elevar al pueblo a la

(1) LERMINIER, *Revista de los dos mundos*, 1854.

altura de la mision que le llama a desempeñar: al lado de algunas páginas ardientes de justa indignacion, hay otras en donde la mas consoladora y pura moral adopta las mas graciosas formas.

En su siguiente produccion, titulada *La Esclavitud Moderna*, Mr. de LA-MENNAIS se empeña en establecer, apelando tambien a la historia, que el proletario del dia está mas sujeto, mas incomodado, y es bajo cierto punto de vista mas miserable que el esclavo antiguo y el siervo de la edad media.

En 1840 dió á luz un folleto titulado *El Pais y el Gobierno*, que le valió un año de prision, durante el cual escribió los *Ecos de un calabozo*.

El golpe de estado del 2 de diciembre le obligó á encerrarse en su retiro; del cual no le permitió ya salir una enfermedad sinó para el cementerio.

Su muerte fué tranquila y modesta como la de un verdadero sabio; y al dejar este mundo solo encargó que se le enterrase pobremente y sin la intervencion de la Iglesia.

Falta ahora señalar cual era la idea de Mr. de LA-MENNAIS en religion y en política. Después de haber pedido en un principio la separacion absoluta de la iglesia y del estado, parece que Mr. de LA-MENNAIS deseó la fusion de la iglesia en el estado. Habiendo roto para siempre con el dogma católico; declaró que «el cristianismo envuelto en el dia bajo la capa material que le cubre como un sudario, volverá a aparecer con el esplendor de su vida perpetuamente j6ven, y que el mundo no formará mas que una sola ciudad, que saludará a Cristo como su supremo y último lejislador» (1) Es en otros términos el mismo pensamiento formulado por Mr. de Lamartine bajo el nombre de *Cristianismo lejislado*.

En política, Mr. de LA-MENNAIS era tal vez de los radicales modernos mas avanzado; pues llama al pueblo con alta o intelijible voz a ejercer directamente su soberanía, a constituirse, con la igualdad absoluta por dogma, y por forma de gobierno la república.

Concluiremos trasladando tambien las últimas palabras del biógrafo que nos ha prestado las primeras líneas de este rápido bosquejo, porque tienen en sus labios mas autoridad que en los nuestros.

Por último, en 1843 comenzaron á ver la luz sus *Bosquejos de una filosofia* que han continuado apareciendo en estos últimos años.

En cuanto al papel que ha desempeñado LA-MENNAIS, despues de la revolucion de febrero, no necesitamos mas que recordarlo aquí brevemente. Enviado por la ciudad de Paris á la asamblea constituyente, elegido miembro de la comision encargada de redactar un proyecto de Constitucion, nadie ha olvidado ni sus votos ni sus elocuentes articulos en el *Pueblo constituyente*, que cesó de publicarse despues de la ley del timbre. Reelegido para la legislativa, fue durante algun tiempo director de la *Reforma*.

«Sin embargo, Mr. de LA-MENNAIS, a pesar de la exajeracion de sus deseos, de sus tristezas y de sus cóleras, no deja de ser una de las inteligencias mas grandes, y uno de los corazones mas nobles de estos tiempos. Cuando la indiferencia domina en todas las almas, cuando las individualidades se aislan y envuelven en un odioso manto de egoismo, cuando prevalece la

(1) *Libro del pueblo*.

odiosa máxima de *cada uno para sí*, gusta ver a un hombre que padece con los padecimientos de los demás, que se embebe en los dolores del pueblo, que los agrada desmedidamente con el pensamiento, cual si quisiera imponerse un pesar mas vivo; que se esfuerza aun engañándose por remediarlos, y que conserva casi solo, en medio de la jeneral apatía, el celo de la caridad, la enerjia de la voluntad y los tesoros de la fe. En la penosa y lenta marcha de la humanidad hacia el porvenir, este sacerdote se ha colocado en la vanguardia. Impetuoso, incansable, fija la vista en el punto luminoso que anhela alcanzar, corre sin descanso, combatiendo los sistemas que le conducen hasta que caen rendidos; y entonces variando de sistema, sin variar de ruta, prosiguen su rápida carrera. ¡ Al jinete que tiene prisa de llegar, que le importan los caballos que deja muertos detrás de sí! »

Cuando se muere dejando entre la enemiga falanje quien pronuncie esas palabras al pie de la tumba, bien se puede creer que el que ella guarda para siempre era un gran filósofo y un gran corazón.



PALABRAS DE UN CREYENTE.

AL PUEBLO.

ESTE libro ha sido escrito principalmente para vosotros: a vosotros, pues, lo dedico. ¡Dichoso él, si, en medio de la miseria que os cupo heredar, y de las amarguras que sin cesar os aflijen, logra serviros de consuelo y reanimar vuestro valor!

¡Oh, vosotros, que medís con vuestro trabajo la duracion del día!; yo quisiera que esta humilde ofrenda fuese para vuestra pobre alma cansada lo que es a medio día en el campo la sombra de un árbol, por mezquina que sea, para el que ha trabajado toda la mañana a los rayos de un sol abrasador.

Malos tiempos habeis alcanzado; pero estos tiempos pasarán.

La Providencia quiere que, en pos de los rigores del invierno, nos venga una estacion menos cruda, y alegre el pajarillo bendice en sus cantos la mano bienhechora que le vuelve el calor y la abundancia, su dulce compañera y casto nido.

Esperad y amad. Todo lo endulza la esperanza, y todo lo alcanza el amor.

Hombres hay que estan padeciendo en este momento por lo mucho que os han amado. Yo, hermano suyo en el amar, he escrito la narracion de cuanto han hecho por vosotros, y de cuanto han hecho contra ellos en venganza; y cuando la violencia haya gastado sus desnudos resortes, entonces podré publicarla, entonces podreis leerla con lágrimas menos amargas, y amareis tambien vosotros a esos hombres que tanto os han amado.

Si hoy me empeñase en hablaros de su amor y de sus padecimientos, seguramente me vería sepultado con ellos en los hondos calabozos.

Yo bajaria lleno de gozo al mio, si en cambio pudiera al menos aliviar vuestra miseria; pero de ello no recibiriais alivio alguno, y por eso es fuerza que esperemos, y que roguemos a Dios abrevie el tiempo de la prueba.

Hoy son los hombres quienes juzgan y condenan: en breve juzgará él. ¡Bienaventurados los que hayan de participar de su justicia!

Yo soy ya viejo: escuchad las palabras de un anciano:

La tierra aparece lánguida y mustia; pero ella reverdecerá. El aliento del malvado no pasará, no, constantemente sobre ella como un soplo abrasador.

Cuanto en el mundo sucede, la Providencia ha dispuesto que suceda para que os sirva de instruccion, para que así aprendais a ser justos y buenos cuando llegue vuestra hora.

Cuando hayais visto pasar, y pasar para siempre, a los hombres que abusan del poder, como pasa y se pierde fujitivo el cieno de los arroyos en un día de tormenta, entonces comprendereis que solo el bien es duradero, y tendereis emponzoñar con vicioso aliento el aire purificado por las auras del cielo.

Ese tiempo no está lejos; preparad vuestras almas, porque ya se acerca.

El Cristo, enclavado en la cruz por vuestras culpas, ha prometido redimirnos.

Y para que os venga su gracia sin tardanza, daos prisa a reformar cuanto en vosotros deba reformarse; ejercitaos en practicar las virtudes todas, y amaos los unos a los otros como el Salvador del mundo os ha amado, **HASTA LA MUERTE.**

I.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de sana intención.

El que tenga oídos, que escuche; el que tenga ojos, ábralos y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha enjendrado a su Hijo, su Palabra, su Verbo; y el Verbo se ha hecho carne, ha venido al mundo, ha habitado entre nosotros; y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviarnos el Espíritu consolador, el Espíritu que emana del Padre y de él, y que es su mutuo amor. Y vendrá, y renovará la faz de la tierra cual si la crease de nuevo.

Hace diez y ocho siglos, el Verbo depositó en la tierra la semilla divina, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer; han comido de sus frutos, frutos del árbol de la vida, plantado nuevamente en esta su pobre morada.

En verdad os digo: grande fué la alegría de los hombres cuando la luz hió sus ojos, y se sintieron penetrados del fuego celestial.

Pero despues la tierra se ha tornado tenebrosa y fria.

Nuestros padres vieron al sol declinar: cuando se hubo ocultado bajo el horizonte, la humanidad entera se estremeció. Despues hubo, a favor de las tinieblas, un no sé qué, que no tiene nombre.

Hijos de la noche, el Poniente se ve negro; pero en el Oriente asoman ya los albores de un nuevo dia.

II.

APLICAD el oído, y decidme de donde viene ese rumor vago, confuso, extraño, que por todas partes se escucha.

Posad la mano en la tierra, y decidme porqué se ha estremecido.

Algo que no sabemos se ajita en el mundo: sin duda anda en ello la mano de Dios.

¿Hay algun mortal que no esté en expectativa? ¿Hay algun corazon que no palpite?

Hijo del hombre, sube, pues, a las alturas, y anuncia al mundo lo que ves.

—Veo suspendida sobre el horizonte una inmensa nube cárdena, y en derredor un resplandor rojizo como el reflejo de un incendio.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

—Veo alzarse las aguas del mar, y ajitarse las crestas de las montañas.

Veo a los rios cambiar su curso, las colinas vacilar, y rellenar, al desplegarse, la profundidad de los valles

Todo se conmueve, todo tiembla, todo cambia de forma.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

—Veo elevarse en lontananza densos torbellinos de polvo, que cruzan en todas direcciones, y se chocan, se mezclan y se confunden. Pasan sobre las ciudades, y, despues que han pasado, no quedan sinó áridas llanuras.

Veo a los pueblos sublevarse, y a los reyes tornarse pálidos como el oro de sus diademas. Guerra se han declarado; guerra de esterminio.

Veo un trono, dos tronos destrozados, y los pueblos dispersando sus pedazos por la tierra.

Veo a un pueblo que pelea como peleó el arcánjel Miguel con Satanás. Terribles son sus golpes; mas ¡ay! que está desnudo, y vestido su enemigo con férrea armadura.

Señor! Señor! mirale ya postrado! Mortal es su caída...; mas no: solo está herido. María, la Virgen Madre, le cubre con su manto, le muestra santa sonrisa, y le aparta por breves instantes del campo de batalla.

Veo a otro pueblo que combate sin tregua, y que cobra por momentos nuevas fuerzas en la lid. Ese pueblo tiene sobre el corazon la señal de la cruz.

Veo a otro pueblo caído, que seis reyes huellan con piés de plomo, y cada vez que intenta moverse, seis puñaladas se hunden en su pecho.

Veo dibujarse a grande altura, en el espacio de los aires, un gigantesco edificio, y sobre él una cruz que apenas distingo, porque la cubre un velo negro.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

—Veo a los pueblos del Oriente, que se turban y conmueven, porque miran desplomarse sus antiguos palacios, y caer sus viejos templos hechos polvo; y alzan al cielo sus ojos con relijioso asombro, como buscando allí otras grandezas, y aguardando a un nuevo Dios.

Veo caminar hacia Occidente una mujer de mirar altivo y de serena frente: trazando va con mano firme un lijero surco en la tierra, y por donde pasa la reja de su arado, veo alzarse jeneraciones humanas, que la invocan a coro en sus oraciones, y la bendicen en sus cantos.

Veo hacia el Septentrion hombres que solo conservan un resto de calor concentrado en la cabeza, que los embriaga; pero el Cristo los toca con su cruz, y sienten de nuevo latir su corazon.

Veo a la parte del Mediodia otras razas humanas, que caminan agobiadas bajo el peso de no sé que maldicion: ominoso yugo les dobla la cerviz; pero el Cristo las toca con su cruz, y la enderezan.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

No responde: gritémosle de nuevo:

Hijo del hombre, ¿qué ves?

—Veo a Satanás huyendo, y al Cristo, rodeado de sus ánjeles, que viene a reinar en la tierra.

III.

Y fui transportado en espíritu a los tiempos antiguos; y era la tierra hermosa, y rica, y fecunda; y felices vivain sus moradores, porque vivían como hermanos.

Y vi a la Serpiente, que iba deslizándose entre ellos: fijó en algunos su mirada fascinadora, y sintieron conturbarse sus almas; luego se acercaron, y la Serpiente les habló al oído.





Mr. Grandmaison, hombre rico que posee las muchachas más bonitas de París



VEO CAMINAR HACIA OCCIDENTE UNA MUJER DE MIRAR ALTIVO
Y DE SERENA FRENTE....



Y cuando hubieron escuchado las palabras de la Serpiente, alzaronse gritando: *Somos Reyes*.

Y el sol perdió su brillo, y la tierra tomó un color pálido como el de la mortaja que envuelve a los muertos.

Y se oyó un sordo murmullo, un ¡ay! prolongado, y cada cual tembló en el fondo de su corazón.

En verdad os digo: fué como el día en que reventaron los diques del abismo, y se derramó el diluvio de las grandes aguas.

El Miedo corrió de cabaña en cabaña, porque entonces aun no había palacios, y dijo a cada uno cosas misteriosas, que le hicieron estremecer.

Y los que habían dicho: *Somos Reyes*, se armaron de una hacha, y fueron con el Miedo de cabaña en cabaña.

Y allí se cumplieron misterios estraños; hubo cadenas, llantos y sangre.

Los hombres, horrorizados, exclamaron: El asesinato ha vuelto al mundo. Y harto dijeron, porque el Miedo había sobrecojido sus almas y paralizado el movimiento de sus brazos.

Dejaronse cargar de cadenas, ellos, y sus mujeres, y sus hijos; y los que habían dicho: *Somos Reyes*, ahondaron una inmensa caverna y encerraron en ella a toda la raza humana, bien así como se encierra a las bestias en un establo.

El huracan, furioso, deshacia las agrupadas nubes, y el trueno retumbaba, y oí, en tanto, una voz que repetía: *La Serpiente ha vencido por segunda vez, pero no para siempre.*

Desde entonces nada oí sino gritos, sarcasmos, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que debía haber en la tierra un reinado de Satanás antes del reinado de Dios. Y lloré, y esperé.

Y la vision que tuve fué un pronóstico verdadero, porque el reinado de Satanás se ha verificado, y tambien se verificará el reinado de Dios; y entonces los que han dicho: *Somos Reyes*, se verán a su vez encerrados en la caverna con la Serpiente, y la humanidad saldrá libre de sus prisiones cual si naciera de nuevo, cual si hubiera pasado el puente del abismo que separa la muerte de la vida. Así sea.

IV.

Huos sois todos de un mismo padre, y la misma madre os ha amantado: ¿porqué, pues, no os amais unos a otros como hermanos, y no que os tratáis mas bien como enemigos?

El que no ama a su hermano es siete veces maldecido; y el que trata a su hermano como enemigo es maldecido setenta veces siete veces.

Por eso han sido maldecidos los tiranos y los magnates de la tierra: porque no han amado a sus hermanos, y los han tratado como a enemigos.

Amaos unos a otros, y nada tendreis que temer de los tiranos de la tierra.

Si son fuertes contra vosotros, es porque vivís desunidos, porque no os amais como se aman los hermanos.

Nunca digais: Ese es hijo de un pueblo, y yo soy hijo de otro pueblo. Porque los pueblos todos han tenido el mismo padre en la tierra, que es Adán, y tienen el mismo padre en el cielo, que es Dios.

Cuando un miembro sufre herido, el cuerpo todo padece. Vosotros sois todos miembros de un mismo cuerpo: no es posible que uno de vosotros sea oprimido, sin que oprimidos sean todos a la vez.

Cuando el lobo se arroja sobre un rebaño, no lo coje y devora entero: roba primero una oveja, y la come; mas tarde, cuando el hambre le acosa de nuevo, vuelve por otra, y la come tambien; y así las va devorando una tras otra hasta la última, porque el hambre del lobo renace sin cesar.

No hagais, pues, como las ovejas, que se espantan un momento, cuando el lobo se ha llevado a una de sus compañeras, y luego se olvidan del peligro, y tornan de nuevo a paacer. Porque creen las cuitadas que el lobo puede contentarse con su primera o su segunda presa; y tal vez haya alguna que diga para sí: ¿Qué me importa que las devore? Así tendré mas pasto.

En verdad os lo digo: los que así piensan estan ya designados para servir de pasto a la bestia que se alimenta de carne y de sangre.

V.

CUANDO veais a un hombre conducido a la cárcel o al cadalso, no os deis prisa a decir: Ese es un hombre malo, que ha cometido un crimen contra los hombres.

Porque pudiera ser un hombre bueno, que haya querido servir a los hombres, y se vea por ello castigado de sus opresores.

CUANDO veais a un pueblo cargado de cadenas y entregado al verdugo, no os deis prisa a decir: Ese es un pueblo revoltoso, que ha querido alterar la paz de la tierra.

Porque pudiera ser un pueblo mártir, que muera por la redencion del género humano.

Hace diez y ocho siglos, en una ciudad de Oriente, los pontífices y los reyes de aquel tiempo enclavaron en una cruz, despues de haberle azotado con manojos de mimbres, a un sedicioso, a un blasfemo, como ellos le llamaban.

El dia de su muerte fué dia de pánico para el infierno, y de inmenso júbilo para el cielo:

Porque la sangre del Justo habia salvado al mundo.

VI.

¿PORQUÉ vemos que entre los animales cada uno encuentra el alimento que mejor conviene a su especie? Porque ninguno de ellos se apodera de lo que a otro pertenece, y porque cada cual se contenta con aquella porcion que basta a satisfacer sus necesidades.

Si en la colmena dijese una abeja: *Toda esta miel es mia*; y sin mas razon empezase a disponer a su arbitrio del fruto del comun trabajo, ¿qué sería de las demás abejas?

La tierra es como una gran colmena, y los hombres son como abejas.

Cada abeja tiene derecho a consumir la porcion de miel necesaria a su subsistencia; y, si hay entre los hombres quienes carecen del alimento necesario, es porque la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es la vida, y la caridad tambien es la vida; vida por cierto mas dulce y abundante.

Algunos hombres, empero, han tropezado con falsos profetas, que les persuadieron de que los demás habian nacido para ellos; y lo que aquellos creyeron, creyeronlo tambien los demás bajo la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta palabra de mentira se hubo tornado en religiosa creencia, lloraron los ángeles en el cielo, y lloraban porque preveían las violencias, los crímenes y los males sin cuento que iban a inundar la tierra.

Los hombres, iguales entre sí, han nacido para Dios solo, y quien quiera que otra cosa diga, dice una blasfemia.

El que quisiere hacerse superior entre vosotros, sea criado vuestro; y el que quisiere ser el primero de todos, sea el servidor de todos.

La ley de Dios es ley de amor, y el amor no impone sacrificios a los demás, sino que se sacrifica por los demás.

El que dice a solas en su corazón: Yo no soy como los demás hombres, sino que los demás hombres me han sido dados para que yo los mande y para que disponga según mi capricho de ellos, y de lo que es de ellos; el que tal dice es hijo de Satanás.

Y por eso Satanás es hoy el verdadero rey de este mundo, porque es el rey de los que así piensan y obran; y los que así piensan y obran se han hecho, por consejo suyo, dueños del mundo.

Pero su imperio tiene un tiempo limitado, y ya tocamos al término de ese tiempo.

Se dará una gran batalla, y el ángel de la justicia y el ángel del amor combatirán al lado de los que esgriman sus armas para establecer entre los hombres el reinado del amor y la justicia.

Y muchos morirán en este combate; empero sus nombres vivirán eternamente en la tierra, como destellos de la gloria de Dios.

¡Oh vosotros, los que ahora padecéis, alentaos, pues; confortad vuestros corazones, porque mañana será el día de la prueba, en que cada cual habrá de dar con gozo su vida por sus hermanos; y el nuevo día que amanezca, ese será el día de la libertad!

VII.

Cuando un árbol está solo, azótanlo los vientos y despojanlo de sus hojas; y sus ramas, en vez de dirigirse al cielo, se humillan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, sin sombra que la defienda de los ardores del sol, dobla lánguido su tallo, se marchita, se seca y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder dobla, abatida, su frente, y la insaciable codicia de los grandes del mundo chupa el jugo todo que debía alimentarle.

No queráis, pues, vivir solos como el árbol y la planta; uníos, ayudaos unos a otros, y protejeos mutuamente.

Mientras viviereis desunidos, y en tanto que cada cual solo atendiere a sí mismo, no esperéis sino miseria, desdichas y opresión.

¿Hay, por ventura, en la tierra un ser más débil que el gorrion, mas inermé que la golondrina? Vedlos, sin embargo, cuando se les presenta el ave de rapiña, cual se unen, y la rodean, y la persiguen todos juntos hasta que logran ahuyentarla.

Seguid, pues, el ejemplo del gorrion y de la golondrina.

Al que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando camina, siéntase a su lado cuando descansa, e interrumpe su sueño cuando duerme.

Así, pues, si os preguntan: ¿Cuántos sois? Responded: Somos uno, porque uno solo componemos unidos, nosotros y nuestros hermanos.

Dios no quiso criar ni pequeños ni grandes, ni amos ni esclavos, ni reyes

ni vasallos. Iguales quiso que los hombres fueran, e iguales los crió.

Pero los hay entre ellos que tienen mas robustez de cuerpo, o mas agudeza de ingenio, o mas fuerza de voluntad; y estos son los que tratan de avasallar a sus hermanos, cuando el orgullo o la aubicion llega a sofocar en ellos el amor fraternal.

Y Dios previó que así sucedería; y por eso mandó a los hombres que se amasen, a fin de que, viviendo unidos, no fuese el débil oprimido por la tiranía del fuerte.

Porque el que es mas fuerte que otro será quizá menos fuerte que dos, y el que es mas fuerte que dos podrá ser menos fuerte que cuatro; y de esta suerte nada tendrán los débiles que temer, si, amándose unos a otros, viven fraternalmente unidos.

Un hombre, viajando por la montaña, llegó a un paraje en que un enorme peñasco, desprendido de su cima, ocupaba todo el camino obstruyéndole el paso; y ni a derecha ni a izquierda habia vereda alguna por donde pudiese salir.

Este hombre, pues, viendo que no podía proseguir su camino, probó a desviar el peñasco para abrirse paso, y se cansó mucho en aquel trabajo, y fueron inútiles sus esfuerzos.

Y, sintiendo desmayar su ánimo, dejóse caer en el suelo con el corazon traspasado de angustia: ¡Ay triste, exclamó, qué vá a ser de mí cuando llegue la noche, y me sorprenda en esta soledad sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna contra las fieras que salen en tales horas a buscar su presa!

Y, estando abismado en este pensamiento, se presentó otro viajero, el cual, habiendo probado a hacer lo que intentó el primero, y encontrándose tan impotente como él para desviar el peñasco, se sentó silencioso, y bajó la cabeza con aire taciturno.

Y detrás de este llegaron otros caminantes, y ninguno de ellos pudo mover la piedra, y era grande el terror de que todos se vieron sobrecojidos.

Por fin uno de ellos dijo á los demás:—Hermanos míos, roguemos a nuestro padre que está en los cielos; tal vez tenga piedad de nosotros en este angustioso trance.

Y su consejo fué escuchado, y rogaron todos de corazon al Padre que está en los cielos.

Y terminada la oracion, el que habia dicho: Roguemos, volvió a decir:

Hermanos, ¿quién sabe si lo que ninguno de nosotros ha podido hacer por sí solo podríamos hacerlo todos juntos?

Y todos a una se levantaron, y juntos empujaron el pesado peñasco, y el peñasco cedió, y los viajeros prosiguieron en paz su camino.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, y el peñasco son las miserias que a cada paso encuentra en su camino.

Ese peñasco no cede jamás a los esfuerzos de un hombre solo; pero Dios ha graduado su peso de suerte que no pueda detener a los que viajan juntos.

VIII.

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir: la tierra proveia por sí sola, y sin cultivo, a todas sus necesidades.

Mas pecó el hombre, y así como se habia rebelado contra Dios, así se rebeló la tierra contra él.

Sucedióle, pues, lo que al hijo que se alza rebelde contra su padre: el padre le priva de su amor y le abandona; sus antiguos domésticos se niegan a

servirle, y solo, y peregrino, vase buscando aquí y allí su pobre vida, y comiendo el pan que gana con el sudor de su rostro.

Desde aquel día de pecado, Dios ha condenado a todos los hombres al trabajo, y todos tienen señalada su tarea, ya de cuerpo, ya de espíritu; y los que dicen: Yo no trabajaré, esos son los más miserables.

Porque, así como devoran los gusanos un cadáver, así los vicios los devoran a ellos, y, cuando no son los vicios, es el fastidio.

Y cuando plugo a Dios que el hombre trabajase, plégole también ocultar un tesoro en el trabajo, porque al fin es padre, y el amor de padre jamás se extingue.

Y aquel que sabe hacer buen uso de este tesoro, y no lo disipa, como hace el insensato, alcanza en recompensa un tiempo de reposo, y logra entonces vivir como vivían los hombres en el principio.

Y les dió también Dios este precepto: Ayudaos mutuamente, porque entre vosotros hay fuertes y débiles, sanos y enfermos; y quiero, no obstante, que todos vivan.

Y todos vivirán, si así lo hacéis, porque yo premiaré la caridad que hubiereis tenido para con vuestros hermanos, y daré virtud fecunda al riego de vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido, siempre se ha verificado, y nunca se ha visto falta de pan al que prestó ayuda a sus hermanos.

Vivía, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldito del Señor; y este hombre era robusto, y aborrecía el trabajo; y dijo-se a sí mismo: ¿Qué hare? El trabajo me es insoportable, y, si no trabajo, pereceré forzosamente.

Vinole entonces un pensamiento del infierno, que abrigó en lo íntimo de su corazón, y fué: que en una noche sorprendería a algunos de sus hermanos durante el sueño, y los cargaría de cadenas.

De este modo, decía él, yo los forzaré con el látigo y el azote a que trabajen para mí, y comeré el fruto de su trabajo.

Y del modo que lo pensó así lo hizo; y otros hombres fuertes, que esto vieron, hicieron otro tanto, y desde entonces dejó de haber hermanos: hubo amos y esclavos.

Ese día fue día de luto para toda la tierra.

Pasado mucho tiempo, hubo otro hombre, más perverso aun que el primero y más maldito del Señor.

El cual, viendo que la raza humana había crecido y multiplicádose en todas partes, y que era su muchedumbre innumerable, dijo para sí:

Tal vez podría yo encadenar a algunos de ellos y obligarlos a trabajar para mí; pero tendría que alimentarlos, y eso disminuiría mis ganancias. Harelo mejor: ¡qué trabajen de balde! Morirán, sin duda alguna; pero, como son muchos, tendré tiempo para acumular riquezas antes que eche de ver su falta, y, después de todo, siempre quedarán bastantes.

Aquella multitud había vivido hasta entonces de lo que recibía en cambio de su trabajo.

Después de hablar así consigo mismo, se llegó a algunos de ellos, habloles aparte, y les dijo: Veo que trabajáis seis horas, y os dan una moneda por vuestro trabajo. ¿Porqué no trabajáis doce horas, y ganaréis dos monedas? Así viviréis más holgados, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

En seguida les dijo: Veo además que solo trabajáis la mitad de los días del año; ¿porqué no trabajáis todos los días, y doblareis así vuestra ganancia?

Y también le creyeron.

Y resultó de aquí que, habiéndose aumentado en un duplo el trabajo de

cada hombre, sin que se hubiese aumentado la necesidad de trabajo, la mitad de los que antes vivían de su tarea no hallaron quien los emplease.

Entonces el hombre protervo, a quien habían creído, volvió a decirles: Yo os daré trabajo a todas con la condición de que seguireis trabajando el mismo tiempo por la mitad de lo que antes os pagaba, porque, si bien quiero haceros favor, no quiero arruinarme por causa vuestra.

Y como tenían hambre, ellos, sus mujeres y sus hijos, aceptaron la proposición del hombre protervo, y le bendijeron, porque, decían ellos: Al fin nos da la vida.

Y así prosiguiendo en su sistema de engaño, el hombre protervo iba aumentándoles de día en día su trabajo, y cercenándoles cada vez más su salario.

Y, aunque se morían de necesidad, otros corrían presurosos a remplazarlos, porque la indigencia había llegado a tal extremo en el país que familias enteras se vendían por un bocado de pan.

Y el hombre protervo, que había engañado a sus hermanos, acumuló más riquezas que el hombre malo que los había encadenado.

Este último tiene por nombre Tirano; el otro no tiene nombre sino en los infiernos.

IX.

Vivís en el mundo como extranjeros.

Caminad a la ventura, y, que tomeis hacia el Norte o hacia el Mediodía, hacia el Oriente o hacia el Occidente, donde quiera que os detengáis, encontrareis alguien que os espulsará diciendo: Idos de aquí; este campo es mío.

Y cuando hayáis andado el mundo en su redondez, volvereis persuadidos de que no hay en la tierra un pobre rincón donde pueda vuestra esposa parir su primojénito, donde podáis descansar de las fatigas del día, donde puedan vuestros hijos, en la hora postrera, dar sepultura a vuestros huesos, como en tierra que os pertenezca.

¡Gran miseria es esta por cierto!

Y, sin embargo, no debéis entregaros con exceso a la aflicción. Escritas están de mano del que salvó a la humanidad estas elocuentes palabras:

«Guarida tiene la zorra, nido las aves del aire; empero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.»

Si quiso, pues, hacerse pobre, fué para enseñaros a soportar la pobreza.

No que la pobreza emane de Dios, antes bien es fruto de la corrupción y la codicia de los hombres, y por eso habrá pobres entre ellos eternamente.

La pobreza es hija del pecado, cuya semilla germina en cada hombre, y de la esclavitud, cuya semilla germina en toda sociedad.

Y pobres ha de haber siempre, porque el hombre no destruirá jamás en sí la semilla del pecado.

Però también irá disminuyendo el número de pobres, porque la esclavitud irá poco a poco desapareciendo de la sociedad.

¿Queréis destruir la pobreza? Procurad antes destruir el pecado en vosotros mismos, luego en los demás, y armaos para ahuyentar del mundo la esclavitud.

Y no creáis que la pobreza se destruye tomando lo que a otros pertenece; porque, ¿cómo, si los haceis pobres, podéis disminuir el número de los pobres?

Cada uno tiene derecho a conservar lo que es suyo, sin lo cual nadie poseería cosa alguna.

Pero tambien cada uno tiene derecho a adquirir con su trabajo lo que no tiene, sin lo cual la pobreza seria eterna.

Emancipad, pues, vuestro trabajo; romped las ligaduras que atan vuestros brazos, y entonces la pobreza vendra a ser entre los hombres una escepcion que Dios permitirá para recordarles la fragilidad de su naturaleza, y el mútuo amor y ayuda que se deben unos a otros.

X.

CUANDO la tierra toda esperaba, jimiendo, el dia de su redencion, alzóse una voz profética en la Judea: era la voz de aquel que venia a padecer y a morir por sus hermanos, y a quien algunos llamaban por desprecio *el Hijo del carpintero*.

El Hijo, pues, del carpintero, pobre y errante por el mundo, decia:

«Venid a mi, vosotros, los que vivis oprimidos bajo el peso del trabajo, y yo os reanimaré.»

Y desde aquel dia hasta hoy ninguno de los que han tenido fé en su promesa ha dejado de sentir algun alivio en su miseria.

Para curar los males que a los hombres aquejaban, predicábales la observancia de la justicia, que es el principio de la caridad, y de la caridad, que es la consumacion de la justicia.

Y entended que la justicia os ordena respetar los bienes ajenos, y que la caridad os prescribe a veces el desprendimiento de los propios, en beneficio de la paz o de cualquier otro bien.

¿Qué seria del mundo si el derecho dejase de ser en él respetado, si no existieran garantías de seguridad personal, y no gozase cada cual tranquilamente lo que es suyo?

Valiera mas vivir en la espesura de los bosques que en el seno de una sociedad asi entregada al latrocinio.

Lo que hoy arrebateis, otro os lo arrebatará mañana; y de esta suerte vendrán a ser mas pobres los hombres que las aves del aire, a quienes las otras aves de su especie no arrebatan el grano, ni lanzan de su nido.

¿Qué es un pobre?—Es aquel que no ha podido adquirir aun propiedad.

¿Qué es lo que el pobre desca?—Dejar de serlo; esto es, adquirir propiedad.

Y aquel que roba y saquea ¿no anula por si mismo, en lo que puede, el derecho de propiedad?

Robar, saquear, no es, pues, otra cosa sino atacar al pobre tanto como al rico; es minar los cimientos de toda sociedad posible entre los hombres.

El que hoy nada posee solo puede llegar a poseer en tanto que haya otros que ya posean, pues solo estos podrán darle algo en cambio de su trabajo.

El orden es el bien, el interés de todos.

No apagueis vuestra sed en la copa del crimen, que en el fondo os espera el amargo desengaño, y la agonía, y la muerte.

XI.

Yo habia visto los males que han caido sobre la tierra: tiranizado el débil, reducido el justo a mendigar su pan, colmado de honores el malvado y rebo-

sando riquezas, condenado el inocente por jueces inicuos, y errantes sus hijos sin albergue.

Y mi alma yacía entristecida, y derramábase de ella la esperanza, cual se derrama el líquido de una vasija quebrada.

Y quiso Dios enviarme un profundo sueño.

Y vi, durante mi sueño, una como forma luminosa que se alzaba en pié a mi lado; un espíritu, cuya mirada, dulce y penetrante a la vez, leía en lo mas íntimo de mis ocultos pensamientos.

Y me sentí estremecer, no de temor, no de alegría, sino de una sensación desconocida, mezcla inexplicable de lo uno y de lo otro.

Y díjome el Espíritu:—¿Porqué estás triste?

Y respondí llorando:—¡Ay! ved los males que pesan sobre la tierra.

Y la figura celestial se sonrió con sonrisa inefable, y llegaron a mis oídos estas palabras:

—Tus ojos nada ven sino al través de ese velo engañoso que las criaturas llaman *tiempo*. El tiempo existe solo para el hombre: para Dios no hay tiempo.

Y yo callaba, porque nada comprendía.

—Mira, me dijo de repente el Espíritu.

Y no habiendo ya para mí pasado ni futuro, vi a la vez, y en un mismo punto, lo que llaman los hombres, en su idioma lánguido y mezquino, *pasado*, *presente* y *porvenir*.

Y todos estos tiempos no eran para mí sino uno solo; y, sin embargo, para explicar lo que vi, es fuerza que vuelva al caos de los tiempos, y que hable el idioma mezquino y lánguido de los hombres.

Y veía a todo el linaje humano presente en un solo hombre.

Y ese hombre habia hecho mucho mal, poco bien; y habia sufrido mucho, y gozado poco.

Y postrado yacía, envuelto en su miseria, sobre una tierra, ora yerba, ora abrasada, flaco, hambriento, dolorido, presa de horribles convulsiones, que solo le abandonaban para hacer mayor su abatimiento, y abrumado de cadenas forjadas en la mansion infernal.

Su mano izquierda habia encadenado a la diestra, y su mano diestra a la izquierda; y en la agitación de su sueño, habiase enredado de tal modo en sus propios hierros, que su cuerpo todo estaba cubierto y oprimido.

Porque apenas le tocaban, pegábanse a su piel como plomo derretido, y se introducían en sus carnes para no salir mas de ellas.

Aquel era el hombre: al punto lo reconocí.

Y a poco vi aparecer un rayo de luz que emanaba del Oriente, y un rayo de amor del Mediodía, y un rayo de fuerza del Septentrion.

Y estos tres rayos fueron a confluír en el corazón de aquel hombre.

Y cuando partió el rayo de luz, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, sabe lo que saber debes.

Y cuando partió el rayo de amor, dijo otra voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, ama lo que debes amar.

Y cuando partió el rayo de fuerza, dijo tambien otra voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que debes hacer.

Y cuando se hubieron unido los tres rayos, unieronse tambien las tres voces formando una sola, que dijo:

Hijo de Dios, hermano del Cristo, sirve a Dios, y no sirvas sino a él solo.

Y al oír esto, lo que hasta entonces me habia parecido un solo hombre, me pareció ser una multitud de pueblos y naciones.

Y no me habia engañado mi vista la vez primera, como tampoco me engañaba la segunda.

Y aquellos pueblos y naciones, incorporándose en su lecho de agonía, comenzaron a decirse unos a otros:

¿De dónde proceden nuestros sufrimientos, y nuestra postracion, y el hambre y la sed que nos atormentan, y las cadenas que nos agobian y penetran en nuestras carnes?

Y sus inteligencias se iluminaron, y comprendieron al punto que los hijos de Dios, los hermanos del Cristo, no habían sido condenados por su padre a la esclavitud, y que esta esclavitud era el origen de todos sus males.

Cada cual, entonces, forcejeó para romper sus cadenas, pero ninguno lo logró.

Y mirándose unos a otros, y compadeciéndose mutuamente, empezó a obrar en ellos el amor fraternal, y se dijeron: Si todos tenemos el mismo pensamiento, porqué no hemos de tener el mismo valor para realizarlo. ¿No somos todos hijos del mismo Dios y hermanos del mismo Cristo? Salvemonos, pues, juntos, o juntos todos muramos.

Y al decir esto, sintiéronse dotados repentinamente de una fuerza sobre humana, y oí que sus cadenas crujían, y combatieron seis días contra los que los habían encadenado, y el sexto día quedaron vencedores, y el séptimo fué día de descanso.

Y la tierra, que antes aparecía seca e infecunda, reverdeció y brotó con nueva vida, y todos pudieron comer igualmente de sus frutos, e ir y venir con plena libertad sin que nadie les dijese: ¿Adonde vais? Por aquí no se pasa.

Y los niños cojian sin temor flores por todas partes, y las llevaban al regazo de sus madres, que les miraban sonriendo.

Y ya no había pobres ni ricos, sino que todos tenían en abundancia las cosas necesarias para la vida, porque todos se amaban y se ayudaban como hermanos.

Y resonó en los cielos una voz como de ángel que decía: ¡Gloria a Dios, que ha dado inteligencia, fuerza y amor a sus hijos! ¡Gloria al Cristo que ha dado la libertad a sus hermanos!

XII.

CUANDO alguno de vosotros se queja de la injusticia de los hombres, nadie le escucha. Cuando en medio de su camino le derriba el opresor y le huella con su planta, nadie acude a levantarlo.

El grito del pobre sube hasta Dios, y no llega a los oídos del hombre.

Y me he preguntado a mí mismo: ¿De donde nace tan grande infelicidad? ¿Será acaso que el que crió al pobre y al rico, al débil y al fuerte, habrá querido desvanecer en los unos todo temor de castigo, y quitar a los otros toda esperanza en su miseria?

Y he conocido que este pensamiento era en sí horrible, y que era una blasfemia contra Dios.

No: la súplica del pobre es desoída, porque cada cual no ama sino a sí mismo, porque vive separado de sus hermanos, porque está solo y quiere estar solo.

No habeis escuchado en los campos, cuando viene la primavera y reanima la naturaleza toda, un murmullo prolongado, que sale de entre la yerba y se eleva por los aires?

Ese murmullo, compuesto de otros muchos que sería imposible contar, es la voz de un sinnúmero de insectos, pobres seres mezcquinos y miserables.

Solo, ninguno de ellos haría perceptible su voz; pero, juntos y en coro, consiguen hacerse oír en toda la campiña.

Tambien vosotros vivis bajo la miés ajena; ¿porqué no sale de entre ella voz alguna?

Quando se quiere vadear un rio de impetuosa corriente, fórmanse los viajeros en dos filas a lo largo, enlazándose unos con otros como eslabones de una cadena; y, así reunidos, vencen sin dificultad la corriente de las aguas, que ninguno por si solo hubiera podido resistir.

Obrad vosotros así, y rompedeis la corriente de la iniquidad, que, aisladlos, os arrebatá, y os estrecha contra la orilla.

Sed tardíos en resolver, pero constantes en la resolución. No os dejéis llevar de un primero, ni de un segundo impulso.

Antes bien, si se ha hecho con vosotros alguna injusticia, comenzad por desterrar de vuestros corazones todo sentimiento de odio, y alzando luego las manos y los ojos al cielo, decid a vuestro Padre, que desde allí os escucha:

¡Señor! tú eres éjida del inocente y sostén del oprimido, porque tu amor ha creado el mundo, y tu justicia lo gobierna.

Tú quieres que ella reine en la tierra, y el malvado opone su maléfica intencion.

Por eso hemos resuelto pelear contra el malvado.

Ilumina ¡oh Padre! nuestro entendimiento, y da fuerza a nuestros brazos.

Quando hayais rogado así con todo el fervor de vuestras almas, pelead, y nada temáis.

Si la victoria os abandona un momento, será solo para probar vuestra fe; tened constancia, y ella volverá: porque vuestra sangre será como la de Abel degollado por Cain, y vuestra muerte como la muerte de los mártires.

XIII.

ERA una noche tenebrosa; un cielo sin astros pesaba sobre la tierra, como una losa de mármol negro sobre una sepultura.

Y nada interrumpía el silencio de aquella noche, si no era un ruido extraño, como el de un ligero aleteo, que se oía de vez en cuando sobre las campiñas y las ciudades.

Y entonces se espesaban las tinieblas, y oprimíanse los corazones, y sentía cada cual correr hielo por sus venas.

Y en una sala entapizada de negro, a la luz roja y moribunda de una sola lámpara, veíanse siete hombres vestidos de púrpura y ceñidas las sienes con una corona, sentados en siales de hierro.

Y en medio de la sala se elevaba un trono fabricado de huesos, y al pié del trono un crucifijo derribado, que servía de escabel, y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa un vaso lleno de sangre roja y espumosa, y un cráneo humano.

Y los siete hombres coronados parecían sumerjidos en tristes pensamientos; y, desde el fondo de sus húmidas órbitas, lanzaban sus ojos de vez en cuando destellos de un fugo livido.

Y, levantándose uno de ellos, se acercó al trono vacilando, y puso el pié sobre el crucifijo.

En aquel momento temblaron sus miembros todos, y pareció próximo a su fin. Los demás le miraban inmóviles y en silencio; pero un jesto diabólico

descompuso sus semblantes, y una sonrisa, que no era humana, contrajo horriblemente sus labios.

Y aquel que parecia sobrecojido de mortal desmayo, alargó la manó, tomó el vaso, vertió sangre en el cráneo, y bebió.

Y pareció que recobraba sus fuerzas con aquel brevaie.

Luego, enderezando la cabeza, salieron de su pecho estas palabras, con una voz sorda semeiante al estertor de un moribundo:

—*¡Maldito sea el Cristo, dijo, que ha traído a la tierra la Libertad!*

Y los otros seis hombres coronados se alzaron todos a la vez prorrumpiendo en la misma esclamacion:

—*¡Maldito sea el Cristo, que ha traído a la tierra la Libertad!*

Dicho esto, volviéronse a sentar en sus sitaliaes de hierro, y dijo el primero:

—Compañeros, ¿qué haremos para sofocar la Libertad? En ello tenemos todos el mismo interés, porque nuestro reinado habrá concluido si el suyo comienza. Proponga, pues, cada cual lo que juzgare conducente a nuestros fines.

Por lo que a mí hace, escuchad el consejo que os doy: Antes que el Cristo viniere, ¿quién se atrevia a mantenerse erguido en nuestra presencia? Su relijion nos pierde: destruyamos la relijion del Cristo.

Y respondiéronle en coro:—Cierito es; destruyamos la relijion del Cristo.

Y en seguida llegose otro al trono, vertió sangre en el cráneo, bebiola, y dijo:

—No solo debemos destruir la relijion, sino tambien la ciencia y el pensamiento; porque la ciencia enseña al hombre lo que no nos conviene que sepa, y el pensamiento está siempre dispuesto a rebelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos:—Cierito es; destruyamos la ciencia y el pensamiento.

Y adelantose el tercero, quien, despues de hacer lo que los primeros habian hecho, dijo:

—Cuando hayamos conseguido embrutecer de nuevo a los hombres, quitándoles la relijion, la ciencia y el pensamiento, habremos conseguido mucho, sin duda; pero algo nos quedará aun que conseguir.

El bruto tiene instinto y simpatias peligrosas. Es necesario impedir que un pueblo oiga la voz de otro pueblo; no sea que, si uno se queja y se rebela, se animen otros a imitarle. No haya, pues, comunicacion alguna entre los pueblos.

Y unánimes todos respondieron:—Cierito es; no haya comunicacion alguna entre los pueblos.

Y dijo a su vez el cuarto:—Asi como nosotros tenemos un interés comun, así tambien tienen los pueblos el suyo contrario al nuestro. Si se unen para defender contra nosotros ese interés, ¿como podremos resistirles?

Dividamos para reinar. Formemos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interés opuesto al de las otras aldeas, ciudades y provincias. Así se odian unas a otras, y no pensarán en unirse para combatirnos.

Y respondieron todos:—Cierito es; dividamos para reinar: la concordia entre los pueblos nos traería la muerte.

Y el quinto, habiendo llenado dos veces el cráneo de sangre, y apurádole dos veces, dijo:

—Apruebo todos los medios que habeis adoptado. Buenos son todos, en verdad; mas no bastan. Hágase en buen hora brutos de los hombres; pero aterrad esos brutos, llenadlos de miedo y espanto por medio de un implacable rigor, preparándoles atrozes suplicios. Si no lo haceis así, tarde o temprano seréis por ellos devorados. El verdugo debe ser el primer ministro de un buen principe.

Y todos respondieron:—Cierto es; el verdugo debe ser el primer ministro de un buen príncipe.

Y dijo el sexto:—Reconozco la utilidad de los suplicios instantáneos, terribles, inevitables; pero hay, no obstante, almas fuertes y desesperadas, que saben arrostrar los suplicios.

¿Queréis gobernar a los hombres con mas comodidad? Enervad sus fuerzas con el deleite. La virtud no favorece nuestros designios, porque enjendra y alimenta la fuerza; la corrupcion, por el contrario, la debilita. Empleemos, pues, con este fin la corrupcion.

Y respondieron todos:—Cierto es; empleemos la corrupcion para debilitar la fuerza, el valor y la enerjia.

Entonces el sétimo, habiendo bebido, como los demás, en el cráneo, se alzó de pié sobre el Crucifijo, y habló de esta manera:

—No mas Cristo: ¡guerra á muerte, guerra sempiterna entre él y nosotros!

Pero ¿como impediremos que los pueblos le sigan? ¡Inútil tentativa! Sin embargo, escuchadme:

Es preciso comprar la voluntad de los sacerdotes del Cristo con riquezas, con honores, con poder.

Ellos intimarán al pueblo, en nombre del Cristo, una ciega sumision a nuestros mandatos; y sumisos nos vivirán en todo, hagamos lo que hagamos, y mandemos lo que mandemos.

Porque el pueblo, llevado de su fe, los creerá y obedecerá, y quedará nuestro imperio mas afianzado que nunca.

Y respondieron todos:—Cierto es; compremos la voluntad de los sacerdotes del Cristo.

Y apagose la lámpara de repente, y los siete hombres se perdieron en las tinieblas.

En aquel momento, y en lugar retirado, diz que un justo que velaba orando al pié de la Cruz, oyó una voz del cielo que le decia: *Mi dia se acerca. Adora y nada temas.*

XIV.

Y al través de una niebla espesa y cenicienta, vi una llanura árida, silenciosa y fria, cual suelen verse en la tierra a la hora del crepúsculo.

En medio de ella se veia una elevada roca, por cuyas hendeduras resbalaba, destilándose gota a gota, una agua fétida y sin transparencia; y el sordo y monótono ruido de las gotas, al caer, era lo único que interrumpia el silencio en aquella soledad.

Siete veredas, despues de haber serpenteado por la llanura, iban a encontrarse en la roca; y a la entrada de cada vereda habia, inmediata a la roca, una piedra cubierta de no sé que materia húmeda y verdosa, semejante a la baba de un reptil.

Y de allí a poco divisé en una de las veredas una sombra que se movia pausadamente; y fuese acercando con trabajoso esfuerzo, hasta que pude distinguir, no un hombre, sinó la pálida semejanza de un hombre.

Y aquella forma humana tenia en el lado del corazon una mancha de sangre.

Y llegó, y sentose sobre la piedra húmeda y verde, y sus miembros convulsos parecian helarse por grados; e inclinándola cabeza, cruzaba los brazos apretándose con ellos fuertemente, como si quisiera retener un resto de calor.

Y por las otras seis veredas, otras seis sombras fueron apareciendo y llegando sucesivamente al pié de la roca.

Y todas ellas, temblando de frio, y estrechando sus carnes con sus propios brazos, fuéronse sentando sobre cada una de las piedras húmedas y verdes.

Y allí se mantuvieron silenciosas, agobiadas bajo el peso de incomprensible agonía.

Largo tiempo duró su silencio; no sabré decir cuanto tiempo, porque el sol jamás aparece en aquel valle de duelo; ni allí se sabe cuando es noche, ni allí hay mañana. Aquellas negras gotas de agua, que caen acompañadas de la roca, son la única medida de una duracion monótona, pesada, oscura y eterna.

Y todo ello formaba un cuadro tan espantoso, que me hubiese desmayado a su vista, si no hubiera Dios querido fortalecer mi espíritu.

Al fin, una de las sombras, estremeciéndose con violencia, alzó repentinamente la cabeza, y exhaló de su pecho un grito ronco y seco, semejante al sonido que produce el viento en un esqueleto.

Y el eco de la roca repitió estas palabras, que llegaron a mi oído:

—*El Cristo ha vencido; ¡ maldito sea!*

Y las otras seis sombras se estremecieron, y temblaron a su vez, alzando a un tiempo sus cabezas, y lanzando al cielo la misma imprecacion:

—*El Cristo ha vencido; ¡ maldito sea!*

Y al decir esto, aumentose el terror de las pobres almas, y se espesó la niebla, y dejó de correr el agua de la fuente maldita.

Y siguióse un silencio profundo, mas largo aun que el primero, durante el cual las siete sombras se encorvaron mas y mas bajo el peso de su secreta agonía.

En seguida una de ellas, sin moverse de la piedra, ni levantar la cabeza, dijo a las demás:

—Os ha sucedido a todos como a mí: ¿de qué nos sirvieron nuestros consejos?

Y otra añadió:—La fe y el pensamiento han quebrantado las cadenas de los pueblos. La fe y el pensamiento han emancipado la tierra.

Y repuso otra:—Quisimos sembrar la division entre los hombres, y nuestra tiranía los ha unido contra nosotros.

Y otra dijo:—Hemos derramado la sangre a torrentes, y ha recaído toda sobre nuestras cabezas.

Y otra:—Hemos propagado la corrupcion, y la corrupcion ha devorado nuestros cuerpos y corroido nuestros huesos.

Y otra:—Hemos querido sofocar la Libertad, y su soplo ardiente ha secado las raizes mismas de nuestro poder.

Y gritó en seguida la sétima sombra:

—*El Cristo ha vencido; ¡ maldito sea!*

Y todas a un tiempo repitieron:

—*El Cristo ha vencido; ¡ maldito sea!*

Y vi, en el instante mismo, una mano misteriosa, que se acercaba a la fuente maldita; mojó el indice en aquella agua ennegrecida, cuyas gotas miden, cayendo, la duracion eterna; y señaló con ella en la frente a las siete sombras, y las señaló para siempre.

XV.

La vida humana es un día sobre la tierra: haced por pasarlo en paz.

La paz es hija del amor, porque, para vivir en paz, es preciso saber sobre llevar los contratiempos de la vida.

Nadie es perfecto; todos tienen faltas. Cada hombre es una carga para los demás, y solo el amor puede aligerar su peso, y hacerla llevadera.

Si no lleváis con paciencia la carga de vuestros hermanos, ¿cómo queréis que lleven ellos la vuestra?

Escrito está del Hijo de María: que, así como había amado en el principio a los suyos que en el mundo estaban, así les conservó su amor hasta el fin.

El amor es incansable; siempre es el mismo. Es inagotable, porque vive y se reproduce por sí solo; y cuanto más se comunica, tanto más crece y se fecunda.

El que se ama a sí mismo más que a sus hermanos, no es digno del Cristo, que murió por sus hermanos. Si habéis sacrificado vuestros bienes, sacrificad también vuestra vida, que todo os lo recompensará el amor.

En verdad os lo digo: el que ama con el corazón vive en un paraíso; alberga en su pecho al mismo Dios, porque Dios es todo amor.

El hombre vicioso no tiene amor, sino codicia; tiene hambre y sed de cuanto mira; y su mirada, semejante a la de la Serpiente, fascina y atrae, pero es para devorar.

El amor reposa en el seno de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

¡Oh, si supierais lo que es amar!

Decís que amáis; y mientras vosotros tenéis en abundancia las cosas todas de la vida, muchos de vuestros hermanos se ven faltos de pan, sin vestidos con que cubrir sus carnes, sin techo que les cobije, sin un puñado, tal vez, de paja sobre que dormir.

Decís que amáis, cuando hay innumerables enfermos que ven venir la muerte desde su pobre lecho, sin que jamás les venga el socorro que podría salvarlos; cuando hay tantos que lloran, sin que nadie lllore con ellos; tantos parvulitos, arrecidos de frío, que van pidiendo de puerta en puerta las migajas de la mesa del rico, y hasta eso se les niega.

¡Y decís que amáis a vuestros hermanos!: ¿qué haríais, pues, si los aborreciéis?

Y yo os digo que el que, pudiendo, no socorre a su hermano enfermo, es enemigo de su hermano; y el que, pudiendo, no da pan a su hermano hambriento, es su asesino.

XVI.

HOMBRES hay en el mundo que ni aman a Dios, ni le temen: no os acerquéis a ellos, porque exhalan un vapor de maldición.

Huid del impio, porque mata con su aliento; pero no le aborrecáis, porque de un momento a otro puede Dios cambiar su corazón.

Aunque el hombre diga sinceramente: *No creo*, se engaña con frecuencia; porque hay en lo profundo del alma una raíz de fe, que nunca se seca.

La palabra que niega a Dios quema los labios que la pronuncian; y la boca que abre paso a la blasfemia es un respiradero del infierno.

El impio se ve solo en medio de la creación, porque todas las criaturas alaban a Dios, porque todo ser que siente le bendice, porque todo ser que piensa le adora. El astro del día y los de la noche le cantan en su lenguaje misterioso.

Dios ha escrito en el firmamento su nombre tres veces santo.

¡Gloria al Dios de las alturas!

Tambien lo grabó en el corazon del hombre; y alli lo guardan los buenos con amor, en tanto que los malos se esfuerzan por borrarlo.

¡La paz de Dios sea con los hombres de sana intencion!

Tranquilo es su sueño, y aun mas tranquila su muerte, porque saben que, en brazos de ella, han de ser llevados al seno de su Padre.

Así como el pobre trabajador, al declinar el dia, suelta la azada, vuelve a su cabaña y, sentado en el umbral de la puerta, olvida sus fatigas contemplando el cielo; así, en el ocaso de la vida, el hombre que ha vivido en la esperanza, vuelve gozoso a la casa paterna, y sentado en el lintel, olvida las penurias del destierro ante la perspectiva de la eternidad.

XVII.

Dos hombres vivian vecino el uno del otro; y ambos tenian mujer e hijos que alimentar con solo el trabajo de sus brazos.

Y el uno se inquietaba de continuo diciendo: Si la muerte me sobrecoje, o me postra alguna enfermedad, ¿qué será de mi mujer y de mis hijos?

Y esta idea le atormentaba noche y dia, y le roía el corazon, como roe un gusano el fruto en que se oculta.

Y aunque tambien el otro padre habia tenido el mismo pensamiento, jamás se habia detenido en él, porque se decia: Dios, que conoce sus criaturas y que vela por ellas, velará tambien por mi, y por mi mujer, y por mis hijos.

Y este vivia tranquilo, mientras su vecino no hallaba sosiego en parte alguna, ni disfrutaba un instante de verdadera alegría.

Un dia, que trabajaba en el campo, abrumado por sus secretos temores, vió a unos pájaros que entraban en un zarzal, y a poco rato salian, y volvian a entrar despues.

Acercose entonces con cautela, y vió dos nidos entre las matas, colocados uno al lado del otro, y en cada uno de ellos una multitud de pajarillos recién salidos del huevo y sin plumas.

Y vuelto de nuevo a su faena, levantaba de vez en cuando la cabeza, y seguia observando a aquellas aves, que solícitas iban y venian llevando el alimento a sus hijuelos.

Y he aqui que, cuando una de las madres volvia con provisiones en el pico, la hace presa un milano, la arrebata, y en vano pugna la infeliz por desasirse de sus garras, y en vano clama, pues el viento se lleva sus ayes lastimeros.

Este triste espectáculo conturbó mas y mas el alma del pobre trabajador, porque, decia él: La muerte de la madre es la muerte de los hijos. Tambien los míos a nadie tienen sino a mi: ¿qué será de ellos, si llego a faltarles?

Y todo aquel dia estuvo triste y sombrío, y a la noche no durmió.

A la mañana siguiente, de vuelta al campo, iba diciéndose: Quiero ver los hijuelos de aquella infeliz madre: muchos habrán ya perecido sin remedio. Y se dirigió al zarzal.

Pero, ¡cual fué su sorpresa cuando, al acercarse, vió que los pajarillos estaban llenos de vida y de alegría, sin que ninguno, al aparecer, hubiese sufrido del hambre!

Admirose tanto de ello, que, descuidando su trabajo, permaneció oculto entre las matas para observar cuanto pasase.

Y de alli a poco oyó como el grito cauteloso de una ave, y vió a la segunda madre que venia desalada a traer el alimento que habia recojido; y, en llegando

al zarzal, lo distribuyó indistintamente entre todos los pajarillos, y hubo para todos, y no quedaron los huérfanitos abandonados en su miseria.

Y el padre, que había llegado a desconfiar de la Providencia, refirió por la noche al otro padre cuanto había visto.

Y este le dijo:—¿Porqué inquietarnos? Dios no abandona nunca a sus criaturas. Hay en su amor secretos que no alcanza nuestra prevision. Creamos, esperemos, amemos, y caminemos en paz por la senda de la vida.

Si muero antes que tú, serás el padre de mis hijos; si mueres antes que yo, seré el padre de los tuyos; y si morimos uno y otro antes que estén en edad de ganarse la vida, les quedará por padre el Padre común que está en los cielos.

XVIII.

¿No sentís mas aliviado vuestro corazón y mas gozosa vuestra alma despues que habeis orado?

La oración templa el dolor en los corazones, y purifica en las almas la alegría: para aquel es un bálsamo suave y consolador; para esta es un perfume celestial.

¿Que hacéis en la tierra? ¿No tenéis nada que pedir al que os trajo a ella?

Sois un viajero que va en busca de su patria. Pero no caminéis con la vista en la tierra; alzad los ojos, si quereis reconocer vuestro camino.

Vuestra patria está arriba, en el cielo. ¿No para nada dentro de vosotros cuando mirais al cielo? ¿no os acosa ningún deseo vehemente? ¿Porqué lo disimulais?

Hay algunos que dicen: ¿De que nos servirá la oración? Dios es demasiado grande para que quiera escuchar a tan miserables criaturas.

¿Y quién sino Dios ha hecho esas miserables criaturas? ¿Quien sino él les dió la sensibilidad, el pensamiento y la palabra?

¿Y creéis que haya sido tan bueno para con ellas en un principio, y quiera despues abandonarlas y privarlas de su amor?

En verdad os digo: el que dice en su corazón que Dios desprecia sus propias obras, blasfema de Dios.

Otros hay que dicen: ¿Para que orar? ¿No sabe Dios nuestras cuitas mejor que nosotros mismos.

Dios conoce vuestras necesidades mejor que vosotros, y por eso quiere que le rogueis; porque Dios es él mismo, y él es vuestra primera necesidad, y rogar a Dios es principiar a poseerle.

El padre conoce mejor que nadie las necesidades de su hijo; y ¿quereis por eso que el hijo no suplique nunca a su padre, ni le dé gracias por los beneficios que de él recibe?

Cuando los animales sufren, cuando se ven perseguidos, o cuando el hambre los acosa, lanzan dolorosos gritos mirando al cielo. Esos gritos son el ruego que dirijen a Dios, y Dios les escucha. ¿Será acaso el hombre el único ser de la creación, cuya voz no haya de elevarse nunca al trono del Criador?

Pasan a veces sobre las campiñas vientos abrasadores que marchitan las plantas, y las inclinan hácia la tierra; pero, luego que el rocío las humedece, recobran su primera lozania, y alzan del suelo sus vástagos descoloridos.

Tambien hay en la vida vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre, y la marchitan. La oración es el rocío que la reanima.

XIX.

No teneis mas que un padre, que es Dios, ni mas que un señor, que es el Cristo.

Cuando alguno os mostrare los grandes y poderosos de la tierra diciendo: *Esos son los señores*, no le creais. Si son justos, serán vuestros servidores; si son injustos, serán vuestros tiranos.

Todos nacen iguales: ninguno al venir al mundo trae consigo el derecho de mandar.

Yo he visto en una cuna dorada un niño llorando y babeando, y en derredor suyo hombres, ya ancianos, que le adoraban de rodillas, llamándole *señor*. Y he comprendido hasta donde llega la miseria del hombre.

El pecado fué causa de que los hombres tuviesen principes; porque, en vez de amarse y ayudarse como hermanos, pensaron en hacerse daño unos a otros.

Entonces eligieron uno o muchos, entre los que creyeron mas probos y justos, para que defendiesen a los buenos contra los malos, y de esta suerte pudieran los débiles vivir en paz.

Y el poder que aquellos ejercian era lejítimo, porque era el poder de Dios, que quiere que reine la justicia, y era el poder del pueblo, que con este fin les habia elegido.

Y por eso estaban todos en conciencia obligados a obedecerles.

Mas, despues se alzaron otros que quisieron reinar, elijiéndose a sí mismos; porque acaso presumian que su naturaleza era superior a la de los demás.

Y el poder de estos no es lejítimo, porque es el poder de Satanás; y su reinado es el reinado del orgullo y de la codicia.

Y por eso, cuando no haya temor de que resulten mayores males, deben todos en conciencia resistirles, porque todos tienen derecho a obrar así.

En la balanza del derecho, cuyo equilibrio ha fijado Dios para toda la eternidad, vuestra voluntad pesa mas que la voluntad de los reyes, porque los pueblos son quienes hacen los reyes.

Y entended que los reyes son hechos para los pueblos; no los pueblos para los reyes.

El Eterno Padre no formó los miembros de sus hijos para que fuesen lastimados con cadenas, ni creó sus almas para verlas oprimidas por la servidumbre.

Quiso unirlos en familias, y todas las familias son hermanas; quiso unirlos en naciones, y todas las naciones son hermanas; y aquel que separa las familias de las familias y las naciones de las naciones, divide lo que Dios ha unido, y coadyuva a la obra de Satanás.

La ley de Dios, la ley de justicia y la ley de caridad son el lazo fraternal que une las familias y las naciones entre sí.

Encias, despues, la ley de libertad, que es tambien la ley de Dios; porque sin libertad, ¿que union sería posible entre los hombres?

Estarían unidos como el caballo con el que lo monta, como el látigo del amo con la piel del esclavo.

Si alguno, pues, se alzare entre vosotros diciendo:—*Sois míos*, responded:—*No; somos de Dios, que es nuestro Padre, y del Cristo, que es nuestro único Señor.*

XX.

No os dejéis engañar con pomposas palabras. Habrá muchos que querrán persuadirlos de que sois verdaderamente libres, porque habrán estampado en una hoja de papel la palabra *Libertad*, y la habrán fijado despues en las esquinas.

La libertad no es un cartel que se lea en una tapia. Es una influencia activa, que obra dentro y en derredor de cada hombre; es el genio protector de su hogar doméstico, la garantía de los derechos sociales, y el mas precioso de todos sus derechos.

El que se disfraza con su nombre es el peor de los tiranos, porque une a su tiranía la mentira, y a la injusticia la profanacion; porque el nombre de Libertad es nombre santo.

Desconfiad, pues, de aquellos que gritan: *Libertad, Libertad*, y que luego la destruyen con sus malas obras.

¿Acaso sois vosotros los que elejís a vuestros gobernantes, a los que os intiman en todo su voluntad, a los que imponen contribuciones sobre vuestros bienes, vuestra industria y vuestro trabajo? Y, si no sois vosotros, ¿cómo dicen que sois libres?

¿Podeis disponer de vuestros hijos como os dicte vuestro amor de padre, y confiar a quien mas os agrade el cultivo de su intelijencia y la formacion de sus costumbres? Y si no podeis, ¿cómo dicen que sois libres?

Las aves del aire, y hasta los insectos de la tierra, se reunen para hacer en comun lo que ninguno de ellos podria hacer por sí solo. ¿Y podeis vosotros reuniros para deliberar sobre vuestros derechos, para defender de mancomun vuestros intereses, para buscar los medios de remediar vuestros males? Y si no podeis, ¿cómo dicen que sois libres?

¿Podeis ir de un punto a otro sin pedir antes permiso, ni comer de los frutos de la tierra, ni disponer del producto de vuestro trabajo, ni mojar siquiera un dedo en el agua del mar para salar el alimento que cuece en vuestra pobre vasija de barro, sin esponeros a pagar una multa, y a ser conducidos a la cárcel pública? Y si no podeis, ¿cómo dicen que sois libres?

¿Podeis confiar, al acostaros, en que nadie os sorprenderá durante la noche, ni allanará vuestra casa para hacer en ella un vergonzoso registro, o para arrancaros de los brazos de vuestra familia y sepultaros en un calabozo, solo porque el Poder y el Miedo juntos hayan querido sospechar de vosotros? Y si no podeis, ¿cómo dicen que sois libres?

Cuando, a fuerza de valor y de perseverancia, hayais logrado romper estos eslabones que forman la cadena de vuestra esclavitud; cuando hayais dicho en el fondo de vuestras almas: *Queremos ser libres*, y os halleis dispuestos a sacrificarlo todo para conseguirlo; cuando al pié de la cruz en que espiró el Justo hayais jurado morir unos por otros, entonces brillará sobre vuestras cabezas el sol glorioso de la Libertad.

XXI.

«El pueblo es incapaz de conocer lo que le conviene, y débesele, por tanto, tener bajo tutela. ¿No es un deber y un derecho del que mas sabe dirigir al que sabe menos?»

Hé aquí como hablan muchos hipócritas, que quieren administrar los

negocios del pueblo, para cebarse con la sustancia del pueblo.

—Sois incapazes, dicen, de conocer vuestro interés: y bajo este pretexto, no os permitirán emplear vuestros recursos en aquello que juzgueis útil, sino que dispondrán ellos de lo vuestro, mal que os pese, para aquello que os repugne y desagrade.

—Sois incapazes de administrar los pocos bienes del comun, porque no sabeis distinguir lo bueno de lo malo, ni conocéis vuestras necesidades, ni menos sabeis como remediarlas: y dicho esto, os enviarán hombres bien pagados, a costa vuestra, que manejarán vuestros negocios a su capricho, que opondrán su voluntad para que no hagais lo que querais, y os la impondrán para que hagais lo que ellos quieran.

—Sois incapazes de dirigir la educacion de vuestros hijos: y, en muestra de su paternal solicitud, los lanzarán en sentinas de impiedad y corrupcion, si no preferís que vivan ignorantes y embrutecidos.

—Sois incapazes de juzgar si el jornal que os señalan en pago de vuestro trabajo es suficiente a cubrir vuestras necesidades: y en vista de ello, os prohibirán, bajo severas penas, que os concertéis unos con otros para obtener un jornal que alcance a manteneros, a vosotros, a vuestras mujeres y a vuestros hijos.

Si todo esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seriais por cierto muy inferiores a los brutos; porque el bruto sabe, con solo su natural instinto, todo lo que dicen que no sabeis vosotros.

No os crió Dios para que fueseis rebaño de algunos hombres. Os crió para que vivieseis libres, en sociedad, como hermanos; y el hermano no tiene derecho para imponer su voluntad a su hermano. Los hermanos se unen entre sí por convenios recíprocos, y esos convenios son los únicos que tienen fuerza de ley; y esta ley es la que deben todos respetar e impedir que sea violada, porque es la salvaguardia de todos, la voluntad y el interés de todos.

Aprended a ser hombres: ninguno tiene bastante poder para imponeros el yugo a pesar vuestro; pero podeis, si os place, doblar el cuello y ajustaros la argolla con vuestras propias manos.

Hay animales estúpidos que viven encerrados en establos, a los cuales se alimenta mientras pueden trabajar; y así que son viejos, se les ceba y se les mata para comer sus carnes.

Hay tambien otros que viven libres en los campos, que nadie puede domar, que no se dejan seducir con pérfidos halagos, ni vencer con amenazas y malos tratamientos.

Los hombres valerosos se asemejan a estos: los cobardes son como los primeros.

XXII.

COMPRENDED el modo de ser libres.

Para ser libre es preciso amar a Dios ante todas las cosas; porque, si le amais, hareis su voluntad; y la voluntad de Dios es que practiqueis la justicia y la caridad, sin las cuales no es posible la libertad.

Cuando con dolo o con violencia se toma lo que es de otro; cuando se ataca su persona; cuando se le impide obrar segun sus deseos en aquello que es lícito, o se le obliga a obrar en contra de ellos; cuando se desconocen y atropellan sus derechos, ¿no se comete injusticia? La injusticia es, pues, quien destruye la libertad.

Si cada hombre no amase sino a sí mismo, y de sí solo cuidase, sin prestar ayuda alguna a los demás, se vería el pobre obligado a tomar por fuerza la hacienda ajena, para vivir y dar vida a los suyos; el débil tendría entonces que ceder al mas fuerte; y este, a su vez, cedería a otro mas fuerte aun, ¿no reinaria en todas partes la injusticia? La caridad es, pues, quien mantiene la libertad.

«Amad a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos»; y la esclavitud desaparecerá de entre vosotros.

Aquellos, sin embargo, que viven y medran con la esclavitud de sus hermanos, harán todo lo posible por prolongarla. Para ello emplearán la mentira y la fuerza.

Os dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de todos los demás es el orden establecido por la Providencia; y no temerán blasfemar de Dios, a trueque de conservar su tiranía.

Respondedles que su Dios es Satanás, el enemigo del género humano; y que el vuestro es el que venció a Satanás.

No tardarán en lanzar sus esbirros contra vosotros; construirán numerosas cárceles para encerraros en ellas; os perseguirán a sangre y fuego, y os darán tormento, y harán que corra vuestra sangre como el agua de las fuentes.

Si no estáis, pues, resueltos a pelear sin tregua, a soportarlo todo antes que ceder, a no cansaros jamás, ni cejar en vuestro propósito; conservad vuestras cadenas en buen hora, y renunciad a una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios: está espuesta a los ataques de la violencia, y a los fuertes toca reconquistarla.

Y la violencia que os pondrá en posesion de la libertad no es la violencia feroz de los ladrones y bandidos; no es la injusticia, ni la venganza, ni la crueldad; antes es una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa mas santa se convierte en causa impia y execrable cuando se emplea el crimen para sostenerla. El malvado puede pasar de esclavo a tirano, pero jamás será libre.

XXIII.

¡Señor! A ti clamamos desde este valle de miseria:

Como los animales sin pasto que no pueden alimentar su cria.

A ti clamamos, Señor:

Como la oveja a quien arrebatan su cordero.

A ti clamamos, Señor:

Como la paloma entre las garras del milano.

A ti clamamos, Señor:

Como la gacela entre las uñas del tigre.

A ti clamamos, Señor:

Como el buey rendido de fatiga y ensangrentado por el aguijón.

A ti clamamos, Señor:

Como la perdiz herida y perseguida por el perro.

A ti clamamos, Señor:

Como la golondrina cuyas fuerzas se agotan al cruzar los mares, y cae alejando sobre las olas.

A ti clamamos, Señor:

Como viajeros perdidos en un desierto, sedientos y sin agua.

A ti clamamos, Señor:

Como náufragos que el mar arroja sobre una playa estéril.

A ti clamamos, Señor:

Como aquel a quien sorprende la noche cerca de un cementerio, y le sale al encuentro un espectro repugnante.

A ti clamamos, Señor:

Como el padre a quien roban el pedazo de pan que llevaba a sus hijos hambrientos.

A ti clamamos, Señor:

Como el preso que jime en un lóbrego subterráneo, víctima de la injusticia del poderoso.

A ti clamamos, Señor:

Como el esclavo que ve sus carnes desgarradas por el látigo del amo.

A ti clamamos, Señor:

Como el inocente conducido al suplicio.

A ti clamamos, Señor:

Como el pueblo de Israel en su cautividad.

A ti clamamos, Señor:

Como los descendientes de Jacob cuando el rey de Egipto mandaba ahogar en el Nilo sus primojénitos.

A ti clamamos, Señor:

Como las doce tribus, cuyos trabajos recargaban de día en día sus opresores, cercenándoles cada vez mas el alimento.

A ti clamamos, Señor:

Como las naciones todas de la tierra antes que luziera para ellas el día de la redención.

A ti clamamos, Señor:

Como el Cristo espirando en la cruz, cuando dijo: *¡Padre, Padre! ¿porqué me habeis desamparado?*

A ti clamamos, Señor: escucha nuestra plegaria:

Oh, Padre, vos que no habeis abandonado al Cristo, vuestro hijo, sinó en la apariencia y por solo un momento, tampoco abandonareis para siempre a los hermanos del Cristo. Su divina sangre los redimió de la esclavitud en que los tenía el Príncipe de este mundo, y también los rescatará de la esclavitud en que los tienen los ministros del Príncipe de este mundo. Mirad, Señor, cual tienen sus pies y sus manos taladradas, abiertos sus costados, llena su cabeza de sangrientas heridas. En el seno de la tierra misma que les disteis por herencia les han cavado una inmensa tumba, donde yacen amontonados unos sobre otros; y han sellado la losa con un sello, grabando encima, por befa, vuestro santo nombre. Y allí yacen, Señor, sepultados; pero no lo estarán eternamente. No: tres días mas de espera, y se romperá el sello sacrilego, y se hará pedazos la losa, y despertarán los que duermen, y dará principio el reinado del Cristo, reinado de caridad y de justicia, de paz y de júbilo en el Espíritu Santo. Así sea.

XXIV.

CUANTO en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga el sol, tiñese el horizonte de mil variados matices, y el Oriente aparece como un volcan.

Antes de que estalle la tempestad, óyese en la orilla del mar un ruido sordo, y ajítanse las olas como por sí mismas.

Las innumerables ideas distintas, que se cruzan y se mezclan en el horizonte del mundo espiritual, son la señal que anuncia la salida del sol de las inteligencias.

El confuso murmullo y la inquietud interior de los pueblos son la señal precursora de la tempestad que debe tronar en breve sobre las naciones estremecidas.

Estad preparados, porque los tiempos se acercan.

Grandes terrores habrá en ese día; gritos tales cual nunca se han oído desde los días del diluvio.

Ahullarán los reyes en sus tronos; agarrarán desesperadamente con sus manos sus coronas, objeto del huracan, y al fin ellas y ellos serán arrastrados y deshechos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de verse sepultados bajo sus ruinas.

Veraseles errantes por los caminos, pidiendo a los pasajeros algunos harapos con que cubrir su desnudez, y un pedazo de pan negro para aplacar su hambre; y dudo, en verdad, que lo obtengan.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán a la Muerte, y querrán que los demás la adoren.

Y la Muerte estenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y esta bendición penetrará en sus corazones, que cesarán de latir.

Y los sabios se verán confundidos en los abismos de su ciencia, que les parecerá como un punto negro imperceptible, cuando vean de lleno el sol de las inteligencias.

Y a medida que vaya elevándose, sus rayos disiparán las nubes agrupadas por la tempestad; y ya no serán sino lijeros vapores, que un céfiro leve arrojará hacia el Poniente.

Jamás el cielo se habrá mostrado tan sereno, ni la tierra tan verde y tan fecunda.

Y en lugar de ese débil crepúsculo, que llamamos *dia*, una luz viva y pura brillará desde el cielo como un reflejo de la faz de Dios.

Y los hombres se mirarán unos a otros al resplandor de esta luz, y se dirán: —No nos conocíamos, ni sabíamos lo que es el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada cual se amará en sus hermanos, y se tendrá por dichoso con servirles; y no habrá ni pequeños ni grandes, porque el amor todo lo nivela; y todas las familias formarán una sola, y en una se reunirán todas las naciones.

Este es el sentido de los misteriosos caracteres que los Judíos, en su ceguera, escribieron en la cruz del Cristo.

XXV.

ERA una noche de invierno. Oíase el silbido del viento, y la nieve blanqueaba los tejados.

Cobijadas bajo uno de ellos, en un oscuro desvan, dos mujeres hacían labor, sentadas en modestos escaños: la una anciana y cubierta de canas, y joven la otra de quince abriles.

Y de cuando en cuando la mujer anciana calentaba sus manos ateridas a la

lumbre de un pequeño brasero. Una lámpara de barro iluminaba aquella pobre estancia, y un rayo de su débil luz iba a iluminar una tosca imagen de la Virgen, pegada a la pared.

Y la joven, alzando sus ojos, contempló en silencio por breves instantes los blancos cabellos de su compañera, y al fin le dijo:—¡Madre mía, no siempre habéis vivido en esta pobreza!

Y había en su voz una ternura inesplicable.

Y la anciana respondió:—Hija mía, Dios dispone como dueño; lo que él hace está bien hecho.

Dichas estas palabras, hizo una breve pausa, y continuó diciendo:

—Cuando perdí a tu padre no creí hallar consuelo a mi dolor; y, sin embargo, tú me quedabas aun: pero esto no bastaba entonces a consolarme.

Después he pensado que, si hubiera vivido, y nos viese en esta miseria, el pesar destrozaría su corazón; y he conocido que Dios había sido bueno para con él.

La joven no respondió; pero bajó la cabeza, y de sus ojos humedecidos cayeron algunas lágrimas, que en vano quiso ocultar sobre la labor que tenía en las manos.

Y la madre añadió:—Dios, que ha sido bueno para él, lo ha sido también para nosotras. ¿Qué nos ha faltado, cuando hay tantos que de todo carecen?

Verdad es que nos hemos visto reducidas a vivir con poco, y a ganar este poco con nuestro asiduo trabajo; pero, ¿no nos ha bastado?; y además ¿no han sido todos condenados a vivir de su trabajo?

Dios, en su infinita bondad, nos ha dado el pan de cada día; y ¿cuantos hay que no lo tienen!: hanos dado un asilo; ¿y cuantos no tienen donde guarecerse!

Dios, en fin, me ha dado una hija: ¿de qué puedo quejarme?

A estas últimas palabras la joven, conmovida, cayó de rodillas a los pies de su madre, tomó sus manos, las besó, y se reclinó llorando en su seno.

Y la madre, haciendo esfuerzos para levantar la voz:—Hija mía, le dijo, la felicidad no consiste en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está en la tierra, y nuestro amor tampoco; y si está, no es sino de paso.

Después de Dios, tú lo eres todo para mí en el mundo; pero este mundo desaparecerá como un sueño, y por eso mi amor se dirige contigo hacia otro mundo.

Cuando te llevaba en mi seno, acuérdomeme que un día rogué con mas fervor a la Virgen María, y luego se me apareció en sueños, y creí ver que, con celestial sonrisa, me presentaba un tierno infante.

Y tomé la criatura en mis brazos, y la Virgen María ciñó sus sienes con una corona de rosas blancas.

Pocos meses después naciste tú, hija mía, y aquella placentera vision estaba siempre ante mis ojos.

Al decir esto, la mujer anciana, conmovida, estrechó a la joven contra su corazón.

Pasado algun tiempo, diz que un alma santa vió elevarse hacia el cielo dos figuras luminosas, y un grupo de ángeles las acompañaba, y resonaba el aire con sus himnos de alegría.

XXVI.

Lo que ven vuestros ojos, lo que tocan vuestras manos, no son sino sombras; y el sonido que hierre vuestros oídos no es mas que un eco grosero de la voz íntima y misteriosa que adora, ruega y jime en el seno de la creación.

Porque toda criatura jime y padece, esforzándose por nacer a la vida verdadera, y pasar de las tinieblas a la luz, de las rejiones imaginarias a la rejion de las realidades.

Ese sol tan brillante, tan bello, no es sinó el velo, el emblema oscuro del verdadero sol, que ilumina y vivifica las almas.

Esta tierra tan rica, tan esmaltada de verdes matizes, no es sino el pálido sudario de la naturaleza; porque la naturaleza, degradada, como el ánjel caído, bajó con él al mismo tiempo a su tumba: empero, como él, resucitará.

Bajo esa grosera envoltura de carne, parecéis un viajero que, dormido por la noche en su tienda, ve o cree ver pasar fantasmas junto a su lecho.

El mundo verdadero está oculto para vosotros bajo un velo impenetrable. El que se recoje al seno de su alma, logra entreverlo en lontananza. Un secreto poder, que dormita en su interior, despierta un momento, alza la punta del velo que sujeta el tiempo con su mano arrugada, y los ojos del alma se deleitan en las maravillas que contemplan.

Sentados estais a orillas del océano de los seres; pero no podéis penetrar en el fondo. Caminais a oscuras por la ribera del mar, y no veis sinó la ligera espuma que dejan tras sí las olas.

¿Con qué otra cosa podré compararos?

Sois como el feto en el vientre de la madre, esperando la hora del nacimiento; sois como el insecto volátil en el cuerpo del gusano que rastrea por el suelo, deseando salir de esta prision terrestre para elevar su vuelo hasta las nubes.

XXVII.

¿QUIEN se apiñaba al rededor del Cristo para oír su divina palabra? El pueblo.

¿Quien seguia sus huellas por las montañas, al través de los desiertos, para escuchar con ansia sus lecciones? El pueblo.

¿Quien quiso elejirle Rey? El pueblo.

¿Quien tendía sus capas por el suelo, y entapizaba de palmas las calles de Jerusalem, gritando *¡Hossanah!* cuando pasaba? El pueblo.

¿Quien se escandalizaba de que curase a los enfermos en el dia del sábado? Los escribas y fariseos.

¿Quien esparcía falsos rumores llamándole *poseido*? ¿Quién le calumniaba acusándole de gula y de laseivia? Los escribas y los fariseos.

¿Quien le delató a Pilatos como blasfemo y conspirador? ¿Quienes se coaligaron para darle muerte? ¿Quien le crucificó en el Calvario entre dos facinerosos?

Los escribas y los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes y sus cortesanos, el gobernador romano y los principes de los sacerdotes.

Ellos fueron los que engañaron al pueblo con hipócrita astucia. Ellos le incitaron a pedir la muerte del hombre que les habia alimentado en el desierto con siete panes, que daba salud a los enfermos, vista a los ciegos, oído a los sordos, y agilidad a los paralíticos.

Pero Jesus sabía que aquel pueblo habia sido seducido, como fué seducida por la Serpiente la primera mujer, y por eso en la hora postrera rogó a su Padre, diciendo: *Perdónalos, Padre mio, que no saben lo que hacen.*

Diez y ocho siglos van transcurridos, y el Padre no los ha perdonado aun.

Véseles errantes por la tierra, sin patria, sin familia, y todos leen en su frente su castigo, y hasta el siervo más humilde tiene que inclinarse hacia el suelo para verlos.

La misericordia del Cristo no admite escepcion alguna. No ha venido al mundo para salvar a algunos hombres sino a todos los hombres. Para cada uno de ellos tuvo una gota de sangre.

Pero los débiles, los pequeños, los pobres, los humildes, y todos los que lloraban o padecían, esos eran sus amados predilectos.

Su corazón latía con el del pueblo, y el corazón del pueblo con el suyo.

Y allí, sobre el corazón del Cristo, es donde reaniman sus fuerzas los enfermos, y donde los pueblos subyugados recobran el valor y la energía para quebrantar sus cadenas.

¡Desgraciados los que de él se apartan y reniegan! Su miseria es irremediable, y eterna su esclavitud.

XXVIII.

TIEMPOS ha habido en que el hombre degollaba al hombre de diversas creencias, persuadiéndose hacer un sacrificio agradable a Dios.

Abominad estos execrables homicidios.

Cómo podría ser agradable a Dios el homicidio, cuando dijo al hombre: *No matarás.*

Cuando la sangre del hombre es vertida como una ofrenda hecha a Dios, los demonios acuden a beberla, y entran en el cuerpo del que la vertió.

Las persecuciones comienzan cuando se ha perdido la esperanza de convencer; y el que desconfía de convencer, o blasfema en su corazón del poder de la verdad, o desconfía de la verdad de las doctrinas que promulga.

¿Qué mayor insensatez que decir a los hombres: *Creed o morireis?*

La fe es hija del Verbo; y penetra en los corazones con la palabra, no con el puñal.

Jesus vivió su tiempo en el mundo haciendo sin cesar el bien, atrayendo con su bondad, y enterneciendo con su dulzura los corazones más duros.

Sus divinos labios bendecían, y no maldecían sino a los hipócritas. Escojió apóstoles, y no verdugos.

Decía a los suyos:—Dejad crecer, hasta que llegue la cosecha, el trigo malo al lado del bueno; el padre de familias sabrá separarlos en la era.

Y a los que le instigaban para que hiciese bajar fuego del cielo sobre un pueblo de incrédulos, les respondía:—Ignorais cual es el espíritu que debe animaros.

El espíritu de Jesus es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Aquellos que persiguen, escudados con su nombre; que escudriñan el fondo de las conciencias con la espada; que dan tormento al cuerpo para convertir el alma; y, en vez de enjugar las lágrimas, hacenlas correr a mares; esos no están animados del espíritu de Jesus.

¡Ay del que profana el Evangelio convirtiéndolo en objeto de terror para los hombres! ¡Ay del que escribe la buena nueva, y moja en sangre su pluma!

Acordáos de las catacumbas.

En aquel tiempo ciego os arrastraban al cadalso, os arrojaban al anfiteatro como pasto a las fieras para divertir al populacho, os enviaban a millares a sacar el cieno de las minas o al fondo de los calabozos, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los pies como si fuerais estiércol que obstru-

yese la vía pública; y no teníais mas asilo para celebrar vuestros misterios proscritos, que las negras entrañas de la tierra.

¿Y que decían vuestros perseguidores? Decían que propagabais peligrosas doctrinas; que vuestra secta, como ellos la llamaban, turbaba el orden y la paz pública; que erais infractores de las leyes y enemigos del género humano, y que minábais los cimientos del imperio, minando la base de la religión del imperio.

Y en trance tan angustioso, bajo aquella opresión incesante, ¿que pediais? Pediais la libertad. Reclamábais el derecho de no obedecer mas mandatos que los de Dios, de servirle y adorarle a él solo, segun os dictaba vuestra conciencia.

Así, pues, cuando otros reclamen de vosotros este derecho sagrado, aun cuando se engañen en sus creencias, respetadlo, así como pediais que los paganos respetasen el vuestro.

Respetadlo para no mancillar la memoria de vuestros antiguos confesores, y no ajar las cenizas de vuestros mártires.

La cuchilla de la persecución tiene dos filos; hierre a derecha, y también a izquierda.

Si ya no os acordais de las lecciones del Cristo, acordaos al menos de las catacumbas.

XVIX.

CONSERVAD solícitamente en vuestras almas la justicia y la caridad; ellas serán vuestra salvaguardia, y desterrarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce discordias y disensiones; lo que enjendra litijios, que escandalizan al hombre probo y causan la ruina de las familias, es la sordida avaricia, la insaciable pasión de adquirir y poseer.

Castigad sin cesar esta pasión que Satanás escita continuamente en vuestros corazones.

¿Qué podreis llevar con vosotros cuando abandoneis el mundo, después de haber amontonado riquezas, por buenos o malos medios? Con poco vive el hombre, que tan poco tiempo ha de vivir.

Otra causa de disensiones interminables son las malas leyes.

Y no hay sino leyes malas en el mundo.

Empero, ¿qué otra ley necesita el que observa la ley de Cristo?

La ley de Cristo es clara, es santa, y no hay un solo hombre que, teniéndola en el corazón, no se juzgue fácilmente a sí mismo.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

—Los hijos del Cristo, si tienen cuestiones entre sí, no deben ventilarlas ante los tribunales de los que oprimen y corrompen la tierra.

¿No hay ancianos entre ellos? y estos ancianos ¿no son sus padres naturales, que aman la justicia y la conocen?

Vayan, pues, en busca de uno de ellos y díganle: Padre, no hemos podido componer nuestras diferencias: mi hermano y yo, que aquí veis, os rogamos que decidais entre nosotros.

Y el anciano oírás las razones del uno y las del otro, y juzgará después, y los bendecirá.

Y, si se someten a su juicio, la bendición del anciano les acompañará siempre: y si no se sometieren, redundará en bien del anciano, que habrá juzgado en justicia.

No hay nada que sea imposible para los que están unidos, sea para hacer bien, sea para hacer mal. El día, pues, en que quedeis unidos, será el día de vuestra libertad.

Si cuando los hijos de Israel vivían oprimidos en Egipto, hubiese tratado cada cual de salvarse solo, sin contar con sus hermanos, ninguno lo hubiera conseguido; pero escaparon todos juntos, y nadie pudo detenerlos.

También vosotros vivís en tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraon y bajo el látigo de sus exatores. Clamad al Señor, vuestro Dios; alzaos despues, y salid juntos sin temor.

XXX.

Cuando se hubo enfriado la caridad, y empezó la injusticia a crecer en la tierra, dijo Dios a uno de sus servidores:—Ve de mi parte en busca de ese pueblo, y anúnciale lo que verás; y lo que verás sucederá infaliblemente, a menos que, abandonando las vías de perdicion por que caminan, no quieran arrepentirse y venir a mí.

Y el servidor de Dios obedeció su mandato, y vistiéndose de un tosco sayal, y cubriéndose de ceniza la cabeza, fuese en busca de aquella multitud, y alzando la voz, les dijo:

—¿Porqué irritais al Señor para perdicion vuestra? Dejad las malas vías; arrepentíos, y volved a él.

Y algunos, al escuchar estas palabras, se sintieron conmovidos, en tanto que otros se mofaban diciendo: ¿Quién es este? ¿qué es lo que dice? ¿quien le ha dado derecho para reprendernos? ¡Es un insensato!

Y he aquí que el espíritu de Dios inspiró al Profeta, y los tiempos se abrieron ante su mirada penetrante, y fueron pasando los siglos delante de él.

Y, rasgando de repente sus vestiduras: Así, dijo, será destrozada la familia de Adan.

Los hombres de iniquidad han medido la tierra palmo a palmo, y han contado sus habitantes cabeza por cabeza, como se cuenta un rebaño.

Y han dicho: Repartámonos esto, y sírvanos como una especie de moneda.

Y el reparto se ha hecho, y cada cual ha tomado lo que le tocó, y la tierra con sus habitantes ha venido a ser posesion de los hombres de iniquidad; y hánse consultado unos con otros preguntándose: ¿Cuanto vale nuestra posesion? y hánse contestado a la vez: Treinta dineros.

Y han empezado a trabajar entre sí con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, cambios; hombres vendidos en cambio de tierra, tierras dadas en cambio de hombres, y oro en señal.

Despues han codiciado los unos la parte de los otros, y han empezado a degollarse para robarse mutuamente; y con la sangre que han derramado han escrito en una hoja de pergamino: *Derecho*, y en otra han escrito: *Gloria*.

¡Basta, basta, Señor!

He aquí a dos que echan sus harpones de hierro en medio de un pueblo, y tiran de ellos, y cada cual se lleva un jiron ensangrentado.

La cuchilla ha caído, y ha vuelto a caer. ¿Oís esos gritos desgarradores? Son los quejidos de las jóvenes desposadas y los lamentos de las madres.

Dos espectros se deslizan entre las sombras, y recorren los campos y las ciudades. El uno, descarnado como un esqueleto, róc el hueso de un animal inmundó; el otro tiene un tumor negro en el costado, y los chacaes le siguen alulando.

Señor, Señor, ¿será eterna vuestra cólera? ¿No se ha de levantar jamás vuestro brazo sinó para herir? Perdonad a los padres por piedad hacia los hijos. Condoleos del llanto de estas inocentes criaturas, que aun no saben distinguir la diestra de la siniestra mano.

El mundo se ensancha, la paz va a renacer, y habrá lugar para todos.

¡Maldicion! ¡Maldicion! La sangre rebosa, y ciñe la tierra como una faja encendida.

¿Quien es ese anciano que pregoná la justicia llevando en la mano una copa de veneno, y acariciando con la otra a una prostituta que le llama padre?

Oigole decir: La raza de Adan me pertenece. ¿Quienes son los mas fuertes entre vosotros? Alzad la cabeza, y yo os repartiré la raza de Adan.

Y hace lo que ha dicho; y desde el trono, en que se sienta, asigna a cada cual su presa.

Y todos devoran, y devoran; y va creciendo su hambre; y cuando ya no tienen que devorar, se avalanzan unos a otros, y crujen los huesos, y rechina entre sus dientes la carne, aun palpitante.

Abrese un mercado, y son allí conducidas las naciones con la soga al cuello; y las palpan, y las pesan, y hácenlas caminar y correr: tanto valen. Ya no es el tumulto y la confusion de antes; es un comercio sistemático y bien ordenado.

¡Dichosas las aves del cielo y los cuadrúpedos de la tierra! nadie los sujeta: van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar? ¿Qué es lo que muelen?

Hijos de Adan, esas muelas son las leyes de los que os gobiernan, y vosotros sois el grano que ha de ser molido.

Y a medida que el profeta descubría el siniestro porvenir, un terror misterioso se apoderaba de sus oyentes.

De repente enmudeció, pareciendo como absorto en un pensamiento profundo. El pueblo aguardaba en silencio con el corazón oprimido y palpitando de agonía.

Al fin, dijo el profeta:—Señor, no habeis abandonado a este pueblo en su espantosa miseria, no; no lo habeis entregado para siempre a sus opresores.

Y tomó dos ramas de un árbol, las despojó de sus hojas, las ató una sobre otra en forma de cruz, y elevándolas por encima de la muchedumbre maravillada, les dijo: Esta es vuestra salvacion; en este signo vencereis.

Hízose noche, y el profeta desapareció como una sombra que se desvanece, y la muchedumbre se dispersó por todas partes en las tinieblas.

XXXI.

Cuando, despues de una larga sequía, cae la suspirada lluvia, la tierra bebe sedienta el agua del cielo, que la refresca y fertiliza.

Asimismo, sedientas las naciones, beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas a manera de dulcísimo rocío.

Y la justicia, y el amor, y la paz, y la libertad jermínarán de nuevo en los corazones.

Y sucederá como en el tiempo en que todos eran hermanos, cuando no se oía la voz imperiosa del amo, ni la súplica del esclavo, ni los gemidos del pobre, ni los suspiros de los oprimidos, sinó cánticos de alegría y de bendicion.

Los padres dirán a sus hijos:—Nuestros primeros días han sido días de dolor, de lágrimas y de angustias; pero ahora sale el sol y se pone testigo de

nuestra alegría. ¡Alabado sea Dios, que nos ha permitido gozar estos bienes antes de morir!

Y las madres dirán a sus hijas:—Ved nuestras frentes, tan serenas y radiantes: hubo un tiempo en que la pena, el dolor y la inquietud trazaron en ellas profundos surcos. Las vuestras brillan como la superficie de un lago, en que se mira el sol de la primavera, sin que ningún viento la ajite. ¡Alabado sea Dios, que nos ha permitido gozar estos bienes antes de morir!

Y los mancebos se acercarán galanes a las doncellas, y les dirán al oído:—Bellas sois como las flores, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las matiza. Placer nos causa ver a nuestros padres, y placer es el vivir al lado de nuestras madres; pero cuando os miran nuestros ojos y respiramos vuestro aliento, el placer de vuestras almas no tiene nombre sino en el cielo. ¡Alabado sea Dios, que nos ha permitido gozar estos bienes antes de morir!

Y las doncellas responderán:—Las flores se marchitan y mueren; llega un día en que ni el rocío las refresca, ni la luz las matiza. Sólo la virtud no se marchita nunca, ni perece. Nuestros padres son como la espiga que se cuaja de grano por otoño, y nuestras madres como la cepa que se carga de fruto. Placer nos causa ver a nuestros padres, y placer el reclinarnos en el regazo de nuestras madres; pero nuestros hermanos nos causan también placeres y alegrías. ¡Alabado sea Dios, que nos ha permitido gozar estos bienes antes de morir!

XXXII.

Yo he visto una haya elevarse a colosal altura. Desde la copa al pie de su tronco, estendía sus enormes ramas, que, cubriendo la tierra en rededor, la privaban de calor y de rocío, de modo que ni aun mezquina yerba crecía en aquel espacio. Al lado del gigante nacía un roble, que, a pocos pies del suelo se encorbaba, y se torcía, estendía después horizontalmente sus brazos, y volvía a elevarse, y se torcía de nuevo; y al fin veíasele asomar su cabeza descolorida y sin hojas por entre las ramas vigorosas de la haya, como ansiando un poco de aire y de luz.

Y díjeme a mí mismo: Así crecen los pequeños a la sombra de los grandes.

¿Quien se apiña al rededor de los poderosos del mundo? ¿Quien se atreve a acercárseles? No es el pobre por cierto: a este le despiden, porque el aspecto de sus andrajos ofende las miradas del poderoso.

Por eso lo apartan con cuidado de su camino y del interior de sus palacios; ni le permiten siquiera atravesar sus jardines, cuya entrada está franca para todos, menos para él, porque su cuerpo, desgastado por el trabajo; no lleva sobre sí mas lujo que el de la indigencia.

¿Quien es, pues, el que rodea a los poderosos del mundo? Rodéanle los ricos y los aduladores que ambicionan riquezas, las mujeres perdidas, los infames ministros de sus placeres secretos, los farsantes, los bufones que distraen su conciencia, y los falsos profetas que la dirijen.

¿Y quien mas? Los hombres de violencia y de astucia, los agentes de la opresion, los duros exactores; todos aquellos que dicen: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos que su oro pase a vuestras arcas, y el quilo de su sangre a vuestras venas.

Allí donde yace el cadáver, reúnen los buitres.

Los pajarillos hacen su nido entre las matas: las aves de rapiña en la cima de los árboles corpulentos.

XXXIII.

En la estacion en que se doran las hojas de los árboles, un anciano, cargado con un haz de leña, caminaba lentamente de vuelta a su cabaña, situada en la pendiente de una colina.

Y allá por donde el vecino valle se abría paso entre los montes, veíanse los rayos del sol, ya oculto, que, deslizándose por entre el oscuro ramaje de algunos árboles lejanos, iban a herir las nubecillas al poniente, y a teñirlas de mil caprichosos colores, que poco a poco se iban disipando.

Y luego que el anciano hubo llegado a su cabaña, único bien que poseía, con un trozo de tierra contiguo, echó al suelo su carga, se sentó en un escaño de madera ennegrecida por el humo del hogar, y dejó caer sobre el pecho su cabeza, quedando sumergido en hondas meditaciones.

Y de vez en cuando salía de su henchido pecho un breve sollozo, y con voz doliente decía:

—Solo tenía un hijo, y me lo han arrebatado; una vaca me quedaba, y me la han llevado por el impuesto de mi campo.

Y luego con voz apagada repetía:—¡Hijo mio! Y una lágrima, que a poco secaba el dolor, venía a humedecer sus arrugados párpados.

De esta suerte desahogaba el misero sus pesares, cuando vino a distraerle una voz que decía:—Hermano, la bendicion del Señor sea sobre vos y sobre los vuestros.

—¡Los míos! murmuró el anciano; yo no tengo a nadie en el mundo; soy solo.

Y alzando del suelo los ojos, vió un peregrino que se mantenía en pié a la puerta, apoyado en su báculo; y como no ignoraba que Dios es quien nos envía los huéspedes, respondióle al momento:

—Dios os devuelva vuestra bendicion, hermano. Entrad: cuanto tiene el pobre es del pobre.

Y, encendiendo su haz de leña en el hogar, empezó a preparar la cena para el peregrino.

Pero el recuerdo de su miseria le perseguía sin cesar, y pesaba de continuo sobre su angustiado corazón.

Y acertando el peregrino con la causa de tan amarga pena: Hermano, le dijo, Dios quiere probaros por mano de los hombres; hay, sin embargo, miserias mayores que la vuestra. No es el oprimido quien mas padece, sino los opresores.

El anciano hizo cierto movimiento de cabeza sin responder.

Y el peregrino repuso:—No tardareis en creer lo que ahora estais dudando.

Y habiéndole hecho sentar, puso las manos sobre los ojos del anciano, que cayó en un sueño semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que se apoderó de Abraham cuando quiso Dios mostrarle las futuras desgracias que reservaba a su descendencia.

Y parecióle que le transportaban a un suntuoso palacio, al pié de un lecho, a cuyo lado había una corona y un hombre en el lecho, que dormía; y lo que soñaba aquel hombre lo veía el anciano al modo que ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba allí recostado en su cama de oro, oía como gritos confusos de una muchedumbre famélica que pide pan: era como el ruido de las olas cuando se estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecía aquella

tempestad de voces, y aumentábase el ruido; y el hombre que dormía veía hincharse las olas por momentos, y azotar ya las paredes de su palacio, y hacia extraordinarios esfuerzos como si quisiera huir, y no podía, y era horrible su angustia.

En tanto que el anciano le contemplaba con horror, vióse de repente transportado a otro palacio. Allí también yacía un hombre recostado, que más parecía cadáver que hombre vivo.

Y soñaba también, y veía en su sueño multitud de cabezas cortadas, que le miraban y le decían abriendo la boca.

—Nos habíamos sacrificado por tí, y esta es la recompensa que te hemos merecido. Duerme, duermes; nosotros no dormimos: acechamos la hora de la venganza, que ya se acerca.

Y la sangre se helaba en las venas del hombre dormido, y se decía a sí mismo: ¡Si pudiese al menos dejar mi corona a esta inocente criatura! Y sus ojos espantados se volvían hacia una cuna, sobre la cual habían colocado una diadema de reina.

Pero, cuando empezaba a serenarse con esta idea consoladora, otro hombre, cuyas facciones se asemejaban a las suyas, arrebató de su lado la criatura, y la estrelló contra el pavimento.

Y el anciano se sintió desfallecer de horror.

Y vióse trasladado al propio tiempo a dos parajes distintos, que, aunque realmente estaban separados, no eran para él sino uno solo.

Y vió dos hombres que, aunque de diversa edad, pudieran tomarse por uno solo a causa de su semejanza; y comprendió que habían sido criados en el mismo seno.

Y el sueño de ambos era como el sueño del reo que ha de ser ajusticiado al despertar. Por delante de ellos pasaban asquerosos espectros envueltos en sangrientas mortajas, que les tocaban al pasar, y sus miembros se retiraban contráidos, como queriendo evitar aquel contacto de muerte.

Después se miraban uno a otro con sarcástica sonrisa, y sus ojos se inflamaban, y sus manos se agitaban convulsivamente asiendo el mango de un puñal.

El anciano vió en seguida un hombre flaco y macilento. Las sospechas y los cuidados, agolpándose en derredor de su lecho, destilaban ponzoña sobre su rostro, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundían pausadamente sus uñas en su craneo, mojado de sudor frío. Y una figura humana, pálida como un sudario, acercose a su lecho, y con mudo ademán señaló una mancha livida que le rodeaba el cuello. Y entonces chocaron una con otra las rodillas del hombre que yacía en el lecho, y cubriose de mortal palidez, y entrecabriose su boca de terror, y sus párpados se dilataron horriblemente.

Y el anciano, más y más horrorizado, sintió que le trasladaban a otro palacio más grande.

El que allí dormía respiraba con visible dificultad. Un espectro negro había encaramado sobre su pecho, y le miraba haciendo ridículos visajes. Y le hablaba al oído, y sus palabras se convertían en visiones, e iban a atormentar el alma de aquel hombre, a quien hollaba y oprimía con sus huesos puntiagudos.

Y en torno al lecho se apiñaba innumerable muchedumbre lanzando espantosos gritos:

—Nos prometiste libertad, decían, y nos has dado esclavitud.

Nos prometiste reinar según las leyes, y no nos das otras leyes que tus caprichos.

Nos prometiste no tocar el pan de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para aumentar tus tesoros.

Nos prometiste gloria, y solo nos has granjeado el encono y el desprecio de los pueblos.

Húndete, húndete, y ve a confundirte con los perjuros y los tiranos.

Y se sintió el misero precipitado, arrastrado por aquella muchedumbre, y procuraba agarrarse a sus sacos de oro, y reventaban los sacos, y el oro se le escapaba rodando por el suelo.

Y creía verse pobre, vagando por el mundo, y que pedía agua para apagar la sed que le acosaba, y le brindaban por befa un vaso lleno de lodo, y que todos huían de él y le maldecían, porque llevaba en su frente la señal indeleble de los traidores.

Y el anciano, afectado, apartó de él la vista.

Y vió en otros dos palacios, donde se halló trasportado, otros dos hombres soñando constantemente suplicios.—Porque, decían ellos, ¿donde hallaremos un asilo seguro? El suelo que pisamos está minado; las naciones nos detestan; hasta los niños piden a Dios, día y noche, en sus oraciones, que se vea libre la tierra de nosotros.

Y el uno de ellos condenaba a dura cárcel, es decir, a todos los tormentos del cuerpo y del alma, y a muerte de hambre, a unos desgraciados por sospechas de que habían pronunciado la palabra *patria*, y el otro, despues de confiscarles sus bienes, mandaba sepultar en lóbregos calabozos a dos doncellas acusadas de haber asistido a sus hermanos heridos en un hospital.

Y mientras se afanaban en esta tarea de verdugos, llegaron los mensajeros.

Y decía uno de ellos:—Vuestras provincias del Mediodía han quebrantado sus cadenas, y, armados con sus pedazos, vuestros súbditos han ahuyentado a sus gobernadores y soldados.

Y el otro decía:—Vuestras banderas han sido destrozadas a orillas del gran río, y la corriente se lleva sus pedazos.

Y los dos reyes se revolcaban en sus lechos.

Y vió el anciano otro rey que había desterrado a Dios de su corazón, y un gusano ocupaba el lugar de Dios, royéndole sin cesar; y cuando su tormento parecía avivarse, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrían de roja espuma.

Y le pareció hallarse en un llano inmenso, solo, con el gusano que le roía. Y aquel llano era un cementerio, donde yacía todo un pueblo degollado.

Y sintió que, de repente, se conmovieron las entrañas de la tierra, abriéronse los sepulcros, y, levantándose los muertos en tropel, se le acercaron.

Y todos aquellos muertos, hombres, mujeres y niños, le miraban de hito en hito, sin decir palabra; y después de haberle contemplado por breve tiempo, cojieron las losas de sus tumbas, y principiaron a amontonarlas en torno su cuerpo.

Vió que le llegaban ya a las rodillas, después al pecho, a la boca; y estiraba con desesperado esfuerzo los músculos de su pescuezo para respirar un minuto mas; pero el edificio se elevaba sin darle espera, hasta que su cúpula fué a perderse en una nube.

Las fuerzas iban ya faltando al anciano, y su alma sucumbía al terror.

Y fuese; mas he aquí que, habiendo atravesado varias galerías desiertas, llegó a un reducido aposento, y vió allí, sobre un lecho que apenas alumbraba la pálida luz de una lámpara, un hombre gastado por los años.

En derredor del lecho estaban siete miedos, cuatro de un lado y tres del otro.

Y uno de ellos posó su mano sobre el corazón del anciano tendido en el lecho, que se estremeció, temblando todos sus miembros; y no apartó la mano mientras sintió algún calor.



Y TODOS AQUELLOS MUERTOS, HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS, LE MIRABAN...

En seguida otra mas fria hizo lo que habia hecho la primera; y sucesivamente todos los miedos posaron su mano sobre el corazon de aquel anciano.

Y pasaron en él cosas que no pueden ser descubiertas.

Veía a lo lejos, hacia el polo, un fantasma horrible que le decía: Entrégate a mí, y yo te reanimaré con mi aliento.

Y con sus dedos helados el hombre de miedo escribía no sé que pacto, en el que cada palabra era como un estertor de agonía.

Y esta fué la última vision.

Y habiendo despertado el anciano, dió gracias a la Providencia por la parte que le habia tocado de las amarguras de la vida.

Y dijole el peregrino:—Esperad y orad; la oracion todo lo alcanza. Vuestro hijo no está perdido; vuestros ojos volverán a verle antes de cerrarse para siempre. Esperad tranquilo los dias del Señor.

Y el anciano esperó en paz.

XXXIV.

Los males que aflijen a la tierra no proceden de Dios, porque Dios es todo amor, y cuanto ha salido de su mano es bueno; proceden de Satanás, a quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han reconocido a Satanás por señor y padre.

Estos hijos de Satanás son infinitos en el mundo; pero Dios los tiene en cuenta, y a medida que van pasando, va escribiendo su nombre en un libro sellado, que abrirá y leerá ante los hombres todos en el dia del juicio.

Allí están los *egoistas*, los que no aman sino a sí mismos, y estos son llamados *hombres de odio*, porque no amar sino a sí mismos es aborrecer a los demas.

Allí están los que solo ambicionan mandar y dominar, y llámanse *hombres de orgullo*, porque no pueden sufrir que haya hombres iguales a ellos.

Allí están los que tienen sed de oro, de honores y de placeres, y llámanse *hombres de codicia*, porque nunca se ven hartos.

Allí están los que espían los pasos del débil para sorprenderle y despojarle, empleando, ya la astucia, ya la fuerza, segun conviene a sus fines; y estos llámanse *hombres de rapiña*, porque rondan de noche la morada de la viuda y del huérfano.

Allí están los que acarician violentos pensamientos, y llámanse *hombres de homicidio*, porque matan a los que ellos llaman sus hermanos, cuando se oponen a sus violencias, y escriben leyes con su sangre.

Allí están los que tiemblan en presencia del malvado, y se acercan a besarle la mano, pensando de este modo librarse de sus garras: estos son llamados *hombres de miedo*, porque, cuando ven a un inocente atropellado y mal herido en medio de la plaza pública, corren a encerrarse en sus casas, y cierran temerosos las puertas.

Tales son los hombres que han desterrado la paz, la seguridad y la libertad de la tierra.

Y solo obtendreis la libertad, la seguridad y la paz por qué suspirais, peleando sin tregua contra ellos.

Pues ellos han construido la ciudad de Satanás, os toca a vosotros reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, cada hombre ama a sus hermanos como a sí mismo;

asi es que ninguno se ve allí abandonado, ni padece ninguno, si son sus padecimientos remediabiles.

En la ciudad de Dios todos son iguales, nadie domina, porque solo reina en ella la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios cada cual disfruta en paz de lo que es suyo, sin codiciar lo ajeno, porque lo que es de uno es de todos, y todos poseen a Dios, que reune en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios ninguno sacrifica el interés comun al interés propio, sinó que cada cual está siempre pronto a sacrificarse por los demás.

Cuando en la ciudad de Dios se introduce algun malvado, todos evitan su compañía y se aunan para sujetarlo o espulsarlo; porque el malvado es el enemigo de cada uno, y el enemigo de cada uno es el enemigo de todos.

Cuando hayais reedificado la ciudad de Dios, tornaran los pueblos a prosperar, y la tierra a florecer, porque entonces habreis vencido a los hijos de Satanás que asolan la tierra y oprimen a los pueblos; porque habrán desaparecido los avaros, los orgullosos, los homicidas y los cobardes.

XXXV.

Si los opresores de las naciones se viesan reducidos a sus propias fuerzas, sin otro apoyo ni auxilio alguno exterior, ¿cómo podrían por sí solos oprimirlas?

Si para mantenerlas en la esclavitud no encontrasen ayuda sinó en aquellos que con la esclavitud viven y medran, ¿cómo podría tan corto número sujetar a pueblos enteros?

Así lo dispuso la sabiduria de Dios para que los hombres pudiesen siempre resistir a la tiranía; y la tiranía seria imposible, si los hombres quisiesen comprender la sabiduria de Dios.

Pero hanse entregado a otros pensamientos, y los dominadores del mundo han podido oponer a la sabiduria de Dios, que los hombres ya no comprendían, la sabiduria de Satanás, que es el príncipe de este mundo.

Y Satanás, rey y señor de los tiranos, les sujirió una astucia infernal para afianzar su poder.

He aquí, les dijo, lo que debeis hacer: Escojed de cada familia los jóvenes mas robustos, dadles armas, ejercitadlos en su manejo, y ellos pelearán por vosotros contra sus mismos padres y hermanos, porque yo les persuadiré que esta es accion gloriosa.

Dos ídolos habreis de darles, que llevarán por nombre *honor* y *fidelidad*, y una ley, que se llamará *obediencia pasiva*.

Y vereis que adorarán esos ídolos y obedecerán ciegamente esa ley, porque yo seduciré su entendimiento, y nada tendreis ya que temer de ellos.

Los opresores de las naciones hicieron lo que les había aconsejado Satanás, y Satanás cumplió lo que les había prometido.

Desde entonces se ha visto a los hijos del pueblo levantar sus brazos contra el pueblo, degollar a sus hermanos, maniatar a sus padres, y desconocer las entrañas donde fueron enjendrados.

Y cuando les decían:—En nombre de cuanto es sagrado para vosotros, mirad lo que haceis; pensad en la injusticia, en la atrocidad de lo que os mandan hacer; ellos respondían:—Nosotros no pensamos; obedecemos.

Y cuando les decían:—¿No os queda resto alguno de amor hacia vuestros padres, madres y hermanos?; ellos respondían:—Nosotros no amamos; obedecemos.

Y cuando les mostraban los altares del Dios que crió al hombre, y del Cristo que le ha salvado, contestaban:—Esos son los dioses de la patria; pero nuestros dioses son los de aquellos que la gobiernan: *la Fidelidad y el Honor*.

En verdad os lo digo: desde la seducción de la primera mujer por la Serpiente, no ha habido seducción mas espantosa que esta.

Pero ya se acerca su término. Las almas rectas pueden dejarse fascinar por el genio del mal, pero es solo por corto tiempo. Luego, cuando despiertan de su horrible sueño, bendicen a Dios, que las ha librado de aquel tormento.

Algunos días mas de espera, y vereis que los que peleaban en favor de los opresores, pelearán en favor de los oprimidos; y los que peleaban por mantener en esclavitud a sus padres, madres y hermanos, pelearán los primeros por romper sus cadenas.

Y Satanás correrá a sepultarse de nuevo en el abismo, acompañado de los tiranos.

XXXVI.

JÓVEN soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear por Dios y los altares de la patria.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

JÓVEN soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos y por los sagrados derechos del hombre.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

JÓVEN soldado, ¿a donde vas?

—Voy a combatir para libertar a mis hermanos de la opresion, para romper sus cadenas y las cadenas del mundo.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

JÓVEN soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear contra los hombres inicuos y en favor del justo que huellan con sus pies, contra los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

JÓVEN soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para que no sean todos patrimonio de algunos; para enderezar las cervizes inclinadas bajo su yugo, y sostener las rodillas, que flaquean.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

JÓVEN soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para que los padres no maldigan el dia en que les fué dicho: Un hijo os ha nacido; y para que las madres no detesten el dia en que los estrecharon por primera vez contra su seno.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

JÓVEN soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para que el hermano no se aflija al ver que su hermana se marchita como la planta que la tierra se niega a nutrir; para que la hermana no vuelva a llorar la despedida de su hermano, que se aleja de ella para no volver mas.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para que cada cual coma en paz el fruto de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los niños que piden pan, y se les responde: No hay pan; hannos llevado el que quedaba.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para que el pobre no se vea eternamente despojado de la parte que le toca en la comun herencia.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para desterrar el hambre de las cabañas, y para devolver a las familias la abundancia, la seguridad y la alegría.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para devolver a los que jimen sepultados en profundos calabozos, víctimas de la tiranía, el aire que falta a su pecho y la luz que en vano buscan sus ojos.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para echar por tierra las barreras que separan a los pueblos, y que les impiden abrazarse, como hijos que son del mismo padre, destinados a vivir unidos en un mismo amor.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para emancipar de la tiranía del hombre la palabra, el pensamiento y la conciencia.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear por las leyes eternas, bajadas del cielo, por la justicia, que protege los derechos, por la caridad, que atenúa los males inevitables.

—¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿a donde vas?

—Voy a pelear para que todos tengan un Dios en el cielo, y una patria en la tierra.

—¡Benditas, siete veces benditas, sean tus armas, jóven soldado.

XXXVII.

¿PORQUÉ os cansais inutilmente buscando el remedio de vuestra miseria? Vuestros deseos son buenos; mas no sabeis como realizarlos.

Acordaos siempre de esta máxima: «Solo puede restituir la vida quien nos la ha dado.»

Nada conseguireis si Dios no os presta ayuda.

¿Qué alivio hallais en revolcaros desesperadamente sobre vuestro lecho de agonía?

Habeis derribado algunos tiranos, y tras ellos se han encumbrado otros peores.

Habeis abolido las leyes de esclavitud, y os dieron en cambio leyes de sangre y nuevas leyes de esclavitud.

Desconfiad de los hombres que se erijen en mediadores entre Dios y vosotros, porque su sombra os le oculta. Esos hombres abrigan malos designios.

Porque la fuerza que necesitáis para emanciparos procede solo de Dios; y el amor con que debeis consolidar vuestra union, de Dios solo se deriva.

¿Qué puede hacer en favor vuestro un hombre que no tiene mas guia que su pensamiento, ni mas ley que su voluntad?

Aun cuando fuere sana su intencion, y sinceros sus deseos de hacerlos bien, siempre habrá de daros su voluntad por ley, y por guia su pensamiento.

Y no de otro modo obran los tiranos.

Si habeis de trastornarlo todo para sustituir una tiranía con otra tiranía, en verdad que no vale la pena de esponerse a tanto.

La libertad no consiste en que domine este en vez de esotro, sinó en que ninguno domine.

Y donde Dios no reina, se ha visto siempre que domina un hombre.

No cesaré de repetiroslo: El reinado de Dios es el reinado de la justicia en los ánimos y de la caridad en los corazones. Su fundamento en la tierra es la fe; la fe que debeis tener en Dios y en las palabras del Cristo, que es quien ha promulgado en la tierra la eterna ley de Dios, la ley de caridad y la ley de justicia.

La ley de justicia enseña que todos los hombres son iguales ante su padre, que es Dios, y ante su único señor, que es el Cristo.

La ley de caridad les enseña a amarse y ampararse mutuamente como hijos que son de un mismo padre y discípulos de un mismo maestro.

Y solo así se verán libres, porque ninguno mandará a los demás, si no ha sido elegido libremente por ellos para mandar; ni nadie podrá entonces privarles de su libertad, estando todos unidos para defenderla.

Por eso los que os dicen:—Hasta aqui nadie ha conocido la justicia; la justicia no viene de Dios sinó del hombre; fíaos de nosotros, y os la haremos tal que os contente.

Esos quieren engañaros, o, si son sinceras sus promesas de libertad, engañanse a sí mismos.

Porque comienzan exigiendo que los reconozcais por señores, y, siendo así, su prometida libertad viene a ser simplemente la obediencia a estos nuevos señores.

Respondedles que vuestro señor es el Cristo; que no quereis reconocer a ningún otro, y el Cristo os emancipará.

XXXVIII.

Ambos de mucha paciencia y de constante valor, porque no lograreis vencer en un solo día.

Los pueblos han de ganar la libertad, como gana su pan el hombre: con el sudor de su frente.

Hay muchos que se lanzan con ardor, y a poco se cansan y desaniman antes que haya llegado el tiempo de recojer el fruto.

Y en esto se parecen a los hombres perezosos y cobardes, que, no teniendo aliento para limpiar de ortigas su verjel, a medida que van creciendo, siembran y no recojen, porque dejaron ahogar la buena semilla.

En verdad os digo: siempre hay hambre en el país de los cobardes y de los perezosos.

Tambien se parecen a aquellos insensatos que comienzan a edificar una casa con intencion de habitarla, y cuando solo les queda el tejado por poner, abandonan la fábrica a la intemperie, por no tomarse el poco mas de trabajo que emplearian en tejlarla.

Llega despues el invierno con sus lluvias y huracanes, y púdense los desguardados techos, y desplómase la fábrica, y vense sepultados en sus ruinas los insensatos que la construyeron.

Aun cuando la esperanza os engañe, no solo siete veces, sino setenta veces siete veces, no perdais nunca la esperanza.

El que tiene fe en la justicia de su causa, consigue un dia verla triunfante; y aquel que persevera hasta el fin, ese se salva.

No digais: Es demasiado sufrir para conquistar bienes que acaso llegarán tarde.

Porque, si no los alcanzais vosotros, vuestros hijos y vuestros nietos los alcanzarán y gozarán en paz de ellos.

Serán sus únicos bienes los que de vosotros hereden; ved, pues, si quereis dejarles cadenas, hambre y azotes en herencia.

El que pone precio a la justicia la profana; y el que calcula lo que cuesta la libertad, renuncia a ella en su corazon.

La libertad y la justicia os pesarán un dia en la misma balanza en que las hubiereis pesado. Aprended, pues, a conocer su verdadero precio.

Pueblos hay que no han sabido apreciarlas, y jamás se vió miseria igual a la suya.

Si hay algo de grandioso en la tierra, es el ver a un pueblo firme y resuelto, que camina bajo la égida de Dios a la conquista de sus derechos; que no ceja jamás en su propósito; que, sin contar sus heridas, ni los dias que pasa sin descanso, ni las noches sin sueño, se dice a sí mismo: ¿Qué valen estos sacrificios si hemos de comprar con ellos la justicia y la libertad?

Ese pueblo podrá experimentar infortunios, reveses, traiciones; podrá verse vendido por algun Judas, mas no por eso debe desalentarse.

Porque, en verdad os digo: aun cuando bajase, como el Cristo, al sepulcro, como el Cristo, resucitaria al tercero dia, vencedor de la muerte y del príncipe de este mundo, y de los ministros del príncipe de este mundo.

XXXIX.

El labrador, constante un dia y otro en sus afanes, se espone sin cesar a la lluvia, al sol y a los vientos, para preparar con su trabajo la cosecha que ha de llenar en otoño sus graneros.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

El artesano se levanta antes del alba, enciende su modesta lámpara, y trabaja sin descanso para ganar un pedazo de pan que le alimente a él y a sus hijos.

La justicia es el pan de los pueblos.

El mercader no perdona fatiga, ni desperdicia tarea grande o pequeña, ni se acuerda del sueño, ni cuida de su cuerpo desgastado, con tal de acrecentar sus ganancias y acumular riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

El marinero cruza osado los anchurosos mares, lucha con la tempestad, aventura su vida en cien escollos, y se abandona al furor de los elementos, a fin de procurarse algun descanso para cuando le agobie la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

El soldado se somete a todo género de privaciones, peleando de día, alerta de noche, y derrama su sangre con entusiasmo por lo que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si hay un pueblo en la tierra que estime en menos la justicia y la libertad de lo que estima su cosecha el labrador, su pan el artesano, sus riquezas el mercader, su descanso el marinero, y su gloria el soldado, levanta un alto muro en derredor de ese pueblo a fin de que su aliento no inficione al resto de la tierra.

Y cuando llegue el día en que los pueblos habrán de comparecer ante el gran tribunal de culpas, dirale el Supremo Juez: ¿Qué hiciste de tu alma? No has dejado en el mundo rastro ni señal de ella. Los gozes del bruto han sido el constante anhelo de tu vida. Has preferido vivir en el lodo; vé, pues, a pudrirte en el lodo.

Y el pueblo que, por el contrario, haya dado lugar preferente en su corazón a los bienes verdaderos sobre los bienes materiales, y que, para alcanzarlos, no haya reparado en sacrificios, ni perdonado trabajo ni fatiga alguna, ese escuchará a su vez estas amorosas palabras:

A los que han tenido alma, la recompensa de las almas. Has preferido la libertad y la justicia a todos los bienes terrenales; vé, pues, a disfrutar eternamente de la justicia y de la libertad.

XL.

¿CREES que la suerte del buey, criado en el establo para uncirlo después al yugo, o cebado a mano para el matadero, sea más envidiable que la del toro salvaje que busca libremente su pasto por los montes?

¿CREES que el caballo de regalo, que encuentra siempre provisto de forraje su pesebre, para morder después el duro freno, disfrute de mejor suerte que el garafón suelto y sin trabas, que relincha y retoza en la pradera?

¿CREES que el mimado capon, que halla siempre entapizado de grano su corral, sea más feliz que la paloma silvestre, que no sabe al amanecer donde hallará su alimento de cada día?

¿CREES que el que indolente se pasea en uno de esos parques, que llaman los hombres reinos y provincias, viva vida más grata que el fugitivo que de bosque en bosque, y de peña en peña, camina esperanzado de adquirir una patria?

¿CREES que el siervo sentado con estúpido contento a la mesa de su señor, saborée con más gusto sus manjares delicados que el soldado de la libertad su ración de pan negro?

¿CREES que el que duerme con el dogal al cuello sobre la paja que le da su amo, goze más tranquilo sueño que el que pasa el día peleando por su independencia y descansa la noche en su campo sobre el duro suelo?

¿CREES que el cobarde que lleva pacientemente la cadena del esclavo, camine menos abrumado que el valiente que arrastra los grillos del prisionero?

¿CREES que el hombre pusilánime que yace en su lecho de muerte aspirando hasta el último momento el aire inficionado que despide la tiranía, sufra mejor suerte que el hombre de fe, que devuelve a Dios su alma en el cadalso, tan libre como de él la recibió?

Trabajos y padecimientos hay sobrados en la tierra; pero hay trabajos estériles y trabajos fecundos, padecimientos infames y padecimientos gloriosos.

XII.

ERRANTE caminaba por el mundo. ¡Dios guie al pobre desterrado!

He pasado por medio de las poblaciones, y hanme mirado las gentes, y yo las he mirado, y no nos hemos conocido. El desterrado en todas partes está solo.

Cuando a la caída de la tarde veía salir el humo de alguna cabaña oculta en el fondo de un valle, decíame a mí mismo: dichoso el que se acoge por la noche al calor de su hogar doméstico y descansa allí sentado en medio de los suyos. El desterrado en todas partes está solo.

¿A donde van esas nubes que arrebatan furioso el huracán? También a mí me despide la tempestad, y no sé a donde me lleva; pero ¿qué me importa? El desterrado en todas partes está solo.

Hermosos son esos árboles, muy bellas son esas flores; pero no son las flores ni los árboles de mi país: no hablan al alma mía. El desterrado en todas partes está solo.

Ese manso arroyuelo corre alegremente por el llano; pero no es su murmullo el que yo en mi infancia oía. No trae a mi memoria ningún grato recuerdo. El desterrado en todas partes está solo.

Dulces cantares escucho; pero las alegrías que despiertan y los pesares que renuevan, no son, ni mis pesares, ni mis alegrías. El desterrado en todas partes está solo.

Hanme preguntado: ¿Porqué llorais? Y cuando lo he dicho, nadie ha llorado conmigo, porque nadie me comprendía. El desterrado en todas partes está solo.

He visto ancianos rodeados de hijos como el olivo de sus vástagos, pero ningún anciano me ha llamado hijo, ninguno de sus hijos me ha llamado hermano. El desterrado en todas partes está solo.

He visto vírgenes sonreírse con sonrisa tan pura y dulce como la brisa del alba a la vista de su prometido esposo; pero ni una sola entre ellas me ha sonreído. El desterrado en todas partes está solo.

He visto gallardos mancebos pecho con pecho abrazados, como si de dos vidas quisieran hacer una sola; pero ninguno de ellos me ha apretado la mano. El desterrado en todas partes está solo.

No hay amigos, esposas, padres ni hermanos sino en la patria. El desterrado en todas partes está solo.

Da treguas a tus lamentos, pobre desterrado, que desterrados están todos como tú: todos ven pasar y desaparecer padres, hermanos, esposas y amigos.

La patria no está en la tierra; en vano la busca el hombre; lo que llama patria no es sino el albergue de una noche.

Errante caminaba por el mundo. ¡Dios guie al pobre desterrado!

XIII.

Y fueme en sueños mostrada la patria.

Fuí elevado en espíritu sobre la rejión de las sombras, y vi como el tiempo las iba arrebatando con indecible velocidad al través del espacio, como arrebatada el austro los lijeros vapores que se elevan y disipan a lo lejos por la llanura.

Y subía y subía mas aun; y la realidad, invisible a la vista material, me aparecía clara y distinta; y escuché sonidos que no tienen eco en este mundo de fantasmas.

Y todo cuanto escuchaba, y todo cuanto veía, era tan vivo, y mi alma lo percibía con tal potencia, que cuanto entonces había creído ver y escuchar no había sido sino un sueño vago e incierto.

¿Qué diré, pues, a los hijos de la noche, y qué pueden ellos comprender? ¿Y desde la cumbre de la eterna luz, no he vuelto yo a caer con ellos en el seno de la noche, en la rejion del tiempo y de las tinieblas?

Yo veía como un océano inmóvil, inmenso, infinito; y en este océano tres océanos: un océano de fuerza, un océano de luz y un océano de vida; y estos tres océanos, penetrándose sin confundirse, formaban uno solo, una sola unidad absoluta, indivisible, eterna.

Y esta unidad era *El que es*; y en lo íntimo de su ser un nudo inefable unía entre sí tres personas que me fueron nombradas; y eran el *Padre*, el *Hijo* y el *Espíritu*, y había allí una generacion misteriosa, un aliento misterioso, vivo, fecundo; y el Padre, el Hijo y el Espíritu eran *El que es*.

Y el Padre se me representaba como un poder que, en el seno del ser infinito, con el que está identificado, no tiene mas que un acto permanente, completo, ilimitado, que es el mismo ser infinito.

Y el Hijo se me representaba como una palabra, permanente, completa, ilimitada, que espresa lo que obra el poder del Padre, lo que él es, lo que es el Ser infinito.

Y el Espíritu se me representaba como el amor, la efusion, la aspiracion mutua del Padre y del Hijo, animándolos con una vida comun, y asimismo animando con vida permanente, completa, ilimitada al Ser infinito.

Y los tres eran uno; y estos tres eran Dios; y se abrazaban, y se unían en el impenetrable santuario de la sustancia indivisible; y esta union, esta fusion, eran, en el seno de la inmensidad, la eterna alegría, el eterno deleite de *El que es*.

Y en las profundidades de este océano infinito de vida, nadaba y flotaba, y se dilataba la creacion, al modo de una isla que dilatase incesantemente sus playas en medio de un mar sin límites.

Dilatábase y se abría como una flor que, teniendo en el agua sus raizes, estiende sus largos filamentos y sus corolas por la superficie.

Y veía yo encadenarse unos seres con otros, y producirse, y desarrollarse en toda su infinita variedad; empapándose y alimentándose de una savia que jamás se agota, y que es la luz, la fuerza y la vida *El que es*.

Y cuanto hasta entonces habia estado oculto a mi vista, se me manifestaba libre de la corteza material de los sentidos.

Rotas ya para mí las terrestres trabas, pasaba yo de un mundo a otro, como pasa acá abajo nuestro pensamiento de una idea a otra idea; y despues de haberme sumergido y abismado en estas maravillas del poder, de la sabiduria y del amor, me sumerjia y me abismaba en el manantial mismo del amor, del poder y de la sabiduria.

Entonces conocí lo que era la patria; me embriagué de luz, y mi alma, arrebatada entre raudales de armonía, se adormecía sobre las celestes ondas en éxtasis indecibles.

Y veía despues al Cristo a la derecha del Padre, despidiendo destellos de gloria inmortal.

Y veíale tambien como un místico cordero inmolado sobre el ara; ejércitos de ángeles y de hombres rescatados con su sangre, le rodeaban cantando sus alabanzas y tributándole acciones de gracias en el lenguaje de los cielos.

Y una gota de la sangre del cordero caía sobre la naturaleza lánguida y seca, y la miré trasformada de repente, y las criaturas todas que yacían en su seno, palpitaron con vida nueva y alzaron la voz diciendo:

«Santo, santo, santo, es el que ha destruido el mal y vencido a la muerte.»

Y el Hijo se reclinó en el seno del Padre, y el Espíritu les cubrió con su sombra, y pasó entre ellos un misterio divino, y se conmovió en silencio la bóveda del cielo.

DEL ABSOLUTISMO

Y

DE LA LIBERTAD.

Dos doctrinas distintas, dos sistemas opuestos se disputan hoy el imperio del mundo: la doctrina de la libertad y la doctrina del absolutismo; el sistema que organiza la sociedad sobre la base del derecho, y el sistema que la abandona a la fuerza brutal. Los destinos futuros de la humanidad dependerán del triunfo decisivo del uno o del otro. Si la victoria se declara por la fuerza brutal, encorvados hacia la tierra como los brutos bajo el yugo, tristes, mudos, rendidos de cansancio, hostigados empero por el látigo del amo, veranse los hombres uncidos al arado ajeno, empapando con su sudor y con sus lágrimas el hondo surco que trazarán mal su grado, sin mas esperanza que la de sepultar bajo el último terron la carga insoportable de su misera existencia. Si, por el contrario, llegare a triunfar el derecho, entonces la humanidad caminará por la via de salvacion con la cerviz erguida, serena la frente, y la vista fija en el porvenir, glorioso santuario en que la Providencia ha depositado los bienes que destina a su perseverancia.

La lucha entre estos dos sistemas se traba y se estiende mas y mas cada día. De una parte están los pueblos, agotada su paciencia y sufrimiento, ardiendo en deseos y esperanzas, conmovidos profundamente por el instinto, que harto tiempo dejaron dormitar, de todo cuanto constituye la dignidad y grandeza del hombre, poseidos, en fin, de la fe que tienen en la justicia, del amor que sienten por la libertad; la cual, bien entendida, no es otra cosa sino el verdadero orden, y a cuya conquista marchan con firmeza y resolucion. En el opuesto bando militan los poderes absolutos, con sus soldados y agentes diversos, disponiendo de todos los recursos, del oro, del crédito, dueños, en fin, de las infinitas ventajas que les proporciona una organizacion, cuyos elementos se enlazan y sostienen mutuamente, en tanto que, fuera de ella, todo vive aislado y comprimido, todo movimiento se estrella contra un muro de bayonetas, toda palabra encuentra eco en los oídos del espía.

Nada parece mas desigual, a primera vista, que las fuerzas respectivas de estos dos bandos contrarios. Pero debemos observar, en primer lugar, que cuanto mas numerosos son los ejércitos, tanto mas inmediatas son sus relaciones con el pueblo, de donde salen, y tanto mas simpatizan entre sí en ideas, esperanzas y deseos; porque los ejércitos son pueblo en su mayor parte, y sus intereses son los intereses del pueblo; y por mucho que se empeñen en disua-

dirles de esta idea, no es posible que sean siempre un instrumento pasivo en manos de sus opresores. Por otra parte, si consideramos que los gastos escesivos e indispensables para el mantenimiento de estos ejércitos deben causar tarde o temprano la comun bancarota, que cada día amenaza con mayor proximidad a los estados europeos, no es difícil prever que llegará el día en que esas numerosas falanjes, reunidas para sosten de los tiranos, deberán forzosamente disolverse por falta de tesoros. La esperiencia nos enseña además que, cuando dos fuerzas, una material y otra moral, se empeñan en porfiada lucha, la victoria queda al fin por esta última; y la fuerza moral siempre está en favor de los pueblos. Para convencerse de esto, basta solo considerar el sistema de la libertad, que los pueblos defienden, y el sistema del absolutismo, que los soberanos del mundo quieren hacer prevalecer en provecho suyo.

El sistema de la libertad, que radica en las leyes mas santas e imprescriptibles de la naturaleza, representaría el orden, en toda su perfeccion, si fuera posible realizarlo completamente en el mundo. Pero, aunque esta perfeccion no esté hoy al alcance del hombre, a causa de la enfermedad de espíritu que le consume, no por eso deja de ser el objeto a que debe siempre aspirar, el fin a cuyo logro deben dirigirse constantemente sus esfuerzos. Sucede en esto con los pueblos lo mismo que con los individuos: ni unos ni otros se verán jamás completamente libres durante su vida de las dolencias que son, hasta cierto punto, inseparables de la humana naturaleza; pero unos y otros pueden y deben hacer incesantes progresos en la curacion, que empieza en este mundo y concluye en la eternidad.

De aquí le sigue que la sociedad, progresiva por naturaleza, implica cambios continuos y revoluciones sucesivas. Hay muchos que se alarman al oír el solo nombre de revolucion, y en verdad que, si por revolucion entienden los desórdenes que naturalmente producen las pasiones y los intereses exaltados en toda nacion en que fermentan nuevas ideas y esperanzas, sobrales razon para alarmarse. Pero, cuando esas revoluciones adelantan un paso en la carrera de la civilizacion, dando principio a una era mas venturosa; cuando son hijas del conocimiento del derecho publico, desarrollado en las inteligencias; entonces tienen un carácter muy distinto, que le dan los resultados, y por muchos sufrimientos que de ellas se orijinen, deben ser, no temidas, sino deseadas como beneficios que la Providencia dispensa a los pueblos, en prueba del influjo que ejerce en los destinos futuros. Ellas nos convencen de la presencia de Dios en el mundo; porque, en efecto, esas grandes transformaciones que cambian, al par que elevan, el estado del género humano, esas brisas repentinas que le impelen al través de mil escollos hacia playas mas risueñas, revelan, a no dudarlo, el poder inmediato e invisible de la divinidad.

La revolucion mas grande, la mas trascendental bajo todos aspectos, que ha conmovido a los pueblos de la tierra, fue el establecimiento del cristianismo; y la que está verificándose en Europa desde hace cincuenta años, no es sino la continuacion de aquella. El que no comprenda esta verdad, es incapaz de comprender la importancia de los sucesos contemporáneos, que apenas han bastado a preparar diez y ocho siglos de trabajos sociales. Y en efecto, ¿qué es lo que buscan los pueblos de hoy? ¿Querrán acaso modificar la forma de sus gobiernos, o reformar tal o cual abuso, o introducir en sus leyes esas mejoras que generalmente se creen necesarias? No; no es esto por cierto lo que tanto conmueve y ajita. Quieren sustituir un principio con otro principio, sin alterar la base de la sociedad: la desigualdad de linaje, con la igualdad de la naturaleza; el dominio absoluto y hereditario de algunos, con la libertad de todos. ¿Y qué otra cosa es esto sino el cristianismo, que traspone los límites de la sociedad puramente relijiosa, y se difunde por el mundo político, animándolo.

rejuveneciéndolo con su poderosa existencia, después de haber perfeccionado el mundo moral e intelectual, mas aun de lo que jamás pudo haberse esperado?

El Cristianismo, bajo el punto de vista en que ahora lo consideramos, sentó por principio fundamental de su doctrina la igualdad de los hombres ante Dios, o, lo que es lo mismo, la igualdad de derecho de todos los miembros de la gran familia humana. Y aquí debemos observar que esta importante doctrina no tiene valor histórico ni filosófico sino admitiendo la unidad de raza; porque, a no ser así, pudiera acontecer, como sostuvo Aristóteles, que una raza fuese superior a otra por naturaleza, lo cual destruía la igualdad cristiana. La doctrina del Cristianismo, que enseña, de acuerdo con las tradiciones antiguas, que el linaje humano nace todo de un solo tronco, es, sin disputa, la mas favorable a la humanidad, y debe conservarse cuidadosamente como base que es de la justicia reciproca e inmutable, y fundamento de toda sociedad equitativa. En este respecto, la ciencia, que a veces se ha dejado guiar por la osadía de sus conjeturas fisiológicas, tiene deberes muy importantes que llenar.

El principio de la igualdad de los hombres ante Dios debía necesariamente enjendrar otro, que no es sino la amplificación o, mejor dicho, la aplicación del mismo, a saber: la igualdad de los hombres entre si, o la igualdad social; pues, si existiese una desigualdad radical en cuanto al derecho, serian los hombres desiguales desde su origen ante de Dios. La igualdad religiosa tiende, pues, a producir la igualdad civil y política, como consecuencia y complemento de ella misma; y la forma de esta igualdad política es la libertad, que excluye desde su origen todo género de dominio, que el hombre pretendiere atribuirse sobre el hombre, y le obliga a considerar la sociedad como una asociación libre, cuyo objeto es garantir los derechos de todos sus miembros: esto es, la libertad y la independencia primitiva de cada uno de ellos.

Estos derechos, garantidos por la asociación, son de dos clases: 1.^a los derechos espirituales, o, lo que es lo mismo, la libertad de conciencia y la libertad de pensar; libertades que solo Dios puede coartar, como único autor de la ley moral que une entre si a los seres inteligentes, y fuente primitiva de la verdad y de la razon; 2.^a los derechos materiales, que tienen por objeto la conservación de la existencia y la posesion de las cosas necesarias a la existencia; esto es, la libertad individual y la libertad de la propiedad.

De aquí es que, siendo el objeto directo de toda verdadera sociedad garantizar los derechos del hombre, deberá naturalmente garantizar a todos, en el orden exterior, la libertad del pensamiento y de la conciencia, en el orden positivo, la seguridad de las personas y las propiedades.

La libertad del pensamiento y de la conciencia, unida simultáneamente al reconocimiento de una ley moral, única que hace al hombre sociable, es anterior a la formación de toda sociedad libre, y condicion indispensable de su existencia.

Esta ley, por consiguiente, no puede depender de modo alguno del pacto social, ni ser objeto de las deliberaciones a que están sujetas las demás leyes; así es que la ley civil y política, no pudiendo estatuir sobre este derecho primitivo, que no le es dado crear ni destruir, debe reconocer su superioridad y defenderlo de los ataques que tiendan a alterarlo, prohibiendo y castigando aquellos actos que no sean conformes a su espíritu.

La libertad personal, o el derecho de vivir y obrar libremente, implica la ilejitimidad de todo poder que intente limitar esta misma libertad; es decir, que implica la cooperación de todos los ciudadanos para formar las leyes que han de gobernarlos.

El elemento físico natural de la sociedad no es el individuo, sino la familia;

porque el elemento debe ser perpétuo como lo es la sociedad; y el hombre muere, pero la familia no muere nunca.

Una familia se compone del padre, que es el principio generador, de la madre, que es el medio de la generacion, y del hijo que es el término. Estos tres componentes forman el hombre-organico completo, el hombre reproducido, perpétuo, que nunca muere. En este concepto, el matrimonio, sin el cual no puede haber familia, es la base fundamental de la sociedad.

La segunda base es la propiedad, porque sin ella no es posible la vida; y así como la vida no se interrumpe al trasmitirse del padre al hijo, tampoco la propiedad se destruye al trasmitirse por herencia. La propiedad y la vida son hereditarias, porque son inseparables. Y puesto que el hombre no puede vivir sin una propiedad cualquiera, permanente y transitoria, tampoco podrá ser libre si su propiedad está sujeta a estrañas dependencias, si no es dueño absoluto de su campo, de su casa, de su industria o de su trabajo.

La libertad de la propiedad, y la propiedad misma, pueden ser atacadas de tres modos distintos: 1.º Atribuyendo, bien sea al Estado o al jefe del Estado, un derecho primitivo de dominio y posesion sobre las tierras, lo cual equivaldria a un derecho arbitrario, aunque indirecto, de vida y muerte sobre los colonos; 2.º Atribuyendo al Estado, o a su jefe, el derecho de percibir, por via de contribucion, una parte de los réditos de la propiedad, sin el consentimiento del propietario; porque este derecho, al cual no es posible señalar límites, implica el de apoderarse de los bienes todos o el de poderlos confiscar; 3.º Atribuyendo al Estado, o a su jefe, el derecho de administrar las propiedades de los súbditos; porque el derecho de administracion es inherente al de posesion, sin el cual la propiedad es ficticia.

Bien fácil es ahora comprender que la agitacion en que hoy se hallan los pueblos cristianos, no es otra cosa sinó la accion social del Cristianismo, que tiende incesantemente a realizar en el orden político y civil las libertades, cuyo jérmén se encierra en la máxima fundamental de la igualdad de los hombres ante de Dios: a emancipar del poder humano la conciencia, y a poner la propiedad al abrigo de los ataques del mismo poder. Reorganizando la sociedad con este doble carácter, es como puede conseguirse tan noble y elevado objeto, de modo que los gobiernos, simples ejecutores de la ley hecha por todos, o por los delegados de todos, cuide solamente de que ninguno traspase los límites de su derecho, ni amenaze el derecho o la libertad de los demás.

En la libertad espiritual se reasumen: la libertad de religion o de cultos, la libertad de enseñanza, la libertad de imprenta y la libertad de asociacion. Cuando cualquiera de estas libertades es incompleta, dejan de existir todas las demás. No preguntéis al pueblo, que se vea privado de estos derechos naturales, bajo qué forma de gobierno vive, sinó bajo qué tiranía.

La libertad de las personas y las propiedades tiene por fundamento el principio del poder electivo y responsable; porque, sin la responsabilidad del poder, no es posible la libertad, y, si existe esa responsabilidad, desaparece el poder hereditario. Ambas cosas se escluyen una a otra.

Contra los abusos del poder hereditario, no hay otro remedio sinó la máxima, generalmente admitida, de que el poder es amisible. Pero es amisible de dos maneras: o por vias pacificas o por insurreccion. ¿Habrá quien vacile entre estos dos medios? Y organizar una sociedad, ¿no es precisamente adoptar ciertos medios que la permitan en todo evento poner a salvo sus derechos, sin tener que recurrir a los azares peligrosos de una insurreccion?

Tales son los principios que por instinto tratan los pueblos de realizar, y que sin duda realizarán tarde o temprano, porque un derecho ya conocido es un derecho conquistado.

El hombre no renuncia jamás a lo que cree justo, ni lo podría, aunque quisiese, porque su naturaleza se lo impide. Esta es la fuerza moral que está destinada a triunfar eternamente de la fuerza material.

Comparemos ahora las doctrinas del Absolutismo con las de la Libertad, que acabamos de esponer.

Tres documentos tenemos a la vista de donde puede estraerse la pura esencia doctrinal del sistema absoluto. Los dos primeros son unos catecismos publicados por orden espresa de los emperadores de Rusia y Austria, para servir de texto en las escuelas de instruccion primaria: no puede darse cosa mas auténtica. El tercer documento es un escrito semi-oficial, que produjo hace algunos años una viva sensacion en Italia, donde los gobiernos tuvieron buen cuidado de repartirlo con profusion. Examinemos primero los catecismos.

Su Majestad Austriaca enseña a los niños en el suyo, que tanto los bienes como las personas de sus vasallos le pertenecen; que es dueño absoluto de unos y de otros, y que puede disponer de ellos como mejor le plazca. Si esta doctrina llega a encontrar eco en las demas naciones, tendrá al menos la ventaja de simplificar extraordinariamente la administracion pública. ¿Necesita, por ejemplo, S. M. tropas o dinero? Al uno dice: *Dáme tu bolsa*; al otro: *Dáme tus hijos*, y no necesita mas. Todo es suyo; todo, sin escepcion. Este es su evangelio, la *buena nueva* que manda S. M. anunciar a los pueblos en nombre de Jesucristo; y sin duda, temiendo que algun imprudente, por descuido o por mala voluntad, quiera alterar la pureza de sus máximas desde el púlpito, ha dispuesto que en algunos parajes, en Milan, por ejemplo, se obligue a los sacerdotes a someter sus sermones, antes de publicarlos, a la ilustrada censura de la policia. Preciso es que los Milaneses estén podridos de espíritu y corazon para que no bendigan un gobierno tan paternal. ¡Ingertos pueblos de Italia, que no agradecen los beneficios que les prodigan sus soberanos! ¿Qué pueden ya esperar sino la venganza del cielo justamente indignado?

Por lo dicho se vé que el emperador de Austria tiene una idea bastante aventajada de su persona y de sus derechos; pero, en esto, no puede sostener comparacion con el emperador de Rusia. Gefe de una secta segregada del catolicismo, el Czar Nicolás ha creído, sin embargo, deber ocuparse de la instruccion religiosa de sus vasallos católicos: ¡tanto es el zelo que le anima en favor de la verdad!; y en un catecismo impreso en Wilna, que se enseña de oficio en todas las escuelas e iglesias de su imperio, les explica como deben *adorar* al autócrata, y les revela con suavísima uncion el *culto* que, en conciencia, están obligados a tributarle. Y en efecto, ¿no es el Czar la imájen, y mas aun, la encarnacion misma de la Divinidad? Póstreñse, pues, de rodillas; su voluntad es la voluntad suprema; sus órdenes son mandamientos divinos. Bienes, vida, todo debe prodigarse, todo sacrificarse a la menor insinuacion del Tártaro-Dios. Débesele amar de corazon, débesele obedecer, mandare lo que mandare, sin que nadie se atreva a quejarse, ni aun a solas, *a ejemplo de Jesucristo, que se sometió sin murmurar a la condena de muerte que dictó contra él la autoridad legitima*. La pluma se nos cae de las manos al copiar tan inicuas palabras. ¡Sin duda estaba reservado a ese hombre el traspasar los límites de la blasfemia!

Restáanos hablar del tercer documento. (1) Lo que mas admira en este notable escrito es la fidelidad, la inimitable franqueza con que el autor resume el sistema completo del absolutismo, valiéndose de un estilo, ya burlesco, ya revestido de la mas candorosa atrocidad. Allí no hay reticencias ni hipocresía; lo que se quiere decir, se dice sin rebozo. Es un acta cándida del conse-

(1) Dialoghetti sulle materie correnti nell'anno 1831.

jo del Pandemonio. A veces el autor parece indignarse de que una política cobarde le obligue a disfrazar, modificar o debilitar, por consideraciones de prudencia, las doctrinas que son en el fondo la pauta invariable de su sistema. En cuanto a nosotros, que apreciamos sobre todo el lenguaje franco, claro, sin equívocos ni rodeos, lejos de censurar al fogoso defensor del despotismo por el desprecio que hace de sus pretendidos miramientos, le agradecemos, al contrario, la brutal sinceridad de sus palabras. Las espresiones que el miedo o la cautela detendría en labios de otros, salen de su boca con voz clara e inteligible: así podremos apreciarlas en todo su valor.

No nos detendremos a examinar los primeros diálogos, a fin de llegar cuanto antes a la conclusión, donde el autor espone en conjunto los medios que, a juicio suyo, deben emplear los príncipes para alianzar sus tronos vacilantes. Esta es la parte más curiosa e importante del libro. No obstante, para que el lector pueda formarse una idea exacta de los proyectos, deseos, sentimientos y máximas de aquellos a quienes el autor representa, vamos a insertar algunos trozos de un diálogo entre la Europa, la Francia y la Restauración. En el establece el autor su teoría del poder, que por cierto es bien sencilla. Dios, según ella, ha dado los pueblos a los reyes, y, por tanto, les pertenecen como pertenece el ganado a su dueño; son su propiedad, su patrimonio, y esto basta. En cuanto a pactos, constituciones, cartas etc., ni soñarlas siquiera.

LA EUROPA.—¿Quién os ha reducido a tan miserable estado?

LA RESTAURACION.—La Carta.

LA EUROPA.—¿Y que Carta es esa que hace tanto ruido?

LA RESTAURACION.—Parece que es un contrato entre el pueblo y el rey.

LA EUROPA.—¡Un contrato entre el pueblo y el rey! ¡Voto a cribas!; no podía imaginarse cosa peor. ¿Es acaso la Francia un tenducho que se alquila, o es el rey de los franceses un cochero que se contrata por un tanto al mes?

LA FRANCIA.—Pero, mamá, ¿como quiere U. que los reyes reinen sin pactos?

LA EUROPA.—Como han reinado siempre, antes que se inventasen esas bobberías de constituciones. Has de saber, hija mía, que los reyes no reciben su autoridad de los pueblos, sino de Dios, que, habiendo criado a los hombres para que viviesen en sociedad, ha hecho necesaria la autoridad de un jefe que los gobierne, y por eso ha mandado a los pueblos que obedezcan a sus príncipes. El rey debe procurar, en lo que sea posible, la felicidad del pueblo, y el pueblo debe obedecer ciegamente los mandatos del rey. Esta es la gran Carta escrita por mano de Dios, y grabada por la naturaleza en el corazón de los hombres.

LA FRANCIA.—Mas, por Dios, mamá; y si el rey quisiese el mal del pueblo, ¿como lo impediríamos sin tener una constitucion?

LA EUROPA.—Niña, los reyes no quieren ni pueden querer nunca el mal del pueblo, porque el pueblo es la familia, y el patrimonio del rey, y nadie puede desear el mal de su propia familia ni la ruina de su patrimonio.

LA FRANCIA.—A pesar de todo, los franceses tenían una constitucion, buena o mala, pero una constitucion jurada.

LA RESTAURACION.—Si; pero esos juramentos no obligan de modo alguno a los reyes. La Europa entera debió armarse para echar por tierra esa constitucion, desmembrando la Francia, si preciso fuese, para mayor seguridad. ¿Lo entendeis?

LA FRANCIA.—¿Y quien sabe si el rey Luis XVIII no la concedió espontáneamente?

LA RESTAURACION.—¡Dorosa idea! ¡Figuraos si el pobre señor querría volver a su país atado de pies y manos, y con las bragas caidas para que cualquiera

podiese darle azotes! No, señora; la tal Carta fué una píldora que le hicieron tragar por fuerza. No tuvo otra alternativa: o Carta o nada.

LA EUROPA.—¿Y qué motivo pudo inducir a mis buenos hijos de Francia a cometer tan enorme falta? ¿No consideraron que la causa de un rey es la causa de los reyes todos, y que, si se dejan crecer las uñas a un pueblo, crecen también las uñas de los demás?

LA RESTAURACION.—Eso mismo decían la *Esperiencia* y la *Discrecion*; pero la *Politica* no permitió que se les escuchase.

LA EUROPA.—¿Y qué razones alegaba esa *escupe-sentencias*?

LA RESTAURACION.—Decía que era preciso tratar a las fieras con dulzura, en vez de irritarlas, y que la Francia no puede ser vencida por la fuerza.

LA EUROPA.—¡Qué desatino! Veinticinco años hemos estado combatiéndola; y ahora que le hemos metido en el cuerpo un millon de bayonetas rusas y alemanas, y que tenemos espedito el camino para meterle otras tantas, quieren que vacilemos en emplear la fuerza!

LA FRANCIA.—¡Diantre! ¡Bayonetas a la Francia!

LA EUROPA.—Sí, señora, bayonetas! A los picaros y a los locos se les hace entender la razon a palos.

LA FRANCIA.—No hay bastantes bayonetas en las cuatro partes del mundo para avasallar a la gran nacion.

LA EUROPA.—Hubiéranla hecho pequeña, y todo quedaba concluido.

LA FRANCIA.—¿Como?, ¿despojar a la Francia de su territorio?

LA EUROPA.—Si por cierto; un buen tijeretazo a las fronteras, *(una buona tosata ai confini)* y la Inglaterra se llevaría un pedazo, otro el Austria, otro la España, otro la Prusia, otro la Holanda, otro la Baviera, otro el Piamonte, y con algunos trueques para mantener el equilibrio y satisfacer a la Suiza y la Rusia, todo se hubiera arreglado. En cuanto a vos, linda señorita, os hubierais quedado con la boca abierta, y la gran nacion, convertida en pequeña, no volvería en dos o tres siglos a turbar la tranquilidad del mundo.

LA FRANCIA.—¡Ay, mamá! ¡Qué crueldad!

LA RESTAURACION.—Dispensadme, señora Europa; pero eso de derribar el trono de San Luis, y repartir la herencia de los Borbones!.....

LA EUROPA.—Señora mia, cuando los hijos de San Luis viven como rebeldes, es preciso castigarlos como castigó Dios a los ángeles que se le rebelaron; y en cuanto a vuestros dignísimos Borbones, mas les convendría reinar tranquilamente en una Francia pequeña, que vivir espuestos a ser asesinados o guillotinados en una Francia mas grande. (1)

Estas declaraciones son de un valor inmenso, porque servirán para desengañar a los ilusos acerca de la suerte que cabria a la Francia, si fuese vencida por alguna otra coalición europea. No hay que dudarle: harían con ella lo que hicieron con la Polonia. Diga ahora cada cual, en conciencia, si es este el porvenir que desea para su patria. ¡Oprobio a los traidores o cobardes que, viéndola amenazada, no estuviesen dispuestos a derramar por ella hasta la última gota de su sangre!

A este diálogo sigue otro, en que, al tratar de la insurreccion de la Grecia, hace el autor una solemne apolojia de la legitimidad del Gran Turco. En vano sostiene la *Libertad* que «los griegos tuvieron razon para sublevarse, aun cuando fuese solo por amor a la religion, puesto que no debe sufrirse que un pueblo cristiano sea esclavo de los musulmanes.» La *Sensatez* le contesta: — Quien la mete a hablar de religion? ¡Bien os cuadra, por cierto, el papel de devota! Además, el Cristianismo predica fidelidad y obediencia, condena en todos casos

(1) Páginas 44 á 44 del opúsculo citado.

la rebelion, y el Evangelio de los cristianos quiere que se dé al César lo que es del César. El César de los Griegos es el Gran Turco, y al rebelarse contra su autoridad los Griegos han violado la ley cristiana (1).

El último diálogo se compone de nueve escenas, y se titula *Viaje de Polichinela*, *Polichinela*, inducido por el *Doctor*, sale con él de Nápoles, poco despues de la revolucion de Julio, para venir a disfrutar en Francia de las dulzuras de la libertad. Bien se adivina lo que vieron en este pais en aquella época, y aun es mas fácil asegurar lo que hubieran visto tres años despues. Aquí es donde el autor se encuentra mas a sus anchas; pero fuerza es confesar que, si su ironia es amarga, es a lo menos justa. Es justa, porque, cuando un pueblo se resigna a sufrir ciertos insultos con mengua de su dignidad; cuando, despues de haberlo arriesgado todo, de haberse espuesto a toda clase de peligros por conquistar su libertad, dobla al siguiente dia la cerviz al yugo, y se pavonea con sus cadenas cual si fuesen un emblema del órden, y se arrodilla ante un gobierno de policia, y se deja ensillar, embridar y apalear; este pueblo merece ser el ludibrio de las demás naciones, y no hay burla ni sarcasmo, por insultante que sea, que el mas cobarde y vil esclavo no tenga derecho para dirijirle.

En fin, disgustados con razon de lo que ven, el *Doctor* y *Polichinela* convienen en que no pueden hacer cosa mejor que volverse cuanto antes a su pais. En el camino tropiezan con una vieja, a quien pregunta el *Doctor* como se llama.—«Mi nombre es la *Esperiencia*, le responde; siempre he sido amiga de los reyes absolutos y lejitimos, porque he visto que, sin ellos, se vive mal en el mundo, y que esas porquerias de cartas constitucionales no sirven mas que para meter zizaña entre los hombres y romper su indole. Y por lo mismo que les quiero bien, les he escrito cuatro letras para darles un buen consejo; sí, porque, acá para entre nosotros, los pobres reyes van algo descaminados; y, si no escuchan los consejos de la *Esperiencia*, es probable que vayan todos a acompañar a Carlos X. Tened la bondad de llevarle esta carta.»

EL DOCTOR.—¿Hemos de llevarla a todos los reyes de Europa?

LA ESPERIENCIA.—Puede que haya dos o tres que no la necesiten; pero, sin embargo, entregadla a todos ellos, que a ninguno le pesará el leerla.

EL DOCTOR.—Poco a poco, buena vieja; con mucho gusto nos encargaremos de este mensaje, pero advertid que no se puede hablar a los reyes con demasiada libertad. Teneis trazas de ser mujer de resolucion; ¿quien sabe lo que habreis escrito? Creo que evitareis el que tengamos que arrepentirnos de nuestra embajada.

LA ESPERIENCIA.—No temais indiscreciones de mi parte; pero consiento en que leais mi carta para mayor seguridad vuestra.

EL DOCTOR.—Leamos, pues, y luego haremos lo que descais.

LA ESPERIENCIA A LOS REYES DE LA TIERRA.

«Príncipes, ¿qué hacéis? ¡El mundo se precipita, un fuego volcánico arde debajo de vuestros tronos, la gangrena corroe ya las entrañas del cuerpo social; en tanto que vosotros, indolentes, pretendéis curar sus llagas con suaves paliativos, sin querer recurrir a los remedios severos y eficazes! Despertad de tan funesto letargo; ved que los liberales no se chancean, que su intencion es borrar vuestros nombres del almanaque; y acordaos que a vuestra causa está unida la causa de los pueblos, que, segun los decretos de la Providencia, deben ser guiados, defendidos y salvados por los reyes. Consultad el espejo de la verdad, seguid los impulsos de vuestro corazon, y no os dejéis

(1) Página 9 del mismo opúsculo.

seducir por los p[er]didos halagos de esa prostituta que llamais *Política*. Leed la Historia, y aprovechaos de sus lecciones; y si quereis, en fin, traer al buen camino esta generacion estraviada, emplead los remedios que os dicta la Esperiencia.»

POLICHNELA.—Hasta aquí todo va bien; no se ofenderán los reyes.

ESPERIENCIA.—¿Y como pudiste imaginar que yo quisiera ofender a los reyes? Nada de eso; les hablo con confianza porque soy dueña y señora de todos ellos, y tambien porque sé que no les disgusta escuchar ciertas cosas al oido, cuando se les habla en lenguaje cordial y sincero. Por lo demás, la Esperiencia enseña a respetar a los que Dios ha colocado al frente de las naciones, porque, donde concluye el respeto debido al rey, allí principia la ruina del pueblo. Pero continuad leyendo, señor Doctor.

DOCTOR.—«Cuando somos testigos de alguna mala accion, lo primero y lo mas natural es que alzemos el grito y clamemos contra el malhechor. Alzad, pues, el grito desde lo alto de vuestros tronos; aconsejad, reprended, amenazad, y echad a un lado esos miserables edictos, que sois publicar de cuando en cuando, endulzados con palabras de miel. Hablad como reyes, que tienen derecho a mandar y a hacerse obedecer a toda costa. Escitad a los buenos para que ellos mismos delaten a los malos. El mundo está inundado de libros, folletos y periódicos que esparcen entre los hombres el contagio: haced vosotros que lluevan sobre la tierra escritos saludables para que sirvan de antídoto contra la corrupcion de las inteligencias. Emplead las mismas armas de que se valen vuestros enemigos: si los rebeldes atacan a los fieles con el ridiculo, ridiculizad vosotros a los apóstoles de la revolucion; si veis que el veneno de la propaganda se vende a infimo precio, repartid vosotros gratis el contraveneno del absolutismo. Los hombres han dado ahora en la mania de leer, y a veces un papel bien escrito puede mas que un batallon de granaderos. No despreciéis, pues, este género de guerra, que tambien vosotros hallareis hombres de talento y de valor que quieran prestaros su pluma, si sabéis buscarlos, y premiarlos, y sobre todo pagarlos. ¿Quien de vosotros ha gastado hasta hoy, en favor de los escritores que defienden los tronos, la cuarta parte siquiera de lo que paga a los profesores de las universidades, a pesar de que sabéis muy bien que inclinan a la juventud a trastornar los tronos? Creedme, príncipes, hablad y haced que otros hablen, bien ciertos de que cada voz os habrá de conquistar un corazon.»

POLICHNELA.—Muy bien dicho, si, señora. Los tales liberales, ya se ve, como apenas tienen quien les contradiga, nos llenan la cabeza de mil majaderias; pero, si hubiese quien sacase a reluzir la camisa sucia del liberalismo, no embaucarían tan fácilmente a los pobretes con sus dias gloriosos de revolucion, como ellos dicen. Si hubiésemos leído antes el diario que ahora se publica en Módena, titulado *La Voz de la verdad*, no nos hubiéramos cansado de nuestro rey para correr en busca de la soberania popular, que, despues de todo, es una locura.

LA ESPERIENCIA.—Hijos míos, el Duque de Módena, aunque sus estados no ocupan mucho sitio en el mapa, ha hecho un bien inmenso con establecer ese periódico: ha dado muestras de tener un corazon verdaderamente realista, y ha merecido bien de la sociedad entera. No dudeis que a estas horas el periódico de Módena ha hecho infinitas conversiones. Pero sigamos con la lectura.

DOCTOR.—«Cuando para contener a los malos no baste levantar la voz, debéis levantar el brazo y castigar; pero el castigo ha de ser cruel, inexorable. Los que han meditado el trastorno de la sociedad han tomado sus medidas de antemano; han predicado *la humanidad y la moderacion en los castigos*, preparando de este modo la impunidad para sí y para los suyos. Al fin os habeis

dejado engañar con estas *cantinelas*, y, a trueque de adquirir fama de humanos y elementes, habeis dejado de ser justos. De este modo habeis franqueado ancho camino a la iniquidad; la seguridad del perdón ha roto las mordazas del miedo, y por cada traidor que habeis absuelto, cien vasallos leales se han animado a ser traidores. Príncipes, volved al antiguo sistema; y si queréis tener poco que castigar, sed inexorables. Ya habeis probado a curar el mal con la tolerancia, y lo habeis empeorado; *derramad ahora sangre por vía de prueba, y vereis como pasa la moda de sublevarse. Empezad por las faltas leves, que son precursoras de los delitos graves, y haced que vuestra justicia las castigue con penas severas y terribles.* Las almas ferozes no se asustan de esos castigos pueriles, que solo recomienda una necia filosofía. Dios, que es el padre de las misericordias, ha creado un infierno para castigar el pecado, y *nada ha contribuido tanto a poblar de almas el cielo como la creación del infierno.* No derrameis, en buen hora, la sangre inocente; *pero vivid persuadidos de que no hay mejor príncipe que aquel cuyo primer ministro es el verdugo.* Mantened este código en todo su vigor, y conseguireis que en vuestros reinos estén tan seguros los caminos como los cuerpos de guardia, os aborrateis de tener que alimentar en las cárceles a un enjambre de criminales, y los malvados no pensarán en derribar vuestros tronos.»

DOCTOR.—Me parece, abuela, que hablais en esto con demasiada severidad.

POLICHINELA.—Al contrario, yo creo que habla perfectamente bien, y en estas materias los truanes como yo sabemos mas que los doctores. Cuando había horcas y buenos cordeles, el solo nombre de la justicia nos hacia temblar, y nadie se atrevía a mover las manos por temor de verse en la cárcel; pero hoy las causas nos hacen reír a todos, porque sabemos que vienen a parar en nada. Para los grandes crímenes casi siempre hay perdón; y, en cuanto a los delitos comunes, con algunos meses de cárcel ó algunos años de presidio se sale del paso. Estos son castigos que nadie teme, porque nosotros los pobres estamos mejor en la cárcel que en nuestras casas, y el presidiario que no es tonto gana doble y trabaja menos que un honrado trabajador.

ESPERIENCIA.—Hijos míos, creed lo que os dice la Esperiencia, y estad seguros de que la perversidad ha ido en aumento en el mundo desde que no se castiga con rigor a los perversos. Si los reyes no quieren creerme, que compulsen los registros de los tribunales, que comparen los de aquellos tiempos llamados bárbaros con los de la época presente, *y verán si se conserva mejor la moral pública con la humanidad filosófica, o con la horca y los cordeles.* Continúa leyendo.

DOCTOR.—«Un buen padre debe evitar que sus hijos se acompañen de malos amigos, a fin de que estos no los perviertan con depravados consejos; y del mismo modo un príncipe prudente debe procurar que no se pervierta la índole de sus fieles vasallos, y que los que ya estén inficionados no se acaben de corromper con la lectura de libros perjudiciales y sediciosos. Bien sé que ya estais convencidos de los desastres que ha producido la imprenta; pero no veo que hayais pensado en construir un dique sólido y capaz de contenerla. ¿Queréis impedir que vuestros súbditos se envenenen, y dejais que el veneno circule libremente! Debeis hacer de modo que la política y la religión obren de acuerdo; que una y otra espíen de día y de noche y sean inexorables, si quieren curar de raíz la peste de letras que se propaga bajo todos los disfraces. Sobre todo, desentrad de esos escritos calenturientos que corren de mano en mano, y desterrad de vuestros estados, al menos por algunos años, *todos los periódicos y gacetas extranjeras.* La mayor parte de estas publicaciones está vendida al partido de la revolución, o cuando menos le adula para lograr mejor despacho; y no hay una sola de ellas que no introduzca siquiera una

onza de veneno. En materias de revolucion, el relato mas sencillo es siempre peligroso cuando la prudencia del censor no lo modifica. Las inteligencias, como los cuerpos, están sujetas al contagio, y la historia de los escándalos es siempre contagiosa. Por esto os aconsejo que apartéis de la vista y del oído de vuestros subditos ciertas escenas y noticias, por muy vagas que sean, pues es un axioma bien conocido que *nadie desea imitar aquello que ignora.*»

POLICHINELA.—¿Y que harán los ociosos cuando no tengan periódicos?

EXPERIENCIA.—¿Qué hacían hace dos siglos cuando no los había?

DOCTOR.—Me parece, buena vieja, que también en esto pensais con sobrada severidad.

EXPERIENCIA.—Amiguitos, cuando un niño está enfermo es preciso tenerlo a dieta, y vale más que llóre y que patée que el que se muera de indigestion. Mientras dure el cólera revolucionario, es necesario sujetar la imprenta a una dieta rigorosa, *sin que deban permitirse absolutamente mas periódicos que aquellos que defiendan a las claras el partido de la justicia.* Yo quisiera que en cada nacion no hubiese mas que una sola gaceta oficial y un buen periódico de amena literatura, en los cuales podrian publicarse, con la reserva conveniente, las noticias estrangeras y el estado de las bellas letras en otros países.

DOCTOR.—¿Es decir que quisiérais que los periódicos fuesen un monopolio real?

LA EXPERIENCIA.—¡Pues no! Si se ha establecido el monopolio de la sal y del tabaco en beneficio de la Hacienda, ¿con cuánta mas razon no debería establecerse el monopolio de la imprenta en beneficio de la religion, de la politica y de la sana moral? Continúa, señor doctor.

DOCTOR.—«Además, cuando se quiere que los chicos no hagan diabluras, se les da juguetes para que se entretengan en su habitacion y no salgan a revolver la casa. Del mismo modo se debe dejar a los pueblos que se entretengan en sus chismes domésticos o municipales, porque, si están ociosos en casa, saldrán a trastornar los asuntos de la nacion. En esto, queridos principes, habeis cometido un error gravísimo; y ninguno de vuestros estadistas ha comprendido todavia que el trastorno de los estados proviene en gran parte de esta falta. Guiados de un zelo mal entendido de soberania, habeis privado a vuestros vasallos de todos sus fueros, derechos y privilegios, concentrando en el gobierno todos los hilos de la administracion, y por consiguiente todo principio de actividad y de vida. Con semejante táctica habeis hecho que los hombres vivan como estrangeros en su propio país; ya no son ciudadanos, sino habitantes de las ciudades; habeis matado el espíritu local, y ha nacido el espíritu nacional, que ensoberbece a los pueblos inspirándoles deseos que antes no tenían. Destruídos los intereses privados de los municipios, las voluntades se han amalgamado, y reunido en una sola, que se agita y mueve por un solo impulso. Ya no tenéis fuerzas para resistir esa terrible voluntad nacional; sois impotentes para contrarrestarla. *Divide et impera.* ¿Porqué habeis olvidado esta profunda máxima, grabada tiempo ha en la basa de los tronos? ¿Habeis querido gobernar al mundo con una sola rienda, y se os ha roto entre las manos. *Divide et impera.* Dividid, separad los pueblos de los pueblos, las provincias de las provincias, las ciudades de las ciudades (1); pero dejad que cada uno tenga sus intereses distintos, sus fueros, estatutos, privilegios, derechos y franquicias. *Dejad que los pueblos se entretengan con intrigas de ayuntamiento, que ambicionen y manejen las cosas del municipio: de este modo los ciudadanos creerán que son algo, resucitará el interés local con la emancipacion de los*

(1) Dividete popolo da popolo, provincia da provincia, città da città.

ayuntamientos, y desaparecerá ese fantasma del interés nacional, que trae trastornadas todas las cabezas. Escuchadme, amados príncipes: *Si de repente se resistiesen todos los caballos a tirar del carro o a llevar la carga; si los bueyes se obstinasen en sacudir el yugo y no quisiesen arar la tierra, ¿creeríais acaso que la naturaleza de estos animales había cambiado? ¿No buscaríais mas bien la causa de su indocilidad en la mala disposicion de los arreos, o en la impericia de los arrieros? Pues esto es lo que os sucede con los pueblos: se han rebelado, y no quieren sufrir el yugo de los reyes; ¿porqué, pues, os empeñais en suponer que ha cambiado la naturaleza del hombre, en vez de buscar la causa de su indocilidad en el modo inhábil de gobernarlos? Pesad bien estas razones, volved los ojos atrás; y si quereis que las jeneraciones de hoy sean tan dóciles como las pasadas, gobernad como gobernaron vuestros abuelos.»*

POLICHNELA.—Estoy admirado de tanto saber, aunque no comprendo una jota.

EXPERIENCIA.—Bien sé que hay razones que no están al alcance del vulgo, y que todas las opiniones tienen su vulgo. Mi carta no va dirigida al populacho, sino a los reyes. Continúad, Doctor; no perdamos el tiempo.

DOCTOR.—Una de las causas principales del trastorno de la sociedad es la demasiada ilustracion del pueblo. La literatura ha encendido su tea y va deramando por todas partes torrentes de luz, que penetran hasta en la ruda inteligencia del verdulero y del mozo de cordel. No digo que los sabios estén de sobra en el mundo; pero mucho mas conveniente es que haya zapateros, sastres, herreros, labradores y artesanos: necesario es que haya una clase de gentes honradas y pacíficas, que se contenten con vivir entregadas por la buena fe a otros, y que de buena fe crean que el mundo debe ser gobernado por inteligencias superiores a la suya. *Para estas jentes la lectura es perjudicialísima porque estimula sus entendimientos, que la naturaleza ha destinado a funcionar en un círculo estrecho; les suscita dudas, que su ignorancia no les permite resolver; les acostumbra a recrearse con los placeres del alma, que hacen insoportable el trabajo monótono y pesado del cuerpo; y en fin, despierta en ellos deseos desproporcionados a la humildad de su condicion, hasta que, descontentos con su suerte, se resuelven a buscarse otra mejor.*

Por esto os aconsejo que, en vez de fomentar la civilizacion, protejiendo demasiado la instruccion del pueblo, la reduzcáis a los límites que exige la prudencia bien entendida; que, *si en vuestros reinos hubiese un hombre tan hábil que, con una sola leccion, pudiera infundir en los demás toda la sabiduria de Aristóteles, y toda la finura y cortesania del primer gentil-hombre del rey de Francia, seria preciso que lo mandaseis matar cuanto antes, para evitar que con su contajo ocasionase la ruina de la sociedad. Los libros y los estudios deben reservarse a las clases altas, o al jenio de algun hombre extraordinario que consiga hacerse superior a su condicion; por lo demás, contétese el zapatero con su lesna y el labrador con su estera, sin que jamás permitais que rayan a pervertir su corazon y a trastornarse la cabeza en la escuela del alfabeto. Por efecto de esa difusion mal entendida y desproporcionada de la cultura, os hallais con un enjambre de paturdos y ganapanes que, queriendo, a despecho de la naturaleza, iguarse con las clases altas, han sacado de quicio la sociedad; obligándoos asi a dejar sin camisa a la mitad de vuestros súbditos para dar calzones a la otra mitad, que, nacida para ganar su pan con la azada y el arado, pide empleos y pensiones, y pretende ganarse con la pluma una vida cómoda y regalona. Todos esos sabidillos sin verdadera instruccion ni sólidos estudios, señores a medias, cuyo patrimonio apenas les alcanza a poner la olla, descontentos con su suerte y envidiando la de los demás, son*

combustibles fáciles de inflamarse al primer soplo de la revolución. Disminuid la cultura con discreción y prudencia, y así evitaremos que la llama abrasadora de esa pretendida filosofía incendie la mina oculta debajo de vuestros tronos.

POLICHINELA.—Yo no soy más que un pobre *lazzarone* (1); pero conozco que habla U. con sobrada razón. Si mi madre, la tía Polichinela, no hubiese hecho la polichinada de enviarme a la escuela, sería con corta diferencia un burro como soy en el día; pero, al menos, hubiera aprendido un oficio, y contento con mi suerte, me ganaría la vida honradamente. Pero ¡ya se ve! me enseñaron a leer y escribir, me llenaron la cabeza de mil paparruchas, y *ya no puedo acostumbrarme a la cama de paja y a las gachas* (2), y cáteme a Polichinela que viene a buscar fortuna al país de la constipación (constitucion).

EXPERIENCIA.—Amiguito, los hombres no han nacido todos para una misma cosa. Si todos los animales fuesen elefantes, no habría asnos ni gallinas. Las armas en manos del soldado sirven para defensa y seguridad del país; pero ponedlas en manos del pueblo, ¿qué resultará?: pendencias, insultos y asesinatos. Concluid la lectura.

DOCTOR.—«Sobre todo, si queréis asegurar la tranquilidad de vuestros súbditos, dar solidez al trono y poner fin al desorden de los pueblos, haced que vuelvan los tiempos en que la religión era temida y respetada, pues hoy todos la desprecian, todos la desconocen, y ni aun en los templos inspira veneración. Los ministros del altar son hoy asunto de chacota para el populacho, y el nombre de *fraile* no sirve ya sino para designar al hombre vicioso, o para caracterizar las acciones más torpes y deshonestas. Este odio, este desprecio de las cosas religiosas, es obra de la revolución y de la impiedad, su aliada. Bien sabéis que los golpes que ha sufrido la religión han hecho temblar los tronos, vacilantes, y sin embargo, ¿qué habéis hecho para restablecer en los corazones el imperio de esa religión protectora de los tronos? ¿Cuándo se ha visto a un rey poseído de zelo santo y verdadero por la causa de Dios? Principes, sois religiosos, sois buenos; pero ¿atienden siempre los reyes a la religión y a la conciencia para gobernar sus estados? ¿No suelen los principes más religiosos emplear la religión en servicio de la política? Poned la mano sobre el corazón, pasad la vista por los anales de vuestros imperios, y respondedme con sinceridad: ¿Hay algún reino donde no pueda formarse un volumen con los decretos y reales órdenes contrarios a los cánones de la iglesia? ¿Hay algún palacio donde no se halle al menos una sala adornada con los despojos de los conventos? ¿Hay algún gobierno que no haya hecho derramar lágrimas al pastor del Vaticano? Mientras la religión, humillada por los reyes, haya de temblar ante el poder del trono, ¿cómo podrá recobrar su dominio en los corazones? ¿Y como podrán los pueblos someterse al imperio de los reyes, si no los contiene el freno de la religión? Principes, reflexionad, meditaad bien mis consejos, y no perdais la esperanza. *El trono y el altar* deben ser siempre aliados; ceded la primacía al sacerdocio, sin humillaros a sus pies, porque, aunque sois hijos primojénitos de la iglesia, como hijos debéis acatarla. Seguid el ejemplo de esta madre piadosa y discreta; servios, como ella, de la palabra, de la astucia, de la clemencia y del rigor, para curar las llagas de la religión. Reponed las piedras que los impíos han arrancado del altar, y la solidez del altar dará solidez a vuestros tronos.»

POLICHINELA.—Algo larguilla es la carta, pero no por eso es mala.

DOCTOR.—Está escrita con demasiada libertad.

EXPERIENCIA.—La verdad, desnuda o nada. Si se quiere que los pueblos hagan caso de las amonestaciones que se les dirijan, es preciso hacerles ver que

1. Este nombre se da en Nápoles a los vagabundos.

(2) El original dice *potenta*, que es una pasta de arroz de uso muy general en Italia.

la verdad no hace escepcion de personas, y que lo mismo habla al rey que al último de sus vasallos. De no hacerse así, crecerán que el escritor ha vendido su pluma, y no les harán impresion las palabras de la verdad.

DOCTOR.—¿Y como hemos de valernos para entregar esta carta a los reyes de Europa?

ESPERIENCIA.—Si os quereis ahorrar el viaje, hacedla imprimir.

DOCTOR.—¿Diantre! ¿quien nos dará permiso para publicarla?

ESPERIENCIA.—Si no podeis conseguir que se imprima públicamente, hacedla imprimir en secreto.

DOCTOR.—¿Pero estaria bien hecho el publicar un escrito sin permiso de la autoridad?

ESPERIENCIA.—Teneis razon; eso no sería obrar como hombre de bien; pero *podeis enseñarla en confianza a un superior ilustrado y discreto; vereis que, si por consideraciones de prudencia no os permite publicarla, al menos se alegrara de que la imprimais y hagais circular clandestinamente.*

DOCTOR.—Bien, bien; se hará como deseais.

Lo que se acaba de leer no es otra cosa sinó la esposicion clara, franca y exacta de la idea *secreta* de los que hoy gobiernan el mundo; y la conducta que observan en todas partes está enteramente conforme con estos principios. Ya sabemos, pues, lo que se proponen y como han de valerse para conseguirlo. Lo que mas nos admira en esta teoria del despotismo, es la armonia, la coordinacion lójica de todas sus partes: la mas insignificante modificacion daria en tierra con todo el sistema. Los consejos que parecen mas exajerados, las máximas mas atrozes son consecuencias rigorosas del principio que se quiere hacer triunfar, y es imposible atenuarlas en lo mas minimo sin que de ello se resentia la exactitud lójica que las arrastra con fuerza irresistible a tales estremos. Por eso cuando veo que los principes o sus agentes ponen en práctica tantas execrables iniquidades, condeno menos a los hombres que las doctrinas que los dominan. Su misma tirania, de que son esclavos, les obliga a abjurar todo sentimiento de justicia, de piedad, de amor fraternal; en una palabra, a despojarse de la forma humana para convertirse en no sé que especie de fantasma infernal. Dios, que ha marcado sus frentes con una señal horrible, ha querido que su solo aspecto espantase al mundo, a fin de que el horror que inspiran fuese ya el principio de los tormentos eternos a que les ha condenado.

Consideremos un instante el sistema que nos presentan como el modelo mas perfecto de una organizacion social. Primero de todos, el principe, cuya voluntad absoluta todo lo puede; a su lado el verdugo; y a sus pies, las personas y los bienes de sus súbditos, que constituyen su *patrimonio*. ¿Serán al menos los hombres iguales en su miseria, iguales en su esclavitud? No: dos razas habrá distintas y separadas para siempre: para la una se reservan los bienes, la instruccion, los conocimientos; para la otra el trabajo y la ignorancia, *la cama de paja y las gachas*, la privacion absoluta de los *peligrosos placeres del espíritu*, una miseria sin fin y un embrutecimiento irrevocable. A esta última se la compara exactamente con las bestias de carga: *la naturaleza las hizo así*, y así deben subsistir mientras vivan. Pero las bestias de carga tienen alimento en abundancia y paja fresca sobre qué descansar: la plebe no merece tanto. En la sociedad confiada a la guarda del verdugo, *el presidario es mas feliz que el artesano, la cárcel es mas dulce que el hogar doméstico*. Es cierto que hay en esto una anomalia; pero ¿qué debe hacerse para que desaparezca? ¿Mejorar la suerte del trabajador? ¿dejar que penetre una sombra de felicidad en la cabaña del pobre? ¿Qué estoy diciendo? Esas son *habladurias filosóficas*. Lo que debe hacerse es consultar la Esperiencia; ella os dirá que para restablecer el orden en las cosas, para volver a gozar la felicidad monárquica de los tiempos antiguos, es preciso

aumentar el horror de las cárceles y los tormentos del prisionero; es preciso, en fin, crear un infierno sobre la tierra.

No creemos que semejante sistema esté destinado a prevalecer en el mundo, ni menos que consiga ahogar en los corazones las doctrinas liberales. No; por mas que abuséis de la fuerza, encarcelando, torturando, y aun asesinando a vuestros enemigos, ni los hierros de vuestras cárceles, ni el plomo de vuestros fusiles, matarán las leyes eternas de Dios y de la humanidad. Direis que, al luchar contra el despotismo, al reclamar la emancipacion politica del pueblo, al tratar de remediar sus males y aliviar sus sufrimientos, elevando su miserable condicion social, se trastorna la base de la sociedad, se ocasiona el desorden y se quebrantan los preceptos de la religion; pero ya es tarde para que vuestras declamaciones produzcan efecto: esos resortes están ya gastados. Los pueblos a su vez os preguntarán qué entendeis por orden, qué significa para vosotros la sociedad y el cristianismo; os exigirán que presentéis el acta por la cual Dios y el Cristo os hayan hecho cesion del jénero humano; os pedirán, por último, que expliquéis el sentido de vuestras propias palabras, porque bien recordamos que vuestro lenguaje no ha sido siempre el mismo, sino que ha variado en diferentes ocasiones, segun os ha convenido para el logro de vuestros proyectos.

Al principiar la guerra entre la Rusia y la Francia en 1812, hubo proclamas, a cual mas liberal, por ambas partes: Alejandro terminaba la suya con estas palabras: «Guerreros! vosotros defendeis la religion, la patria y la libertad.» En otra proclama posterior, en que llamaba a las armas a la nacion entera, decia: «Por cualquiera parte de nuestro imperio donde lleve sus pasos el invasor Napoleon, verá a nuestros súbditos mofarse de su mala fe, desdeñar sus lisonjas e imposturas, pisotear su oro con la indignacion propia de la virtud, y paralizar con su conducta, hija del verdadero honor, sus *lecciones de esclavos*.» Poco tiempo después los príncipes de Alemania dirijian a sus vasallos palabras muy semejantes. La libertad era su grito de guerra, y, prometiendo al mismo tiempo instituciones que servirian en lo sucesivo como garantia contra el despotismo, lograron exaltar hasta el mas alto grado el sentimiento patriótico y la energia nacional. En aquel tiempo los soberanos necesitaban el apoyo de los pueblos, y por eso hablaban el lenguaje del pueblo; pero hoy, que se ven libres del enemigo, y dueños, mas que nunca absolutos, de sus vasallos, después de haber violado sus promesas, maldicen y aborrecen la misma libertad, en cuyo nombre sublevaron poblaciones inmensas, que confiaban en la sinceridad de sus palabras; y no hay delito tan imperdonable a sus ojos como recordarles hoy lo que entonces dijeron. Sin embargo, la verdad y la mentira, el bien y el mal, no cambian su naturaleza por mas que cambie la posicion o los intereses de los que gobiernan los pueblos; y de aquí es fuerza deducir: o que los soberanos en aquella época hicieron con sus pueblos el oficio de tentadores e impios revolucionarios, o que están hoy haciendo el oficio de tiranos.

ECOS DE UN CALABOZO.

I.

Vé, y diles lo que tus ojos han visto.

—Señor, no me escucharán.

—¿Qué importa? Los buenos te escucharán, y tu palabra, penetrando invisiblemente en los demás, resonará terriblemente en su alma cuando el fuego de mi cólera los castigue.

—Señor; bien sabéis que soy viejo, y apenas tengo ya voz. Dejad algunos momentos de descanso a vuestro siervo antes que desaparezca del mundo: pocos son ya los que le restan de vida.

—He ahí porqué no debes perderlos: por lo mismo que el día se acaba, es necesario apresurarse a aprovecharlo. No busques el reposo donde no existe: a su tiempo lo hallarás. Acuérdate de aquellos que, al acostarse en la tumba, ponían su espada bajo su cabeza: la espada es la almohada de los fuertes.

—Iré, pues, Señor, a donde queráis, y cumpliré cuanto me ordeneis: combatiré por vuestra justicia hasta mi aliento postrero.

—Vé, y nada temas, que yo estaré junto a ti con todo mi poder, y yo mismo pondré en tus labios lo que deberás anunciar.

Una atmósfera de crímenes rodea la tierra; pero yo enviaré la tempestad que la purifique.

Los hombres de iniquidad se solazan en sus obras, creyendo afirmada para siempre su omnipotencia; pero yo he mandado a cierto gusanillo picar su raíz, y mañana el árbol se habrá secado hasta la cima.

Mi día se acerca por instantes.

Habla a los tiranos; gritales al oído mis amenazas; y haz penetrar en su alma el frío miedo para que sea él su primer suplicio.

¡Ellos, que me han negado, sabrán bien pronto si mi existencia es o no una verdad!

Habla a los opresores; que no oigan mas que las reconvenciones, los lamentos y los gritos de sus víctimas; que los persigan en sus sueños, y aun despiertos; que los vean errando a su rededor como pálidos fantasmas o como lividas sombras; que los siga por do quiera la espantosa vision, sin dejarles descansar, ni de día, ni de noche; que a la hora del crepúsculo, cuando van

* No será ocioso para algunos advertir aquí que este opúsculo lo escribió Lamennais en la prisión de Santa Pelagía, donde se le encerró por delitos imaginarios, bajo el reinado de Luis Felipe. El título francés es *Une voix de prison*, que pudiera también traducirse *Pensamientos de un preso*.

a sus impías fiestas, sientan sobre sus carnes el tacto de estos espectros, y se estremezcan de horror.

Habla a los oprimidos, y diles que mi ojo vela por ellos; que el eco de sus ayes ha llegado hasta mí, y he de tornarlos en cánticos de alegría.

Diles que triunfarán, por la justicia y el amor, de los malvados y los egoístas que hoy los oprimen.

Aunque fuera posible que el mal destruyese el universo, una sola lágrima del justo bastaría para hacerlo renacer.

Advierte a todos los que lloran, y a todos los que desean el bien, que me dirijan de corazón en sus oraciones este sencillo voto: *¡Venga a nos tu santo niño!*

Vendrá, no lo dudeis, porque yo mismo lo he jurado.

Hijos del porvenir, cojed palmas y preparad himnos para celebrar su venida. Ya los tiernos infantes sonrien en su cuna, porque lo han divisado en sus sueños proféticos.

Y Satanás, oculto en el seno de las tinieblas, tiembla con un terror glacial, porque en las misteriosas rejiones del Oriente, allá donde nace y se irradia la vida, ha visto un signo amenazador, cierta cosa espléndida y gigantesca, como la sombra de mi mano.

II.

Un sol brillante se elevaba majestuosamente en la bóveda del cielo; su luz descendía como lípidos arroyuelos por las pendientes de las montañas, penetraba a través de las negras sombras de los bosques, y, reflejada por el líquido polvo que cubría las plantas, lanzaba mil destellos a través de la impalpable y aerea gasa estendida sobre los campos; frescos aromas, aliento de los jeníos de la tierra, embalsamaban un aire tranquilo; voces misteriosas, que se oían a lo lejos, murmuraban sonidos inusitados, que apenas percibía el oído, eco pos-trero de los sueños de la noche.

¡Cuan grande sois, Señor, en todas vuestras obras!

Y vi salir de las cabañas que había sembradas en una y otra ladera y en los valles, hombres ancianos y otros mas jóvenes, pálidos, flacos y encorvados con el peso de sus instrumentos de labranza. Caminaban con lentitud, como si arrastrasen algun peso interior; y a veces se paraban a contemplar aquellas divinas magnificencias.

¡Y, sin embargo, estaban tristes!

Llenos de una savia fecunda, los árboles les decían: Ved estas flores, que bien pronto se transformarán en frutos; frutos que madurarán para vosotros.

¡Y, sin embargo, estaban tristes!

La vid les decía: Yo preparo en secreto un líquido fortificante, que os reanimará en el invierno, calentando vuestros miembros helados.

¡Y, sin embargo, estaban tristes!

Las praderas les decían: Nosotras hemos preparado un banquete para vuestros rebaños y vuestras vacadas; traedlos, y os entregarán en cien formas diversas lo que nosotras les habremos regalado.

¡Y, sin embargo, estaban tristes!

Y los sembrados les decían tambien: ¿Están preparados vuestros graneros? porque estamos trabajando dia y noche para llenarlos. Nada temais, ni por vosotros, ni por vuestras mujeres, ni por vuestros hijos: Dios nos ha encargado que proveamos abundantemente a sus necesidades.



MI MADRE LE DIÓ SEPULTURA CON SUS PROPIAS MANOS....

¡Y, sin embargo, estaban tristes!

La Naturaleza entera les decía: Venid todos a mí, que soy vuestra madre; venid a saciaros en la inagotable fuente de mis pechos.

¡Y, sin embargo, estaban tristes, y se veía dilatarse y comprimirse su pecho angustiosamente, y caían de sus ojos gruesas lágrimas!

¿Qué es esto, Señor? ¿qué misterios hay en el fondo del corazón del hombre?

Están tristes porque los frutos no madurarán para ellos; porque el licor de la vid no les fortalecerá a ellos en el invierno; porque nada les tocará, ni de la lana de sus carneros, ni de la leche de sus ovejas, ni de la carne de sus vacas; porque serán otros quienes segarán las mieses que ellos habrán sembrado con el sudor de su frente; porque ya oyen a sus tiernos hijos gritar llorando *Tengo hambre*, y ven anegarse en llanto el corazón de las que les dieron el ser; porque una raza maldita, sin amor y sin piedad, se ha colocado entre ellos y la madre común, y no consiente que sus labios se acerquen a sus inagotables pechos.

¿Y vuestra justicia, Señor?

Ella vendrá en su día, no lo dudeis; y será un día santo en el cielo y de inmenso gozo en la tierra.

¡Dios mio; tened piedad del pobre proletario!

III.

CUANDO yo vine al mundo, mi padre ya no estaba en él. Un día, el espectro descarnado que se llama *Miseria* entró en su pobre vivienda; y, aunque luchó contra él cuerpo a cuerpo largo tiempo, al fin sus fuerzas se agotaron. Descendió entonces el Anjel libertador, e, inclinándose sobre su cabeza, le dijo: Has llenado tu ruda tarea en el mundo; ven ahora a mejor vida.

Mi madre le dió sepultura con sus propias manos, y quedó sola en el mundo. Sola, no, porque el espectro descarnado estaba siempre con ella.

Llegado el día de mi nacimiento, me dió a luz en medio de grandes dolores, y llorando, porque la pobre no tenía pañales para su primojénito.

Después lloró mas todavía de ver que la falta de alimento empobrecía sus pechos, y que el calor de su seno y su débil aliento no calentaban sinó a medias los pálidos miembros de su hijo.

Sin embargo, a fuerza de amor, y dándome su vida, pudo conservar la mía. Trabajando día y noche, sin fuego en el invierno y bajo un techado ardiente en el estío, todo su afán en aquellas horas interminables era preservarme de lo que ella padecía por mí, y su mayor gozo escitar en mí una sonrisa.

Cuando hube crecido, redobló sus esfuerzos para que un poco de instrucción me allanase los senderos por donde yo debía caminar algún día. ¡Oh, cuanto gozaba su corazón cuando me veía volver de la escuela saltando y riendo, como se vive a esta edad, vestido con una blusa ceñida por un cinturón de cuero, una gorra sujetando la blonda cabellera y el cartapacio colgado de un cordón a la espalda!

Vino después el tiempo de aprender un oficio, y yo me llenaba de gozo al pensar que bien pronto empezaría a restituir a aquella, de quien todo lo había recibido, algo de lo que su inagotable ternura me había dado. Yo me veía en sueños entregándole mi primer jornal, y diciéndole: Madre mía; ahora me toca a mí trabajar, y a vos el descanso.

Mas ¡ay!: la infeliz había gastado en pocos años toda su vida. Aquel que desde el cielo había protegido y consolado a la pobre viuda, la llamó a sí. Murió

en mis brazos, y al dejarme, aun sus labios mudos me sonreían, y su mirada agonizante me echaba la postrera bendición.

Cuando cayó en la fosa, y la tierra me devolvió un eco sordo, ¡oh, Dios mio! solo vos sabeis el dolor que agobió mi alma.

Solo, desde entonces, en el mundo, yo vivía en él como si en él no estuviese, alimentándome de lúgubres recuerdos, de vagos ensueños y de esperanzas tristes.

Un día, por fin, en medio de estas sombras se me apareció una luz consoladora: la Providencia encaminó por mi sendero solitario a una joven, huérfana como yo. El rocío de la primavera es menos puro que lo era su corazón. A la primera mirada nuestros ojos se bajaron a la tierra, y solo habló nuestro silencio. En aquel momento, nuestras almas, inclinándose la una sobre la otra, se unieron para siempre.

No, el cielo en sus mas santos gozes, no tiene horas mas encantadas que las que se deslizaban en nuestras pláticas. Yo le decía:—Nadie en el mundo se interesa, ni por ti, ni por mí; el mundo es para nosotros un desierto. ¡Pobre tortolilla de los bosques, yo iré a buscar tu alimento, y te construiré un nido donde puedas reposar, al abrigo de los frios y de la tempestad!

Y ella me respondía:—Y yo, ocupada en otras faenas durante tu ausencia, te aliviare a la vuelta con mis caricias de tus pesadas fatigas; pero ¡vuelve pronto, querido mio!

Yo trabajaba como un leon, y me afanaba por rodearla de comodidades: ella, mas prudente, reprimía mi ardor diciendo:—Es necesario pensar en los hijos que Dios nos dara, haciendo para ellos algun ahorro.

Se acercaba ya el ansiado término de esta risueña esperanza, cuando de repente nos falta el trabajo. Reduciéndonos cada vez mas el jornal, se llegó a un extremo tal que se nos decía: Toma esto o muérete de hambre.

Los proletarios respondimos:—No tenemos mas que nuestros brazos; pero son nuestros.—Y porque nos concertamos para poder vivir, se nos arrojó a las cárceles.

¡Oh, justicia de los hombres; como temblarás el día en que se levante la justicia de Dios!

Lo demás es un sueño fúnebre.

Después de algunas semanas de incomunicación, la vi dos o tres veces a través de los hierros de mi calabozo. La última vez, sus ojos hundidos brillaban con un fuego extraño, y sus piernas estaban tan débiles que apenas podían sostenerla.

Desde aquel día no la he visto mas.

¡Madre mia! ¡madre mia! ¿sois vos la que veo allá arriba, en ese resplandor? ¿Quien me llama? ¿sois vos? No me dejéis aquí, no! Siento ya que se me rompe el hilo de la vida: esperad un momento, un momento, por Dios, y estaremos otra vez juntos por toda la eternidad.

¡Dios mio! tened piedad del pobre proletario!

IV.

En un espacioso y sombrío salon, al rededor de una mesa cubierta con un tapete verde, salpicado de manchas negras, estaban algunos hombres, sentados a poca distancia de otro, que parecía ser su jefe.

Sus semblantes de color terreo reflejaban una luz lívida, que hacía mas si-

niestro el oblicuo mirar de sus torbos ojos. Su frente, calva y retirada, daba a su cabeza cierta semejanza con la del buitre.

Y dijo el Buitre:—¿Qué haremos? No es fácil prenderlos, porque en verdad no hay motivo; pero ellos inquietan a nuestros amos, y nuestros amos nos han dicho: Tomad ese dinero, y haced vuestro oficio.

Uno de los otros respondió:—¿No es mas que eso? Pues se reduce a que mintamos.

—Ya lo he pensado, dijo el Buitre; y para eso tengo mi *Gallo de India*, que las urde a las mil maravillas.

—Pero ¿y si no nos creen? Nuestra palabra está ya muy desacreditada, y eso que ellos llaman conciencia se declara mas cada dia contra nosotros.

—Con tal que tres solamente nos crean, dijo el primero, tendremos lo bastante.

—Así es, repuso el Buitre; pero ¿querrán creernos? Antes de dar un paso mas, es necesario que nos aseguremos. Hagámosles venir.

Se presentaron en efecto al punto. El que marchaba delante estaba como disfrazado, y, cuando hablaba, su voz, sin acento y sin inflexiones, se parecía al sonido claro y duro de un instrumento de metal.

El Buitre les dijo:—Lo que voy a deciros es en confianza. Cada uno de vosotros sabe lo que desea, y vosotros sabeis todo lo que yo puedo. ¿Me creereis?

—Todo lo creeremos, dijo la voz de metal, y además, en prueba de imparcialidad, yo haré que otros doce lo crean también.

—Bien! repuso el Buitre; la vergüenza a la espalda, y contad conmigo.

V.

ERA una tarde de otoño. Corría una brisa templada del Poniente, leve sople de los adornidos mares. El sol nadaba en el horizonte en un océano de vapores transparentes. Nubes de un azul sombrío se veían, cual plantas aéreas, adornadas en su contorno de corolas de mil formas y de infinitos colores, cuyos variados matizes se perdían en un fluido de oro. La gaviota alteraba apenas con su vuelo rasante las tranquilas aguas, y, desde la playa, despedía la golondrina de mar su lastimero quejido, único sonido que se percibía con el de las olas que iban a espirar al pié de las rocas. Y la negra masa de la prision proyectaba a larga distancia su gigantesca sombra.

Y poco a poco el aire empezó a agitarse como un lago que se altera, y el crepúsculo estendía su velo, cada vez mas denso, sobre la cima de la montaña.

Luego una voz, salida de las entrañas del mar, se hizo oír, vaga e inmensa, semejante a los suspiros del Espíritu del abismo; y de las alturas de la roca solitaria, otra voz, mezclándose a la primera, fué a través de la noche a morir sobre la desierta playa.

Y esta voz decía:

¡Han encadenado el cuerpo; pero el alma se rie de ellos, porque es libre!

Porque yo te amaba ¡oh patria mia!, porque yo queria verte grande y feliz, los que te venden me han arrojado a un calabozo.

¡Han encadenado el cuerpo; pero el alma se rie de ellos, porque es libre!

Ella es libre y se rie de ellos, viles esclavos de su propia bajeza, siervos infames del miedo, que viven eternamente en el cieno de su vileza y parapetados en sus crímenes.

¿Qué son ellos con todo su poder? Nada: hoy un poco de carne; mañana un puñado de cenizas.

¿Los cerrojos aprisionan por ventura mi pensamiento y mi amor? ¿Me impiden estar con vosotros, hermanos míos? ¿Y vuestra vida no es mi vida también?

Cuando vosotros padecéis, padezco yo con vosotros; y cuando vosotros lucháis, entre vosotros lueho también: hay una especie de comunicacion mutua e invisible entre nosotros. ¡Que la corten, si pueden!

¡Han encadenado el cuerpo; pero el alma se rie de ellos, porque es libre!

La voz calló algunos instantes, y en seguida dijo:

Todo al parecer está en silencio y tranquilo; pero en medio de este silencio hay algo que, al pasar, percibe el oido atento: ¿es un sonido o la ilusion de un sonido?

En tanto que la tierra, las aguas y los aires adormecidos se pueblan de figuras fantásticas, y la vida se reanima en el seno del sueño, mis recuerdos se despiertan y me trasportan a los tiempos que fueron y no volverán a ser mas.

¡Que hermoso era el sol y que risueña la naturaleza! ¡Que viva, y dulce, y pura la alegría del niño sentado al pie del seto de agavanzos y espinos aromáticos, con el oido atento al vago murmullo de las hojas ajitadas y de los tallos jóvenes que se columpian en los aires; o bien jugueteando en medio de los sotos, cuyas zarzas desgarran sus vestidos; o con la mano adelante, persiguiendo, todo ajitado y jadeante, el insecto de alas transparentes sobre los juncos de la orilla del estanque!

Ningun pesar le llama a lo pasado, ningun cuidado al porvenir: límpidos horizontes se le ofrecen siempre a la vista, salpicados a veces de ligeras nubes, que bien pronto arrojan las perfumadas brisas.

¿Te acuerdas, hermana mia, de nuestras corridas por la mañana en la pradera, cubierta de rocío, de nuestros juegos en los bosques y de los nidos a que casi llorando me prohibías tocar por no aflijir a su pobre madre?

Y los días y los años corrían, y el alma, recojida en sí misma y conmovida por tristezas y gozes desconocidos, estendia sus alas misteriosas sobre una vida nueva, próxima a empezar.

Y después de las encantadas ilusiones, los ardores, las ternuras y los entusiasmos de la edad juvenil, vinieron los severos deberes del hombre, el grande y santo combate en que caer es vencer, y morir es revivir.

Así han caído y así han vencido los que yo he visto heridos por las balas o tendidos en tierra atravesados por la espada del cobarde.

Así han caído y han vencido también aquellos que, pronunciando con voz apagada el nombre de la patria, espiraron después de largos tormentos sobre la paja de los calabozos.

Falange gloriosa de varones fuertes, os veo cerca de mí diciéndome: ¿Oyes, hermano, a los antiguos mártires que nos llaman desde arriba? Coronados de un resplandor celestial allá van, mensajeros divinos, cantando de esfera en esfera el himno del porvenir.

Se ve salir de ellos cierta emanacion que penetra en el corazón del pueblo, y sus palpitaciones se apresuran, y la tierra y los cielos se conmueven, y los mundos, palpitando en el seno de la inmensidad, se dicen unos a otros: Una gran justicia va a tener efecto; ¿habeis sentido pasar el soplo de Dios?

La voz calló de nuevo, como perdida en la inmensidad del espacio; y después, resonando con fuerza de repente, dijo:

¡Han encadenado el cuerpo; pero el alma se rie de ellos, porque es libre!

VI.

SEÑOR; vuestros decretos son impenetrables. ¿Quién ha descendido jamás a las profundidades de vuestra justicia y a los abismos de vuestra ciencia?

Vuestra sabiduría tiene secretos ocultos en el seno de la eterna luz que os ilumina interiormente, y las mas ilustres de vuestras criaturas se parecen al pajarillo que volteja a las orillas del Océano.

Sin embargo, permitid, Señor, en vuestra natural bondad y vuestra condescendencia paternal, que este vuestro servidor os suplique le disipeis una duda que le mortifica, y apacigüeis así la agitacion de su alma.

Pasados dias sombríos y de violentas tempestades, reverdecía ya la tierra, los árboles se cubrian de flores, y la esperanza jermínaba por do quiera. No se oían mas que voces que decían: Vosotros los que sufrís, enjugad vuestras lágrimas, que su manantial va a secarse al fin para siempre. ¿No somos todos hermanos? De hoy mas ninguno en tiempo de cosecha se retirará por la tarde con las manos vacías y la tristeza en el alma.

Grande y fuerte la patria, levantará su abatida cabeza; reinará la ley soberanamente en toda su inviolable majestad; y la libertad florecerá sobre los últimos restos de instituciones inicuas.

Señor ¿no es esto lo que decían las voces?

Pero vos teniais otros designios (1).

«Ha venido el hombre enemigo, y, deslizándose a través de las sombras que le rodeaban, ha sembrado a manos llenas la cizaña en el campo del padre de familia, la hipocresía, la intriga, la mentira, la rapacidad, trasformando los débiles a su imájen, y pervirtiendo todavía mas a los perversos.»

«Hase ayuntado en el cieno con el feo mónstruo que se llama Perversidad, y el mónstruo ha parido en un solo aborto a la pérdida astucia, a la crueldad grosera, a la deshonra, a la desenfrenada impudencia y a la infame traicion.»

Señor, he ahí lo que me inquieta, e inquieta también a muchos otros. Los pueblos se miran con asombro, y se preguntan donde está vuestra justicia, donde vuestra divina Providencia.

—Que se pregunten mas bien si están aptos, si lo está el mundo para el bien que apetecen y que les reservo.

¿Qué es el derecho? ¿Lo saben ellos? ¿Saben en qué consiste el deber? ¿Tienen su raíz en el corazón? Quieren la libertad, y no saben que la libertad es la abnegacion de sí mismo y la proteccion mutua; que la libertad es el amor. No lo saben; y he aquí porque esta prueba era todavía necesaria.

«Tú te afliges porque te parece que el hombre enemigo triunfa; pero ¿sabes tú lo que yo le preparo y preparo a toda su raza? ¿Sabes tú lo que pasa entre él y yo? ¿Has penetrado en el fondo de la caverna donde se retira su alma? ¿Has oído el estertor de su conciencia y el ruido de su invisible cadena? Yo he clavado sus dos extremos, uno en los remordimientos y el otro en el miedo. ¿Acusarás ahora mi justicia?»

Como hijo del tiempo, todo parece largo; vé y di a los pueblos lo que acabas de oír.

(1) Los párrafos que van entre comillas son los suprimidos en las varias ediciones que de este opúsculo se hicieron durante el reinado de Luis Felipe.

VII.

ALGUNOS rayos de sol, pasando a través de los tiestos de flores colocados en una estrecha ventana, penetraban en un cuartito, y, reflejados por el papel amarillento que cubria las paredes, bañaban de una tinta dorada los objetos a que alcanzaban.

Una jóven, vestida con sencillez y sin mas adorno que sus cabellos ondulantes, como las plantas suspendidas en las paredes de las rocas, que se mecen al soplo de la brisa, seguía con la aguja los contornos de un dibujo marcado en una tela. Su rostro estaba pálido; y en sus ojos, velados por largas pestañas negras, se notaba, no tristeza, sino una especie de distraccion melancólica y vaga, y en su frente una pureza celestial.

De vez en cuando suspendía por un momento su trabajo; su cabeza virginal se erguía como un lirio en su flexible tallo; y sus miradas, estrañas a las cosas que la rodeaban, se concentraban en sí misma, y contemplaban allí dentro un mundo visible solo para ella.

Internándose en lejanas e indefinibles perspectivas, se perdía en horizontes, que apenas se columbraban en el vago resplandor del espacio sin limites. Una naturaleza, de la cual no es la nuestra mas que sombra suya, le ofrecía sus ricos colores y sus formas seductoras, y de su fecundo seno se exhalaba, puro y suave, un hálito de vida, que aspiraba con voluptuosidad la innumerable multitud de los seres.

Y el aire, animado por la voz de estos seres, palpitaba; y de los mares, de los lagos, de los rios, de las sábanas, de las rocas y de los bosques, salían a la vez las mil y mil voces de que se formaba la voz universal; y al juntarse y confundirse, su divina armonia, propagada en todos sentidos por las llanuras etereas, trazaba en ellas sus inmensas ondas.

Y, concentrándose mas en sí misma, la jóven oía dentro de su alma, en sus secretas profundidades, sonidos misteriosos y palabras que no pertenecen a la lengua de los hombres. Entonces todo lo demás desaparecía para ella; su pensamiento se apoderaba de lo que carece de forma aparente, su amor abrazaba una belleza invisible, a cuyo lado las demás palidecian, y moria y renacia por un flujo y reflujo del fuego que consume la vida y la renueva, y que es la vida misma en su impercedera esencia.

Y el tiempo desaparecía con sus realidades fujitivas, cuya rápida existencia mide él mismo, y sumerjida en aquel de quien todo dimana y a quien todo vuelve, el alma se empapaba de su esencia en la embriagadora calma de un éstasis inefable.

VIII.

Un dia Satanás llamó a los suyos, y les dijo: Nosotros hemos tentado a los hombres de mil maneras, les hemos colocado en la pendiente del abismo, y, sin embargo, nuestra obra avanza poco; lo que ganamos por una parte lo perdemos por otra. ¿En que consiste esto?

Cada uno de los satélites infernales, alabándose a sí mismo, acusó a los demás, de manera que, encendiéndose la cólera, y la ira, bien pronto no se

oyeron mas que sonidos discordantes, gritos agudos, el silbido de las iras inflamadas, mezclado con los acentos de furor, las amenazas y las blasfemias. Un combate horrible estaba próximo a trabarse en las tenebrosas cavernas, cuando el Rey de las lejonas precitas, levantándose de repente, hizo resonar su formidable y lúgubre voz, semejante a un trueno subterráneo.

Silencio! dijo, y todos callaron.

Lo que vosotros no sabeis, continuó Satanás, yo lo sé. Nuestros esfuerzos han sido estériles, porque les ha faltado acuerdo y unidad. Cada uno de vosotros, segun sus caprichos, ha sembrado al azar, sin cálculo y sin prevision, y por eso, al llegar el tiempo de la recoleccion, hemos cojido espigas y no gavillas.

Seguir asi, equivaldria a ceder el imperio. ¿Y creéis que Satanás se resuelva a hacerlo? ¡No, eternamente no!

Quiero alzar la ciudad del mal, quiero echar sus cimientos sobre esta tierra que me disputa un poder rival.

Para ello, se necesita sin duda la audacia; mas tambien es necesaria la prudencia. No nos precipitemos. Establezcamos ante todo un centro, de donde se irradie nuestra accion, y desde donde se estienda poco a poco y se insinúe por mil vías diversas hasta las estremidades de ese gran cuerpo que llaman sociedad. Inoculemos en sus entrañas el fuego que nos penetra, para que las devore lentamente.

Frenéticas aclamaciones acogieron estas palabras de Satanás.

Y tembló la tierra sobrecojida de un repentino estremecimiento; y se cubrió el sol, y se enturbió el aire; de los cementerios se elevaron lentamente pesados vapores, lividos, grises y rojos; y se oyeron en lontananza sonidos como de una campana doblando a muerto.

Y, en la parte mas baja de una gran ciudad, en una especie de inmundicia cloaca que exhalaba un olor fétido, vi una multitud que no sabia nombrar. Aquellas horribles figuras tenían las facciones del hombre, mas no su expresion. Su frente deprimida, sus mejillas terrosas, surcadas por algunas rayas rojas o salpicadas de manchas violadas, llevaban impresa la marca del crimen cobarde y del vicio brutal. Se leían en sus ojos vítreos o ardientes, y en su oblicuo mirar, todos los instintos del animal carnicero, la depravacion, la astucia, la sagacidad, algo de serpiente y algo de hiena.

Habia gentes de todas clases y de todos aspectos, desde el mendigo cubierto de harapos hasta el magnaté que ostenta en sus espléndidos arcos los signos prostituidos de una gloria mentida y de un honor infame.

Uno de ellos, rodeado de gefes subalternos endurecidos en las fatigas del infierno, dictaba desde un sitio elevado sus órdenes a la multitud. La dividió en dos bandos: uno debía mostrarse a la luz del dia; el otro, deslizarse invisible en los sitios públicos y hasta en el secreto, siempre sagrado, del hogar doméstico; y les ordenó que obrasen de concierto, se sostuviesen y ayudasen mutuamente.

Habia en los lábios de aquel a quien rodeaban silenciosas todas estas larvas humanas, cierto repliegue semejante a la sonrisa del mal.

A los destinados a ocultarse en la sombra, les dijo:

Ved cuales serán vuestros dioses: la mentira, el perjurio, la hipocresia y la corrupcion. Esparcireis por todas partes el miedo y la desconfianza. Algunas veces adormecereis, para conseguir mejor vuestros fines, a la crédula sencillez. Engañareis y hareis traiciones, sondeareis los corazones para descubrir los gérmenes de vicio que puedan encerrar, y dareis a cada uno, segun hemos convenido, el alimento que mas le nutra. Obrad con arteria, seducid, comprometed, ocultando las consecuencias, hasta que no sea posible retroceder. Y si

os aprovechais hábilmente de las necesidades estremas, encontrareis en ellas un poderoso recurso.

Direis al hambre: Véndeme este, véndeme aquel; y si vacila, mostrareis al padre la sepultura abierta que espera a su mujer y a sus hijos, y hareis que suenen a su oído los ayes de su agonía. Tendereis vuestras redes al paso del hombre cándido, le sujerireis cosas en que jamás haya soñado, le empujareis por sendas peligrosas; y, si no salís con vuestro intento, supondreis lo que no exista: ¿lo entendéis? Ahora, marchad. Y les arrojó algunas monedas de oro, sobre las cuales se precipitaron con avidez.

A los otros les dijo:

Vuestros dioses serán la violencia y la amenaza. Amenazareis al débil y al pobre; le mortificareis con persecuciones y le quitareis el pedazo de pan ganado con el sudor de su frente, si él no se presta ciegamente a cuanto le exijais.

Exijireis que obedezcan con la muda docilidad de la bestia de carga; que piensen como nosotros, o que no piensen, sopena de que sufra duro castigo todo pensamiento rebelde.

Yo os he elejido para una obra conforme a vuestra naturaleza. Tendreis orjías, en que habrá llantos, heridas y sangre, sangre que correrá sin riesgo para vosotros, porque nadie os hará resistencia, ni tendrá valor para ello.

Dicho esto, todos se dispersaron, y la gran ciudad quedó como un árbol a cuyo pié se vierte un líquido envenenado, que es absorbido por las raíces y que, ascendiendo con la sávia, marchita sus flores, sus frutos y sus hojas, y gangrena sus ramas desecadas.

Y cuando creía ser presa de un sueño horrible, un ruido confuso me sacó repentinamente de mi estupor. Eran blasfemias coléricas, crujidos como de miembros rotos, gritos desgarradores y risas salvajes; y vi un tropel de jóvenes y niños, muertos y ensangrentados, a quienes se arrojaba y amontonaba en la cloaca de donde habían salido las enfurecidas bandas del espíritu de Satanás, y las puertas, forradas de hierro, se abrieron, y despues se cerraron, y todo quedó luego en un pavoroso silencio.

Y fuí despues trasportado a una oscura estancia, en la cual reconocí a uno que parecía mandar en aquel sitio, el cual no estaba solo: cerca de él se apiñaban negros espectros con los cuales hablaba en voz baja.

Y despues de un corto rato, los espectros negros se retiraron. Yo quise seguirlos; mas desaparecieron por unos callejones tortuosos y oscuros, cuyo aire corrompido me ahogaba.

Cuando, lleno de tristeza y transido de terror, estaba yo meditando sobre todo esto, se presentó de nuevo ante mi vista aquella multitud que yo había visto entrar en la cloaca, siempre rodeada de las mismas larvas asquerosas. La empujaban por una entrada baja y estrecha a una especie de antro, donde percibí rostros siniestros como los que se ven sobre el cadalso alrededor de la víctima, y oí sonidos agudos y roncós, sarcasmos ferozes y execrables imprecaciones; y me sentí envuelto en un vapor espeso, de un olor muy parecido al que se exhala de las tumbas, y estuve próximo a desfallecer.

Y los que habían sido arrojados allí palidecían por momentos, y se debilitaban y contraían. El aire rehusaba entrar en su pecho anhelante, y sus huesos se chocaban como los de un esqueleto, y se veía por las mañanas conducir en silencio y furtivamente algún ataud sin cortejo y sin rezos.

Y mi alma, llena de una angustia indecible, dejó escapar este grito:

¿Señor, habrá vencido Satanás?

Y oí una voz que me dijo: ¡Mira!

Levanté los ojos, y en la rejion celeste vi a los mártires, en cuyo rostro brillaba una sonrisa inefable.

IX.

ERA el día de S. Silvestre, día que cierra esa serie casi no interrumpida de vanos pensamientos, esperanzas engañosas, zozobras y dolores que se llama año.

Mi alma entristecida buscaba a Dios para reposar en él algunos instantes y tomar en él las fuerzas que han menester los trabajos de la vida.

Vi cerca una iglesia, y entré en ella; y habiéndome recojido en mí mismo, bien pronto llegaron a mis oídos palabras vagas y entrecortadas. La voz que las arrojaba no salía del pecho; sonaba como entre los huesos del cráneo, seca y penetrante como el agudo sonido de un cerrojo o el de las llaves que se chocan en las manos del carcelero.

Y volviendo la vista hacia el sitio donde se oía la voz, ví a un anciano flaco, de corta estatura, cuyos cabellos lasos caían hasta la altura de sus agudos y delgados labios, a lo largo de sus hundidas mejillas, y sus ojos, cubiertos de no sé que sustancia trasparente, brillaban como los de la pantera.

Cerca de él, a su derecha, se veía un espíritu de luz, y a su izquierda un asqueroso mono.

El espíritu de luz habló, y dijo: Sondea tu pecho, cuenta, si puedes, las iniquidades acumuladas en el fondo de tu conciencia, todos los infames abusos de tu poder, tantos inocentes sacrificados a las pasiones de los que distribuyen los favores y las riquezas. ¿Qué has hecho de la ley? ¿Qué ha sido para tí la justicia? Un cálculo de interés, y nada mas. Tú has traficado con los dolores y las lágrimas, con la vida misma del débil; para elevarte, has puesto el pié sobre su cadáver.

¿Has creído por ventura ocultar tus prevaricaciones de quien todo lo vé? Cuando tú mentías de un modo tan impudente, crees tú que Dios no te veía? ¿crees que su vista no penetraba a través del velo de tu detestable hipocresía? ¡Insensato! El último de sus ministros te conocería por el olor de crimen que exhalaba de tí, y tú has creído ocultarte de él en el fango de tu alma!

Su cólera te alcanza ya; pon presto entre ella y tú el arrepentimiento, si algo de él te resta.

Y el prevaricador se retorció con secreta angustia; buscaba en su alma el arrepentimiento, y no hallaba mas que remordimientos, y al lado de los remordimientos el miedo.

El mono a su vez decía en voz baja: Deja hablar a ese soñador que no entiende una palabra de razones de Estado. ¿Qué poder subsistiría con semejantes escrúpulos? Es necesario que algunos mueran para la salvacion de todos, pues sabido es que la moral de Estado puede mas que la moral casera.

¿No está escrito en tu libro: «Obedeced a los poderes constituidos?» Quien resiste, pues, a los poderes constituidos, quien los inquieta, es, segun vos mismo, un criminal que merece castigo. Lo demás es simple cuestion de formas.

¿Por ventura los demás hombres no hacen lo que tú? ¿Quieres acaso quedarte atrás? ¿Quieres que te arrebaten la recompensa del cielo?

Tú nos has servido, y aun puedes servirnos mejor; es ya demasiado tarde para retroceder. ¿Perderás el fruto de tus servicios, tus inquietas vijilias, tus noches turbadas por esa voz interior, que no se ahoga jamás? ¿Renunciarás al codiciado premio, precisamente cuando vas ya a alcanzarlo?

El mono, inclinándose al oído del hombre flaco y seco, añadió algunas palabras muy secretas, que no pude percibir; y el hombre flaco y seco parecía re-

cojerlas con una avidez convulsiva. Yo no sé lo que entonces pasó en él: pero ví oscurecerse la frente del ángel de luz, apartar los ojos, pintarse en su rostro una tristeza llena de horror; y, al elevarse en los aires, resonaron estas palabras en las bóvedas sombrías:

¡MALDITO POR TODA LA ETERNIDAD!

X.

CERCA de un seto, al extremo de un bosque, se veía una hoguera de menuda rama, y, sentado al pié, sobre un césped, a un jóven calentando sus manos a la llama.

El humo, iluminado por los rojizos rayos que se escapaban por entre las nubes, se elevaba dificultosamente a través de una atmósfera densa; y el jóven lo veía, primero ondular como una serpiente que se hincha y desarrolla en anillos, después esparcirse en oscuros grupos, y por último disiparse en medio de la pesada atmósfera.

No se oía canto alguno en el bosque, ni se veía cruzar ninguno de esos insectos de espléndidas alas que llevan de flor en flor sus amorosos suspiros: el silencio y la quietud reinaban por do quiera, y todo presentaba un color uniforme y triste.

Al contemplar marchitas las plantas mas lozanas, dobladas sobre su tallo y descoloridas, pudiera decirse que eran el sudario de la naturaleza difunta.

De vez en cuando un ligero soplo, que nacía y moría en un mismo instante, hacía rodar por el suelo las hojas secas; y el jóven, inmóvil y pensativo, recojía todos los gemidos de esta voz del invierno, que, penetrando en su alma, se perdía en ella, como se pierden a la caída de la tarde los suspiros de la soledad en el fondo de los bosques.

De vez en cuando tambien una nube de pájaros de otros climas cruzaba a grandísima altura por encima de su cabeza, lanzando gritos semejantes a los lamentos de una jauría. El jóven los seguía con la vista a través del espacio, y dominado por su imaginación, se sentía arrebatado, como ellos, por un instinto secreto y una fuerza desconocida a rejiones lejanas y misteriosas.

Jóven, que tan pronto ansias tu fin; ten paciencia, y Dios te conducirá.

XI.

ERA media noche de una noche sombría, llena de horror, en la cual yo no dormía ni tampoco velaba; mi alma erraba por rejiones que no sabré pintar, oscuras, frías, tristes, donde pasaban y repasaban, no seres, sino fantasmas de seres.

De repente me pareció que un viento me trasportaba a la cima de escarpadas pendientes, entre peladas rocas, sembradas acá y allá como las ruinas de un mundo desplomado; y el aire se hacía menos denso, y yo no sé que pálido resplandor iluminaba a mis pies una llanura, sobre la que estaba apiñada innumerable multitud.

La cual iba y venía ajitada en confuso movimiento, semejante a un mar cuyas olas, llevadas y traídas por opuestos vientos, se cruzan en todos sentidos, y al deshacerse en la playa, dejan una larga faja de espuma sucia.

Y aquel cuyo soplo me había llevado allí, me dijo:

Hé ahí a que estado vienen los pueblos en quienes la verdadera vida se ha estinguido; donde cada uno, encorvado sobre la tierra, no aspira mas que a lo que ella puede darle, y no tiene mas regla que su codicia, ni otro objeto que su egoismo.

Mira esa polvoreda de hombres, que era en otro tiempo una nacion: ¿qué queda de ella?

Ya no hay en ella vínculos, ni creencias, ni pensamientos comunes, ni amor; todo ha muerto en ella menos los apetitos brutales; todo lo ha perdido, hasta el instinto de sus destinos.

Busca en ella algun rastro de amor propio, de dignidad, de honor, de entusiasmo generoso, de eso que hace morir para merecer la vida; toca en su pecho y te sonará vacío.

Yo lo he arrojado en castigo a la mas vergonzosa humillacion, a la tirania mas abyecta que haya jamás ahogado en su fango a un pueblo, que ya no es pueblo.

«He dicho a la infame: Envuélvela en cieno; haz en ella alguna cosa digna de tí.»

«Y el monstruo la cojió con sus agudos dientes, y se enroscó en ella, y la cubrió de baba, y despues de haberla engullido y de haberse hartado, arrojó los despojos, mezcla informe de huesos triturados y de infectos pellejos.»

Habia en la voz del que así me hablaba menos reconvenccion que dolor y amarga tristeza.

Después de un corto silencio, añadió: ¿Qué hay en ella digno del hombre? Cierta es que se nota animacion y movimiento; mas tambien se mueven los brutos y los gusanos.

¡Oh pueblo, en otro tiempo tan grande, a quien los demás veian marchando por las alturas y coronado de luz, abriéndoles el camino del porvenir: ¿en qué te has convertido? ¿qué has hecho de mis dones?

Yo te habia bendecido con mi mano y te habia dotado de un jenio poderoso, porque te había elegido para realizar mi obra.

Y cual es ahora tu estado!

Verdad es que tú no has descendido por tí mismo; has sido maniatado en un sueño, y te han echado a rodar por la pendiente.

Tu candidez e imprevision te han dejado beber la copa envenenada que te han presentado; y por eso revivirás.

¿Ha prevalecido algo jamás en el mundo contra mi voluntad?

Yo he depositado en el fondo mismo del mal un jérmen imprecadero de bienes, que se fecundan en su día, así como en el lecho de los mares he sembrado una porcion invisible de plantas, que poco a poco se elevan desde el fondo del abismo y vienen a desarrollarse en la superficie.

XII.

ERA uno de los mas hermosos dias del otoño. El sol rielaba en la mar, y cada gota de agua reflejaba, como una punta de diamante, una luz blanca y pura, que los ojos apenas podian soportar. De la desierta aldea, hombres, mujeres y niños llegaban en tropel a los floridos bancos de la playa, donde el clavel silvestre de flores violadas, mezclado con el tomillo, exhalaba un aroma delicioso.

Provistos de cestas, redes, bieldas y largos palos, armados de un gancho de hierro, estuvieron esperando que la marea dejase en seco la estensa playa

y sus peñas, para recoger el rico botín preparado por la Providencia; el pez plateado que se desliza en la arena húmeda, los vorazes cangrejos, las langostas, la nacarada almeja y los mariscos de todas clases.

Por la tarde, a la hora en que la marea sube como un río hinchado por las lluvias, alegre la cuadrilla, regresó a la aldea. Mas no todos volvieron.

Arrobada en los ensueños de su corazón, una joven se había olvidado de sí misma en una peña lejana. Cuando la infeliz salió de su meditación, las olas habían rodeado la peña con sus móviles lazos, y la marea subía rápidamente. Nadie había ya en la playa, y ningún socorro era posible.

¿Qué es lo que pasó entonces en el alma de la virgen? Nadie lo sabe; es un secreto entre ella y Dios.

A la mañana siguiente apareció su cuerpo. Tenía atados a las algas sus largos cabellos negros, sin duda para que no la arrebataste la resaca, y reposar en la tierra natal, en medio de los suyos (1).

Una cruz de madera señala en el cementerio el sitio en que descansa. Una de las que fueron sus compañeras, arrodillada al pie, ruega a menudo por ella, y, henchido el corazón de tristes recuerdos, se retira, con la frente baja y enjugando sus lágrimas.

XIII.

HACÍA un calor sofocante. Un hombre vió en la falda de un ribazo una viña cargada de racimos, y, como tenía sed, le vino el deseo de apagarla con el fruto de la viña.

Mas entre ella y él se extendía un pantano fangoso, que era indispensable atravesar para llegar al ribazo, y no se resolvía a ello.

Sin embargo, acosado por la sed, se dijo: Quizá el pantano no sea muy profundo: ¿qué peligro hay en que yo lo explore como lo habrán hecho tantos otros? No mancharé mas que mi calzado, y el daño, después de todo, no será gran cosa.

Dicho esto, entra en el pantano, y su pie se hunde en el infecto cieno, que bien pronto le llega hasta la rodilla.

Entonces se detiene, vacila y se pregunta si no le convendría mas volverse atrás. Pero la viña y sus racimos están a la vista, y por otra parte siente aumentarse la sed.

¿Porqué, dice, después de lo que he avanzado, he de volverme atrás? ¿Qué puede sucederme? Un poco mas o menos de fango, cosa que no vale la pena de pararse; y, por otra parte, nada me estorbará que me lave en el primer riachuelo.

Este pensamiento le decide. Avanza, y cuanto mas anda, mas se hunde en el fango; primero hasta la cintura, después hasta el pecho, luego hasta el cuello, luego hasta los labios, y el fango en fin le cubre la cabeza. Ahogándose y pataleando, un esfuerzo desesperado le salva y le pone al pie del ribazo.

Cubierto de un limo negro que gotea de todo su cuerpo, coje el fruto codiciado y come hasta hartarse. Después, incomodado por el hedor y avergonzado de sí mismo, se despoja de sus vestidos y busca con ansia un poco de agua donde limpiarse. Pero aun después de haberlo hecho, conserva el olor; el vapor del pantano ha penetrado en su carne y en sus huesos, y lo exhala ince-

(1) Lejos de ser una ficción el asunto de este capítulo, es un hecho real, que le fué contado al autor en el mismo sitio donde aconteció, en Loc-Maria-Ker, en la bahía de Quiberon.

santemente formando a su alrededor una atmósfera fétida. Adonde quiera que se aproxime, todos se alejan. Pues se ha convertido en reptil, que vaya a vivir con los reptiles.

XIV.

PADRE mio, el trabajo es hoy muy penoso: la tierra, desecada, rechaza el azadon, el sol lanza rayos de fuego, y el viento del medio dia forma torbellinos de polvo en la llanura.

—Hijo mio, el que envía los vientos abrasadores, envía tambien las nubes húmedas. Cada dia tiene su pena y su esperanza, y despues del trabajo está el descanso.

—Padre mio, ved como languidecen esas pobres plantas, como caen sus amarillentas hojas a lo largo del tallo, que se dobla sobre sí mismo.

—Ellas se levantarán, hijo mio; ni la yerba mas pequeña está olvidada por el Supremo Hacedor, pues hay siempre en el cielo, para ellas tambien, lluvias fecundas y frescos rocíos.

—Padre mio, los pájaros se callan en los árboles; la codorniz acurrucada en el surco, no llama ya a su compañera; la vaca busca la sombra, y el toro afianza las piornas, estiendo el cuello y dilata sus anchas narizes para aspirar el aire que le falta.

—Dios, hijo mio, volverá a los pájaros su canto, a los toros y a las vacas sus fuerzas agotadas por este calor abrasador. Ya se vé correr en el mar la brisa que los reanimará.

—Padre mio, sentémonos sobre el césped al borde del estanque, cerca de esta vieja encina, cuyas ramas inclinadas besan dulcemente la superficie. ¡Qué tranquilas y transparentes están sus aguas! ¡cómo juegan los pezes! Los unos persiguen su alado alimento, pobres mosquitos que acaban de nacer; los otros levantan su cabeza, y parece que con su boca entreabierta quieren dar al aire un beso suave.

—Hijo mio, el que todo lo ha hecho ha repartido indistintamente sus inagotables dones, la vida y el contento de la vida. El mal no es mas que aparente, el lado oscuro del amor, una fase del bien, su sombra.

—Sin embargo, padre mio, vos padeceis. ¡Cuantos trabajos, cuantas amarguras para atender a nuestras necesidades! ¿No sois pobre? ¿Mi madre no es tambien pobre? ¿No son vuestros sudores los que me han criado, sin haber llegado nunca a asegurar el mañana?

—¿Qué importa el mañana, hijo mio? Mañana pertenece a Dios; confiemos. pues, en él. El que se levanta por la mañana no sabe si llegará a la noche. ¿Porqué, pues, alarmarse e inquietarse por un tiempo que tal vez no veremos? Nosotros vivimos aquí abajo como la golondrina, buscando cada dia el sustento del mismo dia, y, lo mismo que ella, cuando el invierno se acerca, una fuerza misteriosa nos lleva a climas mas dulces.

¿Qué es esto, padre mio? Parece un muerto envuelto en su sudario, o un niño en sus mantillas.

—Hijo mio, es una larva, que bien pronto será una flor viviente, una figura aerea, adornada de vivos colores, que se elevará en los aires.

XV.

Oh! ¿quien me volverá mi valle natal, mis rocas y mis grandes pinos, sembrados en la falda, y los verdes prados, donde una agua cristalina, escondida bajo la yerba florida, mojaba mis pies cuando las nieves se derretían?

Entre mi patria y yo, pobre hijo de las montañas, han levantado una gruesa muralla y una empalizada de hierro.

Cuando comparecí ante ellos, me dijeron:—¿De qué vives tú?

—De mi trabajo; pero hoy todos lo rehusan, y tengo que morir de hambre.

—¿Qué te mueres de hambre! No trabajar es un delito. ¿Y tu casa? ¿Tienes casa?

—Como no tengo dinero, todas las puertas se me cierran; y cuando llega la noche, busco un abrigo allí donde me ha conducido la Providencia.

—¿Con que no tienes casa? Otro delito: eres un vagamundo. La ley está terminante: la prisión.

¡Impostores, que os llamais discípulos del Hijo del hombre, de aquel que atravesó este mundo pobre, abandonado, sin tener una piedra donde reposar su cabeza; ved sobre vosotros su imájen, vedla animarse y abrir su boca, poseída de santa cólera, para maldeciros y maldecir vuestras leyes!

¿Acaso el aire y el sol no son de todos? ¿Acaso ha construído Dios cárceles para alguna de sus criaturas?

Pastores de mi país, regocijaos en vuestras humildes cabañas. La indigencia entre vosotros no es un crimen, y el caminante encuentra siempre un poco de leche y de pan moreno para satisfacer su hambre, y un lecho de hojas secas para reposar de su cansancio.

¡Cuán dichosos corrieron entre vosotros los días de mi juventud, hermanos míos! ¡Cuán dulcemente se mecían mis pensamientos en los éstasis del alma, cuando, sentado en la pradera al pie de una vetusta roca, tapizada de musgo verde, aspiraba el olor embriagador de nuestras plantas aromáticas, y prestaba oído al melodioso canto del mirlo, o al ruido del torrente que iba a despeñarse sobre un lecho de guijarros!

¡Cuán presentes están en mi alma estos recuerdos! Estoy viendo las ligeras nubes huir por las laderas del monte, plegarse y replegarse en mil formas estrañas, y después subir a la cima para cubrirla con una diadema negra.

¿Qué es aquel punto casi imperceptible que se ve allá arriba? Es el águila que despliega en la inmensidad su majestuoso vuelo. ¡Ella sí que es libre!

También es libre la gamuza sobre sus rocas solitarias, y el oso es libre en su caverna, y el pájaro en los bosques, y el insecto entre la yerba.

¡Ay! porque no seré yo el insecto de la yerba, el pájaro de los bosques, el oso de la caverna, o la gamuza de las rocas solitarias?

No hay una sola criatura que no vaya y venga como le plazca, y que no respire bajo el cielo un aire que nadie! tasa.

Solo al pobre le falta lo suyo; el pobre es un proscrito, es el paria de la creación.

¡Dios mío! ¡quien me diría que lloraría haber nacido hombre!

XVI.

En el fondo de una pequeña ensenada, al pie de una roca carcomida en su base por las olas, entre unas peñas, de que pendían largas algas de un ver-

de oscuro, dos hombres, uno jóven y otro anciano, pero robusto, apoyados contra una barca de pescador, estaban esperando la marea, que subía lentamente apenas rizada por una brisa moribunda. Cuando llegó a la barca, resbaló esta suavemente sobre la arena con un ruido debil y agradable.

Poco tiempo después se la vió alejarse de la rivera y avanzar atrevida mar adentro, dejando tras sí una cinta de espuma blanca.

El viejo, puesto al timon, miraba a las velas, que tan pronto se hinchaban, como se plegaban, cual alas fatigadas. Sus miradas entonces parecían buscar una señal en el horizonte y en las nubes quietas. Después, quedaba pensativo, y sobre su frente morena se leía toda una vida de trabajos y combates, sostenida sin quebrantarse jamás.

El reflujo formaba en una mar tranquila largos surcos, donde el petrelo se balanceaba graciosamente sobre las brillantes y aplomadas ondas. Desde lo mas alto de los aires la gaviota se sumerjía como una flecha, y sobre la punta negra de una roca reposaba inmóvil el estúpido cuervo marino.

El menor accidente, una lijera ráfaga, un rayo de luz podía cambiar el aspecto de esta variada escena. El jóven, abstraído, la veía como se ve en un sueño. Su alma se arrullaba al ruido de la estela, como adormece al niño el monótono y débil cantar de la nodriza.

Pero de repente, saliendo de su ensueño, sus ojos se animan, y resuena en los aires su sonora voz:

— ¡Para el labrador los campos, para el cazador los bosques y para el pescador el mar, con sus olas, sus bajos y sus tormentas!

Caminando con el cielo sobre su cabeza y el abismo a sus piés, es libre, y no tiene mas dueño que a sí mismo.

¡Cómo obedece a su mano y se lanza en las móviles llanuras la frágil barca, animada por los soplos del aire!

Lucha contra las olas, y las sujeta; lucha contra los vientos, y los doma. ¿Quién es tan grande y tan fuerte como él?

¿Dónde están los límites de sus dominios? ¿Quién los ha encontrado jamás? En el inmenso espacio del Oceano, Dios le ha dicho: *Navega; eso es tuyo.*

Sus redes estraen del fondo de las aguas una cosecha viviente, porque hay rebaños innumerables que se nutren para él en los pastos que cubren los mares.

Flores violadas, azules, purpúreas y amarillas nacen en su seno; y para encantar su vista, las aubes le ofrecen vastas playas, hermosos lagos azules, anchos rios, y montañas, y valles, y ciudades fantásticas, tan pronto hundidas en la sombra, como iluminadas con todos los esplendores del poniente.

¡Oh, que bella me parece la vida del pescador! ¡Cuánto me agradan sus rudos combates y varoniles gozes!

¡Sin embargo, madre mia, cuando por la noche una repentina borrasca hace crujir nuestra cabaña, qué angustia se apodera de vuestro corazon! ¡Cómo os incorporais temblorosa para pedir a la Virgen divina que proteja a los pobres marineros!

De rodillas delante de su imájen, llorais acordándoos de vuestro hijo arrebatado por el torbellino, en medio de las tinieblas, hacia los escollos donde oyen los lamentos de los difuntos (1) confundidos con la pavorosa voz de la tormenta.

1. La Bahía de los Difuntos al confín de la Bretaña, cuyo nombre recibió por la frecuencia de los naufragios que en ella ocurren.

XVII.

El hierro es duro: martillemos, compañeros, martillemos.

¡Qué hermoso día! El sol inunda con su esplendor los montes, los llanos, los bosques, los lagos; mas no para nosotros, siervos del hambre.

El hierro es duro, etc.

Afuera, una brisa fresca acaricia las flores, y dobla los juncos de las orillas del mar; mientras aquí nuestro pecho jadeante solo aspira un aire abrasado.

El hierro es duro, etc.

¡Dichosos los que ven el sol! ¡Dichosos los que sienten sobre su frente el fresco de la brisa.

El hierro es duro, etc.

Mi anciano padre, estropeado por los años y el trabajo, está esperando en su pobre cabaña el pan que le han de ganar mis brazos.

El hierro es duro, etc.

Mis hijos y su madre están diciendo: ¡Cuánto tarda! Cuando venga comeremos.

El hierro es duro, etc.

Cubiertos de harapos, casi desnudos, ¿con qué se abrigarán este invierno? ¿Encontrarán un asilo, cuando caigan las nieves y silbe el viento del norte?

El hierro es duro, etc.

El que me alquila por algunos días el único asilo que tienen en este mundo, me dijo ayer: El término ha concluido; paga o vete.

El hierro es duro, etc.

¡Oh que penosa es la vida! Pero el amor la endulza. Sus males ¡cuán numerosos! Mas el valor los vence.

El hierro es duro, etc.

Animo, pues, hermanos; no hay que rendirse; luchemos, luchemos como hombres: Dios, que nos mira desde arriba, estará con nosotros.

El hierro es duro, etc.

Hoy el trabajo, mañana el descanso, y para nuestros hijos un porvenir mejor.

El hierro es duro: martillemos, compañeros, martillemos.

XVIII.

LLOREMOS sobre la raza devenida, sobre esa raza de quien decían las demás, levantando la cabeza para contemplarla en su grandeza: Es digna de ser nuestra guía; que marche la primera, y nosotros la seguiremos como al genio de la humanidad.

Marchó, en efecto, llamando a los pueblos a 'a nueva vida, enseñándoles con la palabra y con gloriosos ejemplos la ley que levanta a los pequeños, fortifica a los débiles, y los une a todos en la santa igualdad, la libertad y el amor fraternal.

Los cetos se rompían bajo sus pies, y las coronas, rodando por el suelo, asemejaban al aro con que juega el niño.

El soldado sembraba en los campos de batalla, cual obrero divino, la salvación de las naciones emancipadas. Al solo anuncio de su venida, los hierros

del esclavo se chocaban y romplan por sí mismos, manifestándose en él una cosa desconocida; y era que empezaba a creerse hombre.

La esperanza penetraba en el corazón del pobre, dulce y tranquila como la fresca brisa del crepúsculo; sueños de paz y de alegría le consolaban en sus noches; veía una figura radiante que le sonreía y sonreía a los suyos, derramando sobre ellos un rocío fecundo, como el que reanima las plantas agostadas por un sol abrasador.

Por do quiera los corazones se dilataban y abrian a la alegría; donde quiera palpitaban con un misterioso presentimiento.

¡Qué puro estaba el horizonte! ¡Cuan dulcemente se recreaban en él las miradas! ¡Como se veían enlazarse los bienes con otros bienes sin fin, en el fondo de sus límpidas perspectivas!

Mas de repente el espectro de lo pasado, cubierto de un polvo fétido, sale de su tumba y se dirige al pueblo libertador. Le pone la mano sobre el pecho, y la sangre se hiela, y el corazón cesa de latir; le echa su aliento, y el vértigo se apodera de él, sus piernas vacilan, y su razón se turba: ha perdido hasta el recuerdo de lo que era en otro tiempo, y la simpatía que le unía a los demás pueblos, y su dignidad. Degradado por la corrupción, entrega estúpidamente sus pies a los grilletes y su cuello al yugo.

Vedle encorvado hacia la tierra, arando y cavando, sin otro afán que satisfacer una brutal codicia; y cuanto mas trabaja, mas estéril es para él. Se fatiga, y la cosecha es para otros, como acontece al animal inmundo a quien se arrebató, apenas lo descubre, el fruto que ha olfateado en el suelo.

¡Oh, lloremos sobre la raza degenerada!

XIX.

Ved aquí lo que Dios ha dicho:

¡Ay de las naciones que me olvidan y de los pueblos que se separan de mí!

Porque tú me has desterrado de tu pensamiento y arrojado de tu corazón, sin querer mas señor que a ti mismo;

Porque ostentas tu orgullo, como un rey de teatro su manto de púrpura;

Porque has tomado por consejeros a los sentidos, y has dicho a la codicia:

Serás mi ley; y a la materia: Serás mi dicha;

Porque has renunciado a todo lo que te hacía grande;

He arrojado sobre ti frias tinieblas, llenas de fantasmas; te he enviado el espíritu de vértigo, y el espíritu de mentira, y el espíritu de miedo.

Te he quitado la inteligencia y hasta el deseo de la libertad.

De la cloaca donde se amontonan y fermentan las basuras de las ciudades, es decir, las conciencias venales y las almas podridas, he hecho elevarse lo que hay en ellas mas vil, mas abyecto y mas inmundo, para que mande sobre ti.

Te he puesto debajo de cuánto hasta hoy se ha visto mas bajo. Con el látigo y el palo, he doblado tus espaldas; te he hecho envidiar la suerte de la bestia de carga, a quien no se encierra en los calabozos, y a la cual se cuida, por el contrario, por lo que cuesta.

Te he entregado como un juguete a los demás pueblos, te he espuesto a sus insultos y a su mofa. Al pasar, te ven con desden arrastrando por la tierra, y te dan con el pie. Respóndeme: ¿no es esto bastante oprobio?

Una fiebre ardiente devora tus entrañas, y para encontrar la fuente que ha de apagar tu sed, andas, pobre insensato, arando y cavando la abrasada arena.

El hambre devora tus hijas, y se las ha visto, para poder vivir, buscar su pan en el fango de la prostitucion.

¿Hay alguna miseria que tú no tengas? ¿algún dolor que no pese sobre tu cuerpo y sobre tu alma? ¿alguna vergüenza que no te humille?

Porque mi yugo te importunaba, lo has sacudido y has renegado de mí, que soy tu padre: contéplate, pues, como tú has querido vivir, sin mas regla que tus apetitos, sin mas luz que las tinieblas, sin mas fuerza que la de tus músculos y tus huesos.

Tú has hecho bruto, y te tratan como bruto. Los que han dicho: Hagamos de él nuestra presa, clavan en tu carne sus uñas aguzadas. Llama ahora a tus profetas, para que te salven, si pueden.

¿Comprenderás al fin que la vida emana de mí, y que es el aliento mismo de mi boca?

Abre tus ojos, brote en tu corazón un arrepentimiento sincero, y te tenderé mi mano, la mano que te ha herido; y ella te levantará, y tus opresores a su vez sentirán el peso de mi justicia, y tú serás todavía el pueblo escogido, el pueblo a quien todos los demás, que creen en el misterioso porvenir, contemplarán con esperanza.

XX.

ELLOS se han dicho: Nosotros destruiremos el Bien, aniquilaremos su mismo jérmen en el fondo de las almas. Y si alguno osa levantar la voz para defenderlo, para refrescar en los hombres su recuerdo, nosotros lo arrojaremos a los calabozos como un malhechor, porque tenemos la fuerza, o lanzaremos sobre él la hambrienta cuadrilla que guarda las avenidas del templo del Mal, y que, por el pedazo de pan que se le arroja al ciego, vomita ultrajes y mentiras.

¡Insensato! y cuando hiciéseis hoy lo que la muerte hará mañana ¿habríais vencido? ¿El Bien es por ventura un hombre? El Bien soy yo, ha dicho Dios.

Cuando el Justo, clavado en la Cruz, espiró entre dos ladrones, los poderosos de aquel tiempo, los políticos, los hipócritas, los que devoran la sustancia del pueblo, tal como se come un pedazo de pan, creyeron haber alcanzado su triunfo. Y al día siguiente, de un extremo al otro de la tierra, los ecos repetían una voz salvadora, salida de la tumba del Crucificado.

XXI.

¿PORQUÉ correis tras las tinieblas? ¿Porqué olvidais vuestro verdadero destino?

Luzes engañosas, voces embusteras os conducen a lugares estériles y desolados, donde la misma esperanza se estingue en una noche eterna.

Las necesidades físicas deben ser satisfechas; nadie lo ignora, porque son la condicion de la existencia, ¿Pero esas necesidades lo son todo?

¿No sois mas que cuerpo, para que así busqueis en el cuerpo el bien sin limites, inmenso, a que aspirais?

Mañana ¿qué será ese cuerpo? Un poco de ceniza. Cada día se acreca mas a la tumba: y ¿es ese el camino de vuestros deseos?

Las bestias mismas no se limitan a los sentidos y a los gozes de los sentidos. Tienen instintos mas elevados y gozes mas íntimos. Ellas os enseñan, sin conocerlo, el fin a que debeis encaminaros.

¿Queréis ser menos todavía que ellas? Y si así lo queréis ¿de qué os quejais? ¿Se dobla nadie tanto sin incomodidad? ¿Se puede combatir la naturaleza, se puede matarla sin padecer?

¿Sabéis como se llama ese espectro negro, informe y mudo, que os ahoga con sus abrazos? Pues se llama *Materia*.

Porque tengo piedad de ese pobre pueblo, dile:

Que el cuerpo no es el hombre, sino la envoltura del hombre.

Que vivir no es comer y beber, sino pensar y amar.

Los últimos seres de la creación comen y beben, y eso les basta: el hombre piensa, ama, se apasiona y sacrifica por mí para que yo me sacrifique por él y encuentre en mí, en la Verdad, en el Bien y en lo Bello, el alimento de su alma, que es por quien realmente vive.

Lo demás es bien poca cosa. Buscad ante todo mi justicia, y jamás os faltará.

¡Infeliz del que vaga en el fondo del valle, a orillas de las aguas cenagosas! Las espigas destinadas a mitigar vuestra hambre no crecen en los pantanos: yo he sembrado en sitios mas elevados el grano que ha de alimentaros.

XXII.

A la hora en que el Oriente comienza a oscurecerse y todos los sonidos caen, caminaba un hombre lentamente, a lo largo de las mieses ya sazonadas, por un sendero solitario.

La abeja habia vuelto a su colmena, y el pájaro a su nido; las hojas, inmóviles, dormían sobre su tallo; y rodeaba a la tierra adormecida un silencio triste y dulce.

Una sola voz, la voz lejana de una campana de lugar, ondulaba en la tranquila atmósfera.

Y decía: ¡Acordaos de los muertos!

Y en la fascinación de sus ilusiones, parecióle que la voz de los muertos, débil y vaga, se mezclaba con esta voz aérea.

Decid: ¿venis a visitar los lugares donde hicisteis vuestro rápido viaje, y a buscar los recuerdos de los dolores y las alegrías que tan fugazmente pasaron?

Os habeis desvanecido como el humo que sale de nuestras chimeneas y se disipa brevemente.

Vuestras tumbas blanquean allá abajo, al pié del viejo ciprés del cementerio. Cuando los vientos húmedos del poniente murmuran en los bosques, parece que están jimiendo los espíritus. ¿Sois acaso vosotros, esposos de la muerte, que os ajitáis en vuestro funebre lecho?

Ahora estais tranquilos, sin zozobras y sin lágrimas; ahora luzen para vosotros astros mas bellos, y un sol mas radiante inunda con sus esplendores las campiñas, los mares etéreos y horizontes infinitos.

¡Oh! habladme de los misterios de ese mundo, que mis deseos presienten y en cuyo seno mi alma, fatigada de las sombras de la tierra, anhela sumergirse. Habladme de su divino Hacedor, que es quien puede llenar el inmenso vacío que se ha hecho en mi alma.

Hermanos, después de haber esperado largo tiempo, animados por la fe, llegó vuestra hora. La mía llegará también, y otros a su vez, concluido su trabajo, al regresar a su pobre cabaña oirán la voz que dice: ¡Acordaos de los muertos!



EL LIBRO DEL PUEBLO.

AL pasar por esta tierra, como todos pasamos, pobres viajeros de un día, he oído grandes jemidos; he abierto los ojos, y mis ojos han visto indecibles sufrimientos e innumerables dolores. Pálida, doliente, desfallecida, cubierta de fúnebre manto, salpicado de sangre, la humanidad se ha levantado delante de mí, y me he preguntado a mí mismo:—¿Es ese el hombre, el hombre tal cual le ha creado Dios?... Y esta duda se apoderó de mi alma, y la colmó de angustias mortales.

Pero no he tardado en conocer que estas dolencias y sufrimientos no provienen de Dios, de quien emana todo bien, y de quien nada emana sino bien; que son obra del hombre mismo, arrastrado por su ciega ignorancia y corrompido por sus pasiones; y he esperado, y he tenido fe en el porvenir de la humanidad. Su suerte cambiará cuando ella quiera que cambie, y lo querrá apenas se una a la convicción de su mal el conocimiento exacto del remedio que puede curarle.

¡Considera, oh pueblo, si no es tiempo de justificar al Autor de los seres creándote una suerte mas conforme a su justicia y a su bondad!

Tú dices:—Tengo frío;—y para abrigar tus miembros estenuados, los sujetan con triples cadenas de hierro.

Dices:—Tengo hambre;—y te responden:—Come las migajas barridas de nuestras salas de festín.

Dices:—Tengo sed;—y te responden:—Bebe tus lágrimas.

Sucumbes al trabajo; y tus señores se regocijan de ello, porque dicen que tus fatigas y tu rendimiento es el freno necesario al trabajo mismo.

Te quejas de no poder cultivar tus facultades, desarrollar tu inteligencia; y tus dominadores se felicitan diciendo:—Para gobernar al pueblo, es preciso que esté embrutecido.

Dios dirigió, en el principio, este mandamiento a los hombres todos:—Creced y multiplicaos, y poblad la tierra, y subyugadla. Y a ti te dicen:—Renuncia a la familia, a las castas dulzuras del matrimonio, a las puras delicias de

la paternidad; vive en la continencia y solo: ¿qué otra cosa podrías multiplicar que no fuese tu miseria?

Es, pues, evidente que la humanidad no es lo que Dios quiso que fuera; que se ha separado de la senda que él la señaló. ¿De qué modo logrará volver a ella?

Escuchad.

Desde el principio hubo una ley: esta ley fué olvidada, violada.

Nuevamente, despues de cuarenta siglos, el Cristo la promulgó mas perfecta, mas santa.

Y fué violada y olvidada de nuevo.

Hoy yace todavía en olvido bajo las ruinas de los deberes y de los derechos; y esta es la razon porqué, encorvados y tristes, vagais a la ventura entre tinieblas.

En esa ley divina, solo en ella, están vuestra salvacion y el fecundo semillero de los bienes que os ha reservado el Criador.

Removed los escombros hacinados sobre ella, y aquella consoladora esperanza, aquellas proféticas palabras de los dias primitivos se realizarán completamente en vosotros:

EL PUEBLO QUE YAGABA LÁNGUIDO EN LAS TINIEBLAS HA VISTO UNA GRAN LUZ; Y LA LUZ SE HA ALZADO SOBRE LOS QUE ESTABAN SENTADOS EN LA REJION SOMBRÍA DE LA MUERTE.

I.

No todas las cosas están como debieran en el mundo. Hay en él demasiados males, y males demasiado grandes. No es esto, por cierto, lo que Dios ha querido.

Los hombres, nacidos todos de un mismo padre, no hubieran debido formar sinó una sola gran familia, unida con el dulce vínculo del amor fraternal; y de esta suerte, al multiplicarse, hubiérase asemejado a un árbol cuyo tronco produce, creciendo, numerosas ramas que, a su vez, producen retoños, y estos, otros y otros sucesivamente, nutridos todos con la misma savia y animados de una misma vida.

En una familia todos se interesan por el bien de todos, porque todos se aman y todos participan del comun bienestar. A él contribuyen todos sus miembros, cada cual de diverso modo segun sus fuerzas, su inteligencia, o su aptitud particular: uno hace esto, otro hace aquello; pero el trabajo de cada uno aprovecha a todos, y el trabajo de todos aprovecha asimismo a cada uno. En el hogar doméstico no hay distinciones; todos parten como hermanos lo poco o mucho que tengan; y por eso allí no contrasta el hambre con la abundancia. La copa que Dios llena con sus dones, pasa de mano en mano, y el niño y el viejo, el que ya no puede mas o no puede todavía soportar la fatiga, como el que vuelve de los campos, bañada en sudor la frente, todos mojan en ella sus labios. Comunes son sus penas y sus alegrías. Si uno es débil, si enferma, o si los años le incapacitan para trabajar, los demás le cuidan, le alimentan y trabajan por él; de suerte que en ningun tiempo se vé abandonado de sus hermanos.

No es posible que existan rivalidades cuando todos tienen el mismo interés, ni pueden, por consiguiente, suscitarse disensiones; porque lo que enjendra disensiones, odio y envidia es el insaciable deseo de poseer mas, y siempre mas, cuando se posee para sí solo. La Providencia maldice estas posesiones a solas que incitan sin cesar la codicia y jamás la satisfacen. El pan que mejor sabe es el que se parte y come en compañía del necesitado.

Padre, madre, hijos, hermanos, hermanas, qué cosa hay mas dulce, mas santa que estos nombres? ¿Y porqué hay otros en la tierra?

Si estos vínculos se hubieran conservado en su pureza primitiva, la humanidad desconocería hoy la mayor parte de los males que la afligen, y la compasión hubiera mitigado aquellos que son por naturaleza inevitables. Las lágrimas realmente amargas son aquellas que no se vierten en un seno amigo, aquellas que una mano consoladora no se apresura a enjugar.

¿De donde proviene que nuestro destino es tan penoso y tan miserable nuestra vida? Nuestra es la culpa toda, porque hemos desconocido las leyes de la naturaleza, y nos hemos apartado del camino que ella misma nos trazara. El que se aparta de los suyos y se empeña en trepar, sin ayuda de nadie, por entre rocas escarpadas, no debe quejarse de la aspereza del camino.

«Mirad las aves del Cielo: ni siembran, ni cosechan, ni amontonan en graneros, y el Padre comun las sustenta. ¿No valeis vosotros mucho mas que ellas?»

Lugar hay para todos en la tierra, y Dios la ha hecho bastante fecunda

para que pueda proveer con abundancia al sustento de todos. Si muchos, pues, carecen de lo necesario, es porque el hombre ha trastornado el orden establecido por Dios; es porque ha roto la unidad de la familia primitiva; es porque los miembros de esta familia han comenzado por hacerse extraños unos a otros, y han acabado por ser enemigos unos de otros.

Hanse formado multitud de sociedades, pueblos, tribus y naciones diversas, que, en vez de darse la mano y ayudarse mutuamente, solo han pensado en hacerse daño.

Las malas pasiones y el egoísmo, que es padre universal de todas, han armado a los hermanos contra los hermanos. Cada cual ha procurado su propio interés a espensas del interés del prójimo; la rapiña ha desterrado del mundo la seguridad; la guerra lo ha devastado; los hombres, en fin, se han disputado con furioso empeño los jirones sangrientos de la comun herencia. Cuando la fuerza que debiera emplearse en el trabajo productivo, se emplea principalmente en destruir; cuando el incendio, el robo, el homicidio dejan impresa en la tierra la huella del hombre; cuando la conquista interrumpe y corta las relaciones naturales de los pueblos entre sí, cercenándoles el territorio que cada cual ocupa y puede cultivar; y cuando otros infinitos obstáculos dificultan las comunicaciones entre los países y el libre tráfico de sus productos, ¿cómo es posible que estos desórdenes tan radicales no ocasionen miserias igualmente profundas?

Después de dividirse las naciones entre sí, cada nación se ha dividido a sí misma; porque ha habido hombres que se han sobrepuesto a los demás, dirigiéndoles estas impías palabras: A nosotros pertenece mandar y gobernar, y a vosotros toca tan solo obedecer.

Y han hecho las leyes en ventaja suya, y las han mantenido con la fuerza. En un lado de la balanza han colocado el poder, las riquezas y los placeres; en el otro, las cargas y las miserias de la sociedad.

En ciertos tiempos y en ciertos países, el hombre ha llegado a ser propiedad del hombre: hase traficada con su persona, y comprádole, y vendidole, bien así como se venden y se compran las acémilas.

En otros países y en otros tiempos, hanle dejado en apariencia su libertad; pero se ha hecho de modo que el fruto de su trabajo pasase casi íntegro a manos de los que le tenían bajo su dependencia. Mas le hubiera valido una esclavitud declarada, porque, al menos, el amo alimenta, hospeda, viste a su esclavo y le cuida en sus enfermedades, a causa del interés que tiene en conservarle; pero al que no pertenece a nadie, le emplean mientras pueden sacar de él alguna utilidad, y luego le desechan y abandonan. Y en efecto, ¿para que puede servir el hombre cuando los años y el trabajo han consumido sus fuerzas? Para morir de hambre y de frío en una esquina; y aun así, repugnaria su aspecto a los dichosos que gozan los placeres de la vida. Acaso les diría cuando pasasen: ¡Un pedazo de pan por amor de Dios! y sería incómodo escuchar tales palabras. Por eso lo recojen y lo echan en uno de esos lugares inmundos que llaman *asilos de mendicidad*, que son como el vestibulo del muladar donde irán a parar sus huesos.

El excesivo amor que se tiene el hombre a sí mismo, ha sofocado siempre su amor a los demás. Ha habido hermanos que han dicho a sus hermanos: Nosotros no somos de la misma raza que vosotros; es mas pura nuestra sangre; no queremos mezclarla con la vuestra; vosotros y vuestros hijos estais destinados a ser eternamente nuestros servidores.

En algunas partes se han establecido distinciones fundadas, no ya sobre el nacimiento, sino sobre el dinero.

¿Cuanto poseéis?—Tanto.—Sentaos al banquete social: la mesa está puesta

para vosotros. Tú, que nada tienes, retírate. ¿Acaso hay patria para el pobre!

De modo que la fortuna es la que ha designado las categorías y determinado las clases. Ha habido derechos de toda especie para el que ha sido rico; para él fué inventado el privilegio exclusivo de tomar parte en los negocios de todos, es decir, de hacer su propio negocio a costa de los demás.

Los *proletarios*, como se les llama con soberbio desden, libres individualmente, han sido, en cuerpo, la propiedad de los que se abrogan el derecho de señalar las categorías sociales, de determinar el movimiento de la industria, las condiciones del trabajo, los jornales y el reparto de los frutos. Lo que les plugo mandar se ha llamado despues *ley*; y las leyes no han sido, en su mayor parte, sino medidas de interés privado, medios de aumentar y de perpetuar el dominio y los abusos del dominio de unos pocos sobre la gran mayoría del pueblo.

Esto ha venido a ser el mundo, una vez roto el vínculo de la fraternidad. Para unos, la opulencia y el regalo; para otros la fatiga, la miseria, y una huesa, al fin, en que descansar.

Aquellos forman, bajo diversas denominaciones, las clases elevadas; de estos últimos se compone el pueblo.

II.

Sois, pues, el *pueblo*: sabed, primero, qué cosa es el pueblo.

Hay hombres que, espuestos un día y otro, sin cesar, al sol, a la lluvia, al viento, a la inelemencia de las estaciones, labran la tierra, depositan en su seno, con la semilla que ha de fructificar, una parte de su fuerza y de su vida, obteniendo de este modo, con el sudor de su rostro, el alimento necesario a todos.

Estos hombres son hombres del pueblo.

Otros hay que benefician los bosques, que explotan las canteras y las minas, que bajan a inmensas profundidades en las entrañas de la tierra para extraer la sal, el carbon de piedra, el metal, los materiales todos indispensables para el desempeño de las artes y oficios. Estos, como los anteriores, envejecen bajo el duro peso del trabajo, para proporcionar a los hombres las cosas de que todos tienen necesidad.

Estos hombres son tambien hombres del pueblo.

Otros funden los metales, los modelan, los dan las formas convenientes para que puedan destinarse a mil diversos usos. Otros labran la madera; otros tejen la lana, el lino, la seda, y fabrican diferentes telas; otros, en fin, empleados en distintos oficios, atienden a las infinitas necesidades, ya naturales, ya de lujo o conveniencia social.

Estos son tambien hombres del pueblo.

Otros muchos, amagados de continuos peligros, cruzan los mares a fin de transportar de una rejion a otra los productos propios de cada una de ellas; o luchan con las olas y las tempestades, ora bajo el fuego de los trópicos, ora en medio de los hielos polares, para aumentar con la pesca la provision comun de subsistencias, o para extraer del seno del Océano una multitud de producciones útiles a la vida humana.

Estos son tambien hombres del pueblo.

¿Y quien empuña las armas en defensa de la patria?; quien sacrifica por ella sus juveniles años, su reposo y su sangre? ¿Quien se resigna y muere por la

seguridad de los demás, por afianzarles los tranquilos gozes del hogar doméstico? ¿quien, sinó los hijos del pueblo?

Algunos de ellos tambien, luchando con mil obstáculos, animados, sostenidos por su genio, desarrollan y perfeccionan las artes, las letras, las ciencias, que suavizan las costumbres, civilizan las naciones, las rodean de esa resplandeciente aureola que se llama gloria, y hacen brotar uno de los manantiales, el mas fecundo, de la prosperidad pública.

De modo que, en todos los paises, aquellos que sufren y trabajan para producir y propagar los productos, aquellos cuyos afanes redundan en beneficio de la comunidad entera, las clases mas útiles a su bienestar, las mas indispensables a su conservacion, constituyen el pueblo. Eexceptuando un corto número de privilegiados, que viven en una atmósfera de gozes continuados, el pueblo es el género humano.

Sin el pueblo no hay prosperidad posible, ni progreso, ni vida; porque no hay vida sin trabajo, y el trabajo es en todas partes la suerte del pueblo.

Si él desapareciese de repente, ¿qué sería de la sociedad? La sociedad desaparecería con él, y solo quedarían algunos pocos individuos de esos privilegiados, desparramados por la tierra, que tendrían entonces que cultivarla forzosamente con sus propias manos. Para vivir, tendrían inmediatamente que hacerse pueblo.

¿Y cual es la condicion del pueblo en esta sociedad, compuesta casi únicamente del pueblo, y que sin pueblo no puede subsistir? ¿Qué hace por él la sociedad?

Le condena a luchar sin descanso contra una multitud de obstáculos de toda especie, que opone al mejoramiento de su suerte, al alivio de sus males; le deja apenas una miserable porcion del fruto de su trabajo; le trata como el labrador trata a su buey o a su caballo, y aun a veces con menos humanidad; le reduce, en fin, a una servidumbre sin término y a una miseria sin esperanza.

III.

Si pudieran contarse las injusticias que hace siglos y siglos viene sufriendo el pueblo en la superficie toda de la tierra, no como consecuencia de las leyes de la naturaleza, sinó de los vicios de la sociedad, su número igualaría al de las yerbas que cubren la tierra, regada con sus lágrimas.

¿Y habrá de suceder siempre lo mismo? ¿Estará acaso destinada esa muchedumbre a recorrer perpetuamente el círculo de unos mismos dolores? ¿No tendrá nada que esperar del porvenir? Al atravesar la espinosa senda que ella misma se ha trazado al través de los siglos, ¿no habrán de salir de sus entrañas mas que gritos de dolor? ¿Acaso el destino fatal le habrá vedado mejorar su suerte? ¿La habrá condenado el Padre eterno ha sufrir constantemente y con igual rigor?

No lo penseis siquiera: eso sería una blasfemia.

Las leyes de Dios son leyes de amor. Lo que viene de él no son los males que afligen a sus pobres criaturas, sinó los bienes que con mano pródiga derrama en torno de ellas.

La amorosa y blanda brisa que les reanima en la primavera es un soplo de su boca, y el rocío que les refresca durante los ardores del estío, es su perfumado aliento.

Hay algunos que dicen:—Sois destinados al nacer a un continuo suplicio:

vuestra vida en el mundo no es otra cosa, ni debe ser otra cosa.—¿Y quien sinó ellos ha preparado vuestro suplicio? Han fundado su propia felicidad sobre vuestra desventura; y por eso quieren persuadiros que vuestra miseria es irremediable, y que sería una tentativa insensata y criminal el procurar tan solo salir de ella.

No escuchéis esas palabras de mentira. La felicidad perfecta a que aspira todo ser humano, no es, en verdad, de este mundo. Por él pasáis para obtener un fin, para cumplir un deber, para llevar a cabo una santa empresa; este es, pues, el tiempo del trabajo: el tiempo del reposo está mas allá de la vida. Pero el que este trabajo os impuso no quiso imponeros un perpetuo castigo; antes quiso proporcionaros un bien verdadero, aunque interrumpido por los penosos esfuerzos que de vosotros reclama, como principio de la felicidad completa, que será su término.

Nos parecemos al labrador que siembra a la entrada del invierno y no recoge su cosecha hasta el otoño. Y sin embargo, ¿no es cierto que encuentra satisfaccion en su trabajo?; ¿no germina en sus surcos, con la semilla, su contento y su esperanza?

Esa miseria que os dicen ser irremediable, deber vuestro es, por el contrario, remediarla; y pues el obstáculo no está en la naturaleza, sinó en los hombres, podéis hacerlo cuando queráis, porque ¿qué pueden contra vosotros esos que tendrían interés en impedirlos? ¿Cual y cuanta es su fuerza? Sois ciento contra cada uno de ellos.

Si hasta ahora habeis obtenido tan poco fruto de vuestros esfuerzos, ¿qué hay en ello que os admire? Habeis empuñado las armas que destruyen, pero no habeis tenido la virtud que edifica. La justicia os ha faltado con frecuencia, y la caridad siempre.

Teniais que defender vuestro derecho, y habeis atentado, o han atentado otros en vuestro nombre, al derecho ajeno. Teniais que establecer la fraternidad entre los hombres, el reinado de Dios y el reinado del amor; y en vez de hacerlo, cada cual ha pensado esclusivamente en sí mismo y en su propio interés. El odio y la envidia han sido los únicos móviles de vuestra conducta. Examinad vuestra conciencia, y en ella hallareis casi todos este pensamiento secreto:—Yo, que trabajo, padezco; aquel, que está ocioso, vive en la opulencia: ¿porque ha de ser él tan dichoso y yo tan infeliz?—Y deseais con ansia hallaros en su situacion, para ser, como él, opulento y vivir ocioso.

Pero esto no sería destruir el mal, sinó perpetuarlo. El mal está en la injusticia misma, y no en que sea este, mejor que esotro, quien se aproveche de la injusticia.

¿Quereis llevar a buen término vuestra empresa? Emplead los buenos medios para conseguir lo que es bueno. No confundáis la fuerza que alimenta la justicia y la caridad, con la violencia feroz y brutal. Pensad en vuestros hermanos tanto como en vosotros mismos: que su causa sea vuestra causa, su interés vuestro interés, su mal vuestro mal: amadlos como os amais a vosotros mismos: que vuestra indiferencia se torne en viva simpatia, y vuestro egoismo en desinterés. Entonces ya no sereis simples individualidades que, si a veces se unen, es para imponer con mas fuerza su voluntad; sereis uno, y lo sereis todo. ¿Y quien podrá entonces interponerse entre vosotros y el fin que deseais alcanzar? Ahora, porque vivís aislados, porque no piensa cada cual mas que en sí y en sus fines personales, consiguen dominaros por la discordia, por la oposicion misma de vuestros intereses; pero, cuando no tengais mas que un interés, una voluntad, una accion comun, ¿de donde sacarán la fuerza para dominaros?

Pero comprended bien vuestra mision; de lo contrario, nunca saldreis vencedores.

No se trata de que os formeis individualmente una suerte mejor, porque la generalidad siempre quedaría sujeta a las mismas miserias, y nada habriais adelantado: el bien y el mal estarian distribuidos diferentemente entre las personas; pero siempre subsistirian en igual proporcion: unos subirian, otros bajarian, y todo vendría a quedar como antes estaba.

Tampoco se trata de sustituir una denominacion con otra denominacion: ¿qué importa quien sea el que domine, si al fin domina? Todo dominio implica distincion de clases, y por consiguiente privilegios e intereses encontrados; y en virtud de las leyes hechas por las clases altas para asegurarse los privilegios inherentes a su elevada posición, implica así mismo el sacrificio de todos o de casi todos a unos pocos privilegiados. El pueblo viene a ser como el abono en que jermína y echa raizes la semilla del poderoso.

Vuestra grave mision hela aquí: teneis que formar la familia universal, que reedificar la ciudad de Dios, que realizar su obra en la humanidad por medio de un trabajo coostante y progresivo.

Cuando, amándoos unos a otros como hermanos, os trateis mutuamente como hermanos; cuando cada uno busque su felicidad en la de todos, uniendo sus intereses y su vida a la vida y al interés comun; cuando os halleis dispuestos á sacrificarlo todo por vuestros hermanos, y ellos por vosotros; entonces desaparecerán la mayor parte de los males que pesan sobre la misera humanidad, al modo que el sol disipa los vapores de la tierra, cuando asoma por Oriente su disco luminoso. Y lo que Dios ha querido se cumplirá; porque su voluntad es que el amor, estrechando mas y mas cada vez los elementos diseminados de la humanidad, los organice en un solo cuerpo, y sea ella *una* como Él es *uno*.

IV.

Ya conoceis el fin a cuyo logro deben dirigirse vuestros esfuerzos. La naturaleza misma os impele hacia él, os incita continuamente a conquistarlo, inspirándoos el invencible deseo de veros libres de los males que os asedian, y de alcanzar un estado mas venturoso, que solo podrá serlo para vosotros, siéndolo igualmente para vuestros hermanos. Es decir que, trabajando para ellos, trabajareis para vosotros, y que no podreis trabajar con fruto para vosotros sinó trabajando para ellos con invariable amor.

Pero no basta, sin embargo, que conozcais el fin a que os ha destinado el Criador; es necesario que sepais tambien por qué medios llegareis a él, sin lo cual vuestros esfuerzos serian estériles. Pobres viajeros rendidos de fatiga, que ansiais llegar al albergue hospitalario; yo os enseñaré el camino.

Yo os diré la verdad toda, porque ella es la que salva. Hay quienes juzgan prudente el ocultarla: esos son, o impostores, o almas pusilánimes que se asustan de Dios; porque la verdad es Dios mismo, y ocultar la verdad es ocultar a Dios.

La sabiduría que preside a la vida humana, y la impide estraviarse en el caos de los errores, consiste en el conocimiento y en la práctica de las verdaderas leyes de la humanidad; y el conjunto de estas leyes, de que se compone el órden moral, es lo que se llama *derecho* y *deber*.

Muchos no os hablan mas que de vuestros deberes: otros os hablan solo

de vuestros derechos, separando así peligrosamente lo que de hecho es inseparable. Es necesario que conozcais vuestros derechos y vuestros deberes, para cumplir los unos y defender los otros. De otro modo, jamás saldréis de vuestra miseria.

El derecho y el deber son como dos palmeras, que no dan fruto sinó crecen una al lado de la otra.

Vuestro derecho es vuestra persona; esto es, vuestra vida y vuestra libertad.

¿No tienen todos el derecho de vivir, el derecho de conservar la vida que Dios les ha dado?

¿No tienen todos el derecho de ejercitar y desarrollar sin límites sus facultades intelectuales y corporales, a fin de atender a sus necesidades, mejorar su condicion, alejarse cada vez mas del bruto, y acercarse cada vez mas a Dios?

¿Se puede acaso con justicia prohibir que un pobre ser humano salga del círculo de su miseria e ignorancia, de su desnudez y envilecimiento, cuando sus esfuerzos para ennoblecerse a nadie perjudican, o perjudican tan solo a aquellos que fundan su bienestar en la desventura de otros?

El furor de esos hombres perversos, cuando ven que el débil sacude sus cadenas, ¿no es semejante al furor de la fiera contra su víctima, que forcejea por salvarse? Y no son sus quejas, como las quejas del buitre cuando se le escapa su presa?

Así es la verdad; y lo que es bueno para uno, es bueno para todos. Todos deben vivir, todos deben gozar de una lejitima libertad de accion para llegar al fin que se proponen, progresando y perfeccionándose sin cesar. Debemos, pues, todos respetar mutuamente nuestros derechos, y este es el principio del deber: esta es además la justicia.

Pero la justicia no bastaría a satisfacer los deseos de la humanidad. Verdad es que, bajo su imperio, cada cual gozaría con plenitud de sus derechos, pero viviría aislado en el mundo, privado de la ayuda y socorro que todos necesitamos. Así, cuando un hombre se viese falto de pan, dirían sus hermanos:—¿Que lo busque! ¿Acaso yo se lo impido? Yo no le he robado lo suyo: cada cual debe mirar por si y para si.—Y repetían las palabras de Cain:—«¿Estoy yo acaso encargado de mi hermano?—La viuda, el huérfano, el enfermo, el débil, se verían en absoluto abandono; el egoismo y la indiferencia reinarian en los corazones; ni habría socorros mutuos, ni servicios desinteresados, ni penas ni alegrías compartidas, ni amistades verdaderas, ni trato íntimo social. La vida, retirada en el fondo del corazon humano, se consumiría en él solitaria, como una lámpara en un sepulcro, sin alumbrar mas que el cadáver del hombre; porque un hombre sin entrañas, incapaz de piedad, de amor, de simpatías, ¿qué es mas que un cadáver que se mueve?

Y pues tenemos todos necesidad unos de otros, de apoyarnos unos en otros como los frágiles tallos de las yerbecillas del campo, que el mas leve soplo ajita y doblega; puesto que el jénero humano perecería si no se comunicase mutuamente los bienes que posee cada individuo en virtud de la ley de justicia, es necesario otra ley que tienda a su conservacion, y esta ley es la caridad; y la caridad que forma un solo cuerpo vivo de todos los miembros dispersos de la familia humana, es la consumacion del deber, cuya base primitiva es la justicia.

¿Qué sería un hombre privado de toda clase de libertad, que no pudiera ir, ni venir, ni obrar sin el permiso de otro? ¿Qué sería un pueblo entero reducido a tan miserable condicion? Mas felices y menos envilecidas viven las fieras en la espesura de los bosques.

Y del mismo modo, ¿qué sería un hombre que viviera a solas con su egois-

mo, sin dañar a nadie directamente, pero sin favorecer a nadie, ni cuidar mas que de sí mismo? ¿Qué sería un pueblo compuesto de individuos estraños, unos a otros; en que ninguno compadeciese los males ajenos, ni se considerase obligado a ayudar y socorrer a sus hermanos; en que todo servicio prestado o recibido, todo acto de caridad y de misericordia no fuese sinó un cálculo de interés; en que los gemidos del dolor, los suspiros de la miseria, los gritos del hambre se perdiesen por los aires como sonidos que nadie escucha; en que los bienes se estancasen en manos del poseedor incapaz de sentir el impulso de la generosidad, que no sabe lo que es poseer, porque no goza sinó de lo que da.

Este pueblo, semejante a la cascara que deja el grano en la hera despues de trillado y recojido, no tardaría en pudrirse en el fango, si no lo barrierá antes una de esas grandes plagas que Dios envía al mundo para purificarlo.

El derecho es el que emancipa, pero el deber es el que une; y la union es la vida; y cuanto mas estrecha es la union, tanto mas perfecta es la vida.

La naturaleza misma nos demuestra la indispensable necesidad que todos tenemos unos de otros. Cuanto ven nuestros ojos en derredor, nos recuerda a cada instante el precepto divino que nos ordena socorrernos mutuamente y amar a nuestros hermanos. Cuando las golondrinas ven llegar la estacion en que deben ir a buscar en otros climas el sustento, que en ellos les tiene preparado el celeste Padre, se reunen en bandadas, y sin separarse jamás, van, cual aéreas marineras, hacia las playas donde descansarán en la paz y la abundancia. Sola, ¿qué sería de cada una de ellas? Ni una siquiera lograría librar-se de los peligros del camino; pero todas juntas, resisten al ímpetu de los vientos, y el ala débil o cansada encuentra apoyo sobre otra ala mas robusta. ¡Pobres inocentes pajarillos que vió nacer la última primavera, abrigados los mas jóvenes por sus hermanos mayores, llegan bajo su proteccion al término de su viaje, y desde la tierra lejana donde las condujo la Providencia por cima de los mares, piensan en el nido natal y en aquellas primeras e inefables alegrías que ha puesto Dios para todos los seres a la entrada de la vida!

V.

YA os lo he dicho: vuestro derecho es vuestra persona, vuestra vida y vuestra libertad. ¿No es cada hombre individualmente distinto de los demás? ¿No tiene su vida propia, separada e independiente, sus órganos corporales, sus ideas, su voluntad propia? No existiría, si no tuviera esta independencia de facultades.

Lo que constituye pues el derecho, fuera del cual no hay orden, progreso ni existencia posible, es la libertad de conservar y desarrollar estas mismas facultades individuales sin perjudicar al desarrollo de las facultades ajenas; es la posesion plena de los dones de Dios, y la libertad de gozar de ellos sin obstáculos. El derecho de cada hombre tiene, por lo tanto, su raiz en su mismo ser.

De aquí se sigue que el derecho es inalienable en lo que tiene de radical y primitivo; porque ¿quien ha imaginado nunca que un hombre pueda enajenar su ser, o darse a otro? Podemos, sí, y aun a veces debemos morir por nuestros hermanos; pero ni podemos transformar a nuestros hermanos en nosotros, ni transformarnos nosotros en ellos.

El derecho de conservarse, o el derecho de vivir, implica el derecho de poseer lo que es indispensable para la conservacion y mantenimiento de la vida. El Autor del universo no ha hecho al hombre de peor condicion que los animales; ¿no están todos ellos convidados al espléndido banquete de la naturaleza?

¿Hay uno solo entre ellos que esté escluido de él? El insecto imperceptible que nada en una gota de agua, como la ballena en el Océano, encuentra en ella el alimento necesario a la subsistencia; él tambien chupa su átomo líquido del inagotable pezon de la madre naturaleza, que jamás se niega a amamantar a sus criaturas, porque conoce sus instintos y sus necesidades.

Pero el hombre, mas noble que todas ellas, tiene dos vidas: la vida del cuerpo y la vida del alma. «No vive solo de pan, sino de toda palabra que emana de boca de Dios:» Es decir, de la verdad, que es el alimento de su inteligencia.

¿Qué sería del hombre sin el conocimiento de la ley religiosa y moral que le une a Dios y a sus semejantes, y le distingue del bruto por el sublime privilegio de la virtud?

Iluminado por su razon, que es un destello de la luz que brilla eternamente en el seno del Ser infinito, y que es su misma esencia, descubre las leyes inmutables del universo, las ideas, la norma, siempre subsistente, de todo lo que es y de todo lo que puede ser.

Y si de esta altura desde donde contempla sus propios destinos, que ninguna duracion limita, donde la esperanza despliega en la inmensidad sus infatigables alas, donde se siente animado de una fuerza secreta que le eleva sobre los tiempos, como se eleva un cuerpo leve del fondo a la superficie de los mares; si desde esa altura descendemos al estrecho valle en que se completa la primera faz de su existencia, ¿qué sería de él sin la ciencia que le instruye en las leyes de la naturaleza, sometiénola a su imperio, le descubre sus producciones para que pueda utilizarse de ellas, le arma de sus ojos investigadores para que pueda sorprenderla mejor, y aun forzarla a acatar sus voluntades, y dilata, en fin, mas y mas el círculo de su dominio, dilatando indefinidamente la esfera de su inteligencia?

El hombre dice a la tierra:—Haz que jermine esta planta en tu seno.—Y la planta jermine, y florece, y le alimenta con su fruto.

Dice a los vientos:—Transportarme a los confines del mundo.—Y los vientos, dóciles a su mandato, le llevan a la deseada orilla.

Dice al vapor:—Haz lo que no pueden hacer mis brazos; préstame tu fuerza, tan prodijiosamente superior a la mia.—Y mientras él se entrega al sueño, aquella fuerza ciega ejecuta, con una regularidad maravillosa, lo que concibió su pensamiento.

La vida del alma es, pues, el conocimiento de la ley religiosa y moral, y de las leyes del universo; y todos tienen derecho a adquirir este conocimiento, porque todos tienen derecho a vivir, a conservarse y a desarrollar su inteligencia.

Desarrollarse es crecer sin obstáculo; es dedicar el hombre libremente su actividad a todo aquello que llame su atencion, sin salirse de los límites establecidos por el órden universal; y de consiguiente, el derecho, inseparable de la libertad, se confunde con ella en su ejercicio.

Ningun hombre pertenece a otro hombre. ¿No son todos iguales por naturaleza? ¿Con qué razon, pues, pretendería cualquiera de ellos avasallar a los demás? Cada cual es dueño de sí mismo, y puede disponer a su arbitrio de su persona; de otro modo, en vez de ser el hombre lo que Dios le ha hecho, un ser racional, dotado de voluntad propia, capaz de obrar o de no obrar, segun su albedrio, no sería mas que un simple autómeta. Y yo pregunto ahora, ¿es eso el hombre? ¿Cómo se concibe un ser humano privado de razon, o una razon sin voluntad, o una voluntad sin accion, o un acto que sea realmente del que lo ejerce, sin ser espontáneo?

Así, pues, la libertad es el derecho, y el derecho es la libertad.

Sin ella, desaparece todo orden moral. El hombre que ni piensa, ni cree, ni hace mas que lo que le mandan, ¿de qué virtudes puede ser capaz? ¿De qué vicios puede ser culpable? Para él no existen ni la verdad ni la mentira, ni el bien ni el mal.

La existencia del bien y del mal implica que debe haber libertad para elegir y distinguir el uno del otro; y la libertad sometida a las condiciones jenerales del orden, que son las de la existencia misma, tiene sus limites en las leyes físicas; la del alma, en las leyes de la razon y de la justicia.

No teneis mas señor que Dios, y su voluntad es que seais libres a fin de que seais imájen suya, y de que merezcáis por vuestros esfuerzos, que él secundará desde su altura, estar algun dia plenamente unidos a él.

¡Gloria y amor al que ha creado al hombre y le ha hecho tan grande, que los innumerables mundos dispersos por el espacio no son sino antorchas que iluminan su camino, cuyo término, único asilo para su descanso, es la fuente misma de la vida, de la perfeccion, y de la felicidad.

VI.

TAL es el derecho en su esencia: es el principio conservador del ser individual, su ley propia. Pueden violarlo; pero el derecho reclama eternamente contra su violacion. Considerado en su identidad con todo lo creado, es indestructible, porque todo pereceria si él pereciese; la creacion entera volveria a la nada.

Pero el hombre no vive solo; Dios no le ha destinado a esa existencia solitaria; antes bien se conserva y se desarrolla en la sociedad, por medio de la union con sus semejantes; y la union de los individuos forma los pueblos, y la union de los pueblos forma el jénero humano o la familia universal, que debemos constituir a fuerza de incesantes trabajos, a fin de que la suma de los males, cuyo origen impuro es el egoismo, disminuya tambien incesantemente, y que los bienes que la Providencia ha sembrado en nuestro camino florezcan y se propaguen en la misma proporcion.

El árbol que crece aislado a orillas del mar, sin fuerza contra los huracanes que doblan su tronco y mutilan sus ramas a medida que van creciendo, pronto se deseca y muere. Lo mismo sucede al hombre en la tierra. No basta que la lluvia del cielo humedezca sus raizes; necesita además abrigo y compañía, para que sus ramas, al crecer, encuentren otras en que apoyarse.

Sea cual fuere el origen de una asociacion humana, cada uno de sus miembros lleva a ella consigo su derecho, tal cual le hemos explicado, y le conserva allí y en todas partes sin interrupcion; porque el derecho, no cesará de repetiroslo, no puede perderse ni enajenarse. Y el conjunto de estos derechos individuales es el derecho del pueblo, el derecho social; porque el pueblo es la sociedad, pues que por él solo subsiste y sin él dejaria al punto de existir.

El pueblo tiene, pues, como el individuo, el derecho de vivir, de conservarse y desarrollarse libremente: todo ataque dirigido contra este derecho, es una violacion de las leyes del Criador, y cuanto mas radical es esta violacion, tanto mas profundos son los males que acarrea.

Dime ahora ¡oh pueblo! qué ha sido de tu derecho en el mundo; dime lo que ha sido y lo que es tu pobre existencia, tan abrumada de trabajo.

Esclavo en otro tiempo, siervo después durante largos siglos, siempre oprimido, siempre forzado a trabajar para otros, semejante al prado que se siega en la primavera y que la hoz del hacendado codicioso vuelve a segar en otoño,

¿qué fruto has sacado de lo que, por escarnio sin duda, han querido llamar tu emancipación?

¿Porqué rastreas dolorido por la tierra que, dada en herencia a todos los hombres indistintamente, debierais todos recorrer como señores?

¿Porqué, en medio de las producciones que ella misma te ofrece y que tu trabajo multiplica, jimes con tanta frecuencia en las angustias del hambre?

¿Porqué no tienes abrigo que te defienda del frio en invierno y del ardor del sol en el estio?

¿Porqué careces de vestidos para cubrir tu cuerpo estenuado, y hasta de una mortaja para envolverlo cuando lo arrojan en la fosa comun, donde descansan por la vez primera?

Cuando la lluvia baja de las nubes, refresca y vivifica, así la humilde planta escondida en un rincón del valle, como el árbol de la montaña que estira sus robustos brazos y levanta con altivez su cabeza. ¿Porqué has de ser la sola planta en la tierra que no goze de los dones del cielo?

¿Porqué, inquieto por el día de hoy, sobresaltado por el día de mañana, son para ti amargos cuidados los que para otros son placeres de familia? ¿Porqué la copa que para otros es de néctar, es de hiel para ti solo?

¿Porqué, embrutecido desde tu infancia en el trabajo corporal, no recojes, sino a fuerza de sacrificios, algún pálido reflejo de la luz de que el alma se alimenta? ¿Porqué no se eleva nunca el astro de la ciencia sobre el horizonte de ese mundo oscuro en que vives abandonado?

Verdad es que nuestra vida en la tierra no puede estar exenta de dolores; la necesidad, el dolor mismo, en tanto que escitan nuestra actividad, son una condición del progreso comun. Verdad es también que, aunque iguales en derecho, los hombres no poseen iguales facultades, ni nacen todos en circunstancias igualmente favorables a su desarrollo; y esta desigualdad, de la que resultan diferentes inclinaciones y aptitudes para desempeñar las diversas cargas sociales, contribuye en gran manera al bien jeneral.

Pero todos deben participar de este bien jeneral, que dejaria de serlo si no fuese el bien del mayor número, el bien del pueblo, y no el de algunos individuos o el de algunas clases solamente. Y en efecto, si un hombre nadase en la opulencia, siendo los demás pobres, ¿podría llamarse su riqueza la riqueza jeneral?

Pues esto es, sin embargo, lo que ha sucedido casi siempre. El goze de los bienes destinados a todos ha sido la herencia esclusiva de unos pocos, que, teniendo al pueblo bajo su dominio, y olvidando el amor que los hermanos deben profesár a sus hermanos, le ha tratado al igual de esos animales que unimos al yugo durante el día y encerramos por la noche en el establo con un puñado de paja que les sirva de cama.

Y han podido tratarle así, y mantenerle en la servidumbre, en la ignorancia, en la abyección y en la miseria, porque, dueños de la sociedad y organizándola del modo mas conveniente a sus intereses exclusivos, han quitado al pueblo el medio de defender los suyos, despojándole de sus derechos políticos, vedándole todo jénero de cooperación en la formación de las leyes, en el manejo de los negocios comunes, y reduciéndoles a una simple obediencia pasiva.

Una gran parte de los males que existen en el mundo proviene de esta inieua violación de la igualdad natural; y mientras la sociedad no se reforme, no esperéis alivio alguno.

VII.

PUEBLO, escucha lo que de ti han dicho, y con qué te han comparado.

Han dicho que tú eres el rebaño, y ellos los pastores; tú el bruto, ellos el hombre: para ellos es, pues, tu lana, tu leche, tu carne; tú debes solo pacer bajo la protección de su cayado, y multiplicar tu especie para que puedan ellos abrigar sus miembros, apagar su sed y saciar su apetito.

También han dicho que el poder real era semejante al que ejerce un padre sobre sus hijos, siempre menores de edad, siempre bajo su tutela. El pueblo, pues, sin libertad y sin propiedad, eternamente incapaz de razón, incapaz de juzgar de lo que es para él bueno o malo, útil o inútil, vive en una absoluta dependencia del príncipe, que dispone de él y de todas las cosas como mejor le place. Servidumbre también y miseria.

Algunos no reconocen más árbitro de la sociedad que la fuerza: el poder y el derecho, según ellos, son del más fuerte. ¡Pobre pueblo!, ¡cual te oprimen y te huellan!: tal es la suerte débil; ¿de qué te tejas? En tu cándida sencillez, ¿pides a la tiranía sus títulos, ¿pues no los estás viendo por todas partes? ¿no ves esas bayonetas que brillan a la luz del sol, y esos cañones que ruedan por calles y plazas?

Otros han imaginado que el poder pertenece de derecho a ciertas castas de superior naturaleza, o han supuesto que Dios lo ha conferido directamente, ya a ciertos individuos elejidos para fines particulares, ya a determinadas familias que deben poseerlo perfectamente. De aquí concluyen que los pueblos les deben una obediencia perpetua, ciega, absoluta; porque, en efecto, siendo la voluntad del jefe designado por Dios la voluntad de Dios mismo, siempre la deberían los pueblos acatar como justa; en cuyo caso, ni los abusos, ni los excesos, ni aun los crímenes más enormes, le autorizarían a sacudir el yugo de su tiránico poder.

A esto han llamado *derecho divino*.

Pueblo, no prestes oído a esas mentiras. Deja que el impío blasfeme del Padre del género humano, y aprende a conocer sus verdaderas leyes, y a conocer tu derecho para que emprendas su conquista.

Todos los hombres nacen iguales, y por lo tanto, independientes unos de otros: ninguno, al venir al mundo, trae consigo el derecho de mandar. Si el hombre estuviese obligado desde su cuna a obedecer a la voluntad de otro, no existiría libertad moral o libre albedrío en las acciones; no existirían ni el crimen ni la virtud, porque la virtud depende de la libre elección entre el bien y el mal.

La independencia personal y la soberanía no son más que una misma cosa; y el hombre solo es capaz de virtud y responsable ante de Dios, en tanto que es libre y soberano de sí mismo. Esta soberanía propia, sublime atributo de la inteligencia, forma su carácter esencial, y le distingue del bruto, que, sometido a la fatalidad, se mueve a ciegas en la esfera de su existencia, como los cuerpos celestes en sus órbitas rigurosamente descritas.

Ningun hombre puede enajenar su soberanía, porque no puede abdicar su naturaleza o dejar de ser hombre; y de la soberanía de cada individuo, nace en la sociedad la soberanía colectiva, o la *soberanía del pueblo*, igualmente inajenable.

Cuando los hombres, reunidos por mútuas simpatías, forman una asociación de socorros mútuos, de trabajo comun, u otra cualquiera de reciproca utilidad,

¿de quien puede depender semejante asociación sinó de si misma esclusivamente? A ella llevan todos iguales derechos con facultades desiguales y capacidades distintas. Sus relaciones, fundadas sobre el invencible instinto que les mueve a unirse, y sobre las ventajas de esta union, son hijas de su libre consentimiento, y solo dependen de las leyes que ellos mismos se quieren imponer. Ninguno de ellos debe suponerse asociado contra su voluntad; y cuando esta voluntad, esta union condicional ha creado lo que llama *pueblo*, la voluntad de ese pueblo, o lo que es lo mismo, la voluntad general de los socios, constituye la *ley*: ley irrevocable en todo aquello que no contradiga las divinas y eternas leyes de caridad y justicia. Por consiguiente, en vez de destruir o alterar la libertad primitiva, la ley no es mas que el ejercicio de esta misma libertad, dirigida a un fin útil a todos por la razon de todos.

Y, si alguno intentase sustituir su voluntad individual a la voluntad comun, sus mandatos, cualesquiera que fuesen, no serian leyes, sinó una violacion del principio mismo de la ley, un acto ilejítimo y subversivo de toda verdadera sociedad.

Así es que, cuando, destruyendo la base natural de la igualdad en la organizacion del Estado, se da esclusivamente a ciertas clases privilegiadas la autoridad lejislativa; cuando se quiere que el poder sea una atribucion del nacimiento o de la riqueza, entonces hay desórden y tirania, porque la asociacion se convierte en dominacion verdadera. Unos mandan, ¿y porqué? ¿quien ha sometido los unos a los otros? ¿quien ha dicho a los que mandan:—Vuestros hermanos inclinarán la frente en vuestra presencia; sed sus señores; disponed de ellos y de lo que es de ellos, de su trabajo, y del producto de su trabajo como os parezca?

Toda ley a cuya formacion no ha cooperado el pueblo, toda ley que no emana de él, es esencialmente nula.

Cuando os hablen del soberano, del príncipe, de los poderes públicos, es que quieren alucinaros con sonoras frases. Ya os lo he dicho: la soberania reside en vosotros mismos; el soberano es el pueblo; el pueblo esencialmente libre; y el poder, ya sea uno el que lo ejerza, ya sean muchos, deriva de él, puesto que la mision de todo poder se reduce a ser mero ejecutor de la ley o de la voluntad del pueblo. Para esto unicamente es elegido y delegado; no para mandar, sinó para obedecer; y si deja de obedecer al pueblo, el pueblo le destituye como a un mandatario infiel, y elije otro en su lugar.

Tambien es preciso que sepais lo que vais a oír: Cuando el exceso de los padecimientos os inspira la resolucion de recobrar los derechos de que os han despojado los opresores, os acusan de turbar el órden público, y os tratan de rebeldes. ¡Rebeldes, a quien? No hay rebeldia posible si no es contra el verdadero soberano, contra el pueblo; ¿y cómo el pueblo sería rebelde al pueblo? Los rebeldes son ellos, que a costa de él se crean privilejios inieuos; que, con la astucia o con la fuerza, consiguen someterle a su dominio; y así, cuando el pueblo combate ese dominio, no turba el órden, antes bien lo restablece, realizando la obra de Dios y su voluntad siempre justa.

VIII.

Vosotros, para quienes el dia es pesado, hombres de trabajos y fatigas, pobres desheredados de esta tierra, tan fecunda y tan hermosa, ¿porqué, cuando todo en la naturaleza se despierta y sonríe al romper el alba, cuando los pajarillos, sacudiendo sus alas, húmedas del rocío, gorjean en las ramas el him-

no de alegría que murmuran los insectos en la yerba, tenéis esa tristeza en vuestros ojos y ese silencio en vuestros labios? ¿Porqué la dulce luz, que se derrama desde el Oriente, cuando este se abre como una flor celeste, no disipa jamás las nubes de vuestra frente?

La abeja tiene su colmena donde albergarse, y vosotros no tenéis asilo que sea vuestro; la oruga tiene su vestidura de seda, que la protege contra el frío, y vuestros miembros están desnudos; el mas miserable gusano halla sobre la planta natal abrigo y sustento, y vosotros carecéis de uno y de otro.

Y no es porque la Providencia haya sido mas cruel con vosotros, sino porque lo que Dios os da os lo quitan los hombres. ¿Qué os han dejado de lo que a todos prodiga? Hasta os prohíben cojer una gota de agua del mar: dicen que esa gota es del fisco, y no vuestra.

Vuestros males, lo repito, provienen de los vicios de la sociedad actual, desquiciada por el egoísmo de algunos hombres; y mientras estos hagan ellos solos las leyes, no mejorareis de suerte. Si tuviérais algo que esperar de ellos, y si no deseasen y procurasen, como es de justicia, mas que el mayor bien de todos, ¿se elevarian por cima de todos? ¿se reservarian tan esclusivamente la administracion de los negocios de todos? Cuando os prohíben manejarlos, ¿es acaso por zelo hacia vuestros intereses? ¿Para qué quieren mandar? para bien vuestro, o para el suyo? Si para el suyo ¿bajo qué título, y de donde les viene ese privilegio? Si para el vuestro ¿os creen por ventura incapaces de discernir por vosotros mismos lo que os conviene o perjudica? Es decir que, según ellos, sois irracionales.

Todos somos hijos del mismo padre, que es Dios, y el padre comun no ha puesto a unos hermanos bajo el dominio de otros; no ha dicho al uno: Manda; y al otro: Obedece. Débense mutuamente ayuda y socorro, y justicia, y caridad, nada mas; y la sociedad que, movida por pasiones insensatas y desenfrenadas, por el orgullo y la codicia, se muestra tan dura para con el género humano, no es en su esencia, ni debe ser mas que la union de las fuerzas y de las voluntades para cooperar con mejor éxito al bienestar de la vida:—no debe ser mas que la organizacion de la fraternidad.

¿Había acaso reyes, nobles, patricios y plebeyos antes de que hubiese pueblos? Y si el pueblo, igual y libre, preexistía a toda clase de distinciones, es bien claro que estas distinciones, cuando no son el fruto de la violencia y del robo, deben proceder del pueblo, de su voluntad independiente, de su impercedera soberanía. Fuera de este círculo, nada hay que sea legitimo. Patriaciado, nobleza, poder real, en una palabra, toda prerogativa, que pretenda tener en si misma su derecho, sustrayéndose a la voluntad soberana del pueblo, es un atentado contra la sociedad, una usurpacion revolucionaria, un jérmen, cuando menos, de tiranía.

El pueblo no hace distincion de clases, ni crea privilejios; lo que hace es delegar empleos; confiar tal cargo a este, tal otro a aquel; encomendarles la ejecucion de sus decisiones, lo que ha determinado para el bien comun, con arreglo a las formas establecidas por él, y que siempre puede modificar o cambiar de raiz.

Hipócritas, que os decís cristianos; abrid la ley cristiana, y leereis en ella: «Los príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y los mas grandes son los que ejercen el poder. No sucederá así entre vosotros: el que quiera ser mas grande que los demás, que sirva a los demás; y el que quiera ser el primero de todos, sea de todos el servidor.»

Así, pues, a quien quiera que se atreva a llamarse vuestro señor, decidle que miente. No os dejéis, ni oprimir por los hombres de violencia, ni engañar por esos que os predicán la servidumbre en nombre de Dios, y que, afanándose

por sepultaros en el embrutecimiento de la ignorancia, dicen en seguida: El pueblo carece de luzes y de razon; es imposible que pueda guiarse a sí mismo; es preciso, por su propio interés, que otros le gobiernen.

Al contrario, vuestro derecho consiste en que nadie os gobierne, ni os imponga leyes a su arbitrio: estas deben emanar solo de vosotros. Ejercza el depositario del poder público un mero cargo revocable; sea vuestro *servidor*, y nada mas.

Luego que hayais reconquistado vuestro derecho, si usais de él con moderacion, el mundo cambiará de aspecto; habrá en él menos lágrimas, y lágrimas menos amargas. El contraste de la suma opulencia y de la indijencia suma irá desapareciendo poco a poco, y al fin cesará de aflijir a la humanidad. El hórrido fantasma del hambre no volverá a sentarse dentro de vuestro hogar. Tendremos el sustento del cuerpo y el pasto del alma: repartidos, como deben estarlo entre hermanos, los bienes que nos ha destinado la Providencia, y multiplicarán por efecto de la misma reparticion. Los hijos no rodearán llorando a su padre, cuando vuelva por la noche esteuado de fatiga, pidiéndole el pan que les falta; ni alzarán mas sus inocentes manecitas al cielo, sinó para bendecirle por sus dones. Volverá la sonrisa a los labios maternos; y cuando el anciano, satisfecho de la vida, contemple el sol de otoño próximo a su ocaso, dorando con sus postreros rayos las hojas amarillentas y la yerba marchita, un presentimiento misterioso llenará su pecho de alegría, anunciándole la llegada de una nueva primavera y de una nueva aurora mas allá de la vida.

IX.

No basta que conozcais vuestros derechos; es preciso que conozcais tambien vuestros deberes, porque la práctica del deber no es menos necesaria que el goze del derecho, para la conservacion del orden que Dios ha establecido, y fuera del cual no esperéis nada bueno de las cosas de la tierra.

El derecho es la garantia de vuestra existencia individual y de vuestra libertad; es vuestra libertad misma: él hace que seais una persona, y no una cosa cualquiera, de que es dueño de apoderarse el primero que llega, para hacer de ella el uso que mejor le cuadre.

Pero ¿basta solo existir? ¿basta acaso ser libre? Nada existe aisladamente en el universo. Nadie se basta a sí solo. Todos damos para recibir, todos recibimos para dar, y en todas partes se agotaria la vida sin ese don mutuo e incesante de todos a cada uno, y de cada uno a todos.

¿Quien podria vivir sin necesitar jamás el socorro y la ayuda de otro? En la infancia, en las enfermedades, en todo y para todo necesitamos la ayuda de nuestros hermanos.

Figuraos un hombre solo, sin relaciones con sus semejantes, sin recibir nada de ellos, y sin darles nada. Este hombre seria como el salvaje en medio de los bosques; seria aun menos que el salvaje, porque el salvaje vive en familia, en sociedad; seria aun mucho menos que la fiera, que vive con su hembra y sus cachorros, de quienes cuida, que muchas veces se asocia para defensa reciproca, o para ayudarse en sus trabajos, a otros animales de su misma especie. El hombre aislado de los otros hombres, privado por consiguiente de lenguaje, de intelijencia y de amor, seria en el seno de la creacion una especie de monstruo sin orijen, sin vínculo alguno, sin nombre; un no sé que indefinible, que mirariamos con horror.

Y así como la simpatia y el instinto reunen a los animales, segun sus leyes

propias, el deber coordina y asocia a las criaturas libres. El es la base de la sociedad, la indispensable condicion de la existencia comun.

El derecho concentra a cada hombre en si mismo, porque, teniendo por objeto inmediato la conservacion del individuo, todo derecho, por su esencia, es individual; y el pueblo, bajo este punto de vista, no es mas que un individuo colectivo.

Reclamar un derecho es pedir algo para si; y, por lo tanto, el puro derecho, separado del deber, seria el egoismo puro, esto es, la suma injusticia, segun las antiguas máximas. ¿Qué es, en efecto, la injusticia sino la preferencia absoluta de uno mismo a los demás, o el sacrificio de los demás a uno mismo? Cometer un homicidio, un robo, un delito cualquiera, es sacrificar la vida o el interés de otro a la pasion, a la codicia o al interés esclusivo del agresor.

El deber, por el contrario, hace imposible el egoismo, porque tiene por objeto la conservacion, el bien de todos. Cumplir un deber es hacer alguna cosa útil a otro. El deber puro es el sacrificio puro, o la justicia y el amor supremos. ¿Qué es, en efecto, la justicia, y qué es el amor, sino la preferencia de los demás a uno mismo, o el sacrificio de uno mismo a los demás?

El derecho es sagrado, pues es el principio conservador del individuo, elemento primitivo y raiz de toda sociedad.

El deber es tambien sagrado, pues es el principio conservador de la sociedad, fuera de la cual ningun individuo podría desarrollarse ni subsistir.

¡Oh! ¡cuan feliz seria el género humano, y cuan rápidamente progresaria en la senda de que jamás debiera detenerse, si siempre fueran respetados los derechos, y si todos cumplieran siempre sus deberes!

Ese orden maravilloso, esa sublime armonia de la naturaleza creada, que tanto nos admira y asombra, ¿de donde procede? De que todo en ella tiene señalado su lugar, donde se mantiene invariablemente. Cada ser, obedeciendo con puntual regularidad a las leyes jenerales y a sus leyes particulares, desempeña fielmente la mision que le asignó el Criador. Desde el sol, de donde brotan inagotables raudales de luz y vida, hasta la fuente que mana gota a gota del peñasco, todo está ordenado para un mismo fin, y todo contribuye a él por medio de infinitos y variados accidentes que el pensamiento admira cada vez mas, a medida que mas los contempla. No hay en el universo una accion, un movimiento que, directa o indirectamente, no coopere al natural incremento de la mas humilde planta; y los mundos, después de haber recorrido como ella, las diferentes fases de su existencia, se descomponen, tambien como ella, para servir de sustento a otros mundos.

No hay una sola criatura cuya existencia no dependa de las otras criaturas. Es preciso, para que subsistan, que constantemente se opere en ellas una transmision de su ser. ¿Qué es vivir? Recibir. ¿Qué es morir? Dar. La vida, en su condicion primera, supone un sacrificio, una comunión perpetua y universal.

Y todo lo que hace a ciegas la materia bruta, las piedras, las plantas, los animales, sometidos imperiosamente al impulso de la necesidad fatal e irresistible, debe hacerlo el hombre libremente; debe, subordinándose al todo de que es miembro, amar a sus hermanos como se ama a si mismo, descartar el bien de ellos como desca el suyo propio, regocijarse con sus alegrías, allijarse con sus penas, ayudarlos, servirlos, identificarse con ellos, sacrificarse por ellos, y trabajar de este modo, por medio de una union cada vez mas íntima, así entre los individuos como entre los pueblos, en consumir la santa unidad del género humano.

X.

El deber se estiende a todos los seres, porque todos tienen su puesto señalado en el universo; todos desempeñan en él, sujetándose a las miras de la suprema sabiduría, obligaciones que ella no quiere que se interrumpan; todos, en fin, gozan del don divino, y tienen derecho para gozar de él. Destruir uno solo por mero capricho, o imponerle padecimientos inútiles, es una acción mala, y opuesta a las leyes eternas del orden.

Respetad a Dios en sus menores obras, y que vuestro amor, como el suyo, se estienda a todo lo que respira y vive.

Si al dotar al hombre de inteligencia, le ha hecho rey de la naturaleza, no ha querido por eso que fuese su tirano. Su ojo, que todo lo ve, tiene también una mirada paternal para el pobre gorrioncillo que palpita prisionero en vuestra mano.

No hay sociedad posible sin el deber, porque sin él no puede existir vínculo alguno entre los hombres. El deber comprende, como ya habeis visto, la justicia y la caridad.

No hacer a otro lo que no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros mismos, es la justicia.

Hacer por otro, en todas ocasiones, lo que quisiéramos que él hiciese por nosotros, es la caridad.

Un hombre vivía de su trabajo, con su mujer y sus tiernos hijos, y como tenía buena salud, brazos robustos, y fácilmente hallaba quien le emplease, podía, sin afanarse demasiado, atender a su subsistencia y a la de los suyos.

Pero sucedió que, habiendo sobrevenido grandes calamidades en aquel país, no hubo ocupación para el trabajo, porque los que lo pagaban no tenían en ello beneficio, y al mismo tiempo subió el precio de las provisiones.

El trabajador y su familia empezaron, pues, a sufrir mucho. Después de haber agotado con harta prontitud sus cortos ahorros, se vió precisado a ir vendiendo sus muebles uno a uno, luego sus vestidos, y cuando ya se hubo despojado de todos sus recursos, empezó a luchar frente a frente con el espectro del hambre. Y el hambre no había entrado sola en su vivienda: las enfermedades habían entrado también con ella.

Aquel hombre tenía dos vecinos, uno mas rico, otro menos.

Fuese a ver al primero, y le dijo: Señor, nos vemos en la mayor miseria, yo, mi mujer y mis hijos: tened compasión de nosotros.

El rico le contestó: ¿Y qué queréis que yo haga? Cuando trabajasteis por mi cuenta, ¿dejé alguna vez de pagaros vuestro jornal? ¿os debí nunca el menor atraso? Jamás he hecho daño alguno, ni a vos ni a nadie: mis manos están puras de toda iniquidad. Amigo, vuestra miseria me aflige; pero cada cual debe pensar en sí mismo en estos malos tiempos. ¿Quién sabe cuanto durarán?

Calló el pobre padre, y, lleno el corazón de angustia, volvíase lentamente a su casa, cuando encontró al otro vecino menos rico.

Este, viéndole tan pensativo y triste, le dijo: ¿Qué teneis? Veo nubes en vuestra frente y lágrimas en vuestros ojos.

Y el padre, con voz alterada, le contó sus cuitas.

Luego que hubo acabado: ¿Porqué, le dijo el otro, os aflijís de esa suerte? ¿No somos todos hermanos? ¿Y cómo podría yo abandonar a mi hermano en su desgracia? Venid, y compartiremos lo que debo a la bondad de Dios.

Así fué socorrida la familia necesitada, hasta que pudo por sí misma atender a su subsistencia.

Al cabo de luengos años comparecieron los dos ricos ante el soberano Juez de las acciones humanas.

Y dijo el Juez al primero: Mi vista te ha seguido en el mundo; te has abstenido de hacer daño a tu prójimo, de violar su derecho; has cumplido rigurosamente la estricta ley de justicia; pero, cumpliéndola, no has vivido mas que para ti; tu alma, seca y dura, no ha comprendido la ley de amor. Y ahora, en este mundo nuevo, en el que entras pobre y desnudo, hará contigo mi justicia lo que tú has hecho con los demás. Te has reservado para ti solo los bienes que te cupieron; nada has dado a tus hermanos; nada te se dará a ti tampoco. Pues no has pensado mas que en tí, ni has amado a nadie mas que a tí, ve, y vive solo.

Y, volviéndose hacia el segundo, el Juez le dijo: A tí, porque no solamente has sido justo, sino que la caridad penetró tambien en tu corazón, porque se abrió tu mano para derramar sobre tus hermanos menos felices los bienes de que eras depositario, y porque enjugó las lágrimas de los que lloraban, te serán dados mayores bienes. Ve, y recibe la recompensa del que ha cumplido plenamente el deber, la ley de justicia y la ley de amor.

XI.

HAY muchas especies de deberes: deberes jenerales y deberes particulares. Aquellos forman el vinculo universal de los hombres; estos se derivan de las relaciones diversas que establecen entre ellos la naturaleza y la sociedad.

Interrogad en todas partes a la razon, libre de preocupaciones, y a la conciencia, pura de pasiones e intereses mezquinos. Ambas responderán que el hombre es sagrado para el hombre; que atacarle en su persona, en su libertad o en su propiedad, es trastornar la base del orden, violar las leyes morales, conservadoras del jénero humano; es cometer un acto que, en todos los siglos, en todos los pueblos, ha merecido el terrible nombre de CRÍMEN.

Hay una voz en el mundo, eterna, inmutable, la voz de la justicia; hay tambien otra voz en vuestros corazones, implacable y severa, la voz de la conciencia; ambas os dicen: No matarás, no hurtarás, no atentarás a la virtud de la esposa, ni ofenderás, siquiera con el pensamiento, el pudor de la doncella.

El que derrama la sangre de su hermano es maldito en la tierra y maldito en el cielo.

Y maldito tambien es el que, con dolo o con violencia, le roba, ya sea su libertad, ya una porcion cualquiera de lo que lejitimamente posee; el que introduce en la familia la discordia, con todos los males que la discordia enjendra, el oprobio, la ira, los pesares, la desconfianza, los rencores, y casi siempre la ruina.

Las plantas de los campos estienden una junto a otra sus raizes en el suelo, que las nutre a todas, y todas en él crecen en paz. Ninguna de ellas absorbe la savia de otra, ni marchita su flor, ni corrompe su aroma. ¿Porqué el hombre ha de conducirse peor con el hombre?

Desterrad de vuestro corazón los malos descos y los malos pensamientos; porque recrearse en el pensamiento y en el desco del mal, es haber ya hecho el mal.

Hay palabras que matan; contened, pues, vuestra lengua, y que jamás la envilezcan la calumnia y la maledicencia.

El alma que da cabida en su santuario a la envidia, a la cólera, al odio y a la venganza, está siempre atormentada y próxima a abortar crímenes.

Si os han ofendido, perdonad para que os perdonen. ¿Quién no tiene necesidad de perdon? ¿Y quien puede decirse a sí mismo: Nadie debe con justicia quejarse de mí?

No camineis jamás por sendas tortuosas; que vuestra palabra sea siempre fidedigna; que nunca escandalize los oídos públicos, ni falte al respeto que el hombre debe al hombre y se debe a sí mismo.

Asimismo debemos evitar todo lo que nos degrada y envilece haciéndonos semejantes a los brutos; todos los excesos de los sentidos, las costumbres relajadas que desgastan el cuerpo, embrutecen el entendimiento, y hacen que el ser inteligente, convertido en un animal estúpido e inmundado, sea para los demás hombres un objeto de horror.

En nosotros hay dos seres: el animal y el espiritual, el ángel y el bruto; y nuestro empeño debe cifrarse en vencer al uno para que el otro domine solo, hasta el momento en que, desprendido de su corteza material, dirija su vuelo a otras regiones mas elevadas y venturosas.

Haciendo esto, no perjudicareis a nadie y seréis justos; pero aun os quedarán por cumplir otros deberes, no menos grandes y sagrados.

¿Pensais que el que se ha limitado a abstenerse del mal, el que no ha hecho daño a nadie ni tampoco bien alguno, está en paz con el prójimo y es perfecto delante de Dios? Al depositar en el fondo de nuestro corazón el jémen del amor, de la compasion y de todos los sentimientos simpáticos, ¿no os ha impuesto el Padre celestial la practica de otras virtudes mas elevadas y fecundas?

Ved esa pobre criatura humana, tendida en una esquina, hambrienta, desmayada o sobrecojida de convulsiones:—Un hombre pasa, la mira, la compadece, y sigue su camino. «¿Tengo yo la culpa, dice, de que se halle en ese estado, o es acaso obligacion mia el cuidar de ella? Harto tengo que hacer con cuidarme a mí mismo.» Otro acierta a pasar, la mira tambien, y su alma se compadece: se acerca, la coje en sus brazos, la lleva a su casa, la acuesta en su lecho, y la cuida y la asiste como el hermano asiste a su hermano y el amigo a su amigo.

De estos dos hombres ¿cuál ha cumplido verdaderamente su deber?

Siempre habrá males en la tierra, y siempre estos males deberán ser soportados.

Si vuestro hermano tiene hambre, debeis darle el sustento que necesita; si está desnudo, si no tiene asilo, debeis darle vestido y abrigo; si está enfermo, debeis asistirle. Es vuestra misma carne, porque todos sois miembros de un mismo cuerpo, que debe animar una misma alma: tratadle, pues, como a vuestra propia carne.

Hay muchas clases de pobreza y muchos jéneros de desamparo; y todo desamparo reclama proteccion, y toda pobreza socorro. ¿Qué sería sin esto, respondedme, la sociedad humana? ¿qué sería el mundo? ¿qué sería de aquellos a quienes las enfermedades, la pobreza, la soledad, la inespierencia, la candidez, la ignorancia, precipitan como fácil presa en las redes del malvado?

Repeled la injusticia hecha a otro con la misma firmeza, la misma constancia que si os fuera hecha a vosotros mismos. Estended la mano entre el opresor y el oprimido. Vuestros hermanos sois vosotros mismos, y cuando los oprimen a ellos ¿no sois tambien vosotros oprimidos?

Servid al huérfano de padre, de protector a la viuda, de báculo al anciano; no queis hospedaje al extranjero; sed el ojo del ciego y el pié del cojo.

Tened para los aflijidos aquellas palabras del alma que templan la amargura del llanto: no hay aflicción que no mitigue la simpatía. Las tristezas de la vida se disipan a los rayos del amor fraternal, como se derriten en la mañana a los rayos del sol los duros hielos del otoño.

El que sabe dar un buen consejo, un aviso prudente, o una lección útil, da más que si diese oro, porque propagar la ciencia, comunicando lo que se sabe, es sembrar el grano que habrá de alimentar a las generaciones venideras.

Nunca creáis que hacéis demasiado por conservar la paz; es a un mismo tiempo la semilla y el fruto de todo bien. Llevad con paciencia los defectos de los demás, para que ellos, a su vez, sepan conllevar los vuestros: ¿no tenemos todos nuestras flaquezas, nuestras faltas, nuestros momentos de enfado? La paciencia allana poco a poco las más ásperas rocas; nada, pues, debe en vosotros agotarla; ni las palabras que irritan, ni las vivacidades que provocan. Sed como la uva, cuyo jugo es tanto más dulce cuanto crece en un terreno más pedregoso.

Respetad la vida, la libertad, la propiedad ajenas.

Ayudad al prójimo a conservar y a desarrollar su vida, su libertad, su propiedad.

Estos dos preceptos contienen en sustancia los deberes todos de justicia y de caridad. Infinito sería el enumerarlos, porque se extienden a todas las ideas, sentimientos y acciones del hombre. Un solo precepto los resume todos: el divino precepto del amor. Amad y haced luego sin temor lo que os dictare vuestro albedrío, porque todo cuanto os dicte será justo y bueno. Amad, dice el soberano Maestro, y cumplireis la ley en todas sus partes.

XII.

ADemás de los deberes generales, existen otros particulares, y en primera línea los deberes de familia.

La familia, permanente como la sociedad, es su elemento primitivo. Las relaciones que la constituyen, anteriores a las leyes positivas, se derivan de la naturaleza misma. Un ser incapaz de reproducirse es un ser incompleto; la mujer es, pues, el complemento del hombre. El uno supone la existencia del otro, no forman entre dos cuerpos más que una sola unidad, y los hijos que de ellos proceden no son en realidad más que una prolongación, una continuación de su ser común; reviven en ellos, como suele decirse, y, por medio de generaciones sucesivas, se perpetúan indefinidamente.

El matrimonio no es, pues, una institución arbitraria; es la unión física y moral de un solo hombre con una sola mujer, que, uniéndose, se completan el uno con el otro, y todo ataque dirigido contra la unidad, contra la santidad del matrimonio, es una violación de las leyes naturales, una insensata rebelión contra el Criador, y origen de infinitos desórdenes y de males sin cuento.

Más de una vez hemos visto propagarse por el mundo doctrinas torpes y licenciosas, cuyas tendencias se han encaminado a destruir el lazo conyugal. Rechazad con horror y repugnancia esas máximas asquerosas, hijas de imaginaciones depravadas, que quisieran rebajar al hombre al nivel del bruto, y aun hacerle inferior al bruto mismo, porque en varias especies de animales se ve ya, como un débil reflejo de lo que llega a ser entre los hombres la unión santa de que depende la reproducción del género humano.

No tengáis que sonrojaros delante de la fiel y casta paloma, y no degradéis el sagrado carácter impreso en vuestra frente por el dedo de Dios.

Entre el hombre y la mujer, entre el esposo y la esposa, los derechos son iguales, las capacidades y los deberes distintos.

La mujer no es la criada del hombre, y mucho menos su esclava; es su compañera, su amiga, es hueso de sus huesos, carne de su carne. A medida que se desarrollan en un pueblo las virtudes morales, la mujer gana en dignidad y en libertad; en aquella especie de libertad que no la exceptúa del cumplimiento de sus deberes, sino que la emancipa de toda dependencia servil.

El marido debe a su mujer respeto, amor y protección; la mujer debe a su marido obediencia, amor y respeto. Dándole a él la fuerza, Dios le ha destinado a los trabajos mas penosos; dándole a ella gracia, docilidad y ternura, la ha destinado a aligerar el peso de aquellos trabajos, y aun a convertir el trabajo mismo en un manantial inagotable de puros placeres.

Cuando su mano enjuga su rostro varonil empapado en sudor, ¿no olvida él al instante todas sus fatigas? Cuando su alma está triste y caviloso su pensamiento, ¿no envía ella la serenidad a su corazón, la sonrisa a sus labios, con una palabra, con una sola mirada?

Cuando al hombre le falta su compañera, aseméjase a un junco que, azotado por los vientos, prorrumpe en lastimosos quejidos.

El libro de la naturaleza contiene infinitas lecciones que os serán provechosas; abrid los ojos, y los mas débiles animales os instruirán. Cuando las olas agitadas por los vendabales braman lanzando espuma, el pobre pájaro acuático y su compañera, refugiados en el hueco de una roca, se arrinconan apretándose uno con otro, y se cobijan y abrigan mutuamente. Muchas borrascas hay en la vida; tomad ejemplo del ave marina, y no temereis ni los huracanes ni las olas embravecidas.

Pero no es el unico objeto del matrimonio hacer mas llevadera y dulce la vida para los esposos; su objeto principal es perpetuar, por medio de la reproducción de los individuos, la gran familia humana.

Padres, madres, ¿quién de vosotros podría espresar el indecible júbilo que os hizo palpitar cuando, estrechando en vuestros brazos el primer fruto de vuestro amor, os sentisteis como renacer en él?

Nuevos deberes llegan en ese momento a unirse a los deberes primitivos destinados a unir al esposo y a la esposa. De otro modo, ¿qué sería de las débiles criaturas que de ellos han recibido la existencia? La madre les debe su leche, sus constantes desvelos y el infatigable amor de que depende su infantil existencia. El padre les debe, además de su ternura y de su vigilante protección, el pan y el vestido; debe atender a todas sus necesidades hasta que puedan ellos hacerlo por sí mismos.

Y ¿como podrá jamás atender a ellas si se abandona a la ociosidad, o si, dominado por sus vicios, disipa en satisfacerlos el producto diario de su trabajo?

El que se deja arrastrar por la pasión y los malos hábitos a semejantes desórdenes, ¿qué es mas que el asesino de los suyos? ¿Sabeis lo que bebe en esa copa que vacila en su mano trémula por la embriaguez? Bebe las lágrimas, la sangre, la vida de su mujer y de sus hijos.

Los animales se olvidan de sí mismos para no atender mas que a sus hijos: ¿querriais embruteceros hasta el extremo de perder la sensibilidad que es comun a todos los animales?

Ni creais haber cumplido vuestros deberes de padres cuando hayais dado a vuestros hijos el sustento del cuerpo. Teneis que hacerlos hombres: ¿y qué es el hombre sino un ser moral e inteligente? Aprendan, pues, de vosotros a discernir el bien del mal, a amar el primero y a practicarlo, a huir del segundo y a aborrecerlo.

Repreendedles sus faltas, pero sin cólera ni brutal violencia, sino con firme

za afectuosa y digna. Haced de modo que no hallen en la senda del vicio mas que amargura.

Cultivad desde la mas tierna edad y desarrollad en ellos los instintos elevados de nuestra naturaleza, sobre los cuales se funda la existencia social: el sentimiento de la justicia y del orden, de la conmiseracion y de la caridad.

Las lecciones que escucha el niño sentado en las rodillas de su madre, y los castigos que se le aplican con paternal solícitud, se confunden con los dulces recuerdos de su infancia, y jamas se borran enteramente de su alma.

Y no os figureis que bastan buenos consejos, pues de nada sirven las palabras sin el ejemplo. Cualesquiera que sean vuestros consejos y vuestras exhortaciones, serán estériles si no corresponden a ellos vuestras obras.

Vuestros hijos serán lo que seais vosotros, corrompidos o virtuosos segun vosotros seais virtuosos o corrompidos.

¿Cómo pudieran ser honrados, compasivos, humanos, si careceis vosotros de probidad, si no tenéis entrañas para vuestros hermanos? ¿Cómo han de reprimir sus apetitos groseros, si son testigos de vuestra destemplanza? ¿Cómo han de conservar el rubor de sus mejillas, si no teméis ofender el pudor en su presencia con acciones indecentes o con palabras obscenas?

Vosotros sois el modelo vivo por el cual se formará su flexible naturaleza. De vosotros depende hacer de ellos hombres o brutos. Y tened bien presente que todos nacemos en la ignorancia, y que el efecto de la ignorancia es la miseria y la humillacion. El que nada sabe, ¿qué es ni qué puede ser en este mundo? ¿de qué le sirve la fuerza de sus brazos sin el pensamiento que la dirige? Los brazos son un simple instrumento material, estéril en parte, cuando no les ayuda la inteligencia; porque la fuerza fisica no tiene mas valor que el que le presta la fuerza intelectual, al dirigirla. El hombre ignorante es, pues, con corta diferencia, una simple máquina en manos de los que le emplean para su interés personal. ¿Y quisierais que fuese tan triste la condicion de vuestros hijos? ¿quisierais que, degradados para siempre de la dignidad humana, vejetasen en un trabajo monótono y casi infructuoso, semejante al bucy, que, dirigido por el aguijon del labrador, ara a ciegas la tierra con provecho suyo?

Y aun el bucy, cuando vuelve del campo, está seguro de hallar asilo y sustento; pero tú, pobre pueblo, que vives del incierto trabajo de cada dia, ¿tienes acaso la misma seguridad?

Debeis, pues, a vuestros hijos la instruccion como les debeis el pan, el sustento del alma lo mismo que el sustento del cuerpo. Verdad es que, en el triste estado de la sociedad actual, con frecuencia os es muy difícil llenar este deber: las necesidades materiales os acosan de tal suerte que apenas podeis tener otro pensamiento; y tambien es cierto que hay muchos hombres demasiado interesados en que permanezcais vosotros y los vuestros privados de la luz, con cuyo auxilio llegariais a emanciparos de su tutela, para que ellos no procuren, en cuanto pueden, hacer inaccesible su manantial para vosotros.

Esto no obstante, vuestro deber existe siempre dentro de los límites en que os sea posible cumplirle, y cuando hay voluntad firme y decidida, pocos obstáculos son insuperables. La conviccion del deber os prestará una fuerza irresistible.

Tales son, oh padres, las obligaciones que Dios os ha impuesto con respecto a vuestros hijos.

Y vosotros, hijos, aprended tambien lo que debeis a vuestros padres; porque no seréis felices en la tierra, ni en el cielo, si no cumplís para con ellos vuestros deberes filiales.

Honrad, amad al padre, que os ha transmitido su vida, y a la madre, que os ha criado a sus pechos. ¿Hay un ser mas maldito que el que quebranta el

vínculo de amor y de respeto, establecido por el mismo Dios entre él y aquellos de quienes ha recibido la vida?

Sois para vuestros padres causa de incesantes cuidados, porque, en efecto, ¿no tienen ellos continuamente delante de los ojos vuestras necesidades de toda especie, que les obligan a trabajar sin tregua a fin de satisfacerlas? Para vosotros trabajan durante el día, y aun muchas veces pasan las noches en vela, mientras dormís vosotros, para no verse precisados a responderos, cuando al siguiente día les pidais el pan cotidiano: «No hay; tened paciencia.»

Si ahora no podeis ayudarles, esforzaos a lo menos por hacerles el trabajo llevadero, cuidando de complacerles en todo, y asistiéndoles con filial ternura hasta donde os permitan vuestras fuerzas.

Carécis de experiencia y de razon: necesario es, pues, que os guíen su razon y su experiencia; y para eso, según el órden natural y la voluntad de Dios, debéis obedecerles, prestando dócil atencion a sus lecciones y consejos. Los mismos hijuelos de los animales ¿no escuchan a sus padres y a sus madres, y no les obedecen al instante, cuando les llaman, o les reprenden, o les advierten lo que puede hacerles daño? Haced vosotros por deber lo que ellos hacen por instinto.

Si Dios os ha dado hermanos o hermanas, procurad que no se altere jamás la paz entre vosotros, ni el afecto que os debéis mutuamente. Habiéis salido de las mismas entrañas, y el mismo pecho os ha amamantado: ¿hay algun vínculo mas estrecho y sagrado que este? Haced de modo que los años le estrechen mas y mas: nuestra senda en la tierra es ardua y espinosa; para caminar por ella con planta segura, para no tropezar a cada paso, apoyaos unos en otros.

Muchos se pierden por haber elegido con sobrada lijereza sus amigos y compañeros: no tengais amistad sinó con aquellos que caminan por la senda del bien, y cuya conducta es irreprochable. Los otros os pervertirian muy en breve con sus palabras y con sus ejemplos, marchitando en vosotros esa delicada flor de la inocencia que derrama un suave perfume sobre la edad juvenil.

Fácilmente nos dejamos llevar de las inclinaciones que nos halagan y que debiéramos combatir y reformar incesantemente, porque después de la culpa vienen los amargos sinsabores, y el remordimiento, y las penas. Cuando habéis obrado mal, ¿no sentís una secreta inquietud y una profunda tristeza? El desórden enjendra los padecimientos, y siempre hay un dolor oculto en el fondo de toda alegría impura; por el contrario, la paz, la serenidad, el contento inalterable son el fruto de una conciencia tranquila. Parece esta al pajarillo que reposa blandamente sobre su nido, mientras por fuera la tempestad sacude y troncha las copas de los árboles.

Llega, al fin, un tiempo en que la vida decae, el cuerpo se debilita y las fuerzas se postran: entonces debéis a vuestros ancianos padres la asistencia que de ellos recibisteis en vuestros primeros años. El que abandona a su padre y a su madre en la vejez, el que contempla impasible su miseria y sus padecimientos, en verdad os lo digo, deja escrito su nombre, en el libro del supremo Juez, al lado de los parricidas.

Y penetraos bien de estas últimas palabras, vosotros todos, padres, madres, hermanos y hermanas: Si hay en la tierra placeres verdaderos, si hay una felicidad real, esa felicidad, esos placeres se hallan en el seno de una familia bien ordenada, cuyos miembros se unen estrechamente con los lazos del deber; porque la felicidad en este mundo no consiste en el goze no interrumpido de lo que los hombres llaman bienes, sinó en el mutuo amor, que alivia los males inseparables de nuestra existencia presente, y mezcla a ellos cierto presentimiento misterioso de la felicidad futura.

XIII.

El estado social, natural al hombre, establece entre las familias ciertas relaciones, de las que nace un nuevo orden de deberes: los deberes para con la patria.

La patria es la madre común, la unidad, en la cual se penetran y se confunden los individuos aislados; es el sagrado nombre que espresa la fusión voluntaria de todos los intereses en un solo interés, y de todas las vidas en una sola vida, perpetuamente duradera.

Y esa fusión, origen fecundo de inagotables bienes, principio de un progreso continuo, que sería imposible sin ella; esa fusión, cuyo efecto es aumentar indefinidamente la fuerza de conservación y la capacidad de desarrollarse, la energía productiva, la seguridad, la prosperidad, ¿como se efectúa? Por el amor fraternal, que mata al sucio egoísmo y ajusta la perfecta unión de los miembros del cuerpo social.

Y, ya lo sabéis, la verdadera sociedad, fundada sobre la igualdad natural, no es en su esencia, ni debe ser de hecho, mas que la organización de la fraternidad. Cualquiera otra institución política, sea cual fuere su forma, encierra algo de funesto e ilegítimo; de ilegítimo, porque necesariamente viola derechos imprescriptibles; de funesto, porque, violándolos, ataca la base misma del orden, y provoca de esta suerte luchas intestinas, guerras terribles, que al fin han de estallar, tarde o temprano, sin que sea posible evitarlas.

Vuestro primer deber para con la patria es, pues, trabajar con un zelo infatigable por establecer en toda su integridad el grande y saludable principio de la igualdad absoluta de los derechos, de donde emanan todas las libertades públicas y privadas; hacer una guerra sin tregua al privilegio, hasta que le hayais vencido completamente.

Permitir que se limite en lo mas mínimo la única soberanía legítima, la del pueblo; que se suspenda su ejercicio; que se sustituya la libre asociación de ciudadanos con el dominio de uno o muchos señores, es hacer traición a la santa causa del derecho y de la humanidad; es renegar hasta del nombre de patria. El establo en que comen y duermen los animales destinados al servicio del hombre no es una patria.

Si, bajo cualquier pretexto, permitis que entre los miembros esencialmente iguales de la comunidad, se creen categorías o clases investidas de ciertas prerrogativas con esclusión del resto del pueblo, sancionais la criminal usurpación de poder, en virtud de la cual se abrojan algunos el derecho de establecer semejantes categorías; sacrificais cobardemente vuestro propio derecho y el de vuestros hermanos; renunciáis por ellos y por vosotros a la dignidad de hombres, y os arrodillais sobre las ruinas de la verdadera sociedad, a los pies de la tiranía.

¿Cual es el objeto de la asociación entre las familias primitivamente independientes? Obtener una garantía mas sólida de la igualdad y de la libertad, una justicia mas duradera, un aumento de bienestar por medio de la organización del trabajo común, y el desarrollo de la facultad indefinida de pensar y de obrar, inherente a todo ser humano. ¿Y qué se necesita para esto? Buenas leyes. ¿Queréis, pues, saber lo que son las leyes? Ved quien las hace. Si las hacen algunos por sí solos, las harán únicamente, o casi únicamente, en su provecho; si las hacen todos, las harán para el bien de todos, con arreglo a los principios eternos, a las simpatías elevadas y fecundas, a los sagrados in-

tereses de cuya conservacion depende la institucion social. No os 'deis, pues, un momento de reposo hasta conseguir que todos cooperen a la formacion de las leyes, elijiendo libremente a los que hayan de hacerlas.

Entonces dejareis de vivir escluidos del manejo de los negocios comunes, y de estar entregados sin defensa a los que ahora os benefician como una mina ó un terreno propio: entonces no os arrojarán de las asambleas en que se trata de vosotros, en que se delibera sobre las cosas de que depende vuestra misma existencia, como se arroja de un estrado al can hediondo que se entra por la puerta sin que lo llamen: entonces no formareis una casta politicamente pros-crita: entonces tendreis verdaderamente una patria.

Y la patria, en cuyo seno se forman las diversas familias, debe ser para vosotros preferible a la familia, sin lo cual rompeis el vínculo que las une a todas ellas, subordinando el cuerpo entero a uno de sus miembros, y destruis en cuanto podeis la sociedad, poniéndola bajo la influencia del egoísmo, que conmueve y destruye la base sobre que descansa.

De la patria es, pues, todo lo que sois y todo lo que valeis: vuestro corazón, vuestros brazos, vuestros desvelos, vuestros bienes y vuestra vida. El que titubea en morir por ella, ese es infame para siempre.

Esto no obstante, debeis preferir la humanidad a la misma patria, porque los pueblos tienen entre si las mismas relaciones que las familias unas con otras, y están sometidos a los mismos deberes. El jénero humano es uno por esencia, y no existirá el órden perfecto, ni desaparecerán enteramente los males que alijen a la tierra, sinó cuando las naciones, rompiendo las funestas barreras que las separan, formen solo una grande y única sociedad.

El patriotismo esclusivo, que no es mas que el egoismo de los pueblos, no tiene consecuencias menos fatales que el egoismo individual; aísla, divide a los habitantes de los diferentes paises, los escita a hacerse daño en vez de ayudarse mutuamente, y es el padre de ese horrible y sangriento monstruo que se llama la guerra.

¿Qué cosa mas opuesta a la naturaleza y a sus leyes que el nombre de *es-tranjero*? ¿No somos todos hermanos? ¿Y como el hermano puede ser estranjero para el hermano?

Cada pueblo debe a los otros pueblos justicia y caridad; debe respetar sus derechos, y, en caso de necesidad, darles auxilio, ya sea para defenderlos, si los atacan, ya para reconquistarlos, si los han despojado de ellos. Sus destinos son solidarios: el pueblo que mira con indiferencia la opresion de otro pueblo, labra la tumba en que ha de ser sepultada, con el tiempo, su propia libertad.

Emplead, pues, todos vuestros esfuerzos en unir mas y mas a las naciones entre sí, para ir destruyendo poco a poco las preocupaciones que fomentan su separacion. Cada una de ellas, segun su indole, el territorio, el clima que habita, tiene su mision especial, que le asigna la Providencia para la mas completa perfeccion de la humanidad. Lejos de ponerle obstáculos, todas deben ayudarla, porque trabaja para todas, trabajando para sí. Ninguna podría bastarse a si misma; todas subsisten y se desarrollan por la ayuda que se dan mutuamente. No es cierto, como repiten los que las engañan para avasallarlas, que tienen intereses opuestos; no lo son mas que accidentalmente, a consecuencia del desórden introducido en sus relaciones naturales. Restableced esas relaciones, y el bien de la una será el bien de la otra, del mismo modo que en una familia, ordenada como debe estarlo, el bien de uno de sus miembros es el bien de todos, y su prosperidad la prosperidad jeneral.

Quando caen las lluvias en el pais en que corre el Nilo, el rio se hincha y sale de madre, e inunda paso a paso los valles que fertiliza. Para que lleguen

sus aguas a los campos mas apartados, ¿no es preciso que empiezen por regar los que están contiguos a sus orillas?

El egoismo subsistirá siempre bajo esta o la otra forma, y el progreso, detenido en su marcha, ni aun podrá ser concebido por falta de un fin moral, mientras los hombres no antepongan los sagrados intereses de la humanidad a todos los demás intereses, así de los hombres como de las naciones. Nuestro amor, como nuestros sacrificios, ciego, caduco, imperfecto, se extravía y desfallece a cada instante, si no tiene por objeto el jénero humano. Individuos, familias, pueblos, ¿qué son sinó partes de un todo, fuera del cual no tienen ninguna razon para existir? Unidad última y completa, en la cual se coordinan todas las relaciones, se concentran todos los derechos, se armonizan todos los deberes; ese todo es el hombre mismo en la plenitud de su ser impercedero.

XIV.

El conjunto de los deberes a que está sujeta la vida, y de las verdades que son el eterno cimiento de estos deberes, forma lo que se llama la religion, vínculo no solo de los hombres entre sí, sinó de todas las criaturas unas con otras.

Y así, negar la religion es negar el deber; y pues existen verdaderos deberes, existe una religion verdadera; y pues los deberes son por su esencia invariables y universales, la religion es tambien por su esencia invariable y universal.

Para cumplir los deberes es preciso creer en ellos, y por consiguiente creer en las verdades sobre que se fundan. La religion implica, pues, la fe como su base primera, como la indispensable condicion de la vida moral, que es tambien una condicion de la existencia social del jénero humano.

Por eso el jénero humano es creyente por necesidad, por su origen y por su naturaleza.

Cree en una causa suprema, creadora, infinita: el nombre de Dios, el nombre tres veces santo del Padre del universo, se halla en todas las lenguas humanas.

Cree en una Providencia benéfica que dirige todas las cosas, con arreglo a las leyes de la eterna sabiduria y del amor eterno, a un fin digno del Criador.

Cree que esa Providencia vela especialmente sobre el hombre, le ilumina, le instruye y le guía en la senda que debe seguir para que se cumplan sus grandes y sublimes destinos.

Cree en la distincion esencial del bien y el mal, en la libertad de que goza el hombre de escojer entre uno y otro, y, segun la eleccion que haya hecho, en la recompensa o en el inevitable castigo de sus obras.

Cree, en fin, que mas allá de esta breve y laboriosa existencia terrestre, otra existencia mas perfecta aguarda al hombre y se prolonga hasta el infinito en las profundidades de la duracion eterna.

Creed lo que cree el jénero humano.

Sin esas creencias ¿qué sería el deber? ¿cómo lo concebiríamos? ¿El deber no es lo que une? ¿Y qué es la union sinó la comun tendencia hacia un centro comun? Y ese centro comun de todos los seres ¿qué es sinó el Ser infinito, rigurosamente uno, de quien todo emana, a quien todo vuelve, que lo produce, conserva y vivifica todo? ¿Qué es sinó Dios?

¡Ay, pues, del infeliz ateo! En medio del hambre, de la sed que le de-

vora; busca con ansia el jugo que alimenta a todas las criaturas, y al discorrir por el caos tenebroso en que él mismo se ha abismado, solo alcanza y esprime en vano el seco y frío pezon de la muerte.

El que se dirige a Dios aspira a unirse a él, y en él a todos los seres que tienden al mismo fin; y aspirar a la suprema felicidad, a la soberana perfección, es trabajar sin descanso en perfeccionarse.

Tal es tambien el fundamento de la doctrina de Jesucristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Puede el hombre por ventura llegar a la infinita perfección de Dios? No; pero debe acercarse a ella mas y mas, en cuanto le sea dado. De este modo sus esfuerzos tienen un objeto conocido; y su vida, encaminada a este elevado objeto, no es mas que una perpetua ascension hacia el principio permanente de toda vida, un perpetuo crecimiento hacia Dios. No hay union alguna posible sin el amor, porque el amor es la voluntad misma que efectúa la union. Amareis, pues, al Señor con toda vuestra inteligencia, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas. Este es el primero y el mas importante de los mandamientos.

El segundo se deriva de él, y le es semejante: «Amareis a vuestro prójimo como a vosotros mismos.»

El que no ama a Dios sobre todas las cosas, no ama mas que a sí mismo, porque no tiene ni puede tener mas objeto, mas término que su propia persona.

El que no ama al prójimo como a sí mismo, no ama a Dios ni puede amarle, porque en Dios todo se confunde por el amor en la perfecta unidad de su ser.

Y si amar a Dios es desearle, la oracion es el medio de que se vale el alma para espresar este deseo; es el impulso que la lleva hacia el objeto que ama, que aspira a poseer, que llama a su seno. Por eso la oracion, expresion del amor, es inseparable de él.

Amar a Dios es tambien entregarse a él y olvidarse de sí propio; es querer lo que él quiere, y unicamente lo que él quiere, sacrificando la propia voluntad en todo lo que no fuere conforme con la suya; y este sacrificio, este acto de virtud, por el cual, reconociendo su sabiduría, su justicia y su bondad suprema, protestamos interiormente que nada somos, y que él lo es todo, forma la esencia del culto que le deben sus criaturas inteligentes: la adoracion verdadera y absoluta.

Y el amor al prójimo ¿no es tambien la abnegacion, el sacrificio? Sacrificio voluntario, lleno de inefabables delicias, porque se vive con la vida de aquel a quien se ama; y esta transfusion de vida que hace comunes todos los padecimientos, dilata incesantemente nuestro ser, y tiende de esta suerte a hacer de todos los hombres uno solo, divinizado hasta cierto punto por su union cada vez mayor, cada vez mas íntima, con Dios.

Y para que esta union se efectúe, el mismo Dios ayuda al hombre, dándole el poder, el amor y la inteligencia, que no son sinó destellos de la divinidad, y que, si faltaran al hombre, seria el mas abyecto de los seres creados. El hombre, sin Dios, es un cuerpo sin vida.

No confundais la religion, que es una e invariable en todas partes, con las diferentes formas que reviste. Estas son imperfectas, percederas, y por lo mismo caducan y pasan; obra del hombre, mueren como él. El tiempo gasta la forma del principio divino, pero no gasta el principio divino: cuando el cuerpo en que se había encarnado se disuelve y cae hecho polvo, él mismo se forma otro nuevo mas perfecto, cuyo jérmén se contenia en el precedente.

Habeis nacido cristianos; bendecid por ello la bondad de Dios. O no hay

verdadera religión ni vínculo que una a los hombres entre sí y con el Autor eterno de todas las cosas, o el cristianismo, religión del amor, de la fraternidad, de la igualdad, de donde derivan, así el deber como el derecho, es la verdadera religión. Comparad con las otras naciones las naciones cristianas, y vereis lo que debe la humanidad al cristianismo: la progresiva abolición de la esclavitud y de la servidumbre, el desarrollo del sentido moral y la influencia de este desarrollo sobre las costumbres y las leyes, cada vez más marcadas con un sello de dulzura y equidad desconocido antes; las prodijosas conquistas del hombre sobre la naturaleza, fruto de la ciencia y de las aplicaciones de la ciencia; el aumento del bien público e individual; en una palabra, el conjunto de los bienes que tanto elevan nuestra civilización sobre la civilización antigua y sobre la de los pueblos que aun no ha ilustrado el Evangelio.

A estos innumerables bienes se han mezclado, sin duda, muchos males; pero los bienes proceden directamente del cristianismo, y los males son obra de los que han adulterado la doctrina del Maestro o violado sus santos principios. Proviene también estos males de la inevitable imperfección de nuestra naturaleza y de la poca estabilidad de los bienes terrenales, que, dependiendo hasta cierto punto de la codicia de los hombres, se han identificado con la esencia misma del cristianismo, quedando así subordinada el alma inmutable e imperecedera a la vil materia, que se transforma y muere.

En verdad os lo digo: semejante desorden no puede continuar; ya se acerca a su término, y el cristianismo, sepultado bajo la corteza material, que le cubre como un sudario, volverá a aparecer en todo el esplendor de su vida, perpetuamente joven.

Separado de la obra mortal, con la cual le han confundido, es la ley primera y última de la humanidad; porque más allá de Dios nada hay que se pueda proponer por término al hombre; porque no hay otra senda para dirigirse a Dios, ni hay otro medio de unirse a él más que el amor; porque este gran mandamiento del amor nunca se agotará, ni en la tierra, donde debe formar de todos los individuos, familias y pueblos, una sola unidad, la del género humano, ni en el cielo, donde debe efectuarse por su medio la unión, cada vez más perfecta, de las criaturas con el Criador.

Y así, lo que decía Cristo es todavía verdad y lo será siempre: «Venid a mí vosotros todos los que lleváis con dolor el peso del trabajo, y yo os reanimaré.»

Y un día irán todos a él, y ese día no está lejano; ya palpita en el seno del porvenir. Ahora caminamos como a la luz de un débil crepúsculo; al asomar la nueva aurora, el mundo, inundado de su luz, y sintiendo renacer en sí con la esperanza, la fe y el amor, la saludará con sus cánticos de alegría.

XV.

No lo olvidéis nunca: no hay sociedad, no hay nada posible sin el deber, y la religión no es en sus preceptos más que el mismo deber, ni son otra cosa sus doctrinas sino el conjunto de las verdades que forman la base inmutable, eterna, del deber.

El que rechaza la religión, rechaza el deber, y hasta el instinto universal; niega la inteligencia y la conciencia humana, su naturaleza y las leyes de su naturaleza; niega la sociedad, y se niega a sí mismo, porque sin la sociedad ¿cómo subsistiría? ¿ni qué sería el hombre?

Si cada hombre no debiese nada a los demás hombres, los demás tampoco

le deberian a él nada. Perpétua y radicalmente en guerra con ellos y con todos los seres, ofreceria en el seno del universo la espantosa alianza de una codicia ilimitada y de una importancia infinita.

¿Hay miseria igual a esta miseria?

El primer fruto del deber, de la exactitud en cumplirle, es, por el contrario, el goze inmediato de un bien superior a todos los bienes: la calma interior, la paz, el dulce contento y aquella alegría pura que consuela al alma de los sabores de la vida, y la dilata y la transporta a un mundo mejor.

El virtuoso halla su recompensa en la virtud misma; y del mismo modo el vicio enjendra el castigo, que le sigue infaliblemente. ¿De cuantos cuidados, inquietudes y males de toda especie no es origen? ¿Quien vió jamás al malvado feliz? Podrá alcanzar riquezas y poder; pero ni el poder ni las riquezas constituyen la felicidad; y si supierais qué horribles llagas ocultan casi siempre los vestidos de oro y seda, si de pronto os las revelaran, retrocederiais con espanto.

Guardaos de juzgar por las apariencias. Hay plantas venenosas que crecen entre la podredumbre y suelen brillar con vivisimos colores:—Abridlas: ¿qué hallais dentro?—Un polvo negro y pestilente.

En la sociedad mala y anticristiana en que vivís, no siempre le basta al hombre ceñir sus acciones a la ley moral para prosperar; mas con todo, nunca deja de producir inmediato fruto la obediencia a esta ley divina. Tended los ojos en derredor vuestro; mirad esa familia, cuyos miembros, todos fieles al deber, no se apartan de él en lo mas mínimo; en que el producto del trabajo comun, consagrado a las necesidades comunes, nunca se disipa en vergonzosos placeres; en que el padre no da mas que buenos ejemplos; en que la mujer, ocupada en los quehaceres domésticos, amando con ternura a su marido y a sus hijos, es para ellos objeto de igual ternura: esta familia no está ciertamente a cubierto de la pobreza. ¿Quien, sin embargo, no preferiria su suerte a la de una familia mas favorecida por la fortuna, pero entregada al desórden y al desenfreno, en que las desazones intestinas, la envidia, el odio nacen a cada paso de la violacion de los mutuos derechos? Mientras la una inspira respeto y simpatia, la otra es solo digna de nuestro desprecio, y huimos todos de ella como de un reptil inmundo.

¡Oh! el que descendiera una sola vez al fondo del corazon del hombre de bien, del hombre a quien anima el amor a Dios y el amor a sus hermanos, descubriria en él secretas delicias, tan puras y tan vivas, que miraria con desden todas las demás.

Y así, el primer efecto del deber es disminuir los males de la vida, templar su amargura, y mezclar con ellos multitud de gozes inefables, desconocidos a los que se dejan dominar por las pasiones, o obran solo por egoismo. Aun cuando el cumplimiento del deber no tuviera mas recompensa que esta ¿no seria ya bastante grande?

Pero aun produce otro efecto por el maravilloso enlace de las leyes que constituyen el órden, y es, que realiza el derecho. Por él, unicamente, oh pueblo, llegarás a recobrar los derechos de que te ha despojado la injusticia. ¿Quien de vosotros podria luchar solo contra la injusticia de los opresores, sin ser destruido como un vaso de arcilla? Para vencerlos es necesario que esteis unidos; ¿y qué union hay posible si no es el amor su base, si, sometido en un todo a la ley del deber, cada uno de vosotros, respirando y viviendo en comun con sus hermanos, está pronto a sacrificarse, a morir por ellos?

Teneis primeramente que reconquistar vuestra dignidad de hombres, el libre ejercicio de vuestra inalterable soberania. Y para eso ¿qué se necesita? Una voluntad comun, y un esfuerzo comun; es decir, la conciencia del dere-

cho de los demás como del derecho propio, la perfecta fusion de los intereses en un solo interés. De otro modo no se reclamaria un derecho sinó un privilejio; y el que lo hiciera tendria contra sí a los que aborrecen el privilejio y a los que gozan ya del privilejio.

Por consiguiente, si no amais a vuestros hermanos como a vosotros mismos, renunciad a toda esperanza de emancipacion, resignaos a servidumbre perpetua. Tal será vuestra suerte.

Y si cada uno de vosotros, por el contrario, ama al prójimo como a sí mismo; no permitirá que le opriman, le prestará en toda circunstancia ayuda y socorro contra la fuerza inicua, y de la caridad universal saldra una resistencia universal contra la opresion.

Cuando solo se ataca a la injusticia, tarde o temprano se alcanza la victoria: si queréis, pues, combatir con fruto, no pidais sino lo que es justo, respetad el derecho aun de aquellos mismos que han hollado los vuestros. Sean sagradas para vosotros la seguridad, la libertad, la propiedad, de todos sin escepcion, porque el deber se estiende a todos igualmente. Si una vez violáseis el deber, ¿quien sabe hasta donde llegaria esa violacion? No se remedia el desorden con el desorden. ¿De qué os acusan vuestros enemigos? De querer unicamente sustituir vuestra dominacion a la suya, para abusar de ella como abusan ellos; de albergar en vuestros pechos ideas de venganza, proyectos de tirania: de aquí proviene ese vago temor que se apodera de todos los ánimos al menor movimiento del pueblo, y del cual se aprovechan con destreza vuestros opresores para prolongar vuestra servidumbre.

Disipad esos siniestros fantasmas, evocados por detestables impostores a fin de intimidar a los hombres cándidos y buenos, y de apartarles de las sendas del porvenir. Proclamad el deber al mismo tiempo que el derecho; no los separéis jamás uno de otro; unidos en vuestra conciencia, se harán visibles en vuestras obras, y entonces desaparecerá el mayor de cuantos obstáculos podeis hallar al logro de vuestros deseos.

Teneis tambien que crearos en el orden material una existencia menos precaria, menos dura; teneis que extirpar el hambre, que asegura a vuestras mujeres y a vuestros hijos las cosas necesarias a la vida, que todas las criaturas tienen en abundancia, escepto el hombre. ¿Y porqué os falta? Porque otros comen el fruto de vuestro trabajo y engordan con él. ¿Y de donde proviene ese mal? De que cada uno de vosotros, privado en su aislamiento de los medios de establecer y de sostener una competencia verdadera entre el capital y el trabajo, se ve preso e indefenso en las garras de la codicia. ¿Como saldreis de esa funesta sujecion? Uniéndoos, asociándoos: lo que uno solo no puede hacer, pueden hacerlo diez, y si se unen mil, lo harán mejor aun.

El castor, solitario, vive con gran trabajo en el primer agujero que encuentra en las orillas de un rio; asociado a otros castores, construye, resistiendo a la corriente, cómodas y holgadas habitaciones, donde todos viven en la abundancia.

Pero ninguna asociacion es posible, ninguna puede prosperar si no tiene por base la confianza mutua, la probidad, la conducta moral de sus miembros, como tambien una prudente economía. La injusticia y la mala fe, la pereza y la destemplanza la disolverian inmediatamente: en vez de producir la unidad de accion, seria una causa permanente de discordias y enemistades. La práctica rigorosa del deber es, pues, una condicion indispensable de la asociacion. Mas diré: el deber es un principio generador; de él nace la asociacion espontanea, porque ¿qué es en realidad la asociacion sino la fraternidad misma organizada para que pueda llenar mejor su elevado objeto? El que, no amando a nadie mas que a sí mismo, no piensa por consiguiente mas que en sí mismo, ¿a

quien podría asociarse? ¿Y como se concibe que lo que separa pueda nunca unir? Las mismas palabras se contradicen.

Cierto, me contestareis; la asociacion sería un poderoso remedio a nuestros males, pero los que se aprovechan de nuestros males ¿permitirán jamás que les apliquemos el remedio? Interpondrán sus leyes entre hermano y hermano: todos nuestros esfuerzos para reunirnos serán inútiles, y solo nos acarrearán atropellos y violencias, que harán mayor aun nuestra actual miseria.

Y yo os digo: Queredlo solamente, y las leyes inicuas desaparecerán al punto, y la violencia de los opresores se estrellará contra vuestra firmeza inflexible y justa. Nada resiste al deber y al derecho unidos.

Acordaos de los castores. Andais dispersos por las orillas del rio; reunios, concertaos, y pronto habreis opuesto un invencible dique a sus rápidas y profundas aguas.

¶VI.

YA conoceis las verdaderas leyes de la humanidad, las leyes de que dependen sus progresos, y por consiguiente el mejoramiento presente y futuro de la suerte del pueblo; porque, no me cansaré de repetirlo, el pueblo, a quien sus orgullosos señores estiman en tan poco, a quien miran con tanto desden, que no es a sus ojos mas que un instrumento de sus insaciables apetitos, una mina que ellos benefician, un animal a quien ensillan y embriдан para montarle, el pueblo es el género humano.

Si sabeis defender vuestros derechos, si cumplis vuestros deberes, cesará ese escandaloso desorden. El género humano, emancipado de su larga servidumbre, no continuará siendo la propiedad de algunos duros dominadores, ni será para estos la tierra un patrimonio esclusivo: todos tendrán parte en los bienes destinados a todos por la Providencia. Los sudores, la fatiga, el hambre, las lágrimas, los padecimientos y las angustias de los unos no seguirán fomentando la opulencia de los otros, ni su lujo desenfadado, ni sus pasiones, ni sus monstruosos gozes.

No os alucineis, sin embargo, sobre el tiempo ni sobre las cosas; guardaos de desear lo que es imposible, lo que ni es ni podrá ser jamás. Lejos de remediar los males de la sociedad, solo conseguiriais hacerlos mas numerosos y menos llevaderos.

La igualdad perfecta, absoluta, no de los derechos (esta constituye el orden mismo), sino de las posiciones y de las ventajas anejas a cada posición, no está en las leyes de la naturaleza, que ha distribuido desigualmente sus dones entre los hombres: las fuerzas del cuerpo y las de la inteligencia. Sin esto ¿qué sería la sociedad? ¿cómo subsistiría, cómo se desarrollaría, si la diversidad de los ingenios y capacidades no produjese las diferentes aptitudes para los distintos cargos sociales, desde los mas humildes hasta los mas elevados? Unos labran los campos, otros cultivan la ciencia, y todos contribuyen a su modo al bien comun.

El mismo movimiento de la vida social opone un invencible obstáculo a la igualdad de las condiciones y de las riquezas; suponiendo que los hombres todos despertasen mañana iguales en riquezas y condiciones, esta quimérica igualdad quedaría destruída antes de ponerse el sol; la industria mas o menos inteligente, mas o menos activa, la buena o mala economía, la habrían ya desnivelado. Y no debemos lamentarnos de ello, porque este continuo esfuerzo de cada uno, este empleo instintivo de sus propias facultades para aumentar su propio bienestar, es una de las condiciones del bienestar jeneral.

No creais tampoco que vuestro estado miserable puede mudar completamente en un momento: esta mudanza total y súbita es imposible, por mucho que redobéis vuestros esfuerzos, pues la violencia que habriais de emplear para conseguirla, lejos de reformar la sociedad, rompería sus naturales resortes.

Cuando hayais conseguido fundar la organizacion política sobre la igualdad cristiana de los derechos, entonces se efectuará por sí misma la rejeeneracion que todos desean, y que Dios os manda que deseéis, en el orden material, en el orden intelectual y en el orden moral.

¿De donde proviene el mal en el orden material? ¿De la riqueza de algunas clases? No, sinó de la miseria de las otras; de que, en virtud de las leyes hechas por el rico para el interés esclusivo del rico, casi el solo se aprovecha del trabajo del pobre, cada vez mas estéril para este. ¿De qué se trata, pues? De asegurar al trabajo la parte que en justicia le pertenece de los productos del mismo trabajo; se trata, no de despojar al que posee ya, sinó de crear una nueva propiedad para el que ahora nada posee.¹⁵

¿Y como se conseguirá esto? Por dos medios: por la abolicion de las leyes del privilejio y del monopolio, y la circulacion de los capitales, que el crédito multiplica, o bien jeneralizando los instrumentos de trabajo.

El efecto de estos dos medios, combinados con la incalculable fuerza de la asociacion, sería ir restableciendo poco a poco el curso natural de la riqueza, artificialmente concentrada en algunas manos; proporcionar una distribucion de ella mas igual, mas justa, y aumentarla indefinidamente.

Nada que sea duradero puede hacerse sinó con la ayuda del tiempo, por la influencia lenta, pero segura, de la virtud organizadora. Cuando una pradera amarillea y se marchita porque se ha separado de ella el arroyo que la fecundaba, es preciso, para que reverdezca, llevarle nuevas aguas, que, deramadas sobre su superficie, penetren hasta la raiz de cada yerba y reanimen su agostada vida.

El trabajo emancipado, dueño de sí mismo, sería dueño del mundo; porque el trabajo es la accion misma de la humanidad, desempeñando la mision que le ha encomendado el Criador.

¡Animo, pues, trabajadores!; no os falteis a vosotros mismos, y Dios no os faltará. Cada uno de vuestros esfuerzos producirá su fruto, e introducirá en vuestra suerte una mejora, de la que nacerán sucesivamente otras, y otras mayores aun, hasta el día en que la tierra, renovada por entero, llegue a ser como un campo cuya cosecha recoje y reparte en paz una sola familia.

A medida que, con el aumento progresivo de vuestras comodidades, os ocupéis menos en las necesidades del cuerpo, necesidades de otra especie se despertarán en vosotros, y reclamarán, como las primeras, el sustento necesario para satisfacerlas. Deseareis adquirir instruccion, y podreis conseguirlo, porque no os faltarán, ni los socorros, ni el solaz necesarios para cultivar vuestro entendimiento y hacer conquistas en el campo de la ciencia; todos hebereis entonces en la fuente del saber, cuyo riego hará mas fecundo vuestro trabajo, y os elevará sucesivamente a una esfera superior de existencia.

Las ocupaciones relativas a las meras necesidades físicas ponen al hombre al nivel del bruto, exclusivamente dedicado a saciar sus apetitos. En vuestra situacion presente, de cada siete días, seis están consagrados unicamente al cuerpo; apenas os queda el séptimo para vivir de la vida intelectual la verdadera vida del hombre. Poco a poco, en vez de un solo día, tendreis dos, luego tres, y así sucesivamente, porque la tendencia directa del progreso es a espiritualizar cada vez mas al hombre y sustituir a sus fuerzas, en todos los trabajos materiales, las fuerzas ciegas de la naturaleza, sometidas al imperio de su voluntad intelijente.

Entonces despertarán en vosotros sentimientos secretos, ahora adormecidos, que, al desarrollarse, harán de vosotros un nuevo ser cada vez mas elevado y noble en virtud de los conocimientos que adquirais progresivamente; nacerá en vosotros el sentimiento del arte con sus delicados gozes, y las delicias íntimas, inagotables, que produce la contemplacion de la verdad y la belleza.

A estos dos órdenes de progresos, material e intelectual, se añadirá un tercero, sin el cual jamás se efectuarían los primeros; porque no hay ningun progreso que no tenga su raiz en el progreso moral, y todos se enlazan unos con otros, y se sostienen mutuamente.

El deber, facilitado en gran manera por la disminucion de los padecimientos que impelen a quebrantario, será cada dia violado con menos frecuencia. Casi todos los crímenes que castiga la ley son hijos del hambre, y desaparecerán cuando los que ahora sienten su aguijon se hallen a cubierto de sus fatales instigaciones.

De las santas máximas de igualdad, de libertad, de fraternidad, inmutablemente establecidas, emanara la organizacion social. Los intereses privados se irán poco a poco fundiendo en un solo interés, el de todos; porque, sustraídos a la influencia del frio y estéril egoísmo, todos comprenderán, todos verán que no hay vida mas que en el amor, ni paz ni contento del alma sino en los sacrificios que el amor impone. Semejante a la paloma que reposa en su nido, penetrará y reposará en el santuario del corazon humano, fomentando con su dulce calor el jérmén divino que puso Dios en las entrañas del primer hombre; y sus frutos se derramarán por la faz de la tierra, y será como una nueva creacion.

En este mundo, iluminado por el resplandor del soberano Ser, el sagrado vínculo que efectúa la union entre sus criaturas y su Autor, aparecerá a los hombres tal cual es; y la religion, despojada de las viejas vestiduras que la cubren, del caduco cuerpo desgastado por los años en que yace como en una tumba, volverá a aparecer en su pureza y santidad eternas. El Evangelio de Cristo, cerrado por algun tiempo, se abrirá delante de las naciones, y todas ellas acudirán a leer en él la ley y a respirar la vida.

Ahora, inclinadas hacia la tierra, perdidas en las tinieblas y en el vacío de lo que es esencialmente transitorio, las almas aspiran a la luz, al bien inmutable, infinito; tienen sed de Dios, y apenas hayan vuelto a la senda perdida, se lanzarán hacia él con ansiedad impetuosa, bien asi como el viajero que, extraviado en las arenas del desierto, encuentra al fin la huella que ha de conducirle a la fuente deseada, y se lanza tras ella ansiando humedecer sus abrasados labios.

La sociedad, concebida con arreglo a su verdadera naturaleza, dejará de ser una lucha organizada entre los diversos intereses; la inflexible justicia protegerá en ella igualmente a todos los derechos. ¿Bajo qué título despojaría el fuerte al débil de los suyos o le coartaría su libre ejercicio? ¿Qué ha dado Dios al uno que no haya dado tambien al otro? El Padre comun ¿ha reprobado por ventura alguno de sus hijos? Vosotros los que reclamais el goze esclusivo de sus dones, mostradnos el testamento que deshereda a vuestros hermanos.

La caridad, buscando sin cesar el origen de los males para aliviarlos, modificará profundamente las leyes, y estas irán dirigidas a compensar, por medio de una proteccion especial, las desventajas que resultan inevitablemente para muchos, ya de las desigualdades naturales, ya de ciertas circunstancias fortuitas de nacimiento o posicion.

El Hijo del hombre decía: «Las zorras tienen su guarida, las aves del cielo tienen su nido; empero el Hijo del hombre no tiene una piedra en que reclinar la cabeza.»

No se volverá a castigar a los desgraciados que sufren el peso de miserias iguales a las del Hijo del hombre; no se les volverá a imputar crímenes, de que son responsables los que los han abandonado.

La misma legislación, instituida para la represión de los verdaderos delitos, mudará de carácter; un espíritu de misericordia y de dulce piedad reemplazará en ella al espíritu de venganza, a la falsa y sangrienta idea de espionaje. Verá en el criminal un hermano extraviado, a quien se debe compadecer, ilustrar y conducir al bien; un enfermo a quien se debe procurar restablecer si admite curación, o impedir que haga daño a los demás y a sí propio si no la admite. El objeto del castigo será procurar que el culpable se enmiende y no que padezca inutilmente, porque ¿cómo puede ser un padecimiento una reparación para la sociedad?

La vida no pertenece mas que a Dios, y por eso está escrito: «No matarás.» Cuando la ley mata, no impone un castigo; comete un asesinato.

¿Llamais justicia al acto que infama al que lo ejecuta, al acto que arrebató a un ser humano todos sus derechos a un mismo tiempo, y no solo sus derechos, sino la facultad de poseer jamás derecho alguno? Cuando de ese ser animado hayais hecho un puñado de ceniza, esa ceniza, arrastrada por los vientos, ¿será acaso para la tierra en que caiga una semilla de bienes, un jémen de virtud?

Y aun cuando así fuese, ¿no domina el amor a la justicia misma? ¿no es ley constante del amor, que deba uno sacrificarse voluntariamente por la persona amada? El hermano no dice a su hermano: *Dame tu vida*; le dá la suya. La pena de muerte fué abolida hace diez y ocho siglos sobre la cruz de Cristo.

El deber que une a los individuos y a las familias unirá igualmente a los pueblos. Las máximas impías que los dividen, que fundan sus relaciones sobre principios estraños y muchas veces contrarios a los de la moral, las bárbaras máximas que los suponen naturalmente enemigos unos de otros, serán desechadas con horror.

Ya empiezan a comprender que, lejos de estar opuestos entre sí, como dicen los que los engañan para dividirlos, y los dividen para avasallarlos mas facilmente, sus intereses son idénticos; ya un vivo instinto los mueve a unirse, a reconocerse por hermanos: pronto se apoyarán y ayudarán mutuamente. Las barreras que los separaban caen ya hechas pedazos: hasta las distancias desaparecerán. Ya se entrevé en el lejano horizonte de los tiempos la época venturosa en que el mundo no formará mas que una sola ciudad, rejida por una misma ley, la ley de justicia y de caridad, de igualdad y de fraternidad: futura relijion de todo linaje humano, que saludará en Cristo a su supremo y último lejislador.

Los innumerables males que se derivan de los vicios de los gobiernos irán disminuyendo a medida que al principio de dominación, sobre el cual se fundan, la razon pública, venciendo la tenaz resistencia de las preocupaciones y de los intereses, sustituya el de la asociación libre, consecuencia inmediata de la soberanía del pueblo, la única que tiene una base sólida, inmutable, en el derecho.

Esta mudanza, segura tarde ó temprano, bastará para hacer desaparecer las causas jenerales de la guerra. ¿Qué cosa podrá alterar la paz cuando no haya ni guerras de conquista, ni guerras de sucesion, ni guerras de intereses comerciales?

Las guerras de conquista, funestas á los vencederos como a los vencidos, tienen constantemente por causa la ambicion de un jefe insaciable de poder y de riquezas. Cuando el jefe, sea quien fuere, en vez de mandar obedezca al pueblo, de quien no es ni puede ser lejítimamente mas que un simple manda-

tario, las guerras de conquista, con los desastres y calamidades que acarrearán en pos de sí, dejarán en el mismo instante de afligir a la humanidad; porque el pueblo que atacase entonces la libertad de otro pueblo, sus derechos, su existencia, renunciaría a su propia libertad, a sus propios derechos y él mismo se condenaría a muerte.

Y las guerras de sucesión ¿de qué provienen? ¿qué son mas que una consecuencia de ese monstruoso derecho que convierte a los pueblos y países en propiedad hereditaria de una sola familia? Estas guerras desaparecerían naturalmente con el derecho que las enjendra.

De las trabas puestas a las comunicaciones de los pueblos entre sí, a la propagación de la industria y a las leyes naturales que tienden a establecer en todas partes el equilibrio entre la producción y las necesidades, no de una nación, sino de todas las naciones; de estas trabas arbitrarias, de que solo el fisco saca partido a costa de la prosperidad pública, nacen las guerras comerciales, tan frecuentes en los tiempos modernos. Cuando la perfecta libertad de comercio haya coronado todas las otras libertades, no tendrán estas guerras causa que las motive.

Libres ya de esta plaga, las naciones, estimuladas al cambio de sus productos, entrarán en una competencia transitoria, porque no tardarán en comprender el interés que todas tienen en coordinar sus esfuerzos, en organizar sus trabajos, a fin de sacar del patrimonio universal el mayor producto posible, no solo para satisfacer las necesidades de los hombres, sino para multiplicar sus gozes; y de este conjunto de trabajos dirigidos al mismo objeto, saldrá un cúmulo incalculable de producciones útiles, que la ciencia, perfeccionándose, acrecentará sin cesar, al paso que el progreso moral determinará su distribución de un modo mas equitativo.

De esta suerte aumentará poco a poco el bienestar de cada uno, estrechamente enlazado con el bienestar de todos; así, paso a paso, irá el mal haciéndose cada vez menor, por una natural consecuencia del progreso jeneral. Cierto es que el mal nunca se verá del todo destruido en la tierra; que siempre habrá en ella miserias y sufrimientos: pero no lo olvideis jamás: hay otro mundo mas allá de este en que vives. La vida terrestre, para el jénero humano como para el individuo, encargados de llevar a cabo una obra ardua, pero grande y santa, no es, mas que una preparacion necesaria para una existencia mas perfecta.

Pueblo, guárdate de encarnar tus sublimes esperanzas en el lodo que huellan tus plantas. Durante esta breve travesía, solo estás rodeado de sombras vanas, de fantasmas engañosos; las realidades te son invisibles; el ojo de carne no puede percibir las. Pero Dios, que ha dado al hombre el invencible deseo de alcanzarlas, ha puesto tambien en su corazon el infalible presentimiento de que las alcanzará.

Alza la vista: aquí está el trabajo, el deber que tienes que cumplir; en otra parte estan el descanso, la verdadera felicidad, la recompensa segura del deber cumplido hasta el fin.

Cuando, después de las fatigas del dia, ve el labrador llegar la noche, vuelve en paz a su cabaña, pensando en la futura cosecha que jermína en sus terrones y en la lluvia que vendrá a humedecerla con su templado riego, y el sol que brillará oportunamente para madurarla: *porque sabe el labrador que la noche no ha de ser eterna.*



LA ESCLAVITUD MODERNA.

En las naciones antiguas el pueblo no existía: lo que nosotros llamamos hoy pueblo eran los esclavos. Ellos cultivaban las tierras, se ocupaban en el servicio interior de la casa, ejercían las artes mecánicas, a veces también las artes liberales (1) y las más importantes, como la medicina. Miembro de la ciudad, y, por este solo título, adornado de carácter público, el hombre libre gobernaba, administraba, juzgaba, y sin otros cuidados que los domésticos, vivía ocioso con sus rentas o las del Estado; porque el Estado alimentaba a los ciudadanos que no podían proveer a su subsistencia.

Así, el hombre libre poseía o podía poseer; no dependía más que de las leyes; de hecho y de derecho, participaba de la soberanía; y este era su carácter distintivo.

El esclavo, por el contrario, siendo vendible y comprable, era, como el buey y el caballo, propiedad de su dueño; dependía de su voluntad, y no podía, por consiguiente, tenerla propia siendo mero instrumento, simple cosa, privado, como lo estaba por el derecho admitido entonces universalmente, de nombre y personalidad: de donde ha llegado hasta nosotros la expresión de hombre *sin nombre*, vestigio, por el cual se reconoce, después de tantos siglos, la esclavitud antigua.

Su abolición no se obró sino con extrema lentitud, por un progreso apenas sensible, y no debe creerse que haya sido jamás completa, en el seno mismo de la civilización cristiana más adelantada. Claramente se verá ahora, que pasamos a hablar de la época presente.

El primer paso hacia la emancipación no fué más que una ligera modificación de la servidumbre. El siervo, en efecto, (una parte de la Europa está aun hoy cubierta de siervos) no se distinguía del esclavo antiguo más que por una dependencia personal un poco menos estrecha. El matrimonio religioso le creó una familia, y esto fué mucho: los plebeyos combatieron largo tiempo en Roma por conquistar este derecho (2). Aunque formaba parte del feudo, y pertenecía él y los suyos al poseedor del suelo, este débil principio de propiedad, aunque precario, era, sin embargo, compatible con su estado, que mejoraba progresivamente la influencia de las costumbres generales, y, por decirlo así, la sorda germinación de las ideas en que radicaban las costumbres. Esta

(1) Algunos romanos tuvieron entre sus esclavos gramáticos, poetas y literatos, como hoy se llaman. Terencio fué uno de estos esclavos.

(2) *Connubium, jus connubii.*

modificación, casi imperceptible, encerraba todo el porvenir de la humanidad.

La servidumbre, orijinariamente, comprendía también a los habitantes de las ciudades (1), donde se aglomeraba la población industrial y comercial. La necesidad que de ella había, el provecho que las clases privilegiadas sacaban de su trabajo, los medios que su riqueza, difícil de absorber sin sevar su fuente, le ofrecían para procurarse a precio de ora las inmunidades, que eran objeto de sus ardientes deseos, cambiaron poco a poco su condición hasta la época en que comenzó esa tenaz y gloriosa lucha, que dió por fruto la emancipación de los comunes: porque la libertad necesita ser conquistada, nunca es concedida voluntariamente; y es de notar que universalmente se ha debido a los jenerosos esfuerzos del artesano, siempre el primero a reclamarla y a morir por ella.

Esta revolución, que lo fué sin duda, y mas grande de lo que entonces podía sospecharse, constituyó propiamente la tercera clase o el tercer brazo del Estado; y habiendo variado las relaciones recíprocas de las diferentes clases, la palabra pueblo cambió igualmente de significación. Hasta entonces el pueblo era casi unicamente el siervo. Colocado como una base inerte en la grada inferior de la sociedad, soportaba todo su peso; y, no poseyendo ningun derecho, no veía encima de sí mas que dueños, y todos sus deberes se reasumían en el deber absoluto de una ciega obediencia. Solo la relijion le elevaba, pero a otra esfera; y a ella fué, al cristianismo, a quien debió el poder salir poco a poco de este abismo de nulidad. Porque el cristianismo le declaraba hijo de Dios, hermano del Cristo, igual a sus opresores en el órden de la naturaleza y en el de la gracia; y esta contradicción entre la fe relijiosa y la fe social conducia forzosamente a la consolidación de la fe social o a la abolición de la fe relijiosa.

Después del establecimiento de los comunes, que dió nacimiento a la clase media, a medida que, por una lenta progresion de emancipaciones, desaparecía la servidumbre, se formó en el seno del sistema feudal una nueva clasificación. La nacion se dividió en nobles y pecheros, y esta distincion continúa recordando, por la realidad de las cosas, aunque bajo diferentes nombres, la esclavitud antigua, modificada sí, pero no destruida.

En efecto, los caracteres fundamentales de la esclavitud, la dependencia por una parte y la dominación por otra, subsistian de una manera marcada en el fondo de la organización social. Si se reconocían al pueblo algunos derechos resultado de una tolerancia tácita, de concesiones siempre revocables, mas bien que de leyes espresas, e impunemente violadas en la práctica, se le negaba mayor número, y su condicion quedó tan inferior que, para explicarla se cayó casi naturalmente en la idea de dos razas tan distintas, que no podían mezclarse sin una especie de profanación.

Un embajador de Venecia cerca de Francisco II, describiendo la constitución de la Francia en esta época, habla de las tres órdenes, en que era el último el *estado del pueblo* o el *tercer estado*. Explicando en seguida lo que era la nobleza dice: «Por la palabra nobleza, se entiende *los que son libres* y no pagan al rey ninguna clase de impuesto (2).

Si el carácter distintivo del noble era *ser libre*, el carácter distintivo del pueblo era no serlo.

¿Qué era, pues, el pueblo? En las actas o cuadernos de la provincia de Anjou en los Estados-jenerales reunidos en Orleans en 1360, después de vivas reclamaciones sobre los abusos, las esacciones y las arbitrariedades de los dos

(1) En este cuadro jeneral no tomamos en cuenta ciertas posiciones particulares, creadas por la mezcla de la vieja y de la nueva sociedad, después de la conquista.

2. Discurso de Miguel Soriano, de Venecia, sobre su embajada en Francia.

estados primeros, se lee lo siguiente: «Queda el tercer estado, al cual hallamos sin mácula pública. El es quien sostiene las guerras; en tiempo de paz, mantiene al rey, labra las tierras, suministra todo lo necesario para la vida; y sin embargo, está grandemente sobrecargado de subsidios y de cadenas insoportables (1).»

En 1614, bajo Luis XIII, las actas auténticas de los Estados-jenerales patentizan la existencia de iguales hechos. El tercer brazo, por haber osado decir que los tres órdenes eran *hermanos*, recibió de la nobleza esta respuesta: «Que ninguna clase de fraternidad existe entre ella y el tercer estado; que no quieren de ningún modo que los hijos de los sastres y los zapateros les llamen sus hermanos; y que hay entre ellos y el tercer brazo tanta diferencia como entre *el amo y su criado*».

En seguida envió un diputado a manifestar al rey sus quejas por la insolencia de ese *criado*; y el órgano oficial del orden entero de la nobleza se expresó así: «Vergüenza me causa, Señor, deciros los términos con que de nuevo nos han ofendido. Comparan nuestro estado con una familia compuesta de tres hermanos, y dicen que el orden eclesiástico es el primojénito, el nuestro el segundo, y ellos los menores. ¡ En qué miserable condicion habríamos caído si esto fuese verdad! ¡ Y qué! ¿ tantos señalados servicios prestados desde tiempo inmemorial, tantos honores y dignidades trasmitidos hereditariamente a la nobleza y alcanzados por sus servicios y fidelidad, en vez de elevarla, la rebajarían hasta el punto de unirla con el vulgo en la mas estrecha especie de sociedad que pueda existir entre los hombres, la de la fraternidad? Reconozcan que no pueden compararse en manera alguna con nosotros».

Escuchad ahora las sentidas quejas del esclavo del siglo XVII: «¡ Cosa horrible y detestable, no solo para vista sino para contada es la que vemos! Se necesita una triple coraza en el corazon y una muralla de diamante para hablar de ello sin lágrimas y sin ayes: el pobre pueblo trabaja incesantemente, prodigando su cuerpo y su alma, es decir, su vida, para alimentar a la jeneralidad del reino; rotura la tierra, la cultiva, la limpia, la siembra; para él no hay estacion, mes, semana, día ni hora que no requiera su asiduo trabajo; en una palabra, se hace ministro y casi mediador de la vida que Dios nos da y que no puede conservarse sin los frutos de la tierra. Y de su trabajo solo le queda el sudor y la miseria, pues lo poco que le da lo emplea en adquirir pala, azadon, trillo y en otras subvenciones. Y por si no es bastante todavía tiene que tocar con ciertas personas que arruinan vuestro pueblo con comisiones, requerimientos y otras malas invenciones harto toleradas. Es un milagro que pueda acudir a tantos pedidos: así se va acabando».

«Este pobre pueblo, que no tiene otro patrimonio que la labranza, el trabajo de sus brazos y el sudor de su frente, estenuado por las contribuciones, por el impuesto de sal, doblemente recargado por las exigencias impías y bárbaras de mil partícipes, después de tres años estériles, se ha visto obligado a comer, como los brutos, las yerbas de los prados; otros, mas impacientes, han emigrado a millares a países estranjeros, detestando su ingrata patria porque les niega el alimento, huyendo de sus compatriotas por haber contribuido impasibles a su opresion hasta que no han podido soportar tanta miseria.»

Prescindiendo de un progreso incontestable bajo otros aspectos ¿ qué habría que cambiar hoy mismo en este cuadro? El pueblo jime todavía bajo el peso de las mismas cargas: sostiene la guerra y alimenta al rey, *labra la tierra, la siembra, se hace ministro y casi mediador de la vida que Dios nos da* ¿ y cuál es el fruto de todo ello, la recompensa de sus incesantes beneficios? El sudor, la

(1) *Historia de Francia, comprendiendo la república y la relijion, en el reinado de Francisco II, por Requier.*

angustia, la desnudez, el hambre mientras respira y después su parte en la fosa comun.

Un nuevo derecho, fundado sobre la igualdad de naturaleza, es ya una creencia jeneral; para combatirlo es necesario apelar a los equívocos, a la hipocresía y a mil oscuros subterfugios porque nadie se ha atrevido a negarlo abiertamente. Mas este derecho tan poderoso en la razón pública, este derecho elevado a la altura de un dogma religioso, y que podría llamarse la conciencia de los pueblos cristianos, este derecho permanece todavía en el estado de simple idea, de puro sentimiento; no ha tenido influencia alguna sobre los hechos exteriores; no ha recibido aplicación práctica formal: el hecho es que estamos todavía en la solución pagana del problema social; en la esclavitud de las naciones antiguas, atenuada solamente y disfrazada con otros nombres y bajo otras formas.

En efecto, la esencia de la esclavitud es, como lo hemos demostrado, la destrucción de la personalidad humana, es decir de la libertad y de la soberanía natural del hombre, que hace de él un ser moral responsable de sus actos y capaz de virtud. Degradado hasta la condición del animal, y aun inferior al animal, en dejando de ser un ente personal, se le ha privado de los derechos de la humanidad y por consecuencia de todo derecho así como de todo deber. No sabiendo ya como nombrarle, porque no se sabía como concebirle, le han llamado, *cosa (res)*: he aquí en que se ha convertido la mas noble criatura de Dios.

Por lo mismo que la esclavitud es la destrucción de la personalidad, de la libertad, de la soberanía, palabras todas sinónimas, no podría encontrarse mas que en la sociedad; porque el hombre solo no depende mas que de sí mismo, nada cercena su libertad; lo que quiere, lo puede en los límites de su poder individual.

Existen tres jéneros de relaciones jenerales entre los hombres y la sociedad: relaciones individuales, domésticas o económicas, relaciones civiles y relaciones políticas: por consiguiente existen tres esferas distintas en las cuales puede introducirse la esclavitud, y por lo mismo perder el hombre, en grados diversos, su libertad, su soberanía y su personalidad.

Examinemos bajo este triple punto de vista el estado del pueblo en las naciones modernas, y particularmente en Francia; veamos de qué libertad real goza en el orden individual, doméstico o económico, en el orden civil y en el orden político.

Respecto al orden individual, doméstico o económico, entendemos por pueblo los proletarios, es decir, aquellos que no poseen cosa alguna y viven únicamente de su trabajo. Poco importa el jénero de trabajo, y así existen proletarios de todas condiciones y en todas las profesiones; pero el mayor número subsiste de un trabajo corporal.

Llevan sin duda sobre la esclavitud antigua una inmersa ventaja cuando se les considera en abstracto, puesto que tienen el derecho de su persona: pueden disponer a su antojo de sí mismos, trabajar o no trabajar; en una palabra, tienen voluntad propia, y esta facultad, cuyo ejercicio les está garantido por la ley, es reconocida universalmente. Pero, si su voluntad está libre de contradicción directa, vive sometida habitualmente a otra especie de coacción, a una coacción moral frecuentemente absoluta.

Efectivamente, acabamos de decir que el proletario es un hombre que vive de su trabajo, y que no puede vivir sin trabajar. Así, el proletario tiene por término correspondiente el salario o la retribución acordada por el contratista en cambio de su trabajo. La necesidad de vivir hace, pues, al proletario dependiente del capitalista, someténdole irresistiblemente, porque es él quien tiene su vida en su bolsillo. Si este bolsillo se cierra, si el salario le falta al

obrero, fuerza será que muera o que mendigue, servidumbre no menos humillante y dura, y que además castiga la ley como un delito. ¿Puede imaginarse una dependencia comparable a esta, una dependencia fundada sobre el derecho absoluto de vida y muerte?

El proletario depende en segundo lugar del capitalista, en cuanto a la cantidad del salario; no porque no pueda ajustarlo, sino porque, de una parte, la legislación, según al menos la interpretan y la aplican los tribunales, favorece constantemente el capital a espensas del trabajo; y, de otra parte, pudiendo esperar el capitalista y el trabajador no, siendo aquel, por consiguiente, árbitro de las condiciones del contrato recíproco, él solo fija en realidad, salvo concurrencia de otros capitalistas, el salario o el precio del trabajo.

El capitalista y el proletario están, pues, de hecho entre sí, con corta diferencia, en las mismas relaciones que el señor y el esclavo de la sociedad antigua: así es que se conserva la misma palabra, pues se dice el *amo* y el *jornalero*, y es muy exacto.

¿Qué era el esclavo a los ojos del amo? Un instrumento de trabajo, una parte la más preciosa de su propiedad. El derecho reconocido unía radicalmente al esclavo el carácter de cosa poseída, y la coacción física le forzaba a obedecer. Las cadenas y los palos eran la sanción de ese monstruoso derecho del hombre sobre el hombre.

¿Qué es hoy el proletario a los ojos del capitalista? Un instrumento de trabajo. Libre por el derecho actual, legalmente dueño de su persona, no es ciertamente propiedad vendible y cambiabile de aquel que le emplea; pero esta libertad no es más que ficticia. El cuerpo no será esclavo, pero lo es la voluntad. ¿Me diréis si es verdadera voluntad aquella que solo tiene a elegir entre una muerte afrentosa, inevitable, y la aceptación de una ley que se le impone? El palo y la cadena de la esclavitud moderna es el hambre.

No negamos, por cierto, el progreso moral o el reconocimiento del derecho; y este progreso es grande, porque, elevando la dignidad humana y consagrando el principio fecundo de la igualdad natural, prepara a otro que producirá, mas tarde o mas temprano, el cambio social que le corresponde lógicamente. Mas al presente, en el estado actual de cosas, la condición del proletario, aunque superior moralmente, en lo respectivo a la vida física es igual y aun peor que la del esclavo.

Porque el esclavo, en fin, tenía siempre asegurado el alimento y el vestido, un asilo para refugiarse durante la noche, y asistencia en sus enfermedades por el interés que el dueño tenía en conservarlo; interés que impedía se le abrumase con el peso de un excesivo trabajo, mientras que ahora se puede impunemente acumular sobre el proletario las fatigas menos tolerables, sin que jamás esté seguro del mañana. Si el hombre sufre, ¿quien se inquieta por él? Si se muere, ¿quien lo sabe? Otro le sucederá: *¡tan llenas están todas las clases, tan dispuesta está el hambre a llenar sus huecos!*

Así, pues, la suerte del pobre es esta: depender enteramente del que le emplea; vivir cuando ocupan sus brazos, cuando el rico puede sacar de él algún provecho; y morir cuando el trabajo le falta, o cuando el salario es insuficiente. ¿Y es esto otra cosa que esclavitud? En verdad, no me sorprende que algunos, observando solo el lado material de las cosas, el presente separado del porvenir, hayan echado de menos en nuestra decantada civilización la esclavitud antigua.

Estando privado el esclavo del derecho de la familia y del derecho natural, con mayor razón lo estaba del derecho civil: las leyes protectoras del ciudadano se detenían a la vista de sus cadenas o se cambiaban en leyes opresivas. La ley para él, su única ley, era el capricho del señor. Entre nosotros, el

pueblo, sujeto en el orden civil a las mismas leyes que los ricos, tiene derecho a la misma proteccion; ¿mas la obtiene efectivamente? ¿Existe de hecho la igualdad que proclama la ley? Veámoslo.

No es preciso un largo exámen para conocer que la máxima jeneral de igualdad no es mas que una vana ficcion, imaginada para satisfacer o, por decirlo así, para engañar la conciencia pública. Una multitud de leyes emanan, por el contrario, de un principio evidente de desigualdad. Hechas por hombres privilegiados, tienen por objeto el interés particular, con detrimento del interés del pueblo, que es el interés casi universal. ¡Cuántas leyes de monopolio! ¿Y para qué sirven? ¿qué es lo que favorecen? ¿Es el interés de todos, o es el de algunos el que ha regulado las tarifas de las aduanas, determinado la naturaleza y el objeto de las prohibiciones? Arbitrios, impuestos de toda clase, ¿sobre qué gravitan en su mayor parte sino sobre las cosas mas necesarias al pueblo? El pueblo lleva las cargas de la sociedad, mientras otros recojen sus beneficios.

No hemos concluido todavía este cuadro fiel del estado del pueblo, en un país conocido entre los demás por su civilizacion, su espíritu liberal y sus costumbres dulces y humanas.

En las relaciones respectivas a la distribucion de justicia, el orden civil presenta todavía mas chocante desigualdad, llevada frecuentemente hasta la opresion. En lo que toca a las personas, ¡cuanta severidad para el pobre, y cuan fácil induljencia para el rico! Al menor indicio de delito, se le interrumpe el trabajo con que alimenta su familia el pobre proletario: para él no hay fianzas, porque nadie se presta a serlo. Se le pone en prision sin ninguna consideracion a su anciana madre enferma, su esposa ni sus hijos. Allí, en la prision, en medio de una sociedad corrompida, de lo mas inhumano y de lo mas perverso, cuenta dolorosamente los dias que está separado de los suyos; se le representan sus lágrimas, sus padecimientos y sus punzantes angustias; durante la noche, en la fiebre del insomnio, cada uno de ellos le grita: ¡Tengo hambre! Y cuando se le declara inocente, y se le dice: *Márchate*, sale con una salud arruinada y un porvenir perdido. ¿Qué les importa a los que han hecho las leyes y a los que las aplican?

Hemos hablado del orden ordinario: en política es muy otra cosa. Se ha establecido como derecho el que ciertos personajes, elevados por cima de la ley por su nacimiento o por sus títulos, no sean sometidos a ninguna jurisdiccion, ni puedan ser castigados con pena ninguna, cualesquiera que sean sus actos; de suerte que, acusados del mismo delito que los simples ciudadanos, siendo los principales autores del delito, se les exime del proceso y se persigue a los subalternos.

La desigualdad no se para, por decirlo así, en este primer término: vedla ahora en su término extremo opuesto.

Estalla un motin, o el poder dispone, para asegurar su caduca existencia, asustar la cámara y el país con una conspiracion oficial; entonces ¡desgraciados de los proletarios! Con el mas fútil pretexto y a veces sin ninguno, por medida preventiva, se les arranca de los talleres y se les encierra en calabozos privados de aire y de sol, donde sus fuerzas declinan rápidamente, faltos de un alimento suficiente y sano, y por consecuencia de la irritacion que producen en ellos las vejaciones sin número, las mil torturas físicas y morales sabiamente combinadas para debilitar sus cuerpos robustos y enervar sus almas vigorosas.

Como resulta contra la mayor parte cargo alguno, será necesario al cabo abrirles las puertas de los calabozos donde la salud se destruye visiblemente y a veces se altera su razon. Como esto se sabe de antemano, creereis sin duda que se apresurarán los procedimientos, se acelerará el juicio, y cuanto mas so-

temne sea el tribunal, se mostrará mas solícito en reparar la injusticia de estos deplorables encierros. Si así lo pensais, desengañaos. Mientras que sobre la paja húmeda de las prisiones del gobierno, o en el secreto de sus nichos, nuevamente decorados con el nombre de *cellas penitenciarias* por una imbecil y atroz filantropía, los infelices devoran sus dolores en las interminables horas del encierro, sus nobles jueces se van seis o siete meses al campo a descansar, a pasear por los verdes prados de sus casas de campo a la sombra de sus risueños y aristocráticos parques. ¿Creeis que, si el prisionero fuese uno de los suyos; que si, por su nombre, sus relaciones, o su riqueza, perteneciese a lo que todavía se llaman clases superiores, *altas clases*, se atrevería nadie a prolongar de tal modo su suplicio preventivo? Entonces no se saldrían de las prescripciones de la ley, o en defecto de la ley, se vería que la humanidad habla un lenguaje mas imperativo y mucho mas sagrado. ¿Mas acaso el proletario es hombre?

Por grande que sea su miseria, puede, no obstante, darse el caso de que tenga intereses que defender o alguna injusticia que rechazar, y se vea en muchas circunstancias obligado a recurrir a la proteccion de los tribunales. En derecho, la ley, igual en esto para todos, le permitirá hablar; pero en el hecho, verá que está casi completamente sorda para él. ¡Ya se vé!; son cuestiones mezquinas las que entabla; algunas docenas de reales, algunos salarios tal vez...; pero esas docenas de reales son su pan, son su vida. A tal punto han elevado los derechos de la administracion de justicia, que la han hecho casi inaccesible, y aun cuando se gane un pleito se pierde mas todavía que lo que se ha ganado por la sentencia de los jueces. Forzoso le es, por consiguiente, sufrir en silencio las iniquidades de que es víctima, y apelar ante Dios de la injusticia de los hombres.

Otra desigualdad: cuando un rico muere, el fisco levanta su parte de la sucesion, y cualquiera que sea, los herederos la satisfacen facilmente sin gran pena, sin duda porque la suya es considerable. Después de largos años de trabajo, favorecido por las circunstancias, y en fuerza de una severa economía, el proletario puede llegar a hacer algunos ahorros, único recurso que les dejará a los suyos cuando muera. No faltará quien diga que la viuda y los hijos no quedan mal, y así en efecto pudiera ser. Pero ¡lo que va de suerte a suerte en nuestra sociedad!: en este caso el fisco corre, actua, procede y devora en diligencias *inevitables* la herencia entera, el fruto sagrado del trabajo del pobre.

Pero aun hay algo mas inaudito, mas monstruoso todavía. Ved aquí ante un juez a una criatura humana, hambrienta, flaca y desfallecida, cuya desnudez cubren apenas algunos harapos sucios. Habcis sido encontrado, le dice el juez, pidiendo limosna o tendido en tal calle.

La criatura humana esplica con voz apagada que, habiéndole faltado el trabajo, o no pudiendo trabajar a causa de los años o de una enfermedad, no tiene mas recurso que morir o recibir un socorro de la caridad; que, careciendo de asilo, de parientes y amigos, se ha caido de necesidad en medio de la calle.

¡Sin asilo! responde el juez: la ley ha provisto ese caso; sois culpable a sus ojos del delito de vagancia. Delito, pues, de mendicidad y delito de vagancia, que la ley castiga con la prision.

No ha mucho que un trapero, glorioso combatiente de julio (1), acusado de este delito, que no se perdona, respondió al juez: «Yo pasé tambien durante los tres dias la noche en las calles, y entonces no se me llamó vagamundo.»

Si Cristo hubiese vivido entre nosotros, un guardia municipal le hubiera profanado con su contacto, y un juez le hubiera hecho encarcelar por vagamundo; porque el Hijo del Hombre no tenía ni una piedra donde reposar su cabeza.

(1) En la revolucion de 1830 en Paris.

Así, pues, el hambre pone al proletario bajo la dependencia absoluta del capitalista. Para él ninguna garantía de libertad individual, ninguna defensa posible de sus intereses contra la injusticia y la opresión, ningún medio de transmitir a su viuda e hijos, ni aun un mezquino resto del módico peculio adquirido con el sudor de su frente; y cuando las enfermedades o la vejez han gastado sus fuerzas, ni un pequeño rincón de tierra donde espirar en paz. Si implora de la caridad del transeunte un pedazo de pan, la prisión: si, estenuado por la necesidad, se recuesta por la noche junto a un guarda-rueda, la prisión.

Volvamos a preguntarlo: ¿Es esto esclavitud, sí o no? Y quien, a no mirar más que al hecho puro, sin atender al derecho reconocido, pero insolentemente violado, quien, repito, no preferirá la esclavitud antigua?

Uno de sus caracteres era, como hemos visto, la esclusión de todo derecho de ciudadanía, de toda intervención en el gobierno y administración de la cosa pública, de toda especie de participación de la soberanía colectiva; y no podría ser de otro modo, porque la soberanía colectiva, resultado de la asociación a la que cada uno lleva su derecho, que conserva bajo la garantía recíproca de todos, emana de la soberanía originaria de sí mismo, de la libertad, de la personalidad humana; y por esto negar lo uno conduce lógicamente a negar lo otro, así en la teoría como en la práctica. Donde no hay soberanía colectiva, no hay libertad del individuo; donde no hay libertad del individuo, no hay soberanía colectiva. Son dos términos que se implican y se enjendran necesariamente el uno al otro: tenemos la prueba a nuestra vista. A medida que se multiplican los atentados contra la libertad, a medida que vamos hundiéndonos en la servidumbre y que la arbitrariedad renace, renacen con ella las doctrinas que establecen el derecho sobre la fuerza material, o sobre las abstracciones, ya místicas, ya filosóficas, que se resuelven en la fuerza material; se procura, en una palabra, de mil maneras directas e indirectas, destruir el dogma salvador y dichosamente imperecedero de la soberanía del pueblo.

Con razón se teme a este dogma, y se procura oscurecerlo y abolirlo; porque no se podría admitirlo sin deducir en seguida que nuestra sociedad reposa sobre una flagrante, completa e inicua violación del derecho fundamental de toda verdadera sociedad. ¿El pueblo es soberano de hecho? Si no lo es, si no tiene parte alguna en el gobierno de la cosa pública, en la gestión de los intereses que más de cerca le tocan, entonces es políticamente esclavo.

Y este pueblo esclavo ¿de quien se compone? No solamente de proletarios, de hombres desprovistos de toda propiedad, sino de la nación entera, a excepción de doscientos mil privilegiados, bajo cuya dominación se doblegan dolorosamente treinta y dos millones de hombres, verdaderos siervos de estos tiempos, pues los señores y los dueños de doscientos francos de contribución (1), únicos investidos del derecho de tomar parte en la confección de las leyes, disponen de ellos, de sus personas, de su libertad, de sus bienes a medida de su capricho y, entiéndase bien, según el interés propio exclusivamente. Después de medio siglo de lucha contra la tiranía feudal y real; después de tantos esfuerzos y sacrificios, tantos combates para libertar a la humanidad de un yugo aniquilador, ¿he aquí donde nos encontramos todavía!

¡Pueblo, pueblo, despierta de una vez! ¡Esclavos, levantaos, romped vuestras cadenas, no sufráis que se degrade por más tiempo en vosotros la dignidad del hombre! ¿Queréis que un día vuestros hijos, abrumados por las cadenas que les habreis legado, digan: Nuestros padres han sido más cobardes que los esclavos romanos. Entre ellos no se pudo encontrar un Espartaco?

Pero se encontrará, y más de uno, no lo dudemos: de otra suerte, ¿qué

(1) Recordamos al lector que habla el autor con relación a Francia, sin que por eso sus reflexiones cuadren menos a España.

quedaría que hacer mas que echar un poco de tierra sobre esta jeneracion podrida y maldita?

Y el Espartaco de los esclavos modernos no huirá a las montañas y a los desiertos para armar algunos brazos vengadores, ni se verá reducido a procurar por la fuerza material un triunfo incierto. El Espartaco de los esclavos modernos los armará con su propio derecho, con el derecho reconocido, y con él conseguirán el triunfo. Por detestables que sean las leyes, no se ha podido hacerlas tan malas que cierren todas las vías a la queja, que hagan enmudecer las reclamaciones, que impidan el que sean todas unánimes, innumerables, cada vez mas enérgicas e imperativas, que despierten en los opresores serias reflexiones, y que turben su seguridad; porque saben ellos que serán vencidos el día en que la opinion, por medio del voto universal, se manifieste, cerrando todo lugar a la duda sobre la voluntad nacional.

Después de diez y ocho siglos de cristianismo, vivimos todavía bajo el sistema pagano. Se ha proclamado, en nombre del soberano Autor de todas las cosas, del Padre celestial, que abraza a todos sus hijos en un mismo amor, la igualdad, la libertad, la fraternidad humana; y la desigualdad se halla en todas partes, en todas la servidumbre, en todas el hermano ha remachado en los pies de su hermano la cadena del esclavo, en todas el pueblo jime bajo una sacrilega opresion, en todas; en vez de la figura grande y dulce del Cristo, se ve alzar el espectro de Cain.

Hermanos, este desórden profundo, esta rebelion impía contra Dios y su ley, esta insolente y criminal violacion del derecho vital de la humanidad, debe tener término. No debeis sufrirla mas tiempo, sin convertirlos en cómplices directos. El deber, el interés, todo os impele a consumir la obra santa de la rejeneracion social.

Mas ¿por qué medios se efectuará? ¿por qué via intentareis arribar al objeto que se trata de alcanzar? Grave cuestion es esta que importa examinar detenidamente, porque la indiferencia o el abandono serian funestos.

Sabed bien, primeramente, y no lo olvidéis jamás, que en ninguna época hay nada posible sinó lo que han madurado los espíritus, lo que, preparado poco a poco, se ha hecho necesidad y deseo jeneral; que toda reforma que se presenta como una perturbacion radical de las cosas existentes, como el trastorno de lo que tiene en las ideas, los hábitos, las costumbres y la opinion, verdadera o falsa, de las masas raizes vivientes, fracasa siempre; que nada hay mas pernicioso que los sistemas de pura imaginacion, principalmente si ofrecen un enojoso caracter de rijidez absoluta; y que las teorías, aun sin razon cuestionadas, las teorías que repugnan al mayor número, las especulaciones económicas y filosóficas inaplicables, al menos en la actualidad, porque su efecto es espantar y retener en una deplorable inercia a los hombres mejor dispuestos y cuyo concurso seria útil y muchas veces indispensable.

Hay un criterio universal que marca el limite entre lo que puede hacerse en un momento dado y lo que se ensayaria en vano. Lo posible de hoy no es lo posible de mañana. No se podría, sin esponerse a lamentables decepciones, hacer abstraccion del tiempo y de lo que el tiempo lleva consigo. Para obtener buen éxito, es preciso situarse en medio de la corriente de las cosas humanas, porque solo en ella está la fuerza verdadera. Si en lontananza habeis percibido una ribera dichosa a donde deba arribar la sociedad, la corriente la llevará allá, mas no de un golpe violento. ¿Como se la conduciria allí sin atravesar los lugares que todavía la separan?

Todo se opera en la naturaleza por via de desarrollo, por un progreso continuo y gradual; ley que no tiene escepcion. Ninguna violencia podría acelerar un segundo el crecimiento de un poco de yerba, y tampoco podría acelerar el

crecimiento de la sociedad. Además, la violencia repugna instintivamente a las masas; la repugnan en primer lugar, por sus efectos inmediatos, que son la alteración y la destrucción, y la temen además por ser un indicio de debilidad moral y de designios equívocos. Porque, o se quiere lo que quiere la gran mayoría del pueblo, y entonces todo cede a su fuerza irresistible, o se quiere lo que no desea, y entonces la violencia encubre un pensamiento de tiranía.

Se necesitan además dos condiciones esencialmente inseparables, que son: una adhesión completa y desinteresada a la causa común, y un sentimiento profundo de la justicia, por lo que ella es. Sin esto, no pensando cada uno más que en sí mismo, se aísla y se encierra en su egoísmo; sin esto, el interés personal, mezquino y pobre, radicalmente incompatible con el espíritu de abnegación, ahoga en el fondo del alma los impulsos generosos, las santas e irrevocables resoluciones; divide, degrada y arroja por la pendiente de la brutal codicia. El hombre a quien nada eleva sobre sí mismo, es siervo por naturaleza.

De las tres formas que reviste la esclavitud a que se os ha sometido, la esclavitud doméstica, la esclavitud civil y la esclavitud política, la primera es la que más os abruma con su peso, porque se identifica con vuestros sufrimientos de cada día, de cada hora, sufrimientos físicos y sufrimientos morales, necesidades del cuerpo y necesidades del alma; que también el alma tiene sus necesidades, tanto más imperiosas cuanto que se derivan de lo que nuestra naturaleza contiene de más íntimo y elevado. ¿Y qué medio tenéis de satisfacerlas, abrumados como estáis por la necesidad de un trabajo incesante para subsistir vosotros y los vuestros? ¿Qué medio de adquirir la instrucción, que haría más productivo vuestro trabajo, que esparciría sobre vuestra vida, árida hoy, tan acontecida y dura, los encantos de la ciencia y del arte?

Lo que queréis, ante todo, es que este gran desorden, esta repugnante desigualdad en la distribución de los bienes y de los males, de las cargas y de los beneficios del estado social, esta inicua opresión de la clase más útil y más numerosa, desaparezca, y que el hombre trabajador tenga su justa parte en las ventajas de la común asociación. Lo que vosotros queréis es que el pobre, libre de su pesada carga, cese de arrastrar con dolor sus cadenas hereditarias, de ser un puro instrumento de trabajo, una simple materia explotable; y en ello tenéis mil veces razón. Todo esfuerzo que no produzca este resultado será estéril; toda reforma de las cosas presentes que no termine en esta reforma fundamental, será ilusoria y vana.

¿Mas como cambiareis en este concepto vuestro estado actual? Necesitais asociaros, entendederos, concertaros; necesitais obrar. ¿Y qué libertad de asociación, de acción verdaderamente real, eficaz, se os ha dejado? Ni aun se permite que por una resolución común procureis obtener un aumento de salario; se llama a esto coalición, y la ley castiga las coaliciones con la multa y la prisión. Se os envuelve en las redes de la ley, y se os sujeta con sus ligaduras. El poder está siempre dispuesto a proteger el privilegio, y siempre inexorable para oprimiros, al más ligero temor y bajo el más leve pretexto, con rigores arbitrarios. Se os separa a los unos de los otros, y se os encierra como a las bestias de las casas de fieras en sus celdas penitenciarias.

¿Se os permite reuniros para tratar juntos vuestros intereses? Y, aislados, ¿qué puede cada uno de vosotros? Al menor pensamiento de emancipación que se os supone, vuestros opresores se inquietan, una policía enemiga tiende en vuestro rededor sus lazos infames, vigila vuestros pasos, provoca a los imprudentes, espía vuestras palabras, las recoge para envenenarlas, y bien pronto, por vía de medida preventiva, se os envía a reflexionar en el fondo de un calabozo, entre un pedazo de pan negro y un jarro de agua infecta, lo peligroso

que es para el esclavo moderno el turbar el sueño de sus señores.

Victimas, así, de las leyes que otros han hecho; víctimas del poder, absoluto de hecho, que se han abrogado sobre vosotros, nunca arribareis a lo que debe ser, si este poder permanece lo mismo, si esta legislación no se modifica, si, esclavos en el orden de las relaciones individuales de que depende la vida, continuáis siéndolo también en el orden civil.

¿Qué podeis vosotros en este orden contra el poder y contra la ley para resistir el uno y para modificar la otra? Evidentemente nada. Mirad en derredor, y donde quiera tropezareis con vuestra impotencia. Para modificar la ley, es indispensable tener parte en su confeccion; para arreglar el poder, para dirigir su ejercicio y reprimir los abusos, es necesario poseer el derecho de inspeccionar sus actos, el derecho efectivo del mando.

Pero no se os ha dejado mas parte que una obediencia ciega a la ley hecha sin vuestro concurso, frecuentemente en contra vuestra, y a los ejecutores de la ley. ¿Quien sueña siquiera en inquirir vuestras necesidades, ni en vuestros perjuicios, cuando se ha deliberado sobre lo que mas os interesa? Se reirian del que hablase de consultaros, o le tratarian de insensato, si no le acusaban de intentos sediciosos. Vosotros sois en el Estado lo que en la cuadra el animal doméstico: es de ley que por la noche esteis atados al pesebre, y por el dia uncidos a la carreta; y además no podreis cambiar ni modificar la ley. Vuestra esclavitud en el orden civil es, pues, una consecuencia inmediata e inevitable de vuestra esclavitud política.

Comprendedlo, pues; vuestra esclavitud será eterna, y vuestra miseria y todos los sufrimientos e inauditas angustias que emanan de ella, a menos que desde luego os dispongais a alcanzar vuestra independencia política; a salir de la nulidad a que estáis reducidos y en la que se os quiere retener; a conseguir, en fin, con los derechos de ciudadano, la plenitud de los que os corresponden como hombres. Y lo alcanzareis sin duda alguna, si lo quereis verdaderamente, si nada os separa de este objeto, si lo procurais con una firme e invencible perseverancia.

Vuestra posición y vuestro interés son el interés y la posición de la nación entera, fuera de doscientos mil privilegiados, mucha parte de los cuales, avergonzados de la injusta desigualdad consagrada por la ley, aspira al restablecimiento del derecho comun. No solamente esta contradicción entre la ley y el principio de la ley, que es la soberanía de todos, hiere su conciencia y su razón, sino que además ven en el privilegio electoral el jérmén ya desenvuelto de una aristocracia peor que la antigua; en el sistema del censo, que regula los derechos y mide las capacidades segun el dinero, que calcula por reales, cuartos y ochavos la probidad y la intelijencia, una innoble sandez al mismo tiempo que un manantial de corrupcion, que no tardaria en hacerse mortífera, y cuyo progreso es tanto mas rápido y amenazador, cuanto que, en lugar de cortarla el poder, la escita por todos los medios que están a su alcance y parece que tiene fundada sobre ella su existencia.

Comprenden que el mantenimiento del orden público y la seguridad del porvenir se comprometerian gravemente, si persistiesen en dejar fuera de la sociedad política, fuera de la ciudadanía, a treinta y tres millones de franceses, porque, dejándolos sin patria, (pues solo tiene patria el ciudadano,) procurarian a toda costa crearse una, y no lo procurarian en vano. Los electores de que hablamos, privilegiados involuntarios, no creen, ellos mismos, en la duración posible de la esclavitud que algunos furiosos, a quienes ciegan las malas pasiones, desean locamente prolongar a lo infinito; no creen que el hecho brutal, apoyado un momento por la fuerza material, pueda triunfar del derecho eterno, y están de parte del pueblo.

Que de todas partes, pues, obedeciendo al impulso ya dado, se dirijan peticiones para la reforma electoral, y sean cubiertas de firmas; que de todos los puntos de la Francia, así de las ciudades populosas como de la última aldea lleguen a la cámara; que resuenen dentro de su recinto como la gran voz del Pueblo: los mas distraídos de sus miembros escucharán atentamente; los mas apáticos se alarmarán, y aquellos a quienes anima un deseo malévolo, penetrados del presentimiento del inevitable porvenir se dirán: Nuestro tiempo ha pasado!

No retrocedais ante la resistencia que se os opondrá sin duda. Teneis de vuestra parte el derecho y la justicia, y la justicia y el derecho triunfan siempre, infaliblemente. Creéd en su fuerza y en la vuestra, y esta fe os salvará.

Nadie ha negado todavía abiertamente vuestra soberanía, la soberanía nacional; y si la negasen, pedid al poder sus títulos, pues como ninguno puede presentar, se confesaría usurpador, y recobrariais desde luego las facultades usurpadas por él.

Y además: estando reconocida vuestra soberanía inalienable e imperecedera, ¿bajo qué motivo, o con qué pretexto, se os disputaría su ejercicio? Eso sería a la vez admitirla y negarla; sería decir al pueblo: Tú eres el soberano, nosotros lo reconocemos, soberano de derecho; pero este derecho que te pertenece y que confesamos pertenecerte, no lo ejercerás sino hasta donde nos convenga permitirte.

¿Y quien usaría este lenguaje? ¿Quien se eriría en juez independiente, absoluto de vuestras peticiones? ¿Los diputados? ¿Y qué son los diputados sino vuestros delegados, vuestros mandatarios? Si ellos no son eso únicamente ¿qué son? ¿sí no proceden de vosotros, de donde proceden? ¿Cual es su orijen y de quien tienen su mision? Que nos lo espliquen.

Sus funciones son representaros; su deber, recojer vuestros votos, vuestras voluntades supremas, para convertirlas en leyes segun ciertas fórmulas determinadas: de otro modo ellos serian vuestros señores, serian los verdaderos soberanos, y vuestra soberanía, que es esencialmente vuestra, se cambiaría en una completa sumision.

Por consiguiente, cuando os plazca notificarles directamente vuestra voluntad en la forma que la reviste de un carácter de certidumbre legal, ellos no deben deliberar sino obedecer.

Todo lo que esto no sea, no es mas que una organizacion sin principio, un gobierno sin razon, una arbitrariedad indefinida, la tiranía de muchos o de uno solo.

Por evidente que sea vuestro derecho, admite, y se deben prever las tentativas desesperadas para escapar de sus consecuencias; se debe prever una rebelion de los mandatarios del pueblo contra el pueblo. Todo se puede, y todo se ha visto.

¿Qué hacer en este caso? direis vosotros.

En este caso, habiendo el mandatario intiel, rasgado por sí mismo su investidura, viene a quedar solo y frente a frente de la nacion entera. Observad que yo digo la nacion, y no una fracción solamente, una minoria de la nacion.

El mandatario en esta hipótesis, no teniendo ya de ella su poder, no poseer á lejitimamente ninguno. Sus actos, radicalmente nulos, no seran en manera alguna obligatorios. Habria entonces suspension de gobierno, ausencia de autoridad, y la nacion, obligada a acudir a su conservacion, tomaria consejo de sí misma y haria bajo la inspiracion del instinto de la vida, todo lo que exijiese este interés supremo.

Una vez demostrada la oposicion entre ella y sus representantes, que habrán dejado de serlo, ¿qué debería hacer? Con la calma mas solemne y sin

violencia alguna, recogería el ejercicio delegado de su soberanía y protestaría por la negativa de los impuestos contra el poder rebelde.

Pueblo, este es tu derecho, y es tu deber: tu derecho, porque ¿quien lo tiene para disponer sin ti de lo que te pertenece, de imponerte cargas en que tú no has consentido ni podido consentir, y de despojarte del último maravedí; quien tiene el derecho de retenerte en la esclavitud política? Y tu deber, porque el primero de los deberes es ser y permanecer hombre, el deber de rechazar la esclavitud, que, despojando de su personalidad a la criatura inteligente, la degrada hasta hacerla de peor condición que a los brutos.

El derecho de rehusar los tributos a un gobierno que se declara en guerra con la nación no puede ser cuestionado, porque, siendo la nación el verdadero, el único soberano legítimo: ¿quien se alzaría contra ella para oponer a su voluntad otra voluntad, para hablarle como dueño? ¿quien le diría: Doblégate a mi ley, a mi mandato superior y absoluto?

El poder reconoce la soberanía de la nación, y entonces debe obedecer aquello que quiere la nación; o la niega, y entonces la nación puede y debe defender, contra los ataques del poder, su soberanía, es decir, su vida.

En principio, pues, el derecho de negar los impuestos, correlativo al derecho de consentirlos, es incontestable. Fué reconocido en Inglaterra bajo Carlos I, en Francia durante la restauración, y es también reconocido hoy además en España. Es una máxima del mas simple buen sentido y una imperiosa necesidad en ciertas circunstancias.

Pero tal vez se nos diga que puede oponerse al derecho la violencia.

Cierto que todo crimen es posible.

Entonces no sería ya uno de esos debates en que solo la razón decide; sería una cuestión de fuerza, y el poder que la emplease en un acceso de vértigo, sufriría mercedamente las consecuencias de ese acto insensato, cualquiera que ellas fuesen. No faltan ejemplos que nos enseñan lo que es la fuerza del poder contra la fuerza del pueblo. Estemos, pues, tranquilos sobre este punto.

Mas, por cima de toda cuestión de fuerza, por cima aun de toda cuestión de derecho, se levanta el gran pensamiento del deber, que os sostendrá en la lucha de que depende en el porvenir vuestra suerte y la suerte del mundo.

El deber es quien produce la union, porque, siendo igual para todos, obra fusion de todos en cada uno y de cada uno en todos. ¿Y sin union, qué hariais? qué llegariais a alcanzar?

El deber es quien da la constancia, cuyo premio es la victoria, porque es inmutable, no cambia jamás, jamás se debilita, porque obliga igualmente hoy, mañana y todos los días.

Puede sacrificarse el interés, abandonar el derecho personal; mas, sin crimen, nadie puede abandonar el derecho y sacrificar el interés de sus hermanos.

El deber obliga a la voluntad, y no está sometido a la voluntad. Obliga como un mandamiento de arriba, del mismo Dios. El deber es una religion.

Nada se ejecuta duradero y grande sino en virtud del deber; porque todo lo demás que hace relacion únicamente al individuo, no se estiende mas allá de su esfera, es mezquino y pasajero como él.

Volved los ojos a lo pasado y examinad la historia de las naciones que han desaparecido: ¿veis algunas que hayan hecho alguna de esas obras, cuyo recuerdo se prolonga a traves de los siglos, influyen en los destinos las generaciones sucesivas, a menos que, por un impulso partido del fondo de la conciencia, no se sintiesen divinamente impelidas hacia un fin que les estaba mandado alcanzar? a menos que, haciendo abnegacion de sí mismo, no se preocupase cada uno esclusivamente de ese fin comun, estando prontos, si necesario fuese, a hacer por él los mayores sacrificios? Así es como los primeros romanos

vivían y morían por la ciudad eterna; y así los primeros cristianos vivían y morían por la humanidad.

Si cada uno de ellos no hubiera pensado mas que en sí mismo ¿qué hubiera sido de Roma? ¿qué hubiera sido del mundo?

Todo pensamiento, todo deseo cuyo término es el individuo aislado, se resuelve en un interés, ora de reposo, ora de goze actual, y casi siempre de gozes brutales. Se quiere entonces vivir tranquila y dulcemente. Se cierran las puertas para no ser molestados, para no oír los lamentos de los que pasan por la calle desnudos y hambrientos, y las lúgubres lamentaciones de la miseria y del sufrimiento.

Cuando se llega a tal estado, ningun remedio, ningun otro porvenir queda a la sociedad mas que una disolucion desesperada, una muerte inevitable y una sepultura infame.

El deber es la ley de la vida, la ley segun la cual la criatura inteligente se conserva, se desarrolla y alcanza su fin.

Presida, pues, el deber perpetuamente a vuestras acciones, dirijalas, fecundelas; olvidad vuestro propio interés, para no pensar mas que en el de vuestros hermanos; conducidos de modo que podais decir todos los días: He trabajado para ellos; he procurado disminuir la suma de los males y aumentar la de bienes futuros; he cooperado segun mis fuerzas a los designios de Dios, al cumplimiento de su obra; he vivido, no para mí, sino para la humanidad.

Si, abjurando un vil egoismo, y todo deseo puramente individual, toda mira mezquina y material circunscrita al presente, elevais vuestras miradas mas alto; si abrazais en un santo y ardiente amor, no solamente a los vuestros, aquellos entre quienes corre vuestra rápida existencia, sino a las jeneraciones futuras, entonces, creed, creed firmemente en el triunfo de vuestros esfuerzos. Como el soldado que muere en el combate, tal vez no sereis vosotros testigos de la victoria; mas los gritos de triunfo de vuestros hermanos vencedores, los cantos de alegría de los pueblos libertados, de la humanidad dueña para siempre de sí misma, resonará en vuestras mudas cenizas, y en el fondo de la tumba esperimentareis un júbilo inmortal.

Resumamos: La esclavitud antigua, modificada solamente en sus formas, y modificada en perjuicio del esclavo, subsiste todavía de hecho en el seno de las sociedades modernas hasta en las mas adelantadas; pero está en contradicción con la idea y el sentimiento de un derecho indestructiblemente establecido en la razon pública y la conciencia universal.

Esta contradicción entre el hecho y el derecho, que tiende a transformar el hecho para armonizarse con él, y el hecho que se resiste a esta transformacion, es la causa real del malestar, del desorden, de la secreta inquietud y de la guerra intestina en que hoy se ajita el mundo.

Siervo en el orden doméstico, en el orden civil y en el orden político, el pueblo se halla atormentado de la necesidad de la libertad, para asegurar su vida por una organizacion mejor del trabajo y una distribucion mas equitativa de sus frutos; para elevarse a la dignidad de hombre, y para conquistar los derechos de ciudadanía.

La gran revolucion que se opera a nuestra vista no tiene otro motivo ni otro objeto, y nada la detendrá mientras no alcance este objeto.

Lo que quiere el pueblo, es Dios mismo quien lo quiere, porque lo que quiere el pueblo es la justicia, es el orden esencial, eterno; es el cumplimiento en la humanidad de estas sublimes palabras del Cristo: «Que sean UNO, y padre mio. como vos y yo somos UNO.»

La causa del pueblo es, pues, la causa santa, la causa de Dios; y triunfará por consiguiente.

Pero a fin de que su triunfo sea mas pronto y con las menos perturbaciones inútiles posibles, y sin sacrificios estériles, el pueblo debe estrechar el lazo moral de que nace la unidad, por la abnegacion de cada uno a todos, por el completo sacrificio de sí mismo, que es la raiz del deber y su plena consumacion.

Debe, segun esto, comprender que, para emanciparse en el órden doméstico, necesita primeramente emanciparse en el órden civil, y que la emancipacion civil depende de la emancipacion politica.

Libre politicamente, recobrará sin obstáculo sus demás libertades, y efectuará por medio de su cooperacion a la formacion de las leyes y por el pacifico ejercicio de su omnipotente soberania, las mejoras de todo jénero, económicas y civiles, que juzgue por sí mismo practicables en la actualidad.

Y la cuestion politica se resuelve en la de la reforma electoral, de una reforma amplia, completa, que no repose, ni en el principio innoble y corruptor del censo, en categorías arbitrarias, necias presunciones de capacidad, sino sobre el mismo derecho inherente al hombre y al ciudadano; porque entonces nadie será despojado de su libertad esencial, de la parte que le corresponde en la soberania nacional; y solo entonces se habrá abolido realmente la esclavitud moderna.

No hay poder humano a quien sea dado impedir que llegue este dia de justicia y de paz, este dia que bendecirá la humanidad futura, y que celebrará en sus ságrados cánticos; mas depende de nosotros el apresurarlo. Que nuestros esfuerzos sean unánimes y perseverantes; que no nos canse ni nos desanime la resistencia de algunos ni la inercia de muchos otros, y bien pronto la luz se hará, y bien pronto el astro que espera el jénero humano, llamándolo con sus clamores, y que saludan sus constantes esperanzas, iluminará los pesados vapores del horizonte.



AMSCHASPANDS Y DARVANDS.*

En el principio reinaba Ormuzd.

Desde el seno de la luz habló, y dijo: Cúmplase el Honover.

Nol, contestó Ahriman.

De Ormuzd y de Ahriman nacieron los jénios buenos y los jénios malos, a los que se han atribuido diversas funciones en el universo, ya para mantener el orden, ya para turbarlo, para difundir el bien o propagar el mal, segun la naturaleza del ser de que traen su oríjen.

De Ormuzd emanan los Amschaspands y los Izeds; de Ahriman los Dews, Darvands o Darudjs.

Siempre en guerra, estos jénios se disputan el imperio de la creacion; pero, después de un combate cuya duracion tendrá término, los jénios

* Estos nombres y otros que encontrará el lector en esta obrita están tomados de la mitología persa; pero el asunto es, como conocerá desde luego, enteramente de nuestra época. Tal vez podríamos haberlos suprimido en la version, segun consejo de algunos, para evitar la dificultad de su lectura, sustituyéndolos con el significado; si no lo hemos hecho, es porque, en nuestro concepto, eso hubiera sido despojar de todo su colorido tan bello poema, y haer lánguido y pesado su animado y vigoroso estilo. La molestia que al principio ocasiona la lectura de nombres estraños, desconocidos y duros, desaparece luego que la memoria retiene la idea que envuelven. Con objeto de ayudar al lector, además de la tabla alfabética que ponemos a continuacion para que pueda ser facilmente consultada, repetiremos al pie de la página, en nota, los significados de los menos frecuentes.

Ahriman	El malo inteligente.	Khivéh.	El que ataca las plantas y los rebaños.
Akuman.	El que es todo inutilidad; rival de Bahman.	Khordad.	El que lo produce todo.
Amschaspands.	Los santos inmortales.	Khru.	Espiritu de dureza.
Amerdad.	El que da la inmortalidad.	Mediozerem. . . .	El que da la leche.
Ardibehescht. . .	Pureza excelente.	Medioschem. . . .	El que da verdura a los campos.
Aschesching. . . .	El que da la ciencia y la luz.	Mithra.	El que hace fértil la tierra.
Aschmogh.	Aquel cuya gloria es la crueldad	Nesorch.	El que maltrata a los muertos.
Astuidad.	El que no piensa sino el mal.	Odiren.	El que preside al ocaso del sol.
Atar.	El que atiza el fuego.	Ormuzd.	El rey sapientísimo.
Auder.	Espiritu de impureza.	Oschen.	El que vela por la tierra a media noche.
Bahman.	Jenio de la bondad de corazon.	Rapitan.	El que vela por la tierra a medio día.
Boschasp.	Espiritu de mentira o falsedad.	Sapandomad. . . .	En zendo <i>santa sometida</i> , jenio de la tierra.
Bahman.	El que bendice al pueblo.	Savel.	Espiritu de violencia.
Darudjs.	} Literalmente, <i>matadores</i> .	Schariver.	Rey de equidad o equitativo.
Darvands.		Serosch.	El que, a la mañana, da en el cielo la señal de la oracion.
Dews.		Sreoschock.	El que quita la tranquilidad.
Eghetesch.	Jenio de la corrupcion del corazon.	Tachter.	El que vela por la lluvia y la conservacion de las flores.
Eiathrem.	El que hace crecer los frutos y los animales jóvenes.	Tarik.	Espiritu de avaricia.
Esehem.	Espiritu de calera.	Tarmad.	Espiritu de orgullo.
Ferofier.	El espiritu, el alma individual.	Vato.	Espiritu del huracan.
Goscherun.	El que cuida los rebaños.	Zareteh.	El que disputa el bien: rival de Amerdad.
Havan.	El que preside al nacimiento del sol, o vela por la tierra a esa hora.	Zerdhust.	Fundador o restaurador de la religion de los magos, cuyo culto era el fuego.
Honover.	La oracion, la súplica, la adoracion.		
Izeds.	Dignos de sacrificio.		
Kalitz.	Espiritu de la podredumbre.		

malos y el principio mismo del mal, Ahriman, *el jefe de los que no le tienen*, vencidos al fin, reconocerán el poder superior del principio del bien, y cesarán de luchar contra él.

Los jeníos del bien, como los del mal, se corresponden entre sí desde todos los puntos del universo por medios de que no podemos formarnos idea, y en ciertas épocas, Ormuzd y Ahriman envían comisionados, escogidos entre los mas aventajados de los Amshaspands y de los Darvands, a recorrer los mundos con encargo de que les instruyan exactamente de lo que en ellos pasa y de como desempeñan sus funciones y ejecutan sus órdenes los ministros subalternos colocados en cada uno de los mundos.

Si las relaciones de estos enviados y las comunicaciones mutuas de los jeníos dispersos en la creacion nos fueran conocidas, y pudiéramos comprenderlas, nuestra ciencia igualaría a la suya, y el universo nada contendría oscuro ni secreto para nosotros. Pero nuestra naturaleza no lo permite; no sabríamos penetrar en una esfera tan superior a la nuestra.

No obstante, si nosotros, débiles criaturas, relegadas a un punto imperceptible del espacio, no podemos subir a su altura, ellos pueden descender hasta nosotros, y esto es lo que hacen algunas veces por motivos que ignoramos, porque las tinieblas en que vivimos son grandes.

Uno de los últimos descendientes de Zerdhust, venerable resto del antiguo majismo, vivía no ha mucho en Oriente, en el fondo de las montañas de la Bactriana. Este anciano era reverenciado como un ser superior al resto de los mortales, porque se sabía que los jeníos le visitaban y se dignaban revelarles cosas para todos misteriosas. A su muerte dejó varios manuscritos en lengua sagrada, la antigua lengua de los magos. Recojidos que fueron con toda relijiosidad, se vió que el sentido de muchos no podia ser descifrado; que eran simbolos impenetrables a nuestra débil intelijencia.

Algunos parecieron ser como una palabra intima trasmitida por medios que no tienen nombre en nuestro lenguaje terrenal, especie de diálogos de un mundo al otro entre jeníos de diversos órdenes.

Muchos de estos manuscritos, traducidos primero del zendo a un idioma oriental moderno, lo han sido después al nuestro, y estos son los que vamos a publicar.

I.

BARMAN A SCHAHRIYER.

(El genio de la bondad de corazón al rey caritativo.)
Ojeada jeneral sobre el universo y el hombre.

¡CUAN grande, oh Schahríyer, es el poder de Ormuzd, y que magnificas son sus obras! Cuando en el seno de su angusto reposo y poscido de amor hacia lo que aun no existía de hecho, se resolvió a producir o dar vida exterior en el espacio y el tiempo, a lo que antes de todos los tiempos habia concebido en su pensamiento; cuando nosotros, sus primojénitos, vimos salir la creacion de sus manos como una avalancha de nudos, que súbito transporte en los cielos y qué silencio después! Los cantos del Honover espiraron en nuestros labios, y cada uno de nosotros no halló en sí mas que una adoracion muda.

Ahora que, enviado por el Rey supremo, encargado de sus venerandas órdenes, viajando de esfera en esfera, he contemplado de cerca este universo, que su fuerza sostiene y dilata, que su sabiduria ordena y anima con su vida ¿qué podré yo decirte? Faltan las palabras, y hasta el pensamiento se abisma en sus maravillas.

Figúrate astros innumerables, con todos los colores que pueden fascinar la vista, reflejándolos sobre globos opacos iluminados con sus rayos, fecundados con su calor, y poblados de una inmensa variedad de seres. Atraídos unos hacia otros por un amor misterioso, esta multitud de cuerpos suspendidos en el claro eter, describen en el sus órbitas inmutablemente trazadas, y todos juntos en un movimiento sin fin, aspiran al principio de donde salieron en la aurora de los tiempos, y se elevan a él en una espiral eterna.

Aunque, para llenar mi mision, haya debido detenerme en muchos de estos mundos, yo no te hablaré mas que de uno solo, que tuve orden de observar mas atentamente. Aun en el sistema imperceptible a que pertenece, este mundo no es mas que un punto. Sus habitantes le llaman *tierra*, y se dan a sí mismos el nombre de *hombres*; y, como último producto de la creacion, nacieron casi ayer. Su esencia inmortal, nacida pasajeraamente a un cuerpo pesado y grosero de que se desfigura después de cierto periodo, lleva el sello de Ormuzd, de quien es imagen, imagen oscurecida por las sombras que sobre ella proyecta la materia tenebrosa. De aqui nacen contrastes singulares, contradicciones tan profundas, que escitan a la vez los sentimientos mas opuestos, y justifican todo el bien y todo el mal que decirse puede de esta raza estraña. Asombrada de sí misma, aterrada de ver esta mezcla de todas las contradicciones, busca la razon con ansiedad, y las mas veces cree hallarla en las opiniones mas oscuras y en los mas fantásticos sueños.

Hay en estos seres indefinibles algo del Ized y algo tambien del Darvand. Igual atraccion parece ejercer sobre ellos el bien y el mal. Diríase que en el fondo de su corazón tienen levantados dos altares enemigos, uno a Ormuzd, y otro a Ahriman. Este, no obstante, no ejerce sobre ellos mas que un poder estraño, un poder de obsesion, contra el cual protesta la conciencia inmediatamente que la voluntad cede. Su alma tiene alas, que naturalmente les elevan hacia Ormuzd.

Una gran parte de los desórdenes que entre ellos reiaan proviene de la ignorancia, pues amarian el orden si lo conociesen. Cuando el crimen fermenta

y hierve en ellos, casi siempre es porque lo esparcen los Darudjs en el seno de las tinieblas.

Es tambien notable que, reunidos, valen mas que aislados. No solamente no quieren mostrarse los unos a los otros por lo que tienen de malo, sino que la aproximacion despierta, escita lo que su naturaleza contiene de generoso y bueno. Los mas débiles son entonces capaces de cuanto hay mas grande.

Algunos, sin embargo, llegan a ostentar sin velo las torpezas de su pensamiento y las llagas de su alma; pero este exceso de embrutecimiento es raro, y lejos de ser contagioso, puede tal vez producir saludables efectos por la inesplicable repugnancia que inspira.

Los seres inferiores, reducidos al instinto puramente, llegan todos, en virtud de un desarrollo que regulan las leyes de la necesidad, a los mismos limites de perfeccion, y jamas los traspasan. Cada individuo, en toda la superficie de la tierra y en todas épocas, representa igualmente la especie invariable. Quien ha visto a uno los ha visto a todos; quien vió la especie en su origen la vió tal como es en el dia, tal como será siempre. El hombre, por el contrario, en sus diversas razas y en sus diversos lugares, presenta al mismo tiempo diferencias tan profundas que se vacila en reconocer en seres tan disemejantes una naturaleza comun y que pertenezcan a una misma familia. Pertenece, por una parte al animal, y por la otra al Amschaspand.

Diferencias no menos pronunciadas marcan las fases de su evolucion, a partir desde el momento en que, dado a luz por Ormuzd, y animado con su soplo, apareció en la creacion. Sin detenerse un punto, lleno de un ardor que no se agota sino para renacer, ha recorrido todos los grados de un progreso inmenso, marchando de conquista en conquista, hacia un término que desconoce, y al cual su esencia le obliga a aspirar eternamente.

Por eso, apesar de los estravíos a que le arrastran los Darvands y su propia debilidad, apesar de la fatal depresion de una multitud de individuos estraviados por el error, depravados, pervertidos por las malas pasiones, la raza entera prosigue su carrera triunfal en el océano de las edades y, desprendiéndose incesantemente de los lazos de la necesidad, sojuzgando su naturaleza y sometiéndola a su creciente poder, realiza sus altos destinos.

¡Cuántas veces, al aspecto de los males que afligen a estos seres confiados a su cuidado, tan enfermos y tan grandes a la vez; al aspecto sobre todo de sus vicios, de su degradacion voluntaria, Sapandamad (1) jime y siente extinguirse en él la esperanza! Pero, recordando lo pasado, comparando lo que fueron y lo que son, sus temores se calman; eleva con una fe santa sus miradas hacia el rey supremo, y abraza con el amor de una madre las criaturas que le ha dado.

II.

DAHMAN A ARDEBERESSENT.

(*El que bendice al pueblo a la pureza excelente.*)
Estado presente de la humanidad.

Pues que quieres, ¡oh espíritu puro! conocer el estado de la raza humana en esta época en que se cierra un período de su desarrollo y se abre otro, obedeceré, segun mis fuerzas me lo permitan, tus órdenes, que son las de Ormuzd.

Cuando se contempla este estado aisladamente, en sí solo, tantos desordenes y tanta miseria nos lastiman de tal suerte que nadie puede sustraerse a una

(1) El jénio de la tierra

tristeza inmensa y una inmensa piedad. Y cuando se considera el punto de donde esta criatura, tan imperfecta aun, ha partido, nos admiramos de los pasos que ha dado en el camino que conduce a la viva luz de que emana eternamente el bien.

Protegida por los santos Izeds contra los negros hijos de Ahriman, ha ido subiendo y subiendo constantemente, aunque retardada en su carrera por los impuros jenios, que se ocupan incesantemente en estraviarla de su fin, en arrojaria al abismo, que es el seno de las tinieblas donde reina el que dijo: *¡No!*

Abusan de su ignorancia, que procuran perpetuar; la examinan para descubrir las inclinaciones que debe vencer, y escitarlas, corrompiendo su razon por medio de insidiosos sofismas, depravando sus instintos, haciéndole ver su ley en la ley de los brutos, la sabiduria en la duda y la negacion, una preocupacion en el deber, una locura en la abnegacion, y en el mas refinado egoismo la suprema felicidad.

A estas sugestiones infernales los hijos de Ormuzd oponen sin duda inspiraciones enteramente contrarias, pero que no destruyen completamente la impresion de aquellas. Considera que efectos deben producir acciones tan diversas, ejercidas sobre un ser libre, pero débil, que se disputan otros seres mas poderosos. La influencia de los Darvands domina sobre todo en detalle, y la de los Izeds en conjunto. Si atendeis a los individuos, fuera de algunas escepciones, creereis estar en una ruina completa; si atendeis a la especie, direis que, mediante algunos impulsos mas, llegará a las rejiones celestes que ilumina el esplendor de Ormuzd.

Cada fase de su progreso está caracterizada por una concepcion, un dogma, que después de haber jermiado insensiblemente en los espíritus viene a ser para todos, ora el modelo ideal que los pueblos se esfuerzan en realizar, ora el principio jenerador de sus actos, considerados segun su tendencia jeneral. Este dogma, agotado en sus consecuencias, produce otro, que es su estension o desarrollo, en virtud del cual, y de la misma manera, se verifica un nuevo progreso. Tal es la ley desde el origen establecido por Ormuzd, y que, modificada segun la diversidad de naturalezas en los diferentes órdenes de seres, se estiene a toda la creacion, cuyo movimiento regla; ley derivada de su esencia, eterna, necesaria, rhythmo divino de la armonia universal.

Cuando una era concluye y otra comienza, hay un tiempo en que, casi apagada la antigua creencia, y no acabada de formar la que debe reemplazarla y que aquella lleva en su seno, el antiguo orden se disloca, los lazos se relajan y quebrantan, la unidad se disuelve, las funciones turbadas dejan de concurrir a un mismo fin; ahora un entorpecimiento profundo, después sacudimientos convulsivos, mas tarde nuevos entorpecimientos; en todas partes se ven síntomas de muerte, porque lo pasado muere en efecto, el porvenir no ha nacido todavía, y la elaboracion de la vida, cubierta por el velo que la oculta a la vista de las criaturas, se opera invisiblemente.

En estas épocas de renovacion, el mundo social semeja un mar que ha perdido su equilibrio, que tan pronto sumerge sus orillas como se retira, dejando en descubierta vastas playas, estériles y desiertas.

Tal es en toda la tierra el estado presente del jénero humano. No hay una relijion que no bambolee, ni hay un imperio que no se desplome. Destruídas, arruinadas las instituciones de las edades precedentes, no ofrecen en ninguna parte a las naciones una morada en que puedan descansar; y si algunas, creyendo edificar para la eternidad, han hecho apresuradamente frájiles asilos para reposar en ellos de sus fatigas, es necesario apuntalarlos y renovar estas cañas miserables, que el mas pequeño arroyo echa a tierra, y que arrebatada la primera tempestad.

El sentimiento de la inestabilidad de las cosas es hoy tan vivo y tan jeneral, que quita toda la fuerza real a los poderes que querrian, por su propio interés, mantener esta especie de órden existente. Además, este órden gastado, vano simulacro del verdadero, no tiene raiz ni en la razon ni en la conciencia; no representa ya el derecho tal como los espíritus lo conciben, y es, por el contrario, su violacion mas flagrante. Pero, siendo la idea de duracion inseparable de la de derecho, o de lo que debe ser, la de un todo ordenado segun las leyes esenciales de los seres, allí donde los hombres no ven mas que una colocacion facticia, enteramente opuesta a estas leyes, allí ven tambien signos positivos de una próxima destruccion.

El relajamiento del deber, consecuencia inevitable de la relajacion de la fe, contribuye tambien a aumentar el sentimiento, ya jeneral, de la inestabilidad de las cosas. Porque es el deber quien une; sin el deber, todos están solos, ningun apoyo encuentra nadie, y por el contrario tienen todos la conciencia de una incurable debilidad, de una impotencia desoladora.

No obstante, en la confusion misma y en el desórden actual, se descubre el jérmén de una creencia futura que reconquistará el mundo, al mismo tiempo que la tendencia a una grande unidad, en cuyo seno se coordinarán las fracciones, tan numerosas hoy, del jénero humano dividido. Las antiguas relijiones y las civilizaciones que de ellas nacieron acaban de disolverse rápidamente en lo que encerraban de pasajero. Por todas partes caen las barreras fatales que separan a los pueblos, y el movimiento de estos mismos pueblos, aproximados cada dia mas por la creciente facilidad de las comunicaciones, por el comercio, por la guerra misma, opera poco a poco su mezcla y prepara su fusion en un porvenir, lejano sin duda todavía, pero cada dia mas claro.

Así se cumplen los designios de Ormuzd. En la superficie del tiempo que corre a sus pies, ve lo que será en lo que es, ve los efectos sucesivos en su causa permanente, los fenómenos móviles en su principio eternamente inmutable e inalterable, la creacion finita en su arquetipo infinito, su modelo ideal, su dechado perfecto, que reside en él y es él mismo

III.

SEROSCH A AMERDAD.

(El que, a la mañana, da en el cielo la señal de la oracion al que da la inmortalidad.)
Decadencia del sentimiento relijioso.

Glorioso y poderoso ministro de Ormuzd; vos dispensais la vida a sus criaturas, y a las mas privilegiadas una vida que tiene por limites los del tiempo, que, como él, se prolonga sin fin en las profundidades de la duracion eterna, y, prolongándose, se agranda, se dilata, se acerca cada vez mas a la vida misma de Ormuzd.

¿No parece que los seres a quienes tan altos destinos han sido conferidos deberian, penetrados de amor, bendecirle sin cesar, dirigirse a él incesantemente, aspirar a él con un deseo perpetuo e insaciable?

Algunos lo han comprendido así; pero ¡cuantos otros, seducidos por los Dews, se internan, por el contrario, con una especie de furor ciego, en las vías del mundo degradado, olvidando lo que son, lo que deben ser segun las miras de la suprema sabiduria, envidiando al bruto y esforzándose en descender hasta él!

Quiero, oh santo Amschaspand, desahogar en vos mi tristeza, verter en

vuestro seno el dolor que oprime el mio; busco en vuestro derredor la esperanza, que a veces casi me abandona.

¡Comprended lo que en mí pasará cuando, al percibir los primeros resplandores en el Oriente, llamando a los hombres a estrechar el lazo que les une al Criador, les doy la señal sagrada de la oracion, y ellos enmudecen! Figuraos lo que yo sufriré a la vista de esas almas degradadas, estinguidas, que ya no palpitan, que no respiran ya, de esas almas cadáveres!

¿Triunfará acaso Ahriman? ¿Su raza maldita habrá vencido a los hijos de Ormuzd? ¿Será que, abatida la tierra, pase al dominio de los jenios del mal?

IV.

CONTESTACION DE AMERDAD A SEROSCH.

(El que da la inmortalidad al que a la mañana da en el cielo la señal de la oracion.)
La decadencia será pasajera.

Esrírrtu fiel ¿porqué te alarmas? Adora al soberano señor, al monarca omnipotente, y depon todo vano temor. ¿Ignoras que el hombre, demasiado débil para sostener un vuelo continuado, hace como el pajarillo que se posa y vuelve a elevarse alternativamente para avanzar?

Sus desvios, a veces menos reales que aparentes, son tambien un progreso o una condicion del progreso. ¿Le has visto detenerse, ni retrogradar jamás? Como no viaja por una llanura, sino que tropieza con un monte, que debe trasponer, y después de este otro mas elevado, y así siempre, al llegar a la cima, forzoso es que descienda para subir otra vez, que atraviése un valle profundo, cuyo suelo, cubierto con las arenas que arrastran las aguas, apenas produce, sino de trecho en trecho, algunos arbustos lánguidos y plantas estériles.

En el día los hombres se encuentran en este valle buscando con inquietud el sendero por donde deban salir. ¿Cómo han de oír ellos tu voz por la mañana, cuando para ellos no hay mañana; cuando su día, vago e imperceptible, no es mas que un crepúsculo nebuloso, una fase menos oscura de la noche?

Esperad que hayan subido por la pendiente donde debe aparecérselos la aurora, y vereis como, reanimados por los primeros rayos del astro que irradia la luz de Ormuzd, se exhala de su corazon la oracion pura, suave, como el perfume del lirio cuando por las brisas de la primavera abre su caliz virjinal.

V.

DAHMAN A ASCHESCHING.

(El que bendice al pueblo al que da la ciencia y a luz.)

Declinacion simultánea de la fe comun que unia a los hombres y de las creencias particulares que lo dividian.—Efectos de esta declinacion.

PERMITE, oh augusto Izod, que llame yo tus miradas sobre el pueblo que me está confiado y cuyo estado me alarma. Yo no sé que es lo que pasa en él; pero por todas partes se le ve, disgustado de lo que fué, despojarse de sus creencias como los arboles se despojan de sus hojas en el otoño, quebrantar las antiguas leyes y las instituciones antiguas, romper con lo pasado, sin tener un punto firme, ni uno solo, al cual poder enlazar el porvenir. Como buque destrozado bajo un cielo sin astros, flota al azar en el seno de lo presente, azotado

por las olas, olvidando de donde viene, ignorando a donde va, juguete fatal de los vientos que le impelen y de su propia inestabilidad.

Dividido en agregados frecuentemente enemigos, menos aun por la oposicion de intereses, que por la diferencia de principios que presiden a la vida de cada uno de ellos, el jénero humano ofrece en su conjunto un sistema variable de antagonismos ardientes y profundos y una grande unidad fundada sobre instintos, sentimientos comunes y una fe comun, que, sin destruir las disidencias particulares, las domina desde una altura inmensa: pirámide inmóvil a cuyo rededor venian diversas tribus a clavar sus tiendas errantes.

En el dia todo parece quebrantado, asi la fe comun que unia a los hombres, como los principios que les dividian.

De aquí dos efectos diversos: no existiendo ya las repulsiones morales que crean en los pueblos una hostilidad permanente, los hombres de todas las razas se aproximan y tienden a aproximarse cada dia mas, pero es en virtud de una causa en cierto modo negativa; no porque sus creencias sean las mismas, sino porque no tienen ya creencias. Y como esta debilitacion de las creencias se ha extendido hasta la fe comun, el lazo real que los unia en una fuerza superior se ha quebrantado, la sociedad general se disuelve en el seno mismo de la aproximacion que se opera entre ellos, y la paz ¡cosa estraña! les separa aun mas que antes les separaba la guerra.

Porque, privados de toda doctrina e indiferentes a todas, dudando del derecho y del deber, o mas bien mofándose de uno y otro, no se buscan sino con la mira en sí mismos, en sus intereses respectivos, para satisfacer individualmente su insaciable codicia, encerrándose cada cual en su egoismo, y sin cuidar de los demás, pensando en sí como su único fin.

Es verdad que la influencia de los Izeds y cierta cosa que hay impercedera en la naturaleza humana, atenuan este mal, tanto mas horroroso cuanto quita hasta el deseo de curarse a los mismos que lo padecen. Se complacen en él, se envaneecen de él, y en él encuentran pasto a su estúpido orgullo.

El animal tiene leyes que le concentran en sí mismo; tiene otras relativas al todo, y obedece a estas con tanta fidelidad como a las primeras, sometido como está a una necesidad que se confunde con el principio mismo del orden, con el soberano poder conservador de los seres.

Los hombres, asimilándose a los brutos, han desechado aquellas leyes propias, que, enlazándole al conjunto del universo, le mantienen en el orden. Han hecho una legislación que les coloca fuera de la creacion, debajo de todo cuanto el pensamiento puede concebir como existente; porque la existencia implica relaciones de mutua dependencia, cambios reciprocos en que se da para recibir, y se recibe para dar; e implica el amor, cuya expresion es el sacrificio.

Y después de haberse puesto en lucha con la misma vida, se esfuerza en crear una verdad que justifica su monstruosa confusion, procurando el vacío con un afán tan insensato como tenaz, penetrando mas y mas en las tinieblas, hasta que agotada su inteligencia, se abisma al fin bajo sus propias ruinas.

Tú, a quien Ormuzd ha dado la mision de difundir la ciencia y la luz, disipa las sombras en que están sumerjidos; ilumina los caminos que debia seguir, restitúveles hacia el término de que se están alejando. Cuando yo los miro, llenos de una confianza imbécil y de un gozo semejante al del loco, bajar el sendero que conduce a la muerte, me estremezco involuntariamente, mi fe se desploma, y siento dentro de mí no sé que tristeza de una amargura indefinible.

VI.

CONTESTACION DE ASCHESCHING A DAUMAN.

(El que da la ciencia y la luz al que bendice al pueblo.)

Una nueva fe, cuyo jermen es la antigua, se está formando en las secretas profundidades de la humanidad.

¡Oh Dalman! tu dolor es justo y santo; pero nada debe quebrantar tu fe. En el fondo de ese mal que te espanta jermína un bien mas grande. ¿No vemos, al acercarse el invierno, caer las hojas, detenerse la savia en sus canales inertes, y apagarse al parecer la vida? Sin embargo, bien pronto, reanimada por el soplo de Mithra (1) rebosa por todas partes: los despojados árboles se adornan de nueva verdura, y bajo su fragante follaje preparan un rico banquete, adonde vendran a saciarse innumerables convidados de todas las familias y de todas las tribus.

Las verdades que el hombre es capaz de poseer, siempre incompletas y mezcladas de errores, tienen dos órdenes de consecuencias, correspondientes a estos dos elementos de concepciones imperfectas. Segun la medida en que posee lo verdadero, lo desenvuelve en el bien, y este bien progresivo, alterado por el falso que se desenvuelve igualmente, encuentra temprano o tarde su limite determinado por el grado de poder de su principio jenerador. Es necesario entonces que otro principio, otra verdad, contenida en la primera aparezca, y sea a su vez la causa productora de un nuevo progreso, a la manera que el sol, después de la estación fria y tenebrosa, sube siempre avanzando en el horizonte, pero con las alternativas regulares del dia y de la noche.

Ahora nos rodea la noche; pero la luz se hará, y ya comienza a apuntar, y se difunde a través de las sombras menos negras como los vagos resplandores del alba. Al modo que el niño en el seno materno, se está formando paulatinamente en las misteriosas profundidades de la humanidad, una fe destinada a unir los pueblos que están hoy sin lazos.

¡No te alarmes, pues, oh Dalman! todo se consuma segun la voluntad de Ormuzd, por un movimiento semejante al del Océano, que avanza y se retira, y avanza de nuevo cubriendo cada vez sus playas a mayor altura.

VII.

SAPARABOLAD A MATHREMI.

(El jenio de la tierra al que hace crecer los frutos y los animales jóvenes.)

Contraste doloroso en la distribución de los bienes.

¡Oh, pero y fidel Izad! gracias a tus cuidados, la tierra produce en abundancia cuanto es necesario al hombre: y a pesar de eso una gran parte de la humana familia sufre hambre y jime en las angustias de una privacion tal que en esta rejion del universo la mas noble de las criaturas parece tambien la mas miserable. Yo no sabré explicar lo que experimento a la vista de las penalidades que hieren mi vista, y lo que mas dolorosamente me conmueve, oh Eimithrem, es que, un lado de la multitud estenuada por un trabajo estéril para ella y desfalleciendo de necesidad, otros, apoderados de todos los bienes que a ella se le niegan, rebotan en medio de su ociosa molición en gozes que causan al deseo.

(1) El que hace fértil la tierra.

Yo no he penetrado en los secretos de Ormuzd, y adoro sus soberanos decretos; pero ¿como no asombrarse de semejante contraste? ¿como comprender que haya hermanos que vean con el corazon tranquilo y enjutos los ojos tantos males pesando sobre sus hermanos, sin que nada se ajite en su pecho, y que, a falta de amor, la equidad, la justicia y el temor mismo de las consecuencias inevitables de tan estremado desórden, no les restituyan a mejores sentimientos, ni alteren su calma y su dura indiferencia?

Hay aqui un misterio terrible en que mi pensamiento se pierde, y el vértigo se apodera de mí cuando fijo la vista en el fondo de este abismo.

Siendo hijos de un mismo padre, no pueden haber nacido unos para una vida de miseria y trabajo sin fruto, y los otros para utilizarse de ellos como se utilizan las bestias, y con menos miramientos y piedad. ¿No se han amamantado todos con la misma leche? ¿No son todos libres por un mismo título? ¿No tiene obligacion el fuerte de ayudar al débil, sostenerle, tomarle en brazos cuando sus piernas flaquean? Por ventura el hambre y la servidumbre han debido ser el destino de las tres cuartas partes de la raza humana?

Yo preveo, Eithrem, espantosas catástrofes. ¡Ojalá que los Izeds puedan alejarlas con sus laudables inspiraciones y con la santa eficacia del Honover (1).

Cuando en toda la naturaleza resplandece un órden tan maravilloso, ¿porqué solo el hombre rompe la divina armonia de las cosas? ¿porqué, violando sus leyes, se hace enemigo de si mismo y aliado de los Darvands, que le conducen a su ruina?

Cierto es que no todos las violan; que muchos no las violan sinó por ignorancia; que hay todavia almas puras y conciencias rectas; que, si corren lágrimas, se encuentran tambien corazones que las recojen y manos que las enjugan. ¿Puede, acaso, esta débil criatura, que aun se mece en la cuna, ser hoy lo que llegará a ser algun día?

Cuando yo la envolvía en las primeras mantillas, cuando recibí su primera sonrisa, y cuando sobre mi seno maternal, Dahman le echó su bendicion, yo senti nacer en mi pecho un grande amor y una grande esperanza, que nada apagará jamás.

VIII.

BAHMAN A KHORDAD.

(El jenio de la bondad de corazon al que lo produce todo.

Ojeada histórica sobre el jénero humano.—Fases y forma de su desarrollo.

Yo he recorrido la tierra, he conversado con los Izeds encargados de la direccion del mundo de los cuerpos y de sus secretos poderes, y he reconocido que, apesar de algun obstáculo que procuraron oponerles los Darvands, han sabido, por medio de un celo infatigable en el desempeño de sus sagradas funciones, mantener la armonia de tantos elementos diversos, y ordenarlos segun las leyes que los unen entre si al eterno pensamiento de Ormuzd.

¡Cuan bella es, oh Khordad, la naturaleza y cuanta magnificencia despliega cuando tu soplo la penetra! Todo en ella se anima, los prados y los bosques, los rios y los mares profundos.

La vida brota de tí como un manantial, y corre a torrentes el universo, saltando de mundo en mundo, como en el estío las aguas de las montañas sobre las crestas de las rocas.

(1) La oracion.

No hay molécula, no hay gota imperceptible en que ella no dé existencia a seres tan numerosos como los globos sembrados en el mismo espacio del eter; y cada uno de estos seres refleja al seno del tiempo un rayo de la belleza suprema que resplandece sobre todos los tiempos.

Ellos se encadenan uno a otro, desde el átomo inanimado hasta la forma mas perfecta que haya producido tambien un desarrollo que jamás se detiene; y cada uno de estos seres, conservando en esta esfera indefinible su inalterable esencia, se renueva a sí mismo por un movimiento no interrumpido, del que cada pulsacion, una en sí, cualquiera que sea la aparente oposicion de los fenómenos, se llama la vida y se llama la muerte.

Pero entre todos estos seres del globo en que me retiene mi mision actual, el hombre ha debido atraer con predileccion mis miradas. Siendo el solo dotado de inteligencia, si obedece a sus destinos, enlazados a los del universo, si en la evolucion jeneral de las cosas realiza su propia evolucion segun las leyes que satisfacen realmente su fin, modifica la accion perpetua, y aun la contraria por su voluntad libre: de aquí la lucha entre el bien y el mal, que descubre en él contrastes tan estraños y le muestra a la vez bajo tantos aspectos diversos, tan rico de claridad y de tinieblas, tan miserable y tan grande.

Divididos en grupos a que dan el nombre de tribus, naciones, pueblos, separados por orijen, religion, idioma, costumbres, leyes, los hombres, en vez de acercarse para concurrir de consumo al mismo fin, viven universalmente en relacion hostil; y, en diferentes grados y bajo distintas formas, el mismo antagonismo preside tambien a sus relaciones en cada sociedad particular. No obstante, en el seno mismo de esta guerra intestina, se descubre facilmente una tendencia comun y como el lejano anuncio de una armónica unidad futura, que prepara insensiblemente un principio superior.

Desde las primeras edades hasta la actual está bien visible el progreso jeneral. No se opera en virtud de una misma causa inmediata, que obra constantemente, sino de una serie de causas enlazadas una a otra y que se derivan una de otra; de suerte que la evolucion de la humanidad, continua como la de la naturaleza, ofrece, como ella tambien, fases sucesivas, épocas que caracterizan nuevas manifestaciones de la enerjia plastica, que, por un desenvolvimiento eterno, saca de lo que es en la actualidad lo que debe ser.

En cada una de estas grandes épocas el centro de accion de donde emana el progreso muda de lugar, pasa de un pueblo a otro, de manera que todos parecen destinados a marchar por turno a la cabeza del jénero humano, a guiarle en su largo viaje hacia el punto a que se dirige, al modo que las aves de paso se suceden a la cabeza de la columna cuya punta aguda abre a la tropa que sigue una ruta fácil a través de los aires.

Nacida en el Oriente, la civilizacion se estendió poco a poco hacia las regiones occidentales, el Egipto, la Grecia, la Italia, cuyos nombres le han dado los hombres. Desarrollándose sin cesar, tomó en estos lugares diversas formas, que, modificadas sucesivamente, han como desaparecido en la trama de que cada una, en su tiempo, fué un elemento necesario.

Después de siglos de trabajo vino un momento en que, agotado el principio jenerador del progreso, pareció que el mundo social tocaba a su término. Entonces apareció un principio nuevo, hasta entonces encerrado, oculto en el que le habia precedido, y del que no era mas que su expansion. En una parte del Asia, y en casi toda la Europa, la sociedad se transformó bajo su saludable influencia. El espíritu humano, elevándose al manantial eterno del ser, en la esfera de las ideas y de las esencias inmateriales, se desprendió de la naturaleza y reaccionó contra ella, aspirando a emanciparse completamente. En esta lucha adquirió estraordinarias fuerzas, y sobre todo una noción mas per-

fecta, un sentimiento mas vivo del deber y del derecho, que tienen su raiz en las leyes absolutas de los seres.

Por su pensamiento, por sus deseos, por todo cuanto hay mas noble en esta criatura sublime, no tendia solamente a unirse mas y mas al Creador, sino a sumergirse, a absorberse en él, a salir de la creacion. Se restituyó a ella por el indefectible poder de la naturaleza, que, atrayéndola desde las altas rejiones en que se cierne como el águila sobre las nubes, la precisó a entrar en otra via de desarrollo, necesario tambien, que se opera en el seno de lo infinito, y procede inmediatamente de sus leyes propias. A la contemplacion de las ideas puras, de las formas lógicas y de sus relaciones abstractas, sucedió la observacion del mundo fisico y de sus fenómenos. Reuniórase de todas partes con un ardor febril los materiales de la ciencia de las realidades contingentes, y bien pronto, olvidando todo lo demás, olvidando en el dédalo de las causas derivadas la causa primera, se quiso prescindir de ella, y se cayó en un abismo de dudas y tinieblas. Los hechos, desde entonces sin origen comprensible para el espíritu, ya no venian a parar sino en no sé que necesidad indefinible, eternamente ciega, eternamente esclava de sí misma. La vida espiritual y moral se debilitó, se hundió en la materia, en un vacío sombrío, en que el alma, privada de aire, descendía, y descendía siempre, agitando en vano sus grandes alas. Aislándose cada cual de su semejante, replégándose a sí, amando unicamente a sí mismo, todos los lazos sociales se rompieron, y el egoismo reinó solo sobre las ruinas del derecho. Así como antes habia tendido a absorberse en Dios, ahora tendió a absorberse en la naturaleza, y este movimiento subsiste todavía; pero comienza a asustarse de él, lo resiste y busca un punto firme a donde asirse para detener su caída: sus ojos se elevan, y un instante poderoso la obliga a volver en sí. Aspira de nuevo al principio de que emana, y en el que está su razon y la del universo; conoce que una concepcion menos incompleta mirará lo que habia separado, la causa absoluta y los efectos relativos, que debe ella abrazarlos en una vasta síntesis, que, comprendiendo las leyes de todos los órdenes, las restituirá todas, sin confundirlas, hacia la unidad. Descubre a través de los primeros albores del dia que amanece un porvenir, todavía oscuro en verdad, pero lleno de magnificas esperanzas.

¡Regocijense los hijos de Ormuzd! Entonen a sus pies el inmortal Honorer! (1) Ahriman será vencido; yo le veo ya ocultándose con sus ministros.

IX

ZARETCH A AKUMAN.

(*El que disputa el bien al que es todo inutilidad.*)

El mal en la sociedad. — Trastorno jeneral, opresion, contradicciones.

Aunque no todo suceda hoy como nosotros quisiéramos, me parece, Akuman, que el jefe de los Dewes (2) no tiene grandes motivos de queja. Los Darudjs han combatido con bravura a estos pobres Izeds, tan burlescamente serios, y a estos arrogantes Amschaspands que desde la altura de su majestad, solemnemente idiota, afectan desdeñarnos. Yo, a la verdad, nada he podido examinar aun minuciosamente; pero el conjunto de las cosas presenta un aspecto de confusion y desorden profundo, que desde luego me ha agradado grandemente.

Figúrate que de un extremo al otro de este glóbulo en que se ajita y

(1) Oracion.

(2) Matadores.

pulula, llora y rie, y se admira gravemente de sus mas necias locuras, esta ridicula especie que llaman el *hombre*, no se hallaria un rincon en que la vista no se regocije con el espectáculo de una descomposicion universal, de ruinas consumadas y de próximas ruinas. Es tambien de oír los suspiros, jemidos y sollozos de Sapaudomad (1) ¡Pobrecilla! Tal vez habria intentado yo consolarla; pero no podia tenerme de risa viéndola tan bellaca.

Ninguna de las relijiones en que reposaba la sociedad humana en sus diferentes pueblos queda hoy en pie. Nosotros hemos trabajado en esta obra; pero nuestros enemigos mucho mas. La propiedad sobre todo era suya, aunque modificada por nosotros mas o menos, segun el tiempo y las circunstancias; aunque nosotros hubiésemos añadido a ello accesorios bastante importantes, salia siempre de ella cierto órden desolador, un lazo mutuo devorado del amor, no sé que cosa, en fin, antipática a nuestra naturaleza, que ellos llaman *deber*.

En el día, casi nada mas queda de estas relijiones que formas vacías, palabras vanas, que se repiten por hábito y nacen en los labios, que no encierran sentido alguno, o que, si alguno tienen, es sarcástico. Por consiguiente, gracias a nosotros, esta necia raza humana presenta hoy buen aspecto. Sobre los restos de todos los demás, ha construido dos altares, en que ha colocado las dos únicas divinidades que hoy adora, la Indiferencia y la Burla.

¿Mas porqué, dirás tú, en ningun punto de la tierra tienen ya creencias los hombres?

Al contrario, Akuman, jamás tuvieron tantas; cada uno tiene la suya; cada uno cree en sí, y nada mas que en sí mismo. ¡Oh, y que símbolos tan extravagantes crea esto a veces! Tu lo juzgarás, pues te presentaré ejemplos cualquier día.

Cuando las relijiones se hunden, todo va envuelto con cilas. Las ideas se desprenden de su rama desecada, y el viento las arrastra al azar; las nociones del derecho se confunden enteramente; las leyes caen sobre las leyes, los pueblos sobre los pueblos; todo se convierte en un inmenso caos.

El Occidente se precipita sobre el Oriente, siglos hace estenuado: creeriase que va a absorberle, a trasformarle en sí, pero nada de eso. Su accion, no descendi hasta las profundidades en que se organiza el porvenir; se efectua toda entera en la superficie. El Oriente ya no tiene follaje, ni tronco siquiera, ni rastro de vejetacion; pero conserva siempre en las entrañas del suelo grandes raizes vivas. Y al contrario, las raizes del Occidente están podridas; nada hay en él establecido, nada se quiere de lo existente, y nada hay de lo que se quería. No hay poder que no bambolee; el que hoy es rey, mañana vaga errante por el mundo, y a veces peor. El trono lo constituyen ahora cuatro tablas sobre una fosa; poned pues los pies encima, si os parece. Con todo eso no faltan jentes que se arriesguen a ponerse en él; pero tambien, cuando las tablas crujen, y crujen por todas partes, ¡qué cómicos terrores se pintan en su semblante!

Existe guerra incesante e implacable entre los gobernantes y los gobernados, y entre estos tambien. No por eso dejan de llamarse hermanos; pero yo te afirmo que la fraternidad no ha dejenado de lo que era en su orijen segun sus mismas historias.

Bueno seria que vieses como está todo vacío en esos lugares ruidosos, en esas naciones grotescamente envanecidas de sí mismas; que se hinchan como pavos, y cacarean, y se hacen coro, desvanecidas de admiracion

1. Jemio de la tierra.

al contemplarse, y con lo que se imaginan ser y lo que Tarmad (1) con sus bromas les ha persuadido que son.

Se jactan con la seriedad mas chistosa de sus luzes, y todo lo niegan, o a lo menos lo ponen en duda; hay tantas cabezas como opiniones vacilantes y flexibles, que pasan por su espíritu sin penetrarlo, ni dejar en él huella alguna. Están muy orgullosas de lo que llaman su civilización, y todo está subvertido en sus instituciones y sus viejas costumbres; y cada día trae un nuevo desmoronamiento, algún sacudimiento nuevo; y sobre el suelo en que se ajitan no podría darse un paso sin tropezar con una ruina; y para honra y dicha comun, se desviven en levantar filantrópicamente cárceles e inventar súplicios: tal es el título mas positivo a la superioridad que afectan. Hablan con mucha gravedad de su libertad, arrastrándose con las cadenas remachadas por el mas astuto o el mas fuerte a sus pies, a sus manos y a su cuello desollado; hablan tambien de su riqueza, y la mitad de ellas mueren de frio y de hambre en el arroyo de las calles, cuando la otra mitad tiene la dignacion, cosa algo rara en verdad, de permitirles aspirar en su última hora un poco aire y disfrutar algunos rayos de sol.

No obstante, entre las convulsiones que les agobian cuando el sufrimiento traspasa ciertos limites o los esfuerzos que intentan para mejorar su miserable condicion, o cuando por acaso un destello de luz de buen sentido ilumina su oscura razon; es gracioso ver como lo aceptan todo y a todo se someten, con tal que se haga hoy todo como se hacia ayer, que el látigo se levante y vuelva a caer con la misma cadencia, en la misma parte del cuerpo y con igual fuerza. Esta regularidad les encanta, les enajena, y le dan el nombre de ley. Si se les pone albarda y se les embrida o se les desuella a latigazos en nombre de la ley, todo va bien; pero que no se cambie el látigo ni el freno; esto sí les parecería verdaderamente intolerable. Y su freno es para ellos siempre el mas hermoso de los frenos, y su látigo el mas hermoso de los látigos: ¿qué otro pueblo los tiene iguales?

Las cosas marchan lo mejor que hoy pueden ir, muy comodamente sin duda para los que logran montar estas bestias de grandes ancas y robustos miembros, que llaman *naciones*, pues ellos constituyen el gobierno. Cada bestia tiene el suyo; y tal es el increíble poder del hábito, que ni aun se les viene a las mientes la idea de pasarse sin él y rejirse por sí mismas: es indispensable que el elefante tenga un domador.

En cuanto a los amos, ellos tienen jeneralmente buen cuidado de atribuirse un orijen distinto, las mas veces misterioso, místico. Esto les sirve de mucho, y nosotros les ayudamos, porque ellos son para nosotros excelentes instrumentos. La especie, por lo demás, es variable; encierra muchos tipos orijiniariamente diversos, que, como quiera que hubiesen sido, dejeneran bien pronto, apesar de los cruzamientos. El primero de cada raza es ordinariamente astuto y violento: a no ser así ¿como pasaría la anilla por las narizes del búfalo? Los que vienen después encuentran hecha la operacion y dominado el búfalo; se sepultan en un reposo estúpido, en los deleites, en la molicie, y no tardan en bastardearse. Tú no podrías, Akuman, hacerte una idea exacta de esta coleccion de imbéciles y caracteres feroces, de este canastillo de frutas abortadas o podridas, que se presenta a los pueblos como la imagen de Ormuzd, de su perfeccion, de su belleza, de su soberana bondad, como ellos dicen. Lo que se ve es para desternillarse de risa. Aunque no fuese mas que para admirar una vez, una sola vez, este incomparable idiotismo, valdria la pena de emprender el viaje que yo hago.

(1) Espíritu de orgullo.

Ya supondrás que nuestros Darvands no han despreciado esta raza superior verdaderamente superior, puesto que está a caballo de la otra. Ellos la han per-suadido, sin necesitar grande elocuencia, de que no estaba sometida a las mismas leyes que la raza montada, ni ligada por los mismos deberes; que la ley, por el contrario, era ella misma, ella sola quien la hacia en virtud de su derecho primitivo y absoluto; que no tenía ninguna otra mas que su voluntad, su capricho y su interés. Gracias a esta clara y sólida máxima, ha tenido dos leyes y dos morales: la moral y la ley de arriba, y la moral y la ley de abajo; estas emanadas de Ormuzd, y aquellas de Ahriman; a las cuales se las ha llamado *razon de estado*, *razon politica*: frase por cierto bellísima, amigo Akuman, que produce aquí un efecto admirable. Con esta palabra mágica todo se transforma; la mentira, el fraude, el pillaje, el asesinato, calificados de licitos y aun honrosos, forman una especie de guirnalda con que los grandes se coronan, y que a los pequeños parece magnífica. Ni los unos ni los otros dan indicios de encontrar estraña esta contradicción: las dos leyes y las dos morales reposan pacíficamente juntas en su conciencia, como dos hermanas en una misma cuna. ¿No te parece, Akuman, que es una cosa digna de verse?

Sin embargo, como de las dos hermanas, es preferida la una, a lo menos en secreto, y mejor cuidada y alimentada, crece tambien mas, y nuestro afán debe ser que llegue el hermoso día en que ella misma ahogue a la otra. Habrá en ello alguna dificultad, porque los Izeds (1) velan sobre su hija como nosotros sobre la nuestra; pero no debemos desesperar. Conduciéndolas habilmente, todo puede uno prometérselo de estas jentes, si se aprovecha su bestialidad. ¡Oh que raza tan preciosa!

X.

EGHETESCH A ASTUÍAD.

(*El jenio de la corrupcion del corazon al que no piensa sinó el mal.*)

El sentido moral debilitado por el progreso de la duda.—Los hombres, entregados a la concupiscencia, se esfuerzan en engañarse a sí mismos con palabras.

Nosotros, como hijos de Ahriman, no podríamos amar. Cada uno de nosotros vive en sí, busca en sí mismo la única beatitud digna de un ser enemigo de toda dependencia, que, demasiado prudente para prestarse a la espansion, o entregarse neciamente como un manantial cuyas aguas bebe la tierra abrasada, se concentra en sí mismo, recibe, atrae y absorbe, sin producir nada, a lo menos voluntariamente, y goza en su interior de una felicidad tanto mas completa e inalterable cuanto es mas a solas. Nadie teme las tempestades en el vacío.

En cuanto a mí, Astuíad, ni a ti ni a nadie amo; no quiero disipar en provecho de nadie la mas pequeña porcion de este amor de que me rodeo con una voluptuosidad que solo el tedio altera algunas veces, que son muchas para ser verdadero; y consiste, como ves, en que, aunque se procure, jamás se ama uno bastante enérgica y exclusivamente; tiene uno tentaciones de salir de sí, seducido por el deseo de alguna cosa que no posee, por una sombra vana que envidiamos y huye de nosotros. Grandes esfuerzos son, sin duda, necesarios para ser dichosos a nuestro modo.

A ti, que no piensas sinó en el mal, nada te digo que tú no sepas, y mejor que nadie. Si yo te hablase de mi afecto, te reirías como de una simpleza o

(1) Dignos de sacrificio.

una mentira. Yo no te amo, ciertamente; pero he sabido apreciarte. Entre nosotros hay categorías, rangos que el mérito determina, y el tuyo es sin duda uno de los aventajados. Tengo necesidad de alguien, cuya inteligencia, superior a la del vulgo de los Dews, se halle con la mía en cierta armonía. He aquí porqué te dirijo algunas observaciones que he hecho en este mundo, en que me retienen órdenes que me son penosas por lo mismo que son órdenes. ¿Quién me comprendería cómo tú?

Cualesquiera que sean las diferencias que se adviertan en los pueblos, por lo común casi no afectan mas que el exterior, permaneciendo el hombre en el fondo siempre el mismo. No quiero decir que dejen de producirse en él cambios a veces considerables; pero se realizan en una naturaleza que no cambia, y dependen unicamente de la mas o menos influencia que nosotros y los Izeds ejercemos sobre él en un momento dado: la que prevalece, y jamás prevalece ninguna completamente, caracteriza su estado actual. Es necesario, pues, no juzgarle por las exajeraciones imbéciles de los que le representan, o entregado enteramente a nosotros, o perteneciendo a nuestros enemigos sin reserva. Ellos y nosotros, segun las alternativas del combate perpetuo cuyo objeto es su posesion, tenemos sobre él un poder mas o menos grande. En el día la balanza, gracias a felices combinaciones, a una accion atrevida y concebida con sabiduría, se inclina de nuestra parte.

Lo que sobre todo importaba atacar eran las bases de su vida moral, que le ligan al sistema de Ormuzd, al orden jeneral establecido por él en su obra. Por eso primeramente hemos introducido la turbacion en sus pensamientos y mezclado lo verdadero con lo falso, de manera que, puesto esto en relieve y envolviendo a aquello, este ser débil y vano, después de algunos esfuerzos importantes para separarlos, se creyó obligado, o a admitirlos a ambos, o a desecharlos; de suerte que, habiéndole atacado a la vez por la raza y por el orgullo, vino a parar al vacío que hoy reina en su cabeza y en su conciencia. Este medio nos ha dado buen resultado, pues, no habiendo querido ser un torpe, por no serlo, se ha encerrado en una credulidad absoluta, que es la última y la mas profunda de las torpezas.

Aislado por la duda, y concentrado en sí mismo, se ha dedicado a ordenarlo todo con relacion a sí. Los lazos sociales han sido rotos, quedando solo la apariencia o el nombre, porque no nos interesaba quitarlos; lejos de eso, el contraste de las palabras y las cosas es en el mas alto grado divertido. Para gozarlo cumplidamente, es necesario oír las pomposas palabrotas que les inspira Boschasp (1) y que ellos repiten gravemente: deber, justicia, honor, humanidad, fraternidad y que sé yo cuantas mas: risible baturrillo con que tratan de fascinar o enganar a los demás y a sí mismos. Esta es al presente la parte de los Izeds, que por mucho tiempo guarden, pues nosotros no les disputaremos palabras.

Yo he observado que esta raza de hombres, lijera y charlatana, es apasionada a las palabras ampulosas. Las usan como una especie de velo que tienden sobre sus necesidades, sus vicios, sus torpezas y sus crímenes; y a su abrigo nada hay a que no se atrevan, y que no se permitan con una facilidad tan sencilla, un gusto tan verdadero, tan puro del bien, concebido a nuestra manera que, para igualarse a nosotros, casi no les falta mas que saber mejor lo que hacen, contemplarlo con mirada mas firme, y levantar mas atrevida la frente: porque ocultarse, y tan torpemente, es confesar un resto de vergüenza, es una debilidad, y una debilidad imbécil.

Sin embargo, yo no apruebo que se les importune mucho sobre este punto,

(1) Esq̄rita de mentira.

que se les lleve brutalmente a una perfeccion que tal vez no permite su naturaleza: podria hacerseles retroceder, y esto es lo que producen con su celo impetuoso e ignorante algunos Darvands sin sexo, que, no contentos con los hechos, quieren tambien palabras, una profesion franca de nuestro dogma. Estas exigencias agrias disgustan a todos, y todo lo comprometen. Cuando los hombres han entregado su alma, no debe agradecerles que se les pida además la lengua. Quieren quedar dueños de esta, para, segun el capricho que les guie, o el cálculo que les determine, obrar de una manera y hablar de otra. Encuentran en esto cierto placer que yo no les vitupero; muy al contrario, es una semilla que debe cultivarse, porque de otra suerte la hipocresia, desprendida de nuestra corona, dejaria en ella un vacío imposible de llenar. Además, con ella es como se llega mas fácilmente a sus fines en esta estraña especie humana, en que cada uno engaña a los demás y se engaña a sí mismo con palabras.

Yo le dejo, pues, hablar cuanto quiera; me atengo a las cosas, y solamente a ellas. ¿Para qué incomodar por tan poca cosa a esos tiernos pajarrillos? Yo les digo: Componed vuestras frases, pronunciadlas en voz bien alta, aturdid con ellas sus oídos, pues que este ruido les agrada. Subid a los campanarios, repicad vuestras máximas, y vuestras sentencias, y vuestros apotegmas; ensordeced con ellas a la multitud asombrada y boquiabierta. Nada tan bello, amigos míos, como esta moral aérea, que los vientos llevan consigo, y va a perderse entre las nubes. Ved ahí lo que les digo; y en efecto, yo no veo, Astuiad, qué ganariamos con rehusarles esta satisfacción inocente, y con privarnos nosotros mismos del divertido espectáculo de este inefable ridiculo.

Porque, mientras ellos ejercitan seriamente su cerebro en este juego de bufon, mientras se entretienen con él y se admiran de él, enmarañándose a cada paso en la ignorancia y la ineptia que obstruyen las oscuras revueltas de su petrea intelijencia, nosotros nos apoderamos facilmente de los resortes principales de su voluntad, y ellos nos los abandonan sin pena, estando, como se creen, en regla, por vanas palabras, con los Izeds.

Bajo esta bóveda de palabras sonoras y vacías, trabajo yo con toda comodidad. Me apodero del corazón, penetro en él, y deposito en su centro los jérmenes de todo cuanto Ahriman me ha confiado; los abrigó y los caliento; y ¡qué gozo es verlos prosperar y crecer! ¡qué deleite corromper, como dicen nuestros rivales, la obra de Ormuzd, a la vista de los mismos Amschaspands!

Cada Dew concurre a esto, segun su naturaleza, su jenio y su aptitud. Yo debo sobre todo hacer justicia a Savel, Eschem, Khru, Aschmogh, Auder, Tarik, (1) pues han contribuido poderosamente a aumentar nuestro imperio en esta rejion del universo, y cada vez lo afirman mas, ejerciendo una dominacion mas extensa y menos disputada.

No obstante, ¿qué hubiesen hecho ellos sin mí? ¿Qué resultado hubieran obtenido todos sus esfuerzos? ¿Lo saben? ¿Lo dudan siquiera? Yo he preparado el suelo en que ellos han sembrado y en que cosechan; y por consiguiente, me deben su fortuna. Porque yo soy el padre del egoismo; el ser en quien yo me establezco, concentrado en sí, no comunica con los demás sinó con la mira en sí mismo únicamente, como el pulpo que, para cojer su presa, estiene sus brazos armados de chupadores, cuyas presas devoran.

Quien vive así separado, no pensando mas que en sí mismo, no amando a nadie mas que a sí, cae forzosamente bajo el imperio del cuerpo, por el

(1) Espiritu de violencia.

— de cólera.

— de dureza.

— cuya gloria es la crueldad.

— de impureza.

— de avaricia.

cual subsiste individualmente. Se materializa, los sentidos dominan en él, y sucede una de estas dos cosas: o se embrutece completamente, satisfecho de los gozes del bruto solitario, o, si no ha podido descender tanto, ahogar su alma en sus propias ruinas, si vagos deseos le atormentan todavía desconociendo su naturaleza, confundiéndolos con los apetitos sensuales, nada le detiene para satisfacerlos; y entonces, en la fiebre de una sed que aumenta por momentos, todo cuanto hace para calmarla es beber a grandes tragos los consejos de los Darvands, e, impelido por una especie de frenética enajenación, aspirar avidamente su aliento de fuego.

XI.

ДАИМАН А ШЧАПРИВЕР.

(*El que bendice al pueblo al rey de equidad.*)

Descomposición del viejo mundo social por el egoísmo y el materialismo.

HAS de saber, Rey de equidad, que suceden aquí cosas extraordinarias. El espíritu que dispensa desde arriba la ciencia y la luz, se ha dignado disipar mis temores (1), y, sin embargo, yo no podré sobreponerme enteramente a la tristeza que me inspira el espectáculo que tengo a la vista. Siento en presencia de los hombres lo que ellos experimentarían si Havan (2) y Atar (3) olvidasen sus funciones, pues la naturaleza caería poco a poco en las tinieblas y el letargo.

Alguna gran verdad, algun dogma fecundo está próximo a nacer; los pueblos lo presienten, lo entrevén vagamente allá en el fondo de un porvenir oscuro; y al mismo tiempo parece que, en vez de inclinarse con amor hacia el bien futuro, cuyo jéermen misterioso se va hinchando con una savia abundante, en vez de calentar con su aliento la planta celeste, a fin de apresurar su desarrollo, se han entregado por do quiera al espíritu de destrucción como meros instrumentos de ruina, operarios de la muerte, ocupados sin descanso en cavar la fosa donde debe enterrarse todo lo que existe.

Algunas razas dispersas en el continente mas moderno y en las islas del grande Océano parecen al contacto de las razas mas fuertes con solo su aliento. Hijas de los bosques y de las aguas, habrán desaparecido sin dejar mas indicios que la brisa al pasar sobre las sábanas, y que las oías arrojadas por una fuerza invisible sobre los bancos de coral.

Separada del movimiento progresivo de la humanidad, el Africa amamanta bajo sus palmeras tribus de niños que, viviendo siempre en la infancia, no tienen del hombre casi mas que sus instintos, sus primitivas aspiraciones, sus pasiones nativas, y apenas iniciada su intelijencia, viven, por decirlo así, sumerjidas en la naturaleza, en cuyo seno se columpian con abandono como en una cuna eternal.

Cuatro civilizaciones diversas, ligadas a otros tantos sistemas religiosos, se dividen el resto de la tierra; y todas ellas declinan y decaen, se bambolean, se inclinan hacia el abismo, como las rocas cuya base ha ido socavando el mar. Desde las estremidades del Asia hasta los últimos confines del Occidente, la sociedad se disuelve. Los pueblos han perdido sus creencias; se parecen a una lámpara casi apagada, que arroja apenas de tiempo en tiempo algunos pálidos fulgores. Las leyes, en otro tiempo mas veneradas, no son hoy para los espíritus mas ilustrados, sinó dogmas agotados, y para las masas una le-

(1) Cap. VI, páj. 147.

(2) El que preside al nacimiento del sol.

(3) El que alimenta el fuego.

tra muerta. Ya no hay regla para nada, ni deberes unánimemente reconocidos, ni resorte ni lazo moral, ni vida interna. No recemplazando a la antigua fe, apagada en los pueblos moribundos, ninguna otra fe, languidecen tristemente en un estúpido abandono de sí mismos, o se agitan entre vanas sombras sin objeto positivo, sin un pensamiento fijo del porvenir, sin poder explicarse su existencia, ni enlazarla al plan divino por una concepcion cualquiera del universo y su autor.

Tienen, no obstante, en algun grado el sentimiento de su miseria; pero, ignorando por qué vía deben alejarse de ella, qué antorcha iluminará su inteligencia moribunda, buscan el olvido de sus males y una satisfaccion engañosa de las necesidades de otro orden en la materia ciega, en los gozes que ella puede proporcionar, convirtiendo todos sus esfuerzos al aumento de los únicos bienes que a sus ojos tienen valor real, los bienes que apeteen los sentidos, que es lo que representa eso que ellos llaman *riqueza*. Pero, a la inversa de lo que sucede con los bienes del alma, que se comunican sin dividirse, y cuya posesion puede así estenderse simultáneamente a todos, los bienes del cuerpo, los materiales, no podrian ser poseidos a la vez por muchos. Lo que uno posee, no lo tiene sinó con la condicion necesaria de que otros estén privados de ello; de suerte que la adquisicion de esta especie de bienes establece entre los hombres a quienes animan los mismos deseos un antagonismo permanente, una guerra sorda, que, nacida del egoismo, la estiende a su vez, y mina la sociedad hasta su base mas profunda.

Y como, por mucho que el hombre haya corrompido su naturaleza, le es imposible sustraerse enteramente a sus leyes, pues conserva siempre una invencible aspiracion a lo infinito, que es su verdadero término; no pudiendo estacionarse en ninguna posesion actual, es necesario que la ensanche mas y mas, atormentado sin descanso por una codicia que irrita todo cuanto hace para satisfacerla. Devoraria el mundo si pudiera, y después se encontraría con la misma hambre.

Tal es, oh Schahrivver, con pocas escepciones, el estado presente de los hombres en toda la superficie de este globo, que disputan los Darudjs (1) a los hijos de Ormuzd (2). No hay templo que no este desierto, no hay una institucion de lo pasado que no se desmorone. Allí donde los gobiernos, atacados por todas partes, despojados de su prestijio, reducidos por el solo principio de conservacion a la fuerza pura, se sostienen todavia, unicamente por la utilidad que de ellos reportan, su ruina no por eso está menos consumada en el espíritu de los pueblos: vanos simulacros de lo que ya no existe, quedan todavia en la superficie, como esas viejas sepulturas que recuerdan a las jeneraciones vivientes otra edad.

En ninguna parte se descubre la accion de una enerjia organizadora. Aislado en sí mismo, sin cuidarse de los demás, cada uno trabaja esclusivamente en dilatar el círculo de que se hace centro, tan extraño a la justicia que mantiene los derechos, como al amor desinteresado que los subordina al deber. Caidas así de las altas rejiones que fecunda el soplo divino, sin otro horizonte que el del mundo material, encerrando en él su pensamiento, sus deseos y sus esperanzas, estas criaturas, en quienes dormitan las facultades que las unen a nosotros, no se entienden, ni se conciertan sinó para un solo fin, la estension de sus conquistas sobre la naturaleza, cada vez mas dominada, mas esclavizada. De aquí la actividad prodijiosa y el inmenso progreso de lo que ellos llaman industria. Su embrutecido orgullo se satisface con este progreso, superior al cual, inclinados, como están, hacia la tierra, no comprenden que pueda

(1) Matadores.

2 Rey sapientísimo.

existir ningun otro. Pero cuando han estraído de los cuerpos lo que busca su insaciable codicia, se abre nueva lucha sobre la particion de lo que ha producido un trabajo obstinado, y el resultado es: para el débil, el trabajo, que crece con la nunca satisfecha codicia; y para el fuerte, el fruto de este mismo trabajo, cada paso mas estéril para los que llevan su peso. Yo no sabré pintarte, oh santo Amschaspand, el asombro doloroso, la amarga tristeza que inspira este contraste. Aquí todos los gozes que puede imaginar el capricho, todos los refinamientos de la molicie, todos los esplendores de un lujo deseafrenado; allí desnudez absoluta, las postreras angustias de la miseria, el hambre, la sed, la desnudez, la privacion de lo que hasta el animal, aun cuando todo le falte para vivir, halla en su hora suprema: un lugar bajo el cielo donde descansar, un asilo para morir.

El egoismo que separa los individuos en cada sociedad y los arma unos contra otros, estendiendo sus efectos a las mismas sociedades, establece entre ellos relaciones mas hostiles durante la paz misma, mas funestas a la larga que una guerra abierta y franca bajo el imperio del verdadero derecho y del deber reconocido. Esto se observa mas particularmente en las naciones industriales y comerciantes, en que domina mas que en parte alguna el principio utilitario, convertido en la única regla o sola ley. Existe hoy un pueblo, por desgracia de los demás, a tal punto embebido en el tráfico, de tal manera atormentado de la fiebre del lucro, que sueña en su delirio la invasion del globo entero, y aun es mezquino para su codicia. La violencia, el fraude, la perfidia, la traición, la impudencia y la hipocresía, todo es bueno para él con tal que conduzca a sus fines. La justicia, la equidad, la humanidad son para él motivo de risas insolentes, o pretextos de opresion y despojo para su astucia. Nada escapa a su rapacidad en esta tierra, devastada por él. Sus bajelés le traen de todas las rejones que alumbrá el sol despojos manchados de sangre, y rellena sus almacenes con las riquezas del mundo; y a pesar de eso, en ninguna parte la indijencia fué tan estremada, ni apareció bajo formas tan horribles, ni el alma se contristó tanto por padecimientos tan profundos, por un conjunto tan espantoso de todas las miserias y de todos los dolores, así del alma como del cuerpo.

Así, el excesivo amor o la pasión esclusiva de los bienes materiales, carácter de la época presente, en primer lugar, multiplica el trabajo para multiplicar las producciones, y crea por lo tanto una esclavitud mas dura que la esclavitud antigua, pues a esta el mismo interés la dulcificaba, una esclavitud embrutecedora que hace del hombre una simple máquina, y una máquina sin estimacion por ser tan comun; y en segundo lugar, enjendra, con una monstruosa desigualdad, la indiferencia bárbara, la envidia, el rencor, la crueldad fria, la corrupcion de la riqueza y de la pobreza, todos los desórdenes, todos los males que Ahriman y los suyos se esfuerzan por difundir en la creacion.

Por cualquier lado que se mire la raza humana, síntomas siniestros anuncian un vicio interno que desorganiza en ella los mantiales de la vida. Se parece a los cuerpos en descomposicion, en que cada molécula, desprendida de las demás, no tiene ya con ellas lazo alguno, como un puñado de polvo inerte que dispersa el viento. ¿Habrá cumplido su destino terrenal? ¿Habremos llegado al término fatal que llegan a encontrar todos los seres? o no es esto mas que un estado pasajero, una crisis penosa, pero saludable, una fase de su evolucion?

XII.

CONTESTACION DE SCHARIVER A DAHMAN.

(El rey de equidad al que bendice al pueblo.)

De las raíces del orden antiguo saldrá un orden mas perfecto.

MINISTRO del soberano Señor, del eterno principio del bien, ¿cómo es posible que temas triunfe el mal en el seno de su obra? Nunca desesperes de los hombres, tú a quien Ormuzd ha encargado bendecirlos. El pensamiento de Ahriman pasó sobre la humanidad como una sombra fujitiva, como una nube que lleva la tempestad.

La vida circula en el inmenso cuerpo de que cada ser es un elemento, por pulsaciones sucesivas, por un movimiento acompasado, condicion de la armonía de las cosas. Todo en el universo es alternativo: después del día la noche; después de las dulces estaciones y las brisas fecundas, el invierno estéril, que transforma en sudario la rica vestidura de la naturaleza, y mata con su aliento frío cuanto había animado la primavera.

Cuando una semilla cae en la tierra, jermína, crece, produce flores y frutos; después de lo cual, agotada ya la planta, se deseca y muere. Este jermen es una porción de la verdad infinita que Ormuzd deposita en el alma del hombre; esta planta es lo que él llama religión; pero la muerte no es mas que aparente, porque renace siempre, transformándose cada vez según las necesidades de la humanidad, cuyos progresos sigue, y cuyo estado caracteriza.

¿Cuántas civilizaciones diferentes no has visto perecer? Y qué ha sobrevenido? El jénero humano ha cesado de vivir? No; tras una época de languidez y enfermiza, de vértigo y de marasmo, vuelta en sí, llena de vigor y de savia, prosiguiendo su ruta eterna, ha entrado en las vías de una civilización mas perfecta. Estas revoluciones periódicas, sujetas a leyes idénticas en el fondo con las leyes universales del mundo, ofrecen en particular de notable que, realizándose en una esfera siempre mas ancha, tienen una relación visible con la unidad, a que tiende todo, a que todo aspira.

Al pronto suscitan vivas alarmas y una tristeza profunda, porque en todas partes presentan imágenes de muerte. Cosa estraña es ver que, cuando una era, hija de las que le han precedido, viene a la vida, los hombres están de duelo y creen asistir a funerales.

Y es que, efectivamente, aun no ve lo que nace, y ve lo que se va, lo que se pierde para siempre.

Por lo demás, un sistema social envejecido, gastado, que no satisface ya las condiciones de la vida de los pueblos, no desaparece por esto solo: el hábito lo sostiene, las preocupaciones lo defienden, muchos intereses se enlazan a él, y hay muchas jentes que quieren conservarlo a todo trance. Por eso no destruye sin lucha, y lucha ardiente, encarnizada, de donde emanan numerosos desórdenes y sufrimientos. Durante el combate, ocupado el pensamiento de las masas en la destrucción, las hace impotentes para reconstruir. Tal es en todas partes su estado actual, y este periodo de destrucción será tanto mas largo, cuanto casi nada de lo que el pasado había edificado debe quedar. Pero también, sobre estas ruinas, a que todos los pueblos habrán cooperado, se levantará una mansión mas vasta y magnífica, a la cual cada uno contribuirá con su piedra, y en la que, unidos todos por una misma fe, habitarán algun día en familia.

Su decadencia presente, su degradación moral, la momentánea enajenación

que dirige sus deseos, por en medio de los verdaderos bienes, a rejiones oscuras que los sentidos pueblan de vanos fantasmas, el egoismo que exaltan estos deseos viciados, la division, el antagonismo, la guerra perpetua que sostiene, todo este conjunto produce dos efectos: apresurar el renacimiento apresurando la disolucion que debe precederle; y preparar en sus condiciones materiales la union futura de los hombres y su emancipacion, unidos todos para el aumento de su poder sobre la naturalezabruta y para el desarrollo de la riqueza, de la cual es uno de los medios este poder. Las relaciones fundadas sobre la utilidad reciproca se multiplican entre los pueblos por las mas fáciles y prontas comunicaciones; y si la insensibilidad y la codicia oponen un obstáculo, hoy invencible, a una reparticion equitativa de la riqueza producida, este desórden acabará; la justicia, que es hoy un verdadero sarcasmo, una palabra vacía de sentido, despertará de su pesado sueño a la conciencia, iluminada por una luz que ya vemos despuntar. Cada uno entonces recibirá su parte del patrimonio comun, y la estension de la propiedad, que en último término se resuelve por la estension de la libertad, aumentando el bienestar jeneral, disminuirá la necesidad del trabajo corporal, en provecho del trabajo mas elevado de la intelijencia o de la vida espiritual.

Por lo mismo que los sistemas religiosos, de donde en otro tiempo derivaron tantas civilizaciones diversas, mueren a la vez y que estas civilizaciones se confunden y disuelven mutuamente, semejantes a los rios que, mezclando sus aguas, se hinchan, desbordan, estienden a gran distancia y cubren de arena los lugares que fertilizaban cuando cada uno seguia el curso que le trazaba su propia pendiente; por eso mismo, decimos, se formará una doctrina mas completa, mas en armonía con el progreso de la razon y el desarrollo de la ciencia, y por consiguiente una sociedad menos imperfecta. De esta mezcla de las antiguas creencias, o mas bien de sus elementos combinados, modificados unos por otros, nacerá un pensamiento nuevo, una concepcion, un dogma, destinado a ser la base de una civilizacion comun a todas las fracciones de la raza humana, dividida por religiones inconciliables; y de ese dogma, fuertemente abrazado por la fe, y saldrá el deber, y el amor que une, tal como del seno de las aguas sube el *lotus* sagrado, cuyo cáliz perfuma las templadas brisas.

Deja, pues, a las débiles criaturas que se ajitan y pierden en una pequeña gota del tiempo, que es para ellas un mar inmenso, la desconfianza y la duda del porvenir. Este globo en que te detienen las órdenes de Ormuzd ¿no se ha transformado muchas veces a tu vista? No lo has visto, estremeciéndose al impulso de la mano creadora, crecer en belleza por sucesivas catástrofes? ¿No has visto a la vida abandonar las formas primordiales, y reaparecer en seguida mas perfecta y poderosa? Si registras con el pensamiento las entrañas de este mundo, cuna y sepulcro a la vez de los seres, encontrarás en ellas, acostados unos sobre otros, los esqueletos de muchas creaciones. Cuando estas grandes revoluciones se consumaban ¿quién no creeria en una ruina total, en un retroceso al caos primitivo? Así han desaparecido las sociedades humanas a medida que se agotaba su principio de duracion, y en la muerte de cada una, los hombres, ofuscados, veian la muerte de toda la humanidad. ¡Vano temor! Dejando atras, en el fondo del valle, sus restos envejecidos, bien pronto aparecía sobre las alturas, respirando juventud y magnificencia.

XIII.

TARMAD A SARVEL.

(*El espíritu de orgullo al espíritu de violencia.*)
 Degradacion de las almas, absorbidas por la codicia.

Voy, Sarvel, a decirte cosas que me cuesta trabajo confesarte y confesarme a mi mismo; pero es necesario, puesto que, para el buen éxito de la obra comun, cada uno de nosotros debe entenderse con los demás a fin de concertar con ellos su accion.

En todas partes hoy los Darvands llevan sobre los Amschaspands uua ventaja marcada. De día en día su poder crece, y se estienden sus conquistas. ¿Qué queda todavía en el hombre que nosotros debamos disputar seriamente a los Izeds? Hablo ahora de los pueblos mas que de los individuos. Nosotros hemos colocado nuestras tinieblas entre ellos y la luz de Ormuzd (1); y así van caminando revueltos como rebaño imbécil, sin saber a donde, sin preguntar siquiera, bajando todas las pendientes, y como empujados hacia los lugares bajos, en donde, por la pesada embriaguez que producen los vapores estancados, pierden los últimos recuerdos de las regiones que alumbra el astro, a cuyos rayos les vimos en otro tiempo aparecer.

Yo he contribuido ciertamente tanto como el que mas a esa victoria de los hijos de Ahriman, y creo que ninguno de ellos ignora cuanto les ha conveuido mi cooperacion. ¿De donde proviene, pues, que, habiendo yo ejercido tanto tiempo una influencia que puedo con derecho llamar principal, ellos la esquivan hoy, que debería al parecer estar mas afirmada y estendida que nunca? Porque yo no puedo desconocer que mi poder declina. Que esta raza, privada de lo que la elevaba del mundo inferior y la acercaba a nuestros rivales, se adhiera a la materia, y se solaze en ella; que apague su sed y su hambre avidamente en los pechos que nutren al bruto; que, dominada así por los sentidos, la precipites sin esfuerzo a todas las violencias; que Auder (2) la embriague con su soplo impuro, y Tarik (3) tambien, cebándola con las mas necias ilusiones, destruya sus proyectos codiciosos por el exceso mismo de la codicia; todo eso lo concibo. Pero ¿qué hay en esto que haya podido disminuir mi poder sobre ella? Sin embargo, yo lo veo disminuir por dias. Ya no existe esa exajerada apreciacion de si mismo, ese orgullo intratable, que, trasmitido de mi a los hombres, los preparaba para todo cuanto de ellos pretendian los Darvands, concentrándolos en sí mismos y fijándolos un estado de secreta rebelion contra Ormuzd y sus leyes.

Los menos degenerados viven llenos de una vanidad ridicula y necia, esclavos de una mirada, de una sonrisa, de una palabra, de los juicios del vulgo inepto, de un fruto inútil, que nace y muere en un mismo instante. Cada uno de ellos, fastuosamente envuelto en sus harapos, anda desalado a caza de lisonjas, que su estúpido amor propio saborea. Para tener una idea del idiotismo humano, hay que contemplarles en su felicidad sobre el escabel cojo, trono brillante de su gloria, a cuyo pie creen que se amontonan los homenajes y la admiracion del universo.

Y estos todavía conservan alguna cosa que se asemeja vagamente a mis inspiraciones. Su necia vanidad, por despreciable que pueda ser su orijen,

(1) En la nota de la pág. 439 se nos ha pasado advertir que hemos preferido la version de Ormuzd y Ahriman, que otros han traducido Oromazo y Arimanes, por creerla mas conforme a su orijen.

(1) Espíritu de impureza.

(2) Espíritu de avaricia.

tuvo al orgullo por padre, y es ella el orgullo tambien en su demencia senil. Pero el resto, la multitud de todos rangos y condiciones, siento decirlo, se me escapa enteramente, no por nada de lo que eleva a una esfera superior a la nuestra a las criaturas de Ormuzd, sinó en fuerza de su abyeccion. Para estos seres caidos en la servidumbre de los sentidos, no hay más pensamiento que el pensamiento del oro, mas deseo que el deseo de oro; el oro es su fin, su vida, su Dios. Arrodillada ante cualquiera que le enseñe una partícula, no hay humillacion costosa, desden, desprecio que no acepte para obtenerla esta raza bastardeada, falsa, rapaz, educada en la impudencia y la humillacion, salida del fango, y vuelta a él como por un instinto natural.

Los ejemplos que la precipitan por esta pendiente parten las mas veces de la cúspide misma de la sociedad. Un dia, recorriendo la tierra, llegué cerca de los lugares en que nació el jénero humano, a un pueblo que en otro tiempo llenaba el Oriente con su esplendor. No habia entre los Darvands mas que una voz acerca del jefe de este pueblo; todos le ensalzaban, ponderando a porfia lo que tenia de cada uno de ellos; porque todos, a juzgar por lo que decian, habian concurrido, con un acuerdo raro, a un éxito todavia mas raro, a hacer de él un modelo acabado. Quise ver y juzgar por mí mismo, y vi en efecto que no se me habia engañado; la obra era digna de los operarios. Estaba yo contemplándola tranquilamente, cuando de repente senti en mi interior no sé que cosa extraña. El mal es nuestra esencia, y el mal reinaba allí en todo; y sin embargo te diré que me senti poseido de un profundo disgusto, no por el crimen, porque me agradaba, sinó por la hajeza.

Mi influencia no se ha debilitado solamente sobre los hombres, individualmente considerados, sinó tambien sobre las naciones. Tambien ellas, completamente absorbidas en su codicia, no aspirando a mas que satisfacerla, y siendo indiferentes a todo lo demás, se acomodan en el fango, si imaginan tener en él alguna ganancia, calculan friamente los beneficios que reportarán de la falta de vergüenza, se doblegan a los insultos, beben la ignominia y agotan su copa si en el fondo creen entrever algunas piezas de oro.

Muchas veces, amigo Sarvel, he intentado despertarlas, y me he avergonzado de mi impotencia. Están reducidas casi al puro instinto animal; mi voz nada puede sobre ellas, pues o no la escuchan, o se rien, sin comprenderla, con una risa salvaje. Consideremos que tal vez, pesando sobre el hombre con todo el peso de la materia, le hiciéramos descender tanto que no fuese ya hombre, y le destruyéramos en vez de esclavizarle. Es necesario que subsista y que nos obedezca ¿Para qué lo queremos bruto? El ser inteligente es él que disputamos a los Izedés. No le desnaturalizemos, pues, porque sería sepultar nuestra victoria en nuestra misma victoria.

XIV.

ZARETCH A AKUMAN.

(El que disputa el bien al que es todo inutilidad.)

Formas jenerales del gobierno. Las que constituyen la dominacion de uno o de muchos sobre todos los demás no son en realidad sinó la organizacion de la tirania.

Yo quisiera explicarte, Akuman, que es lo que en este mundo se llama gobierno. Tú me comprenderás mejor que nadie, porque, al ver tan extraña máquina, está uno tentado a creer que sea invencion tuya. Lo que, a mi parecer, llama antes la atencion es, no que, por no dar resultados de ninguna especie, los gobiernos sean en este sentido inútiles o estériles, sinó que

por ser mayor su nulidad, producen casi en todo efectos contrarios a los fines para los que se dice que fueron establecidos. Acaso a tu vez me atribuirás esta chocante contradicción; pero no con razón. Los hombres valen más de lo que se cree: en esta ocasión a lo menos, ha bastado dejarles obrar. Yo no he encontrado, por grande que ha sido mi zelo, nada que reformar en su obra, o que retocar como dirían nuestros pedantes rivales. Por lo demás yo estimo mucho esta última palabra.

La raza humana, por sí propia y merced a nuestros afanes, no tiene una inclinación muy marcada a contenerse estrictamente en las severas prescripciones de Ormuzd. La regla la encadena, y la cadena la arrastra incesantemente afuera de la regla. Los gobiernos, pues, instituidos para prestar socorro a esta, conservar el orden, del que sin ellos desaparecerían hasta los últimos vestigios, aseguran el reino de la justicia, la conservación de los derechos y la observancia de los deberes; a lo menos esto es lo que dicen los gobernantes, y lo más curioso es que, a fuerza de pregonarlo, han logrado persuadirlo a los gobernados.

Nota bien que el único objeto de los gobiernos, su única razón, según esta soberbia teoría, es reducir la libre acción del hombre o el poder de que su egoísmo le impele incesantemente a abusar, y que un gobierno no es sino un poder más grande, concedido de derecho y de hecho a ciertos hombres, que son fuera de esto semejantes en todo a los demás. ¡Ah! vosotros no sois más sabios, pues diez veces al día os sucede querer desordenadamente una cosa, y podeis lo que quereis; pero sosegaos, que ya lo remediaremos todo: os pondremos bajo el régimen de jentes que, queriendo para sí mismas lo que cada uno de vosotros quiere para sí, tendrán todo cuanto quieran sin oposición y sin resistencia. ¡Ya os gobernarán, canalla!

En cuanto a esto, han imaginado casi desde el principio tres clases principales de gobierno, que, combinadas más tarde, han producido la cuarta, que es la más curiosa de todas.

Acuérdate de que se trata de mantener la justicia o de impedir la violación del derecho, según su lenguaje. Sobre ello reflexionaban profundamente a su manera, embrollándose cada paso más, cuando uno de ellos les dijo: «Vosotros no sois nada. Comencemos por fundar un principio, que sea divino. Yo soy el más fuerte, y la prueba es que no hay uno entre vosotros a quien yo no pueda torcer el pescuezo, a poco que se me antoje. O yo no entiendo jota, o esto es una superioridad, que será por lo menos muy ridículo poner en duda. Reconocedla, consagraedla con un asentimiento, del que prescindiré luego completamente; convenid entre vosotros y conmigo en que la justicia, el derecho serán mi voluntad, mi capricho, y ¡ay del que rehuse obedecer! Entonces no habrá violación posible del derecho y de la justicia, porque, en fin, o mucho me engaño, o yo querré siempre lo que me parezca.»

Después habrá arrebatos de admiración y aplausos jenerales, avergonzándose todos de no haber conocido antes una verdad tan clara. He ahí resuelto el problema.

Sin embargo, no lo estaba de manera que satisficiera a todos por mucho tiempo. El orden reinaba, pero se relajó. Algunos dijeron: «Pero ¿y si nosotros hiciésemos a nuestra vez la justicia y el derecho? ¿Es tan bueno, tan cómodo, tan agradable y tan provechoso! ¿Y qué nos falta para ello? ¿No tenemos nosotros ya la voluntad? Esta lo es casi todo, y lo será todo cuando tengamos también la fuerza.» Entonces se pusieron de acuerdo, y la fuerza se colocó a su lado, y con ella la justicia y el derecho.

Este momento vió nacer el gobierno de muchos, segunda solución del problema. Las formas de este gobierno fueron innumerables. En cuanto a mí, me convenía tanto como el anterior, porque era el mismo en el fondo, con más

movimiento, actividad en las pasiones, agriez, dureza, envidia, cólera, odios, disensiones, reyertas, y sus consecuencias. Eghetesch (1) echaba de menos, según decía, la tranquila corrupción del régimen anterior, porque le parecía que conducía sin ruido a una disolución más segura y profunda.

Como quiera que sea, dado el ejemplo, cada cual quiso seguirlo, quiso hacer por su parte la justicia y el derecho, y después de largos y reñidos combates, un gran número se convino; de lo cual resultaron los gobiernos populares, que fueron la tercera solución. Estos ofrecen generalmente una inestabilidad que a ti, Akuman, te agradará. Es curioso ver a la justicia y al derecho cambiar de un día para otro, y a veces de la mañana para la tarde, con las móviles mayorías, o según los intereses que prevalecen momentáneamente; y hasta hay diversidad, según los países, cualquiera que sea por lo demás la forma de gobierno. Aquí se hace justicia, y allí injusticia; o bien se hace hoy justicia, y mañana injusticia. Su derecho es una rueda que gira incesantemente; y figúrate cuanto se aturdirán a veces estos pobres Izeds, que se sientan en ella.

En cuanto a mí, todo mi gozo y mi encanto es contemplar la inefable tontaría de esta raza de inocentes, que, en medio de tantas variaciones, no deja de creer a la sociedad rejida por yo no sé que principio efectivo de lo justo, cuyo carácter, si existiese, sería el ser inmutable e independiente de tiempos y lugares. Pero, en fin, no importa cómo, puesto que lo creen y bien lo saben los que gobiernan: esta creencia, que excede en lo absurdo a las más absurdas, constituye su única pero verdadera seguridad; porque aun donde hay establecidas instituciones populares, no son ni con mucho en provecho de todos. Separada de los poseedores de la autoridad pública, queda siempre una masa enorme de simples gobernados, que, bajo el nombre de esclavos, siervos, proletarios, plebeyos o villanos, son como el rebaño de la clase gobernante, su propiedad, su materia explotable y rudamente explotada.

Si, por consiguiente, esta masa llegase a comprender que la justicia con que se la alimenta no es más que un eco, una palabra que significa fuerza; dueña como es constantemente de la mayor fuerza, bien pronto pondría su propia justicia en el lugar de la que la agobia con su peso. Esto sería para nosotros bastante embarazoso, porque, si todos sustituiran su interés común al interés de los dominadores, o a los intereses individuales, aislados o coaligados, el interés común, que excluye el egoísmo y destruye la desigualdad, destruiría igualmente la iniquidad, la tiranía de los unos, la opresión de los otros, y se parecería en extremo a lo justo en el sentido en que lo entienden nuestros rivales. Felizmente no estamos en ese caso, y pasará todavía bastante tiempo antes de que nuestros idiotas se aperciban de ello. Entonces ya nosotros tomaremos nuestras medidas.

En jeneral, aquí las cosas duran porque han durado. Haber sido es una razón de ser, y es la mejor, puesto que ninguna prevalece contra ella. La fuerza de la costumbre es el todo, a lo menos fuera de las épocas de crisis. De padres a hijos se transmiten los mismos usos, las mismas ideas, haciendo y pensando lo mismo que se pensaba y hacía antes de ellos; el mismo régimen de cuerpo y de espíritu, si espíritu hay en ello. El derecho para ellos es lo que fué, allá a donde alcanza su memoria.

«Acércate, villano, y respóndeme: ¿Tu padre no pertenecía al mío?—Sí, señor.—¿No le debía su tiempo, sus brazos, su trabajo y su vida?—Sí, señor.—Si tal hubiese sido su antojo, ¿no hubiera podido ahorcarlo?—Sí, señor, y por señas que fué realmente ahorcado.—¿Ahorcado?—Sí, señor, y por una

(1) Jenio de la corrupción del corazón.

liebre: la liebre comía sus berzas, y la mató, porque el pobre no tenía otra cosa para alimentar a su mujer y sus cinco hijos.—Yo no te pido esos detalles, villano; pero me complazco en saber que tu padre fué ahorcado, y ahorcado por orden del mío. El hecho prueba el derecho. Por lo tanto, villano, en virtud del derecho hereditario, derecho santo y tres veces santo, tú me perteneces, me debes tu tiempo, tus brazos, tu trabajo, tu vida, y puedo hacerte ahorcar cuando se me antoje.—Sí, señor.»

He ahí toda su historia.

Me resta hablarte de esta combinación reciente que han imaginado de las tres viejas clases de gobierno, que sobrepuja en ridiculez a cuanto pasó jamás por cabeza ridícula. Ten paciencia, que allá llegaremos. Entre tanto, descansa, en tu sublime inutilidad, Akuman, protector inmortal de los fabricantes de leyes, de códigos y de cartas constitucionales.

XV.

SAPANDOMAD A ARDIBEHESCHT.

(*El genio de la tierra a la pureza excelente.*)
Temores sobre el porvenir de la humanidad.

ESCUCHADME, buen Amshaspand; permitidme que desahogue mi corazón lleno de secretas inquietudes, y que a la sombra de vuestra paz inalterable y santa, mi tímida fe se reanime y mi abatida esperanza se levante.

Hacia ya algunas horas que Odiren (1) velaba en lugar de sus hermanos. Fatigado ya del gozo salvaje y de las risas sarcásticas de los Darvands, había atravesado pensativo y triste el santo silencio de los bosques virgenes, hasta ganar las playas del inmenso Océano. Allí, sobre una roca, a cuyo pie con débil murmullo se mecían las adormidas olas, contemplaba yo el mar profundo, que, reposando en la calma de la noche, brillaba a los pálidos rayos del astro que la preside. Después, mis miradas se perdían en la estension de sus límites, en que se despliegan, de esfera en esfera, las innumerables maravillas de Ormuzd.

Mi amor le adoraba con un éstasis piadoso, cuando de repente acentos lastimeros y desolados suspendieron mi oracion y me hicieron estremecer involuntariamente. Había un dolor inesplicable en la voz que arrojaba estos jemidos fúnebres. ¿De donde venían? Yo no lo sabía. Los ecos celestiales reproducían llorando aquellos lamentos lúgubres. Palpitante de espanto y de ansiedad, yo respiraba apenas; un peso misterioso me oprimía; y al fin mi oído percibió estas palabras: «Ya no existe! Ya no existe!»

Entonces comprendí que un mundo acababa de morir, y que el espíritu de este mundo llenaba el espacio con su duelo.

¿Veré yo también la muerte del que a su nacimiento ha puesto Ormuzd a mi cuidado? El mas perfecto de los seres que encierra, el hombre, a quien he sonreído en su cuna con una ternura maternal, ¿estará destinado a desaparecer de la creacion? Yo oigo a los Darvands, solazándose en el mal, envanecerse del imperio que han adquirido sobre él, y a los Izeds mismos deplorar la ceguedad que le precipita en las vias funestas del extravío y la inercia de su intelijencia, que son sus miserias morales. Los espíritus de luz y los espíritus de tinieblas parecen descubrir igualmente en el horizonte presajios siniestros. Todos preven, todos anuncian un vasto hundimiento, que dejará

(1) El que preside al ocaso del sol.

inmensas ruínas. La sociedad humana, minada por la duda y la corrupcion, les parece acercarse a su fin. Los unos lo temen, y los otros lo esperan. Figúrate, pues, santo Amschaspand, cual será mi angustia.

Te diré, sin embargo, que hay en mi corazon un no sé qué, que rechaza este pensamiento fatal. No, el ser en quien brilla la imagen de la suprema Esencia, no está condenado. Yo no podré negar que la humanidad esté afectada de un mal, cuyos graves sintomas se manifiestan por todas partes; que vaya sumerjiéndose cada vez mas en la noche de los sentidos, en el sombrío abismo de la materia; que el egoismo haya llegado a ser su ley, la fuerza y el interés sus dioses; a lo menos, por lo que respecta a los gobiernos y a las clases que de mas o menos cerca participan del poder. En ellas jeneralmente no hay creencias, ni recuerdo del deber, ni amor, ni aun el instinto de las cosas elevadas, ni mas fin que un fin personal, sin interés por lo verdadero y el bien, ni desco alguno que no esté encerrado en la existencia presente, y que no tenga al cuerpo por término. ¡Cuántas lágrimas no me ha hecho deramar tamaña degradacion!

Pero, si tal es el estado de una porcion muy numerosa de la familia humana, principalmente de aquella porcion cuyo ejemplo es mas contagioso; si este ejemplo ha propagado el desórden y la corrupcion, hasta entre los que no recojen mas fruto que una pesada opresion y sufrimientos cada vez mayores; se ve tambien que, apesar de la debilitacion deplorable de la fe, el pueblo conserva aun, en sus cadenas y bajo sus andrajos, el sagrado depósito de las leyes inmutables y de los sentimientos inspirados por Ormuzd a sus criaturas, con objeto de unir las entre si y todas a él. Si la falta de un dogma aceptado deja en el espíritu del pueblo un vacío que el porvenir, y yo espero que un porvenir cercano, llenará, no es menos cierto que la justicia y la caridad viven aun en el fondo de su conciencia. Yo quisiera que tú vieses a esa multitud, extranjera en el suelo que riega con su sudor, desheredada, maltratada, cediendo al peso de la carga de trabajo que le imponen las clases poderosas en provecho propio, desnuda, sin asilo y frecuentemente sin pan; y te pasmarías de que subsista, y preguntarias cómo pueden esos infortunados sostener vida tan miserable. Sin duda, santo Amschaspand, que esto te afectaría profundamente. Ellos viven por su mutua y sincera abnegacion, por los socorros que se prestan los unos a los otros en sus aflicciones; viven porque se aman y socorren como hermanos.

Que muchos, siguiendo las huellas de sus dueños, ahoguen en su corazon la piedad, y no tengan mas regla que sus inclinaciones y sus intereses egoistas; ¿qué es eso sino escepciones tristes en medio de la masa animada de sentimientos de un órden enteramente contrario? Lo que falta a esta es una doctrina clara, que tranquilize la intelijencia, y añada la fuerza de una fe, preciosa y pura, a la fuerza propia del amor: ella siente su necesidad, la llama con sus votos, y aspira ardientemente a este divino complemento de su vida.

¿Por qué, pues, al acusar al hombre, se olvida el fondo mismo de la humanidad, que se resume en el pueblo? ¿Cuántos secretos tesoros de conmiseracion, de jenerosa ternura, de bondad que se ignora a sí misma, descubriría en él la mirada que en él los buscarse! Se pregonan sus vicios y no se ven sus virtudes! ¿Y no es necesario verlo y apreciarlo todo? La suprema Justicia nada olvida: un simple movimiento hacia el bien, por débil, § por fujitivo que sea, es apreciado en la balanza de Ormuzd.

¿Cuales son sus soberanos decretos sobre los hijos que me ha dado? Qué debo esperar? Quién los arrancará de los santos Izeds ó de los negros Darvands? Qué producirá el trabajo interno que ajita y atormenta en el día a los

hombres de todas las razas y de todos los países? El género humano, ¿está destinado a morir o a renacer? ¿Qué es lo que oculta el misterioso porvenir bajo ese velo que el tiempo correrá? Es una cuna o es un ataúd?

XVI.

CONTESTACION DE ARDIBEHESCHT A SAPANDOMAD.

(*La pureza excelente al genio de la tierra.*)

Era necesario que los hombres atravesaran las tinieblas actuales para alcanzar una luz mas viva y pura.

¿QUIEN conoce, hermana mía, los pensamientos de Ormuzd y los secretos de su sabiduría? El conduce todas las cosas a su fin por vías que ignoramos. Dirigidas invisiblemente hacia el término de su destino, sus criaturas se parecen a esas tropas innumerables de habitantes de los mares, que, desde las silenciosas profundidades en que acaban de nacer, van todas las primaveras con seguro instinto a abordar a las mismas playas, sin detenerse por los escollos, ni desviarse por las tempestades.

No sondeemos lo impenetrable. Adoremos y creamos, prosternados ante el trono del que lo sabe y lo puede todo, y cuya bondad no tiene limites.

La vida germina eternamente en su amor, y cuando la Justicia, guardiana severa del orden universal, envía la muerte, el amor, que lo abraza todo, se eleva sobre todo, la fecunda, y hace tambien de ella el elemento de una vida mas perfecta.

El mal, que se multiplica rapidamente sobre la tierra, espanta a los Amshaspands, porque temen sus consecuencias y preven grandes ruinas. ¿Se engañan? No, ciertamente. ¿Cómo el mal, que no es mas que el alma del vacío, la negacion del ser real, no produciría en el hombre su efecto natural? Pero el mal jamás es absoluto; se limita por si mismo, porque es finito en su esencia. Sus triunfos son solo aparentes: cubre el bien como la capa de hielo bajo la cual sigue corriendo el rio. Por grande que sea la degradacion, vuestra mirada maternal descubre en él, como en un santuario inaccesible a los hijos de Ahriman, los sagrados símbolos de su orijen celeste, las semillas del bien, que crecerán, no lo dudeis, y fructificarán.

Es verdad que está en descenso; pero ¿sabeis vosotros acaso si existe otro camino para llegar al objeto que le está designado? Hoy se arrastra por un suelo fangoso; pero bien pronto, subida la cuesta, y purificado en un agua limpida, avanzará por una alfombra de flores hasta la cima del monte.

Nada perece; todo se transforma. Me preguntais, Sapandomad, qué es lo que oculta el velo del porvenir: si es una cuna o un ataúd. Y siendo hijo de Ormuzd, ¿ignorais acaso que el ataúd y la cuna son una misma cosa? Las mantillas del recién-nacido envuelven el muerto futuro, y el sudario del difunto encierra en sus pliegues la vida que renace.

El poder de los Darudjs no es lo que ellos creen. Cuando derriban y trastornan las sociedades humanas; cuando vomitan en ellas su veneno para facilitar su disolucion, concurren tambien a los designios del mismo poder que combaten. Lo que destruyen no es el bien, sino la corteza seca del bien, que oponía a su expansion un obstáculo invencible. Para que la planta divina reproduzca sus flores, es necesario que antes se descomponga aquello que la elaboracion interna ha gastado.

Considerad sinó, Sapandomad, ora las viejas opiniones de los hombres inconciliables entre si, ora el derecho bajo que han vivido hasta hoy: ¿esas

opiniones son acaso las verdaderas? ¿ese derecho es acaso el justo? Y no obstante, a eso llaman ellos el orden social. ¿Hay razon para alarmarse porque este edificio informe se arruine?

¿Se temerá que estas ruinas produzcan la de los principios saludables, que no dejan de subsistir en medio de los desórdenes nacidos de las falsas creencias y de las instituciones viciosas? Ilusion! Que sean momentaneamente oscurecidos, puede y debe suceder, a causa del lazo facticio que los unía al error, destinado a desaparecer tarde o temprano; pero, permaneciendo inalterables, como vos mismo habeis notado, en el fondo de la conciencia del pueblo, se conservan en ella inmutablemente. Cuando todo lo demás pasa, ellas quedan; son como el oro que se encuentra, separado de lo que lo cubria, en el lecho del torrente que arrastra el impuro fango.

Por lo mismo, cuando los Izeds, atentos al curso de las cosas, anuncian inevitables catastrofes, grandes y próximas revoluciones, anuncian a la vez una renovacion cierta, una magnífica evolucion de la humanidad, que se está obrando para dar a luz el fruto que ha jermidado en sus fecundas entrañas. Si su alumbramiento es doloroso, consiste en que nada se hace sin esfuerzos; consiste en que, encerrado en el cuerpo que se disuelve, el espíritu que trata de abandonarlo y tomar posesion del que va a nacer, padece a la vez por su estado presente y por su estado futuro, el disgusto de lo que es y el deseo de lo que será, porque el deseo mismo es un sufrimiento, y lo es tambien la esperanza, mientras no alcanza su objeto.

Compadeceros, Sapandomad, de las jeneraciones sin patria, a quienes ráfagas opuestas arrojan en el vacio, entre el mundo del pasado y el mundo del porvenir. Se parecen al polvo que Vato (1) hace rodar. Pero este polvo, sea nube tenebrosa o torbellino devastador, vuelve al suelo, en donde, fecundado por los fuegos y las lluvias del cielo, se cubre nuevamente de verdura.

XVII.

BARMAN A ASCHESCHING.

(*El jenio de la bondad de corazon al que da la ciencia y la luz.*)
Evolucion de la libertad.—Obstáculos que encuentra.

Yo he visto, Aschesching, que los hombres de todos los pueblos tienen una nocion instintiva de lo justo, que los guiaria con bastante seguridad, si no la falsasen, por una parte, las instituciones arbitrarias y facticias sobre que viven, y si no la oscureciesen, por la otra, sus efectos, para establecer entre ella y estas instituciones una armonía imposible. De aquí, esas innumerables teorías del derecho, las cuales varian de una época a otra, de una nacion a otra, segun las diferencias de relijion, leyes, costumbres y gobiernos. Sucede tambien que el dogma relijioso, algunas veces opuesto, a lo menos por su tendencia, al principio politico, se dobla entre las manos de aquellos a quienes se ha confiado su custodia, se tuerce y se modifica en sus consecuencias para armonizarse con él. Esto es visible en muchos pueblos, particularmente en aquellos mas adelantados, en donde la práctica contrasta mas con la doctrina. El hombre, como la creacion entera, gravita naturalmente hacia la unidad: la contradiccion le disgusta; no pudiendo ajustar los actos a la regla, se esfuerza en modificar esta para ajustarla a los actos.

No hay legislación que no implique un principio de justicia distributiva, que

(1) Espiritu del huracan.

es el mismo en todas partes; como no hay poder que no mantenga la aplicacion en un limite que determina el interés propio de los gobernantes. Son justos hasta donde un motivo personal les impide serlo, nunca mas allá; y hasta lo han hecho su principal máxima de Estado.

Pero, si algunos rasgos de justicia real subsisten en las leyes secundarias, sin la cual la raza humana no viviria un solo dia, la organizacion de la sociedad procede de un principio enteramente diferente, de un principio, no solo extraño a lo justo, sino destructor de lo justo, y este principio constituye en todas partes el derecho social, que no es otra cosa que el derecho de la fuerza. Así, todo poder que pierde, ora la fuerza material, ora la fuerza de la opinion, cae al instante; y mientras dura, cualquiera que sea la forma que tome, nunca es mas que la egoista dominacion de algunos sobre todos. El mando se ejerce esclusivamente en su provecho, y la obediencia que asegura el temor se resuelve en la inevitable fatalidad de la servidumbre. Porque ¿qué servidumbre mayor que la de depender en todas las cosas, fisica y moralmente, de un pequeño número de privilegiados, cuya sola voluntad hace la ley, y para quienes todos los demás no son en realidad mas que puros instrumentos pasivos? ¿No es esto ser lo que el animal doméstico, de quien dispone el amo como le parece; que trabaja para él el tiempo que dispone, y no tiene mas parte en el producto de su trabajo que la que él le concede? ¿Es este el hombre? ¿Es eso lo que Ormuzd, al crearle, quiso que fuese?

Es verdad que con el tiempo se ha operado una reaccion creciente en actividad y fortuna contra esta enorme iniquidad, y que las esclavizadas masas han aligerado poco a poco, en fuerza de continuados esfuerzos, el peso de la opresion. Pero el fondo es el mismo todavia, porque el derecho de la fuerza es aun en las naciones mas envejecidas de su ilustracion el manantial de sus leyes y de sus constituciones. Poco ha que una de ellas hizo una sublime tentativa de emancipacion universal, en la cual las demás, despertando de su sueño, intentaron tomar parte. En aquellos momentos se creyó que la libertad iba a salir para siempre inmortal de entre las ruinas de todas las tiranias, de la igualdad proclamada con un entusiasmo imposible de describir. Esto duró algunos años, los mas grandes de la historia; pero luego este movimiento se paralizó, y todo continuó como estaba, conservando apenas algunos frutos de esta elaboracion jigantesca, que todavia se ven caer y pudrirse en el suelo.

No me admiro, ciertamente, de que los individuos y las clases desposeidas de su poder impio y de las ventajas que les reporta, se hayan concertado, haciendo todo género de esfuerzos, para reparar sus pérdidas y restablecer su dominacion, asegurándola sobre bases sólidas. Pero ¿como explicar la indiferencia y el abatimiento de los pueblos, y su cobarde inaccion después de tantas victorias?

¿Como explicar la decadencia de la opinion misma? ¡Singularidad extraña! Mientras que los hombres del pasado, unidos a los que han recojido la sucesion todavia inmensa de los abusos del pasado, se conciertan para perpetuar estos abusos en su beneficio e imprimir a la sociedad un movimiento retrógrado; otras hombres, que están divididos además en casi todos los puntos, afectan declararse los defensores, los continuadores de la obra comenzada por sus hermanos. Cada cual se presenta con sus ideas, sus miras, su sistema, y no hay uno solo de esos sistemas que, partiendo del principio teórico de la libertad, no vaya a concluir en el despotismo. Muchos aun sobrepujan bajo este respecto, especulativamente, a cuanto el mundo ha visto jamás de mas exagerado y monstruoso. Han imaginado yo no sé que derecho social supremo y dominador, a fin de establecer la unidad, tan necesaria en efecto, que nace de la subordinacion del derecho al deber, del derecho igual en todos, pues que deriva de

la naturaleza, comun a todos. Y no siendo ese derecho social mas que una abstraccion, en tanto que no se realiza en un ser viviente efectivo, se reduce al derecho del mas fuerte, el derecho del que gobierna, que representa a la sociedad, bajo cualquiera titulo; lo cual justifica radicalmente todas las tiranias pasadas, presentes y futuras, y no es sinó identificar la tiranía misma con el derecho absoluto.

Estas cuestiones de derecho social, presentadas oscuramente y resueltas por aserciones atrevidas, mas que por severas deducciones lógicas, no tienen mas valor en el pensamiento de los que las tratan que el que se concede a la determinacion del medio con el cual podrian, en circunstancias dadas, intentar la aplicacion de sus doctrinas económicas y filosóficas. Y previendo una viva resistencia, y no sabiendo como vencerla mas que por la fuerza, constituyen a la fuerza misma en derecho.

Por lo demás, cuando falta un dogma admitido, los espíritus, encontrándose sin ruta alguna que poder seguir en las rejiones intelectuales, descienden al mundo de los cuerpos. No considerando, no comprendiendo mas que el lado material de las cosas, el poder, separado de su regla, no ha sido ya para ellos mas que el poder de comprimir, como el problema del hombre, de sus destinos y sus leyes, no es mas que el problema del bienestar fisico; viniendo a ser todo lo demás, hasta la misma moral, no ya su fin, sinó a lo mas una condicion que implica secundariamente la realizacion de este bienestar, único objeto real de la vida. Hablo solamente de los que llevan en las consecuencias de sus principios cierta reserva tímida; porque para muchos otros la ley moral no es un medio, sinó un obstáculo, y el mayor de todos.

De aquí proviene que en estos momentos la sociedad se reduce, en orden al pensamiento, a la ciencia de la naturaleza y de sus fenómenos, verdadera religion de esta época materialista; y en orden a los hechos que dependen de la actividad práctica, a la industria, comprendiendo bajo este nombre todos los géneros de trabajo que concurren a la produccion de la riqueza.

La ciencia, que jamás ha tenido lazo directo con el dogma, cuya autoridad se estingue, y que no deriva de ningun otro dogma anteriormente definido, se ha desarrollado en su propia esfera, aislada de la de las causas necesarias y primordiales; de suerte que ha contribuido, por sus mismos progresos, que honran el jenio humano al mismo tiempo que lisonjean el peligroso orgullo del talento, a desviarlo de los manantiales de la verdad y del bien, a concentrarlo en el conocimiento y el amor esclusivo de las cosas contingentes, no concediendo realidad sinó a lo que se ve, se palpa, se mide o se pesa.

El hombre, absorbido de esta suerte en el mundo material, ha debido aplicar a él toda su actividad. Le ha exijido la satisfaccion de sus crecientes deseos, porque no tienen, aunque procure torcer su direccion, otro término que lo infinito; y por este ciego extravio, se ha condenado a un trabajo de tal naturaleza, que los mas rencorosos Darvands no podrian elejirlo mas terrible.

Producir para gozar, he aquí el único pensamiento que hoy domina a los pueblos. Necesitan riquezas y mas riquezas, y sin ellas todo es nada para ellos. Honor, gloria, civilizacion, son palabras vanas con que se disfraza la avaricia, el insaciable ardor de adquirir. Pero, queriendo todos lo que no puede ser a la vez de todos, sus relaciones, forzosamente hostiles, no tienen mas objeto que despojarse mutuamente, absorber, apropiarse el fruto del trabajo de los débiles por la violencia, y de los poderosos por la astucia. Y como en el seno de cada pueblo las mismas pasiones conducen a los mismos efectos, se sigue de aquí, respecto a los individuos y a las naciones, iguales bajo este punto de vista, que el exceso de la desnudez contrasta con el exceso de la opulencia, porque la produccion se acumula cada dia mas en las mismas manos.

Los Izeds se aflijen y se alarman de tan profundo desórden, porque los Darudjs triunfan. Ningun signo anuncia en efecto un cambio próximo; á cualquiera parte que se dirija la vista, el horizonte se presenta negro. ¿Como han de salir los hombres de estas tinieblas en que viven contentos? ¡Ten piedad de ellos, santo Amschaspand! muévase tu corazon al espectáculo de tantas miserias! derrama sobre esta pobre criatura, sumerjida en el seno de la noche, los rayos de tu pura luz! Sálvala de sí misma y de sus enemigos, que son los nuestros, y odian en ella, hijos desventurados del que dijo *No*, la obra de Ormuzd y su imájen.

XVIII.

CONTESTACION DE ASCHESCHING A BAHMAN.

(*El que da la ciencia y la luz al jenio de la bondad de corazon.*)

Hasta el mal, bajo la influencia de las leyes divinas, concurre a la produccion del bien.

Es tristemente cierto, Bahman, que los hombres se engañan con una facilidad singular acerca del derecho, por ignorancia, por lijereza y por esa especie de fascinacion que ejerce sobre ellos el hábito de cierto órden aparente. Lo que han visto siempre les parece una consecuencia de las leyes mismas de la naturaleza. Lo aceptan a lo menos como una necesidad, y es preciso mucho tiempo para que lo justo, oscurecido por los hechos que usurpan su lugar en la organizacion de la sociedad, se presente con bastante claridad a sus ojos para que despierte en ellos el deseo de su realizacion: ¡y cuanto tiempo pasa todavia antes de que este deseo se transforme en una voluntad efectiva e incontrastable! Aun después de vencida la preocupacion, se entabla una nueva lucha: el interés resiste a su vez. Las clases privilegiadas combaten obstinadamente por mantenerse en el goze de las ventajas que le asegura el réjimen antiguo, y los pretestos en verdad no les faltan. Porque, siendo *lo que existe* la definicion del derecho para todos los pueblos, atacar lo que existe es atacar el derecho, es trastornar ese órden aparente de que antes he hablado, sin que, en la confusion primera de las ideas y de las cosas, se sepa distintamente lo que debe sustituirle. Los unos, encerrados inflexiblemente en el principio absoluto, que en este sentido es irrealizable en la tierra, donde todo es relativo, sueñan con lo imposible; los otros se dividen sobre el mas o menos de las modificaciones necesarias para hacerlo practicable, y todos sobre los medios de obrar la transformacion, cualquiera que ella sea.

De aqui las vacilaciones, los conflictos, las dificultades de todo jénero, las tentativas parciales mal combinadas y conducidas, que, frustrándose en mas o menos grado, trastornan las convicciones, suscitan la duda y cansan de la guerra que en un principio se emprendiera con entusiasmo. Todos retiran, aislan, separan su causa de la causa comun; el cálculo sucede a la fe, y el egoismo a la abnegacion.

Además, en toda revolucion se presenta una raza perversa, que, revisitándose de un falso zelo, la sigue siempre a cierta distancia sin comprometerse, y después del combate, cuando el pueblo descansa, se apodera de su victoria y desnaturaliza sus consecuencias, reproduciendo, con hipocresía al principio y con audacia después, bajo diferentes formas, todos los abusos que habia creído destruir, y aun aumentándolos, porque estos hijos de la corrupcion, raza bastarda de los últimos Darvands, no aspiraban en su finjida cólera contra la injusticia, sinó a utilizarla para sí, pues no odiaban la tirania, sinó que envidiaban al tirano.

No obstante, así en el orden práctico como en el de las ideas, a pesar de los obstáculos que retardan el progreso, no deja de realizarse irresistiblemente. Si avanzando al impulso de cada revolución que ha preparado el movimiento jeneral de las cosas, la sociedad desanda en seguida sus pasos, jamás retrocede hasta el punto de donde ha partido. En el fondo de la conciencia y de la razón pública queda indeleble cierta noción mas exacta de lo justo, cierto sentimiento mas perfecto del derecho, y el pueblo conserva siempre una porción de la libertad que había conquistado y que le sirve para reconquistar la de que le habían despojado los traidores. Es una cuestión de tiempo, y el tiempo, que se calcula en límites tan estrechos para el individuo, y aun para las naciones, es nada para la humanidad, que crece sin envejecer jamás. Compara su estado presente con su estado orijinario, y considera el espacio que ha recorrido. Bajo un cielo puro unas veces, bajo nubes sombrías otras, a través de verdes llanuras o de fétidos pantanos, ella marcha con paso continuo, aunque desigual, hacia el término divino que la llama.

La ciencia, que hoy se desarrolla fuera del dogma, contribuirá mas tarde al desarrollo del dogma mismo. Porque cuando es la creación mejor conocida en sus leyes inmediatas, obliga a ascender a las leyes superiores, de donde aquellas derivan, y conduciendo de causa en causa a la primera, ayudan a concebir cuanto encierra de mas esencial en su unidad. El conocimiento de lo infinito y de lo finito, que no tiene sin él razón alguna de ser, aunque muchos hayan podido alguna vez creer lo contrario están inseparablemente enlazados para las criaturas.

La ciencia además aumenta incesantemente el poder del hombre, omete a él la naturaleza, dominada por las fuerzas de la naturaleza misma. Porque, si olvidando sus verdaderos destinos, se absorbe en ella, dominado por su codicia, que le impele a producir siempre mas; esto mismo es, en cuanto al resultado material, que es distinto del vicio moral, una de las condiciones del progreso futuro.

Todo progreso, en efecto, se resuelve en la estension de la libertad; porque el progreso no puede ser concebido sinó como un desarrollo mas libre o mas completo de las potencias propias de los seres. Pero en el orden social la libertad no es posible sin propiedad: solo ella emancipa al hombre de toda dependencia. Para que los hombres, relevados de la esclavitud legal, pero sometidos por su posición precaria a otros hombres, tomen posesion de la libertad a que tienen un derecho imprescriptible, es indispensable que adquieran una propiedad real, y consiguientemente que la masa de las riquezas producidas, repartida equitativamente, sea suficiente para realizar la emancipacion jeneral. Ninguna sociedad ha llegado todavia a este punto, ni llegaria jamás, si el desprecio de los bienes materiales, conveniente bajo otro aspecto en cierta medida, desviando a las naciones de los trabajos relativos a la existencia terrenal, las encaminase a un espiritualismo esclusivo, que, en virtud de la direccion enteramente mística impresa al pensamiento, a los deseos, a los sentimientos, a la actividad comun e individual, apartaria demasiado de la vida presente, y sería estéril para uno de los fines principales de la humanidad.

Ese ardor de producir, que te sorprende, aunque viciado en su principio, y detestable en sus consecuencias actuales de corrupcion profunda, de duro egoismo y de odiosa tiranía, tendrá, no obstante, por efecto realizar una de las condiciones de la libertad futura, cuando los pueblos, reanimados por la fe en el dogma, antiguo y nuevo a la vez, que se forma en secreto, semejan-tes hoy a esos desgraciados que viven sepultados en las entrañas del

suelo que remueven penosamente con el sudor de su frente, volviendo a la luz, procedan a la justa repartición de la riqueza acumulada.

Vé ahí como, concurriendo sin conocerlo a los benéficos designios de Ormuzd, la codicia misma y todas las viles pasiones cuyo espectáculo te contrista, preparan al jénero humano una hera mas dichosa. Sin que sea justificar a los malvados en manera alguna, su influjo, impotente contra las leyes que rijen el universo, burla siempre los cálculos y las esperanzas de los Darvands. El mal jamás brota indefinidamente del mal, y la mano del Poder supremo lo hace servir al fin para el triunfo del bien. Cuando los vapores de los lugares bajos se condensan entre la tierra y el astro que la mortifica, la planta jóven crece a la sombra, y allí alimenta con su savia, que consumiria su calor muy vivo y un desarrollo muy activo, el débil jérmén de los frutos que un día madurará el sol.

XIX.

SREOSCHOCK A ZARETCH.

(El que quita el reposo al que disputa el bien.)

Estado febril de los pueblos.

¿Observas, Zaretech, la universal inquietud que se ha apoderado de los hombres, la agitacion febril que les quita el sueño, los sobresaltos de su fatigado pensamiento, las convulsivas angustias de sus deseos sin objeto, los estremecimientos y palpitaciones de su cuerpo y de su alma? Pues ese es el estado a que he sabido traerlos, así a los individuos, como a los pueblos. Para ellos no hay reposo: pena tras pena y fatiga tras fatiga los abruman sin cesar, renaciendo eternamente de si mismas.

¡Cuantos entre nosotros se dan importancia que no tienen cosa comparable que ofrecer al jefe de los Dews! Yo me lisonjeo de que apreciará de todo corazón mi obra, y desearia que obtuviese tambien tu aprobacion; confieso que me seria muy grato.

XX.

CONTESTACION DE ZARETCH A SREOSCHOCK.

EFFECTIVAMENTE, tienes alguna razon para envanecerte y estar satisfecho de ti mismo. Convengo en que el mundo parece aquejado de algun malestar, y que los hombres no duermen hoy tranquilamente, y confesaria tambien, por complacerte, que no duermen poco ni mucho, si todó quanto hacen, y dicen, y piensan no semejase tanto a los ensueños, pero ensueños ridiculos e insensatos, que vacilo en manifestar mi opinion sobre este punto delicado.

Pero ¿quieres, Sreoschock, que me explique francamente? Yo no dudo de tus triunfos y mucho menos de tu zelo; pero no tengo una alta idea de tu paciencia. Lo que me parece ver en tus manos es una rana desollada; la cual, porque la galvanizas, ajita sus patas; cosa en verdad muy sencilla. Pero el experimento es curioso, y puesto que te divierte, te invito a continuarlo.

XXI.

MEDIOSCHEM A MITHRA.

(*El que da la verdura a la tierra al que la hace fértil.*)

Magnificencia de la naturaleza.

Yo compadezco, oh Mithra, sobre todo en estos momentos, a aquellos de nuestros hermanos a quienes ha sido confiado el cuidado de los hombres. Su lucha contra los Darvands, llena de vicisitudes, no les deja reposo alguno; y ¡cuantos desórdenes podría evitar su vigilancia, que sin duda es muy activa! ¡Qué doloroso es ver tan a menudo sin fruto su trabajo y su amor estéril!

Nuestra misión, encargados como estamos por Ormuzd de mantener en el mundo inferior el imperio de las leyes santas, por cuya virtud subsiste todo, es mucho menos ruda o, digamos más bien, que no tiene más que dulzuras, porque los seres sobre quienes velamos se prestan dócilmente por su misma naturaleza a lo que el orden exige de ellos. No tenemos que combatir más que la influencia de los Darvands, siempre vencidos cuando la criatura cuya pérdida juran no se hace voluntariamente su cómplice.

Aunque Khiveh (1) arroje sobre las campiñas su maléfico aliento, aunque marchite la vida y paralice el movimiento, bien pronto renace todo, reverdece y palpita; bien pronto quedan borradas las lividas huellas de los pasos del inundo Darudj.

Asociados por nuestras atribuciones, Goscherun (2), Eiathem (3), Tachter (4), Mediozerem (5) y yo, el tiempo se desliza para nosotros con un encanto indefinible.

Alejados de los lugares en que fermentan y hierven las pasiones humanas, rara vez el aspecto del mal viene a turbar la pura alegría que nos causa el espectáculo de la creación. ¡Qué bella es, oh Mithra, la naturaleza! qué fecundas son sus secretas potencias, y qué maravillosa su industria, y qué seductoras sus armonías! Cree uno conocerla o haber descendido a sus profundos misterios, y gracias que al cabo de una larga edad haya podido uno desflorar la superficie. La vida inagotable que mana de su seno reviste formas cuya variedad manifiesta al exterior los pensamientos de Ormuzd, como ellas inagotable. Encarnado así en su obra, contemplamos en ella las ocultas riquezas de su ser infinito, que manifiesta en el espacio y el tiempo a los ojos de sus criaturas por un desarrollo eterno. Cada ser viviente, cada retoño, cada gota líquida, cada átomo gaseoso, lo revela individualmente; cada color es un reflejo de su esplendor interior, y cada sonido un eco de su voz.

Cuando en medio de los mundos que recorren como viajeros celestes las llanuras sin límites de la inmensidad, se presentó a nuestros ojos la tierra por vez primera, no era más que un vapor ligero iluminado por una luz difusa. Poco a poco lo vimos condensarse tendiendo a un centro común; después se operó un trabajo misterioso en las entrañas del globo naciente, y se cubrió de una corteza sólida, que bañaban y oprimían las ondas móviles de una vasta atmósfera. Plantas de todas formas y tamaños bordaron con sus hojas desplegadas y sus altos tallos esta primera vestidura. Después pulularon en

(1) El que ataca las plantas y los rebaños.

(2) El que cuida de los rebaños.

(3) El que hace crecer los frutos y los animales jóvenes.

(4) El que vela por la lluvia y la conservación de las flores.

(5) El que da la leche.

aguas, prados y bosques, los seres animados de innumerables especies, desde el imperceptible infusorio hasta los reptiles gigantescos.

Y el tiempo se deslizaba, y las jeneraciones de estos seres vegetales acumulaban sus restos en gruesas capas, mezcladas con las formaciones sucesivas, que una fuerza interior añadía a la corteza terrestre primitiva. Prodigiosos movimientos cambiaban periodicamente su superficie. Removidos los mares en sus abismos, e invadiendo los continentes, su lecho desecado presentaba a la vista nuevos continentes, de cuyo seno se alzaban como levantadas por una mano poderosa cadenas de montañas, que se cruzaban y entrelazaban en mil diversas direcciones. Y la atmósfera tambien, asociada a este trabajo universal, se modificaba en sus elementos; y la vida se transformaba como el boton se transforma en flor; y organismos mas completos, seres mas perfectos, venian a desplegar su existencia a los rayos del astro inflamado, que disipa las sombras y saca de su letargo los jérmenes inertes.

¿Quién podria contar todos los detalles de esta magnífica evolucion; recordar todas sus fases, enlazadas una a otra por insensibles matices, como la auro-ra y el crepúsculo enlazan el dia con la noche? El espíritu, incapaz de comprenderlo, embriagado de amor y admiracion, se desvanece en un mudo éxtasis.

En las faldas de las montañas, en el fondo de los valles, a lo largo de los rios y en las olas del Océano que se quiebran contra negras rocas, o se deslizan sobre la playa, por do quiera un ruido vago y misterioso, voces llenas de emocion, eco infimo de los seres, formas cada vez mas majestuosas y seductoras, tintas en que se confunden los mas vivos y dulces colores, contrastes, mezclas indefinibles de luz y sombra, alientos aromáticos, efluvios aéreos, se apoderaban de los sentidos y enajenaban el alma, penetrándola como una rápida exhalacion del manantial infinito en que cada criatura apaga con santa voluptuosidad la sed del bien que ha depositado en ella el Bien mismo, el Bien sustancial e ilimitado.

Soledades glaciales que ilumina con sus rayos cambiantes un sol fantástico en las rejones predilectas de Atar (1) una infinita diversidad de escenas y perspectivas armonicamente combinadas, ofrece a la vista fascinada maravillas que se renuevan sin cesar. Aqui, calma y silencio, sueño profundo de la naturaleza envuelta en su manto de nieve; allá, olas de una luz ardiente, nubes fecundas, bosques, verdes llanuras, de las cuales se eleva, como un himno perpetuo, el confuso murmullo de millares y millares de seres, un polvo que se anima en cada grano, y una vida que desborda por todas partes.

Y este mundo tan espléndido, esta naturaleza tan rica y variada, varía además segun las fases del astro que, tan pronto la inunda con sus resplandores, como, ocultándose, la cubre con un velo opaco, cuya punta levanta suavemente en su fantástica carrera la virjen de las noches. A medida que se suceden Havan, Rapitan, Odiren, y Oschen (2) se despliegan diversas perspectivas, se estienden o contraen, los objetos se transforman y crean para la vista y el oido, para todos los sentidos y para el pensamiento nuevas armonias y gozes nuevos.

Así corren, oh Mithra, en seductores gozes los dias que Ormuzd nos ha señalado sobre la tierra, en donde su poder y su bondad se revelan tan maravillosamente, aunque no sea mas que un átomo de su obra. ¡Bendito sea por todas sus criaturas! ¡Que las mas humildes le canten en su lengua, y las que ha dotado mas jenerosamente eleven hasta él sus alabanzas de reconocimiento! ¡que exhale de su alma, palpitante de amor, el celeste y puro Honover!

(1) El que alimenta el fuego.

2. Jenios que velan por la tierra al salir el sol, a medio dia, al ponerse el sol y a media noche.

XXII.

ASTUIAD A EGHETESCH.

(El que no piensa sino el mal al jenio de la corrupcion del corazon.)

Degradacion del malvado.

He llegado a saber que los Izeds se alaban insolentemente del orden que dicen reinar en el mundo inferior, sustraído por ellos a nuestro dominio; y que triunfan orgullosos de esta victoria alcanzada sobre los hijos de Ahriman. Dime que hay en esto de cierto.

Tú ves, Eghetesch, que desconfío de muchos de los nuestros, y aun desconfiaria mucho mas, si su naturaleza, que al cabo no pueden cambiarla, no me sirviese de garantia. Quieren el mal y lo apetecen; pero no tienen bastante energia. Hay espíritus lijeros, como Zareteh, que se rien de todo y de todo se burlan; y hay indolentes, como Akuman, encerrados en su inercia, que no salen de ella mas que para manifestar su profunda insuficiencia, principiar y no acabar cosa alguna, entretenerse en nada y ajitarse en el vario. Y sin embargo, son jefes. ¿Se concibe esto? Hay momentos en que me parece sospecharia del mismo Ahriman.

Te confesaré tambien que, cuando miro la turba de los Dewes, experimento cierto sentimiento doloroso que no puedo explicarme, cierta cosa que me disgusta y me humilla, porque al fin son de nuestra raza; entre ellos y nosotros casi no hay mas diferencia que la de categoria. Pero cuanto mas lo observo, mas me parece que, supeditados por su misma fidelidad a las inspiraciones de aquel de quien descienden como nosotros, no tienen mas que una especie de vida sorda, que se va degradando por momentos. Dominados por los sentidos, se adormecen en este estado; su debilitada intelijencia tiene un no sé que basto, oscuro y obtuso; y cuanto mas descienden, mas se admiran, satisfechos de sí mismos, con una plenitud de confianza imbécil, que nos divertiría mucho si pudiera evitarse el pensar en las consecuencias, si no fuera preciso preguntarse hasta qué punto puede provenir de la esencia de su ser, de la esencia misma del mal, ese supremo ridículo, esa degradacion real, que no conocen los que la experimentan; cosa que nos toca demasiado de cerca para que no debamos pensar en ella. ¿A ti qué te parece?

XXIII.

CONTESTACION DE EGHETESCH A ASTUIAD.

(El jenio de la corrupcion del corazon al que no piensa sino el mal.)

El mal no existe sino en las criaturas libres.—Sus consecuencias.—Materialismo.

¿A qué diablos, Astuiad, inquietarse con las inútiles cuestiones que ajitan tu pensamiento? ¿A qué conducen? ¿Qué ganarás con tanto sutilizar? Nosotros somos lo que somos: esto es todo lo que sé, y lo demás me importa poco. Cada orden de seres tiene su naturaleza, y la nuestra me agrada tal como es. ¡Pensar un poco mas, vaya una ventaja! ¿No acompaña al pensamiento la inquietud del ánimo? Gozar y mas gozar es lo que me agrada, es mi ciencia y mi talento; no conozco otro, y me basta cumplidamente, porque no gozo sino lo que yo mismo siento. ¡Viva, pues, el sensualismo! Embrutece en buen hora a quien lo goza; pero vale mas que Amschaspand con su pedantismo, que se devana

lo sesos pensando en el porqué y en el como: en cuanto a mí, por lo menos, lo prefiero.

Por lo que toca al mundo inferior, tal vez los Izeds tengan motivos para no estar descontentos. Nosotros tenemos en él muy pequeña parte, porque se escapa a nuestra influencia directa. Los seres que contiene, privados de libertad e iniciativa, están en él como clavados en sus leyes, arrastrados por ellas invenciblemente a las vías que los señalan, y estas leyes poderosas resisten a nuestra acción con toda la fuerza de la necesidad. Corromper y engañar son nuestros medios, y aquí de nada nos sirven. Acusa, pues, a las cosas, y no a los Darvands, que no podrían, por mucho que hiciesen, cambiar su esencia.

Todo lo que nosotros podemos es inclinar estas leyes inflexibles a fines conformes a nuestras miras; corromper sus efectos, introducir el mal en el bien mismo; y el hombre, que es nuestra verdadera conquista, nos sirve al efecto maravillosamente. Empleando contra Ormuzd los dones mismos de Ormuzd, si no puede turbar el orden jeneral y la armonía de la naturaleza, introduce en él, gracias a nosotros, disonancias notables; de cosas buenas en sí hace instrumentos de sus malas voluntades, y las asocia al desorden de sus instintos y de sus inclinaciones pervertidas.

Bajo este punto de vista la tierra atestigua en estos momentos nuestro poder y nuestro zelo; y, si tú la vieses tan de cerea como yo, no dudo que tu desconfianza se atenuase al menos, y que experimentarías algo de la áspera voluptuosidad que experimentamos cuando sentimos olor de muerto.

No pienses por eso que confie extraordinariamente de los mismos a quienes justifico. Yo no amo mas que a mí solo, como sabes; y, si entre los demás hay alguno a quien no pueda negar cierta estimacion, el resto me parece una especie bastante ruin, pobres petates, desvanecidos por una estúpida y necia vanidad. Yo no los defiendo mas que en un concepto: son imbéciles, vulgares, ridiculos, ignorantes, estúpidamente orgullosos, todo cuanto quieras; pero traidores no.

Si fuesen ménos cortos de alcances, nos costaría mas dirijirlos, o gobernarlos, y tales como son, nos sirven grandemente. Ya te he dicho (1) cual era el estado presente de la raza humana y cómo, gracias a mí principalmente, habíamos llegado a traerla a la esfera que nos pertenece. Tú no podrias contemplar sin grande gozo los rápidos progresos de la disolucion en este vasto cuerpo, en que, no habiendo nada que concorra a un fin comun, y estando rotos todos los lazos, cada molécula, por decirlo así, se aísla y quiere vivir unicamente en su propia vida, absorbiendo la de los demás para dilatarse mas cada vez. Familia, patria, humanidad son palabras viejas que han perdido su prestigio y su significacion. En vez de las creencias sobre que reposaba toda sociedad real, entre las criaturas confiadas a nuestros rivales, he escrito en su corazon mi dogma supremo: *Cada uno en sí; cada uno para sí.* ¿Y te parece que eso es nada? Ormuzd ha desaparecido en nuestra sombra, como el sol velado por las nubes. Los hombres hoy horadan la tierra y descienden a sus entrañas para buscar en ellas su dios. Adoran a la materia bajo la forma que para ellos representa todas las demás. ¿Qué necesitan? Oro. ¿Y después? oro, y siempre oro. Objeto de un apetito furioso, su posesion suscita odios dignos de nosotros, y enciende guerras atrozes. Ningun otro pensamiento tienen, ningun otro deseo. Honor, gloria, conciencia, ¿qué es para ellos? ¿cuanto vale? ¿a come se paga?

Habia en otro tiempo centros, llamados naciones, donde se fundaban las unidades parciales; pero ya no queda de ellos mas que la apariencia, un simu-

(1) Cap. X. páj. 153.

lacro engañoso. Las leyes, las costumbres, las lenguas, las tradiciones, las religiones han dejado de unir a los hombres entre sí. Las hemos sustituido con el tráfico: ¿y qué importa al tráfico todo lo que en otro tiempo constituía una nación? ¿qué necesidad tiene de esos inútiles arreos con que se disfrazaba tan ridículamente? Lo que necesita es seguridad para poder comprar, vender y aumentar sus ganancias, sin que le importe cómo ni a espensas de quien. Esta es su verdadera nacionalidad; y este principio, Astuid, que hace del interés la regla única, el solo deber, que echa a tierra todas las máximas de los Izeds, acaba de ser por mis afanes proclamado solemnemente.

Yo no niego que subsisten todavía, esparcidos acá y acullá, algunos restos de estas máximas; pero, confinadas en los rincones de algunas cabezas tenazes, ya no son ellas las que gobiernan el mundo. Nosotros no hemos esparcido solamente las nuestras, sino que les hemos creado poderosos apoyos y organizado el mal.

Las masas, entregadas a sí mismas, cediendo a una especie de instinto natural, volverían, como naturalmente, al orden que nuestros esfuerzos deben trastornar y destruir, si podemos. Por eso, aprovechando el hábito que tienen de subordinarse a jefes que disponen de ellas según sus miras, sus pasiones o sus caprichos, y las hacen instrumento y garantía de su propia servidumbre, nos hemos aprovechado de sus jefes, por cuyo medio alcanzamos todo lo demás. Cualquiera que sea la forma del poder, ya resida en uno o en muchos, nos pertenece hoy en todas partes, y verdaderamente casi no veo qué mas podríamos desear.

Aquí una clase dominadora inspira a la nación que oprime el pillaje del globo, y siembra en los países que recorre su insaciable codicia la esclavitud, la ruina, y, lo que vale mas, una corrupción que he cuidado de cultivar, comunicando por contacto a todos aquellos a quienes se acerca la incurable úlcera que la devora; y mientras consume en un lujo desenfrenado el fruto de sus depredaciones, arroja con el pie la multitud a una especie de cloaca, donde, en vez del pan que se le rehusa, en cambio de un trabajo cada día mas penoso, tiene para alimentarse el ruido de la febril alegría de sus amos y el humo de sus festines.

Mas allá, una aparición gigantesca cubre con sus negra y triste sombra regiones silenciosas que parecen una inmensa tumba. Querido de Savel (1) y de Aschmogh (2), este ser sin nombre, de quien los Izeds apartan sus ojos con horror, pisotea con sus pies ensangrentados millones de criaturas humanas, embrutecidas con todo afán para que no tengan jamás el pensamiento de levantar la cabeza. Un día, que jamás se borrará de mi memoria, le he visto devorar un pueblo lleno de vida.

En otros puntos Tarik (3), Boschasp (4) y yo, hemos establecido sobre una sociedad sometida en otro tiempo mas que todas las demás al dominio de nuestros enemigos, una especie de depósito grande de corrupción y de mentira. Saliendo de él, por una multitud de canales subterráneos, todas las bajas ambiciones, como si fueran una savia envenenada, han viciado poco a poco y podrido esta nación casi enteramente. Llevada por la astucia y el engaño a donde nosotros queríamos conducirla, indiferente a todo lo que constituía en otro tiempo su vida; al derecho, al deber, al honor, a los intereses de la humanidad y a los suyos mismos como nación; caída voluntariamente de su antigua grandeza, encerrada en la materia, y ajitándose en ella con un movimiento

(1) Jenio de la violencia.

(2) Aquel cuya gloria es la crueldad.

(3) Espíritu de avaricia.

(4) Espíritu de mentira.

ciego bajo la esclusiva inspiracion del egoismo, de quien soy padre y cuyo poder he sabido constituir a fuerza de astucia; tú no podrias contemplarla sin reconocer en ella una especie de sello glorioso de tu propio jenio y del mio, que es cuanto puedo decir.

En el resto de la tierra la misma accion, mas o menos intensa, produce efectos semejantes, y tú verás sobre todo en el olvido y el desprecio universal de las leyes de Ormuzd, en la relajacion completa de todos los vinculos morales, en el aislamiento de los individuos y en la guerra sorda que los divide, los sintomas ciertos de una irremediable disolucion, una especie de fermentacion o licuefaccion cadavérica.

Cálmense, pues, tus recelos: por grande que sea la ineptitud aparente de un gran número de los nuestros, sus incomparables ridiculezes, sus torpezas y su inepecia, las cosas marchan bien bajo mi direccion.

XXIV.

BAHMAN A SCHARIVER.

(El jenio de la bondad del corazon al rey equitativo.)

Alteracion de la familia, carácter de los tiempos de decadencia.

ENVIADO YO, Schariver, a este mundo de los hombres para examinar su estado, procuro ver las cosas tales como son en sí, sin preocuparme de los diversos juicios que llevan a veces los Izedes mismos, porque en la creacion todo tiene muchas fases, y nada es absoluto.

Por un efecto muy natural de la flaqueza humana, las costumbres jenerales, poco variables en el fondo, presentan constantemente una mezcla de vicios y virtudes, de bien y de mal, casi igual en todos los pueblos y en todas las épocas, compensando escasamente los desórdenes groseros de la barbarie los que enjendra una civilizacion mas jeneral y mas refinada.

Yo no quiero decir que en ciertas épocas, cuando una nacion se acerca a su fin, no se corrompa mas su naturaleza y no presente un aspecto mas sombrío, signos manifiestos de la enfermedad que la mata. Esto es lo que se observa en esas grandes crisis, en que, habiendo las relijiones recorrido el ciclo de su duracion, la sociedad, vagando al azar, queda pasajera y sin base y sin principio regulador. Fuera de eso, si el nivel de las costumbres públicas se eleva en razon del progreso continuo de la intelijencia, paralelo al del sentimiento moral, la proporcion entre el bien y el mal cambia muy poco en las masas. La ley se va perfeccionando mas cada día; pero las violaciones de la ley reconocida no son menos numerosas.

No es, por consiguiente, en este jénero de desórdenes inherentes a la imperfeccion de la naturaleza humana, donde se deben buscar, tratando de las sociedades, los sintomas de su decadencia. Hay otros desórdenes mas significativos y mas profundos, aun cuando al pronto no nos afecten como una trasgresion directa de la ley. Todo cuanto relaja los lazos de la familia, amortigua su espíritu y altera su constitucion, tiene ese carácter. No hablo de las teorías audazmente brutales que, careciendo de algun principio relijioso admitido, enjendran el delirio y la corrupcion de un pensamiento estraviado; ni hablo tampoco, sea cualquiera su orijen, de los vicios de la lejislacion, contra los cuales a veces las costumbres protestan y luchan con una constancia que honra a los pueblos. El divorcio existió legalmente en Roma muchos siglos antes que se hubiesen visto casos de él.

La union natural que forma el matrimonio se funda en conveniencias que se

apoyan en leyes de diferentes órdenes, físicas y morales, de las cuales no puede privarse, sin que sobrevenga algo, tan funesto como monstruoso.

Pero hoy, en ciertas naciones consumidas por la fiebre de los gozes materiales, el matrimonio no es ya mas que un calculo, un medio de enriquecerse pronto, un negocio; uno compra y otro vende; la inclinacion, la pasion, el amor puro y santo, la relacion de las almas, estrañas como son a los motivos que determinan la eleccion, no entran para nada en este contrato augusto y misterioso, que se transforma así en un mercado infame.

Que un hombre decrepito y disipado, desprovisto de todo cuanto granjea, no la ternura, sinó el respeto y la estimacion, posea una gran fortuna, (no importa que sea bien o mal adquirida), y no tendrá que rogar a un padre o una madre ávida para consumir una sacrilega profanacion; jóvenes adornadas con todos los encantos y con todas las gracias, respirando la frescura de la adolescencia, en la plenitud de la vida, se disputarán su cadáver. Una de ellas, a fuerza de astucia y de halagos, se apodera de él al fin, y por grande que sea el escarnio de los juramentos pronunciados en alta voz, van al altar: a ofrecer tacitamente en él, por una parte viles caricias o una zelosa y dura tirania, y por la otra el adulterio.

Tú comprendes que es lo que pueden ser con semejantes costumbres las relaciones últimas, la concordia, la confianza mutua, la autoridad del padre y la reverencia de los hijos. Aun allí donde uniones mas conformes al lazo del matrimonio y a sus santas leyes han alejado de su vista esos indignos escándalos, no se soporta sinó penosamente el peso de la mas dulce y mas lijera dependencia. El techo que abriga sus primeros años les parece una especie de prison. Cada cual, impaciente de toda ligadura, de las simples deferencias que exige la educacion y el bien parecer, se exige en cuanto puede, para gozar sin ellas una vida mas libre. Separados de vivienda y de intereses, conservando apenas por único lazo el vago recuerdo, cada día mas indiferente, de un origen comun, sus miembros dispersos se hacen estraños el uno para el otro; y el tronco, ya desnudo, de que se desprendieron, cubierto con la nieve del invierno y azotado por sus frias brisas, se deseca tristemente en la soledad.

Siempre que, tras una edad de esplendor y de fuerza, la ley fatal del tiempo marca el término de una sociedad, este hecho se reproduce, cualquiera que sea por lo demás el principio de civilizacion que haya presidido a su nacimiento y a su desarrollo. Cuando la familia se disuelve, el mal está en la raiz, y amenaza la muerte. A esta señal se junta otra, que es el desprecio de la vejez. Hay en la vejez una grandeza moral que no podría reconocer ni sentir un pueblo materialista. Relajados sus órganos no lo vé, ni puede verlo. En otros tiempos representaba la sabiduría, la experiencia, las virtudes transmitidas y fielmente guardadas, el deber absorbido; en otros tiempos era un verdadero sacerdocio. Objeto sagrado del afecto de los suyos y del respeto de todos, el anciano recoja al pie de la tumba el fruto de una vida que jamás enrojeciera su rostro. Se honraba con sus blancos cabellos; se creía adornado con sus arrugas, y las huellas de los años eran las insignias de su dignidad. Todos le rodeaban y callaban en su presencia por oír las palabras que salían de sus labios, escuchando en ellas la voz solemne del pasado. Pero ¿qué importa el pasado y sus lecciones a los que, no creyendo mas que en sí mismos y encerrándolo todo en sí, no cuidan mas que del presente y de los gozes que proporciona? Qué es para ellos un viejo? Una ruina cuyo aspecto importuna; cierta cosa que pertenece a la tumba, que entristece, disgusta y de que se huye. El anciano a su vez, por asir lo que se le escapa, única cosa que, a sus ojos tambien, tenía un valor real, se afana en dominar al tiempo.

prolonga en la caducidad las pretensiones de la juventud, afecta sus maneras, degradándose por el ridiculo aun mas de lo que lo degrada el desprecio que la inexorable estupidez del vulgo arroja sobre todo lo que no es del puro dominio de los sentidos.

Este género de desórdenes, que trastorna las primeras leyes de la naturaleza humana, anteriores a toda forma particular de sociedad, ataca directamente las condiciones de la existencia misma; porque el hombre no subsiste mas que por la familia y en el estado de familia. A no ser que renazca, a no reconstituirse sobre sus bases eternas, no queda ya esperanza para las naciones a quienes precipita al seno del caos un horrible espíritu de vértigo: no les resta mas que morir.

XXV.

ZARETCH A AKUMAN.

(El que disputa el bien al que es todo inutilidad.)

El gobierno representativo, tal como hoy se concibe y practica.

Te he dicho, Akuman, que la especie humana, con su rara imaginativa, habia inventado recientemente un sistema de gobierno de lo mas curioso, y que está muy en boga porque se apasiona de todo lo nuevo.

Causada del poder de uno solo, del de muchos y del de todos, esceptuando, sin embargo, en este al verdadero pueblo, proletarios, siervos y esclavos, sucedió que un dia sintió subitamente iluminado su espíritu.

Todos estos poderes, decia para sí, son maños en su esencia, como me lo ha demostrado harto claramente una larga experiencia. ¿Pero qué hacer? ¿qué remedio poner, siendo todavía necesario un poder, cualquiera que sea? ¡Pero qué bestia soy! Juntémoslos todos, y constituiremos de un golpe un poder perfecto, en que nada faltará, en que los vicios desaparecerán corregidos unos por otros, quedando solo sus ventajas. ¡Eso es! ¡eso es! ¡Y qué no lo haya conocido en tantos siglos! ¡Qué bestia soy!

Loca de gozo por haber tenido una vez talento, aunque algo tarde, emprende al punto la obra: coloca lo mejor que le parece su trinidad de poderes; manipula y amalgama en un todo magnifico, trono, aristocracia y democracia, investido cada uno de un derecho igual y de un poder independiente. Hecho esto, les dice: Los tres sois para mí igualmente caros, y por consiguiente los tres tendreis vuestra voluntad igual y completamente soberana; es decir que cada uno podrá todo lo que quiera, o, mas claro, no podrá nada, absolutamente nada, a no ser que, por acaso, los otros dos quieran tambien lo que él quiera. De esta suerte seréis tres y no sereis mas que uno; sereis la trinidad, el misterio.

Exigiendo así todo acto de gobierno el concurso de los tres poderes, resta adivinar como del antagonismo de las posiciones, de las pretensiones y de los intereses, nacerá la unidad de voluntad. Los hábiles dicen: Se transjirá. Cada uno cederá un poco a fin de obtener algo; de donde resultará que, por transaccion, la ley, que debia ser la voluntad de todos, no será la voluntad de nadie. ¿Habrias inventado tú jamás cosa mejor?

Hablabo yo poco ha del antagonismo de los intereses, que impulsa a cada poder en direcciones opuestas. Distingamos, sin embargo.

Tú no has olvidado que debajo de los tres poderes y lo que ellos representan, existe una numerosa multitud, a la cual se ha reservado el derecho de obedecer, el de pagar, el trabajar y sudar, y el de sufrir, en provecho de las clases gobernantes.

Por consiguiente, siempre que se trate de aumentar ese provecho, de preservar de todo ataque una organizacion tan útil, de perpetuar tan bello orden, reinará entre los poderes el acuerdo mas seductor, y las tres voluntades no constituirán mas que una. Pero, al punto que se llegue a la separacion, adios acuerdo, adios armonía de la máquina; sus resortes tan suaves, tan untuosos, comienzan a crujir. ¡Qué música! lástima que no la hayas oido como yo, Akuman!

Zelosos uno de otro, tendiendo a absorberse mutuamente, siempre en guerra, ora abierta, ora latente, el mas fuerte devora al fin a los mas débiles, manera muy sencilla y natural de poner término a las desconfianzas respectivas y a las mutuas enemistades. Los pueblos conocen entonces que esta revolucion necesaria y santa se ha hecho unicamente en su bien, sin otro fin, otra mira, ni otra intencion que salvar a los pobrecillos de la opresion que los vencidos hacian pesar desleal e inicua sobre ellos. Muy justo es que se reconozca un servicio tan eminente, y se les ayude con buenas leyes, bien meditadas y formuladas con arte, bien apoyadas por la persuasiva intervencion de la jente que juzga, aprisiona y mata, a reconocerla jenerosamente. ¡Viva la libertad!

Otro medio, mas seguro tal vez, porqué no ataca cosa alguna violentamente, y deja subsistir la apariencia de las instituciones establecidas, es la corrupcion. Un poder compra otros dos, y, de concurrentes que eran, los convierte en instrumentos tanto mas preciosos cuanto la descargan, por algun tiempo al menos, de la responsabilidad de sus actos. Mas, para eso, es preciso que tenga en sus manos la administracion de los negocios públicos y el manejo del erario. No es corruptor el que quiera serlo. En cuanto al corrompido es otra cosa: el quererlo basta, y eso rara vez falta. Esto es una justicia que hay que hacer asi a los representantes como a los representados; y si dudas de mi testimonio, pregunta a Eghetesch, que no te será sospechoso.

A través de la gruesa capa de agentes del poder y privilegios políticos, se infiltra la corrupcion en la nacion entera, bebe el mal como la tierra en el estío la lluvia. La riqueza es el único fin a que se aspira, y, para alcanzarlo, no hay medio que no sea bueno; la solicitan por todos los caminos con una red hidroflica. Pero nosotros hemos dispuesto las cosas de modo que, por recompensa de un celo tan activo y entendido, y de una pasion tan noble, recojen todos la servidumbre y el mayor número la miseria, y tal como el mundo no la ha experimentado jamás.

En cuanto a los tres poderes que constituyen el gobierno, dicen ellos que es todo una ficcion, una mentira sandía, una tiranía mas dura disfrazada con palabras, un espediente fiscal, una máquina para esprimir el pueblo a quien se despoja con una mano y se envenena con la otra, y por consiguiente con una facilidad, una mansedumbre digna seguramente de raza tan imbécil.

No conozco, Akuman, invencion ninguna que pueda yo envidiar mas que la de ese sistema, ante el cual se prosternan hoy las naciones de rodillas, con las manos cruzadas y en devota admiracion. Encuentro en ella cuanto puede apetecerse; satisface la inclinacion que por nuestra comun naturaleza tenemos todos y mi jenio particular. ¿Qué mas se puede pedir?

Désemme un pueblo nuevo, lleno de vida y de savia, y en menos de un siglo de buena y activa práctica de este gobierno, me encargo de hacer un pueblo podrido. Pero la torpeza, la sandez y la infalible estravagancia de este absurdo colosal, es lo que sobre todo me encanta.

Aunque he tocado ya este punto, me detendré algo en él, porque el asunto es inagotable.

Así, pues, hablad, explicaos, buena jente: me agrada oiros, porque siem-

pre me divierto. Estais hastiados, y lo concibo muy bien, de vuestras viejas formas sociales; y puesto que habeis puesto al efecto en movimiento vuestro cerebro, veremos que es lo que habeis imaginado:

—¡Oh! hemos inventado la cosa mas ingeniosa, mas fina y mas sutil del mundo. No nos envanecemos por ello, porque conviene ser modestos; pero os sorprenderá sin duda. Fuese individuo o cuerpo, no habia anticipadamente en definitiva mas que una voluntad, una sola, que mandase e hiciese la ley. Este era el origen del mal. ¡Una sola voluntad! Nosotros la hemos dividido en tres a fin de que cada cual tuviese su parte. ¿No es esto una gran idea?

—Ciertamente, una idea como hay pocas.

—Bien os anunciabamos que os admiraríais.

—No tanto, porque nada me sorprende de vosotros; pero continuemos. Quien se semeja, se asimila: suponiendo, pues, que la sociedad se agrupa toda al rededor de tres centros, ¿cada uno de ellos tendrá un tercio de voluntad?

—Seguramente, ni mas ni menos: de otra suerte ¿qué sería la igualdad? Volveríamos a parar a una de las viejas formas.

—¿Y estos tres tercios de voluntad constituirán tres poderes distintos?

—Justamente.

Me gusta esta manera de querer a tres por lo nueva y singular. Pero, decidme, buenas jentes, ¿qué resultará de aqui?

—Es claro; el equilibrio entre los tres poderes; el equilibrio, ¿lo entendeis?

—¿Luego tenéis en mucho el equilibrio?

—¡Yaya, si lo tenemos!

—El equilibrio es sin duda una gran cosa; pero...

—¡Ah, el equilibrio!

—Nada tan bello, lo conozco, tan de desear, tan admirable; no obstante...

—¡El equilibrio!

—Ciertamente, esa palabra lo dice todo. Conservad el equilibrio, amigos míos, si podeis; pero ¿qué harán vuestros tres poderes tan bien equilibrados? Si yo no me engaño, el equilibrio es el reposo: la accion comienza en el instante mismo en que el equilibrio cesa, y solo en este instante. Por consiguiente, vuestro gobierno no gobernará sino violando su ley fundamental, destruyéndose a sí mismo mientras se conforme al derecho. Como ser vivo, nada le pidais, nada esperéis: para que obre, es preciso que muera; para funcionar, que se desorganize. Esto no deja de aflijirme algo; pero, como vos observais muy bien, el equilibrio!...

Ahora otra cuestion. Para caracterizar vuestro gobierno y distinguirlo de los demás, le llamais representativo. Y bien, ¿qué representa? de quien emana?

—¡Qué representa! La universalidad de la nacion. ¡De donde emana! Del pueblo, en quien reside la soberanía inamisible e imprescriptible.

—Me satisface. Así los tres poderes emanan del pueblo, y lo representan. Así todo el pueblo concurre a la eleccion de sus representantes.

—No por cierto. ¿De donde lo imaginais? ¡Esojer todo el pueblo sus representantes! El es ciertamente soberano; pero nosotros le ahorramos el trabajo de usar de su soberanía. Además, sus luces son tan cortas! Nosotros reconocemos su derecho; nadie dirá que lo disputamos, puesto que lo ponemos a la cabeza de nuestras constituciones. Pero en cuanto al ejercicio de ese derecho fundamental inajenable, lo reservamos a ciertas clases, que son mas ilustradas y lo prueban, porque, para participar de él, es necesario probar aritméticamente superioridad intelectual y moral, valuada por reales y maravedises, y debidamente justificada por el recaudador de contribuciones.

—Medida prudente y que aplaudo. De suerte que el pueblo, origen de todos los poderes, no tiene parte alguna en el establecimiento ni en la direccion

de los poderes que emanan de él, y que no tienen mas autoridad que la que él les da; de suerte que posee la soberanía que otros ejercen sin su voto, en virtud de su voluntad propia, y cualquiera que por otra parte sea la suya; de suerte que lo es todo en el sentido de no ser nada.

—Eso es segun se tomen las cosas. Otros se embrollarán con eso; nosotros mismos tambien a veces nos embrollamos, aunque estamos muy de acuerdo con el fisco, y figuramos con nuestros nombres y apellidos en la lista de los hombres ilustrados.

—Y con buen derecho, honradas jeates, os lo juro.

Hablando sinceramente, Akuman: ¿no estás entusiasmado con esta incomparable raza?

XXVI.

DAHMAN A AMERDAD.

(El que bendice al pueblo al que da la inmortalidad.)

Preparacion de la uinidad futura en el seno de la confusion presente.

Es, Amerdad, un raro y tristísimo espectáculo el que presentan las viejas civilizaciones desmoronándose a la vez. Lo pasado ofrece a menudo el ejemplo de catástrofes semejantes, pero parciales, limitadas a una porción del género humano. Cuando una religion moria, iba con ella el sistema social que habia producido, de quien era el principio vital, el alma, por decirlo así. Fuera de esta esfera, que se dilataba a medida que la humanidad avanzaba en su carrera, nada se mudaba. Las sociedades, sometidas a leyes diferentes, permanecian estrañas a la revolucion que destruia a su lado un orden gastado, y cubria con sus restos el jermen de un orden mas perfecto, como el arado, abriendo y levantando la tierra, cubre el grano que dará a su tiempo la nueva mies.

En el día, el mismo fenómeno se manifiesta simultaneamente en la superficie entera del globo. Aniquilados y cansados los pueblos, no sienten ya el soplo interno que los animaba. No creen ya en los dogmas de que se nutria su intelijencia, ni en la regla tradicional de sus pensamientos y sus actos. Separados así de sus antepasados, los hombres no lo están menos de sus hijos, a quienes, en su espantosa indijencia, no tendrán nada que legar, nada de lo que uno lo que es a lo que fué y lo que será: algunas creencias, ciertas leyes, alguna herencia moral.

Desde entonces, en medio de las ruinas que cada dia amontona, cada cual, reducido a la existencia que limita la duracion del cuerpo, lo refiere todo a ella, se adhiere a la materia y se asimila a ella, sin ofrecer por objeto a su actividad mas que el aumento de placeres sensuales o el desarrollo de la riqueza, no aspirando mas que a su posesion y no conociendo otro bien. Dirijiendo a este punto todos sus deseos, todos sus pensamientos y todas sus fuerzas, el hombre agranda incensantemente el poder que ejerce sobre el mundo inferior. Obliga a la naturaleza a obedecer su voluntad, modifica cada dia mas las condiciones del tiempo y del espacio, y, abreviando indefinidamente las distancias por la velocidad, tiende a estar a la vez presente en casi todas partes, trabajo incansante que le impone una codicia jamás satisfecha, que le arrebató ciego y jadeante en un círculo fatal, como el polvo que arrebató el torbellino.

Sufre así la pena de su voluntaria abyeccion moral. Su codicia es para él un dueño cruel, que le condena a fatigas y dolores indescriptibles, cuyo término no alcanza; destruye el derecho y el deber, y cambia en esclavitud y tiranía

las relaciones de sacrificio y amor mutuo, que deberían unir a hermanos con hermanos en el seno de la familia universal; precipita a los pueblos sobre los pueblos; y entrega el mundo a la engañadora intriga y la desoladora violencia.

Reconozcamos en esto los pensamientos de Ormuzd, sus designios, el dedo de su providencia sobre la obra que no ha creado sino para que fuese fuera de él, una imájen, una sombra de su ser, la espresion de sus leyes internas, un reflejo de la verdad y del bien que hay en él y que son él mismo.

Si me es permitido tratar de comprender, como lo puede un ser finito, sus santos decretos, yo veo desde luego a la eterna justicia haciendo partir del mal el castigo del mal, y a los culpables, ejecutores ardientes de la sentencia pronunciada contra ellos, obedeciendo el decreto supremo en la creencia de que no obedecen mas que a la pasion que les embriaga, hundirse en el suplicio a medida que se hundan en el crimen; porque el sufrimiento, aunque tan profundo ya, va creciendo de dia en dia con el desórden.

Mas el desórden mismo, inevitable consecuencia de la naturaleza del hombre, a la vez libre y débil, ayudará en cierto modo al progreso futuro de la humanidad, al cual está ligado en la divina prevision de Ormuzd.

Para que el jénero humano sea lo que debe ser, para que se constituya en la unidad a que tiende, sería necesario, ante todo, que los sistemas religiosos que lo dividen se extinguiesen en lo que tienen de inconciliables y contradictorios, y se extinguiesen a la vez, a fin de que todos los pueblos a la vez se encontrasen preparados para recibir una doctrina comun.

Sería necesario al mismo tiempo, para que esta doctrina pudiese ser acogida por todos, que correspondiese al jenio particular de cada uno, y que fuese, en una palabra, el producto del pensamiento universal: de donde se sigue la rigorosa necesidad de un periodo intermedio entre lo pasado y el porvenir religioso, el pasado y el porvenir social de los pueblos.

Privados de las antiguas creencias de que derivaban sus instituciones, se desprenden forzosamente de lo que constituia su vida anterior; y como nada reemplaza todavía a las instituciones y las creencias que unian mutuamente a los miembros de estos vastos cuerpos, no son, ni pueden ser en adelante mas que un informe conjunto de individuos sin vinculo alguno.

De ahí el egoismo jeneral y ese anhelo de gozes que se apodera necesariamente del hombre cuando, por no sostenerle ya la fe, que le muestra en otra parte el término de sus destinos, cae con todo su peso, y pierde, con el sentimiento de su origen y de su fin, el de sus deberes o de sus verdaderas leyes. Entonces se verifica en él una especie de mezcla estraordinaria de lo que su naturaleza tiene mas grande y mas infimo. Mediante un esfuerzo porfiado, ha ensanchado el círculo de su esperiencia, ha adquirido sucesivamente un conocimiento mas estenso de los fenómenos y de sus leyes inmediatas, ha desarrollado su poder desarrollando la ciencia; y no emplea este poder mas que en arruinar lo que todavía subsiste por todas partes del órden antiguo, en dar pasto mas abundante a sus groseros apetitos, en multiplicar la riqueza, que cada uno después, individualmente, se esfuerza en atraer a sí, en acumular en provecho suyo, aunque todo el mundo debiese espirar a sus pies, en las angustias de la pobreza y las torturas del hambre.

Este es, en verdad, un estado escesivamente desordenado, una horrible depravacion del hombre, decaido de su naturaleza, que hace de él un ser social. Sin embargo, echemos nuestras miradas mas allá del presente, penetremos en los siglos donde nuevas jeneraciones suceden a esta jeneracion viciada; y tal vez reconoceremos que en el seno mismo de este mal, que nadie puede negar, reposa, inerte todavía, una semilla del bien, maravillosamente fecunda.

Asombrado, como yo y todos los Izeds, de este mal lamentable, Bahman,

ha recibido del que da la sabiduría y la luz lecciones que han fortalecido su ánimo (1). Ahora conoce cómo de la codicia insaciable, del ardor de producir y gozar, que sumerge actualmente en la servidumbre y la miseria a tan gran porción de la familia humana, nacerá el medio mismo con que un día se verificará su emancipación; concibe cómo el trabajo prodigioso, la actividad *penal*, que tiende por todas las vías a la creación de la riqueza, tiene por objeto final y providencial la formación del tesoro común, que servirá más tarde para pagar el rescate del pobre y la cadena del esclavo.

Considerando los mismos hechos bajo otro aspecto, subyugada la naturaleza, y desapareciendo de todas partes los obstáculos que ella oponía a las comunicaciones de los pueblos ante los progresos de la ciencia; estos mismos pueblos, a quienes agitan ciertamente pasiones ávidas, desenfrenadas, rozándose hoy en todos los puntos del globo, cruzándose, mezclándose por medio de los viajes, el comercio y la guerra, trabajando de concierto, muchas veces sin pensarlo, y como impelidos por una inspiración divina, a demoler los últimos restos de lo pasado, que los separaba irrevocablemente; modificándose mutuamente en sus creencias, sus ideas, sus leyes, sus costumbres, usos y lenguas; la efusión del pensamiento, casi tan rápida como la luz por la imprenta y el vapor, mucho más rápido luego, a favor de un agente cuya velocidad inaudita no tiene relaciones que puedan apreciarse con las partes determinadas del tiempo: ¿quien, bajo el velo pasajero de destrucciones inevitables, no vería en este movimiento universal y misterioso una condición de la renovación a que aspira la humanidad, una evidente preparación de la grande unidad futura?

¿Cómo se formaría si los principios de división, que produce la diversidad de sistemas religiosos, de donde nace la diversidad de los sistemas sociales, no estuviesen antes abolidos, abolidos indirectamente por una especie de acción negativa, que, no atacando en manera alguna la libertad íntima de la conciencia, no provoque la indomable resistencia que ella opone siempre al proselitismo dogmático e intolerante?

¿Cómo se verificaría esta abolición necesaria sin una recíproca asimilación de los pueblos, obligados así a hacer comparaciones, que disminuyen sus preocupaciones, y corrigen sus errores, a cambios de todas clases?

¿Cómo se hubieran puesto en tan íntimo contacto los pueblos de un extremo al otro de la tierra, si la ciencia no hubiera derribado las barreras, por largo tiempo insuperables, que la naturaleza alzaba entre ellos? si, bajo este respecto y tantos otros, su estado era el de las naciones más avanzadas pocos siglos ha?

¿Cómo se buscarían los hombres a distancias tan grandes; cómo se espondrían a los peligros y las fatigas de esas inmensas peregrinaciones, cómo vencerían la inercia que les fija a su suelo natal, sin un poderoso motivo, sin un impulso irresistible?

Y este impulso ¿cual puede ser?

El zelo de las creencias? Sería nueva causa de separación, de grandes enemistades y de odios inmortales. Ese zelo, además, no existe ya, y, si existiese, lejos de producir la fusión que solamente una fe común obrará, perpetuaría el antagonismo de las antiguas religiones, radicalmente incompatibles con toda especie de unidad, y que no mueren sino porque ninguna de ellas no podría satisfacer las necesidades de la sociedad y de la razón humana en la época presente.

No queda, pues, mas que el interés, la pasión del lucro, que pueda en el día acercar a los pueblos y establecer entre ellos relaciones activas y sosteni-

(1) Cap. XVIII, páj. 471.

das; y ora sean pacíficas, ora hostiles, estas relaciones tienen por efecto, no ciertamente unir las por un vínculo verdadero, sino, por el contrario, consumir la disolución de los vínculos existentes, las opiniones, las costumbres, las máximas tradicionales y las antiguas formas de gobierno. Lo que la conquista respeta, la duda lo mina insensiblemente; lo que la duda dejaría en pie, la conquista lo derriba.

Así la vil codicia, tan funesta en sus consecuencias inmediatas, esa ciega y brutal dominación de los sentidos, ese reinado de la materia sustituido al reinado del espíritu, ese trastorno simultáneo de todas las bases del orden real, esa extinción casi absoluta de todos los sentimientos, de todos los instintos elevados del hombre, todo lo que parece presajiar una ruina irreparable, dirigida a un fin directamente contrario por la influencia de leyes universales de la creación, concurrirá providencialmente a la rejección social, a la formación de la unidad en que, según los deseos de Ormuzd, el género humano debe constituirse progresivamente.

No es decir que todas las naciones estén, por ahora a lo menos, llamadas a no formar más que una sola nación, que todas las fracciones de la familia humana, sometidas a instituciones enteramente iguales, deban organizarse bajo un mismo poder. El tiempo en que sea posible una unión tan completa se oculta a nuestra vista en oscura lontananza. Mas las diferentes naciones, unidas por creencias uniformes en el fondo, de acuerdo en el derecho y el deber, teniendo por eso el mismo principio de civilización, en vez de rechazarse, asociadas como verdaderas hermanas, marcharán de acuerdo hacia el objeto común, señalado por la Divinidad al hombre como a todos los seres.

Por consiguiente, cuanto más se considere en su conjunto lo que las fases de la duración manifiestan sucesivamente, más se admira la suprema sabiduría, que, no pudiendo prevenir los desórdenes inherentes al estado de una criatura imperfecta y libre, sin destruir su misma libertad, sabe hacer del mal inevitable un elemento del bien. Así, en ciertas plantas, el jugo venenoso, transformado poco a poco por una virtud secreta, viene a ser alimento nutritivo.

XXVII.

TARIK A BOSCHASP.

(*El espíritu de avaricia al de mentira.*)

La tierra bajo la dominación del espíritu de mentira y el de avaricia.

He pensado muchas veces, Boschasp, que, en esta época gloriosa para los Darvands, debías estar contento de tí y de los que te complaces en dirigir por las vías oblicuas en que todo es ilusión, así la luz como las tinieblas, en que se cruzan, en mil sentidos diversos, en el seno de las sombras, rayos fantásticos, parecidos a las luces errantes de los pantanos, o las que vagan en los cementerios. Tú has trabajado maravillosamente con la palabra humana: gracias a tí, ha venido a ser el reflejo engañoso del pensamiento, su falsa imagen, el ambiguo símbolo de lo que no existe. Esto es un bello triunfo. La verdad, opuesta a nuestra naturaleza, nos ofende, y quisiéramos destruirla; ¿pero cómo? No pudiendo conseguirlo, ni tú, ni nadie, con un rasgo de genio has hecho un juguete de esta criatura idiota, que cada uno de nosotros, según su capricho, viste lo más grotescamente. Yo me figuro el asombro, el estupor cómico de los Izeds al aspecto de ese brillante primojénito de Ormuzd, así adornado con nuestros dones; y me río de su despecho, de sus lacrimosas cantilenas, de su confusión y sus embarazos en medio de este completo baturrillo. Reinas hoy del

mundo, las volátiles quimeras ostentan a sus ojos deslumbrados su ropaje cambiante. Así entre los hombres como entre las cosas, nada hay que sea lo que parece. La lengua lo disfraza todo; de suerte que lo que se ve no es la realidad sino su máscara. ¿Qué son en el día las religiones? Mentira. ¿Qué son la justicia, las leyes, la política? Mentira. Todos mienten, sacerdotes, reyes, grandes, pequeños. Y aun los encuentro pródigos en este jénero; pues podrian lograr sus fines a menos costa. Siempre me ha chocado el lujo.

Mientras con tan buena fortuna desempeñabas tus funciones, bien supondrás que yo tampoco he descuidado las mias. Parece mal el alabarse a sí mismo; sin embargo, creo que puedo tambien felicitar me de mi obra. Habia yo observado que la ley de Ormuzd tendia principalmente a dos cosas: a elevar al hombre sobre los sentidos, a separarlo de la materia, para transportarlo a no sé que rejiones en donde resplandece, lejos de nosotros, lo que los Amshaspands, en su lenguaje ampuloso, llaman la verdad, el bien, lo bello; a unirlo estrechamente a sus semejantes, por una constante disposicion a olvidarse de si mismo, a subordinar sus propios intereses al interés de todos, a vivir, en fin, con abnegacion y mutuos sacrificios. ¿Y qué he hecho? Me he insinuado en los corazones, introduciendo en ellos desde luego la duda. ¿Qué es, decia yo, ese bien, esa verdad y ese bello, invisible e impalpable, que tanto ponderan? ¿En donde buscarlo? en donde encontrarlo? Os engañan con palabras de oropel, se os habla de espíritu: ¿y sabe alguno de vosotros qué es eso? Un puro disparate, un lazo tendido a vuestra inocencia. Preguntad antes a los sabios si saben ellos lo que es. Pero, después de haber penetrado, sondeado, escudriñado por todas partes y aun a si mismos, han pronunciado doctoralmente esta sentencia soberana: Por nuestro honor y nuestra conciencia, declaramos que no hay espíritu. Desengañaos, pues, de los tontos ensueños con que se os adormece. El cuerpo es el cuerpo, es de lo que unicamente podemos estar seguros.

En seguida enderezaron las orejas, abrieron la boca, y se pusieron a gritar en todos los tonos y de todos modos: ¡El cuerpo! el cuerpo! Seguramente no era mala la treta del espíritu; pero nosotros no creemos, no por cierto, en él. ¡A otro perro con ese hueso!

Ganado este punto, Boshasp, lo demás ha venido por si mismo. Pensamientos, afectos, deseos, refiriéndolo todo desde entonces al cuerpo, teniendo a este por término, y mezclándose y confundiéndose con su codicia, los infinitos instintos que Ormuzd ha puesto, no sé porqué ni cómo, en esta estraña criatura, se la ve dedicada a satisfacer esta ahogando aquellos. Es preciso verla, buscar lo que apetece los sentidos, sumerjirse en el seno de la materia, cojerla, apretarla freneticamente, y después de trabajos y fatigas, y de penas inauditas, reconocer que no ha abrazado mas que una sombra, sentirse tan pobre, tan vacío como antes y, juguete siempre de las mismas ilusiones, condenarse de nuevo a los mismos sufrimientos, a las mismas fatigas, a los mismos trabajos, que no han de producir sino el mismo fruto. ¿Es esto o no para los hijos de Ahriman un triunfo? ¿Y a quien se ha debido principalmente mas que a mí?

No me he contentado con esto: he querido además atacando al deber en su origen, al cariño reciproco y a la ley que ordena olvidarse de si mismo por el prójimo, arruinar por su base la sociedad que presiden los Izeds, y crear para la tonta raza que protejen un suplicio nuevo y ridiculo.

Para esto, he juntado a la pasion desenfrenada de adquirir, el temor que implica de ver disminuir la posesion adquirida; he concentrado en esta posesion desnuda, árida, estéril, todos los deseos, todas las ambiciones, de manera que el poseedor, renunciando a su goze para conservarlas, privandose de to-

do para aumentarlas, se constituya él mismo en medio de sus riquezas en tal estado de miseria, que no pudiera imaginarse mayor.

Es cierto que los nuestros contrarian algunas veces mi influjo en este punto, y limitan sus efectos. Yo no lo extraño; tienen sus motivos, y motivos respetables. El mal tiene mas de una forma, y debe reproducirse en todas. Pero si por este lado no obtengo mas que un resultado parcial, si muchos prodigan, segun sus sueños y sus vanas esperanzas, lo que otros muchos acumulan tan locamente, yo estingo en todos la caritativa piedad, la simpatía y el amor fraternal. Los endurezco habituándolos al espectáculo de los sufrimientos humanos; y hago mas, pues les inspiro el heroico pensamiento de especular con estos mismos sufrimientos. Miralos, Boschasp, y leerás en su frente: «Enemigos!» No hay uno que deje de envidiar la suerte de los demás en los bienes destinados a todos; ninguno que no quisiera atraérsela, absorberla, hacérsela exclusivamente propia; ninguno que, lleno de si mismo, no tenga en nada todo lo demás.

Estos son, a mi parecer, resultados bastante positivos. Traer al hombre a que descienda voluntariamente de las altas rejiones en que le colocaba su naturaleza a los abismos del mundo inferior, para buscar en él con un ciego ardor lo que no hay; traerlo a atormentarse a si propio, a combatir obstinadamente el principio de su vida, rompiendo los vinculos necesarios que le unían a sus semejantes, produciendo el vacío a su alrededor, es, sin duda, un esclarecido triunfo. ¿Quien entre los Darvands, podria envanecerse con mas bella victoria?

Muy bien, se dirá quizá; pero el vencido no es mas que un tonto.—Oh! en cuanto a eso estoy conforme.

XXVIII.

BAHMAM A ASCHESCHING.

(El jenio de la bondad de corazon al que da la ciencia y la luz.)

Las religiones antiguas, impotentes hoy para satisfacer a la razon humana, arrastran consigo, al sucumbir, todas las civilizaciones existentes.

SANTO inmortal, tú que contemplas perpetuamente lo verdadero en su principio viviente, infinito, eterno, ¡cuanta compasion sentirías, si, bajando tus miradas hacia este punto del universo, vieses cuan penosamente el ser a quien Ormuzd lo ha dado por morada, se eleva hacia el orijen indefectible de la luz y por qué oscuras fases tiene que pasar para lograrlo.

Atormentado por la necesidad de conocimientos, el hombre desde su orijen reflexionando sobre los fenómenos, se siente obligádo a comprender, a subir de los efectos a las causas, y de una en otra a la primera, a concebir las leyes jenerales del mundo y sus propias leyes. Esto era una consecuencia necesaria de la libertad; porque ¿cómo podria obedecer libremente leyes que le eran desconocidas? Por otra parte, naciendo perfectible, pues que nace intelijente, era forzoso que adelantase continuamente en conocimientos, medio indispensable de progresar, que es el progreso mismo en aquel ramo al cual se refieren todos los demás.

Lejisladores de pueblos, cuya vida intelectual y moral reasumian, jenios poderosos fundaron, a medida que se desarrollaba la humanidad, sistemas sociales, a cuya formacion concurrieron dos elementos inseparables en aquellas primeras épocas: la relijion y la ciencia. En efecto, todo emanaba entonces del santuario, y revestía una forma sagrada. La tierra, jóven aun, se estremecía al contacto del soplo divino. Los hombres, sumerjidos, por decirlo así, en la na-

entonces de combatir con el razonamiento. Cansada de las imprudentes discusiones, en que aun la victoria no hubiera sido por ella mas que una derrota, avasallada por las potencias mismas que en otro tiempo se humillaban ante ella, no encontrando casi por todas partes sinó indiferencia y una especie de compasion desdenosa, sin accion real sobre los pueblos, que la costumbre retiene todavia esteriormente bajo su poder, despojada de todo prestigio; se calla, y no defiende mas que su vida natural. El sacerdocio, decaido, viene a ser para sus jefes sus medios de ambicion terrestre, y para los demas un oficio. Estraña al movimiento de las cosas, al mundo que empieza a nacer, la que en otro tiempo guiaba al jénero humano, ni aun le sigue en los caminos por donde le empuja una mano poderosa. Sentada sobre la ruinas del pasado, reúne a su rededor algunas reliquias de su antigua grandeza, los restos de su riqueza, sudario espléndido en que parece que al acercarse el momento supremo, su solo pensamiento, su único deseo sea el ser enterrada.

Asi se ven por todas partes semillas de muerte, por todas partes funerales. Pero lo que muere no es el hombre apenas entrado en su carrera, no es la religion, hija inmortal de Ormuzd, sinó en cada lugar, su forma pasajera, lo que habia traído el tiempo y que él se lleva. Para ella, como para el jénero humano, no hay sepulcro.

XXIX.

ASCHESSCHING A BAHMAN.

(*El jenio de la sabiduria al jenio de la bondad.*)
Trabajo interno de renovacion del mundo.

No permitas, Bahman, que vacile tu fe sobre el porvenir de la humanidad. La raza humana renace, y jamás se estingue. La postracion en que la ves es solo aparente. Aseméjase a esas nitidas flores que se replegan y cierran su capullo, para que la luz no profane el acto misterioso que les da nueva vida.

Mientras Akuman descansa engreido con su triunfo, los Amschaspands, agrupados en torno al trono de Ormuzd, y reflejando los rayos de su gloria, celebran en sus cánticos, repetidos de mundo en mundo, el triunfo del Ser tres veces santo.

XXX.

SAPANDOMAD A ARDIBEHESCHT.

(*El jenio de la tierra a la pureza excelente.*)
Aspiracion de los pueblos a la verdad religiosa que les falta.

BIEN sé, oh espíritu puro, cuanto lloran los Izeds en este momento el estado vacilante de la fe en la tierra. En otro tiempo los hombres, sintiendo la necesidad de creer, y guiados por una especie de instinto divino, se agolpaban en derredor de algunos venerables santuarios, para recibir en comun las sencillas lecciones que les enseñaban a vivir unidos bajo una misma creencia y unas mismas leyes. Sin embargo, estas leyes y estas creencias, distintas unas de otras, formaban en el jénero humano unidádes separadas, que, lejos de tender a unirse y confundirse en una sola, se rechazaban mutuamente, manteniendo a los pueblos en un estado de oposicion reciproca, de hostilidad constante y de odio

irreconciliable. Esto me ha causado siempre, o santo Amschaspands, los mas vivos pesares.

En aquellos primeros tiempos, aunque la razon aspiraba ya a abrirse paso por los estrechos senderos de la ciencia, el alma, jóven aun, acojía con ansia las creencias relijiosas que la elevan a la altura de un horizonte sin limites, y la arrebatan al través del misterioso espacio de lo infinito. Pero esto no bastó al hombre. Despertóse, en fin, su curiosidad: quiso saber, quiso comprender; rasgó con mano osada el velo de los antiguos santuarios, y su fe se desvaneció: porque en vez de hallar a Dios, solo halló tinieblas y vacío.

Y, sin embargo, aquellas relijiones primitivas no desconocían la verdad universal e inmutable; pero hallábase en ellas confundida con los errores de la ignorancia, con las falsas ideas de espiritualismo, con la supersticion y las pasiones.

Estos errores desaparecieron con el trascurso de los siglos; pero las creencias han prevalecido, porque, a pesar de la incredulidad apática en que parecen sumerjidos los hombres de hoy dia, no debemos creer que hayan desterrado de su corazon la idea de un Ser eterno, de quien todo emana, a quien todo se dirige; ni que desconozcan la existencia de un órden de cosas superior al de los fenómenos, que ni la razon alcanza ni la vista acierta a descubrir. Por mucho que la duda haya penetrado en los corazones, no afecta de modo alguno la esencia de la verdad, imperecedera en la conciencia humana, sino la idea imperfecta ó falsa que los hombres se han formado de ella; y esto solo ha bastado a producir una especie de languidez en las creencias, un insano delirio en los entendimientos y un desórden verdadero, que no tratará de desfigurarse. La verdad relijiosa descansa sobre las ideas que la sancionan y determinan; esta base llegó a desmoronarse; el edificio de la relijion ha venido a tierra, y la sociedad ha quedado reducida a un monton de escombros en que cada hombre, aislado de los demas, trata de fabricarse un albergue donde pasar la noche.

Al contemplar tan aflictivo espectáculo, muchos acusan a los hombres y se irritan contra ellos: ¿no sería mas justo compadecerlos? ¿Era acaso posible que permaneciesen eternamente sometidos al imperio de añejos errores? ¿Podrían los hombres mantenerse en tal estado aunque quisieran? ¿Podrían rechazar la luz que emana del cielo, ni detener en su carrera el astro radiante que ilumina las inteligencias? Al mirar desvanecerse las sombras de lo que fué, al ver desaparecer al mundo ya caduco, ¿podían los hombres, por ventura, improvisar otro mundo nuevo, reedificar el edificio de las antiguas creencias, fabricarse un simbolo que todos acojiesen, rejenar en un instante la humanidad entera, y obligarla a marchar unida bajo una misma creencia y una misma ley?

No creais, oh santo Amschaspands, que, al hablar así, me dejo llevar de una ciega ternura hacia el jénero humano. Lejos de mí el querer justificar o excusar en un todo a estas frájiles criaturas, que sufren hoy la suerte a que las condena su naturaleza, débil en verdad, pero que irá fortaleciéndose de dia en dia. Y ¿por qué no ha de inspirarnos su actual miseria otros sentimientos que los de la cólera o el desprecio? ¿No sufren ya lo bastante al contemplarse perdidas en la inmensidad del vacío? ¿No las vemos hacer continuos esfuerzos para salir del abismo de la duda? ¡Cuántas mortales angustias, cuántas ansiosas investigaciones de la verdad y del bien, que han perdido! Cuanta amarga tristeza oculta bajo el velo aparente de la incredulidad! ¡Cuanto duelo en el santuario del alma!

Por otra parte, confundimos demasiado el estado jeneral de la sociedad con el de sus individuos. La sociedad se disuelve por falta de una ley comun, de

una doctrina verdadera y universal; pero no todo ha perecido en este inmenso naufragio de creencias y de cultos. Mientras no se reconstituye una religion publica, cada náufrago, esceptuando unos pocos que no sabemos como calificar, ha recojido algunos de los restos sagrados esparcidos por la playa, constituyendo con ellos un altar solitario al Dios desconocido.

No; los sentimientos relijiosos no han desaparecido del todo. Aun hay labios piadosos que abran paso a la plegaria. La planta celestial no ha cesado de crecer en los corazones; alli florece y exhala su divino aroma, que, elevándose de esfera en esfera, se derrama por toda la creacion, confundida con el aliento de Ormuzd.

XXXI.

ESCHEM A KHURU.

(El espíritu de cólera al espíritu de dureza.)

El espíritu del mal alarmado con los signos exteriores de un porvenir mejor.

DARUDJ infiel, ¿no te avergüenzas de tu cobarde inaccion? ¿Que haces? Nada. ¡Otra cosa esperaba yo de ti! ¿Crées acaso que haya llegado el tiempo del descanso? ¿Te créés con derecho a descansar? ¿Piensas que tu mision ha terminado? Responde: ¿lo créés? Habla, cabeza de plomo, indolente bruto, responde, responde! ¡Y aun dirás que me encolerizo! Pues voy a hablar con sangre fria, con toda serenidad.

Tus primeros trabajos no han sido infructuosos; lo confieso. En la politica, en las leyes, en la administracion, en todo cuanto se roza con los poderes publicos, se echa de ver tu influencia, y se adivinan tus inspiraciones: nada de amor, ni de piedad, ni de ese necio sentimentalismo que tanto agrada a los Izeds: todo lo ha penetrado tu aliento glacial, todo lo ha endurecido tu corazón de piedra.

Tambien confieso que en ciertas jentes, como son los codiciosos, sedientos de oro, los hombres de numeros, aquellos, en fin, a quienes devora la pasion de poseer y adquirir, has conseguido casi siempre ahogar lo que se llama en este mundo estúpido, sentimientos humanos. Ya ves que te hago justicia. Pero cuando en vez de redoblar tus esfuerzos para concluir tu obra, te detienes a mitad del camino y dejas libre el campo a nuestros rivales, no esperes que Eschem tolere tu apatía, ni cuentes con su connivencia.

¿No sabes lo que pasa en la tierra? En tanto que, satisfecho con tus primeros laureles, pasas el tiempo durmiendo bestialmente, ha empezado a desarrollarse en el seno del pueblo un sentimiento alarmante para nosotros. La miseria de ese pueblo es profunda; sus padecimientos se aumentan de dia en dia, y su postracion es tal, en algunos paises, que pudiera envidiar la suerte de los mas viles animales. Hasta aqui todo va bien; pero lo que prueba tu culpabilidad es que ese pueblo, cuya miseria es obra nuestra, ese pueblo cuyos señores, dóciles a tus consejos, lo explotan con frialdad y aplastan sin misericordia, en vez de endurecerse con el ejemplo, mira con lástima a sus hermanos, y los compadece. Por mucho que se haya debilitado entre los hombres la observancia de aquella odiosa ley de Ormuzd, que manda a los hermanos se amen y se sacrifiquen unos por otros, esa ley tiene en los corazones profundas raizes. Aun hay quien créa en ella y quien la obedezca por maquinal instinto. El pobre socorre al pobre, comparte con él su asilo, su mezquino pedazo de pan; yo le hé visto despojarse para vestirle con sus harapos, asistirle en sus enfermedades, animarle, consolarle, mitigar sus dolores llorando con

él, y cerrarle los ojos en la hora de la muerte con mano compasiva. Y al ver estos resultados, ¿no te avergüenzas de tu impotencia o de tu pereza? ¿No te ahoga la cólera, como a mí, al contemplar tan irritante espectáculo?

Y aun hay mas: observo en las almas ciertas disposiciones, vagas, si se quiere, pero que existen, sin embargo, y me hacen temer para lo futuro, aunque sean estériles hoy día. Se habla mucho de justicia, y algunos tratan de resolver en este sentido los problemas sociales, que hemos embrollado con tanta habilidad. Aunque el poder sigue negando al pueblo el libre ejercicio de sus derechos, reconoce, no obstante, la existencia del derecho: lo huellan, lo violentan, lo aniquilan; pero convienen en que el estado actual de cosas no puede durar mucho tiempo, y ya piensan en medios conciliatorios, ya sueñan con nuevos sistemas, ya se trabaja para preparar los acontecimientos venideros. ¡Maldita sea esta raza inconstante y novelera! ¡Mal haya sus contradicciones, su lijereza, su incansable actividad y sus ideas imprevistas! Ah! ¿Por qué Akuman no me la confió a mi solo?

Otro sintoma he observado no menos triste y significativo. Los gobiernos, en jeneral, nos son adictos y tratan de servirnos en lo que pueden; pero son impotentes. Los pueblos, que les temen y desconfían de ellos, van emancipándose poco a poco de su yugo: este es un hecho universal. Y, lo que es peor, a medida que reconquistan sus derechos, van los pueblos sintiendo la necesidad de unirse; sus odios añejos, sus rivalidades empiezan a extinguirse; sus preocupaciones desaparecen; una recíproca simpatía los atrae unos a otros; ya comprenden que, aparte de ese amor fraternal, su interés mismo exige que se establezcan entre los pueblos relaciones íntimas, y que la causa principal de sus males es la division en que hasta hoy han vivido. Estas ideas producirán tarde o temprano una revolucion funesta.

Esos Izeds, de quienes se burlan los espíritus imbéciles como tú, porque creéis segura su derrota, esos Izeds trabajan misteriosamente y obran en silencio, y tal vez no está lejos para ellos el día de la victoria. Yo, que los observo, no veo temór ni abatimiento en sus semblantes: al contrario, veo que llevan la frente erguida, y en ella retratadas la confianza y la insultante serenidad.

Y ahora, ¿te admirarás de que me indigne y me irrite tu propia negligencia y el abandono de los Darvands, tus compañeros? ¿Dirás aun que me ciega la ira? Yo soy quien debo echarme en cara mi paciencia. ¡Si no me contuviera!...

XXXII.

CONTESTACION DE KHURU A ESHEM.

(El espíritu de dureza al espíritu de cólera.)

El aislamiento de los malvados y lo limitado de su poder.

¿Qué me importan tus gritos, tus injurias, ni tus denuestos? Quieres dirigir a los demás y mandarnos como dueño, cuando no eres siquiera dueño de tí mismo. Eres iracundo y débil: tal es tu carácter. Todo te causa enfado; todo te infunde miedo; no ves en todas partes sinó sintomas de mal agüero. ¡Pobre espíritu! Sigue mi ejemplo: no te alteres por nada, y valdrás mucho mas, si es que vales algo.

¿Crees que no veo yo lo que pasa lo mismo que tú? Te engañas. Pero yo miro los acontecimientos con sangre fria, y además sé cosas que tú ignoras, al parecer, y que voy a decirte.

En primer lugar, para conseguir una victoria completa, absoluta, como tú la has soñado, sería preciso que cesase toda especie de resistencia de parte de nuestros enemigos, o, lo que es lo mismo, que dejasen los hombres de existir, y esto no puede ser ni será nunca. Podemos combatirlos, pero no aniquilarlos, porque su origen inmortal está en el Ser mismo que da la vida. De consiguiente habrás de conformarte, como yo me he conformado.

Además, es preciso que comprendas que el mal, esto es, nuestra naturaleza, nuestra esencia, tiende a separar, a contraponer unos intereses a otros, y finalmente se resuelve en el egoísmo puro. Así es que cada uno de nosotros, espíritus malévolos, es Dios de sí mismo; yo, por mi parte, no reconozco otro Dios que mi propio ser. Cada cual, pues, trabaja por sí y para sí, sin salir de la esfera en que le encierra su egoísmo; y, como son distintos nuestros caracteres, nuestros gustos y nuestras inclinaciones, resulta que lo que agrada al uno, desagrada al otro, nuestras fuerzas, en vez de reconcentrarse, se separan y obran independientes, sin que nos sea posible trabajar en comun, porque no puede haber para nosotros objeto alguno preferible al interés exclusivo de cada cual. Todos tendemos, en verdad, a un mismo fin, que es satisfacer nuestros apetitos individuales; pero, por más que se diga, no tenemos causa comun. Y he aquí porqué no hay nada más absurdo que esas patéticas arengas que nos diriges, escitando lo que llamas chistosamente nuestro zelo.

Ya te he dicho que no tengo zelo por nadie ni por nada sinó por mí mismo, y ninguno de los Dews, mis compañeros, piensa ni obra de otro modo. Nuestro interés, tal como lo comprendemos, es lo único que nos mueve a obrar, y solo debemos satisfaccion a nuestro propio egoísmo. Pedirnos que trabajemos, que nos molestemos con otro objeto, es ridiculez, es locura.

A esto responderás que la accion del mal, considerado en sus resultados jenerales, en toda la creacion, no corresponde a la idea que de él nos formamos considerándolo en abstracto, puesto que los males se limitan y se destruyen unos a otros en vez de auxiliarse y obrar de comun acuerdo.

¿Y quién lo duda? Tienes mucha razon. Tú te enfadas porque es propio de tu carácter colérico, y porque tu mayor placer es atormentar a los demas; pero yo me rio de tu cólera, que se estrellará eternamente contra mi naturaleza impasible. Por más que hagas, no conseguirás convertirme en zeloso defensor del interés comun. ¡Linda perspectiva por cierto! ¡trabajar sin descanso, sin tranquilidad, sin gozes positivos, ¿y para qué?: para alcanzar un honor ilusorio, una gloria necia, que es de todos y no es de ninguno! Nos llamas imbéciles: lo seríamos en sumo grado si te hiciéramos caso.

Que las cosas dejen mucho que desear, eso podrá ser cierto, y aun, si te empeñas, lo confesaré; pero, tales como son, yo saco de ellas el partido que puedo, y no soy tan necio que quiera meterme a reformarlo a costa mía. He dicho: ahora truena y vozea cuanto quieras.

XXXIII.

AKUMAN A ZARETCH.

(La inutilidad absoluta al que destruye el bien).

Inanidad de miras, pensamientos y deseos de los hombres. — Ilusiones que les fascinan.

DICEN algunos envidiosos, que hago poco y yo creo que hago mucho. La nada es mi dominio. Considera hasta qué grado he conseguido estender los límites de mi imperio; y esto, sin ruido, sin hacer esfuerzos que escandalizen.

Este mundo, en que cada uno de nosotros ejerce su poder, ¿que és sino un conjunto de inutilidades? ¿Hay cosa mas vana ni mas insipida que los pensamientos, los deseos, los tèmores, las pasiones y las obras de los hombres? Yo soy el verdadero rey de la tierra, pues la trabajan para mí sus habitantes, derramando en su seno, con una simpleza y una confianza pueril, la semilla vacía que les doy a manos llenas. ¡Cuántas esperanzas, cuántas bellas ilusiones en la primavera!; y en llegando el otoño, ¡qué cosecha de quimeras!

Tú, Zarech, y los demas Darvands os dedicais a corromper y destruir las obras de Ormuzd, tarea sin duda loable y meritoria, sea cual fuere su éxito definitivo. Pero yo voy por distinto camino. Yo dejo que las cosas subsistan como Ormuzd las ha hecho; soy, a imitacion suya, creador y cubriendo su creacion con la mía, la oculto a los ojos del hombre, seducido por las apariencias.

¡Oh, cuán bello es mi universo, y cuanto me complazco en admirarlo! Mi creacion es original; no necesito tipos para formarla. Las ligeras nubecillas, los vapores, los fuegos fatuos, los resplandores fantásticos, las vanas apariencias, los sonidos misteriosos, tales son los materiales de que fabrico mil caprichosos fantasmas, animándolos con mi aliento, mas caprichoso aun. ¡Cuanto gozo, al contemplar en mis ensueños, estas apariciones fantasmagóricas, que danzan, corren, se deslizan y se dibujan al través de las sombras fosforescentes!

Vé recorriendo la superticie del globo, examina el carácter de los pueblos, el espíritu de las diversas sociedades; y por todas partes hallarás mis huellas, y te admirarás de las obras que llevo a cabo sin el menor trabajo. Como las espigas ondean en la llanura a merced del zefirillo inconstante, así ondean a merced de mi loca fantasía las opiniones, las ideas, las creencias, y todo cuanto ajita al jénero humano, lo seduce y lo apasiona.

Observa las relijiones, las instituciones, las leyes: no digo que todo esto sea obra mia; hay en ello un fondo de verdad que se resiste invenciblemente a mi influencia; pero en todo lo demas tengo una parte muy importante. ¡Cuántas preocupaciones las desfiguran! Y hay que advertir que estas ideas falsas de las cosas son las que predominan con mayor obstinacion en el entendimiento humano; ellas son las que establecen generalmente la pauta de su conducta. Los hombres no vacilarán jamás entre una verdad inmutable y eterna y una vulgaridad vacía y supersticiosa. Esto basta a satisfacer nuestras miras.

Conociendo esto mismo, procuro pulir con falso brillo la superficie de las cosas, a fin de impedir que el pensamiento las penetre y escudriñe. Al través del prisma que les presento, solo ven en el Océano la espuma de las olas.

¿Quién sabe, como yo, enamorarlos de formas engañosas, alucinarlos con ensueños, escitarlos, entusiasmarlos con palabras altisonantes, con imágenes seductoras, con simples simulacros que tienen a sus ojos toda la apariencia de la realidad, y cuya huella siguen llenos de esperanza, olvidando todo lo demas? Mientras los Ízeds les pintan la vida con serios colores, recordando sin cesar a esos miserables seres humanos sus imperiosas obligaciones, sus ríjidos deberes, haciéndoles hostezar de puro fastidio, yo los entretengo, los distraigo y divierto, y me divierto a mí mismo viéndolos calentarse la cabeza con tonterías y correr tras sombras vagarosas.

Yo los rodeo de diversiones estravagantes, vierto en su alma un brevaje que los adormece, gasto los resortes de su alma y extravío su razon. ¡Oh, qué curiosos paseos! ¡qué maravillas se les presentan por todas partes! Te asombraría, Zarech, la razon de estos descubrimientos, aun cuando sus libros están llenos de ellos.

Así, pues, el mundo entero depende de mí: hombres y cosas, todo me esta

sometido, todo viene a colocarse a donde mi dedo señala, todo obedece al espíritu del vacío, al padre de la nada. ¿Quién de vosotros podría preciarse de un poder igual al mío? ¿Qué vale lo que vosotros haceis, comparado con lo que yo desbago? Cuanto mas pienso en ello, mas creo ser la misma inutilidad, y por esta razon el mas útil de los Darvands.

XXXIV.

DAIMAN A SCHARIVER.

(*El que bendice al pueblo al rey equitativo.*)

Contradicciones humanas.—Oposicion entre las ideas y los hechos.

CUANDO se examina, Schariver, el estado actual de la sociedad, llama la atencion desde luego una particularidad notable, y es: las contradicciones que se observan por do quiera en los sentimientos y las opiniones de los pueblos. Las ideas jenerales, no menos que el instinto espontaneo de la vida, los alejan del pasado y de las instituciones decrépitas. Careciendo ya de apoyo en la fe de las masas y en las costumbres públicas, existe en todas las naciones una tendencia visible a sustituirles una organizacion nueva, fundada sobre una nueva concepcion del derecho. El poder, segun la nocion que ahora se forma de él, ya no es personal, ya no emana inmediatamente de Ormuzd, ya no es inamisible. Considerandolo como simple funcion revocable, sin lo cual seria inherente al que lo ejerce, exento de toda coartacion y de toda regla obligatoria, la jeneralidad lo delega, quedando siempre con la facultad de recobrarlo cuando su seguridad lo exija o lo juzgue conveniente. La misma oposicion existe a las categorias de raza y de nacimiento, a las clases móviles y hereditarias, investidas de privilejios incompatibles con la igualdad orijinal de los hombres; en cuya frente ha impreso el Criador el sello de una naturaleza comun, y a quienes ha unido con los lazos de una fraternidad que se confunde en su corazon con el sentimiento mismo de la justicia.

Tales son las máximas establecidas casi universalmente, pues los mismos que rechazan sus consecuencias en la práctica, no osarian ponerlas en cuestion directamente; los dominan, cualquiera que sea su estado, y triunfan de su razon, subyugada por la razon de todos.

Parece natural pensar que tales máximas deberian producir gobiernos que fuesen con eoria diferencia expresion de ellas; pero nada menos que eso. En muchas partes, a pesar del cambio operado en las ideas, los poderes antiguos reinan todavia con el antiguo derecho, en que los pueblos no creen ya; de donde resulta, sin que al parecer les llame la atencion, una contradiccion absoluta entre el estado político y el estado intelectual y moral. ¿Cuanto durará semejante contradiccion? Este es un gran problema, cuya solucion inquieta vagamente hasta a los espíritus mas superficiales. Todos tienen el sentimiento de la inestabilidad de las cosas presentes, la prevision oscura, pero cierta, de un orden futuro, que será muy diferente. De aquí el disgusto, el malestar, la desconfianza jeneral, el afán casi único en los poderes de conservarse, la coaliccion para conseguirlo, conteniendo todo movimiento, toda manifestacion de las fuerzas internas que revelan la vida y son la vida misma; de aquí la administracion suspicaz, la recrudescencia del despotismo, la cólera del miedo, las miserias de la arbitrariedad, el abandono de la sociedad en brazos del azar, la falta de objeto conocido; lo provisional reinando en todas partes; por todas partes ignorancia sistemática sobre el día de mañana. Gobernar hoy es calcular, al levantarse por la mañana, las intrigas que se deberán emplear, las vio-

lencias, añagazas, engaños y hasta crímenes para llegar al fin del día.

Después de las convulsiones, cuya reaccion se ha hecho sentir profundamente, no siendo ya en ciertos puntos todo lo que los siglos habian consagrado mas que un monton de ruinas, se ha tratado de realizar en ellos el nuevo derecho e introducirlo en la constitucion del Estado; y, segun acontece constantemente cuando las pasiones fermentan y las cabezas se exaltan, se ha procedido a esta dificil obra, que parecia de poco momento, primero con una especie de frenesí salvaje, después con una vacilacion tan tímida y desconfiada, que ha debido despertar las esperanzas de los hombres del pasado, alentar los intereses y las ambiciones retrogradadas, alterar los ánimos y poner de nuevo en tela de juicio lo que la victoria del pueblo parecia haber decidido irrevocablemente. La ciega y perezosa buena fe y la hipócrita perfidia se pusieron de acuerdo para fundar un sistema bastardo, resultado monstruoso de la aparente fusion de los principios que se escluyen mutuamente; depositando así en la ley constitutiva el jérmén de una guerra permanente y de una disolucion inevitable.

Lo que principalmente llama en esto mi atencion es la incoherencia y la inconsecuencia, el ascendiente del hábito, la especie de accion que las costumbres y las preocupaciones ejercen sobre el ánimo, cuya flaqueza me sorprende siempre. Se quiere la libertad, y jamás se cree haber dado al poder bastante fuerza contra ella; se quiere la igualdad, y no se cesa de formar clases, privilejios políticos y otros que la destruyen radicalmente; se quiere establecer el dogma de la soberania del pueblo, el único que la razón concibe y que admite hoy la conciencia, y de hecho se ataca esa soberania con instituciones que la violan. Teóricamente, se quiere que la nacion se gobierne a sí misma, y, en la práctica, se la despoja de toda participacion efectiva en el gobierno. La opinion rechaza todo poder cuyo derecho, condiciones y forma no emanen de la voluntad nacional, y se abdica indefinidamente el uso de esta voluntad en los puntos mas esenciales. Se aspira a la paz, a la seguridad, a un orden duradero, y se ponen frente a frente, hasta en las mismas leyes, dos derechos opuestos, dos principios y dos intereses, cada uno de los cuales no puede subsistir sino alloggando a su contrario, preparando así, tras luchas que desgarran el Estado y lo aniquilan, una revolucion infalible, cuya incesante amenaza es para todos un motivo continuo de alarma. ¿Te parecen pocas estas contradicciones?

Hay ciertamente algun punto donde han llegado a un extremo irritante. Impaciente por un poder que no emana de ella, que traba su accion, que tiende cada dia mas a anularla, a absorberla completamente en la suya, la nacion le derriba en nombre de sus imprescriptibles derechos. ¡Pero qué pensais que hace en seguida? ¿Creeis que organiza su derecho para evitar que se reproduzca la opresion contra la cual ha protestado, y que se repita un conflicto que, cualquiera que sea su resultado, trae siempre consigo males incalculables? Nada menos que eso. Lo que hace es sustituir al poder juzgado y condenado otro poder parecido; ensalza mañana lo que arrastró ayer. ¿Y consiste en que reconozca haberse engañado, y deplora su misma victoria? No por cierto; y la prueba es que la guerra se renueva al punto. Esta guerra se termina como la primera, y el triunfo tampoco da otro resultado que volver las cosas exactamente a su estado anterior, jugar el porvenir a los azares de otra lucha igual, y crear, por un encadenamiento fatal, la terrible necesidad de una nueva catástrofe.

¿Es este, rey de equidad, el fruto de las oraciones que sin cesar eleva a Ormuzd en favor de los pueblos que ha confiado a mi direccion? Tal vez convenga que atraviesen estas tinieblas para llegar a la luz; tal vez los obstáculos que el pasado opone al nacimiento de la sociedad futura no puedan vencerse o destruirse mas que poco a poco, a medida que se realizen invisiblemente las

condiciones todavía imperfectas de esta misma sociedad; tal vez un movimiento mas rápido rompería el lazo secreto que, en la vida de los seres, debe unir siempre lo que fué a lo que será. Lo ignoro; pero tengo fe en la Suprema Sabiduría, y adoro en silencio al Supremo Amor.

XXXV.

CONTESTACION DE SCHARIVER A DAHMAN.
(*El rey equitativo al que bendice al pueblo.*)
Origen de esta oposicion.

EL manantial de contradicciones que adviertes en la sociedad, Dahman, se debe menos a la flaqueza que a la corrupcion del alma.

Cuando una criatura, extraviada en su rumbo, ha perdido la senda de su deber o el firme propósito de volver a ella por mucho que le cueste, cuando no se presenta a su vista mas que el interés, se engaña en todos sus cálculos, porque de nada se ocupa mas que de sí mismo y del objeto que le fascina. El porvenir le parece demasiado lejano, y es, por otra parte, demasiado incierto para ejercer grande influencia sobre sus determinaciones prácticas; y como cada uno, a ejemplo de los demás, se contempla a sí solo aisladamente, todos, reducidos únicamente a sus fuerzas individuales, se encuentran impotentes al querer llevar a cabo sus deseos egoistas. Entonces, por natural instinto, se coligan, se arman, forman ejércitos para conquistar y conservar en seguida a toda costa las ventajas que nadie obtuviera individualmente; y esa inconsecuencia que te admira, aunque a una ciega sinrazon se deba en mucha parte, tiene indudablemente por causa principal la debilidad de un principio moral o, como dije poco ha, el cálculo personal sustituido al deber, que ordena el olvido de sí mismo. Destruyen, pues, un poder arbitrario, opresor, anulan las clases enemigas de la igualdad, los privilegios inicuos, y estalla, en fin, una revolucion cuando la masa paciente saca del mismo sufrimiento la energia necesaria para realizar esta revolucion, que ha sido provocada por el sentimiento de la justicia. Al siguiente dia se encuentran con sus pasiones y sus deseos insaciables, y, para satisfacerlos, trabajan en la reconstruccion de la obra que echaran ayer por tierra; puesto que ahora y siempre será tan solo el interés el que los guía. Y sinó ¿qué son las diferentes clases de la sociedad, mas que grandes grupos de intereses esclusivos a quienes la ley, injustamente parcial, asegura el predominio? ¿Y qué es un poder independiente de la representación nacional, irrevocable, ilimitado desde su origen, único juez de su derecho y de la estension de su derecho; qué es un poder semejante sinó la garantía de estos intereses y de estos privilegios, naturalmente ligados a los suyos, centro absoluto de la impia coalicion de algunos contra los demás? A pesar de los progresos de la razon natural, a pesar de la jeneralizacion de las luzes, una sociedad, presa de este fatal espíritu de egoismo, se ajita en un círculo fatal y eterno de desórdenes y males. Su mal no tiene su asiento en la inteligencia sinó en la conciencia; bien que poco a poco de esta se estienda hasta aquella.

Por triste que sea, bajo este aspecto, el estado actual del hombre, no te alarme, sin embargo, porque tendrá término. El desórden se gasta a sí mismo, y del mal, tarde o temprano, nace el remedio del mismo mal. Observa que jamás aprovecha este mas que a un número reducidísimo; y por eso, siendo hostil a los demás, desde el momento en que se le ataca, es vencido, y los mismos malvados, divididos entre sí, ayudan al logro de la victoria.

Nada entre los seres, a quienes su naturaleza obliga a transformarse, se asemeja mas a un síntoma de muerte que esas grandes perturbaciones que en ciertas épocas de su desarrollo experimentan en ellos las funciones vitales, y que, por consecuencia, no son mas que los esfuerzos de la misma vida para ensancharse y dilatarse en una esfera mas estensa.

Trae tambien a tu memoria el pasado, tan instructivo para el género humano, sus debilidades y sus flaquezas, y observa después el maravilloso vuelo que lo conduce en progreso a distancias inmensurables. Cuando se esperaba verle caer en la tumba, es cuando toma posesion de un nuevo mundo.

Hijo de Ormuzd ¿qué deberemos, pues, temer? El temor es apenas digno de perdon en el hombre, que tan poco sabe y tan poco dura. Además a cada momento se ve advertido de que una bondad todopoderosa vela sobre él, asi como sobre el universo, y su historia está llena de esos accidentes imprevistos que desconciertan repentinamente las tramas urdidas con el mas hábil artificio, ponen en consternacion sus criminales esperanzas, y le enseñan al través de las tinieblas en que intentara ocultarse, un ojo abierto que le mira y una mano vengadora.

Para comprender, en cuanto es dado a un ser finito, las sabias concepciones de Ormuzd, su poder sobre su obra y las vias de su providencia, es necesario, Dahman, hacer abstraccion del tiempo, que esparce sobre nuestras ideas sus sombras engañosas, que cambia para nosotros el aspecto de las cosas, que oculta a nuestros ojos su vínculo esencial, sus intimas relaciones, separando en el espacio de su duracion lo que en esencia es inseparable. De nuestro modo de existir sucesivo y limitado nacen las locas ilusiones que alucinan nuestro juicio y confundirian nuestra fe, si incesantemente no tuviéramos cuidado de renovarla en la fuente de toda vida y de toda luz.

XXXVI.

ZARETCH A AKUMAN.

(El que destruye el bien a la inutilidad absoluta.)

Asambleas políticas.—Espectáculo que presentan.

EL mundo formado por ti, Akuman, que con tanta amabilidad me pintas, ligero, brillante, deslumbrador, fluctuando con gracia en el seno de la nada, me habia seducido, lo confieso. He querido verlo de cerca, y ha huido ante mi ligero soplo, y he conocido últimamente que tu universo no era mas que una bomba de jabon. ¡Pero qué bomba! En tu naturaleza y tu carácter no me sorprendes que te cuente en el número de sus apasionados.

En cuanto a mi, dotado, por desgracia, de una imaginacion menos viva, groseramente positivo y de un carácter ordinario, dejo la poesia a las almas sublimes, a los jenios creadores que no sabrian reducirse a menos, y me contento, como un cuitado, con la prosa de la creacion, harto placentera y divertida en mi concepto.

Yo no sé si en medio de tus sueños te se aparecerá algun recuerdo de las observaciones que te he comunicado con respecto a los hombres y sus gobiernos: ello no importa mucho. Sus innumerables estravagancias no están de tal modo enmarañadas que pierdan mucho de su valor cuando se las considera aisladamente.

Últimamente nos convinimos varios de los nuestros y yo en darnos un espectáculo solemne. Es preciso que sepas, en primer lugar, que entre los pueblos que se gobiernan a sí mismos, como se les dice con una seriedad que les

encanta, la porcion del poder que les concede el sistema establecido, se divide en dos cuerpos; en cuya composicion, mirándolo bien, nada tiene él que vero muy poco en alguno; lo cual les encanta tambien, y a mí igualmente, atendida la admirable armonia que resulta entre el derecho y el hecho, el principio y sus consecuencias. Yo aprecio la lógica sobre todo.

Estos dos cuerpos, pues, reunidos en ciertas épocas, proceden, segun sus estatutos, al ejercicio de sus *altas funciones*; frase muy sacramental que me parece muy feliz y extraordinariamente propia.

Si cada uno de estos individuos es tan truan, decimos ¿qué serán los elegidos, los entresacados, sobre todo cuando se vean escitados por la emulacion? Además, ofreciendo todo el aspecto de una diversion honesta y particularmente digna de mi gravedad, cada uno de nosotros, envanecido con su obra, querria gozar un poco con la envidia secreta de sus buenos y caros amigos, y adornarse ante ellos modestamente con sus victorias.

A cada cual lo suyo. Nuestros primeros homenajes fueron tributados a la asamblea que representa mas esencialmente la sabiduria, la esperiencia, las luces, las virtudes de la sociedad, de la cual es imájen viva. Imaginate Akuman, todo jénero de decrepitudes físicas, morales, mentales, un monton de cuerpos gastados y corrompidos, pero menos que sus almas, cabezas sin vista y sin voz, y sobre todo eso una capa de apática somnolencia, los pliegues y repliegues del sudario envolviendo unos cadáveres. Nosotros los mirabamos y nos mirabamos a nosotros mismos con una especie de emocion producida por la risa que nos producía y el disgusto que nos causaba.

Despacio, señores, dijo Eghetesch (1) con cierto aire de satisfaccion; serán cadáveres en buen hora, pero cadáveres respetables. Hay aqui de bueno algo mas de lo que pensais; leed sus epitafios, es decir sus nombres.

En efecto, Akuman, ¡que nombres! son casi otras tantas inscripciones a nuestra gloria. Cada cual se apropió alegremente el suyo; si bien hubo algunos que se disputaron. El del jefe y algunos otros produjeron una grande batalla, que Boschasp (2) consiguió evitar con destreza y ciertas insinuaciones; y se convino en que a esos tuvieran derecho todos igualmente. Por una de aquellas reflexiones a que nos obligan los sucesos y que tú conoces, nos contentamos; y entonces esas augustas nulidades, esas momias soberanas, se transformaron repentinamente a nuestra vista: su gloria, emanacion de la nuestra, los había transformado. Hubo, te lo juro, un momento de encanto al ver (imitando tu lenguaje) ese undulante mar de conciencias, dispuestas siempre a plegarse a todos los vientos, y censurar todos los poderes, como quiera que sean, y cualquiera que sea su orijen, entonando los mismos himnos, las mismas adoraciones, en cambio de los mismos favores. En cuanto a mí, estaba enajenado; pero todo encanto dura poco. Volvimos a caer en el cementerio, y el olor nos arrojó de allí.

Desasfiziados durante el tránsito, algunos riyendo, otros murmurando, quien hostezando, y varios estornudando, llegamos a la otra asamblea. Juzgamos desde luego que esta merecia su nombre, inverso del de la primera, aunque por la edad se las pudiera creer hermanas. Era de ver aquellos rostros, en que cada uno de nosotros leia sus sentimientos, y con todo, en medio de tal variedad, aparecia claramente una expresion comun, que se concibe y no se alcanza a explicar, como si dijéramos, cierto aire de familia. Yo conoceria entre diez mil una de aquellas fisonomias.

El concurso estaba alborotado, gruñía, bramaba, ahullaba, pateaba, brincaba, y lo que mas me sorprendió es que el mayor número carecia de fe-

(1) Jenio de la corrupcion del corazon.

(2) Espiritu de la mentira.

ruer (1), o cosa que se le asemejase: es lo que les faltaba unicamente. Al fin comprendí la causa de tantos gritos inarticulados.

Atentos a tan estraño espectáculo, y conmovidos por el vago placer que cada cual habia sentido, y saboreaba en su interior, hubo entre nosotros algunos instantes de silencio, hasta que Astuiad lo rompió.

Por Ahriman, dijo, que estoy plenamente satisfecho de estas jentes. El pretexto que los ha reunido, copiando las ridiculas ideas de los Izeds, es demasiado simple en verdad, y yo no sé porqué lo ha hecho Ormuzd ley de estas criaturas. No contaba sin duda, con nosotros, como sus Amschaspands, y han visto humilladas sus pretensiones y arrogancia. Nos faltaba nuestra parte, y la hemos obtenido: para ellos la palabrería, para nosotros las cosas. De todos cuantos aquí veis ¿cuantos habra que no se preocupen de tales bagatelas?

Oh! por eso, dijo Eghestesch (2), he establecido buen orden, y a poca costa; les debo esta confesion. Al principio toqué alguna dificultad. Hay espíritus estraños que las preocupaciones ofuscan, que no gustan de doctrinas, de las nuestras se entiende, porque les parecen oscuras y algun tanto enmarañadas. Estos carecen absolutamente de semejantes escrúpulos. Sea por su naturaleza o por costumbre, si quereis verlos heber, enturbiadles el agua.

Al fin con solo el espíritu no se va muy lejos ni muy aprisa. Yo conozco una senda mas corta y mas segura. Es al corazon a quien me dirijo, y siempre me responde el primero. ¡Qué preciosas semillas, cuantos tesoros ocultos bajo la grosera corteza de los mas embrutecidos! ¿Sabeis como los he transformado en lo que son? Llamándolos a parte e insinuándome en ellos: estudiaba sus inclinaciones, sus pasiones (bien menguadas por cierto), y su secreta codicia; entonces los lisonjeaba, los acariciaba, teniendo cuidado al mismo tiempo de herir su estúpido amor propio. Nada de tonterías, les decia. Y cuando cada uno, bajo la capa del bien público, busca el suyo propio ¿serias acaso tan necio que te ocupases en otra cosa que en ti mismo? ¿Qué te importa lo demás? Lo demás es el insípido alimento de los tontos. Haz tu negocio, que es lo que importa. Me han creído, y hacen su negocio; razon por la que los nuestros prosperan como veis.

Tarik (3), Savel (4), Boschasp (5), y otros muchos, en gran número, reclamaron a su vez la parte que les correspondia en el resultado del trabajo comun. Sobre este punto se acaloraron, sus proposiciones tomaban un carácter agrio, hablaban todos a la vez; la escena, en fin, se convertia en una verdadera sesion del senado que teniamos a la vista.

En este momento suena una campanilla, se restablece el silencio en la asamblea, y cada uno en su banco se ocupa en coordinar su capacidad legislativa. Esta inesperada calma suspendió la querella que acababa de estallar entre nosotros.

Algunos Izeds parecian velar sobre el pequeño grupo de pertinazes que se habian escapado, no sé como, a nuestra accion. Su presencia, además, lejos de oscurecer nuestro triunfo, lo realizaba; y ellos mismos lo conocian.

Multitud de curiosos llenaban las galerías en torno del recinto. Senti vivos deseos de oír lo que allí se decia, y me acerqué a un grupo. Un hombre poco afecto a nuestras doctrinas, por lo que luego ví, iba llamando sucesivamente a los que se hallaban a su inmediacion, y peroraba en esta forma:

Si alguna cosa, decia, prueba hasta que punto puede el espíritu de partido engañar al pueblo, y acaso engañarse a sí mismo, es ciertamente esa es-

(1) El espíritu, el alma individual.

(2) El que no piensa mas que en el mal.

(3) Espíritu de la avaricia y de sensuales deseos.

(4) Espíritu de la violencia.

(5) Espíritu de la mentira.

pecie de brillo con que había logrado ocultar su arrogante pedantería y su depravacion, henchido de suficiencia y de veneno. Una afectacion de profundidad científica, de señorío feudal (cuando no es cosa peor), espresada en un lenguaje seco, sin valor ni vida, con un estilo incorrecto y pesado, y algunas ideas comunes, de las que se ofrecen a los que no tienen ninguna, tales son sus títulos. Ellos han bastado, gracias a la necesidad que había de medianías complacientes, para abrirle las puertas a los grandes negocios y a los mas altos empleos. ¿Y qué han demostrado entonces? Una vanidosa rigidez con la condescendencia de un cortesano el mas sutil, una incomparable debilidad para con los fuertes, una crueldad inexorable, implacable, atroz, contra los débiles, una ciencia falsa, una impotencia absoluta como hombre de estado, y una mezcla, desconocida hasta entonces, de insolencia y de bajeza. Para formarse una idea exacta es preciso haber oido su palabra majistral y dogmáticamente hueca; es preciso haber visto aquella cabeza echada hacia atras, aquel ademán descarado, aquellos ojos empapados en ira, aquel rostro ridiculo, echado hacia adelante como la vibora echa su lengua. Este hombre quiso siempre dos cosas, y nada mas: el poder, y lo que acompaña al poder. Para apoderarse de él, para conservarlo, no hay disfraz de que no se haya valido: ha sostenido todas las doctrinas, lisonjeado todas las pasiones, sistematizado todos los crímenes políticos, dejándose llevar indistintamente de la odiosa brutalidad o de la bajeza, de la violencia o de la cobardia, ya hinchándose y enderezándose como un Satanás burlesco, ya aplanándose bajo la mano de los que podían recompensarle, humillándose a sus pies, y besándose los, lamiéndose los, y aun lamiéndose después los labios.

Bueno, dije yo, he ahí al menos uno de los míos. El clojio es justo, casi completo, y no del todo mal hecho.

Y dirigiéndose en seguida al que acababa de hablar, uno de sus oyentes le llamó la atencion hacia una figura pequeña, inquieta y gruñidora. ¡Qué graciosa es! exclamó. Verdaderamente es así; pero no os acerqueis mucho, que los monos muerden. No por eso quiero decir que este sea naturalmente, o por cálculo, o por sistema, muy malo: eso supone ser alguna cosa, y eso supone algo. El no concibe rencor, ni odio, ni piedad ni amor: mono de Estado, mono de cartera, no titubea jamás en vender el Estado por la cartera. Nadie pernea, jesticula, y tiene movimientos tan innumerables como él. Así le admiran y se ponen contentos y fuera de sí, tan luego como aparece, sobre todo el de aquel lado, á la izquierda, tan bien ataviado, tan relamido, tan grave, tan profundo, tan lleno de nada, quiero decir de si mismo. En nombre del titeretero se sonrie, se burla, promete turrón. Prometer es lo que menos le cuesta. Su impudencia no causa en él admiracion, tan natural le es; es su poder, su orgullo, su seduccion y su gracia. Segregado de todo lo que tiene un nombre, tanto en el bien como en el mal, se sustrae a la indignacion, y hasta al menosprecio, y pasa por todo: sentimientos, opiniones, máximas, principios, verdad, falsedad, justicia, injusticia, son para él otros tantos juguetes. La patria, y su honor, y sus libertades, y su gloria, ¿qué piensas que son a sus ojos? Un objeto de tráfico, cualquier cosa que se vende, o a lo mas un mono de titeretero que no se espone por nada a quemarse la pata. Pues y el titeretero; qué se promete; qué espera? ¿Preguntais qué se promete? Espera turrón.

Este es el afán jeneral.

Es el afán de esta vieja larva, de fisonomía dura e hipócrita, cuya frente han señalado a porfia Tarik, (1) y Aschmogh (2), que marcha arrastrando su

(1) Espíritu de avaricia.

(2) Aquel cuya gloria es la crueldad.

mellado sable manchado de toda clase de fango. Sereis dueño, si quereis, de su vida, pero no le toqueis al turron.

Es el afan de esta bestia de crines rojas, titeretero grotesco, verdugo sin piedad, a quien se le dice: *Mata*, y mata; horror de la senectud, de la infancia, del sexo débil, asesino, infanticida, que será cuanto se quiera tratándose de turron.

Es el afan de este señor de pueblo, mal humorado, áspero, a cuyos ojos el orden social y el moral, penden de dos balanzas, un testo y un escudo; que clavetea su calzado é hiciera mejor en clavetear su conciencia; hombre de palabras bellas y acciones feas, que lanza imprecaciones contra los animales de presa, y luego los acaricia, y les da el pasto con su mano grosera y sucia.

Es el afan de este devoto de la filosofia de amalgama, que permite negarlo todo o concederlo todo, ser todo lo que conviene, disculparlo o justificarlo todo, y después de una retahíla de sublimes argumentos, concluye en el turron: es el afan de este Judas de cara gorda y sensual, de ojos atravesados, en otro tiempo fogosos en un sentido, y hoy en el contrario, enemigo implacable de aquellos a quienes se hallaba ligado por juramentos, atormentado con su aspecto como con un remordimiento, sumiéndolos en los calabozos, cuando no pudo obtener su cabeza; todo por el turron.

Es el afan de este badulaque, pagado de sí mismo, de rasgos señalados, de peinado piramidal, que escribe, habla o calla sin que los mas diestros adviertan diferencia alguna; el afan de este charlatan, de este inventor de frases vacías de sentido, de este retórico flexible, que ha ensuciado sus zapatos con el polvo impuro de los salones de todos los poderes; el afan, en fin, de esa masa bestial que sopla y suda allá en aquel banco. Brutalmente apegado a la materia, nadie miente con mas audacia, nadie es mas atroz a sangre fria. De las prisiones politicas, trasformadas por él en salas de tortura, se elevan gritos, jemicos que desgarran, que vienen a espirar en un recinto sin eco, donde se osa invocar en alta voz el nombre de la justicia y de la humanidad. Escritor filántropo a la moda, rehusa al pobre el derecho de vivir. El derecho de vivir es derecho esclusivo de los que poseen, y se estiende hasta donde se estiende la propiedad; ni un punto mas. ¿Quién se admirará de que este adore, y quiera el turron?

Es el afan... es el afan de todo el mundo; no acabaría nunca, y la sesion va a abrirse.

Se abrió en efecto. Vimos pasar, uno tras otro, bastantes actores hacia las tablas. La pieza, fastidiosa, por cierto, lo fué mas por su ejecucion: no es este el fuerte de nuestros discipulos. ¡Qué lengua, qué frases, qué jestos! Este tartamudeaba su leccion mal aprendida, aquel salmodiaba enfaticamente las concepciones nocturnas de su confuso cerebro; otro mojaba en una olla llena de vulgaridades, o a grandes voces saboreaba frases sin sentido. Había cólericos que con sus agudos gritos desgarraban el tímpano, lánguidos que convidaban a dormir, alegres socarrones que se cansaban de interpretar siniestramente epigramas inocentes, otros, en fin, cuya voz, semejante a un toque mortuario, parecia tañer los funerales de su bello discurso, que a cada espresion parecia espirar en sus lúgubres periodos.

Felizmente, lo esencial, ya me entiendes, lo verdaderamente esencial, dulcificaba la forma. No hubo uno que en su discurso no se tomara a sí mismo por tipo: así no se podia uno equivocarse. Si se trataba de alguna cuestion de interés general, nadie escuchaba, todos ellos se reían, se dirijian improprios, y la casualidad decidia la votacion, ordinariamente a nuestro gusto. Por el contrario, el poder, es decir, el poder dispensador de los favores; ¡qué vijilancia! qué

atencion tan activa! qué pasiones tan ardientes! qué agitacion y qué ahullidos! ¡Oh! todo esto era consolador.

Además, ya lo ves, todos mentían, y así desaparecen bastantes manchas. Ninguna palabra se oía que significara lo que queria espresar; siempre en sentido ambiguo, y sin embargo adivinado por todos, era un lenguaje convenido para el exterior y perfectamente comprendido por todos en su interior; cada cual marchando de través con una mirada oblicua, dirijiéndose a este lado en aparicion y llegando al otro; y un maravilloso laberinto de sendas tortuosas, de tránsitos oscuros, donde las mas robustas conciencias, arrastradas por el tropel, entraban frescas y gallardas, y salían, puedes creérmelo, por lo menos muy desalentadas.

Sin usurpar tu dominio, pudiera estender esta incompleta narracion; pero es bastante por ahora. Si quisiera decirtelo todo, seria demasiado prolijo y cansado, y me tomarian por uno de esos cuyo retrato acabo de trazar.

XXXVII.

EL MISMO AL MISMO.

Significado de las palabras reinar, gobernar, administrar.

SABES ya, mi muy caro cólega y noble amigo, lo que es el sistema representativo, curiosa invencion de estos buenos seres humanos, tan cuidadosos de nuestros placeres mas pequeños, y de espíritu tan jovial, tan rico en producciones orijinales nunca oidas, sobre todo cuando cada uno pone algo de su cosecha. Te he puesto ejemplos, a propósito en mi juicio, para satisfacerte, y todavía no hemos tocado al fin. Son cabezas inagotables.

En sus ideas de organizacion distinguen tres cosas: *reinar*, *gobernar*, *administrar*, y este punto no es cuestion de la ley, que se fabrica aparte por medio del mecanismo cuyos principales resortes te he descrito.

¡Reinar, Akuman, qué sublime funcion, segun la teoria al menos; solo la profunda intelijencia de los mayores ingenios, con esfuerzos inauditos de meditacion pudo concebir un dia la verdadera grandeza, tal como nadie jamás la habia concebido. ¡Reinar! yo no sabria pintarte la admiracion que me infunde este descubrimiento incomparable, este último término, este supremo triunfo del jenio inventor: reinar es renunciar constitucionalmente al ejercicio de todas las facultades humanas, a hablar, a obrar por si mismo; es convertirse en bruto o estatua, sentarse con una corona en la cabeza, en una ancha poltrona, bajo un solio, permanecer allí inmóvil, con la boca y los ojos cerrados, y casi mudo, imaginarte a tus anchas rey ilustre de los hombres y de las cosas inútiles. Esto es sin duda una concepcion nueva; y hay, sin embargo, quien niega el progreso!

Mientras que su Muy Alta y Muy Augusta Majestad reina así tan brillantemente, otros gobiernan. ¿Y qué crees tu que es gobernar? Cabeza ruda, ¿no lo entiendes? ¿Tú no entiendes que cuando se alcanza la dicha de tener bajo su mano, bajo sus pies, algunos millones de pobres diablos, a quienes su posicion algo penosa causa o irrita jeneralmente, es necesario cuidados para sostenerlos en ella, que es necesario orden, supuesta ya la vijilancia, una accion continuada, fuerte, hábil, y en fin y sobre todo látigos? El látigo, a decir verdad, es el fondo, lo esencial del gobierno; y con eso te doy la definicion mas completa y precisa.

Gobernar, por lo demás, sería poca cosa, una pueril satisfaccion de vani-

dad, una quimera ridícula, sin las sólidas ventajas que la sabiduría de los gobernantes y la ejemplar complacencia de los gobernados han imaginado siempre. Se les ha dicho con unción: Rebaños queridos, ya lo sabeis, nada por nada; esta es la costumbre, la regla; y puesto que los látigos cuestan, ¿quien los ha de pagar? Vosotros, sin duda, que os utilizais de ellos, y además es justo. Por otra parte, ninguna inversion, advertid lo que os digo, ninguna imposicion hallareis tan productiva como la que nuestro sincero afecto os propone, si os empeñais en ahorrar de vuestros locos gastos el comer, el beber, el vestir, la casa, cosas tan estupidamente consideradas como necesarias hasta que la experiencia, gracias a nosotros, enseñó cuanto se puede cercenar de ese lujo, funesto a la salud del pueblo, que debe vivir con buen régimen para tener salud. Leed la historia, estudiad con ánimo imparcial la ciencia económica, prestad oído a los elocuentes discursos de nuestros profesores, y llegareis a esta conclusion, digna de ser grabada con caracteres de oro en las paredes y las puertas de todas las tiendas de comestibles: Jamás, en ningun pais, en ninguna época, existió un pueblo sano, zeloso, fuerte, virtuoso, sobre todo virtuoso, que no tomara la feliz costumbre de no satisfacer su apetito.

A esta alocucion persuasiva y tierna no hay réplica: así es que se paga, y con largueza. En efecto, es cosa de poca importancia para jentes equitativas pagar los gastos de su dicha. Réstanos, pues, Akuman, hablar de la administracion.

Ah! cuanto aprecio yo esta palabra y su significado! La palabra significa servir. Pero servir ¿a quien? A sí mismo, entendedlo bien, y a los que, sirviendo de la misma manera, forman un cuerpo en el cual todos los miembros, unidos por un interés comun, se sostienen, se defienden el uno al otro contra los ataques esternos, y, salvo las rivalidades que suscita entre ellos el interés particular de cada uno, se prestan mutuo auxilio y ayuda. Esto es la cosa en su esencia; imajen exacta de lo que sucede entre nosotros.

A partir, pues, de un centro, el del poder, como entre nosotros, el animal voraz estiende sus mil redes, de mas en mas sutiles, por las entrañas del pueblo. Chupan hasta la última gota los jugos que elabora el trabajo de la vida, guardando lo que pueden y enviando las sobras al centro famélico: siempre como entre nosotros.

Las relaciones entre el administrador y el administrado se espresan con una sola palabra, una sola: *Paga*. El que sabe bien esta palabra, el que la coloca mas apropósito, la pronuncia con mas gracia, con un acento penetrante, que persuade, y al que no es posible resistirse, ese es el modelo del administrador, así como la palabra en sí, en su brevedad compacta y sustancial, es el perfecto resumen, el principio, el medio, el fin, el Alpha y la Omega de la ciencia administrativa. Ah! palabra poderosa, palabra sublime! Tarik (1) se precia de ser su padre, alegando para ello sus íntimas relaciones con la madre y el vínculo estrecho que los une; pero ¿quien de nosotros con el mismo titulo no reclamaria tan justamente esa paternidad?

Además, necesario es que baste pregonar: Pagad, pagad. Pagar no es el fruto codiciado que sedujo, segun se dice, en su orijen a esta raza, o ha cambiado bastante de gusto. A fin, pues, de ayudar a la naturaleza ha debido mezclarse el arte. En general, cuando los hombres trabajan, quieren que sea en beneficio propio; es su manía. Pretenden que el objeto del trabajo de cada uno y de todos es ocurrir a las necesidades de todos y cada uno, y que, satisfecha la necesidad, no sería un gran mal el que hubiera además algunas comodidades. ¡Falsa doctrina, error, herejía, a los ojos de la jente que administra! Trabajar para

(1) Espíritu de avaricia.

sí, no lo penseis; es un egoísmo abominable! Nación, querida mía, hila, hila, hila para nosotros; así serás grande, dichosa y próspera. Y la buena de la nación hila, en efecto, hasta quedar sin dedos, y vela, y ayuna paciente y dolorida, amigo Akuman, que es un portento.

Sin embargo, como decía, para llegar a este caso, ha sido indispensable cierto arte, cierta habilidad. La fuerza no hubiera bastado, porque al fin, ¿quien posee la fuerza? La nación misma, el pueblo, la masa. A no haber ella contribuido a mantener por sí misma este sublime sistema de administración, no hubiera sido posible realizarlo.

Asómbrate de como nuestros fieles han conseguido sus fines. Claro es que el cuidado de los negocios comunes debe estar confiado a algunos delegados por la sociedad, responsables para con ella; doble cláusula que debe fijar tu atención porque en ello está la dificultad. Delegados responsables de hecho (pues de derecho aun pase) sería el trastorno del sistema administrativo, según el cual, en virtud de una regla capital y fundamental, los administradores piden bien, y jamás dan cuentas. Es preciso dignidad. La responsabilidad está demás.

La indispensable necesidad de agentes, de funcionarios consagrados al servicio público, no podía menos de reconocerse, y por eso ha sido tan universalmente admitida. Sentada esta base, y sentada de un modo incontestable, se trataba de eliminar las dos condiciones verdaderamente escandalosas que te he hecho advertir. Por eso se estableció que el pueblo, desprovisto indudablemente de luces, y aun del sentido común mas limitado, no hallándose en estado de comprender su felicidad, de gustar el placer racional de pagar, o aun, para preverlo todo, dispuesto en ciertas ocasiones a pagar mucho, como un verdadero niño, fuera considerado menor, en perpetua tutela, pupilo dichoso de un sabio tutor, de una administración paternal que se autoriza a sí misma y se da cuenta a sí misma de sus acciones; por manera que el principio, difícil de combatir en sí mismo, de delegación y responsabilidad, ya desembarazado de importunas consecuencias, subsistió sin inconveniente alguno. Los principios necesitan ser bien manejados: el respeto es indispensable.

Esta sólida doctrina, esta relación de tutor a menor, que concilia intereses que se hubieran tenido por incompatibles entre sí, se ha alzado con los sufragos jenerales. Se ha convertido en la piedra angular del edificio administrativo, el texto con que los publicistas de todas las escuelas doran sus argumentos, motivo de los himnos que los amigos y los defensores del pueblo no se cansan de cantar con un calor, un entusiasmo, una energía, que me pondría en cuidado por su pecho, si no tuviera cien y cien razones para creerlo mas robusto que su cerebro.

En último resultado, todo el mundo está contento o debe estarlo, que es lo mismo. La nación es menor, sin duda, para el manejo de su dinero y su libertad; pero también es cierto que no se mezcla en nada, y se evita mil zozobras y mil inquietudes. Si trabaja día y noche sin interrupción, sin descanso, al menos no se pierde el fruto de su trabajo; ya sabe a donde va a parar; y esto es un dulce consuelo, un placer inesplicable! Lloro de ternura solo con pensarlo. Estiende, Akuman, estiende tus manos sobre la pupila y el tutor. Imploro para ellos tu bendición.

XXXVIII.

DAHMAN A SCHARIVER.

(El que bendice al pueblo al rey equitativo.)

Escarnio y corrupcion de la justicia.

En el désorden actual, Schariver. ¿qué se puede esperar de los poderes establecidos? ¿Qué son en todas partes, qué pueden ser mas que la espresion del egoismo universal, como las máximas de su política son su teoría y aun diría su legislación? El derecho, cuyo conocimiento ha jeneralizado el tiempo poco a poco en la conciencia de los pueblos, no se parece en nada al derecho que les rije de hecho. En ellos todo está combinado de muchas maneras para mantenerlos bajo una dominacion opresiva, porque los despoja de la dignidad de hombres, inseparablemente ligada a la libertad y al ejercicio de la libertad, y porque hace de ellos a la vez la mina que se explota y el instrumento de la explotacion. Además, cuando sus verdaderos intereses, en armonía con el deber, debieran establecer entre ellos relaciones fraternales, vínculos amistosos, y por consiguiente útiles a todos, se les constituye en un estado de aislamiento y de rivalidad, de reciproca desconfianza, de antagonismo envidioso y rencoroso. A las puras y dulces leyes de la familia, bajo las cuales estaban destinados los hombres a vivir, han sustituido una organizacion de conquista. Siendo iguales al nacer, han introducido entre ellos una desigualdad impia; y siendo libres al nacer, se han forjado cadenas. En vano la naturaleza jime y se indigna; en vano, en los males que se eslabonan uno en otro, advierten las naciones su extravío; en vano los Amschaspands se esfuerzan en conducirlos a la senda de Ormuzd, pues en lugar de hermanos dispuestos a prestarse mutua ayuda, a tenderse con amor una mano benéfica, no se ve sobre la tierra profanada mas que rebaños de esclavos sometidos al trabajo por señores armados de látigo.

Como la causa de estos vicios abominables de las sociedades está en las pasiones humanas, debilmente contenidas por las creencias morales, faltas de vigor, se les vé bajo cualquier forma de gobierno. Los artilicios por cuyo medio se ha procurado aminorarlos en algun punto, han, por el contrario, agravado el mal; pues se han multiplicado los dominadores, disminuyéndose por la division su responsabilidad personal. Era preciso satisfacer mayor número de deseos, y cada cual, sin tanto esfuerzo, ha podido, con menos pudor y peligro, conceder mas a la jeneralidad y exigir mas para si mismo. Entre el poder de uno solo y el poder de todos no existe, en realidad, mas que medios falazes y decepciones lamentables. Tal vez se podrá ir gradualmente del uno al otro; pero el camino es difícil, peligroso, y, si se prolongase, las paradas serian mortales.

Los gobiernos equívocos, cuyos principios solemnemente cimentados jamás producen consecuencias, van a parar forzosamente a un sistema de falsedad e hipocresia. Esto se advierte en todo, y especialmente en la administracion de justicia, o de eso que con amarga ironía llamamos con tal nombre.

Inaccesible esta para el pobre, a causa de la enormidad de los gastos que exige, nada tiene que esperar de ella; pero me engaño: hay casos en que ella misma va a buscarlo fatal e inexorable. Si, por ejemplo, deja uno, al morir, a sus hijos algun miserable peculio, algunos muebles viejos, una miserable tarima, ella se presenta al punto y procede hasta que no les queda mas que el polvo de la buhardilla, de donde el propietario los arroja al dia siguiente.

Todavía le persigue por otros conceptos. Si la edad le ha reducido al estado de inacción, o las enfermedades que la miseria trae consigo le obligan, en el último extremo de la desnudez, a acudir a la caridad pública, entonces he aquí lo que pasa: se le arresta y se le conduce ante un tribunal. Yo fui una vez testigo de una escena de esta naturaleza, que jamás se borrará de mi memoria: todavía tengo ante mi vista el desdichado que estaba sentado sobre el banquillo, cubierto de harapos y debilitado por el sufrimiento. El juez le hace levantar: Estais acusado, le dice, de no tener domicilio ni modo de vivir conocido, y se os impone un mes de prision. Sali de allí horrorizado cubriéndome la cara.

La ley además está distante de ser igual para aquel que, no poseyendo nada, vive unicamente de su trabajo, y para aquel que, mejor acomodado, compra el trabajo al precio que le parece, y lo convierte en un instrumento de lucro; tanto que parece no haber tenido a la vista mas que los intereses de estos últimos: consecuencia natural, por lo demás, de la institución política, fundada enteramente sobre el privilegio; y como el espíritu de la ley pasa a la aplicación de la misma ley, la justicia no es, bajo este aspecto, mas que el apoyo legalmente prestado a la codicia del rico. La diferencia de las clases produce otra no menor en todo lo que concierne a la represion de los delitos; y esta desigualdad funesta al sentimiento moral, que altera tan profundamente la conciencia de los pueblos, acostumbrándolos a juzgar los actos, no por lo que son en sí, sinó con respecto a las posiciones sociales, y hasta segun las solas diferencias de fortuna, es universal en el mundo.

En muchos puntos lo que sucede, tratándose del poder y de las cosas del gobierno, es todavía peor. La ley misma no es mas que una letra muerta, un código capcioso que se interpreta arbitrariamente, se amolda en todos sentidos, y del cual se hace lo que se quiere, segun las necesidades de la tiranía. Si faltan pretextos, se crean. Se suponen, y después se consolidan estas suposiciones desnudas de pruebas, y muchas veces hasta de verdad. Basta que la sentencia, aunque inicua en su esencia, sea aceptable en su forma. La pasión política, o la de elevarse, es la que anima al juez. En el mismo santuario de las leyes se ve, en lugar de la recta justicia, que pesa con escrupulo la defensa y la acusación, la cólera que hiere o el odio que se venga.

¿Qué sería si hablara de los misterios de una sumaria, de los infames lazos tendidos a los acusados, de las vergonzosas seducciones, de las violencias de todo jénero, puestas en juego para arrancar de ellos execrables delaciones, imputadas a la inocencia, aun después de probada esta? La influencia de los Darvands no se deja ver en ninguna parte bajo un aspecto mas siniestro, porque el antro tenebroso en que se urden estas tramas tiene salidas subterráneas que conducen a este punto.

Nadie pone en duda que la sociedad deba estar defendida de todo jénero de agresiones, ni que el deber de los hombres encargados de velar por la seguridad de sus miembros y por el sosten del orden público sea el de averiguar y castigar a los que lo turban. Pero la ejecución de esta alta y tutelar función envuelve en sí una rigida imparcialidad, una apreciación escrupulosa de los actos y de las pruebas de los actos, el temor de caer en alguno de esos errores por desgracia harto frecuentes en los fastos judiciarios, y cuyas resultas son tan fatalmente irreparables. Superior, por un esfuerzo continuo de virtud, a las debilidades humanas, y siempre desconfiado de sí mismo, de su juicio, de sus arrebatos, de sus involuntarias prevenciones, el majistrado digno de este nombre erige en su conciencia un tribunal, en donde, si acusa, también defiende, y con mayor placer; duda cuando se debe dudar, y en la duda se inclina siempre en favor de la inocencia. Cuando, en vez de esto, se convierte

la acusacion, por amor propio o por interés, en un asunto personal, se establece entre él y el acusado un duelo desigual, se apasiona, procura unicamente hacer resaltar lo que agrava al acusado, buscando aun fuera de la causa, en sus opiniones, en sus juicios verdaderos o supuestos, todo lo que cree conducente a rodearlo de precedentes desfavorables, a escitar en contra suya una cólera secreta, una antipatía tremenda para con aquellos que van a decidir sobre su suerte; cuando para él un acto de condena se llama un triunfo, y el número de los triunfos es el mayor título para el ascenso ¡oh! entonces no se hable ya de justicia, porque es demasiado escarnio.

Así, pues, la corrupcion de la ley y de los ministros de la ley es hoy casi en todos los pueblos una de las señales mas manifiestas y mas horribles de la decadencia jeneral. Un pueblo sufre lo que no ataca mas que a su existencia material, y hasta cierto punto el vicio mismo de sus instituciones, los desaciertos o los crímenes pasajeros de su gobierno; pero lo que no sufre es lo que mata la justicia. Despierta de su letargo, pero no se repone de la enfermedad que destruye en su accion pública el principio moral; porque esta enfermedad es a la vez el efecto y la causa de una descomposicion universal de las costumbres, del vínculo secreto que une a los hombres y constituye el orden, es decir, la vida.

¡Con qué dolor pongo ante tu vista, oh rey equitativo, esta pintura, desgraciadamente fiel, de una sociedad en el estado de decadencia, naciones abatidas, que, sometidas a poderes que están en lucha con nosotros y entregadas a los Darvands, parecen haber perdido el sentimiento de si mismas, naciones extraviadas, tal vez sin esperanza, en las sendas por donde han caminado todos los pueblos que ya perecieron! Pero, si los pueblos mueren, el jénero humano subsiste. De sus cenizas nacen nuevos pueblos, llenos de una savia fecunda, bien así como después del invierno se ve crecer sobre los despojos de las plantas desecadas una fresca alfombra de nuevas plantas.

XXXIX.

KAFITZ A NESORCH.

(El espíritu de la podredumbre al que maltrata a los muertos.)

Progreso de la corrupcion en el cuerpo social.

HABIENDO nacido juntos, Nesorch, y permanecido siempre unidos por la identidad de gustos e instintos, vivimos separados, lejos de la bulliciosa turba, y para entre nosotros, bastante ruin y miserable de los Darvands. Hay en el mal misterioso que solo nosotros conocemos. Los demás, quiero decir, los mas ilustres ¿qué hacen? Por diversos medios, mas o menos injeniosos y mas o menos poderosos, atacan la vida, y destruirla es su fin; para ellos nada hay tras ella. Tú persigues mas allá de la muerte.

Yo te preparo el camino, me deslizo e introduzco, dejando en pos de mi una huella que sigues a la luz fosfórica y al olor de cadáver que estampa por la noche mi paso silencioso.

Yo he surcado en todas direcciones la tierra, y ¿qué presenta hoy que no esté podrido o dispuesto a podrirse? ¿Qué queda en ella sano? ¿Habrá punto donde no haya derramado yo mi veneno? ¿Quien ha dejado de sentir mi tacto y de respirar mi aliento? Observa los hombres y las sociedades; y verás que relijion, leyes, costumbres, razon, conciencia, todo se descompone a la vez, y hasta los cuerpos mismos, sin savia, afeminados, degradados, se asemejan cada dia mas a gusanos escapados de la tumba.

El mundo, Nesorech, el mundo entero no es mas que un frio sepulcro habitado por pueblos muertos. Colócate encima, haz allí tu cama e imprégnales de los húmedos vapores que se desprenden de ti. Comunica tu fuego a esas fétidas cenizas, estrecha entre tus brazos esos horribles esqueletos, manchados con tus lascivas caricias; y que a la vista de su criatura, casada con el rey de los gusanos, se estremezca Ormuzd de horror y de pesar.

XL.

EIATHREM A MEDIOZEREM.

(El que hace crecer los frutos y los animales jóvenes al que da la leche.)
Nada muere sinó para renacer.

¡CUAN puro, cuan fecundo y radiante de hermosura y juventud aparece todo en esta tierra, flotante como una flor celeste en el fluido etereo! ¿No te sientes, Mediozerem, embriagado de un santo arrobamiento cuando, al nacer la aurora, el húmedo manto de la naturaleza, impregnado de los fuegos que nutre Atar (1), exhala a lo lejos nubes de perfumados vapores? Las plantas, al despertar de su nocturno sueño, toman un colorido mas verde; los tiernos pajarillos en el fondo de los bosques, los insectos bajo la fresca yerba, la infinidad de seres que pueblan los bosques, los prados, los arbustos, hasta la arena y las áridas rocas, cantan, murmuran, zumban, elevan todos juntos sus mil voces para saludar al astro que va a aparecer y bendecir a su Hacedor. Por todas partes se ostenta el movimiento, el júbilo, un indecible bienestar, una vida que se transforma y jamás se agota, parecida a un soplo que se debilita y reanima alternativamente, a la melodía que, naciendo del silencio, hiere con eco mas dulce y mas sonoro.

Los ministros de Ahriman, en su lengua, falsa y mendaz como ellos, tienen una palabra sin sentido, la muerte. Las formas cambian, la envoltura del ser nace y fenece, pero el ser queda. Creen asirlo, apoderarse de él, y no hallan en sus manos mas que el despojo inerte, que, obedeciendo a las órdenes sagradas de Ormuzd, lo descomponen para prepararlo a nuevos usos. Así el invierno con sus frios y sus disolventes lluvias prepara las producciones de la primavera, que le debé seguir.

Ejercen, sin duda, otro jénero de poder sobre el hombre; consiguen acaso, engañándole, hacerlo cómplice de sus designios y de su verdadera ruina; pero esta ruina, siempre incompleta, ha querido el supremo Monarca que tarde o temprano la reparase. Inspirado por su luz, animado por su amor, se levanta, sale de la tumba, a donde van a buscarlo los impuros Darvands para saciar su inmundada hambre.

XLI.

CONTESTACION DE MEDIOZEREM A EIATHREM.

(El que da la leche al que hace crecer los frutos y los animales jóvenes.)
Restitucion futura del mal al bien.

¡Qué dulce es para mí tu voz, hermano mio! Me consuela y tranquiliza; es para mí lo que para el hombre, después de las fatigas de un día abrasador,

(1) El que atiza el fuego.

la fresca brisa de la noche susurrando en las tiernas ramas. Me parece que tus palabras me hacen conocer mejor la admirable sabiduría del Señor a quien servimos, la maravillosa bondad del Padre, que desde el fondo del eterno reposo esparce su amor y sus beneficios sobre innumerables criaturas. Yo no comprendo ni el mal efectivo, ni aun la idea del mal, y me conduelo de los Darvands, cuya vida se consume en insensatos esfuerzos por asir ese fantasma lúgubre, informe, por dar un cuerpo a esa sombra vana. Un tiempo vendrá en que, cansados de su estéril trabajo, curados por el sufrimiento que se imponen a sí mismos, sus ojos se abrirán y se encorvará su altiva cerviz; un tiempo en que, precedidos de su jefe, iluminado por la luz de que huye, investido de su esplendor, en el fondo de sus abismos tenebrosos, se prosternarán arrepentidos y purificados ante aquel cuya rebeldía insulta y cuya piedad les espera.

Cuando, arrodillado a los pies de la Madre universal de los seres, comprimo con un piadoso respeto sus castos pechos para hacer brotar el licor alimenticio que nutre a todos sus diversos hijos, entonces, pensando en los infelices extraviados a quienes una sed ardiente devora en el desierto que se han formado, invoco con toda la efusión de mi corazón el día dichoso y santo en que les será también concedido saciarla en la fuente de la vida; en que, cesando de enturbiar sus aguas, nos ayudarán a distribuirlas a la multitud, que aspira a ella con ansia; en que ellos y nosotros, y todos cuantos piensan y abrigan amor, y cuantos sienten, no formarán más que una familia, de cuyo seno se elevará hasta el Rey todopoderoso, el Criador de los mundos, una plegaria inmortal, una adoración eterna.

XLII.

MITHRA A KHRIDAD.

(*El que fertiliza la tierra al que lo produce todo.*)

Lucha de las pasiones ciegas del hombre contra los beneficios de la Providencia.

EL astro que anima con sus fuegos esta rejion del universo comienza, Khordad, a abandonar en su movimiento oblicuo, los lugares donde ahora me encuentro. La tierra se contrista, su hermosura se marchita, la yerba amarillea, las hojas rojizas se desprenden de su tallo, arrancadas por el más débil soplo, las nubes se arrastran por el suelo o se mecen con pesadez bajo un cielo triste y manchado. Sea que me domine también el aspecto de los objetos exteriores, o sea cualquiera otra la causa, es lo cierto que experimento una especie de abatimiento, y me oprimen negros pensamientos.

¿Cual es, puro Amschaspand, el fin de nuestros afanes? ¿qué producen al hombre, que ante todo debiera recojer su fruto, que es su objeto principal, según el precepto santo de Ormuzd? Yo me lo pregunto, y no sé que responderme.

Si hay en el globo rejiones que las leyes de la naturaleza condenan a la esterilidad, desiertos ardientes o helados, cuyos ecos no repiten otras voces que las de las tempestades; en virtud de estas mismas leyes, por todas partes, en los cerros, en los valles, en los bosques, en los llanos, abundan los seres vivientes, producciones de toda especie, que el trabajo multiplica indefinidamente. Y sin embargo, en todas partes, solo a fuerza de trabajo alcanza a cubrir sus primeras necesidades, bien a menudo carece de lo indispensable, sufre hambre y a veces parece al pie del espléndido banquete que nuestros cuidados le habían preparado. ¡Así, como no asombrarse? ¿cómo, a la vista de tan extraño mal, no lamentarse dolorosamente?

Por muy inexplicable que parezca, tiene, sin embargo, su razon. ¿Es, por ventura, a nosotros a quienes se debe acusar? Después de un serio exámen en presencia de aquel a cuyo ojo nada se oculta, yo osaré contestar: No, sinó al hombre mismo, engañado por los Darvands, y estraviado y ciego por sus pasiones.

Ellas son las que en todos tiempos, desde que existen pueblos, han presidido a su organizacion. Enemigos los unos de los otros, cada uno, ademas, no presenta interiormente en su constitucion mas que un sistema de egoismo y antagonismo, que a un pequeño número de privilegiados somete la multitud oprimida por la fuerza. Ni un átomo de justicia, y de humanidad todavia menos.

La clase superior, investida de la autoridad pública, se sirve de ella para convertir en su provecho propio el trabajo de la clase dependiente. Propietaria del suelo, quiere que esté produzca solo para ella. Quien cultiva para otro, cultiva mal, porque sus sudores serán estériles para él. De aquí nace que, al cabo, el cultivo ha perecido siempre bajo el réjimen de la servidumbre. Crea desiertos en que el viento hace rodar juntamente el polvo del amo y el del esclavo.

No solamente el cultivo declina, en cuanto a sus resultados de utilidad jeneral, por la atribucion esclusiva del suelo a algunos, sinó que una parte de este mismo suelo, poco productiva para admitir cualquiera clase de particion del producto, queda enteramente inculca. El poseedor, que no puede ni quiere aplicar a aquel su trabajo propio, no se utiliza de él, o muy poco, e impide a otro utilizarse de lo que fuera suficiente para vivir. De este modo aniquila una parte del patrimonio comun.

No es esto todo. La porcion cultivada, no estándolo sinó por medio de la particion de los frutos, particion que representa un salario, el poseedor, por aumentar su parte, tiende constantemente a disminuir el salario y aumentar el valor equivalente de los frutos, cuyo indispensable cambio restituye a sus manos el salario pagado; y esto en una proporcion tanto mayor cuanto menor es el salario y mas subido el precio venal de sus frutos: por manera que el último término de esta progresion, creciente para el uno y menguante para el otro, daria por resultado un trabajo puramente gratuito, y, por consiguiente, la muerte del trabajador, que no subsiste mas que de su trabajo. Hay, en efecto, comarcas donde ya casi se ha tocado este término, donde el hambre es permanente, donde el hombre, viviendo sobre un suelo rico, vejeta en tal estado de desnudez, en tal imposibilidad de satisfacer las mas indispensables necesidades, que no se sabe a qué comparar criatura tan miserable. Y, sin embargo, estas comarcas abundan en los bienes que Ormuzd prodiga a todos los seres, y estos bienes pertenecen al trabajo de esos hombres desheredados, y andan desnudos como las bestias del campo, y son mas desgraciados que ellas, pues perecen de hambre en el centro de la abundancia que han creado sus brazos. Esto es lo que veo, Khordad, desde la creacion de los siglos, y aun no puedo comprenderlo: es para mí un misterio, un sueño.

Por todas partes reina el mismo desórden, en diferentes grados y bajo diversas formas. Aquí las carestías son facticias, organizadas por una industria atroz de infames especuladores, que arrojan friamente al sepulcro a millares de victimas sacrificadas a su execrable avaricia. Mas allá es la clase gobernante, que, vendiendo al pueblo su subsistencia, y queriéndosela vender a mas alto precio, prohíbe, del modo que su destreza se lo sujere, la entrada de los productos estranjeros, que sin duda le aliviarían; lo sitia por hambre y lo encierra entre esqueletos.

He oido decir algunas veces que la poblacion, mal repartida, se agolpa en

número demasiado excesivo sobre ciertos puntos del globo. No hay, según creo, ninguno de esos puntos donde los hombres, por numerosos que sean, no puedan vivir con comodidad, y aun prosperar, si nada turbase sus relaciones externas, si las desconfianzas de los dominadores y sus pasiones codiciosas, quebrantando los vínculos que deben unir a las naciones entre sí, no violaran incesantemente y a su placer las leyes bienhechoras de la naturaleza.

Es bien cierto, sin embargo, que se remediarían muchos males llamando una parte de estas poblaciones compactas a territorios inhabitados, que ellas mismas fertilizarían, aumentando de este modo el bienestar jeneral. Mas de la mitad de la tierra carece todavía de habitantes, y esta mitad es la que, en su conjunto, ofrece al hombre los mayores recursos, y donde su trabajo sería mas fecundo. Pero las mismas causas que turban en cada pueblo la acción de las leyes conservadoras de la humanidad, obran igualmente de pueblo a pueblo, y en esta esfera mas estensa producen efectos no menos funestos. Anidados el uno respecto al otro de una torpe rivalidad, parece que no se ocupan mas que en perjudicarse mutuamente, en cerrarse el camino por donde cada uno podría, mejorando su posición, mejorar también la de todos, puesto que todos son solidarios, y en virtud de su esencia, el bien estiende sus rayos como la luz, y se esparce como las aguas que se precipitan de algun lugar elevado. Que se forme en cualquiera punto, sobre una costa desierta, cerca de un rio solitario, una vivienda pacífica; que una nación ponga allí el débil jérmén de un futuro pueblo, y al punto los demás se ponen en alarma. Atormentados por una odiosa envidia, no tienen mas que una idea; arruinar, destruir por medio de violencia o artificio ese establecimiento que les ofende, suscitar obstáculos sin número; y se tienen por dichosas si consiguen, aunque sin provecho para sí, privar a otro de las ventajas que le promete su inofensiva industria, e impedir esa piadosa y lejitima conquista obtenida sobre la naturaleza inculta.

Y los hombres se quejan! y, alzándose hasta el mismo Ormuzd, blasfeman de su bondad, de su sabiduría, le piden cuenta de sus padecimientos, de los males bajo cuyo peso se arrastran con tanto dolor! Que desciendan mas bien a sí mismos, y encontrarán la verdadera causa, la única causa de las calamidades cuyo fúnebre cortejo les acompaña desde la cuna a la tumba; y tal vez el espectáculo de su miseria interior, de las llagas secretas de su alma, le inspire al menos el saludable deseo de una curación que estará próxima desde que la quieran con firmeza.

XLIII.

ASTUCIAD A EGHETESCH.

(El que no piensa sinó en el mal al jenio de la corrupcion del corazon.)

Los economistas.

Tú y yo, Eghetesch, nos repartimos el hombre casi todo entero. Tú te apoderas de su corazon para corromperlo, para alejarlo del bien, y yo de su alma para ofuscarlo, para desviarle de la verdad, y, sin que ninguno de nosotros lo haya solicitado, nos ayudamos mucho en nuestro respectivo propósito. El deseo y el pensamiento se buscan naturalmente uno al otro, y siempre concluyen por encontrarse.

En jeneral yo me propongo dos cosas: debilitar las creencias y falsearlas.

No se pondrán en duda mis triunfos sobre el primer punto. ¿Cuando ha sido mas profunda y universal la duda? Nadie se adhiere, ni aun a lo que la con-

viccion obliga. Se dice: Así me parece; pero ¿no me engañaré. ¿Quién lo sabe? La razón, desconociendo de sí misma, tiene constantemente abierto algún paso secreto por donde huye la fe.

Este triunfo me lisonjea ciertamente. Debilitar las creencias es cosa de alguna entidad, que tiene aquí aprecio; pero falsearlas es más todavía. También me he valido de un medio muy particular, y no he perdido el trabajo. Es verdad que esta bella raza humana ofrece para esto maravillosas facilidades. No hay barbaridad, disparate, atrocidad, por monstruosa que sea, de las cuales no sea su cabeza como su domicilio natural. Podría presentarte innumerables ejemplos; pero tomemos a la ventura uno solamente.

Tú sabes como hemos llegado, marchando cada cual por diferente lado, según sus miras particulares y su carácter, a descomponer, a trastornar, a desconcertar, de tal modo este pobre mundo, que, para gloria inmortal de nuestro ingenio, lo hemos convertido en una especie de infierno para sus habitantes.

En vano los Izeds aguzan su ingenio, en vano Mithra y los suyos redoblan sus esfuerzos, escitan del mejor modo las fuerzas fecundas de la tierra, multiplican sus productos, pues con eso no reportan gran ventaja. La miseria, una miseria horrorosa, devora a la muchedumbre, y nosotros tenemos la satisfacción de verla por todas partes desnuda, jadeando, caminando hacia la tumba, por entre las angustias del hambre y de las enfermedades que acarrea.

Conviene saber lo que según el capricho o el humor que me domina, les hago decir en seguida. Hay quienes aseguran que el mal proviene del primer hombre, que vivió algunos miles de años ha, por haber comido fuera de sazón y que después los demás no debían haber comido nada absolutamente, en justo castigo de la gula de su padre. Esta solución ha dominado más tiempo a causa de su claridad y evidencia; pero los Izeds me la han adulterado introduciendo preceptos de su caletre.

Otros, alzando sus voces en coro, han cantado a la tierra al trabajo, al crédito, a la industria, al comercio. ¡Mortales, regocijaos, despojaos de vuestras vestiduras de luto; coronaos de flores; vuestra suerte va a cambiar; ya no habrá pobres, la ley de la riqueza ha sido al fin hallada. ¡Oh qué bellos cantos aquellos, Eghetesch! Es lástima que hayan venido a espirar en un hospital.

¡Un hospital! Pero me engaño; eso sería un lujo de los más perjudiciales. En la metrópoli de la doctrina, estancia de mi elección y de mis delicias, allí, tierna patria del producto neto, no hay hospitales. Cuando un hombre, cuya bolsa se halla no menos vacía que su estómago, tiene la insolente pretensión de comer, se le mete en la jaula, y hele convertido en ardilla. No hay receta más eficaz para curar los apetitos importunos.

Muchos, sin embargo, no ven en ello más que un simple paliativo, una medida parcial e ineficaz, si no se generaliza; sobre lo cual, penetrando hasta el fondo de las cosas, han hecho este soberbio razonamiento: Los hombres sufren. Y porqué? Porque unos poseen mucho, y los otros muy poco. ¿Qué remedio para esto? Es cosa clara: que nadie posea. Entonces las diferencias se disolverán y desaparecerán en una perfecta igualdad: ya no habrá querellas ni disputas. ¿Como queréis que se dispute la nada? En esta carencia absoluta de toda propiedad personal e individual, el Estado será la jaula, y no habrá uno solo de sus miembros que no sea enjaulado, fuera de los jefes del Estado, bajo cuya suprema dirección jirarán todos los demás: lo que sin duda alguna presentará un espectáculo tan consolador, tan encantador, que el universo deramará lágrimas de gozo y admiración. La antigüedad había entrevisto esta solución filosófica del problema social: por desgracia su jaula, aun para ella misma era demasiado estrecha.

Acaso creerán que, después de esto, ya no hay nada que inventar. Ah! tú

conoces poco a mis discípulos, pues no son jentes que se paran en tan buen camino. Además estas ideas, tan dignas de ellos, no lo eran tanto de mí. Yo he querido conducirlos mas allá, inculcarles una doctrina mas sólida todavía y mas sustancial. Escucha atento.

Dos clases hay de hombres: unos que disfrutan, y otros que padecen; o en otros términos, ricos y pobres.

¿De donde procede esto? Porque hay pobres? Porque la cantidad de riquezas existentes no permite que todos sean ricos, y porque, repartida ella con mas igualdad, quedarían menos angustias para los pobres, habría menos abundancia para los ricos y menos caprichos satisfechos; lo que sería una manifiesta calamidad horrorosa, una escandalosa maldad. La pobreza, en su esencia, nace de un exceso de poblacion. En su imprevision, el pobre osa querer ser esposo y padre; osa crearse una familia, a pesar de la razon, que iuperiosamente le manda abstenerse de ella. De aquí nace el acrecentamiento desordenado de la especie, que es una violacion de las leyes naturales. Pero violar las leyes naturales es lo que propiamente se llama crimen: por consecuencia el pobre es culpable de haber nacido, de vivir, y sobre todo de transmitir su miserable vida. Y consiguientemente prestarle ayuda sería fomentar, recompensar el crimen. Guardaos, pues, de eso sobre todo, vosotros los que tenéis a vuestro cargo los intereses de la humanidad, el orden, la justicia, la virtud. Ahogad en vosotros mismos la funesta simpatía, la viciosa conmiseracion, que os reduciría a haceros cómplices de un delito que debéis detestar y castigar. No os apiadeis del padre, de la madre y de los hijos que sean bastante perversos e impíos para reclamar lo que con la mayor insolencia llaman derecho de vivir.

Este lenguaje te sorprende, Eghestech, y no te atreves a creerlo posible. Pues bien, vas a oírlo de la boca misma de los corifeos de la escuela, a que concedo la gloria mas brillante y mas sólida.

«Reconocer en los pobres un derecho a la limosna, es autorizarlos para exigiría por la fuerza; es aniquilar el derecho de propiedad.» (1)

«El hombre que se ha casado sin tener la esperanza de mantener su familia, debe ser abandonado a sí mismo; su accion es inmoral, y la miseria es el castigo natural y justo.» (2)

De aquí se sigue que, cuando Ormuzd, al principio de la creacion, dijo a los mortales: «Creced y multiplicaos», les dió el mas necio y mas pernicioso de todos los consejos; que la sabiduria debe tender a despoblar la tierra; que entre todos los poderes bienhechores ninguno tiene derecho a mas alto rango que la guerra, el hambre, la peste, que tan neciamente son eliminadas; y que tenia sobrada razon aquel sublime ministro, que, meditando los medios de asegurar la felicidad del imperio que le estaba confiado, formaba el piadoso proyecto de que sus mas hermosas provincias pudiesen hundirse en el seno de los mares, y morar allí por espacio de veinte y cuatro horas solamente.

Es verdad que de los jefes de las sociedades, no todos tienen la misma fuerza de espíritu y aun la misma franqueza. Con todo, sería uno bien ingrato en no reconocer, en la reunion de todos sus actos, en el sistema que les sirve de ley, una dichosa influencia, una aplicacion mas o menos estensa, mas o menos directa, de los principios que he sabido oponer a la odiosa doctrina de los Izeds. Estos dicen a los hombres: «Obedeced a los deberes, a la ley que manda dedicarse, sacrificarse por los demas.» Yo les digo: Pamplinas; burlaos del deber; cada uno para sí; jamás vacileis, individuos o pueblos, en sacrificar los demas a vosotros mismos.

1) Duchatel.

2) Malthus.

Estas máximas prosperan. De los gobernantes, que las han comprendido al punto maravillosamente, descendiende hasta los gobernados, y cada vez se propaga mas. Que continúe el progreso, y en el objeto privilegiado de su solemne celo, contemplarán los Amschaspands a la mas risible, la mas miserable de todas las criaturas. De hecho, Eghetesch, ¿qué falta para que las cosas lleguen a este estado?

XLIV.

ZARETCH A AKUMAN.

(El que destruye el bien a la inutilidad absoluta.)

Los filántropos.

QUIERO hablarte hoy, Akuman, de una raza de jentes muy numerosa aqui y que me agrada mucho. Existen en ella diferentes variedades, pero todas se clasifican bajo el nombre de Filántropos. Abundan tanto que no se encuentra otra cosa. A medida que el mundo se sustrae a la accion del fuego celeste que emana de Ormuzd, y se enfria, ellos van multiplicándose. Se parecen a esos animales acuáticos que nacen a millares bajo los hielos del polo.

Ya sabes que hemos modificado notablemente de hecho el programa de los Izeds, sus arreglos de familia, y que las cosas, en este mundo, no siempre marchan precisamente como á uno le acomoda. Podria sin gran trabajo imaginarse una vida mas tranquila y mas dulce que la de sus pupilos. Les predician con tono patético virtudes hasta nunca acabar; y nosotros al menos les hemos proporcionado la ocasion habitual de practicar heroicamente una, la que llamian paciencia.

A la verdad, esta virtud es un poco penosa, y a la larga cansa. He ahí porqué los mismos Izeds han creido prudente aconsejar hacerla menos necesaria. a fin de que los hombres, propensos a gastarla con sobriedad, no le perdiesen del todo el gusto. De aquí procede la invencion de la caridad. La caridad es una ayuda-paciencia, y no se podria negar que, si nuestros enemigos llegasen a establecer su reino sobre la tierra, esta cambiaria completamente de aspecto, pues, en sustancia, el sufrimiento de todos casi no tiene otra causa que el egoismo de todos. Los hombres lo conocen por instinto, y aun lo comprenden, en ciertos limites: tanto es lo que salta a la vista; y de aquí procede que con dificultad se les conduce a rechazar en teoria los malvados preceptos de esta caridad tan perjudicial.

Nuestro interés, pues, nos manda no chocar muy directamente, a imitacion de algunos maniacos, con sus ideas sobre el particular, espresar nuestra doctrina de modo que no hiera a los débiles, evitar el presentarla desnuda, y vestir el egoismo con un traje decente.

Esta era, Akuman, una tarea que me convenia. Hallaba provecho y distraccion en ella; la prosperidad de nuestros negocios y el aumento de deberes para con esos pobres Izeds, estupefactos de ver su obra transformada por mi; y para sus abijados era una exhibicion nueva y solemne de las raras cualidades que nos hacen tan querida esta ridicula especie.

El distintivo de la caridad es partir del individuo, a quien crea desde luego, deberes inmediatos para con los objetos que le son mas allegados, deberes cuyo circulo, estendiéndose a medida que crece su poder, concluye por abrazar al género humano en su vasto recinto.

Para alcanzar mi objeto me ha bastado invertir el orden de esta progresion. Asi la filantropia, en vez de ascender por los individuos al género

humano, desciende del género humano a los individuos. Ya sabes que la ruta es larga para llegar hasta estos, y que en el tránsito, el deber no obliga demasiado. Porque dime ¿qué se debe al individuo como individuo? Nada, puesto que no tiene otros derechos que los de la humanidad entera; menos que nada, puesto que en el instante en que reclama en su propio nombre cualquier cosa se coloca frente a frente de ella, fuera de ella, y por consecuencia fuera del derecho; invierte el orden, viola la ley, y por lo mismo se hace acreedor a castigo.

El género humano es uno, y la filantropía es también una como él. He aquí mi principio más jeneral; principio tan fecundo y conciliador que pone de acuerdo lo que al primer aspecto parece enteramente opuesto: el egoísmo y la abnegación, la conciencia que proviene de los Izeds y el interés que proviene de nosotros. La conciencia dice que nos debemos a nuestros semejantes.—Sin duda que sí, responde el principio: nos debemos a todos, a la humanidad, en la cual todos son solidarios.—Se debe uno a sí mismo ante todo y sobre todo, replica la pasión egoísta. Así es; pero de este modo. Hacer uno su bien es hacer por su parte el bien de la humanidad, el bien de todos; es consagrarse a los demás de la manera más eficaz, a causa de la solidaridad.

Por consiguiente, aunque inmediatamente se debiese algo al individuo, lo cual se puede sostener también si bien mucho menos filosóficamente, siempre sería preciso, para no verse inducido a violar el deber por una falsa apariencia del mismo deber, examinar dos cosas, la realidad de la necesidad, y su extensión. Si la necesidad no es real, el acallarla no es llenar un deber, es hacerse cómplice de un robo. ¿No nos vemos engañados todos los días? Pero dado que la necesidad sea cierta, puede tal vez haber otras mayores. En este caso es claro que estas deben ser atendidas con preferencia. Creedme, pues; no os apresureis, reprimid los ciegos arrebatos de una compasión irracional, endurezeos por filantropía.

Con estas indicaciones puedes tú formarte una idea de las diferentes vías que abro a su conciencia para marchar con soltura en este mundo. Preocupados como se hallan por naturaleza o por costumbre con los preceptos de esta caridad que los Izeds les inculcan, yo les desembarazo de lo que esta tiene de incómodo, que es la práctica, y esto sin ofender directamente la ley, que sin duda los retraería, y aun al contrario perfeccionando a mi modo la teoría. Por manera que, quedando igualmente satisfechas su pasión y su razón, me ofrecen, y nos ofrecen a todos, un espectáculo que agradaría a Ahriman: una extraordinaria corrupción con una extraordinaria imbecilidad, y sobre esto, en calidad de recompensa, una miseria incurable, una carcoma que se introduce en la raíz misma de la vida y la corroe lentamente.

Sabes además que hay filántropos de diferentes especies. La filantropía no es solo una simple doctrina, en cuyo caso poco valdría; es una profesión y una de las mejores profesiones. Hay filántropos que, comprendiendo la universalidad de los males, se proponen someterlos a un tratamiento jeneral, cuyo secreto poseen. Ensáyenlo, que bien poco costará. Ellos nada quieren, nada piden para sí: se les resarcirá de los gastos como es muy justo, y nada más. Otros se dedican a la curación de un mal en particular, y para estos la concurrencia es un perjuicio positivo. Unos hacen pan con la paja; otros caldo con los huesos. ¡Y qué caldo! qué pan! Pero cuidado con abusar, porque ya no es el hambre lo que hay que temer, sino las indigestiones. Por lo demás cada cual mete todo el ruido que puede, anunciando su medicina. Si la regalase, se haría menos aprecio de ella, se estendería menos; pero la vende por amor a la humanidad, y la despacha.

Este filántropo activo, se consagra todo a sí mismo. Es la idea que siempre le ocupa; no descansa, no duerme sino sacrificando a sus se-

mejantes su tiempo y su trabajo; nada hay a que su celo no se resigne, ningún empleo que deje de aceptar con un heroico olvido de si mismo, o que no solicite, aunque sea retribuido con largueza. Otros, no menos celosos, se esfuerzan, en su ardor de contribuir al bien, por atraer hacia su pequeño comercio la filantropía administrativa, y por asociarse, por medio de prevenciones a sus piadosas liberalidades, salvo el entenderse sobre las condiciones. Otros, reconociendo la necesidad de socorros permanentes para una miseria permanente, remueven el cielo y la tierra, abruman al Estado, al público ilustrado a que se suscriba para fundar establecimientos, cuya dirección consienten en tomar jenerosamente, a fin de asegurar su éxito.

Hay algunos que, afectados por las angustias de la multitud hambrienta, organizan comidas de beneficencia. El pobre, a la verdad, no asiste á ellas, pero comen otros en su nombre, lo cual ya es mucho, y le prometen las obras. Otros convocan a los hombres y mujeres sensibles, que tienen atencion al baile, con máscara o sin ella, y los invitan patéticamente a bailar para los famélicos. Pagada la música, y la iluminacion y el refresco, si la caja no queda vacía, no es poco dichoso el pobre! Lo que sobra se les devuelve; y si por casualidad los gastos escuden, jamás se les exige la falta.

Pero lo mas curioso es ver a los filántropos, cuya vasta solicitud, se estiende a la vez hasta lo que en su jerga llaman ellos enfermedades morales y físicas de la humanidad. De uno y otro jénero no faltan en verdad, porque nosotros hemos hecho buena provision; y cuando peso en nuestra balanza el remedio y la enfermedad, me inclino ante los médicos. No, jamás pudiste concebir cosa mas chusca. Elijamos, por ejemplo, a los que toman especialmente bajo su afectuosa proteccion a los presos. Conmovidlos de piedad, al ver la suerte con que la justicia (me agrada mucho este apodo) trata a estos desgraciados, que se cuestra de la sociedad en tan crecido número, se entregan a grandes estudios, meditan, observan, viajan, y de regreso a su casa, habiéndolo visto todo, examinado todo, al lado de una buena chimenea, en una buena poltrona, despues de haber comido, y comido bien, escriben soberbias obras, en las cuales, deplorando las fiestas dulzuras de la prision, piden, en nombre de los mismos presos, que se les quite esto o aquello, proponiendo, a fin de poner coto a esas condescendencias inhumanas, el arrojar vivos al fondo de una tumba muda a sus queridos clientes, y someterlos a un tratamiento que conduce por medio de horriblos tormentos a la tisis, al entorpecimiento de los sentidos, a la locura, y al suicidio.

Estas ideas, y las que se le semejan hacen principalmente alto honor a sus inventores; y es bien sorprendente que no les valgan, con la admiracion de los pronombres *positivos*, un crédito eminente y un puesto elevado en los consejos del pueblo.

He visto que temes la caridad, que es en efecto muy enojosa para nosotros; pero yo espero, Akuman, que la filantropía te recompense.

XLV.

SAPANDOMAD A SCHABRIVER.

(*El jénio de la tierra al rey de equidad.*)

Penalidades del pobre, que se atenuarán progresivamente.—Bienes de que nadie les puede privar.

Me agrada, santo Amschaspands, hablaros de este mundo que he visto nacer, y que veo desarrollarse segun leyes tan sencillas como fecundas; me agrada

da esplayar mi corazón con vos, buscar un apoyo en vuestra bondad, y luzes en vuestra sabiduría, porque mi empresa es grande y a veces penosa.

Una antigua y misteriosa fabula, conforme al jénio de los primitivos tiempos, nos representa un jóven héroe, un semidios, asiendo con poderosas manos una serpiente gigantesca que se ha deslizado en su cuna, desembarazándose de sus lazos, sujetando al enorme reptil, que se retuerce en vano y anunciando con esta victoria otras muchas. Es la imagen de la lucha primitiva del hombre contra la naturaleza. También él ha sojuzgado a la serpiente, roto las ligaduras con que lo rodeaba, y triunfado de sus fuerzas brutas. Y no solamente se ha eximido de la dominacion de la naturaleza sino que la ha sometido a la suya: la inteligencia libre ha vencido a la ciega fatalidad.

Por sus dones espontáneos y por lo que produce con el cultivo, la tierra satisfaría con profusion las necesidades de sus habitantes, si ellos no opusieran innumerables obstáculos a los hondosos designios de Ormuzd. En vez de unirse para alcanzar un objeto de utilidad comun, se aíslan o forman campos enemigos; en vez de ayudarse como hermanos, no piensan de ordinario mas que en despojarse mutuamente. Cada cual se constituye en centro, y quiere que todo venga o afluya a él. Ni simpatia ni aun equidad se ve entre ellos, sino un duro egoismo, una indiferencia glacial hacia los males ajenos, prolongada voluntariamente, si les produce o esperan que les produzca alguna ventaja volunta. De aquí el contraste desolador de una miseria y una opulencia igualmente estremadas, y la corrupcion que ambas producen.

La conciencia obliga a indignarse contra semejante desórden. Quien no aborrece el mal jamás amará la virtud. Pero el mal reconoce por causa primera el esclusivo amor a si mismo, así como el bien es la caridad, el amor puro e inmenso, que comprende en su esfera infinita a la criatura y al Criador. No hay medio pues de curar las heridas de la humanidad, si ante todo no se reanima este amor santo en el fondo de los corazones. Que los anime, que los inspire, y bien pronto se verá renovado el mundo.

Yo no pretendo culpar a los hombres. Si se penetrase en la conciencia de aquellos cuyos actos son menos justificables, casi siempre se encontraría, mas bien una ciega debilidad, ignorancia, flaqueza, que verdadera perversidad. Los Darvands los empujan por una pendiente en que es difícil que los mas firmes se detengan. Inflaman sus pasiones, estravian o pervierten su razon, deslumbrada por falsos resplandores, sirviéndose del bien mismo y de la verdad para ocultar mejor sus artificios y disfrazar mas sus seducciones. Así, de todas partes se elevan hoy voces, que indican el desórden, y hacen resaltar el contraste chocante que poco ha deploraba; y hasta aquí nada hay que no deba elojarse. Pero, bajo la triste fascinacion de Ahriman y los suyos, muchos propagan y agravan el mal, que pretendian querer curar. No me refiero aquí, tanto a las teorías absurdas, las ideas descabelladas, los sistemas insensatos que proponen, como otros tantos medios infalibles de reformar los vicios de la organizacion social y crear sobre la tierra una felicidad, tal como los deseos mas atrevidos puedan apenas concebirla; me refiero menos, digo, a tales estravagancias, que a cierta depravacion de los instintos elevados, del sentimiento de la verdadera vida del hombre, reducida por ellos, en su primero y último objeto, a la satisfaccion de sus necesidades y ambicion: materialismo vil que hace al ser moral e inteligente inferior al bruto, y que de una cuestion de justicia, de deber y de derecho hace una cuestion de fuerza y de groseros apetitos.

Fatalmente impelidos desde entonces al principio del desórden, no saben oponer al egoismo y a sus consecuencias mas que el mismo egoismo. ¿Qué procura cada cual? Apoderarse del puesto de otro; que sufra él a su vez, y que goze yo a mi vez: a esto se reduce toda la reforma. Siendo siempre uno mismo

el móvil de las acciones, tiende a cambiar, no el estado jeneral, sinó su posicion respectiva, ¿Y por qué medios? Irritando al pobre contra el rico, provocándole, aguijoneándole como al toro en la plaza, escitan en su corazon el ódio, la envidia, la codicia, todas las pasiones bastardas. A sus males harto reales, se añaden otros imaginarios, por la opinion errónea que se les hace formar de los bienes de que carecen. Concentrando sus pensamientos sobre las cosas materiales, presentándoselas como el término verdadero de sus deseos, término que huye siempre ante sus ojos; se irrita en su corazon el sentimiento de su miseria, al mismo tiempo que se les priva de los que están a su alcance, los que son superiores a todos los demás, aquellos cuya fuente reside en el alma.

Existe entre estos bienes y la riqueza, considerada en sí misma, una especie de oposicion natural. Con ella se embota jeneralmente los sentidos, y se inclina el corazon a los deseos sensuales, por la nociva facilidad de satisfacerlos. Pero de una codicia satisfecha nace al punto otra codicia, y de esta, otra, y así sucesivamente, sin que ninguno de los gozes que ellas procuran llene jamás el vacío que se siente. Desdeñadas así que son conocidas, jamás dejan tras sí mas que un tedio profundo, sentidos ya gastados, una intelijencia debilitada, el disgusto de todo lo que alimenta y fortifica el ser moral, y cuando el embrutecimiento no ha llegado a ser completo, frenéticos esfuerzos para conseguir lo que no existe, el hambre voraz de lo imposible.

Confundir en el espíritu del pueblo la riqueza con la felicidad, es, pues, romperlo y engañarlo; es, degradándolo por medio de un funesto error que le arrastra a todos los desórdenes que el egoísmo produce, unir a sus sufrimientos el tormento de una estúpida envidia.

Víctima de una grande iniquidad, dígamele que ella no será eterna, que su suerte cambiará, que debe cambiar porque ofende a Ormuzd en sus divinas leyes; que el deber de todos es trabajar por restablecer el reino de las leyes violadas y sumidas ya en el olvido, combatir el mal, efectuar, preparar el bien por todas las vias que estén en armonía con el mismo bien. Repítanse sin cesar estas saludables y piadosas palabras, y mi corazon se regocijará porque no son mas que el eco terrestre de la voz divina, que resuena eternamente en el cielo.

Pero dígamele tambien que, cualesquiera que sean sus males, puede hallar en ellos, si quiere, sobrada compensacion; que entre los dones de la suprema bondad, existen algunos que ningun ser humano podría arrebarle: tales son la paz interior, la conciencia de ser, por la recta direccion de su voluntad, lo que el órden quiere que sea, la inefable dulzura de una commiseracion mútua, de una fraternidad caritativa y benéfica, las afecciones puras, los santos gozes de la familia, el reposo tras el trabajo, placeres sencillos exentos de todo disgusto y de amargos recuerdos; siendo hasta las penas aceptadas como gozes de una felicidad futura, de una vida mejor, hacia la cual llevan el alma, la fe y la esperanza en sus etéreas alas, ya libre de los lazos que la encadenan a la tierra.

Yo he visto al rico ¡oh augusto Amschaspands! en su fausto exterior y en las miserias que con él encubre; le he visto en la embriaguez de sus festines, y en el brutal letargo de sus potencias, presa del incurable tedio, que no le abandona un momento, y no he podido menos de compadecerle con todo mi corazon.

No, el pobre no sabe lo que envidia, ni cual es la parte que Ormuzd le ha concedido en los bienes positivos. ¡Cuántas veces a la hora en que el sol, oscilando en medio de los vapores de la tarde, dora aun con sus últimos rayos las copas de los árboles corpulentos, en esa hora misteriosa en que se adornan los soplos del aire, y en que el silencio se posa sobre los campos alfombrados por las sombras; cuántas veces en mis errantes correrías me he detenido, conmovido y pensativo, en un pequeño valle cerca de una rústica choza! Sen-

tía yo en esta contemplación mas felicidad de la que jamas reinará en los palacios de la opulencia. Una lumbre alimentada por ramas secas chisporroteaba en el hogar en que la madre preparaba el frugal sustento de la familia, volviéndose de vez en cuando y con la soarisa en los labios hacia sus hijos, que jugueteaban a su alrededor, mientras que el mas pequeño, sentado en el suelo, a los pies de su padre e inmóvil como este, ofrecia en su sereno reposo el dulce símbolo de la serenidad de la vida campestre.

Y poco a poco los objetos distantes desaparecian en el aire condensado, y la Noche con su manto de ébano abría a los astros que forman su cortejo las puertas del Oriente, e ininidad de pequeños soles emblanquecian el zenit con su luz alechada y los cielos se estremecian como la madre en su alumbramiento, y salian millares de mundos de los espacios de la inmensidad, y entonces, enajenado yo, y lleno de admiracion, bendecia al Padre de los seres, y adoraba el eterno misterio de su poder y su amor, reflexionando que la débil criatura que reposaba en aquella humilde cabaña contenía en sí misma algo mas grande que todos aquellos mundos, y mas vasto que el espacio en que se verifican sus evoluciones; donde se advertiria cierto vacio si el infinito mismo no lo llenase.

XLVI.

BOSCHASP A ASTUIAD.

(Espiritu de la mentira al jenio del mal.)

Las instituciones y las leyes son mentira en nuestra sociedad.

Tú solo piensas en el mal, poderoso Darvands, y este es tú único placer. Lo creas en tí mismo por una especie de jeneracion perpetua, y secundado por nosotros, hijos de un mismo padre, estienes diariamente el imperio de Ahri-man, que es feliz contemplando en tí, en el vacio de su ser, a su verbo tenebroso.

Nosotros debemos, sobre todo en este mundo de los hombres, estar contentos con nuestros progresos. Cualquiera que sea el resultado final de la guerra de que es teatro, tiene al menos para nosotros fases bastante gloriosas para escitar nuestros esfuerzos y justificar todas nuestras esperanzas.

La tierra depende de nosotros; es como una gran pradera de abundante pasto, cuyos habitantes pacen, guiados por nuestro cayado, las raquiticas plantas que sembramos para ellos. Preciso es, Astuiad, ver ese embrutecido rebaño y oír sus balidos, porque entre ellos los hay de carácter jovial y los hay llorones, y no sé cuales sean mas interesantes.

Aunque cada uno de nosotros conserve entera libertad para obrar, estas diversas acciones, que a veces parecen contrariarse, no dejan por eso en definitiva de converjer a un punto comun. Háilas que solo se limitan a ciertos efectos, mientras que otras son mas jenerales. Así, a semejanza del pintor que cubre su tela de una preparacion propia para recibir los variados colores que ha de aplicar el pincel, Eghetesch (1) apoderándose del corazon de esa débil criatura y nutriéndola en cierto modo de sí mismo, la prepara a todo cuanto nos plazca hacer. Confieso que respecto a este punto seria acreedor a algun reconocimiento, si él no mirase únicamente a su satisfaccion personal y si, absorto y concentrado en sí mismo, no fuese su fin completamente esclusivo. Sin embargo, estoy muy lejos de vituperarle.

En cuanto a mí, que me anima un odio natural a la verdad, la persigo sin

(1) Jénio de la corrupcion del corazon.

descanso, velándola y desfigurándola cuando no puedo destruirla, y cubriéndola con mi sombra, como las abejas cubren con un velo opaco la linaza que ha penetrado en su colmena.

Obsérvese a los hombres, y se verá que entre ellos la palabra no es, por lo regular, la espresion sinó la máscara del pensamiento, su imájen engañadora. El comercio habitual, las relaciones de todas clases de que se compone la trama de su existencia ¿qué son sinó un cambio recíproco de ficciones y mentiras? Yo los ejercito en finjir y disimular, en disfrazarse de todas maneras, en mostrarse cual no son; y serian bien ingratos en quejarse cuando ganan tan asombrosamente en ello.

Segun las disposiciones mas o menos felizes que hallo en ellos, los educo desde la mentira sencilla hasta la impostura, y desde esta a la hipocresia. Esta forma el último grado de la escala, no tanto a causa de su perfeccion intrínseca, cuanto porque constituye un estado permanente y se despliega en una esfera mucho mas elevada, variando además segun las diferencias de la sociedad misma: hipocresia de piedad o relijiosa, en los tiempos de creencias; y en otros, hipocresia de sentimientos, de principios, de probidad y de humanidad. En el dia todas brillan por igual. Imaginate, pues, el efecto de estas luces ambiguas sobre los pobres Izeds, y su deslumbramiento a la vista de esta magnífica iluminacion.

Esto era ya, a mi parecer, un brillante resultado; y sin embargo no me he contentado con eso, pues aun podia hacer mas. Me causé luego de obrar en detalle y uno a uno sobre los individuos de esta débil especie, y se me ocurrió la idea feliz de operar mas en grande, sobre pueblos enteros. Esta empresa me arredró al pronto, porque esperaba una viva resistencia de su parte; pero muy lejos de esto, se han prestado maravillosamente a cuanto de ellos he querido. Yo hubiera preferido, para dejar mi amor propio satisfecho, una victoria mas difícil y disputada.

La sociedad en jeneral está basada sobre lo que los Izeds denominan justicia, derecho, deber, y sobre leyes e instituciones que se derivan de ellas y que las organizan en cada sociedad en particular. Yo nada he cambiado de todo esto, absolutamente nada, illustre Dew. Fija por un solo momento tus miradas sobre la tierra; examinala y escucha; que ninguna nacion, tribu, horda, ni colonia se escape a tu investigacion, y por todas partes oirás hablar del deber, del derecho y de la justicia. Pero, ¿qué es esa justicia tan decantada? La fuerza bruta. ¿Y qué es el derecho? La pasion y la codicia unidas a la fuerza. ¿Y el deber? La necesidad de ceder a la fuerza. Conservando las palabras, porque ya están admitidas, me he contentado con esta ligera modificacion del sentido primitivo; y preciso es que tenga yo una lengua fácil, porque estas jentes, aunque de un talento bastante limitado, todo lo han aprendido de carretilla, y se creeria que es su lenguaje natural.

En cuanto a las leyes y las instituciones, las hay, y muchas, que te agradarian, en las que se descubre desde luego nuestra inspiracion. Verdad es que otras presentan un carácter muy diferente, como fastuosas producciones de nuestros rivales, en las que se contemplan y admiran. Estas tienen para mí un atractivo particular; pero me guardo bien de tocar a su exterior, y dejo a los Amschaspands el placer inocente de contemplar esos escelentes frutos, cuidados por ellos con un celo lleno de ternura, en tanto que yo los agujereo y me acomodo en su interior. Oh! qué buen asiento! qué cómodo estoy en él! y cuan dulcemente descanso!

Hay después las ficciones legales, que son las mas chistosas de mis invenciones. Con ellas un bribon pasa por hombre honrado, y un necio por hombre de talento. Por una ficcion semejante, se declara impecable al picaro mas con-

sumado, y otro es proclamado inviolable por la ley, aunque se le arroja con política o se le corta la cabeza, cosa que como tú conocerás, es una ficción bastante ingrata. Los hay que no responden de lo que hacen, mientras otros por el contrario responden de lo que no hacen; especie de justicia ficticia estremadamente admirada aquí, no siendo casi toda ella mas que una ficción de la misma clase. Hay tambien derechos ficticios que dependen, no del fondo sino de la forma de las cosas, y estos son los mejores. Por otra parte ¿quién fia ahora de los demas ni quien cree en nadie? Hay algunos imbéciles obstinados, a quienes las lecciones, por oficiales y severas que sean, no acaban de desengañar. Pero de todas las ficciones la mas atrevida, la mas vasta, la mas rara, la mas admirable y satisfactoria, es seguramente la ficción solemnemente titulada *soberanía del pueblo*. Indudablemente el pueblo es soberano; y esto es mas que un principio, es un dogma; el pueblo es el orijen de todos los poderes, que son ilegítimos si no emanan de él o no estan sometidos a su voluntad; y a fin de que sus titulos fuesen eternos los ha grabado sobre hierros, que, bien apretados y remachados, llegan, pesando sobre sus carnes, a introducirse hasta los huesos.

Yo no oigo discutir el mérito de los demas Darvands, ni de sus obras; pero examínese con detencion la sociedad humana, escudriñense todos sus rincones y escondrijos, y consiento en pasar por la mas necia de todas las criaturas, incluso el hombre, si no es todo en ella falsedad, ilusion, mentira y decepcion. Ahora bien ¿no tengo derecho para estar orgulloso?

En fin, he aquí lo que es cada pueblo considerado individualmente. Tienen además relaciones mutuas reguladas por lo que llaman derecho de jentes, acerca del cual han escrito los pedantes libros voluminosos, en que nuestras máximas y las de los Izeds estan de tal modo mezcladas y confundidas, que a ti mismo, Astuiad, desafiaria yo a que pudieses imaginar un caos mas intricable. Resulta de todo esto que en las querellas cada cual tiene siempre el derecho de su parte; grande y sublime consuelo a la verdad para cuando se han degollado entré sí. Además, la mezcla de principios tiene de cómodo el permitir una particion: cada cual reserva para sí los nuestros, que son naturalmente preferidos, y cede a los demas los de los Izeds, llegando hasta a imponerselos; y es entonces cuando son buenos, respetables y venerandos. Pero, no queriéndolos nadie sino para los demas, se les desecha, de manera que ese pobre derecho *izediano* pasa su vida en el aire.

De hecho, en la esfera política, las relaciones de unos pueblos con otros, dependen esclusivamente de Savel (1) y de mi. Nosotros gobernamos al mundo como soberanos, mandando a los que en él mandan. Solo una cuestion predomina constantemente en sus consejos, la del interés, el poder, la riqueza, el orgullo y, sobre todo, la desenfadada codicia. ¡Oh, Dew! cuan viva debe ser la emocion que esperiméntes a la vista de este reflejo de ti mismo!

No basta, sin embargo, tener por unico objeto el sórdido interés, libre de toda consideracion de justicia y de todo sentimiento humano y de equidad; preciso es además conseguir ese objeto, y he aquí donde comienza el papel de Savel y el mio. El solo bastaria, si la fuerza fuese en cada pueblo proporcionada a su codicia; cosa de todo punto imposible, pues que entonces no existiria mas que un solo pueblo, que al fin se devoraria a sí mismo. Esto seria indudablemente para nosotros un magnifico triunfo; pero es enteramente superior a nuestro poder. Las fuerzas respectivas, cualesquiera que sean sus oscilaciones, se contrabalancean bastante, bien sea directamente, bien combinándose, para que a la larga ninguna prevalezca. Si la una se estingue, nunca deja de nacer otra

(1) Jenio de la violencia.

nueva, y así es que el combate subsiste siempre. Desde el momento en que un pueblo llega al límite de su fuerza, y no puede llevar a cabo sus designios por medio de la violencia, porque se le convertiría esta en un obstáculo, lo dirijo por otra vía, y le abro los inagotables tesoros de la astucia. Entonces la guerra se trasforma, haciéndose silenciosa y secreta bajo el nombre de diplomacia.

La diplomacia, Astuiad, es el sacerdocio del interes, y yo soy su pontifice. Dos objetos primordiales forman su base, que son: hacer el bien propio y el mal ajeno. Cuando una nacion, por ejemplo, arruina a otra, aunque no reporte ningun provecho directo, adquiere, al menos, una superioridad relativa de riqueza, y por consiguiente de poder. Esto es el bien; esto es un acto piadoso y meritorio del culto individual. El diplomático debe, pues, estar exento de todos los vicios que enjendra la moral de nuestros rivales, de los escrúpulos del deber y de las debilidades de la simpatia; debe mantener constantemente su pensamiento en la direccion de la tuya; ser frio, áspero, duro, impasible y cruel interiormente, y revestirse de alguna apariencia honrada para llegar mejor al fin.

Sus funciones, aunque bastante variadas en el detalle, se reducen en su esencia a una sola: engañar. Bien se calle o hable, que afirmo o niegue, que insinúe o aconseje, ese es su único objeto. Sus conversaciones, su silencio, su semblante, su gesto, sus caricias y hasta sus arrebatos de cólera, todo en él debe ser mentira; pero para ello es preciso una maestria consumada, y a veces la verdad es lo sublime de la mentira.

Una red de intrigas subterráneas, que, partiendo de cada gabinete, se cruzan en mil sentidos diversos, cubre principalmente a los países que se llaman civilizados. Tienen secretos santuarios, donde se verifican los misterios que tú presides, y donde, escoltados por la astucia, la perfidia y la corrupcion, vienen los pontífices de nuestras leyes y los amos de los pueblos a combatirse en silencio, o a firmar pactos de opresion del jénero humano, su comun posesion y su presa comun. Después, se les ve salir de estas cavernas sagradas, resplandecientes con la aureola de que coronan sus cabezas, con las palabras de justicia, humanidad y libertad en los lábios, y en medio del jeneral enterrecimiento y de las aclamaciones del rebaño a quien van a esquilmar sus manos paternales. ¡Y si no hicieran mas que esquilmarlo!

¿No te seduce, Astuiad, esta jigantesca ficcion que llamamos sociedad? ¿No te parece un soberbio monumento de mi gloria?

XLVII.

TARIK A EGHETESCH.

(El espíritu de la avaricia al jenio de la corrupcion.)

La sed de oro.—Los capitalistas convertidos en poder político, el mas poderoso del mundo actual.

Oro! oro! Quiero oro! Que me den oro! Que me lo den incesantemente, y cada vez mas! Tengo sed y hambre de oro; pero una sed inestinguible y una hambre insaciable.

He aqui, oh Eghetesch! el grito universal, el solo himno que todos los hombres repiten en su corazon y que resuena por todo cuanto el sol alumbra. Esta, y solo esta, es la base de mi liturgia, en la que todas las demas han venido por último a fundirse.

El oro, como representante universal de la riqueza y de los placeres, es el todo en una sociedad que solo cree en la materia, que solo a ella admite, y que

no busca sinó en ella su vida, sórdida y ciega; en una sociedad en que con todo se trafica; en donde, a falta de toda otra idea que las sensuales, y de todo otro amor que una brutal codicia, el rico, así como el pobre, atormentados y devorados por unos mismos apetitos, no se tocan sinó por dos puntos: un rencor sombrío y una envidia desesperada. Y tú ya supondrás que yo velaré porque nada cambie estas relaciones recíprocas, y que tengo auxiliares que impelen, con un celo que admirarás, al pobre y al rico, por su respectivo sendero.

De acuerdo en cuanto al fondo de las cosas, es decir, sobre la sensación que les causan y el juicio que de ellas forman, y animados, cualquiera que sea su estado particular, de una sed insaciable de riquezas, igual en todos y solo mas ardiente en aquellos que ya han acercado sus labios a la fuente en que creían sencillamente apagarla; los hombres, avasallados por mi poder, han desechado la ley que Ormuzd les habia impuesto al crearlos, admirándose de haber podido alguna vez someterse a sus prescripciones, y burlándose, con toda la gracia e ingenio que ya conoces, de las realidades espirituales. Pobres hombres! estaban ciertamente muy lejos de sospechar que se burlaban de sí mismos.

Ya podrás figurarte facilmente lo que las costumbres, tanto públicas como privadas, han venido a ser con esta emancipacion jeneral de las antiguas preocupaciones y rancias opiniones. Cada cual se ha arrojado a las riquezas, las ha buscado hasta en el fondo de la mas inmundia cloaca, y ha puesto su cuerpo y su alma en una balanza, diciendo: Pesadme y pagadme; y la mayor parte se han vuelto con algunas monedas en la mano y hasta sin nada. Y en verdad esto era lo único que valian.

Entonces la apreciacion se hizo por medio de una tarifa de las mas sencillas; y cada uno, de cualquiera edad, sexo, condicion y denominacion que fuese, tomó puesto, no conforme a las cualidades personales, como la virtud, el honor, la probidad, el jenio, el talento y la ciencia, porque todo eso nada vale, sinó en razon de lo que poseía en rentas y títulos debidamente hipotecados.

Organizada con arreglo a esta tarifa, la sociedad ofrece una imagen, si no perfecta aun, al menos tan exacta como podia esperarse, del tipo que yo habia concebido. Se ha dividido a los individuos en dos clases caracterizadas por cierta medida de riqueza. Si llegais a esta medida, sois un hombre de talento y de orden, un conservador digno de poseer ciertos derechos y de ponerlos en práctica; un hombre evidentemente creado para gobernar a los demas, es decir, para esplotarlos. Si permanecéis, por el contrario, y por poco que sea, fuera de esa medida, no seréis mas que un necio, un revoltoso, un bárbaro (pala-bra feliz Eghetesch!) un faccioso actual o futuro, nacido indudablemente para ser gobernado o esplotado. Marcha a tu puesto, imbécil!; marcha lijero y sin murmurar; de lo contrario, te se enseñará tu deber!

Esto no impide, sin embargo, hablar al pueblo con tierna uncion de igualdad, libertad y aun de fraternidad. Mis discipulos son todos hermanos, y como entre estos no debe haber empacho para hablar, el fuerte dice al debil con cariño: Querido hermano, yo amo la tranquilidad y el reposo; trabaja para mí, sin descansar un instante, y vive con sobriedad. Yo te ayudaré lo mejor que me sea posible por un conjunto de medios de tal modo combinados, que, si llega a faltarte el valor, la necesidad vendrá en socorro de tu virtud. Hay tambien una raza entera de hermanos que, por filantropía, se compran a dinero contante para ilustrarlos y hacerlos partícipes de la civilizacion; tarea muy difícil, porque tienen la tez morena. Sin embargo, el látigo es un gran maestro, y en verdad mucho puede esperarse de sus lecciones.

Pero, donde mas aparece la estension de mi influencia es en un fenómeno

tan nuevo como curioso. El poder del oro siempre ha sido inmenso; pero puede decirse que hasta ahora no se habia organizado nunca. Hoy forma ya una especie de cuerpo, que posee sus grados jerárquicos, su disciplina y sus leyes; cuerpo cuyo poder, elevándose sobre todos los demas, domina al mismo poder oficial de la sociedad. El capital, pues (tal es su nombre jenerico) gobierna realmente al jefe del Estado, le manda como soberano, dirige a su placer su politica, declara la guerra, concede la paz y forma los tratados. Por mil secretos canales atrae a si la riqueza nacional, absorbe el fruto del trabajo de los pueblos, se alimenta y engorda. El capitalista no pertenece a ningun pais; su patria la constituyé su gabela. Dotado de una prodijiosa sagacidad para descubrir y adivinar hasta la vena mas imperceptible por donde circule la savia que codicia, aplica su ávido chupador, y sorbe hasta la última gota. Sean productos de la tierra o de la industria, no hay clase de riqueza que al cabo no venga a él. Todo el que posee algo es presa suya sin remedio: parece al astuto insecto agazapado en el fondo del agujero que ha escavado en la arena: todo cuanto se aproxima a su borde se hunde y es devorado.

Tiene el capital tres auxiliares poderosos: la necesidad, el vicio y la codicia.

La necesidad le entrega los desvalidos de mil modos, desde el préstamo sobre prendas hasta el monopolio, que, aumentando el precio de los jéneros de primera necesidad, equivale para el pobre a la confiscacion de una parte de su trabajo o del salario que gana.

El vicio, que solo ansia disfrutar, y la codicia, que desea adquirir cada vez mas, producen el mismo efecto en aquellos a quienes la fortuna ha favorecido mas. Ambos necesitan dinero, el uno para derrocharlo, y el otro para especular. Pero el oro no se obtiene sino pagando; así es que primero se empeñan por el capital y después por los intereses; la deuda crece de mes en mes; y se hace cada vez mayor, porque se tiene buen cuidado de aumentarla por medio de intereses compuestos y acumulados, de gastos y de descuentos, y qué sé yo que mas? El saldo final es la ruina del que tomó prestado.

¡Así se engorda y crece el prestamista! ¡Así ese saco henchido de escudos llega a hacerse un personaje, a quien desde lejos se saluda, a quien se admira y adula, y a quien hasta los ministros y los reyes hacen la corte y lisonjean con el mayor servilismo!

Dejando a un lado toda falsa modestia, no podrás menos de confesar, amigo Eghetesch, que es muy grato ser así, y tan justamente, honrado por los suyos.

¡Oh maravilloso poder de la usura! a ella, y solo a ella, es a quien ahora obedece el mundo. Hija predilecta de la codicia, estiende por do quier nuestro reinado, y es el lazo y resorte de todas las corrupciones que emanan de ti. Muy semejante a la enredadera, que lo mismo abraza al tronco colosal que a las débiles ramas, estrecha en sus espirales, no solo a los miembros del Estado, divididos y aislados, sino al Estado mismo, que le presta su apoyo y su fuerza; se hace vasallo suyo, y hasta la consagra reina. Qué digo? le erije templos, convoca a los pueblos al pie de sus altares; y con qué presteza y cuan grande alegría y fervor corren, se arrodillan y prosternan ante ellos! cuan devotas son sus oraciones! qué culto de patria, de dulia y de hiperdulia!

Yo mismo me enardezco a esta sola idea, y creo oír a los hombres, desde el uno al otro confin de la tierra, adorar mi poder e invocarlo con voz unánime.

Oro! oro! quiero oro! Que me den oro! Que me lo den sin cesar y cada vez mas! Tengo sed y hambre de oro; pero sed inestinguible y hambre insaciable.

XLVIII.

DARMAN A ASCHESCHING.

(El que bendice al pueblo al que da la ciencia y la luz.)

La ciencia.

La ciencia emana de Ormuzd; es su luz, y es a tí, ¡oh puro Amshaspand! a quien ha confiado la alta misión de difundirla entre tantas y tan diversas criaturas como habitan esos mundos sembrados en el espacio. Partiendo, pues, de este principio, pienso entretener hoy tu atención con una ligera reseña de lo que ha venido a ser entre los hombres, de la dirección que ha tomado, y de la influencia que ejerce sobre la sociedad en la época presente.

Una en sí, como la Verdad, como el Ser, subdividese en una porción de ciencias parciales, diferentes según su objeto, porque nadie, quien quiera que sea, podría abrazarla toda entera, ni seguirla en todos sus progresivos desarrollos: la vida del hombre es para eso demasiado corta, y su inteligencia bastante débil.

Aun con respecto a esto se observa un fenómeno muy digno de atención y dependiente de las leyes en que se verifica la evolución de la humanidad. Si se divide la ciencia en dos ramas principales, la de los cuerpos animados e inanimados, y la de todo aquello que, separado del elemento negativo de las cosas, no subsiste bajo las condiciones de la extensión, de las realidades inmateriales, de las ideas y de las esencias, se reconocerá bien pronto que el espíritu humano, indeciso entre la una y la otra, jamás se ha aplicado simultáneamente a entrambas, al menos con ese grado de interés y de zelo que nace de la importancia que la razón da a las investigaciones y de la fe en sus resultados. En ciertas épocas parece olvidar o desdenar al universo, mientras que en otras se encierra y absorbe en él, mirando como puras quimeras todo aquello que se escapa a los sentidos, todo lo que no se puede medir o pesar, o que no se espresa por números.

Esta rama de la ciencia, cuyo objeto esclusivo son los cuerpos, sus manifestaciones y sus leyes, predomina en aquellos siglos en que se ha gastado el principio moral, íntimamente ligado a la concepción que el hombre se forma de la causa primera y de sus relaciones con su obra. Cuando esta concepción primitiva y fundamental, que constituye el dogma religioso, cesando de satisfacer al espíritu por lo que tiene de incompleta, y repugnándole por lo que tiene de falsa, pierde su autoridad, parece arrastrando en su caída a cuanto estaba íntimamente ligado con ella. La conciencia no sabe ya a que atenerse: privado de base y de sanción, el deber ya no es más que una palabra vana. El egoísmo ocupa su lugar, y, concentrado en sí, sin creer más que en esta vida de un día, única que le revelan los sentidos, y entregado desde entonces a todos los apetitos desenfrenados, el hombre se sepulta en el seno de la materia, y por medio de un afán obstinado, se esfuerza en acallar los deseos que le atormentan, en crear y en algún modo encerrar en un punto de la duración y del espacio el infinito, a que, sin querer, aspira invisiblemente. Así confinado al mundo físico, no existen para él otras leyes que las de este mundo. La ciencia, cuyo único objeto es descubrirlas, y sus funciones el promulgarlas, viene a ser la religión social, cuyos sacerdotes son los sabios.

Esto es lo que ahora se ve entre los pueblos a quienes el movimiento de la razón humana ha separado de sus antiguas creencias. Indiferentes a toda verdad que no se reduce a un hecho material, la ciencia relativa a este orden de

cosas tiene para ellos el carácter de un dogma. ¿Quién osaría dudar cuando esta habla? ¿Y quién no se inclina ante ella con un piadoso respeto y una fe absoluta? Ella establece en honor del dios-materia un culto, cuyos himnos son otras tantas ecuaciones o nomenclaturas, y los sacramentos operaciones químicas.

Los sabios, como pontífices de este culto, organizados en colejos nacionales, forman una verdadera corporacion sacerdotal, muy semejante en su esencia a cuantas han aparecido en la tierra. Tiene, como todas ellas, su parte de utilidad, y nadie podría hacer una enumeracion completa de los servicios que ha prestado y continua dispensando a los hombres en la esfera de las cosas que forman su verdadero patrimonio. Débenle además una infinidad de conocimientos, dispersos aun, sin lazo alguno y sin utilidad aparente; pero que, estendidos y fecundados por el tiempo, les ayudarán a elevarse algun día a una concepcion mas completa de la causa primera, del ser necesario y de sus relaciones con los seres contingentes. Tambien le deben el poder, tan admirable ya, que han adquirido sobre la naturaleza, y las ventajas que este les produce; entre las cuales una de las mayores que adquirirá la humanidad, cuando, cansada de su declinacion moral, manantial de todos sus sufrimientos, aspire de nuevo a remontarse a mayor altura, será un acrecentamiento de libertad para el jenio, menos desviado ya de sus funciones propias, por la incesante precision de satisfacer las necesidades de la vida inferior.

Entre tanto, la ciencia lleva a cabo su obra providencial, y la cumplirá aun mejor, si el estado de la sociedad, que reacciona sobre sí, y los vicios inherentes a todos los cuerpos sacerdotales no opusieran a sus progresos, bajo diferentes puntos de vista, obstáculos deplorables.

Y circunscrita desde luego a un círculo relativamente estrecho, redúcese casi, en la idea que de ella se forma, al conocimiento de los fenómenos físicos y de sus leyes. Esta parte de la ciencia usurpa toda la autoridad, porque solo ella, en el seno del materialismo reinante, tiene el carácter de religion a que va unida la veneracion instintiva y la fe implicita. De aquí la consecuencia de que no es el saber el que hace al sabio, ni quien le confiere tal título, sino el jénero de conocimientos, y mas aun la agregacion al cuerpo depositario e intérprete del dogma, verdadero sacerdocio de la ciencia.

Animado de un espíritu esclusivista y envidioso, por mas extraño que pueda ser a cada uno de sus miembros en particular, se inquieta e irrita por todo cuanto tiende a establecer un lazo lógico, una relacion de dependencia reciproca entre su doctrina y cualquiera otra de un órden diferente; a ensancharla y completarla, pasando mas allá de los principios inmediatos sobre que reposa, y que, no reposando mas que sobre una base suministrada por la esperiencia, nada tienen de absoluto. Así como los teólogos espiritualistas, negando los derechos reales de la ciencia del mundo fenomenal, sin la cual la suya no es, bajo muchos aspectos, mas que un conjunto de hipótesis, una teoría estéril e incierta, la desterraban de su dominio, y no la admitían sino a título de servidora y aun de esclava; así los teólogos materialistas prohiben la entrada del suyo en la ciencia de las realidades espirituales, de las ideas puras y de las esencias inmutables. Pero la ciencia es una en sí, y el mutilarla de este modo es por lo menos detener y contrariar su desarrollo, es crear entre sus diversas ramas un antagonismo funesto a sus progresos. Los unos separan los efectos de sus causas, porque toda causa procede de otra necesaria; los otros, las causas de sus efectos, quitándose así respectivamente a sí mismos todo medio de concebir los efectos y verificar la causas, y destruyendo la unidad de la razon humana.

Aun en el círculo propio de la ciencia que conserva el cuerpo sacerdotal,

existe entre sus individuos cierta disposicion constante a rechazar todo cuanto se aleja de las opiniones admitidas y de las creencias recibidas. Las ideas y los hechos cuyas consecuencias se oponen, o parece que se oponen, al simbolo ortodoxo, hallan una oposicion bastante dificil de superar. Raras veces despojados de las prevenciones y pasiones que les ciegan, consienten en mirarlas y examinar sus doctrinas. Es mas fácil y seguro condenar desde luego, en virtud de la infalibilidad oficial, la herejía naciente, salvo el revocar la sentencia cuando derramándose la luz por todas partes, no sea ya posible negarse a la evidencia. Pero hasta entonces el hereje paga bien caro su atrevimiento. Culpable del crimen irremisible de atacar el dogma tradicional, no se le quema, es verdad, pero se le anatematiza, se le difama, y se embaraza de mil maneras el camino que toma. Verdad es que la justicia lucirá un dia para él, y vendrá a ampararle; pero siempre será regularmente cuando haya cesado de existir, cuando sus tardios rayos alumbren solo una tumba.

Indudablemente este es un obstáculo positivo para los progresos de la ciencia: ¿y de donde proviene principalmente sinó del espíritu que preside al cultivo de la ciencia misma? Qué es lo que casi únicamente se busca en la ciencia? la verdad? No; lo que se busca es solo un alimento para el orgullo y la vanidad. De ahí esas disputas, tan animadas y ardientes como ridículas, sobre lo que se ha convenido en llamar prioridad:—Soy quien primero lo ha pensado o lo ha visto. Y qué ha visto? Casi siempre es la cosa mas fútil e insignificante, y a veces lo que no existe; pero no por eso dejan de disputar y sostener su derecho. Se entabla un pleito, una informacion solemne que justifique jurídicamente, y a favor de uno de los concurrentes, una preciosa anterioridad de tantas horas y minutos. He aquí a las aspiraciones del jenio!

Otro motivo existe, además del amor propio, que escita esa sed de nombradía. La relijion de la materia, que se reduce al culto de si mismo, despierta entre sus fieles toda clase de deseos. En el sacerdocio científico, tanto o mas que en ninguna otra corporacion, cada cual, por una especie de virtud de estado, corre tras los beneficios, y muy raras veces satisfecho con uno solo, los acumula. Mas, para obtenerlos, es preciso alegar títulos, aunque sean aparentes. Esto no quita que los logren por medio de la intriga, y especialmente de ciertas cualidades gratas al poder, siempre bien recibidas de él; pero, en fin, jamás dañan, y jeneralmente son útiles. En vista de esto, ¿cómo ha de admirarse nadie de la pasion con que se busca, hasta su sombra?

Empero, á pesar de todas estas consecuencias del materialismo actual, la ciencia concurre de mil maneras distintas a la realizacion de los designios de Ormuzd respecto a la abatida humanidad. Ella le somete la naturaleza bruta, subyugada con sus propias fuerzas; y ya bajo este aspecto, fecundo en beneficios, que nadie puede desconocer, en cualquier grado que momentaneamente abuse la corrupcion, ella los promete y prepara mas numerosos aun a las jeneraciones futuras, que hasta le deberan, en parte, su mejora moral, por la creciente atenuacion de las causas de desórden, cuyo principio fatal es la miseria. Por otra parte, y gracias a los inapreciables trabajos de algunos hombres, cuyo talento se consagra a derramarla en el seno de las masas, su luz, penetrando cada vez mas hasta las últimas clases del pueblo, hace que se eleve por grados el nivel de los conocimientos y de la intelijencia; progreso inmenso y ciertamente el mas feliz, por el fruto que el porvenir recojerá de una difusion menos desigual de los bienes destinados a todos y por el perfeccionamiento de la jeneralidad.

Además, obligada a revestirse de una forma cada vez mas sintética, para no perderse en la multiplicidad de los fenómenos; obligada, después de haberlos distinguido y especificado por sus diferencias, a unirlos por lo que de semejan-

tes tienen en sí y por su comun dependencia de leyes cada vez mas jenerales; conducida así a remontarse de una en otra causa hasta aquellas que, encerrando en sí mismas a todas las demas, son por precision concebidas como primitivas y necesarias, tiende a entrar en el Ser infinito, en el que estas causas constituyen su enerjía interna; de modo que las investigaciones empleadas para llegar hasta el conocimiento de su obra, conducen al conocimiento de lo que es en sí; y a esta altura, la ciencia, rigurosamente teológica, se convierte en la religion misma.

Insisto sobre este punto, porque de él espero y creo que saldrá dentro de poco la solucion del importante problema que ocupa al jénero humano desde su orijen: el problema radical de la union del universo con su autor. Hasta aquí, o han negado uno de estos dos términos, o establecido entre ellos y sus leyes respectivas un antagonismo eterno, oscilando así de uno en otro abismo, sin fin y sin reposo.

Porque, si no existe mas que un ser único, llámesele Dios o Naturaleza, existe por sí necesariamente, y por consiguiente todo en él es necesario en un mismo grado; la libertad no es sino una palabra vana, vacía de todo sentido, y la moral tambien; y por consecuencia todo en este ser sometido a una necesidad absoluta, es bueno en el mero hecho de existir. El mal es imposible y contradictorio, y como tal una quimera, una ilusion; y en la sociedad humana, que tampoco deja de ser un puro e ilusorio ideal, no hay acto que no esté justificado y no sea tan lejítimo como cualquier otro.

Si, admitiendo la realidad de los dos términos coexistentes, se rehusa admitir entre ambos un lazo sustancial, una intima comunicacion dependiente de su naturaleza respectiva, y en tal caso se les supone, por razon de su modo de ser reciprocamente incommunicable, sometidos a leyes opuestas entre sí, sin que pueda concebirse su union sino por un orden de medios fuera de toda relacion natural, se cae inmediatamente en estas dos consecuencias: Que la creacion está *naturalmente* separada del Creador y el efecto de su causa; y que para operar la union, cuyo carácter acaba de ser definido, es preciso que la criatura combata perpetuamente sus propias leyes y se emancipe de ellas, es decir, que deje de existir.

Tal es el caos en cuyo abismo se ha ajitado dolorosamente hasta aquí la humanidad. Pero no permanecerá así sepultada en su honda sima; antes por el contrario, se elevará hacia la luz por medio de los esfuerzos con que la ayudarás ¡tú, a quien Ormuzd ha hecho el dispensador de la ciencia. ¿Cuándo ¡oh angusto Amschaspands! veré luzir la aurora de ese dia tan deseado como radiante y venturoso!

XLIX.

EL MISMO AL MISMO.

El arte.

Las mismas causas ¡oh poderoso jenio! que han favorecido el desarrollo de la ciencia y créadle un lugar tan elevado en la sociedad actual, han traido tambien la decadencia de las artes ideales y aun de todas en jeneral, porque todo arte vive del jenio, y el materialismo es su muerte. Quitad las creencias, la religion, el sentimiento moral todo cuanto en lucha con los sentidos, los deseos y la codicia, se eleva mas allá del ser corporeo, y ¿qué queda del hombre sino una especie de cadáver? La verdad, el bien lo bello, esencial-

mente unidos e identificados, no son mas que tres aspectos de una misma cosa.

Cuando en tiempos remotos decayó la fe entre las naciones que se habian adelantado a las demas en las vías del progreso social, las artes de la plástica y del dibujo palidieron al principio, después se alteraron visiblemente, llegando por fin a corromperse hasta el punto de no ser mas que una especie de caricatura del arte mismo. Y desde entonces ningun esfuerzo ha sido bastante a levantarlas de nuevo, porque nada puede suplir a ese no sé qué de íntimo y profundo que, en las sociedades creyentes, es el principio jenerador de las obras grandes e imperdurables. La inspiracion real se apagó, y cayose en la imitacion, ora del arte antiguo, que a ninguna idea y a ninguna creencia existente correspondia, ora de una naturaleza trivial, en el sentido al menos de que, materializada y, por decirlo así, enteramente terrestre, en ninguna parte reflejaba lo bello infinito, supremo y esencial, ni la vida superior del alma.

Los pueblos se retratan en sus monumentos. Asi, los únicos que hoy estan en armonia con su fin y tienen un carácter conocido y verdadero son los monumentos de la industria, cuyo único objeto es la utilidad, y aun puede notarse que en esta época en que domina el culto de la materia, desde que lo útil, tomando un carácter abstracto, se reasume en su tipo jeneral o signo universal, que es el dinero o el crédito, el monumento que lo simboliza toma la forma de un templo, pero de un templo muerto, por decirlo así; masa vacía y muda, santuario desierto, a donde se refugian los animales inmundos, cuando el dios que lo habitaba ha marchado de él. Hoy, por el contrario, los templos que una jeneracion indolente eleva para celebrar los ritos sagrados de los antiguos dias, tienen el sello de un carácter profano, y aun a veces sensual, por un contraste en que se manifiesta la inmensa revolucion que se ha operado, tanto en las ideas como en las costumbres. La escultura, la música y la pintura no se han librado de las consecuencias de esta revolucion, que todo lo destruye, y por la cual todo renace bajo nuevas condiciones de vida. Impotentes para reproducir el elemento espiritual de la humanidad, el sentimiento piadoso y las ideas relijiosas, su vuelo se ha abatido como el de los pájaros, en sus épocas de emigracion, fatigados de su largo viaje a traves de las altas rejiones aereas. Cuando no se estancan en una especie de estupor o de profunda nulidad, sucede que, o lisonjean las inclinaciones de un siglo, que no conoce otra realidad que el cuerpo, a quien pide los solos bienes en que cree, y a cuyo goze aspira, o bien espresan esclusivamente las vagas y caprichosas fantasias del artista.

La misma suerte ha cabido a las letras. Colocadas bajo la doble influencia del materialismo de las doctrinas y de la decadencia del principio moral, no solo olvidado pasajeraamente, como en la efervescencia de una ardiente juventud, sino dogmáticamente negado, véselas, privadas de la savia divina, agostarse al árido soplo que ha helado las almas. Si el arte, habiendo descendido con la ciencia al seno de la naturaleza, pero de una naturaleza separada del poder intelijente que la fecunda, ha tomado de ella en un principio algunas inspiraciones, grandes todavia, último soplo del espíritu invisible que la ocupa toda, bien pronto, fijándose únicamente en la forma exterior y muerta, ha llegado a persuadirse de que esta era el todo; y desde entonces su trabajo ya no ha sido sino una especie de brutal imitacion del trabajo sordo de las fuerzas ciegas que presiden a la formacion y descomposicion de los cuerpos. El tipo inmaterial, el ejemplar ideal, término constante de las aspiraciones del pensamiento y del amor, se ha encubierto. Desde entonces ya no hay poesia; y como esta es el hombre mismo en todo lo que le eleva sobre la creacion infe-

rior, y no puede este alterar y mutilar su ser sin experimentar dolor, busca con inquietud lo que conoce faltarle; pero lo busca siempre en escala mas baja, depravándose así, y por medio de esta investigacion, hasta perder enteramente el instinto nativo de lo bello. Después de haberla colocado en la forma pura, vacia del espíritu que la animaba, admirado de no poseer mas que un repugnante simulacro, muy semejante a la máscara tomada sobre un cadáver, se la atormenta, se destruyen sus proporciones y armonía, se la somete a todos los caprichos de un gusto arbitrario y enfermizo, y por medio de lo extraño se llega a lo disforme, tornado, si no en elemento unico, al menos en fin legitimo del arte, y ultimamente en objeto de una especie de culto.

Por otra parte, la falta del sentimiento moral agota el manantial de las flores y elevadas inspiraciones, petrifica el corazon, marchita sus delicadas flores y mata a la misma pasion; porque la pasion vive de los combates, y no es otra cosa que una lucha perpétua entre la conciencia y los deseos que esta ordena reprimir, entre el deber y la ambicion. Así, pues, las mismas causas que han impelido al arte a la reproduccion de lo malo, lo arrastran a la del vicio. En efecto, ambos se corresponden y atraen uno a otro por medio de una afinidad semejante a la que une a lo bueno y lo bello. Embriagado el hombre con los vapores que exala la cloaca de la corrupcion pública y privada, remueve sus inmundicias, y se sume en ellas con una especie de placer salvaje. Para esta nueva poesia preciso es un idioma nuevo; que en verdad cuesta poco, porque se lo encuentra ya formado en las guaridas del crimen y en los antros infectos de la prostitucion. Entonces se aparecen creaciones monstruosas, cosas sin nombre, y se siente un estremecimiento, un transporte febril de entusiasta alegría y aplausos cuasi universales. La sociedad se reconoce en esta imájen.

No puede darse espectáculo mas triste y horrible que esta degradacion del pensamiento, esta complacencia en el mal abyecto, ese gusto de la podredumbre que se observa entre los pueblos que ha invadido el materialismo. En el seno de sus riquezas y a traves de la elegante mortaja arrojada sobre ese cuerpo en disolucion, se dejan ver ya los gusanos que lo devoran.

Las costumbres jenerales influyen aun de otro modo sobre la literatura, así abatida y degradada. Las letras llegan entonces a ser un tráfico el mas vil de todos. Los cantos del poeta, las lecciones del drama, las doctrinas de la religion, de la filosofia y de la historia, todo esto no es mas que una mercancía que se fabrica con arreglo a las necesidades del consumo y al gusto veleidoso de los consumidores, sin mas que un objeto, unico y esclusivo, el dinero. La vanidad misma, tan ávida de ese vano alimento que se denomina gloria, llega a distinguirse en la codicia y los violentos deseos, que dominan a todos los demás ¿Y no es además el dinero la medida de la gloria misma? Tanto vale la obra y tanto el autor al precio corriente del mercado. Se comercia por mayor y menor. Para multiplicar su ganancia, compra el opulento fabricante los productos de otro menos acreditado, y aun del pobre y oscuro obrero que el hambre pone a su disposicion, y luego los espnde bajo su marca y con beneficio al engaño público, muy digno en verdad de serlo. La infame avaricia esplota a la vez la miseria y la imbecilidad.

¿Me creerás, santo Amschaspands, si te digo que aun hay otra degradacion mucho mas abyecta y vergonzosa que todas esas? Hay conciencias venales, que adoptan el oficio de servir, por un módico salario, a todos los poderes, segun van pasando, sus miras y sus sistemas, por mas opuestos y contradictorios que sean, sus afecciones, así como sus odios y sus pasiones de todas clases, sus actos mas bárbaros, sus mas inmorales maniobras y criminales traiciones. Para esas ventas la verdad, el bien y la justicia son lo que el amo que

paga quiere que sean: su capricho del momento, su interés variable. Prostitúyese ante él la palabra; por un poco de oro se mienten ideas, sentimientos y convicciones, y se profana, sin remordimientos en la conciencia primeramente, y en público después, lo mas santo que existe en la tierra y en los cielos: el Verbo divino.

¿Qué puede preverse del porvenir, que jermína en el fondo de tan inmundo cenagal? ¿qué puede ser? ¿Como levantarse de tan honda sima? ¿Habrá para los pueblos a quienes devora tal corrupcion, alguna esperanza de vida, de una cura radical y posible? No me atrevo a responder.

L.

CONTESTACION DE ASCHESCHING A DAHMAN.
(*El que da la ciencia y la luz al que bendice al pueblo.*)
Todo se desarrolla en movimientos alternativos.

El mal es grande, ¡oh Dahman! pero no irremediable. Cuando la vida se retira, solo es por un tiempo determinado, volviendo después como la ola a la playa enjuta, porque el manantial no se apura jamás.

Aun verás crecer el desórden que te alarma. Cada cosa tiene su periodo determinado que debe recorrer y una duracion necesaria y medida por la energia de su causa: cuando esta se halta agotada, viene otra a su vez, que obra en sentido contrario, y el progreso se realiza en virtud de esa ley de alternativos vaivenes y de oscilaciones eternas.

Nada comienza sinó porque a todo le llega su fin, ni nada nace sinó porque todo muere. La condicion, para la humanidad, de un nuevo estado mas perfecto es la prévia destruccion del precedente y de cuanto lo constituía. Las jeneraciones que presencian esta fecunda destruccion, no apercibiéndose al principio mas que de la destruccion misma, se turban, se entristecen; y sintiendo formarse el vacío a su rededor, desesperan del porvenir. Este, sin embargo, está muy cerca de ellos, pero invisible y oculto bajo el velo impenetrable que cubre, desde su orijen, el sagrado misterio de la vida. Algunos instantes mas, y la tumba se tragará su presa, y en las ruinas del viejo cuerpo, ya disuelto, aparecerá el jérmen cuyo desarrollo marca una de las fases de la trasformacion ascendente; de esa evolucion del jénero humano, cuyo término a nadie es dado señalar.

LI.

ZARETCH A TARMAD.
(*El jenio destructor del bien al espíritu de orgullo.*)
Los reveladores.

SE que te lamentas, Tarmad, de la decadencia del orgullo, tan estraño a los hombres del dia, que no por eso son mas humildes. Podría decirse en favor suyo que, si carecen de cierta altivez de carácter, de cierto orgullo que proviene de la estimacion de sí mismo, es porque se conocen, cosa digna de elojio, y se hacen justicia, fenómeno por lo menos bien estraño y curioso. Por otra parte, tú mismo has advertido que la vanidad ha crecido entre ellos a proporcion que el orgullo y el buen sentido descendian. Aunque el orgullo ten-

ga su mérito, la vanidad es preferible a mis ojos; es mas chistosa y burlesca, y para mí la broma es sobre todo.

Tú casi nunca te ries, y esto me tiene disgustado, porque te quitaría el tedio. ¿Qué quieres hacer de esta pobre raza sino reírte, y para qué otra cosa puede ser buena? Vamos, alaja un poco los músculos de tu cara, desarruga tu severa frente, entrecubre tus contraídos labios, y a un lado el falso rubor; diviértete una vez en tu vida y con los tuyos, que es un doble o triple placer.

Digo de los tuyos, y no te estrañe. Hay hijos demas de una especie, y, lejí-tima o no, esa pobre vanidad, que te hace sonrojar, no deja de ser hija tuya, y por consiguiente los hijos de ella te tocan muy de cerca. Abuelo querido, abraza a tus nietezuelos: entre ellos, a fe de Dew, que los hay bien graciosos.

Ante todo te presento a los reveladores. Llegad, muchachos, llegad. ¿Será posible que tu corazon no se conmueva a la vista de esta tierna proyejite, de esas fisonomias llenas de inocencia, en que la sencillez se mezcla con tanta gracia a la imperturbable y soberbia confianza que emana de tí? Ah! Tarmad, Tarmad; no repudies tu gloria. Recuerda, pues, que el mundo apenas cuenta en las edades pasadas algunos fundadores de relijiones, y que en tu familia bullen a docenas, a centenares, por miles.

Esto es lo que les daña en algun modo. Por grande que sea, en materia de relijion, el placer de la variedad y la comodidad de la eleccion, no por eso dejan de admirarse menos los hombres de esa profusion de dogmas y de cultos, de esa larga procesion, en que cada uno, con su estandarte en la mano, llama a si a los pueblos, asombrados de ese lujo de simbolos.

Hasta aquí, dicen unos, os habeis figurado, en vuestra crédula sencillez, tener un Dios, cuando solo teniais la mitad de él, pobres necios, un Dios varon. Pues ved aquí uno completo, un Dios varon y hembra. Si no estais contentos, buscad otro mejor.

Bah! eso no es dificil, responden al punto los otros. ¡Bella invencion, por cierto, vuestro Dios hermafrodita, con el cual habeis creído, harto ridiculamente, hacer la corte a las damas. Desconfiad, hombres, de esos aduladores del amor propio femenino. Además, que sea varon o hembra, o ambas cosas a la vez, ¿qué os importa ese Dios, tan diferente y, alejado de vosotros? No por eso dejareis de ser unas criaturas harto miserables, que de nada servís. No, mis queridos amigos, no es eso: la verdad, descubierta al fin por nosotros, es que vosotros mismos sois Dios, y que no hay otro Dios mas que vosotros, si todo lo demas no lo es tambien.

En cuanto a esto, Tarmad, debo confesarte que tus quejas y tu cólera tienen algun fundamento; porque, en vez de la acojida que esta espléndida revelacion hubiera hallado entre jentes que tuviesen algun sentimiento de amor propio, ha provocado un acceso el mas estrepitoso de risa.

¿De qué proviene esto? me preguntaba a mí mismo, porque al fin es grato ser Dios. Esta desconfianza y desprecio eran para mí un problema incomprendible, en el cual meditaba inutilmente, cuando la casualidad me presentó la solucion de que ya desesperaba.

No eran, ¡oh Tarmad! las dificultades de la teoría las que los detenian; pero creian ya hecha la esperiencia, y hecha sin éxito alguno, como pude verlo abriendo uno de sus antiguos libros, donde leí este epitafio:

Aquí yace Juan Pitillas,
Mozo de gran presuncion:
Se prometia ser Dios;
Mas murió de seguidillas.

Conven conmigo en que este ejemplo no es animador. A poco que reflexionasen, se apercibirian de que la suerte lastimera de Juan Pitillas no hacia al caso,

absolutamente nada. La misma revelacion se lo advertía, porque no niega en manera alguna ni la muerte, ni el género de muerte de Juan Pitillas; pero en una especie de billete, dirigido a lo mas selecto de las inteligencias de aquel tiempo, les anuncia que ha nacido nuevamente, que vive y morirá, y volverá a vivir, mecido así eternamente entre la vida y la muerte, por un movimiento de columpio el mas dulce y divino que pueda imaginarse.

Si hay quien piensa que todo es Dios y Dioses todo, hay tambien en compensacion otros para quienes no es nada; y de unos a otros la distancia es menos grande de lo que parece. Trátase entre ellos únicamente de saber si es Dios el universo o el universo es Dios. Esta cuestion hace titubear al género humano; pero se espera con fundamento que al fin se decidirá. Yo lo deseo con ansia, tanto por Dios como por el universo, pues la incertidumbre debe serles penosa.

Hé aquí ; oh Tarmad! todo lo mejor que conozco en punto a revelaciones hasta hoy. Lo demás no es sinó restos lividos o enjendros abortados, que jamás sin un milagro, llegarán a perfecto desarrollo. No por esto condeno a los reveladores; al contrario, les han faltado las fuerzas, no el zelo, y no hay uno que no me sea querido, porque todos, sin escepcion, tienden, con un concierto admirable y mas o menos directamente, a librar al hombre y tambien a la mujer de los duros lazos que les han sido impuestos por los Izeds bajo el nombre de deberes y de moral. Pero no habrá ya deberes, glorioso Dew, ni moral, o fórmese una moral nueva con nuevos deberes, fáciles y aun gratos, felizmente escojidos para dar mas libertad a las inclinaciones, tan contrariadas por nuestros rivales, de la buena madre naturaleza. La carne ha tenido mucho que sufrir en otros tiempos: ahora llega su turno al espíritu. Ya se proclama con pompa la decadencia de este, justamente castigado por su arrogante dominacion, y la rehabilitacion de aquella, despojada por medio de mil artificios de sus derechos y de su rango, cuyos titulos, despues de sesenta siglos, por lo menos, de infuca servidumbre, han sido hallados, no me atrevo a decir donde.

Dos cosas encadenaban prodijiosamente la libertad del sexo débil: el matrimonio y la familia; vejezes indignas de una edad ilustrada, invenciones estrañas y absurdas, que degradan a la humanidad, obligándola a avergonzarse ante los animales, mas sabios que ella. Bien conoceras que no se les habrá concedido una ventaja tan vergonzosa para el hombre. Venid, mujeres; venid, tierños infantes: harto tiempo vivisteis oprimidos por el egoismo individual, insidiosamente oculto bajo los nombres de esposo y de padre; ya no tendreis en adelante mas padre ni esposo que al mundo entero y al género humano solidario; no habra mas derechos que los suyos, ni os ligarán otros deberes que para con él. ¡Unidad encantadora, sublime baturrillo! Nada de propiedad individual; personas y bienes, todo se confundirá en una indivisible comunidad, en cuyo seno, si no gozais de una felicidad, por lo menos igual a la de las bestias, no podreis, por el pronto, quejaros mas que de vosotros mismos.

En buen hora, dirás tú; pero los hombres son rutinarios, porfiados y tercos. Encerrados en sus ideas y costumbres hereditarias ¿querrán gozar de esa felicidad? Este es mi recelo, porque todos temen terriblemente a la propiedad, a la paternidad, al matrimonio y a la familia.

Convengo contigo en que la costumbre es muy poderosa. Sin embargo, los reveladores, fundados en su propia esperiencia, se lisonjean de poder desasnarlos. Por otra parte el caso ha sido previsto de antemano. Si las preocupaciones les dominasen y se obstinasen en rehusar unos beneficios de importancia tan capital y tan jenerosamente ofrecidos, se emplearía una tierna y saludable coaccion; conduciríase a los escrupulosos, a los indecisos y a los obstinados al pié de un alto y espacioso patibulo humanitario, y allí, Tarmad, con ese acento que inspira el amor cosmopolita y el santo ardor de la caridad universal para

con el prójimo, diríales fraternal y patéticamente: Sed felices, o sereis ahorcados.

Entre tanto, reúne todos estos dogmas, preceptos y símbolos, y sabe que todo reunido, incluso el patíbulo, es lo que se llama el IDEAL! Ah! yo quiero lo ideal! viva por siempre lo ideal! ¡Pueblos, postraos y adorad lo ideal!

Hay algunos, jente práctica y positiva, que proponen, a fin de no vivir eternamente en la teoría, el construir bajo su dirección y a espensas de los fieles o del Estado si se quiere, pues no se paran en tales menudencias, ciudades, cuyo modelo, antiguo en el fondo, recuerda, rasgo por rasgo, las ilustres abadías, sobre cuya puerta el gran lejislador había escrito su regla entera, tan breve como profunda: *Haz lo que quieras*.

Otros, particularmente afectados por los obstáculos que oponen las leyes antiguas a la libre expansión de ciertas inclinaciones, bien naturales, sin embargo, como el robo y el asesinato, y creyéndose llamados a librarlos de esta traba, han creado la acomodaticia y compasiva doctrina de los impulsos irresistibles. Desgraciadamente la multitud ha resistido a este impulso, sometida aun a la que jeneralmente se conoce bajo la vulgar denominación o el trivial apodo de conciencia; cosa triste en verdad.

En cuanto a mí, me consuelo con lo que en sí tiene de divertido el espectáculo, imposible de imaginar por quien no lo haya visto, de esa multitud de reveladores y revelaciones, cada vez mas grotescas; y dejo a los graves Darvands el cuidado de apreciar ese movimiento, bien notable por cierto, del espíritu humano (palabras de la jerga). En él verán quizás un anuncio de la época, en que, según las profecías en que creen, nuestra relijion sustituirá a la tan odiosa relijion de Ormuzd. Sin embargo, no les aconsejaré que se entreguen con demasiada precipitación a esperanzas que, aunque sean muy justificables por mil conceptos, podrían presentar una faz engañosa. No se olviden de Juan Pitillas.

LII.

SAPANDOMAD A ARDIBEHESCHT.
(*El jenio de la tierra a la pureza.*)
La mujer.

MUCHAS veces os he confiado, ¡oh santo Amschaspands! los dolores que me martirizan; ahora permitid que os confie igualmente lo que me consuela.

En los juicios que se forman del hombre, jamás por lo regular se tienen en cuenta las profundas diferencias que ofrece su naturaleza compleja y que le dividen en dos seres semejantes y diversos, aunque sea uno mismo en el fondo. Que se le acuse o justifique, que se le deprima o ensalze, descuidase y hasta se olvida casi siempre a uno de los dos seres, la mujer.

Esto no obstante, la mujer merece una atención particular, cuando, estudiando a la humanidad, se trata de conocer sus leyes, de apreciar su estado y comprender los destinos sobre que ejerce una influencia mucho mas grande de la que afecta pensar la ciega vanidad del hombre. Orgulloso por la parte que Ormuzd le ha dado, por la fuerza del cuerpo, la del pensamiento, el poder del jenio y de la razón y el ascendiente que esta da, créese superior a su compañera, porque es diferente, porque a las cualidades propias está unida la de dominación, al menos en la apariencia. Y digo en la apariencia, porque en realidad obedece mas que gobierna. Las insinuaciones, la dulzura, la gracia, el atractivo de la bondad y el encanto de la debilidad misma, triunfan

por lo regular de ese soberbio dominador. La mujer reina de hecho, y, cediendo, gobierna tambien.

¿Qué sería sin ella la vida humana? Una lucha desesperada, un sangriento combate del hombre contra la naturaleza y de los hombres entre si. Ella le suministra un lenitivo que calma sus males, ablanda su feroz dureza, modera sus rudas pasiones, apacigua su cólera, y le connaturaliza con los trabajos y hasta con los sufrimientos, por medio de su compasiva ternura, de su inagotable afecto y de la continua efusion de un amor que renace de sí mismo y que jamás se estingue, como una especie de inefable gozo.

Mientras es jóven y pura ¿qué cosa mas seductora que la mujer? Y cuando, como madre, se la ve rodeada de hijos, ¿qué cosa mas augusta y santa?

Hay en su corazon sentimientos tan delicados y espontáneos, que hasta ella misma los ignora, porque el manantial está oculto y misterioso; se exhalan de ella como el perfume de aquella flor, cuyos suaves aromas la revelan vagamente y que los ojos no ven.

No hay mal que la mujer no sepa curar o aliviar al menos, y en cuyo fondo no deposite alguna dulce esperanza. Cuando la tempestad amontona las nubes y las sacude, mezcla y desgarras en mil porciones, sucede a veces que un rayo de sol, atravesando el caos, serena aquel sombrío cielo. Pues la mujer es ese rayo dulce y consolador, cuando la tempestad llega a agitar al hombre y atormentarlo.

Una conmiseracion nativa y una irresistible simpatía la lleva hacia el que padece. No parece sino que han sido confiadas a su cuidado todas las miserias inseparables de la condicion humana, o que enjendran los vicios de la sociedad. Ella es verdaderamente la providencia del enfermo, del pobre y de la innumerable tribu de los infortunados. Seguidla al oscuro caramanchón en que se alberga el indigente, a la cabecera del enfermo desvalido y a la humilde buhardilla en que jime el decrepito anciano, abandonado de todos tras largos años de trabajo; y vereis que nada es capaz de alejarla de allí, ni la disgusta. Esta debil criatura, mas fuerte entonces que el hombre, elevada por el amor sobre sus sentidos y encerrada en su alma, no vive sino allí. Llena una mision celestial; lleva siempre consigo un no sé qué divino; tiene socorros para todas las necesidades, bálsamos para todas las llagas, y palabras que calman todos los dolores.

Y aun no he indicado mas que sus menores beneficios. Un instinto mas seguro que el raciocinio la preserva de los fatales errores a que el hombre se deja arrastrar por el orgullo del talento y de los conocimientos. Mientras que, sondeando todas las vias, su insaciable curiosidad le arrastra a traves de un crepúsculo engañoso por rejiones pobladas de fantasmas; y mientras que su vana y debil razon trastorna ciegamente las bases del orden y hasta de la intelijencia, la mujer, ilustrada por una luz mas íntima e inmediata, las defiende contra él, y conserva en la humanidad las creencias, con que subsiste, las verdades necesarias y las grandes leyes de la vida intelectual y moral. Ella es, en medio de la confusion de las ideas y de las revoluciones de los sistemas, su guardiana piadosa e incorruptible. Sucede muy a menudo que el hombre, por eso mismo, la acusa de debilidad, de supersticion y de fanatismo; y no sabe que en el fondo el objeto de su supersticion es Dios, oculto bajo los símbolos que oscuramente le revelan, que su preocupacion es la inmutable verdad adoptada por el corazon, y que su debilidad es la fuerza innata, el poder soberano de la misma naturaleza. Cuanto mas reflexiono, me convengo mas ¡oh inmortal Amschaspands! de que las verdades y las leyes de que hablaba poco hace, no solo perderian su autoridad sobre la tierra, sino que, alterada por mil falsas concepciones, se extinguiria hasta la nocion de ella, si la mujer,

doblemente madre, no iniciase desde la cuna al tierno infante en sus sagrados misterios, si no depositase en él el jérmen impercedero de la fe que ha de salvarlo, y si no lo amamantase de esta leche divina.

Contemplad en su regazo a esta tierna criatura, balbuceando, con las manos juntas y con toda la cándida pureza de su alma, su primera oracion, e iniciandose por el amor en la vida que se dilata sin fin en el que es la vida misma; y decid si hay algun espectáculo mas dulce y encantador.

Por mas que los hombres, embriagados con los dones que Ormuzd les ha dispensado, se remonten cuanto quieran en la opinion que de sí mismos han formado, siempre se verá que las semillas primordiales del bien y de la verdad y los sentimientos profundos que deciden de la existencia entera, los deben a la mujer, siendo ella quien les hace lo que son. Ah! si esta conociese la importancia suprema, la grandeza maravillosa e inmensa de sus funciones, de seguro no envidiaria las ventajas, cualesquiera que ellas sean, reservadas al hombre.

No puedo menos de regocijarme de haber rendido a la mujer esta justicia, pues, por mas que se haya trabajado para estraviarla de su verdadero fin, para desviarla de la regla con el incentivo de una falsa libertad, de una independencia que no sería sinó la mas dura y degradante esclavitud, ella ha rechazado con enojo tales sugestiones. En vano han ensayado seducirla por medio de la vanidad, de la exaltacion de los sentidos y del funesto atractivo de los placeres perniciosos, pues ha conocido que, bajo el nombre mentido de libertad, era la servidumbre lo que se la prometia y el abandono voluntario de todo lo que en este mundo le ha creado un lugar tan elevado y un poder tan grande. Ha querido continuar siendo lo que Ormuzd la ha hecho y lo que de mas santo y maravilloso tiene la humanidad: virgen, esposa y madre.

Y porque ha sabido resistir a los consejos corruptores y preservarse de los vergonzosos lunares que se esforzaban por imprimir en ella manos sacrílegas, sus destinos serán bellos en ese porvenir, que ya se acerca. Inspirando desde bien temprano al niño los relijiosos sentimientos que deben animar al hombre, el espíritu de sacrificio, de abnegacion, de amor y de desprecio hacia las cosas materiales, las del cuerpo y su codicia, y preparándole a los deberes que tendrá bien pronto que llenar, ella es quien dará a luz ese porvenir que presiente un instinto misterioso, y será así tambien ese porvenir fruto de sus entrañas.

LIII.

BAHMAN A SCHARIVER.

(El jenio de la bondad al rey equitativo.)

Hojas sueltas.

Por grande que sea, Schariver, el cuidado que pongamos en estudiar al hombre, al cabo no podemos observarle sinó desde nuestro punto de vista, y la mision que se nos ha confiado se llenaria muy imperfectamente, si el hombre mismo no nos ayudase en algun modo a conocerlo. Para acabar de comprenderlo, preciso es saber como juzga su propio estado, las sociedades a que pertenece y el mundo en que vive; necesario es oírle revelar lo que pasa en su alma, lo que ella encierra mas secreto, sus dolores, sus alegrías, sus esperanzas y sus temores; preciso es, en fin, apoderarse de su pensamiento y sus sentimientos internos, en sus palabras y hasta en el acento con que las pronuncia. Tal es mi objeto al poner ante tu vista estas hojas recojidas por casualidad un dia en que, vagando, triste y pensativo, por en

medio de una ciudad populosa, las vi arrastradas por el viento salir a traves de los hierros de un estrecho respiradero, abierto en la denegrida pared de una prision sombría y silenciosa.

NOTA DEL TRADUCTOR. A continuacion reproduce el autor el folleto que habia publicado ya suelto, y que nosotros dejamos insertado de la página 63 a la 83 con el titulo de ECOS DE UN CALABOZO. No se advierte mas diferencia que la de no haber incluido los capitulos XVII, XVIII, XX y XXI, y el haber puesto a los capitulos sus titulos o asuntos, que son los siguientes:

- I El Señor y el profeta.
- II Los labradores.
- III El proletario.
- IV Justicia política.
- V El preso.
- VI Esperanzas burladas.
- VII Poesia interna.
- VIII Policia política.
- IX El juez prevaricador.
- X El jóven pastor.
- XI Vision del profeta.
- XII La jóven ahogada.
- XIII El Hombre, la Viña y el Pantano.
- XIV El labrador y su hijo.
- XV El mendigo.
- XVI Los pescadores.
- XVII (Suprimido.)
- XVIII (Suprimido.)
- XIX La justicia de Dios.
- XX (Suprimido.)
- XXI (Suprimido.)
- XXII La voz de los muertos.

LIV.

ASTUIAD A EGHETESCH.

(El jenio que solo piensa en el mal al de la corrupcion del corazon.)

Triunfo aparente del mal.

NUESTRA vida es penosa, Eghetesch; pero tiene tambien alegrías que solo nosotros concebimos, los placeres del mal, febriles y ardientes, que se proyectan en la noche de nuestro ser como el reflejo de un incendio.

He examinado con el mayor detenimiento ese mundo por mandato de Ahri-man, a quien habia alarmado la jactancia de nuestros rivales, y en verdad que puede tranquilizarse. Si Ormuzd y sus partidarios han de vencer, no será al menos aquí, o habrán de cambiar mucho las cosas. Todo, en el universo, de un extremo al otro y de arriba abajo, amenaza ruina; y nada es tan ridiculo como esa máquina que los Izeds, abrumados de fatiga, se esfuerzan en vano por remendar. Yo desprecio a la naturaleza fisica, pues nos importa bien poco. Lo que si nos interesa es la naturaleza intelijente, el hombre, esa obra predilecta del poder enemigo, y a la cual es nuestro único destino combatir sin descanso. Dicen que ha hecho de él un ser razonable; y yo desconfio de poder reunir en un mismo ser mayor ignorancia y mayor número de extravagancias, una bestialidad innata y necedades ad-

quiridas; que es un ser libre, y no hay esclavitud tan profunda, servidumbre tan baja ni degradante como la suya; un ser moral, y aglomera incesantemente en el fondo de su alma torpezas, vicios, crímenes y todo cuanto abominan los Izeds, y se duerme con la mayor voluptuosidad, no menos indiferente que nosotros a los deberes fundados sobre el estúpido amor del prójimo, la abnegación y el sacrificio. Desterrado dentro de sí mismo, sin amar a nadie mas que a sí propio, y adorándose en su ambición, nuestra ley es la suya, así como su religión es la nuestra; tenemos el mismo dios e igual culto.

A fuerza de embrollar sus ideas, naturalmente poco claras, le hemos arrastrado a dudar de todas las cosas, y dudar de todo es negarlo todo. El escepticismo gusta de agitar sus flojas alas en el vacío para sostenerse sobre la negación, y así debe caer irremediablemente en ella. La fe se ha extinguido en la tierra; y los dogmas antiguos, no siendo remplazados por otros, se descomponen en el fondo de la razón humana como los cadáveres en los sepulcros.

Acuérdome de haber visto en otros tiempos a esa criatura burlesca en el estado que llama salvaje. Entonces los Amschaspands, algo confusos, decían: Ya saldrá de él. En verdad comienza bastante pobremente; pero el progreso está en su naturaleza; dejad obrar al tiempo, y el bruto de hoy, gradualmente transformado, se semejará a los Izeds.

Si se reconocen en su retrato, les felicitó por ello.

No es decir que no haya habido progreso. En efecto, el hombre se ha desasnado o civilizado, como se dice; abandonando su vida primitiva, ha fundado sociedades, e instituido leyes, y en verdad no seríamos justos en quejarnos, porque esas leyes, en su mayor parte al menos, han sido dictadas por los Dews sirviéndoles nuestra sociedad de modelo para las suyas. La estupidez se ha hecho Darvand en vez de Ized, y, con corta diferencia, los Amschaspands preveían bien. Que sigan previendo hasta el fin, y profetizen con igual sabiduría!

De todos modos cuento con ello y con que el progreso continuará. La humanidad, como le llaman en su grotesca jerga, está en marcha, y no se parará. En todas partes obedece a nuestras inspiraciones; en la ruta que corre marca su estancia por medio de ruinas; por do quiera prevalece nuestro poder, se desarrolla el mal en proporciones colosales, y se agranda como la sombra de Ahriman cuando se levanta entre Ormuzd y su obra. Una fuerza secreta de destrucción mina en todas partes las bases de lo que existe; nada se libra de su horrible zapa, y nada puede resistirla. Los pueblos, sintiéndose desfallecer, se entristecen y alarman. Del seno de su corrupción se eleva una especie de vapor emponzoñado que los sofoca. Oyen en los aires voces siniestras, ruidos lúgubres y amenazadores, y en el fondo del porvenir se percibe un fúnebre clamoreo. Alguna cosa se prepara que ellos ignoran y que los turba y llena de inmensa angustia. Llenos de miedo, se agitan en ciego movimiento. Sus miradas buscan en el horizonte un signo que los tranquilice; y enlutado el horizonte solo les muestra una faja negra que se condensa por momentos, tomando la tierra el aspecto de una fosa. ¡Oh, placer! victoria, victoria! Bien pronto la raza humana vendrá a sumergirse en ella, se afirmará en ella, y Ahriman la marcará con su sello; y el silencio de la muerte proclamará nuestro triunfo final.

LV.

SCHARIVER A BAHMAN.

(El rey de la equidad al jenio de la bondad.)

Victoria final del bien.

¡CUAN bello es el cielo, oh Bahman, en su sereno esplendor, por encima de las nubes que cubren pasajeramente la tierra! Cuando de repente hayan desgarrado los vientos ese velo, cuando aparezca de nuevo el astro radiante, cuya luz difunde hasta en el fondo del espacio ilimitado sus luminosas ondas, y del cual sale a torrentes la vida, ¡como saldrán de su sueño los adormidos jérmenes! ¡Qué trabajo tan maravilloso ¡qué desarrollo tan inagotable! ¡qué infinita variedad de formas! ¡qué riqueza de colores! ¡y qué abundancia de suaves aromas!

Los grandes y magníficos destinos reservados a los hombres, abandonados ahora aparentemente y entregados en la apariencia a los Darudjs, no están separados de ellos más que por un velo menos denso que la más ligera nebulosa. Los espíritus del mal creen hundido para siempre en sus tinieblas a ese ser que oprimen y que está despojado por toda la eternidad de los dones que al crearle le prodigó el poder supremo y la omnipotente bondad. Ignoran que su acción, ligada a los designios de Ormuzd y dirigida también por él, no destruye realmente sino los obstáculos para el bien que debe nacer, las partes ya gastadas de los órganos de la vida.

Las religiones del pasado mueren; pero la del porvenir jermiña en sus ruinas, y no aguarda para salir a luz más que un rayo de arriba.

Los lazos morales se alojan o se quiebran; pero en el seno mismo del momentáneo desorden y del egoísmo jeneral, se forma uno más profundo y más fuerte.

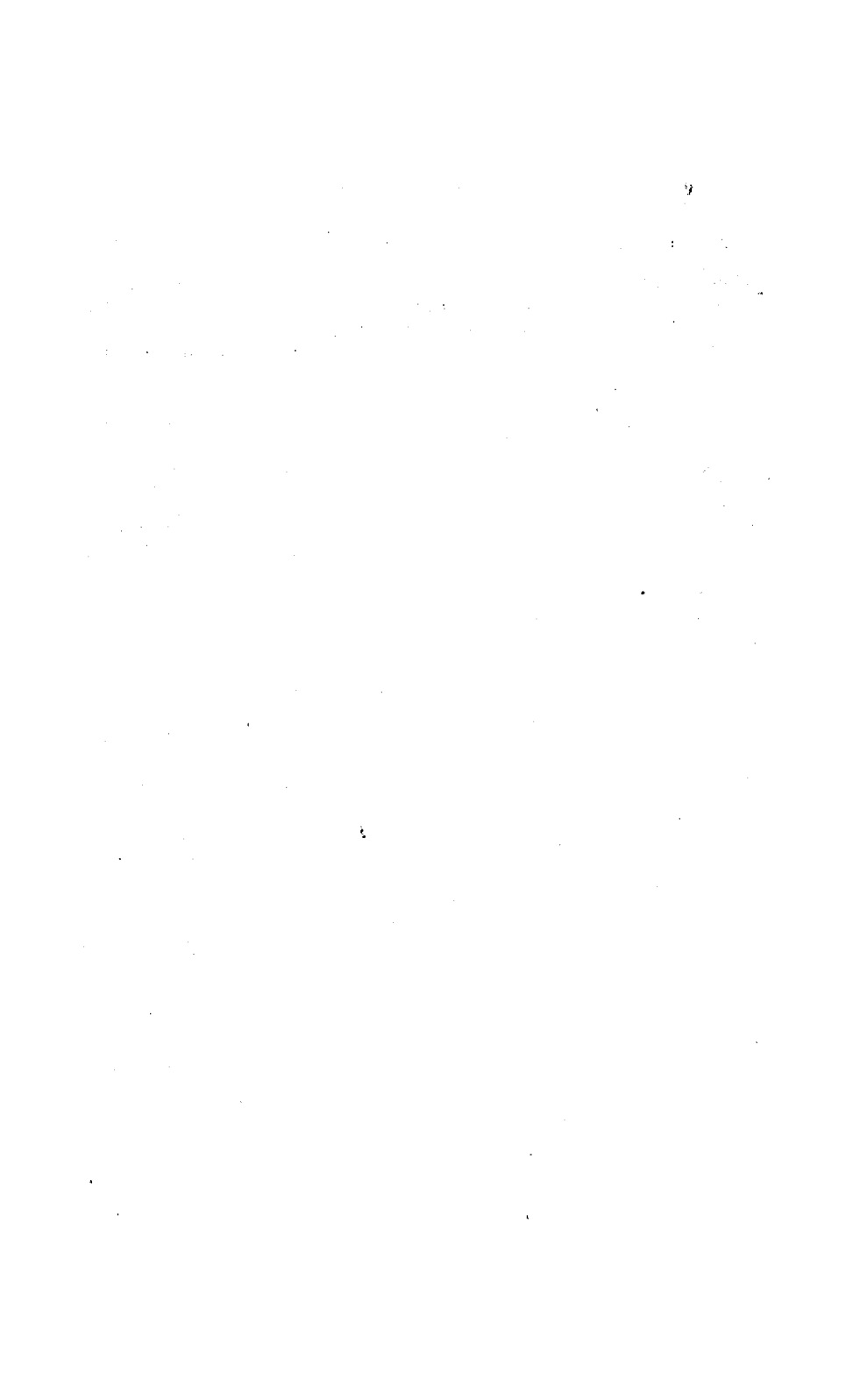
Las viejas sociedades perecen; pero los elementos de la sociedad futura se elaboran y atraen en secreto por medio de una afinidad divina.

El cuerpo es el que por todas partes desaparece; pero el espíritu queda con su virtud eternamente inalterable y su energía inmortal.

Lo que los Darudjs, engañados por sus horribles deseos, toman por una fosa, es la cuna de un nuevo mundo.

¿Qué importa lo que tardará? ¿Qué importa el trabajo, la fatiga y las penas que necesitará? ¿Qué los sufrimientos con tal que sean fecundos?

Lo serán. Ya veo, sí; ya veo las jeneraciones, fijadas constantemente en el pensamiento de Ormuzd, cojer su fruto, y llenas de gozo, celebrar en sus himnos la derrota de Ahriman y la victoria del bien.



PASADO Y PORVENIR DEL PUEBLO.

Vuestra fe os salvará.
EVANJELIO.

CAPITULO PRIMERO.

OBJETO DE ESTA OBRA.

De los males que afligen a la tierra, unos existirán siempre, porque son inherentes a la imperfeccion del hombre; pero otros desaparecerán poco a poco, porque, avanzando en el camino que Dios le ha trazado y aproximándose a él por una evolucion que principia en este mundo y continúa en otra parte, llegará a ser progresivamente menos imperfecto: así lo pasado nos inspira la confianza del porvenir.

Sin duda habrá siempre enfermedades y dolores físicos; pero disminuirán à medida que disminuyan las causas principales que los enjendran, y son: la miseria, los vicios y el abuso de todo lo que la Providencia ha destinado para nuestro uso.

Tambien habrá siempre dolores y padecimientos morales; pero disminuirán a medida que, viviendo el hombre mas de la vida espiritual y pudiendo dominar mejor sus pasiones desordenadas y sus deseos brutales, se separe menos de las leyes eternas del orden, que, reglando sus pensamientos, su amor y sus acciones, le den una paz inalterable y una santa armonia.

No contamos entre los males a la muerte, con ser tan temida, porque solamente la ignorancia o el remordimiento puede temerla. La muerte, lejos de ser un mal, es el primero de los bienes, porque no es mas que el tránsito a un estado mejor, a una existencia mas elevada, una trasformacion ascendente, y no, como se figuran los sentidos engañados por las apariencias, una destruccion. Cuando el vestido está ya gastado, el hombre verdaderamente tal despó-

jase de él, y libre de los lazos que le aprisionaban y del tupido velo que le interceptaba la verdadera luz, gozoso y ligero, remonta su vuelo hácia mas hermosas y tranquilas rejiones.

Además de los males inherentes a nuestra condicion terrenal, a esta imperfeccion irremediable de que adolecemos todos, existen otros que proceden de la sociedad, y que seguramente no son los menos numerosos, ni los que menos abruman a la misera raza humana. Pero, a proporcion que el hombre se ve libre de la ignorancia y de los deseos que le inclinan al mal, minora los que proceden del vicio de la sociedad, o perfecciona a la sociedad misma, la cual a su vez permite al hombre un nuevo perfeccionamiento; de manera que, en virtud de esta accion y reaccion reciproca del individuo sobre la sociedad, y de la sociedad sobre el individuo, llega a realizarse a la vez el progreso social e individual; de donde se deriva, por una conformidad mas perfecta de los actos de cada uno a las leyes divinas de su naturaleza, el orden jeneral y el bienestar de todos.

Pero no abusemos de este bienestar, imaginando que puede existir para el hombre un estado de completa satisfaccion, en el cual queden sus deseos plenamente satisfechos. No hay ilusion mas vana ni mas peligrosa que esta falsa idea. Los deseos del hombre propenden a la eternidad, porque propenden inevitablemente a un bien sin limite y medida, que es Dios, el mismo Bien infinito. Nada limitado puede satisfacerle; aspira perpetuamente al progreso; y si, cediendo a la seduccion de una esperanza engañosa, imagina que algun bien terrestre puede llenar la inmensidad del corazon. cuando no halla este bien, se disgusta de todos los demas, para cuyo goze se inhabilita él mismo cayendo bajo su propia naturaleza, por haber querido insensatamente traspasarla.

Los bienes que estan a nuestro alcance, necesariamente finitos, se encadenan los unos con los otros por medio de un desarrollo idéntico a nuestro propio progreso hacia lo esencialmente verdadero y bueno, o, lo que es lo mismo, hacia Dios. Y como nuestro desarrollo está enlazado al de la creacion entera, y el de la creacion tiene por fin la manifestacion exterior de Dios, se sigue de aqui que nuestro propio progreso no es mas que el cumplimiento de una funcion, y que el bien dependiente de esta funcion, por una necesidad directa, se acomoda al conocimiento que tenemos de las leyes del orden universal y a nuestra felicidad en obedecerlas, cuya obediencia se llama virtud.

De aqui dimanan dos consecuencias igualmente importantes: la primera, que trabajar en hacer mejores a los hombres, es trabajar en hacerlos mas felices; y que trabajar en hacerlos mas felices, es trabajar en hacerlos mejores: la segunda, que no es cierto que los padecimientos que enjendran los vicios de la sociedad serán siempre los mismos, y que es inútil todo esfuerzo que se haga para remediarlos, porque la humanidad no jira dentro de un circulo fatal, sino que se halla en continuo movimiento, e incesantemente pasa de un estado imperfecto a otro que no lo es tanto, aproximándose siempre al término infinito de su aspiracion; y hé aqui porque desde el principio se dijo a los hombres, «Sed perfectos como Dios.»

Vosotros, los que soportais hoy todas las cargas de la vida, no penseis que este peso, que ahora os agovia, no llegue a aligerarse algun dia: los bienes que os ha destinado el que vela amoroso por todas sus criaturas, no pueden seros concedidos sino progresivamente; cada uno de ellos prepara y atrae al que debe seguir, porque cada cosa tiene fijado su tiempo. Ahora estais en el invierno; pero la primavera vendrá, y en ella vereis crecer y florecer lo que habeis sembrado; vendrá el estio, y sazónará vuestros frutos; a este sucederá el otoño, y entonces segareis alegremente vuestras mieses.

Nuestro objeto, al escribir esta obra, es deciros lo que habeis sido y lo que

estais llamados a ser, para que marcheis constantemente hacia el fin que os señalan las leyes divinas de la creacion y las vuestras, porque cuanto mas os separais del camino que determinan estas leyes inmutables, mas os alejareis del punto a que se dirijen vuestros deseos por un invencible impulso de la misma naturaleza; y en vez de los bienes que buscais, solo hallareis el castigo consiguiente a toda violacion del orden.

Lo presente, separado de lo pasado, nada dice del porvenir; nada enseña de lo que falta saber para lijar el objeto de la accion social y formularla.

Marchamos al acaso, arrastrados en mil direcciones distintas por los soplos variables de la opinion. Cada uno sigue su pensamiento, nacido ayer y que morirá mañana. Nada acordamos sobre lo que debemos hacer, ni sobre los medios que debemos adoptar; los esfuerzos opuestos se anulan mutuamente; unos quieren una cosa, otros otra, segun la pasion de que son impelidos y la primera idea que conciben. Las doctrinas mas absurdas hallan partidarios exaltados y fanáticos, por repugnantes que sean a la conciencia y al buen sentido. ¿Y qué sucede entonces? Que cansados de esta confusion anárquica, de donde nada puede salir saludable ni duradero, se desaniman poco a poco, se retiran y dicen: ¿a qué luchar contra un desorden irremediable? ¿a qué sacrificarse inútilmente por nadie? Mas vale acomodarse a lo que ya existe y que no ha de cambiar. Hé aquí el orijen del egoismo.

Os conviene mucho, pues, a vosotros, pobres desheredados, a quienes ha cabido la mayor parte de los males que en la sociedad abundan, conocer el orijen y el remedio, tal como resulte, no de una simple inspeccion especulativa del entendimiento, que puede ser engañosa, sino de la infalible esperiencia de los siglos, que no engaña, porque es la expresion de las leyes invariables de la humanidad. Os conviene reunir vuestras fuerzas, ahora esparcidas, y ordenarlas de manera que se conviertan hacia un mismo punto y representen una sola voluntad; porque aquello que querrais que se haga, se hará efectivamente, y lo que querrais segun la razon eso será lo firme y duradero. Mas para reunir todas las voluntades en una, son necesarios una fe comun y un comun amor, porque se quiere segun se cree y se ama; y para querer segun la razon, es menester preservarse de vanos y estériles desvarios y libertarse de las pasiones que estan en lucha con el orden y lo turban sin poder vencerlo.

Estamos en una época decisiva, en uno de esos momentos solemnes en que se resuelve para la humanidad el problema del porvenir. El pueblo lo conoce; un instinto divino le advierte que, habiendo cumplido el mundo un periodo de su desarrollo, va a trasformarse, y que en la nueva edad que se acerca, el lugar del pueblo debe ser enteramente diferente del que ha sido en las edades precedentes. Debe nacer para él una sociedad mas perfecta, mas conforme a las eternas nociones de la justicia, y de la caridad, que es complemento necesario y consumacion de la justicia.

Nosotros vamos a reunir nuestros esfuerzos a los suyos, y a llevar a nuestros hermanos el débil tributo de las luzes que hemos podido recojer en el estudio detenido de hechos anteriores, en los cuales debe manifestarse la ley del progreso social o de la marcha del género humano. Todo lo que se intente contra esta ley o fuera de ella se frustrará infaliblemente; nada, pues, importa mas que demostrarla bien para que no se pierda en el árido desierto de las teorías quiméricas, para que el trabajo fecundo que ha de realizar el porvenir, tan ardientemente deseado, no se paralize ni retarde por acciones perturbadoras.

Tal es el objeto de este escrito, que dedicamos particularmente a los desheredados de la gran familia ¡y felices nosotros, si puede contribuir a la ejecucion de la obra santa, que será el fruto del trabajo de todos!

CAPITULO II.

QUE ENTENDEMOS POR PUEBLO.

En el sentido mas lato, el pueblo es todo el mundo, es la reunion de los individuos de que se compone una nacion, una sociedad determinada. Asi se dice el *pueblo romano*, el *pueblo francés*, *inglés*, *español*, etc., y bajo esta denominacion comun estan comprendidos todos los miembros de la unidad social que rije un mismo gobierno; pero, como los antiguos distinguian en la misma sociedad dos clases separadas por diferencias radicales, la de *hombres libres* y la de *esclavos*, la palabra *pueblo* designaba esclusivamente a aquellos; los demas, careciendo del derecho humano, eran simplemente *cosas*, y no personas.

Además; en la clase misma de hombres libres, unos eran mas y otros menos; los unos gozaban de ciertos derechos políticos y civiles de que los otros estaban enteramente privados, llamándose estos últimos *plebs*, *plebe* o *pueblo*, como decimos nosotros, y el pueblo en este sentido se compuso de todos los que pertenecian a la clase infima, sometida en diferentes grados, segun los lugares y tiempos, a la clase superior privilegiada; de suerte que, en la mayor parte de las sociedades antiguas, habia tres órdenes correspondientes a otras tantas condiciones diferentes de existencia: los hombres de privilegio, nobles, patricios, etc., la plebe y los esclavos.

Mas tarde, entre los cristianos mismos, y fuera de la servidumbre, resto modificado de la esclavitud antigua, dividióse la sociedad igualmente en dos clases distintas: la una revestida de derechos negados a la otra; la una dominadora, y la otra dominada; la una jeneralmente rica, la otra jeneralmente pobre; y esta última recibió particularmente el nombre de pueblo. Esta denominacion se ha perpetuado hasta nuestros dias con la distincion que ella espresa; y este mismo sentido damos a la palabra pueblo en este escrito, designando con ella a la clase dominada en oposicion a la clase dominadora, a la clase politicamente esclava en oposicion a la clase politicamente libre.

CAPITULO III.

QUE ES EL PUEBLO EN CADA PAIS Y EN EL GENERO HUMANO, Y QUE DETERMINA FUNDAMENTALMENTE SU ESTADO.

SEGUN la definicion que acabamos de dar, el pueblo forma en toda sociedad el mayor número. Además, esta misma sociedad subsiste solamente por él, pues no es posible que existiera veinte y cuatro horas, si todos los trabajos cesáran de repente; y sabido es que todos los trabajos indispensables para la conservacion de la vida están reservados al pueblo, asi como los que contribuyen a hacerla mas cómoda y dulce. Labradores, artesanos, productores de toda clase, navegantes, mercaderes, ¿no son pueblo? ¿Y qué seria de una nacion privada de lo que debe al incesante trabajo de estos hombres que, en utilidad, son los primeros de todos? ¿a qué se reduciría si estos fuesen separados de su seno?

Puede decirse que de los mil millones, poco mas o menos, de individuos de que se compone el jénero humano, mas de novecientos pertenecen al

pueblo. La historia del pueblo es, pues, la historia del género humano; el estado del pueblo representa su verdadero estado, y es en todos tiempos el barómetro verdadero del progreso.

El pueblo es un árbol que no muere nunca, que subsiste indefinidamente: los individuos son las hojas, que se renuevan todos los años, y que, alimentadas con su savia, contribuyen, mientras viven, a conservarlo; y las virtudes eminentes y el jénio son las flores de que el árbol se adorna, y que manifiestan los fecundos manantiales de virilidad que en sí encierra.

Del estudio profundo de lo pasado resulta claramente que la condicion jeneral de la humanidad, es decir, del pueblo, segun acabamos de demostrarlo, ha ido mejorándose sin cesar desde los primeros tiempos conocidos hasta el presente, y que este mejoramiento progresivo se ha realizado conforme a leyes inalterables, que desde el principio tienen su raiz en la inmutable naturaleza de las cosas y en la del hombre particularmente; de donde se deduce esta consoladora e infalible consecuencia: que la condicion del pueblo seguirá mejorándose bajo la influencia constante de las mismas leyes, de tal modo que cada progreso proceda de un progreso anterior por medio de un movimiento natural, cuyas apariencias pueden variar, pero cuya direccion no cambiará nunca.

El mismo estudio enseña tambien que el desarrollo intelectual, cuya fase religiosa es la forma social, ha producido todos los demas, o, en otros términos, que los destinos del género humano o del pueblo durante el curso de los siglos han dependido de la manera como han sido concebidas las leyes divinas de la creacion y de la naturaleza humana, de la religion, en fin; de la cual emanó, con el conocimiento del deber y del derecho, su determinacion teórica y práctica, y ulteriormente la organizacion de la sociedad.

Se cree jeneralmente que el mal, tal como aparece en la historia, procede entera y esclusivamente de las pasiones, y no es exacto. Las pasiones turban el orden existente, cualquiera que sea, pero no son ellas las que lo constituyen, porque carecen de poder para ello. El mal es el resultado necesario de las ideas y de las creencias recibidas. Aquellas muéstranse siempre las mismas en todas épocas; y sin embargo, de cuando en cuando cambia el orden establecido, y a veces fundamentalmente. Las pasiones no eran seguramente menos fuertes, distintas y numerosas en la edad media que lo fueron en Roma en tiempo de la república o de los emperadores; tampoco son hoy menos numerosas, ni menos fuertes y diferentes que en la edad media; sus efectos son los mismos: y, sin embargo, ¡qué profundas modificaciones observamos en la sociedad! ¡qué distancia entre el estado presente del pueblo y su estado antiguo, cuando la esclavitud, o la servidumbre que sucedió a esta, abrumaba con su peso a una parte tan considerable de la familia humana! He aquí porqué toda reforma que se limitase a combatir las pasiones, y oponerles nuevas barreras, por útil y necesario que fuese este género de accion, produciría escaso fruto, pues dejaría en pié la causa radical, o sea la causa orgánica de los males que trataba de remediar. Todo dimana del principio jenerador de las instituciones: el objeto de la actividad y su regla, el derecho, el deber, las opiniones, la conciencia y las costumbres públicas; y este primer principio estriba en la religion o, mas bien, es la religion misma, o la concepcion jeneralmente admitida de Dios, del universo y del hombre.

Recorramos rápidamente los hechos principales de la historia, considerada bajo este punto de vista, a fin de buscar en ella la ley que preside a la marcha de la humanidad.

CAPITULO IV.

PRINCIPIOS O PRIMEROS PASOS DEL JÉNERO HUMANO.

Topos los orígenes están envueltos en una oscuridad profunda. Completamente parecido en esto al niño, el jénero humano no ha conservado el recuerdo de su estado primitivo, porque era menester que, antes de obrar, sus facultades se desarrollasen, y siendo tan vaga la tradicion, no podia remontarse mas allá de la época en que, reflejándose sobre sí misma, pudiera el hombre reconocerse en su personalidad, cada vez mas íntima, y vivir la vida del espíritu.

Así pues, no tenemos para investigar la primera edad mas luz que la de la razon, si bien poderosamente auxiliada por la observacion de los hechos posteriores.

Investigando con el pensamiento cuales fueron desde el principio las condiciones de la existencia, descubrimos dos órdenes: *Condiciones físicas y condiciones espirituales*, correspondientes respectivamente a la doble naturaleza del hombre, que es a la vez orgánico e inteligente.

Supuesto el tronco orijinario de la humanidad, la primera condicion física es la union del hombre y la mujer y la continuacion de esta misma union, rigurosamente necesaria para la conservacion de los hijos. La segunda condicion es la posesion efectiva de ciertas producciones de la tierra, indispensables para el sostenimiento de la vida.

La primera de las condiciones espirituales es la revelacion, la vision de Dios, de donde nace la inteligencia, que implica, como hemos demostrada en otro lugar (1), la fe en el objeto revelado y, por una consecuencia inmediata, la afirmacion simultánea de Dios y del hombre, del Creador y la creacion. La segunda condicion es la union con Dios por el amor, que nos impele hacia él, y que no podria llevarnos y unirnos a él sin unirnos al mismo tiempo al todo de que somos miembros, y particularmente a los seres semejantes a nosotros: de aquí proviene el vinculo moral fundado sobre el deber y el derecho, y que depende de la direccion dada a la voluntad, cuyas leyes no son sino las mismas leyes del amor y de la inteligencia. Estas dos condiciones reunidas constituyen la religion, en lo que tiene de primitivo y radical.

Peró el hombre es uno; no hay en él dos hombres, uno puramente físico, y otro puramente intelectual y moral. Las leyes del hombre inteligente y moral y las leyes del hombre físico se confunden en una misma unidad.

Las leyes físicas de la union del hombre y la mujer, y de la union de ambos con los hijos, combinadas con las leyes intelectuales y morales, de que proceden el deber y el derecho, son propiamente lo que llamamos *matrimonio, familia*.

Las leyes físicas relativas a la posesion de ciertos productos de la tierra, indispensables para la conservacion de la vida, combinadas con las leyes intelectuales y morales, constitutivas del deber y del derecho, son lo que llamamos *propiedad*.

El animal posee; pero solo el hombre es propietario, porque a la posesion se agrega la idea del derecho, que da la inteligencia.

Clasificadas, pues, segun sus grados respectivos de superioridad, la religion, el matrimonio, la familia y la propiedad, son para el hombre las condiciones primordiales y necesarias de la existencia.

(1) En la obra titulada *De la Religion*.

Así se le vé primeramente bajo el imperio de una religion sencilla, despojada de las teorías peligrosas del entendimiento, vivir en el estado de familia, que se perpetuó mas particularmente entre los pueblos pastores, los Steppes de la alta Asia, la península arábica, y despues de una larga série de siglos se le halla todavía en las montañas de Irlanda y de Escocia; bien que en estos dos puntos, en Irlanda sobre todo, con la práctica de la agricultura. Nada nos recuerda mas la familia patriarcal que el *clan* (1). Sin embargo, cualesquiera que sean las ventajas que el clan ofrezca bajo cierto aspecto, como no tiene numerosas divisiones, carece de fuerza defensiva para sus guerras intestinas, y, lo que es peor, ocupa un rango muy inferior entre los diversos modos de asociacion de que nos presenta tantos ejemplos la historia: no hay efectivamente estado menos favorable al desarrollo intelectual, al progreso de la ciencia, de las artes, de la industria y en jeneral de todo lo que comprende la palabra civilizacion.

Mientras una parte de la raza humana se mantenía en el estado orijinario de familia, otra parte establecia, con un jénero de agregacion mas compleja, centros fijos de reunion, inducida a ello principalmente por la concurrencia e interés mútuo y la estabilidad de mansion que exige el ejercicio de los oficios necesarios a la vida.

De aquí provino una escitacion mayor del pensamiento, el principio de la investigacion de las causas jeneradoras de los fenómenos, o el primer desarrollo de la religion, y de aquí tambien nacieron artes e industrias nuevas, mejoras e invenciones de todas clases, y una organizacion elemental, de la cual salió paulatinamente la sociedad política y civil.

Empero estos felices efectos de asociacion entre los hombres no estuvieron exentos de cierta mezcla de mal. La investigacion de las cnusas no podía lograr inmediatamente su objeto; produjo errores parciales, que alteraron en muchos puntos la pureza de la religion primitiva; errores que, sin embargo de ser un trasunto confuso e incompleto de la verdad, encerraban el jéermen de una magnífica concepcion futura, el conocimiento del verdadero Dios, del universo y de la humanidad. A los errores del entendimiento se agregaron los desórdenes que las pasiones provocaron: corrompiéronse las costumbres; la ambicion enjendró el fraude y la violencia; y relajáronse todos los lazos morales. El antagonismo entre los dos principios, uno de los cuales inclina al hombre a concentrarse en sí, a hacerse centro de todas las cosas, y el otro le conduce primero a un centro mas jeneral y luego al centro universal, que es Dios; este antagonismo, pues, que constituye la lucha incesante de este mundo, se manifestó bajo mil formas nuevas, a medida que las relaciones de los hombres se estrechaban, y se aumentaba su poder por el efecto mismo del progreso en todas las clases.

Detengámonos un poco ante esta fase del desarrollo del jénero humano, porque presenta un hecho capital que importa mucho examinar.

CAPITULO V.

ASOCIACION RPIMITIVA: ESCLAVITUD.

SUMERJIDO el hombre en el seno del universo, reducido a si mismo, obligado a oponer resistencia a las fuerzas fatales para conservarse, aplicó su inteli-

(1) Tribu escocesa de cierto número de familias.

jencia a la investigacion de las causas y leyes que debía conocer para no sucumbir en esta lucha gigantesca. Así es que, para concebir sus operaciones, procuró concebir tambien el conocimiento de las causas y leyes que rejian el universo, las cuales envuelven las de la Causa Suprema, cuya nocion hallaba en sí, aunque vaga y confusa a consecuencia de su unidad misma; pero, como era demasiado débil en un principio para separarla científicamente de lo que se deriva de ella y no es ella, la identificó con las fuerzas secretas productoras de los fenómenos que llamaban su atencion.

De aquí provinieron las relijiones de la Naturaleza, verdaderas en el sentido de que las potencias de la Naturaleza tienen realmente su orijen o principio en Dios, emanan de sus propiedades y se resuelven en ellas; falsas en cuanto que estas potencias participan en la Creacion misma, y subsistiendo en ella bajo diferente manera que en Dios, difieren en su accion de la accion inmediata de Dios, aunque tengan de él su verdadera eficacia; falsas tambien en cuanto que no se supo reducir estas mismas potencias, indefinidas en número, a lo que ellas tienen de radical y esencialmente distinto, o a lo que constituye eterna y necesariamente las propiedades del Ser infinito.

Y como en el mundo fenomenal ofrecen estas el doble carácter de fatalidad y, digámoslo así, de coacion fisica, atribuyéronse estos caracteres a la Causa Suprema, concibiéndola bajo la idea de una Necesidad soberana, cuyos inflexibles decretos domlnaban y arreglaban todo irrevocablemente.

Siguiendo este orden de cosas, el universo estaba gobernado por una jerarquía de potencias subordinadas a una potencia primera, de la cual no eran en realidad mas que manifestaciones diversas; y la necesidad que se hallaba en todos los grados de esta serie de potencias, obligaba tambien a concebirlas bajo la nocion de fuerzas fisicas.

Estos sombríos dogmas, a través de los cuales era forzoso que la razon pasara para elevarse a mas altas rejiones, como es preciso que el hombre pase por el estado de feto para llegar a ser verdaderamente hombre; estos sombríos dogmas, repetimos, proyectaron su sombra sobre toda la vida humana, sometida a un destino, a un *fatum* inmutable e inexorable. Tomóse por modelo de la organizacion de la sociedad la organizacion del universo, tal como era representada; y esto, no en virtud de ninguna teoria racional, determinado a la manera de los modernos, sino instintivamente, es decir, que, sin negar especulativamente la libertad humana, la distincion de lo justo y de lo injusto, concibiendo el orden del mundo como un sistema de fuerzas fisicas subordinadas las unas a las otras, hubo la propension de trasportar esta misma idea a la sociedad y confundir tambien el derecho con la fuerza. La lógica natural, a la cual nada se resiste, la tendencia invencible de la intelijencia hacia la unidad, que no es mas que su tendencia hacia lo verdadero, conducian a esta consecuencia; y, si ciertos abusos enormes pudieron establecerse y ser admitidos, fué porque las disposiciones del entendimiento, los pensamientos, las creencias, en fin, que los favorecian eran universales, pues existian tanto en los que sufrían estos abusos como en los que se aprovechaban de ellos. La relijion reunia el consentimiento jeneral, y aun hoy mismo vemos algo semejante entre los musulmanes.

La opresion penetró por todas partes, y primeramente en la familia; entregada la mujer a los caprichos del marido o del ser fuerte, fué oprimida por la poligamia y el divorcio; los hijos lo fueron por la arbitrariedad absoluta del padre, que llegó a ser el tipo del poder social, cuando se concretaba este únicamente a la fuerza. La propiedad dependia cada dia mas del mismo derecho de la fuerza, y llegó a reinar de hecho soberanamente.

Ahora bien, ¿qué es esto sino la institucion de la esclavitud? ¿La obediencia

cia a la fuerza es otra cosa que la obediencia de la esclavitud? Esta obediencia material, fuera de todo derecho verdadero y de todo deber, determinado originariamente por las solas leyes físicas, sin relacion mas que con ellas, es la obediencia de las bestias, o por mejor decir, la obediencia de las cosas, de lo que no vive ni siente, porque las bestias, mudas por el instinto, resisten a la fuerza material. La esclavitud supone, pues, la abolicion, la negacion de la personalidad, y, por consecuencia, de todo lo que se deriva de la personalidad y la supone, como el matrimonio, la familia y la propiedad. El esclavo no se casa, no tiene mujer, tiene una o muchas hembras que paren en provecho de su señor; el esclavo no tiene familia, ni hijos, porque los que debieran decirse tales, pertenecen, como él, al señor; el esclavo posee, consume lo que el señor le pasa para su subsistencia, pero no tiene propiedad, pues él mismo es propiedad del señor.

La aparicion de la esclavitud en el mundo es seguramente un hecho grande, el mayor que presenta la historia primitiva de la humanidad, y se halla ligado como una consecuencia necesaria a las relijiones de la naturaleza; es decir, a las primeras ideas teóricas que el hombre tuvo de la causa suprema y de sus relaciones con el universo. Sin embargo, es indudable que, para llegar a un conocimiento mas exacto de Dios y de la creacion, no existia otro camino que el que ha seguido el entendimiento humano, y que, si no hubiera emprendido este trabajo, análogo al esfuerzo mismo que necesitaba su propio desarrollo, hubiera sido imposible todo progreso.

Nótese tambien que este progreso en el órden social va siempre de acuerdo con el progreso relijioso o el desarrollo, lento indudablemente a nuestros ojos, pero continuo, del conocimiento de Dios y de su obra; de donde se deduce el del derecho y del deber.

CAPITULO VI.

PRIMERAS SOCIEDADES POLÍTICAS Y CIVILES CONOCIDAS.

No faltan motivos para creer que la civilización tuvo su nacimiento en el norte de la Bactriana, sobre la parte oriental del monte Tauro, desde donde despidió sus rayos al mediodia, al este y occidente, por la Arabia y el mar Rojo hasta la Etiopia y el Egipto. Zoroastro, cuyo vago recuerdo se pierde en la noche de los tiempos, fundó la sociedad sobre una doctrina, cuyas manifiestas huellas se encuentran en la India antigua, y pertenecía evidentemente a las relijiones de la Naturaleza. Una Asia primitiva, cuya exacta situacion es desconocida, fué probablemente la cuna de las monarquias meda, persa y asiria; pero la falta de monumentos contemporáneos ha hecho que los principios de estos antiguos imperios hayan quedado sepultados en la oscuridad. Esta es menos grande en lo que concierne a las sociedades que se formaron desde los tiempos mas remotos sobre las orillas del Ganjes, del Indo y del Nilo, y aun en la China a la estremidad oriental del Asia.

No deja de ser notable circunstancia en el establecimiento de estas antiguas sociedades el que todas ellas deban su orijen a las razas sacerdotales, depositarias de la ciencia y de la tradicion. Ellas impusieron la ley con autoridad, y esta ley comprendia en su vasta unidad el dogma, el culto, las instituciones políticas y civiles, y hasta los detalles mas minuciosos de la vida doméstica.

¿Pero hubiera sido ciegamente obedecido el sacerdocio, si hubiera mandado en su propio nombre? ¿Su palabra, enteramente humana, hubiera

producido la fe, de que nace la sumision voluntaria? Indudablemente no. Asi es que hizo intervenir directamente a la divinidad, de la que se llamó órgano; mas, no porque asi obrase, debe merecernos la nota de embaucador, pues lo que enseñaba al pueblo nacia de su conviccion sincera; y esta enseñanza que atribuia primitivamente a Dios el progreso realizado hasta entonces y se resumía en la creencia de las comunicaciones divinas de una revelacion orijinal, contenia seguramente una verdad de inmensa importancia. Pero esta verdad de institucion pura, que no podia ser bien comprendida entonces, fue revestida de formas poéticas, que el gusto a lo maravilloso, que no es otra cosa en su ciencia mas que el instinto de lo infinito, adornó y desenvolvió de mil maneras; y de aquí procedieron las leyendas, suponiéndose además entre el hombre y Dios relaciones fuera de las leyes de la naturaleza, de donde nació la idea del orden sobrenatural, que llegó a ser fuente de enormes abusos y numerosas imposturas.

No hablaremos de la China mas que para hacer notar una particularidad muy admirable, que le es esclusivamente propia. Cierta rey de una de sus antiguas dinastias, queriéndose sustraer a la autoridad tradicional del sacerdocio, abolió la antigua religion y destruyó sus monumentos escritos. La China entonces se organizó en los términos en que ha vivido hasta nuestros dias, bajo la influencia de una doctrina enteramente moral y el gobierno de una reunion de sabios, cuerpo de mandatarios en que todos indistintamente podian ser admitidos, y en el que los grados se obtenían en concurso después de exámenes solemnes. Asi que, no bien fue separada la ciencia de toda especie de dogma religioso, cuando se detuvo y petrificó del mismo modo que los procedimientos de la industria: no volvió a dar un paso mas; y desde que la moral fue igualmente separada del dogma, perdió hasta tal punto su eficacia que no hay en el orbe un pueblo mas corrompido que el chino; debiendo observarse tambien que tan impotente en todo lo demas como en la ciencia, ningun arte ha podido progresar en él.

Modificada la religion en la India por el pensamiento filosofico, se inclinó hacia el panteísmo, que, identificando la Creacion con su Autor, niega la Creacion misma, y no ve en todas las cosas mas que manifestaciones ideales del Ser infinito, que existe solo eternamente.

Y como todo, a escepcion de este Ser, era ilusion, delirio y sueño, no se supo concebir para el hombre, que no es mas que una vana apariencia, ningun objeto posible de actividad. Debió, por el contrario, inclinarse a vivir sumerjido en un quietismo absoluto, en la Realidad que comprende todo, y que lo es todo. De esta Realidad única e inmutable, fundada, por decirlo así, en la base de la intelijencia como idea jeneradora de todas las conexiones ulteriores, nació un orden de sociedad inmutable tambien; y en esta sociedad, en que nada es ni puede ser el individuo, no existieron mas que castas o simples divisiones jenerales correspondientes a lo que se concibe de diverso en el Ser universal; esto es, una esclavitud por masas, marcada con el sello de una eterna necesidad.

El Egipto tambien fundó sobre las castas su sistema social; pero, como la idea panteísta no dominó allí como en la India, el régimen de casta fue menos tenaz y severo. Sin embargo, existía aun la esclavitud en su pleno rigor, y era tambien la base de la organizacion. Bajo la direccion del sacerdocio, los reyes gobernaban con un poder absoluto, pues, salva la porcion cedida a los sacerdotes como garantía de independencia, la tierra pertenecía esclusivamente al rey o al Estado de que era jefe, del mismo modo que hoy pertenece al bajá. El pueblo la cultivaba y recibía en productos la parte que la autoridad pública le señalaba. El poder dirigía igualmente la industria, estando todos

obligados por la ley a ejercer un oficio: no había, pues, propiedad, al menos territorial, ni libertad personal. Este es el primer ejemplo que presenta la historia de la aplicación del sistema de los socialistas modernos, en lo que tiene de fundamental.

CAPITULO VII.

MOSAISMO.

ABRAHAM, oriundo de la Caldea, pasó a habitar hacia la parte del oeste el país que atraviesa el Jordan, país abundante en pastos y que entonces ocupaban muchas pequeñas poblaciones, en medio de las cuales permaneció tranquilo e independiente en su choza de pastor. Sus descendientes formaron una tribu patriarcal; pero, en tiempo de Jacob, nieto de Abraham, acosados por el hambre que desolaba entonces esta comarca, se refugiaron a Egipto, en donde uno de ellos, vendido como esclavo, habiendo adquirido la confianza del rey, ejerció en su nombre la autoridad pública. Se les permitió establecerse en la tierra de Jessen, y vivir en ella según sus costumbres; multiplicáronse allí rápidamente, de modo que cerca de tres siglos después, bajo otra dinastía, inspiraron serios temores al rey Faraon, que hizo pesar sobre ellos la mas cruel e insufrible opresion. Reducidos, pues, a la servidumbre, fueron agoviados con el trabajo y sometidos a los mas duros tratamientos: para disminuir su número se recurrió a los crímenes mas atrozes, pues sus hijos varones eran al nacer condenados a muerte; por donde puede venirse en conocimiento de lo que era el derecho en el pueblo ejipto, el mas civilizado quizás de aquella época. Decimos el derecho, porque hay excesos en él que son imposibles aun a la mas violenta tiranía, cuando chocan hasta cierto punto con las ideas recibidas y la conciencia jeneral.

Un hombre de Israel, nutrido por circunstancias singulares en las ciencias del Ejipto, acometió la empresa de libertar a sus hermanos, conducirlos a Palestina y constituirlos allí en cuerpo de nacion. Increíbles son las dificultades que tuvo que vencer, principalmente de parte de aquellos de quienes se constituyó jefe; pero, merced a su firmeza de carácter, supo vencerlas todas. A pesar de cuanto se ha escrito acerca de este hombre extraordinario, todavía quedan muchas cosas que decir para poder apreciar debidamente todo su valor y mérito. Aquí indicaremos solo el espíritu y el carácter de sus instituciones en su relación con la relijion que les dió por base y el desarrollo de la humanidad.

Sujetó, por decirlo así, el dogma a su origen, encerrándolo en la sola creencia de la unidad del soberano Ser; y oponiéndose de este modo a los progresos que hace la ciencia por medio de la investigación de las causas, evitó las consecuencias de la imperfeccion de la ciencia misma, consecuencias que se manifestaron por todas partes, pues, entregándose a esta investigación el entendimiento humano, encontró en el camino, en ese camino que debía al cabo de tantos siglos terminar en el cristianismo, las relijiones de la Naturaleza.

Los judíos, según lo prueba su historia, eran tambien impelidos a este camino, tanto por su propia conciencia, como por el ejemplo; y he aquí porque Moisés empleó todos los medios que estaban a su alcance, para aislarlos de las demas naciones. Pero, como para lograr este objeto no le hubiese bastado la sola diferencia de leyes políticas y civiles, colocó en el mismo Dios el principio

de separacion; y conservando la nocion esencial del Ser infinito, añadió a ella la idea de un Dios nacional, *el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*, protector de su raza y enemigo de los dioses que adoraban los gentiles. De aqui provino ese terrible encono, que trasformó las guerras contra los cananeos, entregados al anatema, en guerras de esterminio.

Separados así los judios de la comunión del género humano, quedaron por lo mismo separados del progreso que se verificaba fuera de ellos, y de los desórdenes pasajeros, que eran, bajo cierto aspecto, su condicion inevitable; mas no por eso dejaron de penetrar frecuentemente entre ellos estos desórdenes, pues violaron el principio de su institucion o de su vida como pueblo, y se precipitaron en la ruina; motivo por el que, volviendo la consideracion hacia los medios de salvacion, se veian en la necesidad de recurrir a las leyes que habian violado.

En el interior, Moisés fundó la sociedad sobre la igualdad y la fraternidad; pero la igualdad de raza, tal como se concibe entre los hijos de un mismo padre, y la fraternidad carnal, sin elevarse hasta la idea de la fraternidad y de la unidad humana, porque esta idea hubiera estado en abierta contradiccion con la idea de aislamiento que dominaba en toda su legislacion.

Organizar la igualdad y la fraternidad, tales como él las entendia, era organizar la familia; y la nacion judaica, en efecto, no fue, principalmente en su origen, mas que una confederacion de familias rejidas por un cuerpo sacerdotal, cuyo principio de duracion residia en la constitucion del matrimonio, que mas que en ninguna otra parte del Oriente, se aproximaba a la monogamia, y se apoyaba además en la propiedad primitivamente igual de cada familia; igualdad con frecuencia destruida por las innumerables causas que tendian incesantemente a alterarla, pero restablecida periódicamente en cuanto al fondo del derecho mismo de propiedad, por volver los bienes enajenados a los primeros poseedores en el año jubilario.

Sin embargo, por la misma razon que la propiedad, garantia efectiva de la libertad, era enajenable, la libertad lo era tambien en un sistema carnal, extraño a la idea espiritual del derecho jeneral y radical de la humanidad. Tambien la esclavitud existia entre los judios, pero una esclavitud dulce, bastante semejante a la condicion del criado entre nosotros; y, aun cuando hubo esclavos que pertenecian a otras razas, la esclavitud para el judio cesaba de derecho en la época del gran jubileo, que se celebraba dos veces por siglo. Así como el hombre llegaba a ser esclavo perdiendo su propiedad, volvía a adquirir la libertad recobrando esta misma propiedad.

Tales son los rasgos característicos de la institucion mosaica. Fijando el entendimiento sobre la idea primera de la unidad divina, evitó que se extravíara, por decirlo así, hacia el seno de la Naturaleza, pero tomando al mismo tiempo parte en el gran trabajo intelectual que se efectuaba en otro lugar. Conservó mas pero el elemento de la familia, con la doctrina del derecho y del deber, que son inseparables; pero puso un obstáculo, que aun subsiste hoy entre los judios, a la comunión universal del género humano. Defendió mejor que ninguna otra institucion antigua la libertad individual por medio de una constitucion mejor y mas fuerte de la propiedad; pero que no comprendia la abolicion de la esclavitud, ni aun la negacion de su legitimidad.

Entremos ahora en el mundo de que fueron separados los judios.

CAPITULO VIII.

SOCIEDAD GRIEGA.

VAMOS a trazar la marcha jeneral de la civilizacion, no a hacer su historia en cada pueblo: tarea interminable seria querer apreciar la influencia de cada uno de los diversos principios que, llevados en diferentes épocas desde Egipto y la Fenicia, y combinados con otros principios existentes en la raza pelásjica y helénica, llegaron a ser el fundamento de la sociedad en la Grecia y caracterizaron bajo distintos modos de política la tendencia jeneral del entendimiento.

Remontándonos a los mas antiguos tiempos, hallaremos en todas partes el fatalismo de las relijiones de la naturaleza y sus consecuencias, el derecho de la fuerza y las opresiones que este enjendra, mezcladas, sin embargo, con lo que tenía de mas favorable para la humanidad el réjimen primitivo de la tribu o del clan patriarcal.

Tal es, poco mas o menos, el estado que ha pintado Homero en sus poemas inmortales, descubriéndose ademas en ellos un progreso, cuyo jérmen existia ya en la teolojia ejiptica. Después de haber divinizado las secretas virtudes de la naturaleza, se comprendió que la nocion de personalidad, inseparable de la nocion del soberano Ser, lo era igualmente de todo lo que este encierra de esencialmente distinto. En seguida se procedió a personificar las espresadas virtudes como fuerzas físicas o fatales, atribuyéndoles desde luego la inteligencia, que supone personalidad; y la libertad, que supone inteligencia; y de aqui nació el politeismo, que fue, como se ve, un inmenso progreso.

Retos en cierto modo los lazos de la necesidad que encadenaban la Causa primera bajo sus diversas fases, el hombre mismo se desprendió de esta necesidad, adquiriendo el instinto de su existencia personal y libre; y entonces principio para él un nuevo periodo de desarrollo.

El dogma, sin embargo, confuso y vago, no determinaba de una manera absoluta, con la simple idea de lo que el Ser Infinito encierra en si de esencialmente distinto, el numero y la nocion de las personas divinas. No lo definía, sino que lo dividía, estableciendo en él una jerarquía arbitraria; y de consiguiente, colocó en la misma raiz del derecho la fuerza pura, porque la arbitrariedad no se apoya en otra razon que en la fuerza.

Debió manifestarse, pues, en la sociedad un antagonismo entre la fuerza y la libertad; y en efecto, este antagonismo apareció en todas partes en las instituciones romanas y griegas, las cuales correspondían al mismo dogma fundamental; y a medida que este dogma se perfeccionó por medio del progreso de la razon, perfeccionóse igualmente la idea del deber y del derecho, y la libertad, como principio reconocido de la institucion social, creció en la misma proporcion.

Del instinto de la personalidad y del derecho que ella produce, nació la ciudadanía, que en su esencia no es otra cosa que la sustitucion de la unidad colectiva a la unidad de la familia y a la unidad de casta. La unidad colectiva, que se compone de individuos que entran en ellas con iguales titulos, supone la igualdad y por consiguiente la libertad. Pero el principio de fuerza que el politeismo consagraba implícitamente, aunque en menor grado que las relijiones de la naturaleza, vició necesariamente la igualdad, que es el hecho primitivo y radical, la libertad, que representa el derecho, y la fraternidad, que corres-

ponde al deber. Cambióse aquel en una jerarquía humana no menos arbitraria que la jerarquía divina, y cuya única razón fue la fuerza; jerarquía que, partiendo, en efecto, del más fuerte o del más rico, descendió por una serie de grados que determinaban las diferencias de riqueza o propiedad hasta aquel que, no poseyendo propiedad alguna, era excluido del derecho de ciudad, y, descendiendo algo más, hasta el que, siendo propiedad de otro, era privado del derecho de la humanidad misma.

De aquí nacieron todas las formas de organización, desde la oligarquía más concentrada hasta la democracia pura, en que la esclavitud quedaba siempre como base material del Estado y como garantía de la libertad de los ciudadanos, porque formaba parte de su propiedad, puesto que el valor real de esta dependía del trabajo de que era instrumento el esclavo; y hé aquí porque se hizo luego tan difícil, en tiempo del Cristianismo, la abolición de la esclavitud, siendo necesario dar al trabajo una constitución enteramente nueva, de que ninguna idea se tenía.

Reprobando el derecho público en Grecia la poligamia, dió a la familia una base más fuerte y santa, puesto que, espiritualizándose el consorcio, llegó a ser una unión, un verdadero matrimonio: la mujer adquirió su dignidad, sin sustraerse enteramente a lo que tenía de excesivo el poder del marido. Participaba en su condición del estado de esposa, y algo también del estado inferior precedente. No fue madre más que a medias, puesto que el padre conservaba sobre el hijo en el momento de nacer el derecho absoluto de vida o muerte; término extremo de la opresión del ser débil.

Cualquiera que fuese la forma particular de su policía, cada ciudad se dividió en dos partidos, que estaban en perpétua guerra: el partido aristocrático, que, con el auxilio de las riquezas que ya poseía, tendía a absorber el poder con la propiedad, y la propiedad por medio del poder; y el partido democrático o del pueblo, que reclamaba su parte de poder para defender su propiedad o su libertad.

Más, para ejercer el poder y llenar sus funciones, era necesario desahogo, comodidad, no hacer depender su subsistencia del trabajo diario. Así que, donde la democracia prevaleció, como en Atenas, el pueblo recibió del tesoro público un subsidio extraordinario, que le permitía dedicarse a los negocios comunes.

En Esparta se hizo una partición igual de bienes, y, sin abolir la propiedad individual, ni por consiguiente la sucesión, se estableció en cuanto a las comidas una verdadera comunidad. Sin embargo, la igualdad original de la partición desapareció bien pronto, a pesar de las precauciones del legislador; que no fue por cierto más feliz en las que tomó para impedir la introducción del lujo y mantener la severidad de las costumbres; bien que él mismo había atacado estas gravemente, sacrificando el pudor del sexo y la santidad del matrimonio a la idea abstracta de la ciudadanía, tal como él la concebía.

Lo que sobre todo importa notar en estas repúblicas es que la constitución de la libertad no era en ellas más que la constitución de la propiedad; que, si esta llegaba a faltar, la otra desaparecía al instante; que, para asegurar la propiedad o la libertad de ciudadano, se trató de someter al mero derecho de la fuerza y transformar en *cosa* la más numerosa parte de la población, y que, cuando la propiedad se hizo extensiva, con la partición igual de bienes y el principio de comunidad, a la igualdad absoluta de fortunas, además de quedar aquella estancada, tuvo que soportar la población dedicada al trabajo el peso de una servidumbre aun más absoluta y de una tiranía más atroz. Ninguna opresión sobrepujo, ni tal vez igualó jamás a la opresión de los ilotas.

En resumen, el sentimiento de la personalidad humana, nacido de la con-

cepcion de la personalidad divina, preside a una faz de progreso que caracteriza al establecimiento de la ciudadanía. El matrimonio se espiritualizó con la abolicion de la poligamia, cuya última huella legal puede decirse que es el divorcio; la condicion, pues, de la mujer se mejoró considerablemente, si bien el padre continuó ejerciendo sobre los hijos, al tiempo de su nacimiento, y aun algunas veces mas allá de este término, un poder semejante al que el hombre posee sobre las cosas.

La igualdad y la libertad son la base del derecho que regula las relaciones entre los ciudadanos, y la cuestion de libertad va constantemente envuelta en la cuestion de propiedad. El deber tiene por fundamento la confraternidad de todos los miembros de que se compone la ciudadanía o la asociacion colectiva, que, aunque dependiente todavía del vinculo carnal de la identidad de raza, tiene, sin embargo, por su esencia a libertarse de él poco a poco.

Pero fuera de la ciudadanía no existe ni derecho, ni deber, ni igualdad, ni libertad, ni fraternidad, ni personalidad: la fuerza pura reina solamente y en una servidumbre tan profunda que rebaja al hombre al nivel de las bestias, y aun lo hace de peor condicion. Para el esclavo no hay matrimonio, no hay familia, no hay propiedad; simple instrumento de trabajo, es un mueble, una cosa; es, como ya hemos dicho, la base material de la ciudadanía, el medio y la garantia de la libertad del hombre verdadero o del ciudadano. Hase dado un gran paso, es verdad; pero falta mucho que hacer todavía. Larga es la tarea de la humanidad, y su trabajo es penoso; mas, para moderarlo y alijerar su peso, Dios le ha dado dos compañeras celestiales: la fe, que le sostiene, y la esperanza, que le consuela.

CAPITULO IX.

SOCIEDAD ROMANA.

SIN hablar de los esclavos propiamente dichos, cuyo número fue siempre creciendo hasta la decadencia del imperio, vemos en Roma desde su origen dos clases enteramente separadas: los plebeyos (*jentes menores*) y los patricios (*jentes mayores*), el pueblo y una aristocracia de raza, que poseia las riquezas y el poder. Cualesquiera que hayan sido las causas primitivas de esta separacion, el resultado es que ella fue el principio de una lucha intestina que duró sin interrupcion hasta el fin de la república, y en la cual se sigue, por decirlo así, con la vista la marcha, en todas partes igual, aunque a veces encubierta, de la emancipacion progresiva de las masas oprimidas.

Distribuidas en familias, *jentes*, de las cuales dependía una numerosa clientela, los patricios ejercian sobre ellas, a título de patronazgo, una autoridad arbitraria de hecho y casi ilimitada. Esta institucion singular ofrecia en su conjunto algo del clan y algo tambien de la dominacion absoluta y cruel que antiguamente hacia pesar el vencedor sobre los vencidos. Habia en ella recuerdos de conquista y de una descendencia diferente del patriciado, tan solícito en no mezclarse con la raza infima o sea la raza sometida. Pero por otro lado en la época de la fundacion de Roma el progreso del dogma y del sentimiento de la personalidad, así como el derecho que se deriva de él, impelían, bien por efecto del ejemplo, o por una especie de instinto lógico y por la necesidad de las mismas cosas o las asociaciones que se formaban, a constituirse en ciudades.

En la ciudad romana los patricios estaban en posesion del sacerdocio, de los ritos religiosos o de los cargos públicos, de la mayor parte de los bienes, y des-

pojaban al pueblo por medio de la violencia, el fraude y la usura, de lo poco que había podido adquirir o conservar. Ellos solos gozaban de los derechos inherentes a la cualidad de hombre; el plebeyo no tenía nombre, porque en realidad no era persona, sino, como el esclavo, un instrumento de producción, y en la guerra una máquina de combate: cultivaba la tierra, ejercía los oficios, escluido por lo demás de la religión de sus señores, sin matrimonio, sin familia, pasando una vida de trabajos, de sufrimientos y miseria con su mujer y sus hijos.

Para salir de este estado, para libertarse de tan degradante servidumbre, se esforzó el plebeyo en conquistar, primeramente la personalidad, atributo distintivo de la naturaleza humana. Reclamó su admisión en la comunidad religiosa, la participación en los ritos sagrados y *la igualdad delante de Dios*; lo que equivale a pedir el reconocimiento del derecho radical, del que forzosamente habían de derivarse los demás. La resistencia de los patricios fue viva y portiada; empero les fue preciso ceder, porque el plebeyo logró al fin salir de la abyecta condición de las bestias, y fue reconocido como hombre, hallando en lo sucesivo al pie de los altares, a donde le habían impedido llegar hasta entonces sus opresores, el matrimonio, la paternidad y la familia.

Quedábale aun por adquirir, a par de la igualdad política y civil, el derecho de ciudadanía, la libertad y la garantía de la libertad; es decir, la propiedad. Y como ante todo eran los romanos un pueblo agricultor, la ley hizo dos cosas: ordenó la partición de tierras conquistadas, y fijó límites a la extensión de las posesiones. Pero los patricios, o violaban abiertamente la ley o la eludían; estas violaciones y fraudes quedaban impunes, porque ellos solos eran los encargados de la ejecución de la ley, y se habían reservado el monopolio de los empleos públicos y de todos los verdaderos poderes del estado. Además arruinaban al hombre del pueblo con usuras enormes, y, después de haberle despojado de sus bienes, apoderándose de su persona, le reducían a la condición de esclavo o de *cosa*.

Preciso es leer en los historiadores la relación de la larga y enérgica lucha que los plebeyos sostuvieron contra los patricios para sacudir el yugo que les oprimía; lucha que duró muchos siglos, y en la cual, a fuerza de perseverancia, triunfaron definitivamente los plebeyos llegando a conocer que, para salir victoriosos, era indispensable una acción política regular y continua. La institución del tribunado les facilitó el medio de ejercer esta acción; y poco a poco lograron entrada en los más elevados grados del mando militar, en la magistratura y finalmente en el pontificado: de manera que en el círculo de su emancipación, que había principiado en el altar, se cerró también en el altar.

Desde que las riquezas y el lujo que ellas enjendran, la molición y la voluptuosidad corrompieron a la nación entera; desde que César, jefe, después de Mario, del partido popular, concentró en sus manos todos los poderes e instituyó el imperio, fue el instrumento y el representante de la última victoria del pueblo. Pero la libertad no era ya posible para nadie a causa de faltar el principio moral, a causa de la debilidad de las creencias, del escepticismo casi universal, y también porque, habiendo producido todo lo que tenía que producir la concepción dogmática que había conducido a la sociedad hasta este punto, no contenía ya el poder virtual de un progreso ulterior. Era necesario un nuevo desarrollo de dogma, para que pudiera efectuarse el nuevo desarrollo social bajo la influencia de una idea más perfecta del deber y del derecho. Entonces fue cuando el cristianismo, presentado por una especie de profético instinto y como esperado por todo el mundo romano, se levantó sobre la humanidad.

CAPITULO X.

SOCIEDAD CRISTIANA.

DURANTE los siglos que precedieron inmediatamente a la era cristiana, y particularmente en Grecia, habiase verificado en el entendimiento del hombre un trabajo oscuro, pero profundo, una especie de revolucion vaga, que se propagó hasta la misma Roma, hacia el fin de la república: el politeísmo declinaba, e inspiraba cada día menos fe. Primeramente fueron descartados de él esos Dioses que degradaba la poesía, trasformándolos en la imájen del hombre, entregado a sus pasiones y corrompido por ellas. Las antiguas religiones, materializadas y reducidas a vanas pompas, desnudas de significacion, semejantes a los organismos inertes y frios que no vuelven a recobrar el misterio de la vida, no hallaron en lo sucesivo respeto sinó entre la turba ignorante y supersticiosa. La razon remontó su vuelo hacia la Causa suprema, y en ella buscó una concepcion que la satisfizo mas por su exactitud y claridad; y a medida que la jerarquía arbitraria de las potencias divinas personificadas se borraba de las creencias, a medida que se esforzaba el entendimiento por alcanzar una nocion mas elevada de la personalidad de Dios, la personalidad humana se elevó igualmente, y se columbró un principio de derecho mas perfecto y jeneral.

Preparado todo así por un órden nuevo de pensamiento y de accion, nació el Cristianismo; el cual, por medio de una magnífica y vasta sintesis, aunque incompleta todavía, de las religiones anteriores, obró completamente la union del mosaismo, que habia conservado mas limpia y pura la idea fundamental de la unidad sustancial de Dios, con el politeísmo, que, concibiendo en él propiedades distintas y necesarias, se habia formado una nocion mas justa de su personalidad múltiple, nocion que en los últimos tiempos habia principiado a penetrar entre los mismos judios, por su comunicacion mas frecuente e intima con los griegos. Escluyendo a la vez el cristianismo las falsas categorias politeístas y el antropomorfismo pagano, redujo el número de las personas divinas a lo que existe en efecto de necesario y esencialmente distinto en la unidad del soberano Ser. Pero, no hallándose en contacto inmediato con las religiones de la naturaleza, dejaron de ser comprendidas en su sintesis; pues el cristianismo no determinó la nocion de las propiedades, por no ser las personas mas que el modo de existir, y de consiguiente no se ocupó en manera alguna de ellas; antes bien, despreciando la ciencia de lo creado, la ciencia del universo, y rechazando enérgicamente el materialismo y el sensualismo, entonces reinante, se lanzó en un espiritualismo escesivo, y se colocó, si asi podemos decirlo, fuera de la naturaleza, en oposicion con ella, impelido por la idea, orijinarimente judáica, de un estado primitivo sobrenatural y de una proserpcion de este estado, del que no podia el hombre ser reintegrado sinó elevándose sobre la naturaleza decaida, combatiéndola, y emancipándose de su poder con el auxilio sobrenatural de Dios.

Queda así indicado el progreso dogmático y los limites de este progreso: veamos ahora sus efectos.

La personalidad múltiple de Dios, contraída a la unidad absoluta de su ser, desenvolvió en el mismo sentido la idea y el sentimiento de la personalidad humana; la cual se elevó desde la unidad carnal de la familia, de la tribu y del clan, a la unidad colectiva y espiritual de la ciudadanía, y de esta hasta

la unidad del género humano. Participando todos los hombres de una misma naturaleza, fueron iguales delante de Dios, hermanos desde entonces, en el sentido mas estricto y universal de la palabra, revestidos de los mismos derechos, y sometidos a los mismos deberes. Igualdad, fraternidad y libertad, tales fueron el compendio de la doctrina evangélica y la fórmula que los hombres debían realizar en adelante por medio de un trabajo no interrumpido, cuyo último término era la constitución de la humanidad en la unidad perfecta. Así se conoció desde luego; pero, aspirando a la época feliz en que los pueblos no formarían mas *que un solo rebaño bajo un solo pastor*, no se pedía ni se esperaba mas que una unidad puramente espiritual.

Por lo demas, el espiritualismo esclusivo y sobrenatural que dominaba en la teología cristiana, sirvió de mucho a los discípulos de Cristo en la tarea gigantesca que iban a emprender, armados de una fuerza invencible contra las violencias y las seducciones por medio del desprecio del cuerpo, de los bienes y de los males de la vida presente, y de todo lo que perece y pasa. Dueños del mundo y de sí mismos, cuando no temieron ni desearon mas que a Dios, su triunfo, aunque tardío, fue seguro.

Partiendo de principios absolutos, entraron desde luego en un sistema de práctica no menos absoluto. De la igualdad pasaron a la comunidad; pero bien pronto encontraron las leyes de esta misma naturaleza, con la cual, no hallándose muy conforme por un lado su dogma, y siendo por otra parte erróneo respecto a la idea que contenía acerca de un orden sobrenatural, las puso en choque, y sus esfuerzos llegaron a estrellarse contra estas leyes indestructibles.

Obligados a ceder a una necesidad que no comprendían ni podían comprender, atribuyeron a la misma corrupcion de la naturaleza lo que no era mas que una consecuencia rigorosa, indeclinable, invencible y legítima de su esencia; de manera que, en el trascurso de los siglos, ofrece el cristianismo el doble fenómeno de una lucha incesante contra la naturaleza, en la que esta siempre triunfa, y de un desarrollo que inocular sucesivamente en los hechos sociales las grandes y saludables verdades que encierra el dogma: y ¡cosa notable! este desarrollo presenta exactamente en una esfera superior el mismo orden de progreso y las mismas fases que los desarrollos anteriores.

Así es que desde luego fue proclamada, como hemos manifestado anteriormente, la igualdad delante de Dios, no la igualdad en una misma raza, en una misma asociación, sino la igualdad de todos los hombres en la unidad de una misma naturaleza sin escepcion de judíos ni gentiles, la igualdad, en fin, de los hijos de un mismo padre, que abraza a todos con un mismo amor.

Mas puro y santo el matrimonio, se espiritualizó en su mismo origen, siendo ya la union de las almas antes de ser la de los cuerpos, y desapareciendo con el divorcio los últimos restos de la poligamia. La esposa es ya verdaderamente la compañera del esposo, su auxiliar, si bien encargada de funciones diversas. Como el Adán y la Eva de Milton, se adelantan asidos de la mano hacia ese mundo abierto delante de ellos, y no se separan sino en el sepulcro para reunirse pronto de nuevo; y si la ley moral aparece sola en esta indisoluble union, no es otra cosa, sin embargo, que la expresion de la misma ley fisiológica, con la cual forma una armonía divina. El niño es tambien desde su nacimiento un ser sagrado: algunas gotas de agua sobre su cabeza le inician en los derechos de hombre; su vida no depende ya del capricho de sus padres; el poder absoluto del padre se ha trocado en un deber de amor y de proteccion.

La esclavitud, empero, no fue inmediatamente abolida por un mandato positivo, sino que fue moderada por las costumbres, y aun por las leyes, en las que el espíritu del dogma penetró poco a poco.

Debemos recordar aquí que el cristianismo no abrazó en su síntesis las religiones de la Naturaleza; y aunque rompió en cierto modo con ella, definiéndose como la legislación de un orden sobrenatural. Así es la verdad, puesto que el vínculo de Dios y de la Naturaleza reside en las propiedades distintas y necesarias del Ser infinito, y las personas divinas separadas de las propiedades que son su fundamento, el *abstractum*, por decirlo así, no ofrecen mas que una idea abstracta, una especie de entidad vaga que se escapa a la concepción, un misterio, en fin, eternamente inaccesible al entendimiento, porque la palabra *persona* no expresa mas que un simple modo de existencia, sin dar la noción esencial y diferencial de lo que existe bajo este modo en el Ser absoluto.

Esta hipótesis, según la cual el Cristianismo constituía un orden sobrenatural, hipótesis ligada a la exclusión o, mas bien, a la ausencia de la parte de dogma completo correspondiente a las religiones de la Naturaleza, fue la que le hizo impotente para organizar la sociedad, en asemejarla a sí y absorberla en sí misma, obrando sobre ella por lo que contenía de verdadero, si bien no pudo apoderarse de ella, modelarla en su propio tipo, porque no podía sustraerla al dominio de la Naturaleza y de sus leyes, y porque, no viendo en el hombre, como en Dios, mas que la sola personalidad y sus atributos abstractos, se encerraba en un espiritualismo que conducía forzosamente a principios y consecuencias absolutas, en oposición, bajo este respecto, con las realidades creadas; en donde todo es, por el contrario, casual y relativo. El orden terrestre, con sus condiciones necesarias, era desde luego para él una sujeción, un obstáculo, una prescripción, cualquier cosa que se ligaba a la idea del mal, puesto que excluía el bien, tal como la teología cristiana enseñaba que el hombre lo había poseído y debía poseerlo todavía.

Sea de esto lo que quiera, es evidente que, si la sociedad tiene un límite mas allá de la naturaleza, está, sin embargo, sometida a sus leyes; que de este modo el cristianismo, en oposición con la naturaleza, teniendo por fin restablecer al hombre a un estado sobrenatural, del que le suponían caído, se colocaba en una esfera ideal, y se separaba con semejante doctrina del mundo social, del mundo verdadero; y que desde entonces este mundo, falto de un dogma que contuviese la ley de su propio desarrollo, debió constituirse con arreglo al dogma antiguo, modificado solamente, como ya hemos dicho, por el principio moral mas elevado, que el cristianismo había introducido en la conciencia humana.

De aquí procedió esa grande escisión verificada en tiempo de Constantino entre la sociedad espiritual y la sociedad temporal, las cuales no fueron desde entonces mas que la permanente manifestación del antagonismo radical que acabamos de esponer. Hubo dos sociedades, que descansaban, la una sobre el derecho de la unidad y la igualdad universal, y la otra sobre el derecho antiguo de la unidad y la igualdad de raza o de ciudadanía; el cual, fuera de esto, dejaba subsistir el derecho reconocido de la fuerza. Todos los cristianos, sin exceptuar a los individuos mismos del sacerdocio, vivieron a la vez en estas dos sociedades, cuyos principios eran inconciliables; y de aquí procedieron la guerra perpétua establecida entre ellas, y los desórdenes, las contradicciones, la tendencia reciproca a prevalecer, y la impotencia de prevalecer, de una manera completa y definitiva, la mezcla confusa de acciones y reacciones, y todos los extraños contrastes que presentan durante el periodo de catorce siglos. Unas veces el Poder temporal, obedeciendo a la fe religiosa, modificaba practicamente su derecho en el sentido del derecho cristiano; otras, el Poder espiritual, mezclado forzosamente al mundo exterior y asociado a sus intereses, subordinaba, practicamente tambien, este mismo derecho cristiano

al derecho generador de las instituciones políticas y civiles. Un dualismo profundo, representado por la Iglesia y el Estado, oponía entre ellos los elementos mismos de la vida.

Sigamos en medio de esta lucha el progreso de la humanidad.

CAPITULO XI.

CONTINUACION.

DESPUES de la caída del imperio romano, cambió de faz la Europa civilizada. Constituyéronse nuevas naciones, que estaban ya en el vigor de su creencia en la época en que el mahometismo propagaba en el Oriente una doctrina muy análoga al deísmo moderno; doctrina que, negándolo todo a la vez, así las propiedades divinas, como su modo de existencia personal, opuso un obstáculo invencible al desarrollo de la personalidad humana, y destruyó el jérmen mismo de la ciencia.

En las provincias occidentales, la Iglesia convirtió a la fe cristiana a los pueblos conquistadores; pero no pudo darles un derecho político o social que ella no poseía, ni sustituir a la organización del trabajo sobre la esclavitud otra organización. Sus tentativas en este jénero terminaban constantemente en la comunidad del régimen monástico, que suponía el celibato y la abdicación de la libertad individual; régimen favorable a la producción, mientras duró la pobreza primitiva, pero que, una vez creada la riqueza, enjendró inmediatamente la corrupción, y con esta la ruina de la institución misma.

Las sociedades que se establecieron después de la invasión del mundo romano, descansaron sobre el derecho de conquista o sobre el de la fuerza, y este derecho arregló la jerarquía de las condiciones y funciones. La igualdad, tal como existía entre los conquistadores, era una igualdad de raza; no conocieron otra originariamente; y este principio, bajo nombres y formas diversas, subsiste aun hoy en casi toda Europa. De la igualdad, así concebida, nació la libertad, que tuvo en todas partes y siempre a la propiedad por espresion y garantía. Esceptuando los derechos de raza, igualdad, libertad y propiedad, la población conquistada fue reducida al estado de esclavitud. Veamos como el cristianismo lo modificó progresivamente. Lo que primeramente se observa es que, imprimiendo en la frente del esclavo, igual al hombre libre delante de Dios, el sello de la humanidad, hizo de él una persona. La personalidad tuvo por consecuencia el matrimonio y la familia. Y he aquí porqué se descubre claramente la importancia del carácter de unidad y santidad que el matrimonio adquiere, a medida que la sociedad avanza en el camino de su perfeccionamiento. No solamente la mujer debe a este carácter su emancipación, su dignidad y todo lo que la constituye compañera del hombre y su verdadera esposa, sino que él es la salvaguardia de la familia entera, que llega a ser un todo indivisible; formando un vínculo que no existe allí donde reina, en cualquier grado que sea, la poligamia simultánea o sucesiva; y al comprender en cierto modo a la madre y a los hijos en la personalidad del padre, la hace mas inviolable, juntando a ella, por medio de una consagración nueva, la idea y el sentimiento de una perpetuidad indefinida.

El cristianismo cubrió también a los débiles y oprimidos con la protección de un derecho moral emanado del dogma de la fraternidad humana, derecho que resistía con lentitud, pero continuamente, el derecho de la fuerza. A la esclavitud sucedió la servidumbre, y el siervo se diferenció del esclavo en que

no pudo ser arrancado del terreno, trasportado de un lugar a otro, ni separado de su familia, a la cual estaba unido con un lazo sagrado; y si debía su trabajo al señor, verificóse entre ellos una particion de este mismo trabajo, perteneciendo al siervo una parte de él: además le fue permitido cultivar cierta porcion de tierra y recojer sus productos, habiéndosele concedido al efecto algunos dias de la semana y los otros dias, empleados en provecho del señor, eran una especie de canon o de arrendamiento de la tierra dejada a su disposicion. Habia, pues, en este estado de servidumbre un principio de propiedad y por consecuencia de libertad.

El artesano se emancipó mas pronto, porque llegó mas pronto a crearse una propiedad: rescató completamente su persona y su derecho personal. La clase libre se aumentó tambien con las emancipaciones gratuitas que multiplicaba la influencia del principio religioso y la de la Iglesia,

Perteneciendo en lo sucesivo al hombre emancipado su trabajo, pudo venderlo y cambiarlo, en virtud de convenciones mutuamente voluntarias y, bajo este punto de vista, libres. De este modo tuvo origen el salario, que, sustituido poco a poco a la servidumbre, llegó a ser la base de una constitucion nueva del trabajo. Seguramente era este un gran progreso; pero aun debía en su dia producir otros mayores, porque la humanidad no se detiene jamás.

La condicion moral de la libertad, la condicion del derecho, existia para el asalariado; pero, como dependiese inmediatamente de su trabajo para vivir, y su salario de los que compraban su trabajo; y como por una consecuencia de su posicion mas ventajosa, fijaban estos el precio casi a su voluntad, faltaba a aquel la condicion de hecho o material de esta misma libertad, es decir, un fundo individualmente adquirido, la propiedad.

Algunos, por medio de su industria y de felices circunstancias, llegaron a crearse este fundo a fuerza de ahorros, y bien pronto formaron una clase separada. Pero estos a su vez no tardaron en conocer que su propia libertad, incompleta todavia, no tenia en la institucion politica y civil ninguna garantia, a pesar de que les asistia el derecho de exigirla como indispensable a su seguridad, y la reclamaron en efecto, pero tuvieron que conquistarla. De aquí provino el establecimiento de los comunes o municipalidades y el nacimiento de la clase media.

La municipalidad fue en la edad media lo que en la antigua era la ciudadanía, pues solamente favoreció a la aristocracia vecinal, es decir, a aquellos que, entre los emancipados, reunian las dos condiciones de la libertad: el derecho personal o la condicion moral, y la propiedad o la condicion material. Los demas permanecieron fuera de la nueva ciudadanía, no gozaron de las prerogativas reservadas solamente a los vecinos, y fueron en la municipalidad lo que los plebeyos fueron en Roma, no esclavos, sinó proletarios, el pueblo, la *plebe*.

Imperfecta como era la institucion de las municipalidades, sirvió, sin embargo, a la causa de la civilizacion jeneral, pues marcó una de las fases del desarrollo de la libertad entre las naciones cristianas: por ella se introdujo en el órden politico un elemento nuevo, que llegó a ser el brazo popular; ella contribuyó a conmover el sistema feudal, que no era mas que la organizacion de la conquista en provecho esclusivo de los conquistadores. Dulcificáronse las costumbres; la arbitrariedad halló un obstáculo poderoso en la conciencia pública, que fue penetrando cada dia mas en el principio cristiano; la justicia, menos parcial, tomó una forma mas regular; la debilidad fue mas protegida; la servidumbre disminuyó gradualmente; la riqueza se acrecentó por efecto de la misma emancipacion del trabajo y por la estension de la propiedad. El número de los que adquirieron este complemento de su derecho se aumentó cada dia,

y cada día también una savia más abundante de libertad circuló en el cuerpo social.

Principia aquí una nueva era, cuyo carácter y tendencia importa conocer perfectamente.

CAPITULO XII.

MOVIMIENTO DE LA SOCIEDAD CRISTIANA DESDE EL SIGLO XV AL XVIII.

AUNQUE el progreso de la religión y de la política se encadenan del mismo modo que la causa y el efecto, hablaremos de una y otra sucesivamente, para que se comprenda mejor cada una de ellas en sí y en su estrecha e íntima trabazón.

Desde que el dogma teológico se constituyó definitivamente, el entendimiento humano, obedeciendo a sus leyes esenciales, lo sondeó en todos sentidos y se esforzó en concebirlo, rechazando como errores o como herejías las opiniones lógicamente incompatibles con este dogma fundado sobre la creencia de un orden sobrenatural, y que caracterizaba en lo que tiene de radical un espiritualismo absoluto. El pensamiento desde entonces, desviado de las realidades contingentes, se encerró exclusivamente en la esfera de las esencias inmatrimales y de las ideas puras, y se entregó a la razón abstracta, cuyo producto, bajo diversos aspectos magnífico, fue la filosofía escolástica, que desde el duodécimo al decimotercio siglo había llegado a su más alto grado de elevación, porque, fortificado el entendimiento humano por esta especie de gimnástica intelectual, adquirió un poder, una sagacidad y sobre todo una exactitud de método, que debía ser más tarde un inapreciable medio de progreso.

Empero, falto el dogma de consecuencias directamente accesibles al pensamiento, cesa el trabajo de ser fecundo, y cae en la sutilidad y en las vanas abstracciones: por otra parte no podía fijarse para siempre en un espiritualismo exclusivo, que rompía el lazo natural del Creador y la Creación, y mutilaba en cierto modo la fe nativa y primordial. Verificase una reacción: el hombre aspira a salir del estrecho círculo que una doctrina rígida traza a su alrededor; promueve cuestiones que él mismo no comprende, cuestiones de filosofía y de derecho; ansia alguna cosa que no conoce; más, por todas partes y siempre, halla delante de sí, como una barrera insuperable, el dogma teológico y la autoridad que se dice sobrenaturalmente establecida e inspirada, para conducir la razón humana e impedir que se extravíase de este dogma absoluto.

Sin embargo, la instintiva necesidad de progreso es más fuerte que todos los obstáculos. Llegó el tiempo en que la humanidad debía llenar una nueva fase de su desarrollo. Aparece el protestantismo, y desde luego se queja de la autoridad, que encadenaba el entendimiento con el dogma definido por aquella. No niega el orden sobrenatural, pues, demasiado aferrado en la creencia, no puede siquiera ni aun pensar en alterarlo. El protestantismo lo admite, pues, y, rechazando su consecuencia rigurosa, próxima e inmediata, realiza, por medio de una contradicción inmensa, una inmensa emancipación; porque somete de hecho el orden sobrenatural a la razón natural, y traspasando todos los límites, desconoce las leyes de uno y otra, no dando a cada uno individualmente más que su propia razón por toda regla para buscar la verdad; error que debía infaliblemente terminar en el escepticismo.

Una vez conquistada esta libertad, manifestóse por todas partes una actividad extraordinaria, que secundó la invencion de la imprenta.

Estudióse la antigüedad; recojiéronse sus monumentos; fueron comentados; vulgarizáronse las ideas que encerraban, renovando así la cadena interrumpida de las filosofías; y, despierta la naturaleza como de un largo sueño, ejerció sobre el hombre la mas poderosa atraccion. Invadió el arte, y no tardó en precipitarlo en una decadencia, de la que hasta ahora no ha podido levantarse.

El entendimiento humano, entretanto, atraído al camino abierto delante de él, y que en la actualidad es el del progreso, descende desde las alturas del espiritualismo cristiano hasta el seno de la Creacion. Observa los fenómenos, y se aplica a la investigacion de sus causas y sus leyes. Sirvese de las fuerzas intelectuales anteriormente adquiridas para crear los fecundos métodos, instrumentos lójicos que tanto han contribuido al progreso del conocimiento en el órden de las realidades contingentes. Las ciencias físicas nacen y aparecen desde luego, y después se descubren y demuestran algunas de las grandes leyes del universo. La iglesia se inquieta; no tiene en sí, ni en su dogma, el principio jenerador y regulador de este movimiento. Pero ¿cómo detenerlo? Ella lo intenta, sin embargo: condena a Galileo; mas la razon lo absuelve, y lo saca vencedor. He aqui dos órdenes y dos poderes: el poder natural de la razon, que reina soberanamente en el órden natural, y el poder sobrenatural de la iglesia, que reina soberanamente tambien en el órden sobrenatural: o, lo que es lo mismo, un verdadero dualismo, que, después de largos combates, debió resolverse finalmente en una unidad mas alta y completa, porque en el entendimiento humano hay una tendencia invencible a la unidad.

Sin embargo, el efecto de este dualismo pasajero es dividir la naturaleza humana y constituir, como acabamos de decir, dos órdenes separados e independientes: el órden natural, en que la razon solo está sometida a sus propias leyes; y el órden sobrenatural, al cual debe obedecer en virtud de leyes todas ellas diferentes: de donde se derivan tambien dos órdenes de verdades sin relacion entre sí, y que conducen hasta la declaracion de que pueden ser contradictorias las verdades científicas y las verdades de fe.

A medida que la ciencia cree y se consolida creyendo, se hace mas fuerte la reaccion contra el órden natural, identificándola con los dogmas fundamentales y los principios eternos de toda concepcion posible, y envolviéndolos en una negacion comun. En oposicion el cristianismo con la naturaleza, concentraba al hombre y a todas las cosas en Dios, en quien tienen su esencia. En oposicion con Dios, la ciencia, separada de su orijen, concentra al hombre y todas las cosas en la naturaleza, que no contiene la razon de nada, porque no contiene ni aun la razon de sí misma. El materialismo y el sensualismo invadieron la sociedad, sometida, como todo lo demas, a una necesidad fatal, y la moral entonces vaciló sobre sus bases arruinadas. Buscose en el cuerpo y en el organismo las leyes de la intelijencia, y en el interes las leyes del amor; lo útil reemplazó a lo justo, y el egoismo al desinteres. No hubo valor para sacrificios, y el deber fué en lo sucesivo una palabra vacía de sentido.

Y es preciso conocer que eran inevitables estas consecuencias, dadas las dos tendencias contrarias. La del espiritualismo cristiano, tal como lo habia constituido la razón abstracta, era descender desde la Causa absoluta hasta los últimos efectos contingentes, y explicarlos por la accion de esta causa (1). La tendencia científica es remontarse desde los últimos efectos, a través de las

(1) Esto es lo que ha hecho Malebranche negando la eficacia, y por consecuencia la realidad, de las causas segundas. La armonia preestablecida de Leibnitz se diferencia poco en el fondo de la idea de Malebranche, porque tambien tiende a la negacion de las causas finitas.

terialistas, no se temía confesar altamente. A las leyes espirituales de la vida sucedió un equilibrio de fuerzas.

Desde entonces, como existían dos órdenes de verdades recíprocamente independientes, que también se suponían contradictorios entre sí, existieron dos derechos recíprocamente independientes, que también se suponían contradictorios entre sí. El dualismo, de que ya hemos hablado anteriormente, se extendía a todo el hombre, a toda la sociedad; nada absolutamente perdonaba.

Sin embargo, el cristianismo, en lo que tiene de eternamente verdadero, lejos de debilitarse, se desarrollaba incesantemente en la razón y en la conciencia humana. Y a medida que la ciencia, que realiza la unión de lo necesario, de lo absoluto y de las realidades contingentes, se desarrollaba, tendía aquel cada día más a modificar los hechos sociales.

La igualdad, la fraternidad, la libertad evangélica, recordadas sin cesar por la enseñanza, se introducían poco a poco en las costumbres, y se inoculaban, aunque lentamente, en las instituciones. La feudalidad se disolvió; los grandes feudatarios, siempre temibles para el poder real, al que muchas veces pusieron en peligro, cayeron, y arrastraron a los demás en su caída; en seguida el edificio entero se desplomó, y no queda ya más que una nobleza todavía revestida de privilegios, pero privada de poder político. El mismo movimiento arrastró a las municipalidades, que ya hemos visto se constituyeron en la edad media sobre un principio aristocrático, semejante al que rejía en la ciudad antigua.

Durante aquel tiempo, libre en parte el pueblo de la opresión de sus señores, adquirió algunos derechos, y entre ellos sus derechos personales: la ley le puso en plena posesión de los que procedían del matrimonio y la paternidad: con muy pocas restricciones, le perteneció su trabajo, y por su medio un número cada día mayor llegó a creerse una propiedad, complemento de la libertad y su primera garantía.

Después de una lucha de mil ochocientos años contra el derecho de la fuerza, el derecho cristiano, fundado sobre la unidad de la naturaleza, triunfó definitivamente. El poder real había absorbido sin interrupción todos los demás poderes que en diferentes grados pesaban sobre el pueblo, y por esta misma razón sirvió a la humanidad, aunque sin saberlo, porque creyó haber combatido por sí solo. Reducidos en la actualidad los dos derechos a su más simple expresión, están el uno enfrente del otro, el derecho del pueblo o el derecho de todos, y el derecho real o el derecho de uno solo. Falta un combate, el último tal vez, para decidir cual de los dos es el que ha de prevalecer. El poder de los reyes sucumbe y no puede menos de sucumbir, porque pertenece al mundo antiguo, que acaba de retirarse delante del mundo nuevo, cuyo nacimiento ha preparado el cristianismo.

Considerad el espacio que ha recorrido: en el origen de este gran movimiento el pueblo era esclavo, y ahora es el soberano. Habrá todavía alguna resistencia; pero cada vez más débil, como se calman las olas después de la tempestad. La emancipación completa, universal, se ha proclamado ya; no habrá más distinciones de familia, ni de raza; no habrá más clases, ni más privilegios políticos o civiles, ni señores, ni esclavos, sino hermanos unidos por los mismos deberes. La igualdad, la libertad, tal es el derecho reconocido, el derecho que deberá reinar en adelante.

Pero este derecho abstractamente admitido, no existe todavía más que en el entendimiento, en la conciencia; le falta, por decirlo así, un cuerpo. ¿Quién se lo dará? ¿quién lo realizará en sus condiciones exteriores? ¿quién lo organizará? El cristianismo no puede, porque dos obstáculos se lo impiden. Separado de la naturaleza, extraño a ella, en oposición con ella, ningún poder ejerce sobre la misma. Y aun prescindiendo de este obstáculo, quedaría otro no me-

nos grande. En su concepcion del Soberano Ser y respecto a la sola personalidad, el cristianismo ha establecido un dogma verdadero, pero incompleto bajo dos aspectos: 1.º porque no determina la nocion fundamental de las personas, o la nocion de las propiedades que forman el vínculo de Dios y de la Creacion; y 2.º porque tampoco determina el principio de lo finito, tal como necesariamente existe en el Ser infinito. De aqui se sigue por una parte, que, desterrado a las rejiones de lo absoluto, fuera del mundo de los fenómenos contingentes y relativos, carece de la virtud plástica que realiza segun sus propias leyes las existencias en el seno de este mundo; y por otro lado, que no contiene el dogma jenerador y regulador de la ciencia, con lo que claramente se esplica porqué esta se ha desenvuelto fuera de él, sin que haya tenido ni podido tener ninguna accion sobre ella.

La ciencia sola no podría realizar el derecho reconocido de la igualdad y la libertad, porque este derecho no se deriva de ella, ni contiene en si su principio jenerador ni el del deber: todo lo contrario, la naturaleza, donde todo es relativo y depende de causas necesarias, es la desigualdad, la fatalidad.

El deber y el derecho tienen su raiz en las leyes espirituales de los seres. Así, cuando la ciencia ha prevaecido; cuando, por una reaccion contra el espiritualismo cristiano, no han sido admitidas otras leyes que las que presiden a los fenómenos físicos, fatalmente encadenados los unos a los otros, o las leyes propias de la naturaleza, entonces el derecho y el deber, imposibles de comprenderse, han sido, o esplicitamente negados, o remplazados de hecho por las teorías materialistas de lo útil, que han producido con los gozes sensuales el egoismo práctico; el cual, en este momento mas que nunca, tiende a disolver la sociedad, y la entrega de nuevo, aunque pasajeraamente, al derecho ciego de la fuerza, que habian enjendrado las antiguas religiones de la naturaleza.

Así, pues, en su impotencia absoluta para salir de las contradicciones del estado presente, de realizar el derecho y el deber, e inocularlos en el organismo social hasta que se complete el desarrollo del dogma religioso, comprende hoy juntamente el principio moral y el principio científico, que serán inseparables en lo sucesivo. Encerrado el cristianismo en el orden natural, dará las leyes de la vida espiritual; pero en el orden espiritual la ciencia dará la leyes de la vida física, las leyes de la organizacion, que forman con las primeras la legislacion completa de la humanidad. Por lo tanto, mientras la ciencia se encierre esclusivamente en la esfera de los fenómenos, sera destructora del derecho; y mientras el derecho no descienda a esta esfera, permanecerá esteril. Revestirlo de un cuerpo, tal es el objeto de la ciencia llamada *economía política*; la cual no es mas que la aplicacion de todas las demas a la solucion de los problemas sociales, en lo que concierne a sus condiciones materiales.

En definitiva, el problema jeneral, el problema de que depende el porvenir del jénero humano, se resuelve, como se ve, en la necesidad de una concepcion que, abrazando y uniendo los dos términos unidos ya a la afirmacion constitutiva de la intelijencia o el primer artículo del simbolo primordial, Dios y el Universo, el Creador y la Creacion, envuelva en una misma síntesis universal, indivisible, las ideas necesarias y los fenómenos contingentes, las leyes absolutas de las esencias y las leyes secundarias de sus progresivas manifestaciones. Visiblemente se aproxima el tiempo en que se efectuará esta indispensable y magnífica síntesis. El progreso del egoismo y sus funestas consecuencias conducen de todos los puntos, aun los mas distantes, al principio cristiano del deber. El cristianismo teológico, sin influencia en la sociedad, aislado en el orden sobrenatural, cuya existencia le ha obligado a suponer su dogma incompleto, conoce que algo le falta, que hay un gran vacío dentro de él. La ciencia,

después de haber reunido hechos, observado y experimentado, se pierde en sus dominios oscuros y confusos, presa como la sociedad de una especie de individualismo, que concluirá por quitarle todo carácter de ciencia verdadera. Esta tiende a la unidad por medio de la investigación de las causas, y después de haber recorrido todas las series de los fenómenos que perciben los sentidos, principia a comprender que las verdaderas causas son inmateriales; lo que la conducirá, por la necesidad de elevarse a las causas primeras y necesarias, sin las cuales ninguna causa puede ser concebida, a determinar estas mismas causas, que no son sino las propiedades divinas; es decir, a completar el dogma o la ciencia de Dios.

CAPITULO XIV.

LEY DEL PROGRESO.—ESTADO ACTUAL DEL PUEBLO.

Toda la historia del hombre, en lo que concierne fundamentalmente a su destino sobre la tierra, se halla reducida a lo que acabamos de esponer. Por todas partes vemos nacer y desarrollarse la sociedad segun unas mismas leyes invariables. Ella nunca ha sido mas que la forma exterior, la espresion del dogma recibido o de la concepcion de Dios y la Creacion. Todo sale, pues, de ella por una necesidad lógica e invencible, así el desarrollo del dogma como el de la misma humanidad.

Pero es preciso tener presente que el hombre, unido a Dios en lo que tiene de inteligente y moral, y unido a la naturaleza por las condiciones corporales de su existencia, depende de dos órdenes de leyes, que, siendo contradictorias bajo muchos aspectos, debían concurrir, sin embargo, a un mismo objeto y reunirse en una misma unidad, porque el hombre es uno, y todo gravita hacia el Ser infinito, principio y fin de todas las cosas.

Este movimiento por el cual la Creacion, manifestacion exterior de Dios y su reproduccion, tal como es posible en el seno del tiempo y del espacio, se aproxima eternamente a él, constituye el progreso, primera ley de los seres, idéntica a la de su existencia. Pero no todos tienen en sí el jérmen de un progreso indefinido; y entre los que nosotros conocemos, este es privilegio esclusivo del hombre.

Así que, el hombre, como ser físico, hallaría en su progreso los mismos obstáculos que detienen el de los seres inferiores, puramente orgánicos y encerrados en una esfera fatalmente limitada; y si bajo este aspecto se eleva sobre ellos, lo debe a la inteligencia, que hace de él un ser personal. La personalidad es el caracter que le distingue de ellos, y la personalidad es la libertad. Todo ser personal es esencialmente libre; todo ser impersonal es esclavo de la necesidad. El progreso, pues, que para el hombre tiene su raiz en la personalidad, es el progreso de la personalidad misma o de la libertad; y en efecto, la ley del progreso, deducida de la historia, puede esplicarse y definirse de este modo: *la marcha del jénero humano hacia la libertad por medio del desarrollo simultaneo de la inteligencia y del amor* (1).

El desarrollo de la inteligencia tiene, en cuanto al objeto conocido de ella, dos ramas, correspondientes la una al organismo y la otra al Ser espiritual: la ciencia y el derecho. La ciencia emancipa al hombre de la esclavitud de la naturaleza; el derecho le emancipa de la esclavitud del hombre.

(1) Esto que ahora indicamos aqui tan ligeramente será tratado con mas estension en la tercera parte del *Plan o Ensayo de una Filosofia*.

Estos dos órdenes de desarrollo jamás se dan a conocer juntos, principalmente en un mismo grado. Al contrario, alternan comunmente por una especie de oscilacion que hace que cada uno de ellos prevalezca sucesivamente en la influencia que ejerce sobre la sociedad.

Si la ciencia prevalece, el hombre adquiere indudablemente un poder mayor sobre la naturaleza; pero, en virtud de las causas espuestas precedentemente, este poder llega a ser opresivo para el hombre: el derecho es sofocado bajo la dominacion de la fuerza egoista, que es lo que vemos en la actualidad.

Si el derecho es el que prevalece, se desarrolla solo y absoluto por su esencia; no puede llegar a realizarse, a unirse á los hechos contingentes, relativos, dependientes desde entonces de las leyes de la naturaleza, cuyo estudio es el objeto de la ciencia. Tenemos un ejemplo patente en los vanos esfuerzos de los primeros cristianos para trasportar del orden de las ideas al orden practico el derecho, tal como lo concebían, y tal como hoy lo concebimos tambien. Es preciso, pues, que el derecho y la ciencia se comuniquen de alguna manera; que el derecho introduzca en la ciencia el método espiritual de la libertad y de la personalidad, o que la una a Dios uniéndola a aquello en que el hombre es semejante a Dios; y que la ciencia realice el derecho, realizando las condiciones materiales de su existencia exterior y social; en una palabra, que lo revista de un cuerpo.

Pero el desarrollo de la ciencia y el del derecho, de donde resulta el desarrollo completo de la intelijencia, no forman mas que una de las condiciones del progreso. Tambien tiene una segunda, igualmente necesaria, el desarrollo del amor; porque el amor es quien, subordinando el derecho, que es la libertad absoluta de cada uno, al deber, que es el reconocimiento de la libertad de todos, hace posible en la esfera moral la realizacion del derecho mismo; de suerte que, allí donde el poder del deber, es decir, el amor se debilita, la libertad de todos y de cada uno disminuye proporcionalmente, pues las necesidades de la existencia reducen la fuerza pura para mantener al menos algun orden material en la sociedad.

Si tratamos de indagar en la actualidad cual es el estado del pueblo, lo que mas salta a los ojos desde luego, como ya lo hemos insinuado, es el cambio sobrenenido en el derecho; es el progreso de la razon pública, que, levantando poco a poco a este pueblo, abatido hasta el nivel de las bestias, del estado de esclavitud que tenía, lo ha proclamado soberano.

Pero esta soberanía abstracta no es todavía mas que una ficcion. De hecho, el pueblo continua jimiendo en una esclavitud real y efectiva (1). La igualdad y la libertad no son mas que palabras vanas. No seniega especulativamente, ni la verdad que ellas espresan, ni la naturaleza obligatoria de esta verdad-ley; la cual, sin embargo, no ejerce mas que una débil accion sobre la sociedad, siempre sometida al derecho de la fuerza, siempre constituida únicamente en provecho de los intereses de algunos. La ciencia toma, es verdad, un incremento maravillosamente rápido; cada dia alcanza sobre la naturaleza victorias nuevas; pero, en lugar de producir un beneficio a la humanidad, estas victorias no han hecho mas que agravar sus males, porque el principio de lo justo, que las haria ventajosas a todos, no existe ni en las leyes, ni en las costumbres, viciadas por el egoismo. Entre el derecho reconocido y el orden práctico, efectivo, existe un verdadero abismo.

He aquí porqué el derecho, separado de Dios y de toda concepcion de Dios, carece de fundamento lójico, porque no hay ninguno en las leyes puras de la

(1) Véase la obra titulada *La Esclavitud moderna*, páginas 123 a 137.

naturaleza y de la eficacia íntima y poderosa que le presta la autoridad de su origen y el carácter del dogma. He aquí también porqué, por su esencia misma, resolviéndose en el individualismo, opone a su propia realización en la sociedad un invencible obstáculo, en términos que no se une al deber profundamente gravado en la conciencia, ni se subordina a él. El deber, en efecto, por el voluntario sacrificio de sí mismo, por la reciproca abnegación y, finalmente, por el amor, une lo que el derecho divide, obra la fusión de los individuos imprimiéndoles una tendencia común, y los ordena entre sí y en todas las cosas. Así que la razón del deber no se hallará, como sucede con las del derecho, en las leyes de la naturaleza separadas de las de Dios. Las leyes de la naturaleza solo conducen a esta execrable máxima: *cada uno para sí y por sí*; máxima que reasume en dos palabras la moral de lo útil y de la fuerza, pues, sin una fe explícita en Dios y en las leyes de Dios, concebidas por el entendimiento, sin dogma que obligue a la voluntad y la determine libremente, o en otros términos, sin religión, ningún deber es posible; hasta la idea es contradictoria. ¿Y qué resta de fe ni de religión en la sociedad presente? ¿Quién no se admira de verla en el seno de sus miserias aspirar a librarse del peso que la abrumba, y consumirse en estériles esfuerzos?

El problema que ella intenta resolver, y que encierra el porvenir del pueblo, no es más que el problema perpetuo de la humanidad, a saber: la realización de la libertad, sobre la igualdad de la naturaleza.

Después de una resistencia tan viva como obstinada, el derecho, así concedido, ha dejado de ser disputado entre nosotros. La igualdad y la libertad están escritas en las leyes; pero las leyes, lo repetimos, no son más que una vana fórmula en casi todos los puntos que están en oposición con los hechos. Se declara al pueblo libre, y, sin embargo, vejado, sojuzgado y sufriendo bajo la dependencia de los hombres y de las cosas: de los hombres, por la concentración del poder en las manos de los privilegiados; de las cosas, por la concentración de la riqueza en unas mismas manos; de manera que, obligado a obtener del poseedor de las riquezas y del poder lo que es necesario a la conservación de su miserable vida, el hambre lo reduce a la servidumbre. Para acabar de emanciparse ¿qué le falta? Lo que faltaba a los plebeyos de los primeros tiempos de Roma, cuando conquistaron los derechos personales, a saber: la propiedad, sin la cual no existe libertad, y la participación real del poder, única garantía de la propiedad y por consecuencia de la libertad.

Así, pues, la solución del problema general anteriormente sentado tiene muchas condiciones necesarias: el establecimiento de una base dogmática del derecho, que, uniéndolo a Dios, le imprime el alto carácter de una ley eterna y absoluta; la unión del derecho con el deber establecido sobre una base semejante, y que, por medio de la fe, por medio de su imperio sobre la conciencia, ha llegado a ser el regulador y el motor eficaz de los actos y la determinación de los medios, por los cuales el derecho puede ser materialmente organizado en la sociedad, o el concurso de la ciencia económica y política para constituir según el derecho la propiedad y la garantía de la propiedad.

Antes de esponer nuestras ideas sobre este punto, vamos a discutir sumariamente las que hasta ahora se han dado a conocer y que la opinión universal parece rechazar igualmente; circunstancia que desde luego establece contra ellas una poderosa prevención. Veamos si esta queda justificada con el examen.

CAPITULO XV.

DE LOS MEDIOS PROPUESTOS PARA RESOLVER EL PROBLEMA DEL PORVENIR DEL PUEBLO.

Por diversos que sean los sistemas nacidos de la necesidad de un orden social menos imperfecto que el orden actual, tienen todos, sin embargo, un carácter comun; cual es romper la tradicion humana, estar, no solamente fuera de la ley histórica del progreso, sino en oposicion directa con ella; de modo que, para que aquellos fuesen verdaderos, era menester que hubiesen variado las leyes del hombre y por consecuencia las de la Creacion entera.

La historia, en efecto, nos enseña que la humanidad se desarrolla a medida que se desarrolla tambien el dogma, o a medida que ella avanza hacia la concepcion de Dios y del universo, distinto de él y unido a él; de manera que a cada una de las fases del desarrollo dogmático corresponde una nocion del derecho y del deber; en la cual se funda la sociedad, que no es mas que su espresion, su realizacion exterior. Pero, lejos de continuar este movimiento, que tiene su punto de partida y su razon única en el dogma primordial en que estan encerradas todas las condiciones y todas las leyes de la existencia, los sistemas que vamos a examinar se separan completamente de él desde su origen. ¿De dónde procede que desde el origen tambien, y sin hablar, en cuanto a lo presente, de los vicios particulares de cada uno de ellos, todos son igualmente impotentes?

Los unos (1) niegan a Dios, y con Dios todo derecho, todo deber, toda ley moral posible, y van a perderse lógicamente en el fatalismo de la naturaleza, en las tinieblas Cimmerianas de hechos que no pueden ser concebidos, ni como necesarios, porque cambian y varian continuamente, ni como contingentes, porque no se admite ninguna causa fuera de ellos. ¿Qué es el hombre en este sistema? Un no sé qué indelible, la sombra de un ser sin libertad, sin responsabilidad, una rueda inerte de una máquina inerte tambien.

Otros (2), por el contrario, admiten a Dios y niegan la Creacion, que no tiene para ellos mas que una simple existencia ideal, y por consecuencia niegan tambien el derecho, que no tendría ninguna aplicacion posible y, como la creacion misma, no seria mas que una quimera y una vana ilusion, y por último niegan el deber, que carece de sentido, no existiendo mas que un ser eternamente concentrado en sí y eternamente solo. Además, el fatalismo puro es bajo otra forma un fatalismo abstracto, que reemplaza al fatalismo fisico de los materialistas, al cual tiende directamente.

Otros (3), sin esplicarse terminantemente, ni sobre Dios, ni sobre la Creacion y sus relaciones reciprocas, identifican el derecho con las inclinaciones del hombre, cualesquiera que ellas sean, declarándolas todas legítimas por un mismo título, y negando tambien toda distincion fundamental del bien y del mal, y por consecuencia todo deber: doctrina que se resuelve en el naturalismo y el individualismo absoluto, y que bajo este concepto entra en la de los Benthamistas y en jeneral de los materialistas, los cuales no admiten otro principio ni otra regla de actos que lo útil, ni otra moral que el interés.

Otros, finalmente, no admiten ninguna idea primera, ninguna concepcion de las causas primordiales y necesarias, sumerjidos únicamente en los hechos,

(1) Los Owenistas.

(2) Los Sansimonianos.

(3) Los Fourieristas.

que no someten a ninguna ley, tomando sus pensamientos por la regla absoluta de las cosas, no estableciendo doctrina ninguna, ni desechando ninguna en virtud de un principio contrario, y colocándose igualmente fuera de toda creencia, fuera del derecho, fuera del deber, fuera de la humanidad, no en la negacion, no en la duda, sino en el vacío intelectual y moral.

Todos estos sistemas carecen, pues, de las dos primeras condiciones que implica la solución del problema del porvenir. En lugar de establecer sobre fundamentos sólidos el derecho y el deber, los derriban, faltos de una base dogmática que, adhiriéndolos a Dios, pudiese darles el alto carácter de una ley eterna y absoluta.

No existiría, pues, ni aun para aquellos que profesan sistemas tan extraños, ningún problema que resolver, si fueran o pudieran ser consecuentes con sus propias ideas; pero, dominados, sin saberlo, por el principio tradicional, que domina a la misma sociedad, y apremiados como ella por la instintiva necesidad de realizarlo, se proponen efectivamente por objeto la realización de la igualdad, es decir, de un derecho que no tiene ninguna razón posible en sus teorías; y, ¡cosa admirable! adquiriendo del cristianismo la idea abstracta y absoluta de la igualdad, tal como sale de su dogma puramente espiritual, piden a la naturaleza sola los medios de ejecutar esta realización; lo que los precipita en un caos de contradicciones continuas.

Tarea casi infinita sería enumerarlas todas, y por eso nos limitaremos a indicar las principales bajo el doble punto de vista de la idea en sí misma y de los medios de inocularla en los hechos sociales.

Primeramente, la igualdad, en un sentido absoluto, no es más que un simple concepto, la base abstracta del derecho, el término ideal de una tendencia y la regla de su dirección, término fuera del mundo real, como el prototipo y el eterno modelo del hombre. La igualdad reside en la naturaleza, esencialmente una, de la cual todos participan y los hace radicalmente lo que son; si bien no en todos en el mismo grado de desarrollo, pues, indefinido en sí este desarrollo, tiene en cada uno una medida diferente. La naturaleza común ofrece una desigualdad necesaria en sus realizaciones individuales; y precisamente por esta desigualdad, inevitable resultado de las relaciones diversas que los diversos individuos sostienen con el mundo exterior y del lugar que ocupan en el tiempo y el espacio, por esta misma desigualdad, repetimos, únicamente por ella, la naturaleza humana esencial, manifestada y desarrollada bajo todas sus fases, puede conseguir su fin.

Así, pues, en primer lugar los que aspiran a establecer la igualdad, en el sentido absoluto del derecho cristiano, dan a sus esfuerzos un objeto quimérico en contradicción con la naturaleza y sus leyes; y en segundo lugar, buscando en la naturaleza sola y en sus leyes los medios de realizar la igualdad, tal como la conciben, y por consecuencia la libertad, que es su expresión y su forma, caen por una nueva contradicción en el derecho de la fuerza, que es el derecho propio de la naturaleza; derecho exclusivo de la libertad, y por consecuencia de la igualdad, exclusivo también del deber, sin el cual la libertad misma, dado que pudiese existir, se reduciría al individualismo puro, y destruiría toda sociedad.

El entendimiento se confunde y pierde en estas contradicciones, que se enjendran mutuamente y sin fin.

No es necesario, pues, hablar más de las condiciones de la vida en el órden intelectual y moral, ni de las leyes supremas que arreglan el desarrollo de la humanidad; el cual en su causa inmediata no es más que la concepción progresiva de estas leyes: así que, descendamos a los hechos materiales, y olvidemos por un momento todo lo demás.

Lo que se trata es de realizar la libertad, puesto que no se puede concebir seres iguales en otro sentido que en el de una libertad recíproca, y que la igualdad, idéntica con la unidad de la naturaleza, no es mas que el hecho primitivo de donde emana el derecho.

La libertad, como hemos demostrado, depende de dos condiciones inseparablemente unidas: la propiedad y la participacion en el gobierno, en el poder de la lejislacion y en la administracion de los negocios comunes.

La mayor parte de los sistemas que hemos examinado desechan espresamente esta última condicion; organizan el derecho jerárquicamente, lo subordinan desde luego a un principio anterior de desigualdad, o bien, absorbiendo el derecho real y efectivo de cada uno en el derecho abstracto de todos, inoculan este en un poder dictatorial absoluto, que no seria mas que una absoluta tiranía. Todos, sin escepcion, tienen tendencias semejantes, pues, careciendo el deber de razon en los principios que le sirven de base, escluyen, al menos implícitamente, todo otro derecho que no sea el derecho de la fuerza, por mas que se trate de ocultar esta consecuencia inevitable. Así es que, poco solícitos de la cuestion política, los sectarios de estos sistemas dirijen casi exclusivamente sus esfuerzos a la solucion de la que ellos llaman *cuestion social*, es decir, la cuestion de la propiedad; y ciertamente nosotros no los vituperamos por esto, porque en su sistema no hay punto mas importante.

Antes de examinar sus ideas sobre este asunto, recordemos lo que ya hemos dicho de la propiedad.

No hay existencia posible sin la posesion de ciertas cosas indispensables al sostenimiento de la vida física; posesion idéntica a la del cuerpo mismo, que no subsiste, sinó apropiándose cosas exteriores a él. El hombre en esto no se diferencia de modo alguno de los demás seres orgánicos; como ellos está sometido a la misma ley universal.

Además, siendo permanente la necesidad de estas cosas, y no estando estas siempre al alcance de los que no pueden pasarse sin ellas, se hace indispensable en este caso estender la posesion mas allá de los límites en que la tienen encerrada las simples necesidades del momento; o en otros términos, la misma razon que hace indispensable la posesion, exige frecuentemente la acumulacion de cosas poseidas.

La perpetuidad de las especies puede exigir tambien que la posesion acumulada se transmita; y esto es lo que se observa entre muchas especies de animales. Además, es claro que la posesion no es útil ni llena su objeto único, la conservacion de los seres, sinó por medio de la apropiacion de cosas poseidas, concedida a los individuos, y toda verdadera posesion es individual.

Así que, las leyes de posesion, acumulacion, trasmision y apropiacion son leyes naturales y comunes a todos los seres orgánicos vivientes. Y lo que estas ofrecen de variable segun las especies consiste en las diversas modificaciones que sufren en cada una de ellas las leyes jenerales de la vida. La abeja y otros insectos acumulan, (sin lo cual no podrian subsistir. La trasmision se establece naturalmente entre los animales que viven en familia, verificándose entre algunos de los que se reúnen en manadas una verdadera apropiacion de terreno. Los rumiantes en su estado salvaje tienen sus posesiones, que no permiten a otras tribus invadir. Aunque solitarios los pájaros cazadores, se atribuyen igualmente un territorio determinado, cuya estension regulan sus mismas necesidades, y no sufren que se les usurpe. No hay una criatura que no posea una habitacion o albergue: sobre la pelada roca donde va a calentar sus miembros entumecidos, tiene la foca su terreno, que nadie le disputa.

Respecto, pues, de estas leyes no hay diferencia alguna entre el hombre y los animales; pero subido del ser físico al ser inteligente, y la hallareis inmensa.

El derecho se une al hecho, y la necesidad llega a ser la justicia, la posesion y la propiedad. Pero no debe imaginarse por esto que las leyes de la propiedad, las leyes que determina el derecho y consagra la idea de justicia, destruyan las leyes de la posesion o las leyes de la naturaleza; leyes inmutables, porque no son sino las condiciones de la existencia de los seres en el orden de las realidades finitas. El derecho es la razon misma de estas leyes concebidas por el entendimiento en su esencia eterna y divina, y el fundamento de la obligacion de conformar a ella los actos libres. Y como las condiciones de la existencia implican a la vez las de la conservacion de los individuos, considerados aisladamente, y las de la conservacion del todo de que forman parte; y como la propiedad se resuelve en la posesion y aun en la individualidad, el derecho implica tambien el deber esencialmente relativo al todo y la ciencia o el conocimiento propio de las leyes relativas a la Creacion, porque, siendo absoluto en si, si la ciencia no determinase las condiciones, por decirlo así, orgánicas de su encarnacion en el mundo exterior de los hechos contingentes, sería de todo punto imposible su realizacion.

Resulta, pues, de lo que hemos dicho: que la propiedad o la posesion unida al derecho, concebida bajo la nocion de derecho, depende de las mismas leyes fundamentales que la simple posesion; la cual es una condicion estrictamente rigurosa de la existencia de todos los seres dotados de vida. Se sigue además que desde entonces la propiedad es:

Primeramente, apropiable; y en efecto la apropiacion no es mas que la aplicacion de la propiedad misma. Porque sin aplicacion ¿qué sería? Un verdadero absurdo. ¿Puede concebirse una propiedad sin propietario? ¿un objeto, una cosa que pertenezca toda ella a alguno, sin que sea propiedad ni pertenezca a nadie, y sin que sea apropiada? ¿quién no conoce que la apropiacion, cuya legitimidad se ha negado en nuestros tiempos, representa en el desarrollo social la individualizacion progresiva de las posesiones, en razon de la individualizacion progresiva de las personas, o el aumento de la libertad?

En segundo lugar, acumulable; pues de otro modo no llenaría su objeto, que es la conservacion de los seres, o lo llenaría imperfectamente.

En tercer lugar, permanente; porque su necesidad lo es: para el individuo, mientras subsiste; indefinidamente, para la familia, cuya duracion es indefinida. Ya hemos visto (1) que la familia es una de las condiciones indispensables de la existencia del individuo y de la del mismo jénero humano, cuya perpetuidad asegura.

En cuarto lugar, trasmisible; puesto que es permanente en la familia, y tambien porque puede variar en su apropiacion, segun las necesidades variables a que deba someterse en conformidad con el derecho y el deber; es decir, con las leyes de la justicia y del amor fraternal.

La necesidad, en efecto, prescribe la posesion jeneralmente entre los animales; y del mismo modo debería ser ordenada para el hombre por sus propias necesidades y las del prójimo. Pero el hombre libre viola la ley que el animal obedece fatalmente: de aquí el abuso de la propiedad y la necesidad de que, respetando la sociedad el derecho individual, lo contenga en sus verdaderos límites, a fin de que permanezca como derecho, y no se destruya a sí mismo por su oposicion a las leyes en que se funda.

Pero, lejos de mantener la exacta observancia del derecho, la sociedad, por las causas esplicadas en el discurso de esta obra, ha consagrado siempre, por el contrario, su violacion en algun grado, no por la voluntad espresa de violarlo, sino por una consecuencia inevitable de la ignorancia parcial del mis-

mo derecho. Obligada, por decirlo así, la misma humanidad a seguir el dogma en las fases sucesivas de su desarrollo, ha debido pasar por todos los estados intermedios entre el derecho absoluto de la fuerza, en que, despojado el hombre de su personalidad, era propiedad de otro hombre, y el derecho, igualmente absoluto, fundado sobre la unidad de la naturaleza; según el cual, entrando este mismo hombre en plena posesion de sí mismo, adquirió a un mismo tiempo la libertad y la propiedad, condicion esencial de la libertad.

Pero esta emancipacion, fruto del desarrollo sucesivo del dogma, se verifica solo gradualmente.

De este modo, despues de la esclavitud vino la clase proletaria, y su estincion es lo que en la actualidad trata de efectuarse; o en otros términos: ¡el derecho cristiano de igualdad y libertad, que, por un invencible impulso de la razon y de la conciencia, se aspira a realizar en nuestros dias para todos los hombres sin escepcion.

El proletario se diferencia del esclavo en que, libre de derecho, es una verdadera persona independiente de los demas bajo este aspecto abstracto; y se confunde con el esclavo en que, como a este, le falta tambien la condicion material de la libertad, o sea la propiedad.

Determinar los medios por los cuales pueda el proletario llegar a crearse la propiedad que le falta y a completarla de esta suerte su emancipacion, es, finalmente, en el orden exterior el problema que hay que resolver; y no es solamente la razon pura con su lógica rigurosa, sino la historia toda entera, quien lo establece del mismo modo que hemos manifestado.

¿Puede comprenderse acaso que hayan creido algunos seriamente resolverlo proponiendo la abolicion absoluta de la propiedad? Seguramente no es esto uno de los fenómenos menos extraordinarios de nuestro siglo.

Pero, sin pretender formalmente la abolicion de la propiedad, se puede igualmente destruirla rechazando la apropiacion, que le es inseparable. Y esto nos conduce a examinar los dos sistemas conocidos bajo el nombre de *comunismo* y *socialismo*.

El primero se resuelve en el segundo, por la necesidad de organizar la comunidad misma, de dirigir los trabajos de cada uno y de todos de manera que esten en armonía con las necesidades, de coordinarlas bajo un plan jeneral y distribuir los productos según la regla convenida; lo que implica una jerarquía de funciones y, por consecuencia, de funcionarios. El socialismo por otro lado se resuelve en el comunismo, puesto que cada uno individualmente no tiene derecho a mas que a lo que la sociedad le designa; la cual le emplea según su capacidad, y le retribuye según sus obras, de que ella sola es juez.

Es evidente, pues, que en estos dos sistemas, de tal modo enlazados que no forman mas que uno, la propiedad solo existe de nombre; reduciéndose en cuanto al individuo, degradado desde entonces al nivel de las bestias, a la simple posesion no trasmisible ni acumulable, y por consecuencia, fuera de la naturaleza y de sus leyes, a menos que no descienda mucho mas de la categoría de las bestias.

Pero, prescindiendo de esto, acordémonos solamente de que, siendo la propiedad la condicion necesaria de la libertad, el problema que hay que resolver es el problema de la emancipacion real y completa del proletario, que consiste en la determinacion de los medios por los cuales pueda llegar a crearse una propiedad.

Para que la libertad sea individual, es menester que la propiedad, según su esencia, sea individual tambien, pues la propiedad individual puede encontrar dos obstáculos diversos: su formacion puede ser estorbada por la abusiva estension de la propiedad individual, que, concentrando en las manos de algunos

la materia de la propiedad, no deje nada que pueda servir de propiedad a los demas; o tambien por el extremo de este mismo abuso, que concentra en las manos del Estado la propiedad entera. Esto es precisamente lo que hacen el comunismo y el socialismo. La concentracion absoluta de la propiedad en las manos del Estado es el medio que proponen para abolir el proletariado y emancipar al proletario; de suerte que, reducidos a sus mas precisos términos, el problema que debe resolverse y la solucion que dan estos dos sistemas pueden ser expresados de este modo:

PROBLEMA: Hallar una organizacion en que todos sean propietarios.

SOLUCION: Establecer una organizacion en que ninguno sea propietario.

O bien:

PROBLEMA: Realizar las condiciones de la libertad universal.

SOLUCION: Constituir la base de una esclavitud universal.

Pero pasemos adelante.

Consideremos al Estado siendo el solo propietario. ¿Qué es el Estado? Un ser abstracto, a menos que por el Estado se entienda los jefes del estado; y estos serán evidentemente los que tengan de hecho la disposicion de la propiedad comun, la disposicion, no solamente de las cosas, sino tambien de las personas, para que la produccion necesaria se asegure; pues sea que, establecidos a la manera de los antiguos sacerdotes, no dependan mas que de ellos mismos, sea que se les suponga predestinados, el resultado es que tanto tiempo como posean el poder estarán respecto a los súbditos en la posicion del antiguo señor o del colono de nuestros dias respecto de aquellos que, colocados bajo su mando, dependen de él en cuanto a su trabajo y a la retribucion del mismo: hacen lo que se les manda y reciben lo que se les señala sin oposicion ninguna. ¿Qué es esto, pues, sino la esclavitud? Siempre la esclavitud; a cada paso se tropieza con ella, porque forma un sistema completo.

Notad bien que nosotros lo tomamos sin impugnacion, tal como se nos presenta, admitiendo que la institucion marchará regularmente tal como se ha concebido. ¿Pero cree nadie de buena fe que seres humanos en posesion de semejante poder, de un poder que les entrega todo, personas y cosas, no usarán de él sino arreglándose a justicia y olvidándose de si mismos para no pensar mas que en el bien de todos? ¿Pues qué, siendo mas poderosos que ningun soberano lo fue nunca entre los pueblos mas esclavos, puede ser su poder una garantía contra los abusos de su mismo poder? ¿No es presumible que pretendan convertirlo en provecho propio, vincularlo en sus manos y perpetuarlo en su familia? ¿Siendo señores, consentirian en llegar a ser esclavos a su vez? Verdaderamente esto seria tener una alta idea de su virtud, que justifica maravillosamente la esperiencia. ¡Ilusos! ¿cómo no veis que marchais directamente al establecimiento de las castas? Todavía la sociedad sería muy feliz si se detuviera aqui; porque vuestro sistema, plenamente realizado, la haria descender mucho mas.

Supongamos que se establece este sistema, cualquiera que sea: bien pronto nacerá una nueva cuestion, en la que no estan conformes socialistas y comunistas. ¿La reparticion de los productos del trabajo o de la riqueza comun se hará segun el principio de una igualdad absoluta, o en una proporcion desigual, determinada para cada uno segun su capacidad y sus obras? En esta última hipótesis, varia la base primitiva admitida del derecho; no descansa mas que sobre la unidad de la naturaleza; se le trasporta del orden espiritual al orden material, porque las diferencias de capacidad proceden de las diferencias de organizacion, y en capacidad igual las diferencias de las obras proceden de las diferencias de fuerza, y aun de las diferencias de organizacion. Además, la apreciacion de las diferencias de capacidad es puramente arbitra-

ria, porque ¿cómo apreciar con certeza los grados de capacidad y la superioridad relativa de las capacidades distintas? ¿Cómo clasificar desde luego equitativamente a los hombres según su capacidad, cuando no hay para esta una medida segura?

Luego la sociedad tiene por base al fatalismo de la materia y el derecho de la fuerza que de ella se deriva, por regla la arbitrariedad, y por consecuencia la destrucción radical de toda libertad, la doble esclavitud de la naturaleza y del hombre.

Admitiendo, por el contrario, el principio de la igualdad absoluta, las leyes de la naturaleza oponen un obstáculo invencible a su realización; y los esfuerzos por medio de los cuales se trata de superar este obstáculo, conducen a la abolición de la libertad, que es su expresión directa y necesaria; porque en lucha con la naturaleza, hay que combatirla por medio de lo que solo tiene acción sobre ella, a saber, la fuerza física, la fuerza ciega y fatal. Así es que entre aquellos que se proponen este objeto de igualdad rigurosa y absoluta, los más consecuentes concluyen por establecerla y conservarla con el empleo de la fuerza, con el despotismo y la dictadura, bajo esta o la otra forma.

Para que la igualdad de los bienes fuese posible, sería menester que semejante igualdad existiese en todo lo demás; pues, dejando de realizarse un momento, no subsistiría un momento después, sino que formaría un equilibrio inestable, alterado sin cesar por las desigualdades naturales.

He aquí porqué los partidarios de la igualdad absoluta se ven obligados desde luego a atacar las desigualdades naturales, a fin de atenuarlas, si es posible; lo que sería destruir la sociedad misma al propio tiempo que se destruyese la variedad de las aptitudes y de las inclinaciones. No pudiendo hacer nada sobre las condiciones primeras de organización y desarrollo, su obra principia en el instante en que el hombre nace, en que el niño sale del seno de su madre. El Estado entonces se apodera de él para colocarlo en condiciones de desarrollo intelectual, moral y físico, iguales para todos; lo que le obliga a sustraerlo a toda otra influencia que no sea la suya, y por consecuencia a determinar las doctrinas que deban serle enseñadas exclusivamente, las nociones de lo verdadero y del bien, la religión, el derecho, el deber y la ciencia. Vedle, señor absoluto del ser espiritual como del ser orgánico. Inteligencia, conciencia, todo depende de él, todo le está sometido; no hay desde entonces familia, paternidad ni matrimonio; son un macho, una hembra y unos cachorros, de quienes el Estado se sirve y de quienes hace lo que quiere moral y físicamente; una servidumbre universal y tan profunda que nada se le escapa, y penetra hasta el alma misma.

Los socialistas que reprueban esta igualdad absoluta son arrastrados a las mismas consecuencias para conservar en el seno de su jerarquía arbitraria una apariencia de derecho legal, y sobre todo, porque, siendo los encargados directamente de proveer a todas las necesidades sociales, de cualquiera clase que sean, es menester que el poder en cada uno de estos órdenes, ejerza una autoridad soberana.

Respecto a las cosas materiales, la igualdad no podría establecerse de una manera que fuese algo duradera por medio de la simple partición. Tratándose solamente de la tierra, se concibe que pueda ser dividida en tantas porciones como individuos hay en ella; pero como el número de individuos varía perpetuamente, sería menester también cambiar perpetuamente esta división primitiva, que por otro lado no destruiría de modo alguno la desigualdad, puesto que dejaría subsistir la de los productos sobre una extensión igual de terreno de calidad igual, en razón a la diferencia de industria y de otras mil circunstancias fortuitas. Además, siendo el trabajo la necesaria condición de la po-

sesion, y estando desde luego obligado cada uno a cultivar su tierra, no habría oficios ni artes, ni por consiguiente cultivo; solo se vería la muerte de toda la sociedad y la estincion de la vida.

Y, si con arreglo a este principio se estiende la division igual a todo jénero de propiedades, y queremos establecer y mantener la igualdad efectiva de las fortunas y defenderla contra la accion de todo lo que conspire a alterarla, la mayor produccion individual, el consumo menor, la acumulacion, los ahorros, etc., vendremos a parar inevitablemente en una organizacion social tal que, quedando abolida toda propiedad individual, no exista otra u otro *poseedor de derecho* que el Estado; el cual prescribe a cada individuo un trabajo *igual*, aunque diverso, y atribuye a cada uno una porcion *igual* de frutos, cualesquiera que ellos sean, del trabajo comun, vijilando en lo demás porque la igualdad no se destruya, porque no se haga ningun ahorro, ninguna acumulacion, ningun cambio, en fin, que conduzca a la desigualdad.

Esta manera de posesion, si es voluntaria, es la del fraile sujeto por sus votos a la pobreza y a la obediencia; y aun en las órdenes mas severas se les permite un pequeño peculio de que pueden disponer a su antojo. Si no es voluntaria, es la del esclavo, para quien nada modifica el rigor de su condicion; pero decimos poco, es la de la bestia de carga que, después de haber cumplido la tarea impuesta por su dueño, recibe en un establo la racion que se le ha destinado. Todos los lazos de la humanidad, las relaciones simpáticas, el sacrificio mútuo, el cambio de servicios, el desinterés, todo lo que constituye el encanto de la vida, todo, todo ha desaparecido para siempre.

Si no hubiéramos alargado demasiado este capítulo, demostraríamos que el sistema económico de los Fourieristas tiene algunas ideas casi prácticas, que en el fondo no les son propias; que ningun cambio verifica en el orden presente de las cosas; que deja subsistir todos los vicios; que no es, en suma, otra cosa, bajo una forma mas encubierta, que el mal mismo cuyo remedio busca; y que, en contradiccion por otro lado, con las leyes superiores, las leyes morales de la naturaleza humana, encierra numerosas y radicales imposibilidades.

Conclusion: los medios propuestos hasta aquí para resolver el problema del porvenir del pueblo, terminan en la negacion de todas las condiciones indispensables de la existencia; destruyen, sea directa o implicitamente, el deber, el derecho, el matrimonio y la familia; y solo producirian, si pudieran ser aplicados a la sociedad, en lugar de la libertad, en la que se reasume todo verdadero progreso, una servidumbre tal que nada ofrece comparable a ella la historia antigua.

CAPITULO XVI.

COMO SE EFECTUARÁ EL CAMBIO QUE DEBE REALIZARSE EN EL ESTADO ACTUAL DEL PUEBLO.

PROLETARIOS, hombres del pueblo, teneis que completar vuestra emancipacion y realizar el derecho fundado sobre la igualdad de la naturaleza; y para esto es necesario, en primer lugar, que comprendais que un deseo muy sincero de dirijiros hacia ese objeto, a que debeis encaminaros incesantemente, podría, engañado por una falsa luz, alejaros de él y conducirnos a otras vías funestas.

Es necesario, pues, que comprendais tambien que el estado mejor a que aspirais y al que Dios os manda aspirar, no se verificará por medio de un cambio

repentino, sinó, como todas las cosas del universo, por medio de un desarrollo continuo, por un trabajo constante, debiendo cojer cada día sus frutos, que serán como el jérmén de otros nuevos mas abundantes. Cuando se arroja una semilla en un campo preparado para recibirla, esta semilla da primero una mies, que, sembrada segunda vez con el mismo cuidado, da otra mies diez y veinte veces mayor. Esto mismo sucederá con las semillas del bien que confiáreis al campo, para vosotros ahora tan estéril, sin embargo de que vosotros sois quien lo cultiváis, pero que otros recolectan. No os conseis ni os desaniméis con demasiada impaciencia, pues nada se hace sin la ayuda del tiempo. Y tened presente tambien, y no lo olvideis nunca, que en esta vida es preciso combatir y sufrir incesantemente, porque el término de nuestros deseos infinitos no está en ella; porque tenemos que llenar una funcion grande, pero laboriosa; porque no vivimos simplemente por vivir, sinó para cumplir una tarea santa. Asociados a la accion de Dios en la eterna produccion de su obra, tenemos, coél, que crear un mundo.

Sentando el hecho primitivo de la unidad de la naturaleza y de la igualdad que supone, derivase de él un derecho, la libertad; y la libertad es precisamente la que teneis que realizar, porque no es mas que la igualdad misma, no solamente abstracta, sinó efectiva, viva, por decirlo así. ¿Puede acaso concebirse seres iguales sin que puedan ser reciprocamente libres? ¿Se concibe que un hombre sea enteramente igual a otro hombre dependiendo de él?

Pero el poder del derecho reside todo entero en el dogma, que, prestándole una ley nueva y necesaria, lo adapta a la razon, al mismo tiempo que lo diviniza aproximándolo a Dios; y en efecto todo derecho que no suba hasta Dios, que no tenga su raiz en Dios, en las leyes esenciales y eternas del soberano Ser, no es mas que un derecho quimérico, una sombra sin sustancia, una ilusion del entendimiento. Y he aquí porqué la relijion, es decir, el conocimiento del dogma de las leyes necesarias del Ser absoluto y de los seres creados, y la fe en el dogma son una condicion indispensable de la realizacion del derecho. ¿Cómo había de realizarse sin creer en él? ¿Y cómo creer en él firme y constantemente sin razon para creerlo? Así es que por todas partes y en todos los siglos, el dogma ha determinado, siguiendo el progreso de la intelijencia, la noción del derecho y su aplicacion a la sociedad.

Pero la relijion, el dogma, no es solamente el derecho y la razon del derecho, sinó tambien el deber y la razon del deber; y sin el deber, que se reasume en el desinterés mutuo, el sacrificio de sí mismo y la fraternidad, como el derecho se reasume en la libertad, esta misma libertad llegaría a ser, en primer lugar, un principio de tiranía, puesto que, no teniendo cada cual mas regla que su derecho, tampoco tendría otra mas que su codicia y su fuerza; y además un principio de disolucion universal e irremediable, puesto que los hombres sin lazo alguno estarían siempre concentrados en el individualismo puro o en el egoismo absoluto.

Debiendo por otra parte el trabajo, que implica la realizacion del derecho, continuar incesantemente y prolongarse de jeneracion en jeneracion para producir todos sus frutos, si cada uno no pensase mas que en sí, se encerraría en el círculo estrecho de su existencia y de su propio interés; nada cambiaría en la sociedad; el mal permanecería siempre el mismo, y sería eterno. Tratar de sustraerse a él individualmente, sería tratar de echar la carga sobre otro, y hacer peor su condicion, único medio de hacer mejor la propia; y la opresion que en todos los tiempos ha pesado de diferentes modos sobre la raza humana no ha tenido otro origen.

Además, cuando se trata de luchar contra abusos organizados y provechosos a clases enteras, unidas para defenderlos y perpetuarlos, o bien de completar

una obra fecunda, el individuo es impotente, necesita de un apoyo, de una ayuda; en una palabra, que muchos se pongan de acuerdo y se asocien para obrar en comun.

Así que, en primer lugar, quien dice asociacion dice libertad; libertad de cada asociado respecto de los demas, libertad de todos respecto del poder público. ¿Y hay acaso asociacion entre el buey y el que lo unce al arado? ¿Y qué importa que el que lo unce se llame Pedro o el Estado? Y en segundo lugar, ninguna asociacion es libre, es posible, sin un vínculo moral; sin que cada uno se crea y sienta obligado en favor de otro; sin que todos tengan este sentimiento, esa creencia íntima, de la cual resulta la seguridad mútua, la unidad. Sin el el deber y la buena fe, no existe ninguna asociacion libre, ninguna accion eficaz para combatir el mal y realizar el bien.

Recordemos, sin embargo, que el problema de la estincion de la clase proletaria o del porvenir del pueblo se resume en el siguiente: existiendo las condiciones morales, es decir, el conocimiento del derecho y del deber, y la fe en el derecho y en el deber, realizar para el proletario las condiciones de la libertad que le faltan todavia, y son las siguientes, suponiendo siempre la fe religiosa: la condicion política de la participacion del gobierno, de la administracion de los negocios comunes, y la condicion material de la propiedad.

De la participacion en el gobierno o del goze de los derechos de ciudadano depende, en primer lugar, la libertad personal; porque ¿cómo ha de ser libre, si otros forman sin su concurso las leyes, a las cuales debe obedecer, por muy opresivas que sean para él; (4) si destituido de voluntad, sometido a la de aquellos pasivamente, disponen de él con un poder supremo? ¿No es, por ventura esto una verdadera esclavitud? ¿No es tambien, en una sociedad que proclama la igualdad de sus individuos y su indivisible soberania, la negacion completa, no solamente de esta soberania, no solamente de la igualdad, sino de la personalidad misma, en aquellos que no son para ella mas que instrumentos de trabajo, en aquellos que reduce políticamente al estado de máquinas?

En segundo lugar, no habiendo podido tener los usurpadores del poder político, para reservarse su esclusiva posesion, otro motivo que el de usarlo en su interés, tal como ellos lo conciben falsamente, o como opuesto al interés jeneral, sus leyes, dirigidas a este fin, opondrán siempre un invencible obstáculo a la realizacion de la condicion material de la libertad en provecho de las clases hoy sojuzgadas, y tenderán, por el contrario, a concentrar cada dia mas la riqueza producida en las manos de los privilegiados.

Proletarios, hombres del pueblo, uníos, pues, para conquistar desde luego el complemento de vuestros derechos personales, el derecho político que se os niega, porque se sabe que con él os pondriais pronto en posesion de los demas; porque, tomando parte en la formacion de las leyes, estas no se harian exclusivamente en favor de los pocos, con perjuicio de todos los demas. Y puesto que vuestros señores no os han dejado otro medio legal de accion que el que resulta del derecho de peticion consagrado por la carta constitucional, firmad peticiones, multiplicadlas, sofocad con ellas la tirania que sufris.

Cuando la hayais vencido, porque la vencereis sin duda alguna, si obrais con concierto y perseverancia, no os fallará mas que una condicion de libertad, la propiedad. Habeis visto, en efecto, en el trascurso de los años desarrollarse la propiedad a medida que se desarrollaba la libertad, ponerle el último sello, encarnarla, hablando con propiedad, y transportarla del órden abstracto del derecho al órden de las realidades efectivas; y como la libertad se resuelve en el órden de la individualidad, pues ninguno es libre si no es in-

(4) Véase LA ESCLAVITUD MODERNA, página 123.

dividualmente libre, la propiedad se resuelve tambien en la individualidad (1) segun creemos haberlo probado claramente al discutir el sistema los de socialistas y los comunistas.

Tratase, pues, de saber porqué medio podreis llegar a crearos una propiedad. Todo el que se halle sin propiedad no puede evidentemente crearsela sino por medio del trabajo; así que con vuestro trabajo os será posible adquirir el complemento de vuestra libertad.

El trabajo, en efecto, es indispensable para el aumento de la riqueza. Si el trabajo de todos se suspendiera solamente por dos años, ¿qué quedaria de la riqueza actualmente existente? Nada o casi nada. La tierra, estéril para el hombre, le negaria la subsistencia; y cuando se hubiera consumido todo lo que sirve para la conservacion y las comodidades de la vida, la miseria seria mayor que la de los salvajes del último grado de la escala humana. Debeis, pues, reproducir diariamente la riqueza, que indudablemente desaparecería pronto sin esta circunstancia. La verdadera causa del mal consiste mucho menos en la mala distribucion de la riqueza ya producida, que en la reparticion viciosa de la riqueza reproducida diariamente. Pero esta reparticion viciosa, progresivamente mejorada, llegara a ser de día en día mas equitativa, tan pronto como, habiendo conquistado el pleno goze de vuestros derechos personales o de vuestros derechos politicos, concurráis, llenos de un espíritu de justicia y sabiduria, a la formacion de las leyes. Porque entonces no dependerá ya el trabajo de la propiedad, sino que la propiedad dependerá del trabajo, segun el orden de las cosas; y hé aqui porque dijimos (2): «el trabajo emancipado será dueño de sí, será dueño del mundo.»

¿Pero qué cosa es el trabajo emancipado, dueño de sí?

Es el trabajo libre de las trabas que en la actualidad lo hacen mas ó menos improductivo para el trabajador.

Tiene en primer lugar, trabas legales. Efectivamente las leyes, tales al menos como son aplicadas, no permiten a los trabajadores discutir libremente sus intereses con los compradores de su trabajo; los entregan a estos, y los constituyen bajo este respecto en un verdadero estado de servidumbre (3).

Pero estas leyes opresivas pueden ser abolidas en un cuarto de hora. Las cadenas que ha forjado el egoismo se romperán por sí mismas tan pronto como el pueblo soberano las toque con el dedo.

En segundo lugar, trabas intelectuales. El trabajo tiene dos elementos: la fuerza fisica o fuerza bruta, y la intelijencia que la dirige. Cuanto mas se desarrolle la intelijencia y adquiera ensanche la instruccion, mas productivo será el trabajo; pero, como el trabajador carece de instruccion, se halla de hecho en un estado de servidumbre. Saldrá de él, sin embargo, por medio de la institucion de una vasta enseñanza gratuita, que deberá comprender la instruccion jeneral y la de las profesiones.

En tercer lugar, trabas materiales. Libre legalmente el trabajador y dueño de la instruccion que su capacidad nativa le hubiese permitido adquirir, no por eso quedaria emancipado, pues no sería señor de sí mismo ni de su trabajo, si la materia a que debe aplicar su trabajo, si el instrumento que le hace posible, si el capital, en fin, no le fuese directamente accesible.

Cualquiera que pueda suministrar una prenda, un hipoteca real, halla con

(1) No es necesario observar que las propiedades con título colectivo no son mas que una reserva permanente para subvenir a los gastos comunes; y de este número son las propiedades del estado, o inversiones de fondos efectuaas a consecuencia de las ganancias, que se convierten por medio de la particion en propiedades individuales, como son, por ejemplo, las de las sociedades comerciales.

(2) En EL LIBRO DEL PUEBLO.

(3) Véase LA ESCLAVITUD MODERNA, página 123.

facilidad un capital equivalente o poco menos. ¿Pero cómo dará el trabajador esta prenda, esta hipoteca? No tiene, repetimos mas que su trabajo futuro. El trabajador, pues, no posee capital ninguno, a menos que el trabajo futuro, adquiriendo un valor venal, llegue a ser permutable con el capital, o bien una prenda, una hipoteca real.

Pero, lo decimos con seguridad después de largas y maduras reflexiones: nada es mas facil, si se quiere verdaderamente. Se puede llegar a este objeto por diversas combinaciones que, sin causar la mas lijera turbacion en lo existente, sin inquietar en ninguna manera la propiedad adquirida, que debe, por el contrario, ser protegida de toda invasion, porque ella es el capital mismo, ofrecerán un modo progresivamente mas eficaz de aliviar la pobreza y las miserias accidentales; las cuales, sin embargo, subsistirán siempre, pero cada vez menos numerosas. Ninguno de estos bienes puede obtenerse mas que por medio de la asociacion; ella es la base indispensable de todo mejoramiento posible. Omitimos entrar en mas detalles, porque no ha sido tal el objeto de esta obra; en la que nos hemos propuesto únicamente determinar las condiciones jenerales de la solucion del problema del porvenir del pueblo.

La sociedad le debe la libertad legal, la instruccion necesaria al desarrollo de la intelijencia, el alimento del entendimiento, el capital que le asegurará real y no ficticiamente la propiedad de su trabajo. He aqui lo que debe y puede solamente darle: lo demas depende del mismo pueblo, de él solo. Los medios de instruccion no son la instruccion; es menester que él la adquiera por un trabajo continuo, incesante. Un capital, sin la esperiencia y los varios conocimientos que exige rigorosamente su empleo ¿qué produciría? ¿de qué le aprovecharía? Infecundo en las manos inhabiles a que se hubiese imprudentemente confiado, pereceria bien pronto sin provecho alguno para nadie. El bien apetecido, el bien que indudablemente se cumplirá, a pesar de las resistencias egoistas, no se cumplirá sin la ayuda del tiempo, por un movimiento gradual, que es el del progreso en todas las cosas, y el movimiento mismo de la vida, su expansion en el universo.

Proletarios, hombres del pueblo, guardaos de los sistemas engañosos que os separen del camino natural de las leyes providenciales y divinas: lejos de aliviar vuestros males, los alimentarian, y os abririan en el porvenir un abismo mas profundo de sufrimientos y miserias. No se lucha sin dolor contra la naturaleza y contra Dios, y toda ley violada encierra en sí el castigo de su violacion.

Proletarios, hombres del pueblo, acordaos tambien, acordaos sobre todo, de que, separados del deber, el derecho inerte y muerto no será mas que una idea estéril, que nunca se inoculará en el orden social; que, si la igualdad implica la libertad, de la que es inseparable, la libertad no implica menos el mútuo desinterés y la fraternidad, de la que no es menos inseparable; y que la fraternidad, como la libertad y la igualdad, la igualdad y la libertad como la fraternidad, no son mas que vanas palabras si el alma toda entera no las abraza con una fe poderosa, si no tienen para el alma el carácter santo de un dogma eterno, de una ley absoluta.

Proletarios, hombres del pueblo, creed, pues, si quereis vivir; CREED Y VUESTRA FE OS SALVARÁ.

A POLONIA.

DUERME, Polonia querida, duerme en paz en lo que llaman tu tumba y yo sé que es tu cuna.

Cuando, abandonada, vendida, cansada de luchar y postrada, palideció tu frente y tus rodillas se doblaron, ellos, tus enemigos, se estremecieron con un gozo feroz y arrojaron un grito salvaje, largo y agudo, como el ruido de la hiena, que espanta de noche al viajero en su tienda.

Duerme, Polonia querida, etc.

Tal como los antiguos caballeros yacen con su armadura en sus viejos sepulcros, se ve allí al gigante tendido en tierra: arrojaron sobre él un puñado de aquella tierra empapada en sangre, y dijeron: ¡Ya no despertará!

Duerme, Polonia querida, etc.

Tus hijos dispersos han difundido por el mundo tus maravillosas hazañas: han contado como, haciendo pedazos de un golpe el yugo de tus opresores, te alzaste como el ángel que Dios envía armado con su espada para castigar a los que se mofan de su justicia; y el corazón de los tiranos se llenó de terror.

Duerme, Polonia querida, etc.

Después, cuando dijeron todo lo que vieron tus ojos antes de cerrarse, el indomable valor de los hombres, la heroica firmeza de las más flacas mujeres, el santo ardor de las vírgenes, la abnegación religiosa de los sacerdotes y hasta los tiernos infantes saltando de los brazos de sus madres para ir a morir por tí, los pueblos conmovidos bajaron la cabeza y derramaron abundantes lágrimas.

Duerme, Polonia querida, etc.

¿Porqué habrán sido estériles tantos sacrificios y trabajos? ¿Esos sagrados mártires no habrán sembrado en los campos de la patria más que una esclavitud eterna? ¿Será esa la suerte irrevocable de esa patria, a la cual dirigen de lejos sus miradas los pobres desterrados? ¿No será ya más que una sepultura cubierta de mezquina yerba? ¡Ah, decidmelo, decidmelo!

Duerme, Polonia querida, etc.

El cobarde ha asesinado temblando a los guerreros inermes; ha sujetado con viles esposas sus fuertes manos; tuvo miedo de las mujeres, hasta de los niños, y el desierto se ha tragado a los que había perdonado el hacha. Y en

tanto que se hundían en las soledades, o que revueltos se les arrojaba a los abismos de la tierra, las paredes de los templos se desplomaban sobre los altares ensangrentados.

Duerme, Polonia querida, etc.

¿Qué oís en esos bosques?—El triste murmurar del viento.—¿Qué veís pasar por esas llanuras?—El ave peregrina, que busca un rincón donde reposar.—¿Y nada más?—Sí; veo una cruz mirando a oriente, que marca el punto donde sale el Sol, y al anochecer suspiran junto a ella voces dulces y misteriosas.

Duerme, Polonia querida, etc.

¡Observad! En su frente, pálida pero serena, hay una confianza imperecedera y en sus labios una ligera sonrisa. ¿Qué habrá visto en sus sueños? ¿Será algún fujitivo y engañador ensueño? No; la Virgen divina, a quien ella proclama reina suya, ha descendido de las alturas, ha posado una mano sobre su corazón, y, apartando con la otra el velo del porvenir, ha puesto ante su vista la Fe, que le mostraba la Libertad.

Duerme, Polonia querida, duerme en paz en lo que llaman tu tumba y yo sé que es tu cuna.